

ANABELLA
FRANCO

NADA MÁS
QUE UNA
NOCHE



VERGARA

Annotation

Nicolás Hagen es un ingeniero atractivo y exitoso que ama la vida nocturna. Su relación con las mujeres se resume a pasar solo una noche con ellas y abandonarlas dejándoles algo a cambio. Para él todas son iguales: interesadas, insensibles y manipuladoras.

Lavinia es una mujer de belleza envidiable, simple y pura en su alma. Una modista de clase baja que

lucha por salir adelante en un entorno hostil. Su pasado la puso en un lugar donde entregarse a un hombre se torna casi imposible. Su presente está regido por la resignación, la aceptación y la constancia.

Alguna diosa obrará entre esos dos mundos, entrelazando ambas vidas. Lavinia será una presa más de Nick, quien no podrá resistir sus impulsos de seducirla y pasar nada más que una noche con ella. Una noche en la que la verdad y la inocencia transformarán

sus almas para siempre.

Sin embargo, el destino jugará de nuevo sus cartas: el pasado para Nick tiene forma de heridas, y figura de mujer. El rojo será su esencia. El sexo y la perversidad, su trampa.

ANABELLA

FRANCO

Nada más que una noche

Nada más que una noche

Nº1

Vergara

Sinopsis

Nicolás Hagen es un ingeniero atractivo y exitoso que ama la vida nocturna. Su relación con las mujeres

se
resume a
pasar
solo una
noche
con ellas
y
abandonar
dejándole
algo a
cambio.
Para él
todas
son
iguales:
interesadas,
insensibles
y

manipula
Lavinia
es una
mujer de
belleza
envidiabl
simple y
pura en
su alma.
Una
modista
de clase
baja que
lucha
por salir
adelante
en un
entorno

hostil.

Su

pasado

la puso

en un

lugar

donde

entregars

a un

hombre

se torna

casi

imposible

Su

presente

está

regido

por la

resignaci
la
aceptació
y la
constanci
Alguna
diosa
obrará
entre
esos dos
mundos,
entrelaza
ambas
vidas.
Lavinia
será una
presa
más de

Nick,
quien no
podrá
resistir
sus
impulsos
de
seducirla
y pasar
nada
más que
una
noche
con ella.
Una
noche en
la que la
verdad y

la
inocencia
transforma
sus
almas
para
siempre.

 Sin
embargo,
el
destino
jugará
de nuevo
sus
cartas: el
pasado
para
Nick

tiene
forma de
heridas,
y figura
de
mujer.

El rojo
será su
esencia.

El sexo
y la
perversid
su
trampa.

Autor: Franco, Anabella

©2014, Vergara

ISBN: 9789501525687

Generado con:

QualityEbook v0.73

Nada más que una noche

Anabella Franco

Nicolás Hagen es un ingeniero atractivo y exitoso que ama la vida nocturna. Su relación con las mujeres se resume a pasar solo una noche con ellas y abandonarlas dejándoles algo a cambio. Para él todas son iguales: interesadas,

insensibles y manipuladoras.

Lavinia es una mujer de belleza envidiable, simple y pura en su alma. Una modista de clase baja que lucha por salir adelante en un entorno hostil. Su pasado la puso en un lugar donde entregarse a un hombre se torna casi imposible. Su presente está regido por la resignación, la aceptación y la constancia.

Alguna diosa obrará entre esos dos mundos, entrelazando ambas vidas. Lavinia será una presa más de Nick, quien no podrá

resistir sus impulsos de seducirla y pasar nada más que una noche con ella. Una noche en la que la verdad y la inocencia transformarán sus almas para siempre.

Sin embargo, el destino jugará de nuevo sus cartas: el pasado para Nick tiene forma de heridas, y figura de mujer. El rojo será su esencia. El sexo y la perversidad, su trampa.

Esta es mi alma que grita.

Nick, sanas tus heridas convirtiéndote en papel.

Ellos están en mí y yo en ellos.

Concretamente en él.

Y en ella está él, por eso a él se la dedico.

Le agradezco por todo lo que vivimos,

Que sirvió de inspiración, como mi vida.

Y aunque quizás hoy él ya no me recuerde,

Le pido perdón.

“Precisamente porque el destino

es inmutable, la suerte depende de

nosotros mismos”.

André Maurois

Capítulo 1

PARADÓJICAMENTE el destino es ese algo inmutable al que, sin embargo, una sola decisión, un solo instante, pueden cambiar para siempre. Y aunque depende de otros, nunca deja de depender de nosotros mismos.

El único testigo de todo aquello, siempre sería el viento.

Corrían las tres de la

madrugada cuando el moreno entró a la habitación de las hijas de su novia. Tenía dos para elegir, pero tuvo que elegirla a ella.

En contraposición con los presagios de la madre, Lavinia había resultado mucho más hermosa que Helena, y también era mayor. Según el juicio del moreno en ese momento de la noche, de la bebida y de las drogas, sus dieciséis años le habrían otorgado mayores atributos que a su hermana, cinco años menor. O al menos pensaba que los

hallaría desarrollados en el punto justo en que harían bullir su instinto sexual.

Se introdujo en el cuarto a hurtadillas, con las risas de sus amigos como testigos enmudecidos por un par de manos sobre las bocas mullidas. Lavinia dormía en su cama y su hermana, en la otra.

Una grotesca mano de hombre cubrió la boca de Helena. La muchacha, con sus cabellos castaños muy enredados, se retorció. Cuando pudo abrir los ojos, encontró que un sujeto de

rostro desconocido se hallaba sobre su cuerpo y le impedía moverse. Desvió la mirada: Josué se establecía sobre la cama de su hermana.

Lavinia despertó. Al ver al novio de su madre sobre su indefenso cuerpo intentó gritar, pero pronto un golpe la obligó a guardar silencio. Además, era tanto el horror que no le salía la voz.

El viento la ayudó a recuperar el sentido. Distinguió por fin, o por desgracia, el rostro del hombre que se desprendía el

cinturón sobre su cuerpo adormecido y que luego le levantó el camisón.

—Si no te dejás... sabés lo que voy a hacer con tu madre, ¿no? —rió, y ella se vio obligada a callar.

El viento que se escabullía por la ventana abierta meció con violencia la cortina color azul marino y luego su cabello, rubio como el oro, en ese momento enmarañado.

Él se bajó los pantalones y le quitó la ropa interior. Después le cubrió la boca con la otra mano e intentó

salirse con la suya, pero Lavinia luchó para gritar de nuevo y esta vez lo consiguió. Tras el grito, los pulmones le negaron el aire, el miedo se hizo presa de su cuerpo y se desmayó.

Cuando Josué Nicanor Pérez se dio cuenta de que estaba a punto de penetrar un cuerpo inerte, se apartó, se subió los pantalones asustado, pensando que quizás la chica había muerto del susto, y se retiró por la ventana por la que había entrado. Lo mismo hicieron sus dos amigos, quienes al

menos no pretendieron abusar de Helena, siendo que la escena los había dejado sedientos de algo más. Al parecer Josué había sido lo suficientemente decente como para dejar bien claro que él sería el único con acceso al cuerpo de la hija mayor de su novia.

Helena, que había observado la agresión a su hermana con ojos angustiados, se levantó. Se arrodilló junto a la cama de Lavinia, la movió con desesperación y esforzándose consiguió que

se despertara. Entonces se hundió en el hueco de su hombro, sollozando la inocencia que se le iba de las manos. Lavinia, que ahora estaba sentada sobre el colchón húmedo, le acarició el cabello con resignación. Aquella fue la última vez que las hermanas se dieron un abrazo. Era la primera vez que un novio de su madre intentaba aprovecharse de su juventud y de su belleza.

Josué Pérez había observado a Lavinia con deseo desde el primer día

que Cristina lo había llevado a su casa en los monoblocks de Avellaneda. Ya en la mesa navideña, el moreno no le había sacado los ojos de encima: el cabello rubio le enmarcaba el rostro blanco y angelical, matizado con unos pómulos rosados exquisitos y unos ojos grandes y verdes cual prado de la Antigüedad. Su cuerpo bien formado ya contaba con generosos pechos y nalgas, y tenía en sus movimientos un encanto enigmático y dócil. Difícilmente lucía como una criatura del bajo mundo, más

bien se parecía a una mujer de la realeza.

Josué gozó viéndola traer una bandeja con pollo en Nochebuena, la primera que pasaba junto con las hijas de su novia. Lavinia le parecía una figura de ensueños, con sus vaqueros muy ajustados y una blusa sin mangas que le dejaba los hombros al descubierto y ayudaba a que sus pechos se asomaran tímidos por el escote recatado. Toda ella era una pequeña mujer, vergonzosa y callada, bella y responsable. Sin dudas, toda

una divinidad.

A partir de esa noche, el moreno se convirtió en la pareja estable de su madre. Cristina López había sido alguna vez una mujer muy bella y también muy desprejuiciada. Mientras terminaba la escuela secundaria a los dieciocho años, se había enamorado, o más bien encaprichado, con su profesor de Historia: Carlos Dickinson.

Carlos era un hombre de treinta años, atractivo y bien parecido, que pasaba su tiempo libre en obras de

caridad. Solía trabajar en escuelas marginales, como el colegio al que asistía Cristina. Era un hombre honesto y bueno, tan bueno que el ayudar a los demás era su prioridad en la vida, por eso era pobre. Era pobre en cuanto a dinero, pero terriblemente rico en amigos.

Un día Cristina consiguió que el la invitara a su casa. Se suponía que leerían juntos acerca de mitología, tema que, arguyó ella, le interesaba sobremanera. Ambos sostendrían en

secreto el encuentro, ya que estaba prohibido mantener cualquier tipo de vínculo entre alumnos y profesores fuera del horario escolar. Después de todo, quedaba apenas un mes de clases, luego Cristina habría terminado la escuela, y él no quería ser como la mayoría de los profesores: Carlos deseaba con el alma que sus alumnos adquirieran un mejor estilo de vida, y eso resultaba imposible conservando la educación entre los inflexibles muros de una escuela.

Pasaron un mes reuniéndose los sábados, conversando la tarde entera de dioses y monstruos, mitos y teorías antiguas sobre la formación del mundo moderno y de las cosas, entre los libros y los apuntes que él solía tomar cuando estudiaba en la Universidad Nacional de La Plata.

Lavinia nunca supo si su madre lo había amado realmente o si solo había querido satisfacer un capricho adolescente —¡y vaya que se lo cuestionaba! —, pero sin dudas él se

había enamorado como un loco de ella. Tanto que una lluviosa tarde de sábado, una semana después de que las clases habían acabado, el profesor y la ex alumna hicieron realidad sus fantasías en ese pequeño apartamento donde reinaban el aroma y el desorden que solo pueden caracterizar a un profesor de alma, a un amante de la historia y del arte, y a un hombre íntegro. Muy diferente, por cierto, del resto de los hombres que habían desfilado, antes y después de él, por la vida de

Cristina.

Tras unos pocos encuentros románticos, Cristina quedó embarazada y Carlos se casó con ella, aun en contra de la voluntad de sus padres, que la veían menor y ligera. Los Dickinson siempre habían intentado persuadir a su hijo de que cambiara su estilo de vida, de que aprovechara la pequeña fortuna familiar forjada por generaciones de médicos y se dedicara a otra cosa, pero Carlos jamás había hecho caso. Amaba el pasado. Lo amaba porque

era el presente y era el futuro, y su pasión por la historia y por el arte lo había convertido en un apasionado en todos los ámbitos de su vida.

Después de tres años y medio de matrimonio, Carlos partió una mañana a su trabajo en la escuela a la que había asistido Cristina. En el corto trayecto en colectivo, dos hombres lo habían asaltado y, quizás por robarle unos pocos pesos o por un ajuste de cuentas equivocado —que no era nada extraño en un barrio

como el del colegio—, Carlos había perdido la vida en manos de aquellos dos extraños de rasgos extranjeros que nadie jamás encontró. >: ^

Así había sido Cristina con Carlos, pero con Josué Nicanor Pérez era muy diferente. Él gastaba el dinero de su pensión, la que Cristina cobraba tras la muerte de Carlos, en alcohol y drogas; y ella ni siquiera le exigía alimentos para su pequeño hijo Héctor.

La muerte de Carlos quedó en el pasado, así como la

fatídica noche en que Lavinia había conocido el inicio de un acto sexual mediante un secreto intento de violación. Sin embargo, Josué jamás había podido tocarla de nuevo. Después de aquella madrugada, Lavinia se había dedicado a practicar todo tipo de deportes que le confirieran una posibilidad de autodefensa, y había conseguido el respeto y el temor del hombre.

Se había transformado en una mujer que le temía a muy pocas cosas en realidad,

ni siquiera a los hombres. Solo un viento suave y noctámbulo lograba aún provocarle algún escalofrío en la espalda, tal vez temiendo que ese testigo silencioso hablase.

O

Nueve años después de la fatídica noche.

«Tengo que reclamar las telas a Betty», se repetía Lavinia en la mente mientras subía las escaleras, atestadas de personas que fumaban y conversaban entre sí.

Como se había quedado

trabajando en su tienda inaugurada hacía apenas tres meses hasta tarde, llegaba a casa en un horario poco habitual.

No había rastros de su familia. Ante una noticia tan grata, se dirigió a la cocina, abrió la canilla y se sirvió un vaso de agua. Pero su paz interior no duró demasiado, se vio perturbada cuando unos dedos calientes le rozaron sin querer queriendo el antebrazo. Con clase y a la vez cierta advertencia en la voz, ordenó:

—No me toques.

Del mismo modo clavó la mirada verde en los ojos de su oponente, negros como su conciencia. Josué la observó un momento y después, respetando su seguridad y su belleza, apartó los dedos. Lavinia volvió a lo suyo. También él.

Antes de intentar abusar de Lavinia, Josué había ideado una buena forma de intimidarla: la había amenazado con dañar a su madre si ella no accedía a sus deseos. Claro que siempre había sido sutil y engañoso en sus

advertencias, de manera que solo ella y él se entendieran, y así parecer inocente. Josué pensaba que la relación de amantes que tendría con la pequeña hija de su novia perduraría en el tiempo, pero después de esa única noche en la que había tratado de mantener con ella una relación sexual abusiva, la chica se había dado cuenta de que las amenazas eran vanas y se había revelado. Entonces Josué, ya sin verla amedrentada, no tenía la valentía suficiente para intentar tomarla de nuevo,

pues en lo profundo de su alma y de su oscura conciencia, no era más que un cobarde.

Lavinia no se había dejado engañar nunca más. Más allá del intento de ultraje, lo que a ella le estrujaba el corazón era la mentira. ¡Cómo pudo haber sido tan inocente! ¡Cómo pudo haber sido tan ingenua de creer en las amenazas de un cobarde! Pero se prometió que jamás volvería a padecer algo como eso. Nadie volvería a burlarse de ella, ni tampoco volverían a engañarla.

Simplemente, nunca.

Por la ventana de la cocina vio descender a su hermana de un automóvil negro. Helena cerró la puerta del coche y el hombre que conducía le dio unos billetes por la ventanilla. Con el cabello largo y sedoso meciéndose por el viento, la joven se acercó a la puerta de entrada. Lavinia se pegó al vidrio para ver mejor. Josué acababa de detener a Helena en la puerta del edificio. Intercambiaron unas palabras que Lavinia, desde la distancia, no podía

oír. Se dificultaba escuchar por los sonidos de la calle: varios jóvenes que habían salido de la escuela vespertina, automóviles que circulaban por Díaz Vélez y un colectivo.

Josué intentó arrebatarse el dinero de las manos a Helena. La conversación pasó de ser seca a violenta. Al final, la muchacha le dio unos billetes de mala gana, con lo que Lavinia dedujo que Josué se había apresurado a llegar a la puerta de calle para sacarle dinero a su hermana, un

dinero bien fresco que ella todavía no había alcanzado a contar. Helena entró al precario edificio mientras Lavinia se volvía y se internaba en el comedor.

Cuando su hermana llegó, ella ya estaba sentada a la mesa. Helena se dirigió a la cocina, pretendía ignorarla. Luego salió con un vaso de agua. Se sentó a la mesa sin dirigir siquiera la mirada a Lavinia. Los ruidos del exterior, el pasillo y la escalera contaminaban el silencio del interior.

—¿Cómo te fue hoy? —

preguntó Lavinia.

—Bien —respondió Helena de mala gana, encogiéndose de hombros.

—¿Quién era ese hombre que te trajo?

Cada vez que Lavinia intentaba iniciar una conversación con Helena, fracasaba. Había hecho la pregunta sin segundos propósitos, intentando olvidar que en realidad conocía la verdad, pero Helena, acostumbrada a tratar con malas intenciones, no pudo pensar menos de lo que su hermana acababa de

decir.

—¿Siempre tenés que creerte más que todos nosotros? —le espetó.

Lavinia lució desencajada, sorprendida por la reacción de Helena.

—¿Qué decís?

—Que sos una cogotuda.

—¿Solo porque quiero salir de acá, porque no le regalo mi plata a Josué?

—Andate a cagar.

Helena se puso de pie y se encerró en su habitación, la que compartía con Lavinia. Abrió la ventana. Como de costumbre, se sentó a fumar

y a esperar.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta de entrada y Cristina ingresó al departamento con dos bolsas del almacén y Héctor en brazos. Detrás de ella, venía Josué.

Su madre se hallaba algo excedida de peso. Como había descuidado su apariencia, conservaba poco de la belleza que había poseído en su juventud. Su hermana Helena, de cabello castaño y electrizantes ojos marrones, en cambio, poseía una encantadora figura y un

rostro que pudiera haber servido de inspiración a más de un creador, aunque en ese último tiempo había perdido su brillo. Se había acostumbrado a fingir una mueca sensual que de tan común acababa resultando insípida. Vestía casi siempre faldas muy cortas y corsés. En los pies usaba botas altas hasta la rodilla o sandalias de tacón. El cabello suelto le llegaba a la cintura y maquillaba su rostro con colores vivos.

Helena era la hija de un novio que Cristina había

tenido un año después de la muerte de Carlos. El tipo la había dejado embarazada y luego había salido corriendo ante la noticia. Al menos le sirvió a Cristina para recibir una lección y engatusar a Josué antes de quedarse embarazada.

En conclusión, por esas cuestiones de la vida —y de su madre—, Helena López nunca había conocido a su padre y ni siquiera llevaba su apellido.

Josué era un hombre moreno, como su pequeño hijo, de contextura física

hercúlea. Claro que los años y la mala vida lo habían transformado en un rufián panzón y alto, como un inmenso ropero, como un gorila.

A diferencia de ellos, Lavinia guardaba la frescura y la delicadeza de su adolescencia. Conservaba un exquisito tono rosa en los pómulos y tenía los ojos grandes color esmeralda. Era dueña de una belleza delicada que, entre la miseria, solía pasar inadvertida. Llevaba el cabello rubio recogido en

una cola, sandalias y una camisa blanca.

Se retiró a su habitación de inmediato: lo que menos deseaba en ese momento era compartir un espacio con Josué y con su madre. Se trataba del mismo cuarto en el que se había frustrado la violación, pero el recuerdo era ya tan lejano que daba igual dormir allí o en cualquier otra parte. Se aproximó a la ventana y cerró el postigo abierto. Las cortinas azules tenían agujeros de cigarrillo y olían siempre a polvo. Hacía años

que no se lavaban, y ella había dejado de insistir para que su madre le permitiera hacerlo.

—Esta es mi casa. Si no te gusta vivir acá porque para la princesita las cortinas huelen a humo, ahí tenés la puerta —le decía Cristina con ironía cada vez que Lavinia insinuaba algo sobre la falta de limpieza de la casa. Ella podía ser desordenada, pero era muy limpia.

—Yo pagaría el lavadero —replicaba Lavinia con voz calma.

—No quiero que se laven las cortinas —contestaba la madre.

—¿Por qué no? —se desesperaba la hija.

—Porque lo digo yo.

Helena solía sentarse a fumar delante de la ventana, como esperando quizás que una vida mejor viniera a buscarla, pero incapaz de salir en su búsqueda. Como en casa de Cristina nadie enseñaba a nadie a cuidar nada, todo estaba que daba lástima.

Después de cerrar la ventana y acomodar las

rudimentarias cortinas, Lavinia se volvió hacia la cama. Ignorando a su hermana, se quitó la prolija ropa que utilizaba para trabajar y se vistió con un atuendo deportivo. Así y todo, lucía particularmente fina, porque toda ella era exquisita, una criatura nacida en un universo al que no pertenecía.

Cuando estuvo lista la cena, Cristina golpeó a la puerta de la habitación de sus hijas y las llamó con un mal humor que ya se había encarnado en ella y que se

acrecentaba cada día.

—¡A comer! —exclamó como aviso, y se alejó.

Cristina siempre había sido una mujer egoísta, pero Lavinia jamás la había conocido tan tacaña como por aquel entonces. Había llegado al extremo de escatimar la comida y hasta molestarse por tener que cocinar. Si bien siempre había sido haragana, poco a poco sus actividades se iban reduciendo cada vez más. Helena no hacía nada en la casa, y Lavinia se pasaba el día trabajando. De Josué, ni

esperar.

Todos se sentaron a la mesa. El televisor, a un volumen muy alto, colmaba la sala con las risas provenientes de una publicidad de dentífrico. Cristina sirvió una mezcla de churrasco y fideos con manteca en los platos y después se sentó, dejando escapar un suspiro. Ella no cenaba. Tal vez se había cansado del sabor de la carne y las pastas, aunque no por eso dejaba de preparar siempre lo mismo, porque le demandaba menos trabajo.

A lo sumo, variaba el churrasco por milanesas y los fideos por puré.

Se hacía evidente que Josué ya estaba drogado. El televisor, que funcionaba a los tumbos, como todo en esa casa, hizo interferencia.

—Mové el cable —ordenó Cristina a Josué.

Él se puso de pie. Tocó el cable. La imagen se veía, pero la voz iba y venía. Lavinia soltó el cuchillo cuando Josué golpeó el aparato y el ruido que había hecho la asustó. El sobresalto que acababa de

sufrir le había dejado la respiración agitada. Odiaba la violencia con la que todos allí se conducían.

—¡Mierda! —exclamó el hombre.

—Llévalo a arreglar —respondió Cristina con ligereza.

—Dame la plata.

—Dámela vos.

Por milagro, la conversación murió en eso y después se hizo silencio, aunque Lavinia no sabía por cuánto tiempo iba a durar. Josué se sentó. La voz del televisor no sonaba como en

realidad debía, pero al menos se escuchaba. Aprovechando la paz que reinaba entre ellos, Lavinia entregó a su madre un sobre blanco.

—Es para las vacunas de Héctor —explicó con suavidad, temiendo que el ambiente armonioso se disipara con un suspiro—. Estamos seis meses atrasados.

Cuando Lavinia regresó a su casa al día siguiente, todos ya se encontraban cenando, menos su madre, que nunca lo hacía. Se

dirigió a su habitación, se puso ropa deportiva para no ensuciar la del trabajo y se sentó a la mesa. La comida consistía en la misma mezcla del día anterior, recalentada.

Cuando quiso darse cuenta, el televisor funcionaba de maravillas. Josué estaba tranquilo y su madre, en apariencia gozosa. Helena masticaba con su rostro indiferente, como de costumbre, y el pequeño Héctor revolvía el mejunje con las manos.

Lavinia sintió que estaba a

punto de estallar, pero actuó con mesura. Una terrible sensación de impotencia le recorrió las entrañas, y la escena se le formó en la mente: sin dudas ni bien ella, agotada de tanto trabajo, se había ido a la cama, Josué había pedido la plata a Cristina para sus porquerías, pero ella, con su criterio tan particular, lo habría convencido de que el mejor uso que se podía dar al dinero del sobre blanco de su hija era reparar el televisor.

A nadie en esa casa le

importaba que hubiera pasado la última semana encorvada sobre la máquina de coser, armando pequeños trajes de bailarina que de niña siempre había soñado pero no había tenido, para las vacunas de su hermano. A Cristina solo le importaba que le dieran dinero, el que luego se dejaba sacar por Josué o utilizaba para algo de su interés.

Lavinia sintió deseos de llorar por su pasado, su presente y su futuro. Ganas de mandar todo a la alcantarilla y no volver la

vista atrás.

Josué, sin pudor alguno, encendió un cigarrillo de marihuana.

—Andá a fumar afuera — ordenó Cristina en un insólito ataque de cordura. Cualquier cosa servía para armar un problema y entretenerse un rato discutiendo.

—Fúmate uno — respondió Josué, irónico—. ¿No trajiste nada hoy, Helenita? —preguntó a continuación. Se dirigía a su hijastra Helena con sorna. Lavinia, en cambio, había

conseguido que Josué la respetara, al menos del mejor modo que Josué Nicanor Pérez podía respetar.

—Te di ayer, ¿ya te olvidaste? —respondió su hermana al moreno.

—Lavinia —dijo después la madre—. La heladera falla otra vez. ¿No tenés nada hoy?

Tenía. Había cobrado el resto del dinero por su trabajo terminado para el instituto de danzas, sin embargo, se negó. Ya había dejado la carrera de Diseño

de Indumentaria en primer año por llevar dinero a su familia, ¿qué más iba a tener que resignar?

—No —dijo.

Estaba harta de que el dinero tuviera un uso egoísta. Aún no terminaba de digerir que el televisor fuera más importante que las vacunas de Héctor como para comprender que también la heladera carecía de prioridad frente al televisor.

—Helenita... —habló otra vez el moreno.

—¡Te dije que no! —gritó

ella, al tiempo que arrojaba los cubiertos sobre el plato y golpeaba la mesa. Fuera de todo contexto, Cristina soltó una risotada.

—¡Miren eso! —exclamó señalando con el dedo. El televisor proyectaba la imagen de una mujer semidesnuda en un show cómico que llamaba en medio de la calle a un señor.

Josué también rió. Reían a los gritos, con la misma violencia con la que siempre hablaban.

El teléfono sonó. Lavinia, que era quien lo pagaba, se

levantó para responder. Sintió vergüenza de escuchar del otro lado la voz de una clienta y de que esta oyera las risotadas. Para evadir el ruido, se encerró a hablar en el baño, que era la habitación más alejada del comedor, aunque no logró acabar con los sonidos.

Después de cortar, salió y dejó el aparato en su lugar. Volvió a la mesa. Su madre reunía los trastos sucios como lenta demostración de su holgazanería. Josué bebía la última gota de su cartón de vino. —Trae más vino —

ordenó a Cristina.

—No hay más —
respondió ella, que se había
acercado para pasar un trapo
húmedo a la mesa.

—¿Cómo que no hay más?
—cuestionó él como
reclamo—. ¿Por qué no
compraste?

—Porque hace más de diez
días que no me das un
mango —replicó la mujer
mientras se encaminaba a la
cocina.

—No puede no haber vino
—replicó Josué poniéndose
de pie—. ¡Dame plata que
voy a comprar yo!

—¡No! —ambos gritaban, porque siempre hablaban a los gritos. —Helenita... —canturreó el hombre.

—A mí no me jodas —retrucó Helena, sin apartar los ojos del televisor. Josué golpeó la mesa. —¡Dame unos pesos, carajo!

—¿Pero sos estúpido? —gritó Helena, mirándolo por fin a los ojos—. ¡Ya te dije que no! —y se levantó de la silla.

Como Lavinia dejó de resistir la discusión, huyó a su cuarto. Descargó toda su furia contra una bolsa de

arena que había colgado entre su cama y la de su hermana desde que practicaba boxeo en lugar de Tae Kwon Do. Los gritos de su familia y el llanto desesperado de Héctor servían como música de fondo.

—¡Cállate la boca! — escuchó que Josué ordenó al pequeño, y enseguida se oyó un golpe duro y seco.

Lavinia salió de su habitación como un torbellino. Los tres adultos proseguían con su discusión mientras ella alzaba al niño

y se dirigía a la puerta de entrada. Tomó su abrigo, que colgaba de un gancho en la pared, abrió la puerta y salió al hall. Todos sus vecinos, como la gran mayoría del barrio, se la pasaban fumando. Una joven de su edad lo hacía en la puerta de su departamento, que estaba frente al de Lavinia, sin la menor sorpresa por los gritos que se escuchaban incluso hasta la escalera.

Debería haberse refugiado en su tienda de la avenida Mitre, pero estaba tan

embotada que dejó el barrio y tomó un colectivo hasta Capital. Llevaba a su pequeño hermano de dos años en brazos y un fino abrigo como única protección. Caminó, aturdida e hipnotizada, por la calle Alem, tan fría y oscura como ella jamás sería, y pasó por debajo del enorme cartel de una obra en construcción. En él se leía «Hagen y Asociados», entre otros datos.

Lavinia se detuvo frente a un teléfono público, marcó 911 y habló con la

operadora.

—Quiero hacer una denuncia por portación y consumo de drogas.

Capítulo 2

EN el ambiente reinaban el color, el ruido y el glamour. Un bullicio constante profería a las luces policromadas el aire inconfundible de un casino.

Las mujeres lucían los más exóticos y variados vestidos, mientras que los hombres preferían el esmoquin negro. Las máquinas conferían una música de fondo que apagaba por momentos los murmullos de los jugadores

y de los curiosos. En ningún otro lugar podían escucharse esos sonidos ni producían la misma emoción, la misma energía que transmitía la excitación del juego, de las apuestas y de la probabilidad.

Apostar era comparable a veces con hacer el amor. Vivificaba el cuerpo y ordenaba a la adrenalina que aumentara el ritmo cardíaco. La tensión arterial crecía en función del sentimiento de expectativa, hasta que todo estallaba o se apagaba en un instante: el momento en que

la máquina tragamonedas acusaba sus símbolos graciosos, el croupier cantaba el número de la ruleta o acababa la partida de cartas. El instante en que la vida se resumía a haber ganado o perdido una apuesta. Solo una, la elegida, la mejor.

Pasando las mesas de *Blackjack* y de Póquer tradicional, una habitación vidriada escondía el pequeño y exclusivo sector de los grandes apostadores. Cinco hombres y un experto repartidor en el lugar de la

casa dependían de su suerte. La mayoría de los jugadores eran de edad madura y conservaban sus trajes alineados, mientras que los dos más jóvenes de la mesa ya habían dejado de lado el saco y la corbata de moño.

Tras los naipes, algunos mechones de cabello rubio oscuro contrastaban con la mirada grisácea que los observaba al tiempo que os labios esbozaban una sonrisa perezosa.

—*Royal flush* —dijo la voz grave y varonil antes de asentar las cartas en perfecto

orden ascendente sobre la mesa de paño verde.

Los cuatro apostadores restantes y el repartidor se quedaron atónitos. El ganador respiró profundo. Llevaba las mangas de la camisa dobladas hasta mitad del antebrazo y los dos primeros botones cercanos al cuello desprendidos. El saco descansaba sobre el respaldo de la silla, y el moño del esmoquin, en el piso.

Pronto la noticia se esparció como un tornado por todo el casino.

—¡Catalina! —exclamó

una mujer a otra de cabello castaño que llevaba puesto un vestido azul. En ese momento, se estiraba para colocar algunas fichas en el número diez de la ruleta—. ¡Nick hizo una escalera real!

Muchas personas se agolparon del otro lado de los vidrios para ver el lugar y al hombre que acababa de ingresar a ser un individuo selecto entre las escasas probabilidades.

La mujer de vestido azul entró al recinto. El guardia de seguridad que custodiaba la puerta, también vidriada,

no opuso resistencia. Ella apoyó las manos sobre los hombros del gran ganador y lo besó en la mejilla. Luego observó la jugada, que aún descansaba sobre el paño verde. Quizás esperaba convertirse en la reliquia del Paradise, el crucero dentro del cual se hallaba aquel casino. Él sonrió.

—Voy a comprar este lugar —pensó en voz alta. Era una idea que le rondaba la cabeza desde hacía mucho tiempo y que se había arraigado más en él desde que supo que el Paradise

estaba en venta.

Nicolás Larrazábal Hagen fue el tema favorito de conversación hasta altas horas de la madrugada. Su nombre permaneció en boca de todos, asociado a su proeza, porque lo creían un suertudo y un estratega. Nadie sabía que él tenía su propia diosa.

Atrás había quedado el ruido de máquinas tragamonedas y de conversaciones. En la borda del crucero, reinaba un armonioso silencio que se combinaba con los vaivenes

del océano, los mismos que mecían la embarcación sin que esta oscilación resultara perceptible para los que iban a bordo.

El cuerpo fuerte y poderoso de Nick aprisionaba el de la mujer de vestido azul contra el barandal, lograba excitarla con cada suave movimiento. Catalina pensaba que él la satisfacía en el sexo, pero tenía bien en claro que jamás lograría enamorarle, por eso era más fácil mantener las cosas así, en el placer.

Era imposible no desearlo.

Nick era un hombre que apenas pasaba los treinta años, de ojos de una extraña tonalidad entre gris y azul y cabello rubio oscuro. La profundidad de su mirada encerraba un aire misterioso que más de una mujer había intentado develar, todas sin éxito.

Catalina, en cambio, tenía muy en claro que nada le interesaba de él más que su compañía. Era bueno en la cama y en la vida, eso le bastaba. O no, nunca era suficiente si no se obtenía el corazón de ese hombre de

hielo y fuego, pero ella había sabido desde el primer día que fracasaría, por eso lo aceptaba. Por esa misma razón, el sutil rechazo que él sentía por ella fuera de los encuentros íntimos no la inclinaba a retirarse. Además, era apuesto y sensual hasta lo irresistible, cualidades que funcionaban como un imán.

Sostenían los dos sus copas de champán en alto.

—¿En serio pensás comprar este barco? —le preguntó ella, sonriente, pasando su mirada por el

cuerpo fornido y generoso de su acompañante.

Nick, que hasta ese momento tenía la mirada perdida en las olas oscuras del mar Caribe, enterró sus ojos, los mismos que durante la noche competían con el color de aquellas aguas, en los de la mujer con la que compartía su viaje.

—Podría darme ese gusto —reflexionó con serenidad. Bebió de un solo trago el resto de champán en su copa y luego la arrojó al mar—. Hace mucho tiempo que no me regalo algo.

Catalina Lowenstein soltó una carcajada febril y sonora.

—¡Vos sí que te hacés regalos! —exclamó. Bebió también el resto de su champán y miró con picardía primero la copa, luego a su compañero—. ¿Puedo? —preguntó.

Él le respondió con un leve gesto afirmativo hecho con la cabeza, entonces ella también arrojó la copa al mar.

Seis meses después, aquel inmenso barco, con su casino a bordo, era suyo, y

ya había sido trasladado a la Terminal Quinquela Martín, de reciente inauguración en Buenos Aires. Nick confiaba en que los cruceros, ahora que podían entrar a su ciudad natal, se convirtieran en un buen negocio del cual él sería un pionero local.

Claro que para obtener a la mujer del vestido azul no había tenido que esperar tanto tiempo. La misma noche en que decidió comprar esa embarcación, la bonita Catalina Lowenstein se convirtió en su amante de turno. Un turno muy corto,

pensó Nick, pues no quería saber de ella más que para sus propósitos durante ese viaje.

Seis meses después de la compra millonaria, la vida le jugó una pasada —no supo si buena o mala—, y ella volvió a ser su amante.

Con la mujer aún recostada sobre su pecho desnudo, Nick pensó en que la situación se parecía mucho a esa primera noche que habían pasado juntos. Después de todo, esa era apenas la segunda oportunidad en que hacían el

amor, porque luego de hacerlo por primera vez no había vuelto a verla hasta la madrugada anterior, en la fiesta de inauguración de su nueva inversión. El *Paradise*, aquel majestuoso barco en el que había pasado a formar parte del selecto grupo de hombres que se hallaban en boca de todos por su buena suerte, era suyo.

Casi amanecía y él no se había dormido. Resultó afortunado, porque sonó el teléfono y de cualquier modo lo habría despertado.

—Tiene que venir con urgencia —dijo la voz del otro lado de la línea.

—¿Qué pasó? —preguntó él mientras se frotaba la cara. Todavía le quedaba algo de resaca.

—Al menos tiene que venir uno de ustedes dos —la voz se refería a él o a su socio, que lo acompañaba en ocasión de la inauguración—. La obra en Alem pende de un hilo.

Nick se incorporó. Catalina protestó y se envolvió sobre sí misma, dormida.

—¿Qué significa eso? —
preguntó Nick a su
interlocutor.

—Que el resultado de la
inspección fue terrible, y
quieren cancelarla.

Nick abandonó la
embarcación en el siguiente
puerto, que resultó ser
Salvador de Bahía, y tomó
un avión hacia Buenos
Aires. Catalina, en cambio,
siguió su viaje en el
imponente crucero hasta las
costas de Buzios y Santos.
Para ella, Nick era un
hombre atento y generoso,
aunque notaba que a él poco

le importaba lo que hicieran sus amantes, porque estaba segura de que ella no era la única. De todos modos, no había esbozado deseos de acompañarlo en su viaje de regreso a Buenos Aires, pues sabía que tras asentar un pie en tierra firme, la atención que él pudiera brindarle sería nula. Entonces prefirió seguir viaje, disfrutar de aquel agradable estilo de vida y quizás volver a ver a Nick en otra ocasión fortuita. Después de todo, él jamás la había visitado en Pilar, donde ella vivía. Su

padre tenía una constructora, al igual que Nick, en Capital. A pesar de corresponder al mismo rubro, ambos hombres se habían visto pocas veces cara a cara, y ella era consciente de que un viejo rencor los enemistaba. Sin embargo, la pasión de Nick era tan arrasadora que le había resultado imposible resistirse. Después de todo, su padre no tenía por qué enterarse.

A diferencia de su amante, Pablo Díaz, su socio, decidió acompañar a Nick, ya que

consideraba que los dos eran responsables de la obra. Y así emprendieron el regreso.

O

Un año después.

Esa mañana, el sol brillaba con singularidad. De todos modos no hacía falta demasiado para que Nick estuviera de buen humor.

Estacionó la camioneta negra en Ciudad Universitaria, donde funcionaba la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, en el pabellón III. Delante del gran

edificio, los jóvenes iban y venían con sus libros y mochilas. Caminó hasta allí, subió con agilidad las escaleras y se dirigió al aula. Llevaba el saco puesto pero desabotonado, y había dejado la corbata en el asiento trasero de su vehículo.

Cuando entró al recinto, los murmullos cesaron, y el joven que mostraba unos cálculos en el enorme pizarrón calló.

—Hola, Sergio —saludó Nick al muchacho mientras se sentaba sobre el escritorio

sin más preámbulos—. ¿Te importaría seguir después? Tengo los segundos contados.

—Claro —contestó el joven con respetuosa obediencia. Para no hacerle perder tiempo, se sentó junto a una mujer y a otro muchacho a un costado del salón.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —preguntó Nick a los alumnos. Fruncía el entrecejo. Eso indicaba que él pensaba, mientras inhibía a más de una alumna de

hacer lo mismo. Su rostro era muy expresivo, tenía gestos que eran seductores aun fuera de su voluntad.

—Hace quince días — respondió la mujer del trío de colaboradores ante el silencio del resto.

Nick no aparecía seguido por las clases, que quedaban en manos de adjuntos y ayudantes, porque pasaba la mayor parte del tiempo ocupándose de sus proyectos empresariales, en viajes de negocios o, los menos, de placer.

—Es tiempo de empezar el

nuevo proyecto —continuó tras la respuesta, la que agradeció con un ligero asentimiento—. ¿Alguien que no sea uno de mis abnegados colaboradores sabe cuál es la próxima gran inauguración que promete mi empresa? —se hizo silencio—. ¡Vamos! —los instó entonces él—, no tienen que sacar ningún cálculo, solo leer los diarios.

Una alumna levantó la mano con timidez.

—¡Sí! —exclamó Nick, con la explosiva y sensual sonrisa que siempre lo

caracterizaba, esa que a veces enmudecía a las alumnas y acobardaba a los varones.

—La clínica de la calle Alem —respondió la chica en voz muy baja.

—Así es —asintió él—. Y ustedes harán lo mismo que yo. El siguiente y último proyecto del año consiste en el diseño y cálculo de la renovación de un viejo edificio en desuso para la construcción de un sanatorio privado.

—Profesor —levantó la mano un joven. Todos

hablaban más rápido en presencia del profesor titular de una de las cátedras de Estructuras más concurridas. Nicolás Larrazábal Hagen lograba acelerar el tiempo a todo el mundo.

—Sí.

—¿En cuánto tiempo?

—Tienen ocho semanas a partir de hoy —respondió él—. No puede haber equivocaciones. Podemos perdonar el olvido de algún detalle, pero saben que hay errores imperdonables. Están avanzados en la carrera, hay ciertas cuestiones que no

entran en discusión. ¿Algo más?

—Las características... —
comenzó otro. Él lo interrumpió.

—Mis colaboradores dejarán todo el material en la fotocopiadora de siempre.

La mujer del trío de ayudantes tomó nota en un cuaderno. Acababa de enterarse de algo que desconocía.

—¿Y la parte de diseño?
—acotó alguien más—. ¿Usted nos dará orientaciones?

—Como saben, el trabajo

es en colaboración con una de las cátedras de Arquitectura —explicó Nick en respuesta. Hablaba siempre como si corriera una carrera—. Es requisito consultar a más de un docente para obtener una visión acabada del proyecto. La idea no es que diseñen o calculen, sino que ambos conceptos funcionen como un conjunto. Arte y razón, razón y arte. No existe diseño sin cálculo ni cálculo sin diseño. De nada me sirve que una estructura se sostenga si el edificio es un

cuadrado insípido y disfuncional. Como alumnos de la carrera de Arquitectura, su trabajo final tiene que ser perfecto. Y como alumnos míos, sus trabajos tienen que ser los mejores.

A veces parecía olvidar que existía la humildad, sin embargo siempre contagiaba a todos con su buen humor, por eso sus bromas, arrogantes o no, caían en gracia. Alumnos y ayudantes rieron al unísono después de aquella insinuación.

Ni bien salió de la

universidad, se dirigió a sus oficinas. Entró al estudio de su socio, quien en ese momento trabajaba sobre una enorme mesa junto a otros dos hombres. Al verlo llegar, Pablo se le acercó.

—Vamos en la camioneta —comentó Nick, pretendiendo que el otro adivinara de qué le estaba hablando.

—¿A dónde? —a Pablo se le había olvidado la bola de cristal, que resultaba necesaria si se quería seguir la velocidad abrumadora que siempre llevaba Nick.

—Dijiste que ibas a conseguir la dirección de la diseñadora —aclaró su socio y compañero al tiempo que hurgaba con ambas manos en los bolsillos en busca de sus cigarrillos.

Nick nunca se detenía a hacer una única cosa, siempre estaba haciendo al menos dos, como si deseara ocupar cada fragmento de su tiempo, por más breve que este fuese, sin pausas.

—¿De Margarita Farías? —indagó el socio—. ¡Eso no es problema! El problema lo tenemos en Alem otra vez.

—¿Otra vez? —Nick al fin lo miró—. Mandemos al abogado y listo.

—No me parece lo más apropiado. La inspección volvió a ser bastante negativa —recalcó el hombre—. Parece que nuestras normas de seguridad no coinciden con el código legal. Preferiré esperar a que llegaras para tomar cualquier determinación.

—Estoy harto de leer ese puto código. ¿Qué pasa con esa avenida? —bramó Nick—. Cada vez que hacemos

algo ahí, nos cae una inspección. Debe estar maldita. Traé la dirección de la diseñadora, podemos pasar por ahí después de arreglar ese asunto de los inspectores —determinó.

La pequeña oficina de inspección gubernamental estaba atestada de gente. Nick no esperó. Avanzó hasta los escritorios, escudriñó con la mirada y escogió su presa: estaba seguro de que con la señorita del puesto número dos obtendría buenos resultados. Se apoyó con liviandad

sobre el mostrador y saludó.

—Hola —dijo. Su voz era un arma poderosa: grave, ronca y muy varonil.

Supo que había causado el efecto deseado en la muchacha porque por un segundo su mirada miel brilló. Además, el impacto la había dejado algo nerviosa.

—¿Sí? —ella lo miró, inquisitiva. Nick supo que había triunfado: otra empleada ya lo hubiera enviado a la cola. Además, todavía le restaba su herramienta más poderosa: una sonrisa. Acababa de

gastar la de la mirada y no era consciente de que también existía la de la voz.

—Me enteré de que anduvieron unos inspectores suyos en mi obra y me preguntaba si está libre el fin de semana —deslizó como al pasar. La chica rió y bajó los párpados; otros efectos causados por Nick.

—¿Apellido del titular de la obra? —preguntó ella con voz melosa.

—Hagen y Díaz —la voz de Nick no distaba de conservar las cadencias de la de la muchacha, pero fingía.

La jovencita revolvió un fichero. Extrajo una carpeta y la abrió.

—Aparentemente varios de sus obreros no contaban con la protección adecuada —comentó.

—Te voy a explicar —la interrumpió Nick, echando mano de una sonrisa que causó en la joven un súbito y ligero rubor—. La empresa encargada de la seguridad laboral es subcontratada y...

—Y ustedes deberían controlar mejor el trabajo de sus subcontratados —lo interrumpió la señorita

mientras enroscaba un mechón de su cabello oscuro en el dedo índice.

Por un momento, Nick pensó que quizás había errado en su cálculo. Ya había gastado la sonrisa, solo le restaba apelar a su buena suerte. Se humedeció los labios, inclinó la cabeza y bajó la mirada un instante.

—Lo haremos —aseguró volviendo los ojos hacia ella. Eso hacía que se le arrugara la frente, semblante que obligó a la empleada a tragar con fuerza—. Solo dígame qué puedo hacer para evitar

una clausura. De esa manera tendría la oportunidad de controlar a mis subcontratados y demostrar que aprendimos la lección.

Esos ojos grisáceos y vanidosos, así como aquella masculina sonrisa y los gestos seductores, pudieron por fin con todas las barreras morales y femeninas de la mujer.

—Y usted es... —arriesgó alzando una ceja.

—Nicolás L. Hagen —añadió Nick con extraña intensidad en la voz.

Le disgustaba pronunciar

su nombre, incluso que lo llamaran «Nico», que le recordaba a «Nicolás», por eso se hacía llamar «Nick». Además, omitía su primer apellido en cuanto papel legal pudiese. A pesar del esfuerzo que siempre le suponía nombrarse a sí mismo, sostenía una mirada tan intensa que había conseguido sonrojar a la empleada.

—Y el otro titular de la obra es... —arriesgó ella.

—Pablo Javier Díaz, mi socio —repuso Nick sin darle oportunidad de ordenar

sus pensamientos.

—Y el apoderado de la empresa es... —aquello dejaba de ser un interrogatorio de rutina.

—Yo —añadió Nick con desfachatez—. Soy el dueño.

La muchacha, embelesada con el visitante, alzó la mirada hacia él. Todavía se dibujaba una sonrisa en sus labios rosados.

—¿Es usted el arquitecto? —preguntó, divertida, sin importarle si él se daba cuenta o no de que lo que ella buscaba era sonsacarle su nombre, su nivel

económico, su profesión, y no sus vaivenes legales.

—El ingeniero —repuso él, como si la conociera de toda la vida—. ¿Sos vos la encargada de poner un precio a mi negocio? —la joven sonrió, y Nick comprendió que era el momento justo para asentar sobre el mostrador los dos largos boletos blancos—. ¿Qué tal dos pasajes para un crucero hasta el Nordeste de Brasil? Punta del Este, Salvador de Bahía, Buzios...

En ese momento, Nick parecía un ejecutivo de

ventas de una compañía de turismo. Y uno muy bueno, puesto que el rostro de la joven mujer se iluminó con una sonrisa ambiciosa. Después, ella mordió la goma del lápiz.

—¿Y usted va a estar a bordo? —preguntó. Él resultó aún más favorecido en su seguridad con la sensación del triunfo.

—Eso tendría otro precio... —bromeó. Era consciente de que llevaba la delantera.

La muchacha marcó unas cuantas cruces en un papel y después arrojó la carpeta a

una caja, apoderándose a cambio de los dos boletos blancos.

—No podré ayudarlo la próxima vez —dijo—. Procure no cometer el mismo error.

—Lo haré —prometió él. Y eso fue todo.

Cuando Nick regresó al vehículo, Pablo esperaba alguna información acerca de la inspección con mirada ansiosa. A cambio, su compañero preguntó:

—¿Trajiste la dirección?

—¿No me vas a decir qué paso ahí adentro? —inquirió

su amigo.

—Ah, sí —respondió él, como si nada hubiera sucedido—. Di unos pasajes para el Paradise a la señorita del puesto dos.

Pablo enarcó las cejas.

—¿Y la clausura? —inquirió.

—¿Qué clausura? —respondió Nick, ante lo cual Pablo soltó una carcajada.

—¡Vos sí que tenés suerte! —exclamó el hombre, feliz porque el problema se hubiera resuelto tan pronto.

—A veces dudo que se trate de buena suerte... —

corrigió Nick con aire reflexivo y los ojos entrecerrados—. Más bien creo que es una cuestión de estrategia —se produjo una pausa verbal en la que giró la llave en el encendido—. ¿Y la dirección? —preguntó después.

Pablo hurgó en el bolsillo de su saco, manipuló su *smartphone* y leyó en voz alta lo que había allí escrito.

—¿Estás seguro? —preguntó Nick tras escuchar la dirección.

—Sí.

—¿De ese lado del

pueblo? —Nick no lo podía creer, ya que se trataba de un barrio muy distinto del que podía habitar una diseñadora de alta costura, según sus conocimientos.

—Tengo entendido que no es un barrio muy exclusivo —admitió Pablo, reflexionando aquello en el momento—, pero ya sabés cómo son esas diseñadoras excéntricas...

—Es Provincia, y una zona donde a lo sumo vamos a encontrar negocios coreanos.

—No sería la primera

artista cuyo atelier este
ubicado en un barrio de las
afueras... ¿No te parece?

Nick rió.

Capítulo 3

LAVINIA abrió la puerta de su local. Era pequeño, pero daba a la calle Mitre y estaba ubicado en el centro de Avellaneda. Nada había servido para que le fuera bien.

En cuanto entró, encendió las luces y abrió las cortinas. Respiró por última vez el aire matinal de *Ensueños* y hasta le pareció que podía echarse a llorar por la despedida. Si no ocurría un

milagro —que jamás le acontecían a ella—, esa sería la última mañana que abriría su boutique.

Tras sus pasos, apareció una muchacha morena.

—¡Buen día, Lavi! — saludó. Lavinia, que colocaba un delicado moño a las cortinas azules, respondió al saludo.

—Buen día. ¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—¡Oh, sí! —exclamó la otra—. Esa aspirina que me diste es muy buena. ¿Y vos? ¿Terminaste el traje de la señora Rita? Dijo que

pasaría hoy a las diez.

—No hoy, sino mañana viernes —discutió Lavinia con serenidad.

—Hoy.

—Hoy es jueves —replicó la rubiecita.

—Piensa pasar hoy a las diez —insistió la muchacha. Lavinia permaneció un instante en silencio.

—¡Ay, no! —exclamó con pesar. Tenía tantas cosas en la cabeza que se había confundido la fecha de entrega del vestido de la señora Rita, como la mujer se hacía llamar. Nada de

Rita o señora de Giménez.
Señora Rita.

Lavinia se instaló de inmediato delante de la máquina de coser, dispuesta a cumplir lo antes posible con lo prometido a su diente. Era muy responsable.

Unas horas más tarde, dos clientes interrumpieron la tarea de las amigas.

—Señores —dijo la morocha con respetuosa seguridad cuando Nick y Pablo entraron a la tienda de escaparate blanco que rezaba el nombre de *Ensueños*.

—Buscamos a Margarita

Farías —habló Pablo.

Mientras tanto, Nick miraba las prendas que se encontraban colgadas contra la pared, detrás de ellos. Todas tenían un diseño personal y distinto, ninguna se repetía. Además, revisaba los acabados, todos prolijos y perfectos, pero sin signo alguno de vanidad. Nick era muy detallista, por eso era un ingeniero tan bueno.

La joven enarcó las cejas.

—¿Margarita Farías? —
repitió.

—La diseñadora —aclaró Pablo—. Necesitamos que

nos confeccione un traje a cada uno con urgencia.

La morenita solicitó a los hombres que la aguardaran un momento y se dirigió hacia el fondo del local con paso apresurado. Del otro lado del cortinado azul, habló a Lavinia en susurros.

—Afuera hay dos tipos con mucha clase que buscan a una tal Margarita Farías.

Lavinia no abandonó su tarea en la máquina de coser. Tenía que entregar el vestido a la señora Rita enseguida.

—¿Y qué? —respondió sin dirigir la mirada a su

amiga—. Deciles que no es acá y punto. Aclarales que no tenemos idea de dónde es, por si preguntan.

—Es que parece que esa tal Margarita Farías también es diseñadora.

—Pero están equivocados, no conocemos a nadie con ese nombre —repuso Lavinia, concentrada en lo que hacía.

—Supongo que están dispuestos a pagar lo que sea...

Lavinia tuvo poco tiempo para pensar. Paró la máquina, detuvo las manos

sobre la tela y se giró hacia su mejor amiga, que en ese momento le dedicaba una mirada picara.

Nunca había hecho algo como eso: mentir, usurpar la identidad de alguien, pero se dio permiso de hacerlo por primera vez. Además, necesitaba el dinero. ¡Oh, cuánto lo necesitaba! Una mirada intrigante le iluminó el rostro.

—Yo me ocupo —anunció—. Después de todo, mañana ya no estaremos aquí.

Aquello lo había agregado

con tono desanimado, pero no permitiría que la vida la acobardara. Jamás lo había hecho y no pensaba comenzar en ese momento. Se puso de pie con decisión y salió del cuarto de costura.

Cuando el cortinado azul se abrió, Nick volteó y se adelantó un paso al tiempo que su respiración se suspendía. Nunca hubiera imaginado que de esa habitación saldría la criatura más hermosa que él jamás había visto. Fue tal la impresión que se llevó, que todo pareció transcurrir en

cámara lenta.

Ella vestía un trajecito del mismo color azul marino que los cortinados de su local y llevaba el cabello rubio sujeto en una cola de moño. Algunos mechones sueltos enmarcaban su rostro pálido de mejillas enrojecidas y nariz pequeña. Tenía los ojos grandes y verdes, impregnados de un brillo enigmático.

Lavinia también sintió ese cosquilleo intenso en el estómago que Nick, cuando lo sintió en su propio cuerpo, había sabido apagar

con rapidez. Nunca hubiera imaginado que un hombre tan apuesto y distinguido pudiera cruzar alguna vez el umbral de su pequeño negocio en quiebra. Un hombre de cabello color rubio oscuro, ojos de una extraña tonalidad entre el azul y el gris, y un rostro privilegiado. Llevaba el cabello corto, sin embargo se notaba que algunos mechones húmedos habían sido desordenados de manera voluntaria. Lavinia, que estaba acostumbrada a reparar en los detalles antes

que en el conjunto, concentró la atención en su nariz. Era una nariz perfecta, que presagiaba una sensualidad abrumadora cuando los músculos de aquel rostro admirable se relajaban, o cuando los labios de grosor también perfecto se curvaban en una sonrisa. Parecía mentira que una nariz pudiera decir tanto, que un rostro fuera objetivamente tan hermoso.

En ese caso, Lavinia reconoció que el conjunto que pocas veces admiraba era en buena parte

responsable de las percepciones que generaban los detalles. Aquella belleza se complementaba con los gestos y lo que escondía la mirada, cualidades que ese hombre no sabía que le pertenecían.

El llevaba el saco desprendido, como así también los botones superiores de la camisa blanca, lo cual le otorgaba a la vez un aire despreocupado que contrastaba con una expresión de poder y de responsabilidad.

Pablo, en cambio,

conservaba su traje con pulcritud, tenía la apariencia de ser lo que mostraba. Nick parecía lo que deseaba ser, pero era lo que no deseaba mostrar.

—¿Margarita Farías? — preguntó Pablo con gesto apresurado.

Los instantes de silencio que habían transcurrido desde que aquella muchacha, tan distinta de la diseñadora que él había imaginado, había aparecido, le parecieron eternos. Resultaba extraño que el mismo Nick no hubiera

apresurado el asunto y que a cambio la hubiera dejado llegar hasta ellos antes de emitir palabra, y aun así, todavía se hallaba en silencio, por eso había acometido él.

Lavinia también pensó que quien hablaría sería el otro de los hombres, el que ella se había quedado mirando, pero eso no sucedió. Ante la pregunta del sujeto, sintió pudor pensando que le mentiría, pero tampoco se atrevió a decir la verdad. De no haber necesitado el dinero con tanta urgencia,

quizás les hubiera indicado que ni siquiera conocía ese nombre.

—Sí, soy yo —respondió sucintamente, y estrechó la mano que el primer hombre le ofrecía.

Pablo notó que la palma de la mano de la joven se encontraba húmeda, pero no interpretó que se debía a que ella se ponía nerviosa con la mentira.

—Mi nombre es Pablo Díaz —explicó—, y este es mi socio, Nicolás Hagen.

Lavinia posó sus ojos en aquel bello y masculino

rostro de nuevo. Descubrió que el tal Nicolás le había enterrado su profunda mirada azulina, como si supiera que ella mentía, pero se convenció enseguida de que eso era imposible. Lo saludó con una leve inclinación de la cabeza y apartó la mirada rápido, antes de sonrojarse por completo. Lavinia estaba segura de que ese hombre no era consciente de lo poderosa que resultaba su facultad innata para la seducción.

—Necesitamos que nos

confeccione un traje a cada uno para el sábado — explicó el tal Pablo.

—¿Para el sábado? — Lavinia supo de inmediato que jamás podría terminar dos trajes nuevos para dentro de dos días. La tal Margarita Farías debía de tener muchos ayudantes si ofrecía ese servicio—. Lamentablemente, en este caso solo puedo ofrecerles prendas ya confeccionadas, si acaso son de su talle.

—¿No puede alistarnos dos trajes para el sábado a última hora? —insistió

Pablo. Lavinia se esforzaba por no mirar al otro sujeto, lo cual le demandaba un esfuerzo sobrehumano. Estaba segura de que ese hombre misterioso solía acaparar la atención de todos —. Nos gustan las prendas hechas a medida.

—Lo lamento, pero no — se negó. No podía mentirles también en eso y entregarles trajes ya confeccionados fingiendo que eran a medida. Además, el sábado ya habría cerrado el negocio.

Pablo giró la cabeza en dirección a su amigo.

—¿Nick? —indagó. Pero Nick no entabló conversación alguna con Pablo, sino que se dirigió a Lavinia por primera vez en aquella conversación.

—Está bien, señorita Farías, muéstrenos lo que tenga —pidió amable, pero muy seguro.

Lavinia se estremeció con esa voz masculina y clara, rebosante de poder. Para ella resultaron indistinguibles las notas de tensión que no pasaron desapercibidas para Pablo, que acostumbraba escuchar a un Nick

despreocupado y liviano, aún en las situaciones más difíciles.

Lavinia asintió con cortesía y tomó el metro de cinta para dedicarse a medir al hombre que había hablado primero. Anotó los números en un papel y tomó una honda bocanada de aire que le sirvió para darse fuerzas antes de encaminarse al segundo. Rogaba al cielo no ponerse roja cuando se encontrara lo suficientemente cerca como para sentir su perfume.

Dio dos pasos al costado,

tragó con fuerza y levantó los ojos hacia Nick. Frente a frente, él era varios centímetros más alto que ella, y estando cerca, Lavinia se dio cuenta de que su perfume tan temido invadía aquel sector de la habitación. Su mirada la atravesó como una flecha, le aceleró el corazón a ritmo inusitado y le provocó un ligero temblor en las extremidades. Eran sensaciones que jamás había experimentado, porque nunca se había sentido tan atraída hacia ningún

hombre, y ninguno que ella hubiera tenido la oportunidad de tratar era subjetiva y objetivamente tan atractivo como ese.

Incapaz de controlar su voluntad, reparó de nuevo en los detalles de su bello rostro, en el aura de sensualidad que lo rodeaba, en los misterios que escondía su mirada. No tenía idea de cómo haría para emitir palabra.

—Si hiera tan amable de...
—comenzó. Casi parecía no recordar el vocabulario.

Iba a pedirle que se

pusiera de espaldas para poder tomar la medida, pero en ese momento vio por encima del hombro de su cliente la figura de la señora Rita, que cruzaba la calle con paso acelerado. Sintió la sangre bullir en las venas, presagiaba la vergüenza de su vida.

Se disculpó con rapidez y huyó del otro lado del cortinado azul para lanzarse de inmediato sobre su amiga, que pegaba botones frente a la máquina de coser.

—¡Tami! —exclamó, gracias a lo cual obtuvo la

atención de la morena aun antes de apoyar sus manos sobre la mesa de la máquina —. La señora Rita se dirige hacia el negocio y yo tengo para rato con estos dos. Encargate de ella, por favor y procurá que no se le escape mi nombre. No quiero pasar la vergüenza de mi vida.

Tamara atravesó el cortinado detrás de Lavinia justo en el momento en que la mujer ingresaba al local. No se trataba más que de una vecina del barrio, pero su atuendo falsamente

exclusivo y su pequeño caniche blanco le hacían parecer una dama con un ligero problema de soberbia.

—Vengo a buscar mi vestido —clamó sin respetar el turno de los clientes que se hallaban allí antes de su llegada.

—Sígame, señora Rita — se apresuró a intervenir Tamara, sin darle lugar a otra negativa.

Nick miró a la mujer de arriba abajo. Parecía a punto de echarse a reír porque dos pequeños hoyuelos se formaron sobre los costados

de su boca. Se dio cuenta de que Lavinia respiraba con más de agitación y de que se había puesto muy rígida. Podía intuir el motivo pero no hizo referencia alguna a ello mientras permaneció en el interior del negocio. Tan solo se humedeció los labios; y siguió la figura de la señora Rita con la cabeza inclinada hacia abajo, los ojos grises fijos en ella, la frente arrugada y las manos en los bolsillos.

La señora Rita fue prácticamente arrastrada por Tamara hacia el otro lado

del cortinado, donde su voz ya no sería audible para el resto de la gente porque Tamara la obligaría a hablar en susurros. Mientras tanto, Lavinia recuperó su respiración y avanzó hacia Nick con el centímetro en alto.

—Dese la vuelta, por favor —pidió. Sonaba compungida, de hecho lo estaba. Quería que todo eso acabara lo antes posible, ya no soportaba la presión ni la culpa que sentía.

Cuando Nick cumplió con el pedido, Lavinia sintió que

todo el aire que había recuperado la abandonaba de nuevo. Aquella ancha espalda cubierta por un saco negro de calidad asombrosa la dejó enmudecida. El aroma de aquella piel la enceguecía, la imaginación la retumbaba.

Se puso en puntas de pie y midió los hombros, luego la cadera. Un suave calor le invadía las mejillas y su cuerpo parecía flotar, liviano, entre las nubes.

—Creo que tengo las prendas perfectas para ustedes —anunció en cuanto

logró articular palabra. Recordó que tenía dos trajes porque los había preparado como muestras que jamás aceptaron en ningún local. ¡Justo dos trajes de esas medidas! Parecía mentira que tuviera tanta buena suerte, sin dudas un dios que no era el suyo había entrado a su tienda.

Nick se dio la vuelta y volvió a enterrar su mirada gris en ella sin contemplaciones. Era consciente de que ponía nerviosa a la diseñadora, y

aunque estaba acostumbrado a producir ese efecto en muchas mujeres, en esta oportunidad le resultaba duro, casi molesto. Ella era hermosa, pero por raro que pudiera resultar, no deseaba seducirla. Ni siquiera él entendía lo que le estaba sucediendo.

Lavinia se encaminó a las prendas que se hallaban en un perchero y comenzó a removerlas en busca de los trajes que había pensado para cada uno de los hombres. Mientras tanto, del otro lado de la cortina, la

señora Rita se miraba al espejo con su vestido nuevo.

—Llama a Lavinia —
ordenó a Tamara a la vez
que estudiaba la imagen que
le devolvía el espejo—.
Quiero que me levante un
poco más los breteles.

La señora Rita no habló en susurros, como Tamara esperaba, pero por milagro no se escuchó su voz del otro lado de la cortina. Se acercó a su amiga justo cuando esta buscaba los trajes prometidos y se le aproximó al oído.

—Si no querés que la vieja

loca salga gritando tu nombre, va a ser mejor que vengas.

Tamara giró la cabeza hacia los dos extraños y les dedicó una semisonrisa nerviosa que no recibió como respuesta más que una mirada de impaciencia por parte de Pablo. Nick estudiaba el mostrador, pero aun de espaldas la morocha pensó que era el hombre más atractivo que había visto en su vida, después de su novio.

Lavinia suspiró. Las manos le temblaban sobre una de las mangas que había

aferrado mientras escuchaba a su amiga. Pensaba que existían en el mundo muchas personas mentirosas, que engañaban todo el tiempo a los demás, y ella, que ni siquiera había mentido nunca para ocultar una travesura, sin dudas sería descubierta la primera vez que se atrevía a algo como eso.

Tampoco acostumbraba trabajar de modo tan irresponsable, atendiendo a varios clientes a la vez, lo cual también pesaba en su conciencia. Descolgó los dos

trajes, giró sobre los talones y los ofreció a los hombres. Era tan mala mentirosa, que hasta se notó que quería acabar con aquella encrucijada muy rápido.

—Aquí tienen —dijo—. Pueden ir probándose estos; si tienen alguna inquietud, o si desean alguna otra cosa, por favor háganmelo saber.

Abandonó las prendas sobre los brazos extendidos de Pablo y huyó con su amiga al otro lado del cortinado. La señora Rita la entretuvo, pretendiendo que se dedicara exclusivamente a

ella antes que a los otros clientes que, parecía no notarlo, habían llegado primero. Con la paciencia que la caracterizaba, Lavinia la convenció de que se relajara y tomara asiento mientras ella se deshacía de esos dos inoportunos.

Cuando volvió al pequeño salón de ventas, encontró que ambos hombres se hallaban junto a la caja registradora. El nailon que protegía los trajes no había sido removido, y los dos parecían esperar para marcharse.

—¿Y bien? —se vio obligada a preguntar—. ¿No se los probaron todavía?

—No lo haremos —repuso Pablo—. Mi socio dice que usted tiene un ojo clínico, nos llevamos estos.

De no haberlo oído hablar cuando le había pedido que les mostrara lo que tenía, Lavinia habría pensado que el tal Nick era mudo y algo distraído, paciente y a la vez impaciente, pues ahora se entretenía observando los percheros con las manos en los bolsillos. Tenía un aire disperso, fugaz, y Lavinia

supo que aquello significaba que jamás lo vería de nuevo. Estiró un poco el cuello y disfrutó de su atractiva figura por sobre el hombro de Pablo un poco más.

—¿Trabaja con tarjeta de crédito? —indagó el tal Díaz. Lavinia volvió a la realidad solo para responderle.

—N... no —balbuceó.

—No hay problema, entonces le pagamos en efectivo.

—Puedo hacerles un descuento, si quieren —se esforzó por consolarlo.

Estaba acostumbrada a hacer descuentos a las personas que compraban en su negocio, solo para que volvieran, pero si estaba a punto de quebrar se hacía evidente que su plan comercial no había dado resultado. Esos dos en particular, tampoco tenían pinta de necesitar cuotas o descuentos.

Pablo lo hizo evidente soltando una risita. Ahora también llevaba él las manos en los bolsillos del pantalón y se mecía con impaciencia.

—No va a hacer falta —

acabó por responder—.
¿Cuánto es?

—Bueno —dijo ella—,
por ser la primera compra
—«y la última», pensó con
tristeza—, les hago un
descuento de todos modos.
Son trescientos treinta cada
uno.

Cada uno de los hombres
extrajo cuatrocientos pesos
de la billetera, mientras ella
armaba con dedicación los
paquetes con la compra. Una
vez que había acabado los
entregó y recibió el dinero
en pago por sus servicios.
Pablo aguardaba por el

cambio, un cambio que Lavinia no tenía idea de dónde iba a sacar, pues no había vendido nada en lo que iba del día. Nick se acercó a la puerta.

—Guardé el cambio.

Fue todo lo que dijo antes de salir del local, sin siquiera mirarla a los ojos. Atravesó la abertura muy rápido, como si hubiera estado esperando el momento de salir corriendo de allí. Pablo no tuvo más opción que seguirlo, Nick se movía tan veloz que costaba ir tras sus pasos. Y el muy

desgraciado siempre andaba regalando el vuelto a todo el mundo.

Lavinia permaneció pasmada un momento, observando el fantasma del cuerpo de aquel hombre todavía en su salón. Al mismo tiempo, una extraña sensación de soledad y vacío le invadió el corazón, que todavía latía a ritmo acelerado. Casi sentía deseos de llorar, posiblemente porque tenía la sensibilidad a flor de piel a causa del asunto de su tienda.

—¿Ya se fueron? —

preguntó Tamara junto al cortinado. Lo arrugaba con las manos y pretendía que nadie más que Lavinia oyese.

La diseñadora se había quedado con los ocho billetes entre las manos, los apretaba como si temiera que con ellos se fuera la otra parte de Nicolás Hagen que le quedaba. Tamara se le acercó, le arrebató el dinero de las manos y dio unos saltitos de alegría mientras lanzaba un disimulado grito al aire que contrastaba con el silencio sepulcral de su

amiga rubia.

Pablo nunca había visto a Nick actuar de modo tan extraño. Jamás su amigo se había cruzado con una criatura tan extraordinaria como la diseñadora sin asegurarse de que volvería a verla, sin hacerla pasar los nervios de su vida con frases y acercamientos provocativos. La actitud que había mantenido en aquel negocio distaba de la que solía tener con cualquier mujer que fuera de su gusto, como lo era sin dudas esa, porque era del gusto de

cualquiera. Además lo había percibido tensionado, incluso algo nervioso.

—No puedo creer que te hayas decidido tan rápido — dijo una vez en el vehículo —. Era tan bonita la diseñadora que creí le harías perder al menos una hora mientras le hacías el trabajito.

Con «el trabajito», Pablo se refería en broma a las técnicas de conquista de Nick. Iba acercándose lentamente a la mujer, la provocaba con perfume importado y una voz serena,

masculina; las invadía con su atractivo extraordinario, fuera de lo común. Las miraba. Nick las miraba y les hacía olvidar el mundo.

—No voy a dar vueltas para algo que no pienso usar —lo interrumpió su amigo, todavía muy serio y sin rodeos, girando la llave en el encendido.

—¿Qué? —Pablo comenzó a lamentar sus cuatrocientos pesos de solo pensar que, si Nick no utilizaba el traje que acababan de adquirir, quizás tampoco podría utilizarlo él

—. ¿Y para qué lo compraste? ¿Por qué me lo hiciste comprar? ¡Y le regalamos el vuelto!

—¿No te das cuenta? — indagó Nick, volviendo los ojos hacia él—. Esa muchacha no había vendido dos trajes a este precio en su vida.

Luego de determinar aquello, miró por el espejo retrovisor y, aprovechando un hueco, salió al tránsito colosal de la avenida Mitre en dirección al puente Pueyrredón.

—Es increíble que buscaran a otra diseñadora y vinieran a parar acá — sonaba Tamara a viva voz mientras Lavinia cosía a máquina, horas más tarde—. Si todos los días tuviéramos la buena suerte de que dos perdidos como esos llegaran a nuestra tiendita, quizás hasta podríamos salvar el negocio —agregó con esperanza.

—Pero no llegarán — repuso Lavinia con pesar y extraña fortaleza, la que la vida le había enseñado a conservar—. No debí

haberlos engañado, no lo hubiera hecho de saber que mañana abriría el local de nuevo. ¿Te pensás que jamás se van a enterar de que les mentimos? Tamara dejó escapar una carcajada.

—¡Cuánto te conozco, Lavi! —exclamó—. Sos capaz de no dormir en toda la noche pensando que les mentiste.

A Tamara le resultaba gracioso, pero Lavinia se sentía incómoda y hasta una mala persona. Dejó de coser y levantó la cabeza para mirar a su amiga.

—Sí, Tamara —repuso seriamente—. Les mentí como una descarada. Su amiga respondió haciendo un gesto de indiferencia con la mano. —¡Olvídate! —aconsejó—. Nunca los vas a ver de nuevo. Lavinia suspiró. *Ojalá pudiera volver a verlo*, pensó con tristeza, pero eso no sucedería. El tal Nicolás Hagen no era más que una ilusión inasible, un ser que no pertenecía a su mundo.

—Quería darte algo —dijo a continuación, tratando de olvidar las sensaciones

producidas a causa de la mentira y de saber que no volvería a ver a aquel extraño.

Lavinia hurgó en su bolso y colocó a la fuerza algo entre las manos de su amiga. Cuando Tamara pudo ver de qué se trataba, tres billetes de cien, con el rostro violáceo de Julio Argentino Roca muy serio, alzó los ojos hacia Lavinia.

—¡No! —exclamó—. No tenés que darme plata, para eso me pagas un sueldo.

—Miserable —repuso Lavinia con resignación. Su

amiga rió.

No me importa —aseguró.
—Considéralo un regalo de despedida.

—¿Pensás no verme más?
—retrucó la morenita con tono burlón. Lavinia suspiró y alzó los ojos al cielo raso que las cubría, algo sucio de humedad. Nunca le había alcanzado el dinero para reparar también aquel sector del negocio, solo la parte que veían los clientes.

—Pienso que mañana todo mi sueño se habrá convertido en cenizas —susurró. A Tamara le pinchó

el corazón.

—Sé que podés ver las cosas de otro modo — sugirió a su amiga, apoyando una mano sobre su hombro—. Mañana comenzás un nuevo trabajo; no es una pérdida, es solamente un cambio.

—Forzado por las deudas —repuso Lavinia. En esos momentos, le costaba ver el lado agradable de ciertas cosas. Tamara viró el tema de conversación de repente.

—Está bien —dijo—. Me quedaré con cien pesos de esos trescientos que querías

regalarme.

A continuación apartó un solo billete y dejó los otros junto a la máquina de coser.

—¿Y ese cambio de opinión? —preguntó Lavinia enarcando las cejas.

—Nos vamos a bailar — propuso Tamara—. Tenemos que festejar tu nuevo trabajo.

Lavinia no pudo evitar reír.

Esa tarde, una vez que habían terminado de sacar la última caja, Lavinia cerró la puerta de su boutique y alzó la rubia cabecita para

observar el negocio en silencio, como velándolo. Había depositado allí todas sus ilusiones, lugar donde ahora, paradójicamente, encontraban su muerte.

En ese momento, a punto de cerrar su boutique por última vez y para siempre, sintió deseos de llorar. Sus bellos ojos verdes enrojecieron, una lágrima abandonó uno de ellos y se deslizó por el rosado pómullo hasta morir en las baldosas negras. Tamara dejó la caja que cargaba en el suelo y abrazó a su amiga. Ensueños

había llegado a su fin.

O

Los alumnos se sorprendieron al ver a Nicolás L. Hagen, el profesor titular de una de las cátedras de Estructuras III en la carrera de Arquitectura, tan seguido por la universidad. Se presentó para conversar con su colega sobre el proyecto conjunto y luego con sus alumnos. Mezclado entre ellos, escuchaba con atención a un joven, Tomás Achával, que le comentaba

sus perspectivas respecto de su trabajo.

—Pensé en darle un toque histórico, pero todavía no consigo encontrar la relación entre la historia y la medicina... —le contaba. Cuando Nick los atendía, se involucraba con sus problemas de proyectos ficticios como si se tratara de asuntos verdaderos.

—Todo tiene una historia —respondió él, muy sereno—. Y estoy de acuerdo con eso que dijiste respecto de que la edificación ultramoderna está acabando

con los sitios históricos de la ciudad. Pero tené cuidado de que el exceso de historicismo resulte incompatible con la tecnología de la medicina.

Después de pasar dos horas en la universidad, Nick se reunió con tres posibles clientes en un restaurante. Una vez libre de esos compromisos, se dirigió a sus oficinas.

Sin embargo, había algo que lo mantenía distante, imposibilitado de concentrarse por completo en su trabajo. Ese asunto era

el bello rostro de la diseñadora, sonrojado por la emoción y el miedo a ser descubierta. Recordaba sus exquisitos movimientos mientras le medía los hombros. Sus manos eran suaves y se deslizaban sobre él como acariciando una prenda muy preciada, con gentileza y humildad. Sobre todo humildad. La diseñadora de *Ensueños* era sin dudas una mujer muy digna a pesar de su mentira, se notaba que estaba desacostumbrada a los engaños.

En el momento no había podido reaccionar ante las emociones que ella le provocaba, enterradas tan en lo profundo que, gracias a un grave esfuerzo, permanecieron allí, inmóviles. A él mismo le resultaba paradójico que ella le hubiera gustado tanto y que, sin embargo, no hubiera podido perturbarla. Quizás lo previno esa espantosa honestidad que emanaba cada movimiento que ella hacía, cada onda sonora producida por su delicada VOZ.

Ahora, a la distancia, se arrepentía por no haberse asegurado una noche con ella. Le gustaba, quería volver a verla, y en ese momento esa necesidad ardía en su entrepierna como un volcán en erupción. Al fin dejaba de desearla como a una especie de objeto adorado y hacía su aparición la sensación conocida, el deseo sexual, la pasión caprichosa de poseerla por el simple hecho de demostrar y demostrarse que él podía con todo el mundo, que no había mujer que se le

resistiese, que en su naturaleza estaba ser un desgraciado.

Se consoló pensando que al menos sabía dónde quedaba el negocio y enseguida ideó una excusa para dirigirse allí. Con el ánimo de un niño cometiendo una travesura, buscó el paquete que había dejado en el guardarropa que tenía en su estudio tal como lo había traído, y dejó el traje al descubierto. Le arrancó un botón y lo guardó en el bolsillo interno del saco que llevaba puesto.

Poco tiempo después, se encontró sentado en su camioneta.

Condujo a gran velocidad hasta *Ensueños*. Estacionó frente al local y se acercó a la puerta con el traje pendiendo del antebrazo. El lugar estaba cerrado y a oscuras. Miró su reloj pulsera: eran las tres de la tarde. El día anterior había visto un cartel en el vidrio en el que figuraban los horarios. Ese cartel ya no estaba, pero como buen observador, recordaba que abría a las tres. Decidió que

esperaría un rato, quizás se había retrasado. ¿Y si por la tarde solo atendía la morocha? No importaba, tenía que correr el riesgo.

Mientras dejaba pasar el rato, se pegó al vidrio e hizo sombra con las manos para ver hacia el interior. En apariencia el local se encontraba vacío. No alcanzó a ver la caja registradora, ni los percheros, ni las prendas. Tampoco estaba el cortinado azul que dividía el salón en dos cuartos, solo el mostrador. Así y todo,

decidió esperar.

A las tres y veinte, su esperanza se había esfumado por completo. Experimentó una extraña sensación que no había vuelto a sentir en mucho tiempo: desolación. No una nostalgia abrumadora, pero sí un cierto pinchazo de ausencia. Se sintió terriblemente desilusionado, como un niño sin regalos en Navidad, porque su capricho no podría encontrar resolución. *Una vez que me he portado bien,* pensó con ironía, riéndose de los que osaban

considerarlo un afortunado.

Se encaminaba hacia su camioneta al tiempo que preparaba las llaves para abrir la puerta cuando vio a un comerciante salir del negocio junto a la boutique. El corazón le dio un salto en el pecho. De inmediato se volvió, con el temor de perder de vista a ese hombre del mismo modo en que había perdido a la diseñadora, y lo siguió.

—¡Señor! —lo llamó. El hombre volteó. Nick esbozó una sonrisa diminuta—. Estoy buscando a la dueña

de este local —señaló—. Una muchacha rubia de ojos verdes. Tuve un percance con un traje que me confeccionó y me preguntaba si usted sabe dónde puedo encontrarla.

—Oh, sí —respondió el anciano con amabilidad—. Creo que vive a unas cuadras, por la calle Díaz Vélez —y le explicó cómo llegar.

Nick agradeció la dirección al hombre, y la esperanza volvió a surgir en su extrañamente preocupado corazón. Se volvió hacia la

camioneta, la puso en marcha y pisó el acelerador.

Mientras Nick doblaba la esquina en su Mercedes negra, Lavinia apareció por la otra, pero él no alcanzó a verla. Con terrible prisa, ella abrió la puerta de su antiguo local y buscó en el cajón del mostrador. Tal como había pensado, allí había dejado los apliques plateados para su prenda del sábado.

Cuando Nick estacionó su camioneta último modelo frente a los monoblocks en ruinas donde el hombre le había dicho que vivía la

diseñadora, el grupo de adolescentes que bebía en la esquina lo observó con recelo. No era común ver por allí semejante vehículo y hombres de traje entrando a esa pocilga.

Subió las escaleras entre las personas que fumaban, sorteando piernas que nadie se dignó a encoger, aunque a Nick no le importó. Tampoco se detuvo a pensar qué hacía una princesa como aquella en un infierno como ese; conocía su objetivo y no se detendría hasta encontrarlo.

Golpeó a la puerta del departamento que el anciano le había indicado. Josué apareció con los ojos muy rojos, estaba ebrio.

—Estoy buscando a Margarita Farías —habló Nick. Sabía que ese no era el nombre real de la diseñadora, pero era lo único que tenía. El ruido del televisor resultaba ensordecedor.

—¡Cristina! —gritó el moreno, girando la cabeza hacia un costado—. ¿Conocés a una tal Margarita Farías? —Josué

pareció escuchar una respuesta—. No es aquí —dijo a Nick, quien ni remotamente pensó en darse por vencido.

—Es una muchacha rubia y muy blanca, de ojos verdes —describió. Josué soltó una carcajada que se escuchó hasta la escalera. Despedía olor a alcohol.

—¿Rubia, blanca y de ojos verdes acá? —se burló—. ¡Usted debe estar más en pedo que yo! Mejor corte con las boludeces y deje de importunar. ¿Tendrá unos pesos por la molestia?

Nick enarcó las cejas. Si bien un cierto abatimiento volvió a hacerse presa de su pecho a causa de la ausencia de la diseñadora, hurgó en un bolsillo y acabó dando cien pesos al sujeto, solo porque en el fondo de sus ojos negros encontró un atisbo de ignorancia, de una vida vivida del único modo en que le había sido enseñada.

Josué sintió la esperanza de que todos los días apareciera por su casa un perdido como ese, obsequiándole dinero.

—Cristina —dijo ni bien cerró la puerta—. Un idiota que buscaba una flor me regaló cien pesos.

—Sí, Josué —respondió ella—. Estás tan borracho que no te das cuenta de que acaba de pasar un chanco volando del otro lado de la ventana.

—¿No me creés? — cuestionó el moreno.

—Cállate —ordenó ella, y volvió su atención al televisor—. Dejá escuchar.

Josué pensó que era un idiota por haberle dicho a su mujer lo de los cien pesos,

pero estaba tan sorprendido que se le escapó. Por suerte ella no le había creído y tenía aseguradas sus porquerías por unos días más. Era una tarde de buena suerte.

Capítulo 4

—¡ANÍMATE! —exigió Tamara a Lavinia. Gritaba por el fuerte sonido de la música—. ¡Cambiá la cara! Esta noche... ¡estamos de festejo! —agregó con entusiasmo mientras sacudía a su amiga.

Ambas se hallaban sentadas en los sofás de una discoteca de San Telmo. Tras el divertido comentario de Tamara, Lavinia apenas sonrió, sin tiempo para

pensar una respuesta porque su amiga la tomó de la mano y la puso de pie de un salto. Estaba dispuesta a obligarla a bailar hasta olvidar todos los problemas de aquella semana difícil.

En ese momento, unos jóvenes se interpusieron entre las dos amigas y comenzaron a bailar uno con una, el otro con la otra.

—¿Cómo te llamás? — preguntó el que había tocado en suerte a Lavinia.

—Si te pidiera que adivinaras, no acertarías — bromeó ella en respuesta.

—Entonces no me lo pidas
—replicó él. Conservaba una mirada risueña. Lavinia se inclinó hacia el chico y este agachó la cabeza para poder oírla.

—¿Escuchaste alguna vez hablar de Eneas?

—No —negó él, con la palabra y también con la cabeza.

—Bueno, yo soy su esposa: Lavinia.

El chico se echó hacia atrás. Alzaba ambas cejas.

—¿Sos casada? —indagó, sorprendido. Ella soltó una carcajada ante la desilusión

que experimentaba el bailarín.

—No —reía—. Quiero decir que mi nombre es Lavinia.

—¿Y quién es Eneas? —preguntó entonces él, todavía más confundido. Lavinia se encogió de hombros con resignación.

—No tiene importancia —determinó.

Alguien le llamó la atención por sobre el hombro de su momentáneo amigo. Una preciosa muchacha de cabello castaño largo hasta la cintura y

cuerpo voluptuoso bailaba sobre una plataforma. Sus movimientos sensuales invitaron a un joven a acercársele y danzar con ella.

Poco a poco, el muchacho iba tomando confianza: se acercó a la que bailaba, le rodeó la cintura con un brazo, pegó la bragueta del pantalón a su trasero y así el baile sensual se transformó en un burdo espectáculo de obscenidad y desfachatez.

El trago más amargo de digerir para Lavinia fue que su hermana Helena no se

molestó por la actitud del desconocido, sino que se dio la vuelta, le rodeó el cuello con ambos brazos y lo besó en la boca. Las lenguas se entrelazaban a la vista de todos, las manos del muchacho se deslizaban hasta las nalgas de la mujer, que tampoco se preocupaba por impedirle a él la llegada.

Lavinia supo entonces que todo seguía igual: la minifalda ajustada, las botas hasta la rodilla, el corsé ceñido al cuerpo menudo y el escote que hacía saltar el busto.

Si cuando vivía con Helena tenía pocas noticias respecto de la vida privada de su hermana, ahora que ya no vivía en la misma casa, el número de información decrecía notablemente. Hacía dos años que no tenía nada en claro acerca de Helena, por eso encontrarla en aquel sitio y en una situación tan poco alentadora añadió un velo de tristeza al rostro de Lavinia. Al parecer su compañero notó la expresión, porque giró la cabeza hacia atrás para ver qué traía atrapada a

su nueva amiga y luego volvió a ella con discreta curiosidad.

—¿La conocés? —indagó respecto de la chica que bailaba.

—Sí—confesó Lavinia—. Hacía mucho tiempo que no la veía... así.

—Parece que le gusta mucho Madonna —bromeó el chico. Hacía alusión a la canción que sonaba en ese momento, la que Helena parecía bailar con extraordinario placer.

Lavinia sonrió con la broma. No tenía sentido

lamentarse por una realidad que la misma Helena no deseaba cambiar, ni había querido hacerlo cuando Lavinia le había ofrecido pagarle sus estudios, aun con todo el sacrificio que eso supondría para ella, en función de que abandonara la calle.

De todos modos, Helena nunca reconocía su medio de subsistencia ni era habitué de ese tipo de discotecas, si no era para buscar clientes. Para divertirse, Helena elegía bares que a veces se tornaban peligrosos, no

discos de San Telmo.

—Pareces preocupada —le dijo el chico mientras alzaba una mano para acariciarle el mentón—. ¿Puedo hacer algo por vos?

Lavinia apartó la cara con suavidad. No estaba dispuesta a ser descortés con el muchacho solo por intentar besarla. Supo que él buscaba ese tipo de acercamiento, como casi todos los que se encontraban en ese tipo de lugares, desde el principio.

—Mirá quien habla —respondió. Había notado que

él también estaba preocupado desde que la había sacado a bailar, aunque pretendiera ocultárselo.

—Es verdad —se sorprendió el chico—. ¿Cómo lo supiste? Si quieres te cuento. ¿Nos sentamos?

Lavinia aceptó. El joven, que resultó llamarse Tomás, entendió el mensaje que ella había querido darle y con eso perdió todo interés en besarla. A cambio parecía dispuesto a utilizar el sillón de una discoteca como el diván de un psicoanalista, y

a Lavinia de psicóloga.

Sentados en un rincón donde la música sonaba con menos estridencia, él habló.

—Es por mis estudios — explicó con simpleza. Esperaba una respuesta por parte de Lavinia.

—Es por mi trabajo — comentó ella, dispuesta a valerse también del psicoanalista gratuito—. Tenía un negocio. Cerramos ayer.

El joven hizo una mueca.
—*Auch*.

—Sí, es duro —admitió Lavinia—, pero así es la

vida: dura. ¿Y vos? —le rozó el brazo sin segundas intenciones, solo para atraer su mirada, dispersa en algún sector de la discoteca—. ¿Qué estudiás?

—Estoy en el último año de Arquitectura —explicó él, que volvió a mirarla con ansiedad—. El problema es que estoy trabajando en el proyecto final y que el profesor apareció por la clase dos veces seguidas.

—¿Y eso qué? —indagó Lavinia, intrigada y divertida.

—Que solía aparecer con

menos frecuencia —explicó él—. Supongo que pondrá más atención a este proyecto que a ningún otro de mi vida, y tengo miedo de no alcanzar su nivel.

Lavinia se encogió de hombros.

—Bueno, siempre hay que pensar que los profesores necesariamente han sido alumnos —respondió. Intentaba consolarlo, pero como había pasado poco tiempo en la universidad, no tenía mucha idea de las exigencias que se ponían en juego en los últimos años,

solo podía imaginarlas—. Estoy segura de que tu profesor no se olvida de que fue alumno y ese conocimiento lo ayuda a evaluar tus trabajos. No pretenderá que lo iguales, sería un poco ingenuo de su parte.

Tomás dejó escapar una risita irónica.

—Esa eminencia no tiene un solo pelo de ingenuo, créeme —le dijo—. Ni de misericordioso.

Lavinia rió.

—¡Hasta las eminencias tienen algo de misericordia!

—exclamó, todavía con una sonrisa en los labios.

—Es muy famoso.

—¿Ah, sí? ¿Es un arquitecto?

—Es un ingeniero. Nicolás Hagen.

El corazón de Lavinia dio tumbos. ¿Podía ser posible que la buena suerte golpeará otra vez a su puerta? El hombre que había entrado a su negocio era famoso. ¡Famoso! ¡Y luciría su traje!

Se incorporó en el asiento con renovado interés en la conversación, que sin querer se había encaminado hacia

lo inesperado.

—¿Quién? —preguntó para estar segura. Era tan extraño que algo bueno le sucediera, que tenía que certificar dos veces la información.

—Nicolás Hagen —repitió el muchacho—. Siempre construye con...

—Díaz —completó Lavinia con ensoñación.

—¿Conocés a Nicolás Hagen? —preguntó el joven entusiasmado. —Un poco nada más —indicó Lavinia—. Pero no puedo negarte que me encantaría conocerlo

—fingió que bromeaba.
Ambos rieron.

—Sí, eso dicen todas —
concluyó él—. En realidad
no sé para qué trabaja en la
universidad, no creo que
necesite el sueldo miserable
de un profesor siendo...
siendo él.

—Quizás sí lo necesita —
propuso Lavinia. Creía que
las habladurías a las que
hacía referencia su amigo
respecto de Nick solo
partían de alumnos
chismosos—. No todo pasa
por la plata, ser maestro no
es un bien económico para el

que enseña, sino espiritual —pensaba en su padre.

—¡Bueno, a su espíritu sí que le gusta divertirse! — exclamó el chico con socarronería en la voz y hasta cierta sana envidia.

—¿Y vos cómo sabés todo eso de tu profesor? — cuestionó Lavinia con aire de maestra.

—Aparece en cualquier revista —le contó él—. ¿Conocés a Sofía Morales, la modelo?

—Sí —se apresuró a responder Lavinia.

—Tuvo algo que ver con

él, como muchas otras —se ocupó Tomás de agregar. Lavinia arqueó una ceja—. Es un arrogante y un suertudo, ¡pero sí que es una eminencia!

Lavinia sonrió ante la expresión de admiración del muchacho y por su propia ilusión de que alguien importante luciera uno de sus trajes. El ingeniero debía estar utilizándolo en ese preciso momento, puesto que había indicado que lo llevaría para el sábado. Lavinia casi saltó de alegría. Buscó a Tamara con la

mirada para contarle el dichoso suceso, pero la vio bailando con el amigo de su compañero y por eso decidió no molestarla. El lunes compraría la revista donde viera al famoso ingeniero y... ¡y podría exhibir que había lucido uno de sus modelos! ¡Qué modo de comenzar un nuevo emprendimiento! Quizás la vida le sonriera al fin y le diera su oportunidad.

—Háblame más de tu profesor —pidió Lavinia a su reciente amigo. Él rió.

—Creí que estabas

interesada en mí, no en mi profesor, aunque no te culpo —bromeó. Ella sonrió, luego él se puso muy serio—. Mira, si lo conociste, olvídate —sugirió con honestidad—. Dudo vuelvas a verlo. ¿Por casualidad no te dejó como recuerdo dos pasajes para el *Paradise*? Con eso dice que suele agradecer a sus...

Luego de descubrir lo que acababa de decir y el efecto que podría haber generado en Lavinia el conocimiento de aquella verdad, él guardó silencio. Sin embargo, no

halló atisbo alguno de dolor en ella.

—¿Y qué es el *Paradise*?

—preguntó Lavinia, que hasta lucía divertida con las anécdotas. Había

sobreentendido lo que su amigo callaba respecto de a quién agradecía Nick con los pasajes.

—Su crucero.

Los juegos de luces eran similares en una y otra discoteca, pero las fiestas privadas siempre resultaban mucho más íntimas y exclusivas. El salón había sido decorado con telas

negras, color que servía como símbolo para la marca de champán que ofrecía la celebración por sus veinticinco años en el mercado e incluso los invitados debían vestir en ese tono, de elegante sport.

Nick llevaba puesto un traje. Un traje que de ningún modo era el confeccionado por Lavinia, tal como él había pronosticado. Se besaba con una mujer, le acariciaba la espalda, y ella buscaba enredar sus finos y largos dedos en el cabello del hombre. Era inútil,

porque lo llevaba corto.

Aunque el beso acabó, ella continuó acariciándole las mejillas, Él abrió los ojos. Una mujer lo saludó con la mano desde la pista de baile. Nick respondió del mismo modo. Después, ella cuchicheó algo con otra y se alejaron del lugar desde el que se veían los sillones blancos en uno de los cuales se hallaban Nick y su compañera.

La mujer encendió un cigarrillo con aire perezoso, lo inhaló dos veces y luego lo colocó entre los labios de

Nick. A él le gustaba que las mujeres le encendieran el cigarrillo y lo probaran primero con sus propios labios; si ellas no lo hacían por su cuenta, él se lo enseñaba y se lo pedía.

—¡Nick! —gritó una rubia que saltaba sobre sí misma a unos metros de distancia y lo saludaba agitando una mano.

Del mismo modo febril, bajó dos escalones y se sentó en la mesa ratona que estaba frente al sillón en el que Nick abrazaba a la joven de cabello castaño. Él se incorporó, quitó el brazo de

los hombros de la mujer y se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre las rodillas y así estas más cerca de la rubia.

—¿Llegaste a lo de Margarita Farías? —indagó la muchacha con voz exageradamente divertida. Evidenciaba, quizás, algunas copas que ya no debió haber bebido—. Le pasé la dirección a Pablo, pero me parece que le dije cualquier cosa. Cuando me la pidió, yo estaba un poco... —dejó la frase en suspenso, pero para completarla se llevó,

traviesa, un dedo a la boca.

Los ojos de Nick brillaron de excitación al tiempo que inhalaba el cigarrillo.

—Ese error fue lo más afortunado que pudo haberme ocurrido en días — dijo mientras el humo escapaba de sus labios enrojecidos de forma perezosa. Él también hablaba con lentitud, haciendo uso de un tono pastoso y superficial—. Por lo menos ese día.

Lavinia aguardó el lunes con ansiedad. Salió de su

casa antes de que Héctor despertara. Llevaba un suéter blanco, un pantalón vaquero y botas marrones.

Buscó en un puesto, recorrió página por página revistas de la farándula, pero a las apuradas y con la atenta mirada del vendedor sobre lo que ella husmeaba, no encontró nada. Tuvo que pagar por las tres revistas para estudiarlas en su casa con detalle.

Solo en una halló lo que buscaba. Entre las diez fotografías que ilustraban la fiesta de aniversario de una

de las marcas de champán más famosas del mercado, Nick se destacaba de cualquier otro hombre.

Se encontraba de pie delante del cartel publicitario de la marca. Llevaba abrazada a su costado a una mujer castaña, de vestido negro y escotado que contrastaba con lo destemplado de esa noche porteña de primavera. Nick llevaba un traje puesto. Un traje que de ninguna manera era el que ella había confeccionado.

Sintió una gran desilusión.

Se preguntaba si a su cliente no le habría gustado la prenda en realidad, si se habría arrepentido de lucirla a último momento o si habría tenido algún problema con la hechura. Se consoló pensando que al menos había obtenido una imagen de él, a la que podría recurrir cuando recordara que alguna vez el hombre más lindo del mundo había pisado su tienda.

Estrujó la revista contra el pecho, cuidando de apoyar la imagen de Nick justo donde latía su corazón, y

frunció el ceño con melancolía. Se sentía una adolescente que admiraba la fotografía de su cantante favorito.

—¿Lavi?

La vocecita de Héctor interrumpió su ensoñación. Provenía de la puerta de la habitación, donde el pequeño de cuatro años se hallaba de pie. Observaba a su hermana, que se encontraba sentada a la mesa.

El departamento era diminuto y precario, pero al menos el edificio no estaba

atestado de delincuentes como el que todavía habitaban su madre, su hermana y Josué.

Después de aquel anochecer en el que Lavinia había huido de los monoblocks con su hermano en brazos y luego había denunciado a su propia familia, las cosas habían cambiado mucho. Josué había pasado unas horas en prisión y un juez había dispuesto que la custodia de Héctor pasara a manos de su hermana mayor, que era la única de la familia que podía

comprobar ingresos mensuales netos y un lugar donde vivir con el pequeño. Se trataba de ese departamento que había alquilado en La Boca a muy bajo precio. De todos modos, Lavinia debía llevar al pequeño a casa de sus padres una vez por semana y nunca hacerle perder contacto con ellos.

—¿Sí? —respondió. El niño, en pijama, se le acercó de una corrida.

—¿Qué hacés? —preguntó a los pies de Lavinia.

—Busco la foto de un

cliente —explicó ella.

—¿Y la encontraste? —
indagó el morenito, curioso.

—Sí —admitió Lavinia
con cierto pudor, y luego
volvió la vista hacia aquel
rostro hermoso que la
miraba desde la página
cuarenta y ocho—. Pero
estoy triste porque no lleva
mi traje puesto —se vio
obligada a admitir con
desilusión—. Quizás tuvo
algún problema. ¿Le habrá
quedado mal? Recuerdo que
se negó a probárselo.

—Vos hacés todo bien,
Lavi —la consoló su

hermano. Lavinia sonrió enternecida y alzó al niño para dejarlo sobre sus rodillas.

—Gracias, Cotito —le dijo—. ¿A vos te gustan mis creaciones?

—¡Sí! —exclamó él mientras le daba un abrazo.

—Y a mí las tuyas —expresó Lavinia con total sinceridad, respondiendo simultáneamente al acto de afecto de su hermano. Se refería a los dibujos que el hacía con esmero.

—¿Iremos hoy a ver a mama? —continuo el niño.

—Mañana. Los martes vemos a mama —le recordó ella.

Lavinia cumplía con las visitas, pero se llevaba a Héctor en cuanto notaba que el ambiente se ponía desagradable. Helena casi nunca estaba.

Tal como había prometido, el martes por la tarde llevó a su hermano al departamento de su madre. Ni bien la vio, el niño corrió a sus brazos, y la mujer aprovechó para destilar algo de su veneno.

—Te hacen extrañarme, mi príncipe —lanzó.

Lavinia no respondió a la provocación. Se sentó delante de la mesa, sitio donde permanecería el resto de la tarde. El televisor sonaba a todo volumen; el olor a grasa, cigarro y humedad impregnaba la vivienda.

Algunas horas después, Lavinia habló a su madre, que se hallaba sentada con Héctor sobre las piernas, viendo televisión.

—¿No puede Josué llegar antes algún día? —preguntó—. No puedo quedarme hasta cualquier hora

siempre, esperándolo —
evitó agregar un «como si él
tuviera tantas cosas que
hacer» solo porque no
deseaba entrar en conflicto
con Cristina.

—Nos robas a nuestro hijo
y encima pretendes
imponernos horarios —
bramó la mujer, molesta.
Lavinia prefirió no dar
respuesta. No deseaba que
Héctor se sintiera un trofeo
de guerra.

Esperó hasta las seis, hora
en que Josué se dignó a
aparecer ebrio. Luego de su
llegada, la estaba en la casa

no duró más de media hora.
Lavinia sabía que, de
permanecer allí, el ambiente
se tornaría insoportable.

Capítulo 5

PASÓ una semana en la que Lavinia se acostumbró a su nueva metodología de trabajo y Nick viajó a Mendoza para atender a un cliente exigente. Él se daba cuenta de que, desde que había conocido a la misteriosa diseñadora, prefería pasar el rato con las rubias, de ser posible parecidas a ella, aunque ninguna pudiera competir con la falsa Margarita

Parías. Necesitaba asegurarse una noche con esa mujer, apagar la sed que lo consumía y lo hacía sentir un estúpido por no haber podido abordarla mientras le compraba el traje.

¿Qué le había impedido actuar como siempre lo hacía? Posiblemente lo había privado el hecho de que aquella no parecía una mujer fácil como las que él acostumbraba conocer, ni dispuesta a pasar una noche por mero placer con un desconocido, por más atractivo que este le

resultase. Nick se proponía cambiar esa estúpida convicción.

Regresaba del aeropuerto. No había dormido por pasar la noche con una rubia, nieta o sobrina de su cliente, ya no lo recordaba con exactitud. Solo sabía que le había convidado un vino tan dulce que se acabaron tres botellas.

Se preguntó de dónde provendría una canción de Corona, *Baby baby*, que sonaba en el interior de la camioneta como desde una cacerola. Le demandó un

momento comprender que se trataba de su teléfono celular y que, como de costumbre, no tenía idea de dónde lo había dejado. Aprovechó para buscarlo al detenerse en un semáforo. Revolvió su bolso, el que había abandonado sobre el asiento acompañante, pero no lo encontró. Miró el semáforo. Como continuaba en rojo, se inclinó y tanteó entre papeles debajo del asiento suponiendo que se habría caído. Cuando dio con el aparatito, observó la pantalla. «Connie», se leía.

Él había grabado el número de la mujer porque ella se lo había exigido una vez que, estando juntos, había tenido que sacar el teléfono del bolsillo, pero ¿cómo demonios habría conseguido ella su número, si él se cuidaba muy bien de que ninguna pudiera obtenerlo? Miró el semáforo de nuevo.

Por delante de sus ojos pasó un espejismo. ¿Era realmente la misteriosa diseñadora o se trataba solo de su imaginación? ¡Y ya terminaba de cruzar la calle! ¡Otra vez la perdería!

En cuanto el semáforo se puso en verde, Nick no siguió circulando en dirección recta, como pensaba hacer, sino que giró en U y se cambió de carril bajo el reclamo de los demás conductores. A Nick no le importó: su único objetivo era no perder a Margarita, o como fuera que se llamase, una vez más.

No tenía dudas: era ella. Vestía el mismo trajecito del día en que la había conocido; llevaba el cabello rubio muy lacio sujeto en una hebilla. Caminaba con

soltura y en dirección a una tienda de ropa femenina.

Nick detuvo el auto. Se miró por el espejo retrovisor y se acomodó el cabello: el rostro lucía cansado y todavía conservaba algo de resaca, pero si se esforzaba podría disimularla bien, estaba acostumbrado a hacerlo. Descendió del automóvil mal estacionado, accionó el cierre centralizado y la alarma con un botón y caminó hacia la tienda a la que ella había ingresado.

Una vez allí, espió por la

vidriera, y al no ver a la diseñadora, el corazón le dio un salto en el pecho. Temía que se hubiera tratado de un espejismo o de una mujer parecida a ella. Resultaba lógico, porque era imposible que llevara el mismo trajecito que el día que la había conocido, como si no tuviera más prendas decentes que lucir. Posiblemente se hubiera equivocado de mujer.

La desazón volvió a encogerle el pecho. De todos modos, se decidió a echar un vistazo adentro; la tienda

tenía muchos recovecos y la falsa Margarita podía haberse perdido por cualquiera de ellos.

Recorrió el salón enfrascado en su búsqueda, estirando el cuello para llegar a ver más allá de lo que sus ojos y su metro ochenta y seis de estatura le permitían, hasta que una vendedora se interpuso entre él y su hipotético objetivo.

—¿Busca algo para su novia? —preguntó. Nick volvió los ojos hacia la mujer. No se había dado cuenta de que había acabado

en la sección de lencería femenina. Pensaba con desilusión en retirarse, pues no había rastro alguno de la mujer de su interés.

—No —respondió—. En realidad busco a una amiga, creo haberla visto entrar.

—Tiene el salón con prendas de fiesta del otro lado del cortinado —señaló la mujer, ante lo cual Nick agradeció y se encaminó hacia donde le había indicado.

Fue obra de su buena fortuna o del destino, porque allí estaba ella, de espaldas a

él, desplegando varias prendas sobre un mostrador mientras intentaba convencer a la vendedora de que el color violeta sentaba muy bien para cualquier temporada. Al menos ese fue el fragmento de conversación que oyó Nick.

Resultaba milagroso haberla hallado por pura casualidad en una ciudad tan grande. Avanzó hasta ella y se detuvo a escasos centímetros, donde su delicado aroma invadía sus sentidos y reavivaba su deseo de poseerla, donde su

cabello rubio y su tersa piel femenina llenaban su mente de fantasías.

—Nosotros ya tenemos proveedores, no compramos a diseñadores independientes —decía la vendedora del local a la joven.

—¿Margarita? —habló Nick. Lavinia no se dio cuenta de que se dirigían a ella, continuó hablando a la vendedora como si él no existiera.

—Son confeccionadas con mi propia garantía de calidad —explicó, señalando

una costura—. ¿Puede ver esta costura? Ni siquiera se nota, ¿cierto? Es mi propio punto, perfecto para diseños de fiesta.

—¿Margarita? —repitió él con voz muy suave.

—Creo que te llaman — señaló la vendedora, que desde un principio se había mostrado desinteresada en los diseños que le ofrecía Lavinia.

—¿A mí? —preguntó ella—. ¿Quién?

La vendedora volvió a señalar. Lavinia comprendió que la supuesta persona que

le hablaba se encontraba a su espalda, por eso giró sobre los talones para verificar que, tal como pensaba, nadie se dirigía a ella. Sin embargo, se llevó la sorpresa de su vida.

Su cuerpo se tornó blando y débil. Nick lo percibió de inmediato y reconoció en las reacciones de Lavinia el efecto que producía siempre en las mujeres a las que intentaba impresionar, y a las que no. En esa oportunidad, a diferencia de lo que le sucedía con cualquier otra, sintió cierto

alivio y no interés en vanagloriarse por su triunfo.

—¡Usted! —exclamó la diseñadora, congelada. Él sonrió; echaba mano así de su seguridad y de su imagen.

—No tenés idea de cuánto te busqué —dijo con toda intención de atraparla, de que Lavinia se diera cuenta de que él estaba interesado en ella sin rodeos, sin eufemismos innecesarios.

Nick se sorprendió de que, en lugar de ponerse nerviosa por la insinuación abierta, Lavinia parecía estarlo por otra cosa. Quizás todavía

pensaba que él no sabía que su identidad no era la de Margarita Farías. No hizo aclaraciones, permitió que Lavinia lo tomara del brazo y lo sacara del salón por una puerta que daba a otra calle. Una vez en la acera, ella volvió a mirarlo.

—No luciste mi traje — espetó con el ceño fruncido. Si Nick no hubiera sabido que ella estaba tan nerviosa, hasta habría creído que se había enojado en serio.

Lavinia no había querido decir eso, era consciente de que boicoteaba su propia

ilusión por el simple hecho de haber mentido respecto de su identidad. Había comenzado la conversación con el hombre que a ella más le había interesado en la vida con un reproche, ahora que finalmente él se decidía a hablarle.

—Perdón —continuo, aún antes de que Nick pudiera dar una respuesta—. No quise decir eso, no quiero perderte.

Lavinia se maldijo de nuevo. ¿Cómo podía ser tan idiota de dejarse traicionar así por sus sentimientos?

Agitó la cabeza con rapidez mientras se ponía súbitamente roja.

—Quiero decir... como cliente —agregó cabizbaja. Nick se daba cuenta de cada uno de los pensamientos que surcaban la mente de Lavinia y se esforzaba por no echarse a reír. Nunca había visto mujer más transparente que esa.

—¿Tenés para mucho? —preguntó enseguida, ignorando todo lo demás. Lavinia alzó los ojos verdes e inmensos hacia él.

—Un poco —respondió.

Estaba dispuesta a cuidarse tanto de lo próximo que dijera como de un accidente de tránsito.

—Ah, qué lástima — replico Nick, mirando hacia la tienda por sobre el hombro de Lavinia.

—¿Por qué? —preguntó ella. El volvió a mirarla.

—Porque tengo un rato libre antes de volver al trabajo y pensé que podríamos tomar algo juntos.

Lavinia sonrió y él leyó un mundo de ilusiones en su mirada. Ahora que la veía

con detalle, hasta quizás tuviera menos edad de la que él había imaginado.

—Sí claro —se apresuró a responder ella. Temía estar soñando, y ninguna advertencia respecto de Nick tenía asidero en el sueño.

Nick sonrió. La sensualidad del gesto provocó un cosquilleo en la boca del estómago de Lavinia, sensación que se transformó en un torbellino cuando él se inclinó hacia ella y le habló con voz muy suave.

—Si querés que te

confiese algo —dijo—, yo tampoco quiero perderte.

Sonrojada; Lavinia no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Esperá —pidió—. Vuelvo en un momento. Aun con cierto miedo de volver a perderlo, se vio obligada a entrar otra vez al salón de ventas y aproximarse al mostrador. La vendedora ya no se encontraba allí, atendía a una clienta junto a los probadores. Lavinia guardó sus delicadas y queridas prendas en sus bolsas temiendo olvidar alguna por

el estado de excitación en que se encontraba. También dudaba acerca de retirarse así como así del local después de haber conseguido que, al menos, la escucharan, pues siempre se negaban antes de darle siquiera la oportunidad de mostrar su talento. Tenía que vender algo, o aunque sea dejarlo en consignación para poder pagar el alquiler del departamento, los impuestos, la comida y tantos otros gastos. Pensar en ello funcionó como un angelito en su oído derecho,

que le sugería esperar a la vendedora e intentar adosarle algo de lo que tenía. Sin embargo, el diablo del oído izquierdo le susurró que se pasaba la vida aplazando sus propios intereses por los de los demás, y fue ese el que, después de suspiros y dudas, triunfó.

Cuando salió del local, una de las bolsas que llevaba se engancho en el marco de la puerta, sin embargo logró retenerla entre las manos y salir airoso de la situación. Miró hacia ambos lados de

la calle: no había rastros de Nick. El corazón se deslizó por todo su cuerpo hasta llegar a los pies: él no se encontraba en esa acera, ni en la otra. Volvió a mirar hasta que lo vio salir de un quiosco, abriendo un paquete de cigarrillos.

El alma de Lavinia retornó a su cuerpo. Era tan grata la sensación de no haberlo perdido que sonrió sin razón aparente. Al llegar a su lado, Nick le ofreció un cigarrillo estirando el brazo con el paquete hacia ella.

—No, gracias —respondió

Lavinia. El colocó uno en su boca y luego hurgó en busca del encendedor plateado que siempre llevaba consigo.

—¿A dónde quieres ir? — preguntó mientras encendía el cigarro encorvando la mano delante del fuego para que no se apagase.

—A cualquier parte — contestó ella al tiempo que se encogía de hombros.

Como Nick se echó a caminar hacia una esquina, Lavinia lo siguió, arrastrando consigo el peso de las bolsas. Nick se detuvo al notar que ella retrasaba el

paso y sin consultárselo siquiera, se hizo con la carga.

El roce de las manos fue fugaz, pero electrizante; tuvo el poder de dejar a Lavinia sin habla, incapaz de decirle que no era necesario que cargara las bolsas por ella. Nick siguió caminando rumbo a un bar que se hallaba en la otra cuadra.

—¡Señor! —oyeron. Se trataba de un inspector de tránsito que se dirigía a Nick —. ¿Este es su vehículo? — señaló. Nick sabía que estaba mal estacionado.

—Labre la multa —indicó sin dejar de caminar.

Lavinia intentaba seguir su paso precipitado, casi parecía que Nick no deseaba perder ni un segundo.

—¿De verdad no te importa que te multen? —le preguntó Lavinia con asombro, todavía más del que le había provocado la Mercedes Benz negra que pertenecía a su interlocutor.

—Enviaré a alguien a pagarla y habré perdido menos tiempo del que perdería moviendo el vehículo para buscar

estacionamiento en esta ciudad —respondió él sin dejar de caminar ni volverse para mirarla.

Por el ruido, a Lavinia le costó entender lo que él decía, pero creyó dar con la idea y respondió:

—¿Qué podrías perder? —preguntó. Nick se volvió para hablarle de manera tan abrupta que ella casi se lo llevó por delante.

—Preciado tiempo para estar con vos —respondió sin echarse atrás.

Lavinia sintió que la respuesta le hacía arder las

mejillas. Nick notaba aquel exquisito tono rosado en la piel blanca cada vez que le insinuaba algo y sabía que lograba ponerla nerviosa porque ella gustaba de él. Lo notaba en su mirada, en sus gestos. Sin embargo, hasta el momento consideraba que no había obtenido ninguna respuesta definitiva a sus embates. Se hacía evidente que ella era muy joven e inexperta, pero él estaba dispuesto a ser paciente.

Lavinia despertó de su universo de ensoñación cuando Nick abrió la puerta

vidriada del bar.

—¿Acá está bien? —le preguntó él.

—Sí, claro —respondió ella, que rápidamente entró al lugar, aprovechando que Nick sostenía la puerta para que lo hiciera.

Nick no esperó para ordenar. Ni bien ocuparon una mesa, llamó a la camarera y le pidió un submarino para él y lo que su amiga quisiera. Lavinia pidió lo mismo, sorprendida porque él no hubiera ordenado café.

—Ahora que me acerqué

un poco más a la verdad, ¿me harás merecedor de tu verdadero nombre? — preguntó Nick con mirada inquisitiva.

Lavinia sentía que aquellos ojos entre azules y grises la atravesaban con su intensidad. Exigían y contemplaban. Rió, en apariencia más relajada, pero Nick sabía que el cuerpo femenino era un manantial de sensaciones.

—¿Te gustan los acertijos? —preguntó ella en respuesta, lo cual lo hizo sonreír con curiosidad.

—Me encantan —
respondió.

—Está bien —asintió ella
—. Comenzaré por decirte
que mi padre era profesor de
historia.

Nick no pareció meditar
mucho la respuesta.

—Helena —arriesgó.
Lavinia sonrió.

—Estuviste cerca. Así se
llama mi hermana, aunque el
nombre lo escogió mi mamá
—confesó—. Quizás le
gustaba la historia, después
de todo.

—Así deberías haberte
llamado vos —replicó él.

Lavinia entendió el cumplido a la perfección. Nick se refería a la mujer más hermosa del reino. Sonrió.

—¡Porque no conocés a mi hermana! —exclamó. Logró así eclipsarlo con su humildad. Pero a Nick poco le importaba la hermana de Lavinia, sino el acertijo que ella representaba para él.

—Fedra —continuó arriesgando. Lavinia negó con la cabeza—. Juana. Ariadna.

—Lavinia.

—¡Ah! —él se respaldó en

el asiento. Parecía más relajado ahora que el misterio se había develado —. La prometida de Eneas.

—¡Exacto! —se sorprendió ella—. Conocés de mitología.

—Conozco de mujeres bonitas —replicó él con soltura—. Y si Helena es la griega más hermosa del reino, sin dudas vos sos la más bella romana.

Luego de decir esto, Nick se llevó el cigarrillo a los labios de nuevo. Inspiró vagamente mientras contemplaba el rubor que

iba cubriendo las mejillas de la diosa con lentitud.

—Sabés de mitología... — susurró ella de nuevo.

Nick se inclinó hacia adelante y apoyó la barbilla en el puño con los ojos entrecerrados. Habló a la vez que el humo escapaba por entre sus labios.

—Y decime una cosa, ¿creés que yo me parezco a Eneas?

La posición sensual del hombre obligó a Lavinia a bajar la mirada. Se mordía el labio inferior para no estallar de nervios. Nick se había

cansado de insinuaciones superficiales y ahora pretendía llegar al final de aquel camino cuesta arriba que ella le imponía.

—Es probable... —admitió Lavinia, completamente roja—. Pero preferiría encontrar a mi Turno —se interrumpió para realizar una aclaración—. Vivo.

Nick apenas sonrió. Sabía que la Lavinia mitológica era la hija de un rey latino y que se había casado con Eneas cuando este había retornado de Troya. Turno... desconocía a Turno.

—Contame de Turno —
pidió. Mientras aguardaba la
respuesta, inhaló de nuevo el
cigarrillo y volvió a
respaldarse en el asiento.

—Turno era el prometido
de Lavinia antes de la
llegada de Eneas al Lacio —
explicó ella con entusiasmo
—. A mí me gusta pensar
que ellos debieron estar
juntos, pero los dioses se
empeñaban en torcer el
destino de la gente. Cuando
un oráculo advirtió a Latino,
el padre de Lavinia, que su
hija debía casarse con
alguien llegado del mar, en

este caso Eneas, Turno enfureció y se enfrentó a él. Acabó derrotado, y su alma se fue «precipitada, indignada, al reino de las sombras» —citó—. Fue injusto. Creo que los dioses son injustos con muchos héroes de la mitología.

Nick acababa de perderse en la suavidad de la voz de la mujer, en la delicadeza de su expresión, en el modo en que ella parecía toda una profesora de historia. Y en cómo su propia alma alguna vez también se había ido «precipitada, indignada, al

reino de las sombras».

—La vida es injusta más veces de las que nos gustaría —concluyó él.

Su mirada parecía haber cambiado; su tono de voz, la velocidad con que se conducía, que se había aletargado, casi como si aquel que hablaba no fuera él. Pero eso duró muy poco, enseguida retornó a su mirada, a su voz, a sus gestos, a ser el Nick sin un solo instante de sobra. Lavinia había dado señales de aceptación a sus embates y no pensaba desperdiciarlas

en una conversación sobre historia y filosofía.

—¿Y vos no vas a contarme nada? —interrogó ella, adelantándose a la próxima acometida de su contrincante—. Yo sé algunas cosas, pero me gustaría conocer tu versión de los hechos.

El aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero. Esa le resultaba una conversación simpática

—¿Y qué es lo que sabés? —indagó.

—Que sos una eminencia —ella no se apresuró a

responder, lo hizo despacio, disfrutando cada palabra y cada reacción de Nick—. En ingeniería... y en mujeres.

Nick dejó escapar una risa sorda, enmudecida por el humo que todavía invadía su garganta.

—¿Ah, sí? —no parecía sorprendido ni incómodo, sino divertido, como si aquella confesión hubiera sido la esperada—. ¿Y quién te dijo algo como eso? No creo que un amigo me hiciera una publicidad tan mala.

—Yo no lo llamaría tu

amigo —repuso ella—. Dada su posición, creo que más bien es un...

—¡Un alumno! —exclamó él enseguida, lo cual permitió a Lavinia descubrir que de verdad Nick era un hombre muy inteligente.

A Nick no le pareció extraño que Lavinia conociera a alguno de sus alumnos, dado que debía tener más o menos la edad de cualquiera de ellos.

—Dicen que soy un tipo con suerte —recordó.

—¿Y lo sos? —respondió ella con curiosidad.

En esta oportunidad, Nick tardó en responder. Incluso suspiró antes de hacerlo.

—¿Y vos qué creés? — dijo por fin.

—Que nadie podría tener peor suerte que yo — respondió ella con una mueca irónica dibujada en los labios.

—Me veo obligado a creer que lo soy —concluyó Nick—. De lo contrario, no estaría sentado acá hoy.

Antes de que Lavinia pudiera volver a sonrojarse por el cumplido, el teléfono celular interrumpió la

conversación. Nick ni siquiera se había dado cuenta de que lo había guardado en el bolsillo del saco antes de bajar de la camioneta.

Mientras Nick miraba la pantalla del aparato, Lavinia sintió otra vez una grave sensación de vacío. Ese llamado iba a arrancarlo de su lado, y con las tonterías que había dicho por los nervios y el poco tiempo que había tenido para ser ella misma, estaba segura de que él no querría volver a verla.

—Sí —habló el hombre al

micrófono del teléfono. Luego calló para escuchar la voz del otro lado de la línea —. ¿Qué hora es? — preguntó a continuación. Miró su reloj pulsera. También Lavinia miró el suyo: eran las tres y veinte de la tarde—. Ya voy.

Nick arrojó un billete sobre la mesa al tiempo que cortaba la comunicación. Luego hurgó en un bolsillo, miró a Lavinia y extendió un brazo hacia ella. Sostenía una tarjeta entre los dedos.

—Este soy yo —anunció—. Pero como no confío en

vos, y sabés que tengo motivos para hacerlo, preferiría que me dieras tu número. De ese modo nos aseguraremos de que volvamos a entrar en contacto.

A pesar de sentirse abandonada, Lavinia sonrió y tomó la tarjeta con esperanzas renovadas: él deseaba estar en contacto con ella, de lo contrario no le habría dado su número. «Nicolás L. Hagen, Ingeniero», leyó. Debajo se leía «Constructora Hagen y Asociados», una dirección y

un teléfono que ya no leyó.

—Va a ser mejor que mantenga mis datos en secreto —bromeo mientras guardaba la tarjeta en su bolso—. De ese modo yo me aseguro de que me vas a estar esperando.

Ella le guiñó el ojo y le sonrió. A Nick no le agradaba la idea de depender de Lavinia para un próximo encuentro, pero convino en que sería mejor de ese modo, como solía suceder, para que pareciera que ella se interesaba en él, y no al revés. Motivado por esa

idea, asintió.

Una vez que estuvieron en la calle, se ofreció a alcanzarla hasta su casa. Pretendía así conocer al menos su dirección, pero Lavinia se negó. Hubiera muerto de vergüenza si Nick veía su barrio tan pronto, sin haberla conocido primero a ella; eso lo habría hecho desencantarse antes de lo necesario. Como él insistió, se hizo dejar en una parada de colectivo. Nick no se atrevió a robarle un beso... aún. Percibía que con Lavinia tenía que ser

paciente. A cualquier otra mujer la habría besado allí mismo, pero a ella no.

Lavinia tomó el colectivo hasta la parada más cercana a su casa y después caminó, todavía flotando entre nubes, tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera parecían pesar las bolsas de mercadería que llevaba. Estaba a punto de doblar en la esquina de su manzana cuando un adolescente tironeó de su bolso. Ella se dispuso a defenderse, pero fue tan fuerte el tirón que, imposibilitada de actuar con

suficiente rapidez por los tacos y las bolsas de ropa que cargaba, estas acabaron en el piso y el jovencito salió corriendo con su objetivo cumplido. Lavinia corrió tras él, pero no pudo alcanzarlo.

Al llegar a su departamento, Tamara, que cuidaba de Héctor tras haberlo retirado del jardín de infantes, la notó agitada y por eso le preguntó enseguida qué le sucedía.

—Me robaron la cartera — respondió Lavinia antes de dejar caer las bolsas con su

mercadería al piso.

—¡No puede ser! —su amiga se cubrió la boca con ambas manos—. ¿Llevabas algo importante? ¿Tu documento, dinero? ¿Te hicieron algo?

Lavinia suspiró.

—Había cobrado un dinero por un trabajo, sí, pero eran apenas veinte pesos. El documento lo llevo en el bolsillo del saco —hizo memoria. Para ayudarse contabilizó los objetos con los dedos—. Llevaba los veinte pesos, una foto de Héctor... ¡oh, no! —exclamó

de repente. Se había acordado de la tarjeta que le había dado Nick—. ¡Su número de teléfono! ¡Oh, Dios! —se dejó caer sobre una silla, apoyó los codos sobre la mesa y la frente en la mano—. ¡No puedo tener tanta mala suerte!

Había perdido a Nick de nuevo. Quizás un dios también se había propuesto torcer su destino, como en la mitología.

Capítulo 6

NICK había supuesto que Lavinia no lo llamaría al día siguiente de su encuentro, pero sí esperaba que lo hiciera al otro. Incluso podía dejar pasar ese otro día, en caso de que ella, como solían hacer las mujeres que él frecuentaba, quisiera hacerse desear un poco. Pero la ilusión y la urgencia que había visto en los ojos y en las actitudes de la diseñadora le decían que eso

era imposible. ¿Esperar? ¿Cuánto podía resistirse, con el temor que sentía de no volver a saber de él? Resultaba obvio que Lavinia lo deseaba tanto como él a ella, aunque su aparente inexperiencia la hiciera lucir avergonzada.

Hasta el tercer día se formuló muchas preguntas, se cuestionó todas las alternativas para que ella no lo hubiera llamado. Pensó que podía ser menor y que su padre quizás le había advertido acerca de las intenciones de un hombre

varios años mayor que ella, pero desechó la idea. No parecía una mujer custodiada por ninguna familia, y vaya que él sabía de semblantar mujeres.

¿Podría no estar interesada en él? ¿Podía ser tan cándida y luego nada? También se maldijo varias veces por haberle permitido mantener en secreto su número. ¿Cómo había sido tan torpe? ¿Cuándo había dejado él ir a una mujer que le gustaba tan fácilmente? ¡Y para colmo dos veces!

Conforme fueron pasando

los días, enloqueció cada vez más por desentrañar los misterios de la diseñadora. Lavinia... No debían existir muchas con ese nombre, ni siquiera en la mismísima Italia. ¿Pero cómo buscarla en un directorio telefónico o en la computadora, si desconocía su apellido? Además, eso iba en contra de sus principios: jamás había estado pendiente de una mujer ni había perdido tanto tiempo en tener sexo con ella, tampoco alguna se le había resistido.

Seleccionaba bien, nunca

erraba en sus cálculos.

Al séptimo día, Nick descubrió que siempre le había sido fácil llevar mujeres a la cama porque ellas lo habían elegido o porque él había medido con asombrosa cautela a quien elegir. La diferencia en esta oportunidad era que la elección había sido involuntaria. Lavinia se había colado en su mente sin que mediara la razón.

Se dijo entonces que, si lograba llevar a Lavinia, esa belleza rebelde e ingenua, a la cama, entonces daría

crédito a creer lo que siempre le habían dicho: que era el hombre más afortunado sobre la Tierra y una eminencia. Al menos en cuestión de aventuras.

La diseñadora se convirtió en un desafío para él, en una contienda.

Lavinia pasó el resto de la semana intentando conseguir el número de Nick. Se sentía la mujer más desafortunada del universo por haberlo perdido, aunque ella no tuviera la culpa porque se lo habían robado.

Se internó en un locutorio de su barrio. Como debió haber imaginado, el directorio telefónico había desaparecido. Aprovechó entonces un día que se dirigió al centro para buscar en un locutorio de la ciudad.

Caminó por la calle Alem y se metió en uno que supuso tendría la guía con todas sus hojas. Sin embargo descubrió con pesar que el número de Nick no figuraba en la sección de teléfonos particulares. De todos modos, si lo encontraba, como él no se lo había dado,

le daría pudor utilizarlo. Era lógico que un hombre tan importante no publicara su línea personal en la guía, así que desistió. Buscó en las páginas de comercios y empresas, en el rubro de la construcción. Como no podía ser de otra manera, faltaba la hoja correspondiente a la H. Lavinia ya no se sorprendió: tenía muy mala suerte.

No sabía utilizar una computadora ni tenía conocidos que pudieran hacerlo, excepto su hermana, pero no podía hablarle de

nada. Tampoco se le ocurrió pedir al dueño del locutorio que buscara por ella, y le estaba empezando a fallar la atención: acababa de pasar por debajo del inmenso cartel de una construcción casi terminada en el que estaba escrito «Hagen y Asociados», junto con los datos de la obra y de contacto, y ni siquiera se había dado cuenta.

El viernes, recibió una nota del juzgado. Debería presentarse el lunes para una audiencia con el juez de menores. Pasó el fin de

semana intrigada con la cita y presa del temor de que alguien quisiera apartarla de Héctor.

Cuando el lunes llegó por fin, se puso la ropa que usaba para ir a trabajar y se encaminó al juzgado. Quería lucir lo más adulta posible.

Al llegar se sorprendió de ver a su madre y a Josué mejor vestidos que nunca, ¡y hasta habían llegado antes que ella! Lavinia comprendió así cuál era la intención y de inmediato se sintió invadida por el miedo y la preocupación.

NO hizo falta mucho para que el juez anunciara su decisión:

—Los señores Pérez demandaron la custodia de su hijo Héctor Pérez hace seis meses. En este período las visitas de nuestras asistentes sociales han demostrado que los padres mejoraron notablemente su modo de vida: contrajeron matrimonio, el señor Pérez consiguió un trabajo y su hija Helena retornó los estudios. La custodia del menor volverá a ser de sus padres.

Mientras Cristina sonreía con satisfacción, Lavinia sentía que le enterraban un puñal en el pecho.

—¡Él ni siquiera está limpio! —alcanzó a decir señalando a Josué, pero el juez estrecho la mano de los padres, luego se la ofreció a ella, y al notar que Lavinia no pensaba retribuirle el gesto, se retiró.

Lavinia pensaba que ese hombre no tenía idea de que, al permitir a los Pérez custodiar a su hijo, estaba matando el futuro de su hermanito. Al menos así lo

sentía ella, dadas las condiciones de vida a las que el niño sería expuesto a partir de entonces.

Solo le restaba confiar en que Héctor recordara todo lo que ella le había enseñado: las diferentes posibilidades de vida que una persona podía tener, que no siempre se pertenece al lugar en el que se nace, y que para pertenecer a otro sitio se debe luchar.

O

—¿No me contarás una parte del cuento hoy? —

preguntó el niño, recostado sobre el pecho de su hermana, en la cama.

La piel blanca de Lavinia contrastaba con la oscura del pequeño. Ella tenía los labios apoyados sobre sus rulos pegados a la cabeza; con la mano lo sostenía junto al corazón.

—Claro —respondió—.

¿En dónde había quedado?

—En que el guerrero debía enfrentarse con el hermano del raptor. Ah, sí... ¿y sabes quién muere allí?

—Héctor.

—¿Entonces para qué

querés que te cuente esa parte de nuevo?

Lavinia sonrió enternecida y le besó la frente mientras le acariciaba la mejilla con la mano. No quería que el pequeño viera sus lágrimas. Era la última noche que lo tendría allí, solo para ella. Por eso cuando él se quedó dormido, permaneció largo rato despierta, observándolo. ¡Tanta inocencia desperdiciada!

La tarde del martes, Lavinia llevó a Héctor a casa de su madre como siempre, solo que esta vez regresaría

a su departamento en soledad.

Cristina la recibió con aires de triunfadora, como si hubiera ganado un partido de truco. Lavinia dejó el bolso con las cosas de su hermano sobre la mesa y lo abrió. Mientras tanto, el pequeño había corrido a los brazos de su padre, que lo paseaba sobre los hombros por toda la casa. Viendo aquella acción, Lavinia pensó que Josué habría sido un buen hombre si se hubiera mantenido sobrio. Pero eso no ocurría con

frecuencia, y opacaba la infancia del niño.

—Esta es la *Iliada* — explicó a su madre con el libro en la mano—. Estoy segura de que la conocés muy bien, pero por las dudas te la dejaré. A Héctor le gusta que le lea o le cuente un fragmento cada noche, casi siempre el enfrentamiento entre Héctor y Aquiles o la parte del caballo de Troya.

—Llevátela si querés, la recuerdo de memoria — replicó Cristina ofuscada.

—Se la dejaré a Héctor de

todos modos —respondió la hija—. Quizás la quiera solo para verla. También te dejo algunos de sus juguetes favoritos.

Cristina soportó que su hija intentara enseñarle a ser madre de Héctor con respuestas cortas y secas. Cuando llegó la hora de irse, Josué aún tenía a su hijo en brazos.

—Me voy, Cotito —dijo Lavinia, ya junto a la puerta.

—¿Cómo que te vas? —indagó él, con la cabecita girada hacia su hermana—. ¡Nos vamos!

Héctor saltó de los brazos de su padre, pero con todo el dolor de su alma, Lavinia no lo recibió entre los suyos.

—No —tuvo que decir—. Hoy no. Te quedarás aquí, con tus padres.

—¿Y vos también te quedás?—insistió él. Lavinia bajó la mirada.

—No... Yo no.

—¡No! —gritó el niño—. ¿Me dejás acá? ¿Por qué? ¿Ya no me querés, ya no me cuidás?

Las palabras hirieron a Lavinia en lo más profundo. Le dolía el corazón de tener

que dejarlo allí. Dobló las rodillas y se puso a la altura del niño.

—Te quedás acá porque papá y mamá te han extrañado mucho —intentó explicar.

—¡Pero yo quiero irme con vos! —gritó Héctor antes de abrazarse a su cuello. Lavinia respondió al abrazo.

—Esta noche mamá te va a contar el episodio del caballo de Troya —prometió aun sin haber conversado con su madre de ello.

Quería dejar al niño

conforme, pero este insistía en negarse a la estadía en casa de sus padres.

—Quedate hasta que se duerma —cedió Cristina, y Lavinia aceptó

Se fue a las diez. Cristina había preparado la cena para Héctor, pero él se había negado a comer argumentando que no le gustaba y que Lavinia cocinaba mejor. Su hermana lo regañó por eso, le dijo que no debía criticarse lo que hacían los demás si uno no podía hacerlo mejor. De todos modos comprendía

que lo que Héctor deseaba no era herir a su madre, sino hacer comprender a los adultos que quería ser feliz.

O

Nick respondió al cuarto llamado del teléfono.

—¡Lo tengo! —exclamó la voz del otro lado de la línea—. ¿Tenés papel y lápiz?

Nick caminó por el living, buscó lo que su interlocutor le pedía y replicó:

—Soltalo.

—La única Lavinia que aparece en mis registros se llama Dickinson. Lavinia

Dickinson. Y tiene tres líneas a su nombre.

Nick apuntó los tres números telefónicos que le habían sido dictados con sus respectivos domicilios. Identificó que uno pertenecía al local ya cerrado, otro a la dirección a la que lo había enviado el viejo que salía del negocio junto a la boutique y que le había costado cien pesos, y un tercero cuya dirección desconocía. Tenía que ser ese.

Lavinia ya se había

quitado la ropa de trabajo. Vestía, como siempre que estaba en su casa, ropa deportiva. Se hallaba sentada a la mesa, con el rostro escondido entre los antebrazos, llorando. Se preguntaba qué sentido había tenido su esfuerzo, qué maldición pesaba sobre ella para que nada le saliera bien, ni siquiera proteger a su hermano.

Antes de que la desesperación se hiciera presa de ella, se puso de pie y encendió la radio. Subió el volumen cuando encontró

música de su agrado, tanto que la aturdió, pero al encaminarse a la habitación el sonido se aplacó. Se vendó las manos y atacó el saco de box que pendía de una cuerda en su cuarto.

Después de una publicidad, comenzó otra canción, esta vez un rock. Los golpes a la bolsa se acentuaron porque a través de ellos Lavinia sudaba dolor e impotencia.

Nick miró su reloj pulsera. Eran las once de la noche. Para él, una criatura noctámbula que dormía

apenas tres o cuatro horas cada veinte, era lo mismo que decir que era mediodía, pero quizás para Lavinia no. Aun así, leyó el número y marcó.

El teléfono sonaba en casa de Lavinia, pero la música no le permitía escucharlo. Golpeaba el saco como si en él se reflejara su destino.

Nick cortó. Lo primero que pensó fue que ella estaría durmiendo, pero el temor de que se tratase de una casa deshabitada lo llevó a insistir.

Había comenzado otra

canción. Lavinia descansaba doblada en dos la espalda dolorida de tanto caminar. Lo hacía para ofrecer prendas de vestir que ella confeccionaba con todo cariño, pero que nadie quería comprar.

Soy una luchadora, se repetía. Soy una luchadora... ¿pero esto es acaso lo que quiero ser? ¿Hasta cuándo? Hasta cuándo...

Agotada como estaba, se irguió y dio otro golpe al saco. En ese momento, escuchó un tintineo, una música de fondo ajena a la

canción. El teléfono.

Abandonó todo lo que hacía y se dirigió al living. Miró de paso el reloj de la pared, que indicaba las once y cuatro minutos de la noche. Nadie más que Héctor podía llamar a esa hora, por eso casi se arrojó sobre la radio para detener la música y responder luego el llamado.

—¿Diga? —sonaba agitada y acongojada, como en realidad se sentía.

—¿Lavinia?

La voz la dejó temblorosa y asustada, mucho más que

el llanto o el acotamiento físico.

—¿Nick? —balbuceó.

El presintió algo. La sentía resfriada, quizás en un episodio de llanto, pero fiel a su instinto huidizo relegó pronto esas sensaciones.

—¿La Lavinia que yo conozco? —bromeó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. ¡Cuánto lo lamento!

Nick nunca pedía disculpas. Ni por la hora, ni por plantar a alguien, ni por abandonar novias. Tampoco se disculpó con Lavinia

porque eran las once de la noche.

—¿Dormías? —preguntó.

—No, no dormía —se lamentó ella. ¡Cuánto habría deseado poder dormir!—. La verdad, estoy muy triste. Pero no te preocupes, no pienso aburrir a un interesante Eneas que me llama por teléfono con interminables problemas.

Nick sonrió. Sonrió de verdad, enternecido por la respuesta, lo cual descubrió instantes después de haber cometido el grave error de albergar un sentimiento.

Borró la sonrisa sincera de inmediato. Primero, no era su estilo, él no llamaba a Las mujeres, las mujeres lo llamaban a él. En segunda instancia, no quería parecer el interesado. Siempre era más fácil que fuera el otro quien se interesara en él, por eso se esforzó por fingirse displicente.

—Querrás saber por qué no te llamé... —dijo ella a continuación.

¡Por Dios, se moría por saber! Sin embargo, respondió indiferente:

—No, en realidad no.

—Me robaron la cartera —
explicó Lavinia, ignorando
la respuesta de Nick. Quería
darle explicaciones, no
deseaba hacerle pensar que
él no le importaba.

Pero Nick no le creyó. Las
mujeres eran excelentes
mentirosas, sobre todo
cuando un hombre se
humillaba a mover cielo y
tierra por conseguir sus
datos, levantaba el teléfono
y marcaba el número.
Prefirió ignorar esos
pensamientos porque sabía
que lo conducirían a arruinar
sus planes de llevársela a la

cama, así como había ignorado su tristeza para no sentirse conmovido. ¿Por qué podía estar triste una mujer? ¿Por un noviecito, tal vez? ¿Porque no había podido comprarse ropa?

—Ah —replicó indiferente—. Veo que tuviste una semana difícil.

Fue irónico, pero Lavinia no lo entendió así.

—La peor de mi vida —dijo refiriéndose a todas las situaciones por las que había pasado que Nick desconocía.

—No te preocupes —respondió él—. Yo tengo la

solución perfecta para que te olvides de todo.

—No creo poder olvidarlo.

—Haremos un esfuerzo.

El tono de voz de Nick se había hecho sugerente, pastoso. Él pensaba en sexo, o al menos lo insinuaba; Lavinia lo supo, y quizás por su pasado o porque de verdad le ofendía pensar que pudiera olvidar el dolor por la pérdida de su hermano en una cama, se molestó.

—No lo entiendo —dijo—. No te estoy diciendo que me hicieron un mal corte de pelo. Te digo que de verdad

estoy muy triste, que pasé la peor semana de mi vida y vos me jugás bromas todo el tiempo, como si no fuera importante. No pretendo aburrirte con mis problemas, pero es de buena educación no hacer chistes al respecto.

Nick enmudeció. Tragó con fuerza. Si bien en un principio lo sacudió la idea de que a una mujer pudiera no gustarle una parte de él, justo la que las otras parecían valorar más, enseguida se recubrió de la coraza que siempre lo protegía. Quién se creía esa

monjita para recriminarle a él su indiferencia. Él no era su amigo, mucho menos su novio, ni quería saber nada de ella. No le interesaba su vida privada, ni el motivo de su tristeza, y mucho menos la opinión que esa inexperta pudiera hacerse de él.

Resultaba evidente que le faltaba mucha práctica; que a diferencia de las demás mujeres con las que él se relacionaba, no había aprendido que los problemas se olvidaban entre tus sábanas.

Solo la quería para el sexo,

se dijo. Para llevarla a la cama y después inhabilitar su número. Era ella la que tenía que rogarle, no al revés, no le permitiría tener poder sobre él. Eso nunca más.

—Te pido disculpas — masculló enojado—. No debí molestarte. Que tengas buenas noches.

Cortó. Había cortado.

Lavinia entreabrió los labios, incapaz de convencerse de que lo había arruinado todo por haber descargado su ira ya no con el saco de box, sino con

quien menos lo merecía. Y que él fuera tan infantil como para huir de la conversación solo porque ella se había equivocado, no se lo creía.

—¿Nick? —preguntó en un susurro abogado, esperanzada en que el *clic* hubiera sido solo una interferencia. Pero sus ilusiones se esfumaron cuando el silencio se convirtió en el tono.

Resultaba muy claro: cómo ella, una inexperta, iba a acusar de mediocre y de superficial a un hombre

experimentado, más grande que ella, mucho más importante en todo. Él podía tener una decena de mujeres deseosas de complacerlo con una sola mirada. No necesitaba de ella. Si la llamaba era porque estaba interesado, y con sus actitudes —primero no llamarlo, luego reclamarle por sus bromas— le indicaba que no quería saber nada de sus proposiciones.

Lavinia pateo la pata de la mesa y luego se masajeó la punta de los dedos doloridos. Se preguntaba

cómo podía ser tan tonta, cómo era capaz de alejar los efímeros instantes de felicidad que la vida le ponía en la palma de la mano como si no se los mereciera. Nick, un hombre seductor, rico y atractivo se interesaba en ella, y ella no hacía más que espantarlo. Todo porque lo único que le interesaba de él era su honestidad. ¿Por qué no podía ser como las demás? ¿Por qué no podía conformarse con lo que él estuviera dispuesto a dar?

Necesitaba que Nick supiera que no había querido

herirlo, que se había desquitado la bronca con quien no lo merecía. Pero ni siquiera tenía su número. Lo había perdido, solo por ser estúpida.

Pudo dormirse recién al amanecer. Se odiaba.

A las diez, al fin se levantó a abrir la puerta. Del otro lado se encontró a Tamara, que había tocado tres veces y sostenía una hoja de diario delante de la cara.

—¡Mira lo que te conseguí! —exclamo.

Todavía un poco adormecida, Lavinia no

alcanzó siquiera a distinguir de qué se trataba la nota.

—¿Y esto? —preguntó.

—Mirá la foto —reclamó su amiga—. Es una obra en construcción.

Los ojos de Lavinia se iluminaron.

—¿De Nick? —se ilusionó.

—¿De quién más?

En la imagen se alcanzaba a ver la esquina de la calle Alem donde se construía un centro médico privado. De hecho el titular anunciaba su pronta culminación.

Lavinia tuvo que visitar algunas tiendas antes de poder dedicarse a Nick, aunque él no abandonó sus pensamientos. Y mientras ella intentaba convencer a la vendedora de una tienda de que se quedara con algunas prendas, los obreros del Centro Médico retiraban el enorme cartel que hasta ese día había ostentado los datos de la compañía de Nicolás L. Hagen.

Cuando Lavinia llegó, ya no quedaba nada. La ira creció tanto en ella que dejó escapar un insulto y cruzó la

calle por mitad de cuadra. Ingresó a un edificio que se hallaba frente a la obra terminada y habló a la recepcionista.

—Dígame que lo sabe, por favor —la mujer la miró perpleja, entonces Lavinia se esforzó por dar una explicación—. El teléfono que aparecía en el cartel de la obra de enfrente, el que ya no está. ¡No me diga que nunca leyó un cartel que estuvo dos años frente a su nariz!

La mujer la miraba como si ella no fuera más que una

pobre loca, y no era para menos. Lavinia no estaba demente, no. Estaba harta de que todo le saliera mal.

Ante la ausencia de respuesta por parte de la mujer, que hasta parecía a punto de llamar a seguridad, Lavinia miró hacia la puerta. Desde allí pudo ver que dos obreros con cascos amarillos se encaminaban a la puerta de la obra en construcción prácticamente terminada.

Salió corriendo. No lo había notado antes por distraída, pero aquel edificio era tan majestuoso como su

ingeniero. Imponente y
estratégico. Hermoso.

Lavinia se dio cuenta de que se había quedado quieta en la vereda, admirando la maravilla que había construido Nick, y también de que perdería a los hombres de vista. Apresurada porque eso no sucediera, pretendió cruzar la calle, pero justo cuando ponía un pie en el asfalto, una de las bolsas se rajó y sus queridas prendas fueron a parar al cordón de la vereda donde un agua embarrada se escurría hacia

la alcantarilla.

Todo su trabajo de meses desperdiciado. El dinero que había invertido en materiales, el tiempo, las ganas.

Presa de una angustia desconocida, Lavinia suspiró. Recogió las prendas como pudo, anudó la bolsa, y para cuando alzó la cabeza, los obreros ya habían desaparecido. Cruzó la calle de todos modos. Dio unos gritos llamando a quien la oyera hasta que consiguió que uno de los hombres asomara la cabeza.

—Necesito el número de teléfono de la constructora que hizo este edificio — gritaba. Tuvo que repetir dos veces la frase para que al final el obrero la entendiera y le indicara con la mano que aguardase. Por obra de Dios bajó con una tarjeta y le deseó suerte. ¡Ja! ¡Suerte! Lavinia no se le rió en la cara por mera educación. Con el número entre las manos, aferrado al pecho para que no se le extraviara ni alguien pudiera arrebatárselo, caminó hasta un teléfono. Marcó. La voz

de una mujer con tono de locutora de radio la sorprendió.

—Hagen y Asociados. Mi nombre es Carolina, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¡Hola! —exclamó Lavinia, aliviada—. Necesito hablar con Nick.

—¿Disculpe?

Lavinia supo que la mujer reprimía la risa. Claro, cómo iba a ser tan tonta de llamar a una gran empresa pidiendo hablar con el jefe mayor como si intentara comunicarse en casa con su hermana.

—Con el señor Hagen —
se corrigió—. Mi nombre es
Lavinia —continuó
explicando ante el silencio
de la operadora—. El me dio
su interno, pero... me
robaron el bolso y lo perdí.

—Claro —masculló la
muchacha—. Puede dejar su
mensaje.

—Es que no quiero dejar
un mensaje —defendió
Lavinia—. Necesito hablar
con Nick.

Después de otro instante
de silencio, la mujer replicó:
—Gracias por
comunicarse con Hagen y

Asociados. Que tenga buen día.

Y cortó. Lavinia miró incrédula el tubo del teléfono. Volvió a marcar, pero esta vez nadie respondió. Para colmo, cuando retornó a la calle, llovía a cántaros. Solo eso le faltaba en un día pésimo, un día para olvidar.

Al llegar a casa empapada, accionó la contestadora mientras se secaba el cuerpo con una toalla agujereada. El primer mensaje era de Héctor. Sonrió enternecida. El segundo mensaje

respondía a una voz desconocida.

—Señorita Dickinson, encontré su bolso. La espero a las cinco en la esquina de Mitre y Sarmiento, en Avellaneda. Si quiere su bolso, tiene que venir sola y traer veinte pesos.

Lavinia volvió a calzarse los zapatos y corrió por la calle como si fuera a perder la vida. De hecho sentía que así sería: eran las cinco menos cuarto.

Llegó a la esquina acordada a las cinco y cinco. Se acercó al sujeto que

abrazaba su bolso, un tipo alto y fornido que a Lavinia le pareció un ladrón antes que un ciudadano honesto. Intercambió el bolso por los veinte pesos y se fue. Los tobillos se le torcían porque tenía los zapatos mojados, sentía frío y sed, pero al menos había recuperado su bolso, y en él la tarjeta de Nick.

Ahora que tenía todo servido en bandeja, no se animaba a llamar. Pasó largos minutos estudiando el teléfono que descansaba en su mesita del living hasta

que una ráfaga de valentía e indiferencia se apoderó de ella y entonces marcó. Pero la oficina de la secretaria de Nick ya estaba vacía, y también la de él.

Al día siguiente, Lavinia se entrevistó con la asistente social de Héctor. Ante las negativas de la mujer, comenzó a desesperar.

—¿Y todo lo que hice por él? —decía—. ¡Todo desperdiciado! Nadie se ocupa de él en esa casa. La plata...

—La plata no es un problema —la interrumpió

la mujer.

—¡Pero conmigo tenía acceso a muchas cosas!

—Señorita Dickinson, no se puede quitar un hijo a una familia por ser pobres.

Lavinia no podía creer que ella terminara siendo la desalmada cuando lo único que había querido hacer era rescatar a Héctor de una perdición segura, como no había podido hacer con Helena porque ella era por aquel entonces casi tan pequeña como su hermana.

—Que sean pobres no es el problema —explicó—.

Yo también lo soy, pero todo lo que ganaba era para él. El problema es el uso que mi madre y su marido hacen del dinero.

—Puede ayudarlos económicamente si lo desea —replicó la mujer.

—Usted no entiende —Lavinia se esforzaba por no sonar impaciente, pues sabía que eso podía perjudicarla, pero a decir verdad se le estaba agotando la paciencia —. No les pienso dar un solo centavo porque conozco el destino que tendría ese dinero y puedo asegurarle

que no será mi hermano.

Lavinia regresó a casa con las manos vacías y con un terrible dolor de garganta.

Los tres días que siguieron, la fiebre le impidió siquiera moverse. Tamara cuidó de ella y alcanzó a terminar algunos arreglos que Lavinia adeudaba a sus clientas, pero aun así, el trabajo se acumuló junto a la máquina. No le bastaba con pasar tres días de agonía, sino que también la torturaba pensar cuánto debería trabajar ni bien pudiera dejar la cama y

cuándo aprendería a tratar a Nick.

Retomó sus ocupaciones habituales al cuarto día, y solo tuvo tiempo de preocuparse por el trabajo atrasado y por sus insistentes clientas, que siempre necesitaban los arreglos de prendas olvidadas para ese mismo día.

Recién tuvo una mañana libre de presiones mentales a los siete días, entonces se dispuso a llamar a Nick. Aunque había planeado bien lo que diría al teléfono, al marcar el número le

temblaron los dedos. Después de dos llamados, una voz femenina atendió.

—Oficina Hagen —dijo. En ese instante, Lavinia se olvidó de todo lo que tenía pensado decir.

—Soy Lavinia —pronunció casi sin aliento—. ¿Sería tan amable de comunicarme con el señor Hagen? —esta vez no cometería el error de llamarlo «Nick».

—¿Por qué asunto es? —preguntó la mujer, sorprendida porque, de tratarse de una amante de su

jefe, lo habría llamado «Nick», a lo sumo «Nicky» o «Nickito», como hacían otras.

—Verá, él me compró un traje... —explicó Lavinia, pero la mujer no la dejó seguir.

—Ajá —asintió—. Puede dejarme su mensaje.

—Señora... —apeló—. ¿Es realmente imposible que me comunique con Nick? Es que preferiría tratar este asunto en privado.

La señora Rosales confirmó sus sospechas al escuchar «Nick» en boca de

una mujer, pero sabía por instinto que algo diferenciaba a esa muchacha del resto de las conquistas de su jefe.

—Si el señor Hagen considera necesario llamarla, lo hará —explicó Fi con respeto, pero cuidándose de no crear falsas ilusiones en la muchacha. Lo cierto era que jamás había visto a Nick comunicarse con ninguna de ellas, y dudaba de que esa fuera la excepción.

Lavinia suspiró. Al parecer Nick era más difícil de ubicar que la Presidente de

la Nación.

—Está bien —asintió con resignación—. Solo dígame que lo siento.

—¿Qué usted lo siente? —replicó Fi, remarcando el pronombre personal.

—Sí —asintió Lavinia con dignidad—. Dígame que lo siento y que no quise lastimarlo —Lavinia percibió el silencio del otro lado de la línea y temió por un momento que la comunicación hubiese terminado, por eso agregó —: Hola...

—Se lo diré —respondió

la mujer.

—Le suplico que lo haga.

—No tiene que suplicar.

Lo haré.

Lavinia agradeció con la tranquilidad de que esa parecía ser la secretaria personal de Nick y no una mera recepcionista, y cortó.

Algunos minutos después, Fi llevó una carpeta a la oficina de Nick, quien no levantó la cabeza cuando ella ingresó y le dejó el material sobre el escritorio.

—¿Qué es eso, Fi? — preguntó el sacando unos

cálculos.

—El contrato con Portezuelo y un mensaje. Llamó una mujer de nombre raro. Me pidió que te dijera que lo siente y que no quiso lastimarte.

Nick detuvo las manos sobre la calculadora y frunció el entrecejo. Enseguida levantó la mirada hacia su secretaria.

—Que *ella* lo siente — repitió, incrédulo.

—Ajá.

—¿Y no te reprochó nada? —indagó. La mujer negaba con la cabeza—. ¿No te dijo

que se las voy a pagar, no me envió ningún insulto?

—No.

Nick se respaldó en su cómodo sillón de cuero, imposibilitado de creer semejante noticia.

—¿Cómo se llamaba?

Fi tragó con fuerza. No acostumbraba errar en su trabajo, pero esta vez debía confesar que había fallado.

—No lo recuerdo. Me quede tan sorprendida que ni siquiera pude escribir el nombre, y era tan extraño que después se me olvidó. La... Lau... Lo...

—¡Lavinia! —exclamó Nick.

—¡Si, eso! —replicó Fi—. ¡Lavinia! ¿De dónde habrán sacado semejante nombre?

—De la Eneida.

Fi no respondió. Tampoco hacía falta. El sabor del triunfo invadió la boca de Nick, que ya podía presentir lo que sucedería. Como en todo juego de seducción, ahora ella estaba al pendiente de él. Ya sabía que no podía ser muy distinta de las demás mujeres que se había cruzado en la vida. Ahora él

se haría desear, tal como había hecho ella

Se fue de viaje a Córdoba para atender asuntos de un diente. Allí conoció a dos mujeres, ambas morochas y hermosas, con las que lo pasó muy bien los cuatro días que estuvo fuera de Buenos Aires.

Mientras tanto, Lavinia siguió con su trabajo de reparaciones de costura, con el que se ganaba poco pero que gracias a Dios era bastante. Había puesto la foto de Nick, esa que había recortado de la revista

aunque él no luciera su traje,
en un portarretratos y le
había enganchado su tarjeta.
Algún día el hombre
pensaría que ella había
crecido, y quizás entonces
volviera a llamarla.

Capítulo 7

POR la mañana, Nick bajó del ascensor. Pasó frente al escritorio de su secretaria y le dejó un papel amarillo.

—Bloqueá estos números, por favor —pidió a la velocidad que se movía rumbo a su oficina.

Obediente, Fi lo hizo con rapidez. Estaba acostumbrada a ello.

Mientras tanto, Lavinia presionaba el pedal de su

máquina de coser con cuidado, no fuera a ser que la costura no quedara perfecta. El teléfono la sobresaltó. La distracción hizo que la máquina comenzara a tragarse la tela cual monstruo hambriento e impiadoso, y Lavinia no pudo más que tironear para que la soltara. No hubo caso. La gasa se rajó: el vestido estaba roto. Soltó una maldición. Para colmo, cuando llegó al teléfono, este paró de sonar.

Dejó escapar un suspiro de frustración y se sentó en el

silloncito que estaba junto al teléfono. Intentaba serenarse para poder pensar con mayor claridad qué iba a hacer ahora que su trabajo se había arruinado, pero la campanilla interrumpió sus cavilaciones.

—Diga —respondió.

—¿Lavinia?

La voz la dejó perpleja, pero no muda. El solo hecho de escucharlo le electrizaba la piel.

—¡Nick! —exclamó—.

Antes que cuelgues, quiero pedirte disculpas —se apresuró a hablar—. De

verdad estoy muy
arrepentida, tenía un día
terrible.

Nick rió.

—¿Y también tenés un
mal día hoy?

—No tan malo como el
otro, pero rara vez puedo
decir que tengo un buen día
—se sinceró ella. Como
consideró que no le había
pasado nada demasiado
grave, excepto lo del
vestido, contó las vicisitudes
de la jornada con cierta
gracia—. Para empezar, se
tapó el desagüe y se inundó
el baño. Tuve que llamar a

un plomero que me robó los únicos setenta pesos que tenía. También me quedé sin hilo negro y tuve que salir a pedir un carretel fiado bajo la lluvia. Cuando volví, recordé que había dejado uno nuevito y sin estrenar en el último cajón. No te extrañes, soy de lo más desordenada y distraída. Para rematarla, acabo de arruinar un trabajo urgente, así que estoy que me llevan los demonios. Pero estoy bien. En comparación con otros días, hoy puedo decir que tengo buena suerte.

Lavinia escuchó embelesada cómo Nick reía a todo pulmón. No estaba enojado, no parecía falso. Siempre estaba de buen humor.

—Hoy es jueves — culminó él—. Los jueves son mis días de buena suerte —un jueves había ganado el *Paradise* y un jueves la había conocido a ella—. ¿Qué tal si rompés tu maldición con un encuentro con la fortuna?

El corazón de Lavinia comenzó a latir desenfrenado. Nick la estaba

invitando a salir, le estaba dando una nueva oportunidad. La había perdonado.

—Todos los días de mi vida está malditos —se lamentó ella un poco en serio, otro poco en broma.

—¡Ah, vamos! —él reía todo el tiempo—. ¡No podés ser tan negativa! Estoy seguro de que esa es la causa de tu infortunio. No son los eventos, sino como los tomes, lo que señala un buen o un mal día.

Lavinia sintió que las palabras de Nick, su risa, su

simpatía, la embargaban. Se abstrajo de tal modo pensando en las emociones que experimentaba, que hasta se olvidó de que la había invitado a salir.

—¿Y qué decís? —insistió él.

—¿Sobre qué? —se le escapó. Enseguida se dio cuenta de que volvía a actuar como una tonta, pero al parecer Nick no lo entendió así.

—Vos sí que me la hacés difícil... —reflexionó en voz alta. Lavinia soltó una risita.

—Claro —respondió.

—¿Claro a qué?

—A lo que sea...

Nick se sintió complacido. Por fin todo salía tal como lo había calculado.

—¿Preferís que te pase a buscar o que nos encontremos en el bar?

Nick no podía pasarla a buscar. Ella no tenía modo de reunir el valor suficiente para bajar las escaleras de ese edificio maltrecho y subir después a su preciosa Mercedes.

—Prefiero que nos encontremos en el bar.

Nick aceptó. Le dictó la

dirección y el horario de una disco-bar de Puerto Madero, y se despidieron.

El corazón de Lavinia no dejaba de latir. Se olvidó del trabajo arruinado, del dinero que había perdido con el plomero, de su día de mala suerte. Con creciente entusiasmo hurgó en todos los cajones en busca de ropa. Buscaba algo digno de un bar tan caro y de Nick.

Se dio cuenta de que quería gustar, y estaba convencida de que la ropa era esencial a la hora de impactar, por eso acabó

escogiendo un solero negro y sandalias que combinaban con su bolso de mano. Se recogió el cabello en una trenza y se maquilló con colores sutiles. El vestido, que había sido confeccionado por ella misma, dejaba al descubierto sus hombros pálidos y se ajustaba a las curvas de su cuerpo.

Pensó en llegar diez minutos tarde para asegurarse de que Nick ya se encontrara allí cuando ella apareciera. Mientras acomodaba las últimas cosas

en la cartera, sonó el teléfono. Tenía miedo de que Nick suspendiera la salida, pero aun así respondió.

—Lavi... —susurró la débil voz de su hermano ni bien ella dijo «hola».

—¡Héctor! —replicó Lavinia. Presentía que algo no estaba bien.

—Me siento mal... —lloriqueó el niño. Lavinia dejó caer la cartera sobre la mesa, preocupada.

—¿Cómo que te sentís mal?

—Me duele la panza.

—¿Hace cuánto que te duele la panza? —indagó.

—Dos días. ¡Tenés que venir, Lavi! ¡No aguanto más!

—¿Y no te llevaron al hospital?

Lavinia se indignó con la respuesta que su hermano no alcanzó a dar porque le cortaron el teléfono. Llena de rabia, recogió el bolso y casi salió corriendo del departamento.

Con la espera que había tenido en la parada del colectivo y la caminata hasta el edificio donde vivía su

hermano, ya estaba veinte minutos atrasada respecto de Nick. Golpeó a la puerta y esperó a que Josué abriera. Como de costumbre, estaba ebrio.

—¡Cómo te pusiste para mí! —exclamó con un tono libidinoso que Lavinia prefirió pasar por alto.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó dando un paso adentro.

Josué señaló la habitación con la cabeza y Lavinia se encaminó a su antiguo cuarto. Héctor se hallaba recostado en la que antes

había sido su cama.

—¡Lavi! —exclamó ni bien la vio entrar—. ¡Me duele mucho!

Tenía los ojitos oscuros llenos de lágrimas. Lavinia avanzó justo para el momento en que el niño padecía un episodio de vómito que acabó sobre su maravilloso vestido negro. Sin pensar en ello, lo envolvió en una manta y lo alzó en brazos. Lo cargó hasta el hospital.

—Es apendicitis —le informó la pediatra de guardia—. Tenemos que

operar lo antes posible o se puede convertir en una peritonitis. Sentía pena por su hermano y pena por ella misma. Adiós cita.

Nick miró su reloj pulsera. Eran las once de la noche; habían acordado con Lavinia encontrarse a las nueve y media.

Hundido en el sofá del sitio a oscuras, se llevó la copa de champán a la boca y pretendió apreciar la música, una canción electrónica de ritmo bien marcado. Sin embargo, una extraña

sensación de ira lo recorría. Había sido plantado por una costurera.

—Señor Hagen —le dijo un camarero—. Una señorita llamada... eh... —revolvió unos pequeños papeles que llevaba en un bolsillo y leyó —, *Lavinia* llamó. Dijo que tuvo un percance y que no podrá asistir a la cita de esta noche.

Nick dejó escarpar el aire de sus pulmones. La ira ardió en sus ojos de hielo.

—Gracias —dijo apretando los dientes.

Ni bien el mozo se alejó,

Nick escrudiño el recinto con la mirada. Otra vez esa chiquilla se burlaba de su paciencia, como si él no tuviera mejor cosa que hacer que bailar a su ritmo.

Detuvo la mirada en una pelirroja que conversaba animadamente con dos amigas. Encendió con pereza un cigarrillo. Cruzaron miradas ella sonrió Nick sabía que la intimidaba, por eso siguió viéndola fijo. Estaba seguro de que así ella se le aproximaría, y no se equivocó. La mujer se

señaló el pecho; no podía creer que un hombre tan apuesto y seductor la hubiera escogido a ella de entre la multitud de mujeres que había a su alrededor. Nick asintió con disimulo.

Poco después la tuvo sentada junto a él en el sofá, entregada a sus besos y caricias. Dos horas más tarde, la tuvo en la cama. Y mientras él dormía con la pelirroja recostada sobre su pecho, Lavinia se mantenía despierta en la sala de espera del quirófano, aguardando noticias sobre la operación

de su hermano.

Recién pudo dejar a Héctor a las once de la mañana siguiente, solo porque a Cristina se le ocurrió aparecer con un pote de helado. Lavinia evitó una discusión porque Héctor necesitaba recuperarse tranquilo, pero se fue a casa con el peor humor posible.

Ni bien llegó a su departamento, se quitó el solero y lo puso a lavar. Se dio una ducha, se vistió y se sentó junto al teléfono. Nick merecía una nueva disculpa, por eso marcó el número.

—Oficina Hagen —
respondió la secretaria.

—Hola —dijo ella—. Soy Lavinia otra vez. Le dejaré un mensaje para Nick.

Entre tanto, Nick acababa de bajar del ascensor y se encaminaba al escritorio de su secretaria, radiante.

—Bloquea este número, por favor —indicó dejando un papel sobre la mesa. Ficcubrió el micrófono del teléfono y gesticuló:

—Lavinia.

Nick le indicó con una señal de su mano que le pasara la llamada. De

inmediato Fi, que no había escuchado nada de lo que Lavinia le decía, replicó:

—Aguarde un momento, por favor.

Lavinia esperó. Escuchó la odiosa musiquita de circo durante al menos un minuto hasta que la voz de Nick retumbo en su oído.

—No sé qué jueguito estás jugando, pero no me gusta.

Ni siquiera él se reconocía. Jamás le había importado lo que una mujer hiciera. No le interesaba que llamasen o no llamasen, que se hicieran desear o se regalasen. Pero

tampoco estaba acostumbrado a los plantones, ni a perder el buen humor que lo caracterizaba, ni a andar todo el día pensando en una mujer como si en ella se le fuera la vida.

—No hay juegos, te lo juro —respondió Lavinia con verdadero remordimiento. Había sonado triste y arrepentida, pero se esforzó por relajarse pronto—. Hoy es viernes, todavía estamos a tiempo de hacer algo propuso. Por favor, dame otra oportunidad, te lo

suplico...

Eso era lo que Nick deseaba y a lo que estaba acostumbrado, a la secreta súplica. Sin embargo, esa actitud de Lavinia no llegó a su boca con el sabor del triunfo. Apenas pudo responder serio, en apariencia enojado.

—Está bien. Te espero en el restaurante El Faro, del Hotel Hilton, a las diez. No llegues tarde.

Lavinia aceptó sin vueltas. Después de cortar la comunicación, durmió un poco para estar lúcida por la

tarde, cuando visitó a su hermano. Allí se reencontró con Helena, que no abrió la boca en los escasos veinte minutos que visitó a Héctor.

Lavinia permaneció con su familia el tiempo completo permitido. Acabado ese lapso, vio que su madre se ponía de pie y recogía su bolso de la silla con parsimonia. Se hacía evidente que se iba.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Me voy —respondió Cristina, como si nada, al tiempo que se encogía de

hombros.

—¿Cómo que te vas? —

Lavinia se puso de pie también y se adelantó un paso hacia ella. Del mismo modo la tomó del brazo y la condujo al pasillo. No quería que su hermano las oyera—. No te vas. Héctor te necesita.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? No puede quedarse solo.

—Si no querés que se quede solo, podés hacerle compañía vos. Nadie te lo impide.

Lavinia apretó los puños

para no sacudir a su madre. A veces tenía ganas de zamarrearla y ver si así lograba acomodarle las ideas, hacerle entender cómo debía ser la vida en realidad.

—¿Para eso me lo quitaste? —reclamó—. ¡Ni siquiera te hacés cargo de él!

—Déjame en paz, Lavinia —replicó Cristina—. Vos ni siquiera imaginás lo que es ser madre.

Lavinia observó a Cristina alejarse junto a Josué. La sangre ardía en sus venas como lava incandescente. «Si no querés que se quede

solo, podés hacerle compañía vos. Nadie te lo impide», recordó. Y se sintió capaz de matar.

Volvió junto a su hermano sin emitir palabra.

—¿Me contás el cuento?

—preguntó él. Su voz cargada de inocencia consiguió serenarla.

—¿No te lo cuenta mamá?

—No.

Héctor se durmió a las nueve. Entonces Lavinia pidió a una enfermera que estuviera atenta a él para poder irse un poco más tranquila. Corrió a su

departamento, se duchó en diez minutos y se vistió tan rápido como le fue posible. Para no perder tiempo, se dejó el cabello suelto. Había tenido que ponerse un vestido amarillo poco adecuado para la noche, pero a falta del negro, no le restaban demasiadas opciones.

Tomó el autobús a las diez menos cuarto. Cuando llegó al restaurante, una sensación excitante le estrujó el corazón, que daba tumbos.

—¿Nicolás Hagen? — preguntó a una recepcionista

que rápidamente le indicó la mesa.

Ni bien lo vio, Lavinia se quedó sin aliento. Él llevaba puesto un traje sin corbata, el saco desprendido y los primeros botones de la camisa desabrochados. Se puso de pie para recibirla, pero Lavinia se había quedado sin habla, prendada de su bello rostro y de su aroma. Jamás había visto un hombre objetivamente tan hermoso.

—Perdón —se excusó con una sonrisa tímida—. Llegué tarde de nuevo.

—No importa —replicó él con un tono de voz relajado.

Nick no lo demostraba, siempre parecía seguro y veloz, pero se sintió atemorizado por sus propias sensaciones. Lavinia no le resultaba indiferente, ni podía mirarla como a cualquier otra mujer, como a un cuerpo que en poco tiempo se llevaría a la cama y luego desearía como a los otros. Su mente le decía que la conservara en el espacio de su libido, pero los pálidos hombros al descubierto, el rubio cabello

combinado con el verde de los inmensos ojos anulaban aquella voluntad.

—Qué lindo lugar —
sonrió ella admirando el techo.

—Lo es —asintió Nick.

Él ya estaba acostumbrado a aquel restaurante, pero al parecer Lavinia no solía concurrir a sitios como ese. No se le notaba más que por el brillo en la mirada y la falta de disimulo con que estudiaba cada rincón, porque toda ella era una criatura exquisita, mucho más bella que ese sitio y

cualquier otro.

Contrario a lo que Lavinia esperaba, Nick no le preguntó por qué lo había plantado la noche anterior. Pero ella ni siquiera imaginaba el motivo: Nick creía que, de interrogarla, recibiría una mentira como respuesta. Para él, el percance que a ella le había impedido verlo antes resultaba muy claro: la habría llamado su noviecito universitario, o la habría visitado por sorpresa, y entonces había tenido que suspender su aventura.

Cuando el mozo se les acercó, Nick ordenó por los dos.

—Espero no te moleste, pero quiero que pruebes la especialidad de este lugar — le explicó su intromisión al tiempo que se llevaba la copa de vino a los labios. Le gustaba la comida, cualquier comida, pero no iba a confesárselo.

—Está bien —sonrió Lavinia—. Me gustan las sorpresas, y estoy segura de que ese plato será una.

—Brindemos —propuso Nick a continuación alzando

la copa de la cual ya había bebido un sorbo, como destrozando voluntariamente el mito del brindis. Lavinia respondió recogiendo también la suya—. Por nosotros —agregó él con una voz gutural que hizo temblar a Lavinia. Sin embargo, no se notó porque enseguida hizo que las copas se chocaran. Luego bebieron un trago.

Mientras esperaban la comida, Lavinia se dio cuenta de que había dejado una mano extendida sobre el mantel porque Nick se la

rozó con un dedo. Miró de inmediato la zona donde se extendía un calor extraño y supo que la sensación se debía a que él no había acabado la caricia. El dedo de Nick se deslizaba rumbo a sus nudillos y ella sabía que provenía desde la muñeca.

Se sintió sedienta y calurosa. Pestañeó inútilmente para acabar con el ardor de las mejillas y se humedeció los labios. Conforme con esas reacciones, Nick esbozó una ligera sonrisa de

satisfacción, se apresuró a llegar a la punta del dedo mayor, y cuando rozó el mantel, retiró la mano.

Lavinia pensó que se desmayaba. Obtener tanto y de pronto quedarse sin nada...

—¿Siempre soñaste con construir o viene de familia? —preguntó tratando de ocultar sus sensaciones. Ya les servían la cena.

Al escuchar esa pregunta, Nick supo que le resultaría difícil mantener conversaciones livianas. Con las mujeres que se citaba era

sencillo hablar de asuntos superficiales: moda, viajes, gente y fiestas en común. Con Lavinia no compartía ninguna de esas cosas, solo restaban las profundas, las que lo volcaban a ella como río al océano.

—Sí —replicó a secas.

—¿Sí a qué? —rió ella en respuesta. No tenía idea de si Nick se esforzaba por parecer o era un enigma.

—A ambas cosas.

—¿Y quién era el ingeniero?

—Arquitecto —repuso Nick con tono áspero—. Mi

padre era arquitecto.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—exclamó Lavinia
llevándose las manos a la
boca. Nick frunció el ceño,
confundido.

—¿Por qué? —interrogó.

—Dijiste «era». ¿Falleció
hace poco?

Nick se atragantó con un
«ojalá». En vez de decirlo en
voz alta, bebió de un solo
trago el resto del vino que le
quedaba en la copa y luego
la asentó sobre la mesa. Se
tomaba tiempo para evitar
aquella respuesta que, de
hacerse realidad, tampoco

estaba seguro de que le sirviera de algo.

—No te preocupes —dijo—. No está muerto.

—¡Ah, qué alivio! —sonrió Lavinia sin dobles intenciones—. Nunca me salvo de meter la pata con vos, ¿verdad?

Nick sonrió con sinceridad ante lo inocente que Lavinia le pareció tras aquel comentario, todo ternura y sensibilidad. A pesar de aquellos sentimientos agradables, casi majestuosos para un alma que se había enfriado a fuerza de

sacrificio, una sombra le opacó la mirada un buen rato más.

El resto de la noche, Nick se sintió incómodo y desnudo. Como Lavinia no pertenecía a su mundo, no había nadie a quien criticar, ninguna fiesta que recordar, ningún viaje que relatar. Porque él jamás relataba los suyos, solo sacaba información a las mujeres fingiendo que sus cuentos frívolos le importaban. ¿Qué podía decir él de sus viajes, si en ellos apenas pasaba el tiempo en reuniones de

negocios y en camas ajenas?

Supo que había cometido un error en invitarla a un restaurante donde el silencio y la intimidad permitían las conversaciones personales que él deseaba evitar. Cuanto menos conocieran las mujeres de él, tanto mejor. Mejor también si ellas tampoco le permitían conocerlas. No quería ataduras de ningún tipo con sus amantes, y conocer algo de sus verdades siempre lo presionaba en su conciencia de algún modo. Las mujeres con las que salía jamás

deseaban mostrarse tal cuales eran, en cambio Lavinia apenas escondía su pobreza.

Debió haberla llevado a donde la música les impidiera las conversaciones, donde las lenguas no se utilizaran para hablar, sino para besar, donde nadie notara que se fingía extrovertido e imbatible cuando en realidad aquello no era más que una ilusión.

Lavinia le contó que tenía una hermana y un hermano, que los tres llevaban

nombres mitológicos.
Omitió decirle que llevaban
apellidos distintos, quizás
por eso su único lazo de
unión era, además de su
madre, la mitología.

—¿Y vos? —preguntó ella
—. ¿Tenés hermanos? '

—¿Te gustan los
animales? —preguntó él en
busca de escapar de la
pregunta sobre si tenía
hermanos. Recordaba que
muchas de las mujeres con
las que se acostaba decían
tener pequeños perros de
raza.

—¡Me encantan! —soltó

Lavinia con entusiasmo. Se daba cuenta de que Nick evitaba ciertas preguntas, pero pensaba que se debía a la velocidad que siempre llevaba para todo y a que por eso deseaba pasar de tema como hojas de una revista—. Creo que llevo a mi hermano al zoológico antes por mí que por él —bromeó—. Pero no me gustan los animales encerrados —se retractó después.

Lavinia siguió hablando de su hermano. Solo omitió que ella lo había criado los dos últimos años, que había sido

operado el día anterior y que era tan distinto de ella en su apariencia física porque eso delataría que eran hijos de diferente padre. No le avergonzaba esa situación, sirio el hecho de que su madre no hubiera tenido reparos en dejarla sola para buscarse tantos novios cuando su padre había fallecido.

—¿Nos vamos? —propuso él cuando percibió que Lavinia formularía otra pregunta incómoda.

—Claro —sonrió ella, siempre complaciente.

Mientras él se ponía de pie sin pedir la cuenta, Lavinia se giró sobre el asiento y recogió su bolso, que colgaba del respaldo de la silla.

—Con que me dejes en el hospital Elizalde está bien —comentó como al pasar—. No tenés problema de llevarme hasta ahí, ¿verdad? ¿Vivís cerca o te quedaría a trasmano?

Nick tuvo apenas un instante para procesar lo que ella acababa de decir antes de que Lavinia le enterrara otra vez sus ojos grandes y

verdes en los gélidos de él. Se había quedado quieto, con las manos en los bolsillos, tanteando la llave de la camioneta que no tenía pensado sacar.

¿Dejarla? ¿Hospital? ¡Si lo que él había pensado era en llevarla al ascensor, robarle allí un beso y acabar haciéndole el amor en la habitación del hotel! Si para eso la había invitado a ese restaurante, para no perder el tiempo y tenerla lo más cerca posible de la cama. ¿Y ahora ella le hablaba de que él la dejara en el Elizalde?

Lavinia leyó algo en su mirada, pero claro que no alcanzó a interpretar las perversas intenciones que él había albergado hasta ese instante, por eso supuso que se trataba de preocupación.

—¡Ah, no te preocupes!
—exclamó poniéndose de pie—. Perdóname, tendría que haberte explicado. No es por mí, es por mi hermano. Ayer lo intervinieron quirúrgicamente y acordé con mi madre que yo lo cuidaría esta noche, nada más que eso. No estoy enferma, ni me cayó mal la

comida —sonrió—. Ay, Nick —bajó la mirada y estrujó el bolso entre las manos—. Me siento terrible también por haberte mentado con lo de la tal Margarita, de verdad —alzó la cabeza de golpe—. Si querés tu plata, la que me diste por los trajes, te la devuelvo —no tenía idea de cómo se la devolvería porque ya la había invertido en pagar deudas, pero solo Dios sabía que lo haría.

—No quiero mi plata —la interrumpió él, todavía sin alcanzar a procesar la

información que ella acababa de brindarle. Estaba molesto, enojado. ¡Como para no estarlo! Prefería eso antes que el acceso de sentimientos que estaba experimentando, esa extraña compasión por Lavinia, ese peligroso repiquetear de su corazón ante cualquier cosa que a ella pudiera estarle ocurriendo, como lo de su hermano.

Se encaminó fuera del restaurante sin decir una palabra. Lavinia pensó que, si no pagaba la cuenta, era porque allí lo conocían, y lo

siguió sin dudarlo. Mientras caminaban, él extrajo del bolsillo las llaves de su Mercedes.

Alcanzó a Lavinia hasta el hospital en perfecto silencio. No tardaron demasiado en llegar, el conductor se movía veloz y preciso por la ciudad, así como fingía manejar cada aspecto de su vida. Se convenció de que Lavinia era infantil e indecisa, a, que lo estaba volviendo loco a propósito, y se prometió que no le daría el gusto. Después de esa noche, que se olvidara de él

para siempre porque no volvería a llamarla y bloquearía su número para que ella tampoco lo llamase.

Detuvo el automóvil delante del hospital sin parar el motor. Supo que Lavinia lo miraba, pero él se mantuvo con la vista al frente. Del otro lado del parabrisas veía cruzar algunos cartoneros y pensó en los peligros que corría Lavinia sola en Constitución a esa hora de la noche. Pensó en acompañarla hasta el interior del hospital para asegurarse que no le

ocurriera nada, pero pronto desechó la idea porque su recordó que ella lo trataba como a un juguete.

—¿Qué pasa, Nick? — preguntó Lavinia con tono de voz preocupado.

—Nada —respondió él, a secas.

—¿Dije algo que te incomodara? ¿Algo te preocupa?

Que no puedo deshacerme de vos, pensó Nick, pero se esforzó por reprimir rápido el sentimiento.

—No —replicó.

—Entonces mírame —él

no obedeció—. Mírame...

Ante el segundo pedido, Nick giró la cabeza. La penumbra que se generaba en el interior del vehículo por las luces de afuera confería a la belleza mitológica de Lavinia un aire de perfección. Ella se acercó a él, lo miró a los ojos y lo besó en la mejilla, acariciándole la otra.

Se sentía suave al primer tacto, pero en cuanto los dedos presionaron un poco más, lo áspero de la barba afeitada apareció. La sensación se extendió por

los dedos de Lavinia y le resultó tan placentera que acrecentó su tensión.

Nick percibió de inmediato que a ella le temblaban las manos. Sin dudas estaba nerviosa, pero eso no le impidió cerrar los ojos y, después de besar su mejilla, deslizarse hacia sus labios.

Nick se puso rígido. Algo le quemó por dentro. La suavidad de Lavinia le provocó una electricidad que le recorrió la columna y se le instaló en el vientre. Volver a sentir lo asustó. Tenía que

convertir aquel acto en un hecho meramente físico para prevenirse, y se esforzaría por conseguirlo.

Enredo los dedos en el rubio y extenso cabello de Lavinia y saboreó el interior de la boca femenina. Era exquisita, todavía sabía a vino y a ensoñación. La lengua de Nick, cálida y experta, erizo la piel de la mujer. La humedad de los labios, el aroma de ambos y la delicadeza de las caricias los dejaron indefensos.

Ella se entregó por completo al beso, Nick se

negaba a dejarla ir. Una mano de Lavinia se había detenido en el muslo de él, y fue el carácter no intencional de aquella acción lo que lo excitó hasta hacerle doler las entrañas. Tenía que llevarla a la cama con urgencia, mitigar el fuego que lo devoraba, ya que sin dudas ese sería el único modo de sacársela de adentro.

—Nick... —susurró ella, todavía contra su boca—. Me tengo que ir.

Había percibido la excitación masculina y, aunque no la asustó, sí le

resultó difícil de manejar. Ella sabía cómo terminaban esas cosas, pero no si estaba lista para que sucediera, por eso se alejó.

—Gracias por esta noche maravillosa —dijo antes de bajar del auto.

Nick la observó encaminarse al hospital sin fuerzas siquiera para gritarle que se olvidara de él, que jamás volvería a llamarla por chiquilina y que se buscara un novio de su edad. Su edad... Ni siquiera le había preguntado cuántos años tenía. La había tenido

horas en la misma mesa y no se le había ocurrido preguntar algo tan simple. Porque no le importaba, nunca le había importado la edad de una mujer siempre que accediera a ir a la cama.

No quería tornarse vulnerable, pero ahí estaba, no había movido el auto todavía para corroborar que ella entrara sana y salva al hospital.

En el preciso instante en que Lavinia se convirtió en una porción más de la oscuridad que lo rodeaba, se prometió que no la llamaría,

que tampoco respondería sus llamados y que la olvidaría. Convenía reconocer que había perdido la apuesta, que Lavinia era una jovencita malcriada acostumbrada a salir con niños de su edad. A diferencia de ellos, él era un hombre y sabía muy bien lo que quería. Sobre todo se convenció de eso, de que él sabía lo que hacía, de que tenía un plan, un objetivo, no solo con Lavinia, sino con su vida, en la cual una chiquilla como esa era desechable. Innecesaria. ¿Qué maldita obsesión tenía

con esa mujer, teniendo a todas las que quería en la palma de la mano?

—Bruja —musitó con los ojos entrecerrados.

Pensó en todas esas cuestiones hasta el sábado a la tarde, cuando se le ocurrió todo lo contrario: dejarla ir sería darle el gusto, que se creyera una mujer hecha y derecha que podía ser diferente de cualquier otra. Lavinia no era distinta, todas las mujeres eran iguales, viles e interesadas, y él estaba dispuesto a demostrárselo.

Entonces decidió llamarla. Pero esta vez, las cosas se harían a su modo: nada de restaurantes formales, nada de silencios incómodos y conversaciones personales. La llevaría a la disco-bar de Puerto Madero donde la música invadía los sentidos y los sofás escondían los pecados de los ojos públicos. Un lugar donde para él no había intimidad, alma ni luz.

Lavinia contestó al segundo llamado del teléfono.

—Hola.

—¿Todavía sigue

internado tu hermano?

Fue todo lo que Nick dijo. Ni siquiera respondió al saludo, como si hacerlo restara tiempo de sus verdaderas prioridades.

—¡Nick! —exclamó ella, algo aturdida por la velocidad que él llevaba—. No. Se fue de alta hace...

Nick la interrumpió.

—Te espero en el bar a las doce.

Dijo la dirección, que era la misma donde habían planeado el primer encuentro fallido, y colgó.

Sorprendida por la

fugacidad del llamado,
Lavinia miró su reloj
pulsera. Eran las diez.
Tendría que darse prisa si
quería llegar a tiempo.

Capítulo 8

LAVINIA llegó al bar a las doce y cuarto. Nick había dado la orden de que, si ella llamaba, solo si era ella, le pasaran el teléfono para asegurarse de que asistiría al encuentro así hubiera muerto la mismísima presidente.

No hizo falta, porque Lavinia llegó y enseguida buscó a Nick. Se dificultaba ver por la cantidad de gente y la oscuridad, y también porque él prefería las zonas

más ocultas. Logró distinguirlo perdido en un sofá de tapizado rojo cuando él alzó una mano. Bebía un trago azul.

Lavinia suspiró. Llevaba puesto su adorado solero de terciopelo negro, un poco viejo para la época, pero siempre vigente. Vio a Nick tan atractivo que se puso nerviosa y por eso apretó el bolso. Se acercó con prisa hasta que un joven casi se la llevó por delante cuando dio un paso atrás y le interrumpió el camino. Lavinia lo esquivó y siguió

avanzando hasta el asiento, donde se dejó caer, un poco temblorosa.

—Hola —saludó.

Por toda respuesta, Nick se inclinó hacia ella, la tomó de la nuca y la acercó a su boca para devorarla con los labios y con la lengua. Lavinia se quedó estática, presa de sus sensaciones, las que él despertaba en su cuerpo como nadie antes.

La lengua de Nick la invadió sin previo aviso, se deslizó por sus labios haciéndole una cosquilla estremecedora hasta

alcanzar el interior, donde comenzó un juego que le hizo temblar las piernas. Buscaba su respuesta, la que demoró en llegar porque a ella se le hacía difícil reaccionar a causa de la sorpresa. Nunca la habían besado con semejante pasión, con tanto desenfreno. El hecho rebosaba tanto poder que le dio miedo, pero al mismo tiempo experimentó un placer nuevo, hasta ese día desconocido, que comenzó a latir en su pecho al tiempo que lo hacía en la zona más

profunda de su cuerpo.

Estaba excitada. Un beso le había excitado no solo el sexo, sino además los sentimientos, que bullían en su interior como el crepitar del fuego.

Los dedos de Nick le daban ligeros apretones en la zona baja de la cabeza, era un masaje estremecedor que acabó de golpe. Tras la húmeda demostración de dominio, después de dejarla temblorosa y sedienta, Nick se despegó de ella y la soltó como si jamás hubiera deseado tocarla.

—¿Qué querés tomar? — preguntó amable, pero muy directo. Lavinia tragó con fuerza antes de responder. Necesitaba asumir que acababa de ser besada con voracidad desconocida y que había sido liberada con la misma intensidad.

—Lo que sea —alcanzó a musitar.

Nick estaba de excelente humor, como siempre. Sin embargo, algo en su estado de ánimo había cambiado. Lavinia lo notó más seguro de sí mismo, acelerado y exigente que en cualquiera

de las oportunidades anteriores.

—¿Y qué tuvo tu hermano? —preguntó él con aire indiferente, al tiempo que dejaba escapar el humo de un cigarrillo que había pitado. Tenía un brazo apoyado en el respaldo del sillón, muy cerca del hombro de Lavinia.

—Apendicitis —respondió ella. Se dificultaba oír y hablar por el altísimo volumen de la música.

Así le gustaban a él las citas: sin espacios para compartir más que las

lenguas, sin momentos para cruzar más que dos palabras. Solo relación física. Solo sexo.

—Ese vestido te queda estupendo —le dijo Nick a continuación. Lavinia sonrió pensando que hasta el día anterior el pobre vestido había estado bañado en vómito, pero no podía confiar a Nick ese pensamiento.

—Vos también te ves muy bien —confesó con timidez.

Nick no respondió, ni siquiera la miró. Volvió a pitar el cigarrillo y dejó

escapar el humo por entre los labios vagamente, como si aquello fuera lo único que no importaba cuánto tiempo le demandase hacer. Después se deslizó hasta quedar pegado a ella.

—¿Te gusto? —le preguntó viéndola con insistencia a los ojos. Lavinia sonrió y bajó la mirada. Él le alzó la cabeza tomándola de la barbilla—. No, así no. Mírame —ordenó—. ¿Te gusto?

—¡Nick! —exclamó ella, completamente roja, víctima de una sonrisa nerviosa.

—Porque vos me gustás mucho —añadió él sin contemplaciones. Nick pensaba quitarle toda esa falsa ingenuidad que ella fingía. Después se alejó, otra vez como si jamás hubiera deseado tocarla, y echó la cabeza atrás con los ojos cerrados—. ¿Te gusta esta canción? —indagó.

—No estoy segura de haberla escuchado antes —respondió Lavinia con total honestidad. Ella no escuchaba música electrónica.

The world is mine parecía

ser una de las canciones favoritas de Nick, porque todavía no abría los ojos ni traía la cabeza hacia adelante. Además, respiraba de manera diferente, a la vez con profundidad y agitación. Un momentáneo silencio permitió escuchar los murmullos de los clientes, las copas, los pasos. Enseguida resonó un golpeteo que fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que se añadieron otros sonidos y la música estalló en un grito de lujuria y de pasión.

Nick se comportó del mismo modo irracional de la canción. Se incorporó, atrajo a Lavinia hacia sí tomándola de la nuca de nuevo y devoró su boca en un beso intimidante, poderoso.

Lavinia llegó a pensar que Nick estaba drogado, pero eso no era cierto. Conocía muy bien los síntomas del consumo de drogas y del exceso de alcohol, y ese hombre estaba limpio. Tan solo era esclavo de sus sentidos.

Lavinia lo siguió en el juego, se entregó al beso

como la mejor de todas esas mujeres que él había tenido y dejó que la música se apoderara de su cordura como se llevaba la del hombre.

Pasaron unas dos horas así, hundidos en el sillón, gozando de la música electrónica, besándose, acariciándose. Tal como él hacía siempre y como había planeado hacer también con ella. Lavinia no notó cuánto había bebido hasta que Nick la invitó a ver las estrellas y ella se atrevió a responder:

—Me encantaría.

La suite del Hilton estaba decorada en colores salmón y blanco. Atraída por un ventanal desde el que se podía admirar media ciudad, Lavinia se encaminó directo allí.

—¡Qué hermosa vista! — exclamó—. Es una verdadera belleza...

Nick se apoyó en una pared y encendió un cigarrillo antes de contestar.

—La única belleza que yo veo en este cuarto es rubia y lleva puesto un hermoso

vestido negro.

Lavaría giró la cabeza hacia él y sonrió. Nick se humedeció los labios. La deseaba, ¡la deseaba tanto! Entonces se le acercó por detrás y la abrazó. Del mismo modo febril apoyó los labios sobre el largo cuello blanco.

—El vestido es precioso —musitó sobre la piel femenina, provocándole a ella un cosquilleo sugestivo —, pero para serte sincero, muero por arrancártelo.

Lavinia se sintió orgullosa de que él admirara una

creación que ella había confeccionado, pero en ese momento no estaba en condiciones de pensar. Había cerrado los ojos, presa de la sensación arrebatadora de los labios de Nick sobre su cuello. Giró sobre los talones y quedó de frente a él, posición en la que pudo apoyar las manos sobre sus anchos hombros.

Nick la apretó contra la erección que latía en su pantalón de vestir y deshizo el cigarrillo encendido con los dedos para dejarlo caer sobre la alfombra. Una vez

libre de esa molestia, deslizó las manos por el cierre del vestido de Lavinia hasta dar con el tirador, gracias al cual podría desprenderlo.

—Quiero desnudarte — musitó con voz enronquecida. Y luego, deseoso de volver a saborear a la mujer, le invadió la boca con su lengua.

Lavinia no se resistió. Abrió los labios y se sumó al juego de pasión que se había iniciado entre ambos en la discoteca, presa del mismo fuego que a él lo consumía. Sentía la urgencia de Nick

en cada uno de sus movimientos y sabía que ya no había vuelta atrás. Estaba enamorada de él, de sus misterios y de sus defectos, de todo lo que su cuerpo en llamas le decía que él era, que él podía ser.

No quería resistirse. Quería enfrentar sus temores y entregarse por primera vez al sexo placentero, a ese aspecto humano que desconocía.

Nick dejó caer el vestido que la envolvía. El deslizamiento de la tela produjo una cosquilla suave

en todo el cuerpo de Lavinia. Con la ropa interior como único atuendo, la piel se le estremeció cuando Nick volvió a estrecharla contra su pecho. El roce con la vestimenta masculina hizo estragos en ella, que por instinto se arrimó más a la fuente de tan extraordinaria sensación. Olía a suave perfume y a los dos.

Casi al instante; como demostrando quien señalaba el ritmo, Nick se apartó unos centímetros. Lavinia sintió su falta ante la ausencia de calor, pero entendió que él

quería verla semidesnuda, tal como había anunciado. Ella cerraba los ojos, los abrió cuando percibió que Nick se alejaba un poco más.

Él no tuvo piedad de la inexperiencia femenina, la que se negaba a admitir. Con los ojos irritados y la mente hecha un torbellino, examinó el cuerpo de Lavinia, la estudió de arriba abajo con lentitud. En un principio, ella se sintió intimidada por la intensidad del gris que la contemplaba. Comprendió en ese preciso

segundo que los ojos de Nick eran un océano tan profundo y vedado que nadie alcanzaba su final. Y le resultó increíble que una mirada tuviera el poder suficiente para excitarla a la distancia, sin necesidad de besos o roces, porque sus ojos la acariciaban desde lejos.

Lavinia le hubiera preguntado para qué quería acabar de desnudarla, si ya la desvestía con las pupilas, pero a cambio bajó las de ella.

—No, así no —siguió

diciendo él—. Quiero que me mires, que entiendas que sos hermosa.

Se convenció de que deseaba apartar la falsa vergüenza de Lavinia, pero en realidad todo lo que hacía era controlar sus emociones. Ansiaba el contacto visual con ella porque lo excitaba, removía tanto en su interior que hasta lo hacía pensar que no estaba muerto. Fingía costumbre y lascivia mientras apretaba los puños a los costados del cuerpo para contener los sentimientos.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué si había contemplado muchos cuerpos esculturales antes, el de una diosa romana le parecía glorioso?

Por un instante, Lavinia perdió todo vestigio de timidez, algo la distrajo de aquella impresión. No sabía qué significaba el destello que acababa de surcar los ojos de Nick, pero la cautivó al punto de hacerle olvidar el resto.

Para acabar con riesgos sentimentales innecesarios, él comenzó a desabotonarse la camisa al tiempo que

alzaba uno y otro pie para abandonar los zapatos. Pretendía igualar en condiciones a Lavinia. Hubiera deseado tener más que una lámpara encendida para gozar de la imagen que la mujer le ofrecía, pero no quería perder el tiempo en encender más luces.

Lavinia no se movió. Podría haberse aproximado y, como seguro hacían las otras que él se llevaba a la cama, tomarse el sensual atrevimiento de quitarle la ropa. No se atrevió. Tenía la boca seca, estaba sedienta y

encadenada a los secretos que se desvanecían a escasos centímetros.

Poco a poco, el pecho de Nick iba apareciendo por debajo de la tela que se abría, tan prometedor como su rostro. El no sentía pudor alguno, quería que Lavinia lo viera desnudo, que se abriera a sus sensaciones.

La camisa se deslizó por los brazos hasta caer arrugada a los pies de su dueño. Todo tenía el tamaño justo, pensó Lavinia. Los músculos desarrollados del torso, el vientre y los brazos;

las piernas, el bulto que se avistaba prominente debajo de los pantalones negros.

Ella se mordió el labio inferior en busca de comprender sus propias emociones. Eran demasiado fuertes para seguir soportándolas quieta en su sitio.

Los pensamientos de ambos coincidieron, porque Nick avanzó los pasos que los separaban hasta quedar frente a ella. Le llevaba al menos diez centímetros.

Lavinia se estremeció cuando los dedos de Nick le

rodearon una muñeca. Del mismo modo posesivo y exigente, él le llevó la mano directo a la cremallera de su pantalón.

—Esto quiero que lo hagas vos —solicitó.

Lavinia se humedeció los labios y apretó los dedos sin querer. La dureza que percibió debajo de la tela la dejó perpleja un momento, le brilló la mirada. Sin embargo, como deseaba a Nick y su imagen llenaba todos sus sentidos, no dudó en estirar la otra mano y ayudarse con ella para

cumplir con lo que él le había pedido. Tembló un momento, pero enseguida se oyó el ronroneo del cierre y supo que había cumplido con la meta. Nick sonrió. Parecía honesto. Lo era.

—Te falta el botón —dijo alzando una ceja en mueca simpática. Tenía un rostro muy expresivo, de gestos sensuales y sugestivos, y se notaba que estaba disfrutando el momento.

La broma ayudó a Lavinia a relajarse. Ella también sonrió y sus ojos centellearon al cumplir con

el desafío. Mientras lo hacía, no supo cómo, rozó algo carnoso y caliente. Muy caliente. Se dio cuenta de que había llegado dentro del calzoncillo.

La sorpresa que su compañera se llevó y el contacto entre la mano femenina y su masculinidad, produjeron tanto placer en Nick que cerró los ojos un instante mientras inspiraba profundo. Poco a poco, ella descubría que el sexo no era solemne ni complicado, sino un juego divertido que solo requería liberarse de

ataduras, culpas y represiones. O quizás él lo hacía así, no lo sabía porque no había hecho el amor con otros hombres. La mezcla de nervios, pasión y algarabía que se agitaba en su pecho la estimulaba para seguir experimentando.

Los pantalones cayeron como instantes antes lo había hecho la camisa. Entonces se hicieron visibles los bóxer blancos y Nick se agachó para quitarse las medias. Cuando se levantó después del rápido movimiento, alzó a su

compañera y la llevó hasta la cama. Lavinia rió porque todo el tiempo él lograba sorprenderla.

Fue un instante angelical en medio de algo que Nick pretendía hacer demoníaco. La mayoría de las mujeres hablaban y él solía reír con ellas mientras se preparaban para el sexo. Lavinia por momentos estaba callada, como si en su interior se debatieran ideas que él desconocía, pero de a ratos se relajaba y todo se convertía en una especie de música.

Nick decidió no cuestionarse más la situación. Le cubrió la boca con la suya para acabar la risa y mantener el silencio, que era mejor que permitir al corazón participar de un acto físico, y así se sintió tranquilo. Consiguió dominarse.

Lavinia sintió que la poseían y gimió ante la insinuación. La lengua de Nick parecía más cálida que en los besos anteriores, su temperatura corporal había aumentado. Todavía con la humedad de los dos en los

labios, él deslizó los suyos por el rostro femenino, donde ese calor se iba amalgamando con la piel de la mujer como gotas de lluvia en el océano.

—No hagas eso —pidió Nick de pronto—. No te niegues a mí.

Lavinia abrió las piernas de inmediato. No se había dado cuenta de que las había encogido, aprisionándolo a él entre ellas e impidiéndole el libre movimiento. Se esforzó por reprimir esa acción inconsciente con la cual pretendía imponer un

límite e intentó entregarse al placer de nuevo.

No tardó demasiado en llegar; la mano que él deslizó por el interior de su muslo mientras le besaba el cuello la estremeció de gozo y de emoción. Nick quería que ella se alistara para él, que estuviera preparada para recibirlo enseguida, por más que todavía pensara tomarse su tiempo antes de internarse en ella. Con intención de ir probando suerte, atrapó su sexo entre las manos y con el pulgar le acarició el punto más sensible a través de la

tela de seda de la bombacha. Lavinia se quejó de goce. Los dedos expertos de Nick le produjeron sensaciones que consiguieron dejarla temblorosa y a la vez exigente. En busca de saciar esa extraordinaria necesidad de más, se arqueó hacia el cuerpo de su amante, hasta que algo distrajo su atención.

Giró la cabeza. Primero lo había sentido en la cara, pero ahora lo veía: el cortinado se mecía con lentitud, producto de la brisa que entraba a la habitación

por una de las ventanas abiertas. Entonces terribles recuerdos se agolparon en su mente y un escalofrío le recorrió la espalda. Nick se dio cuenta de que Lavinia se debilitaba, su deseo por él se oscurecía.

—Cerrá la ventana — alcanzó a susurrar ella con la voz temblorosa de miedo y ya no de placer.

Nick se sostuvo sobre los codos para mirarla a los ojos. Durante ese instante pareció haber abandonado de pronto al hombre apresurado, superficial y

exigente en el que se había convertido.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó.

Lavinia no podía ser virgen. Ninguna mujer lo era si había pasado la adolescencia, pensó Nick. Pero también era cierto que ella no tenía la edad de las mujeres con las que él se acostaba y tampoco llevaba la misma vida que ellas. Ni siquiera se había movido hasta que él le indicó lo que quería que hiciera, tan distinta de todas las demás con las que había intimado.

Casi se parecía a las chicas de su adolescencia.

—Cerraré la ventana, por favor —repitió Lavinia sin mirarlo a los ojos. Todavía veía la cortina.

Nick se deslizó hacia atrás, se puso de pie y obedeció sin decir palabra. No estaba molesto. En contra de su voluntad y de su férreo control de las emociones, se había preocupado.

Cuando se volvió hacia la cama, se quedó quieto un momento, admirando el cuerpo que allí aguardaba su regreso. Se le secó la boca y

le ardieron los ojos. Su corazón latió desenfrenado mientras luchaba contra los sentimientos. En busca de escapar de ellos, se estableció sobre Lavinia y la miró a los ojos.

—Si tenés que decirme algo, es mejor que lo hagas ahora —repitió.

¡Tanto!, pensó Lavinia. *Que le temo al viento, que me gustas mucho, que creo que te amo. Que por eso me confío en tus brazos. Pero calló.*

—Que te deseo —dijo a cambio—. Que me gustás

mucho.

Nick no le creyó, pero acostumbrado a no sentir, sonrió. Y mientras la besaba en los labios de nuevo, ella se atrevió a responder a la provocación colocando una mano en su nuca para presionarlo más contra su boca. Quería que Nick le hiciera olvidar todo lo malo, que la protegiera del pasado con su experiencia.

Las caricias se reanudaron. Primero en su rostro, donde Nick deslizaba un dedo, luego en su cuello. Tanto descendió que los pulgares

del hombre se escurrieron por debajo del sostén hasta alcanzar la rosada zona erógena femenina, roce que hizo estremecer a Lavinia de nuevo. Casi le parecía que no podía respirar. Con la misma habilidad, Nick desprendió el sostén y lo apartó. También se apartó él y la miró. Otra vez la observaba abiertamente, sin ocultar el deseo que recorría cada fibra de su cuerpo y le iluminaba los ojos oscurecidos.

Las manos de Nick recorrieron la parte interna

de la pierna de Lavinia, luego el muslo. Así se apropiaron de su ropa interior. Mientras le quitaba la bombacha, pensó que ella era hermosa, que había visto y tanteado cientos de cuerpos que objetivamente podían ser más bellos que ese, sin embargo ninguno se le igualaba. El de Lavinia era un perfecto para sus sensaciones, tan distinto y natural. Había llevado a muchas Helenas a la cama, pero a una Lavinia nunca.

Había pretendido ignorar su actitud respecto de la

ventana abierta, pero no pudo hacerlo aunque se lo propusiera. Presentía algo, aunque no sabía qué. Por eso no la embistió con fiereza, aprovechó a fortalecer su autocontrol mientras se quitaba los calzoncillos.

Lavinia pestañeó varias veces al ver por primera vez un hombre enteramente desnudo en vivo y en directo. Y pensó que se veía maravilloso, no le despertaba miedo ni impresión, sino curiosidad y regocijo, quizás porque se trataba de Nick y no de

cualquier otro. Le gustaba verlo, admiraba el modo en que sus músculos se tensaban o se distendían de acuerdo con sus movimientos; la forma en que él obraba, la mirada que la consumía.

Nick nunca era rudo con las mujeres, excepto con la que así se lo exigía. Con Lavinia no bastaría lo mismo de siempre, con ella tendría que ser más cuidadoso porque no podía arriesgarse a darle un mal debut. No quería preocuparse, no quería

sentirse responsable de una mujer que no volvería a ver en su vida. Pero la verdad le impidió actuar conforme sus costumbres.

No se impulsó dentro de ella. Además, todavía no se había colocado el condón, y jamás tenía sexo con nadie sin protegerse y protegerlas. Deslizó primero dos dedos por el pubis que cubría el secreto sitio femenino hasta dar con el contorno, donde jugó un momento. Lavinia sonrió con los ojos cerrados, echando la cabeza atrás. Se sentía fabuloso, como una

electricidad que iba y venía, que nacía allí abajo y moría no sabía dónde. Se acrecentó cuando algo cálido y mojado le cubrió un pecho. Era una boca, que comenzó a succionarle un pezón y con ello consiguió dejarla sin aire.

El halló otra vez el punto exacto donde ella sentía más placer y lo estimuló con el pulgar. Mientras tanto deslizó dos dedos en su cavidad, por si acaso ella jamás había albergado allí algo. Nunca le había quitado la virginidad a nadie, no

tenía idea de cómo debía hacerse, pero solo Dios sabía que haría todo lo posible para que, en caso de que su sospecha fuera cierta, Lavinia tuviera un grato recuerdo del sexo. Después de todo, él se consideraba un especialista. ¿Acaso no lo era?

Se sentía un inexperto. Era la primera vez que se tomaba tanto tiempo para culminar con un acto sexual, pero también era la primera vez que tenía a una mujer virgen en su cama. Aunque no lo demostrara, eso le

generaba nuevas responsabilidades y temores. No quería ser responsable y odiaba sentir miedo.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó. Debía detenerse en ese preciso momento, no podía arrebatarse la virginidad a una mujer que posiblemente la hubiera conservado intacta para el hombre de su vida. *Eso ya no existe*, se retractó. *Si fuera virgen, no estaría en la cama con un desconocido*, se esforzó por pensar. Pero, ¿a quién quería engañar? Sabía que Lavinia no había

estado con un hombre antes por razones que él jamás sabría, porque después de esa noche, no habría más Lavinia para él. Tenía que detenerse, sin embargo, no podía. Era un egoísta malnacido, siempre lo sería. Quería serlo.

—Lavinia... —se oyó murmurar con voz ahogada. Esperaba que ella lo detuviese, pero, por el contrario, la mujer replicó:

—Quiero esto, Nick —aseguró—. Quiero que sigas.

En vistas de que Lavinia no emitía signo alguno de

dolor, sino solo de gozo, él introdujo otro dedo. Moría de excitación de verla a ella al borde del orgasmo, pero tenía que contenerse, debía esperar. Estaba húmeda y preparada, aun así, todavía restaba más camino para recorrer, porque también era estrecha. Demasiado. Ya no podía engañarse con que quizás había hecho el amor con alguien antes.

Aprovechó que podía alejarse de ella para abrir el cajón de la mesa de noche y extraer casi a ciegas un condón de todos los que allí

había. Abrió el paquete con la boca y distrajo ambas manos para colocarse el látex sobre su miembro erguido. Escupió el trozo de plástico que le había quedado entre los dientes y regresó con Lavinia, esperanzado en que la breve interrupción no le hubiera hecho mermar el deseo.

Quería que ella supiera lo que le esperaba. En busca de que lo comprendiera, rozó la entrada de su cuerpo con la punta de su miembro sabiendo que allí encontraría asilo. Lo introdujo apenas un

milímetro y luego lo dejó salir para volver a entrar, esta vez un poco más.

Tendría que haber cancelado todo, se decía mientras le acariciaba las sienes con los pulgares y se iba deslizando lentamente en ella. Despacio, muy despacio. Tendría que haberla protegido de mis intenciones.

Enterró la cara entre los pechos de Lavinia, que, ansiosa y excitada, ya se arqueaba hacia él para facilitarle la entrada. Ella lo hacía por puro instinto,

porque lo que estaba haciendo le gustaba.

El instante en que Nick succionó los rosados pezones de Lavinia, su miembro se deslizó en el interior de la mujer casi sin que él hiciera algún esfuerzo. Ella apretó los ojos. Él le asentó una mano sobre la frente mojada.

—Mírame —ordenó.

Lavinia abrió los ojos. No era Josué quien la poseía, era el hombre que ella había elegido, el hombre del que estaba enamorada.

En ese instante, Nick pudo

sentir el sitio exacto donde acabó con la inocencia de Lavinia y tragó con fuerza. No sabía contener sus emociones cuando a la vez debía dominar la fuerza impetuosa de su cuerpo. Nunca había tenido sexo con alguien debiendo controlar ambas torturas juntas.

Los únicos signos de dolor que ella emitió fueron un suave quejido y que apretó las piernas.

—Por favor, ayúdame —le pidió él, tan suave y sereno que casi parecía otro hombre—. Relájate.

Cuanto más ella se cerraba, más le dolía, y más le costaba a él retener su explosión interior. Por suerte Lavinia obedeció al instante. Confiaba en él. ¡Confiaba tanto que le había entregado su cuerpo y él no era más que el peor error de su vida!

Sacudió la cabeza. Esa relación lo iba a dejar inútil; agotado de contener, agotado de ignorar.

Poco a poco fue recuperando movimiento. Primero de manera muy lenta, luego acompasada. El choque que se producía

entre los sexos fue relajando el interior de Lavinia hasta que la danza de ambos unidos, cada vez más frenética, los hizo romperse a ella en gemidos y a él en gruñidos involuntarios. En sus cuerpos estalló una bomba cuya resonancia duró apenas unos instantes, pero fue tan poderosa que los dejó sin fuerzas para moverse o para hablar.

Nick no había tenido un final tan bueno desde hacía años. Al parecer contener, cuidar y esperar, surtían efectos devastadores. O

quizás era Lavinia, no quiso reflexionar sobre ello.

Ella se abrazó a Nick. Pensaba que la vida se resumía a ese instante, el más feliz de su existencia hasta ahora, cuando comprobaba que podía disfrutar como mujer a pesar del pasado y del miedo.

—Gracias —susurró con los ojos húmedos.

El corazón de Nick reaccionó al instante, se anudó y le hizo pinchar la piel. Jamás una amante le había dado las gracias, el sexo no era motivo para

hacerlo. ¿Por qué se las daba ella, si él le había hecho malgastar su inocencia? La dicha y la culpa lo invadieron por partes iguales, y como se negaba a cualquier tipo de sentimiento, su mente reaccionó casi tan rápido como su corazón y restableció la barrera que lo separaba del alma. Vacío, así se sentía. Así debía ser.

Media hora después, habían pedido servicio al cuarto. Ambos se apoyaban en el respaldo de la cama; él fumaba un cigarrillo y

Lavinia bebía un jugo de frutas con un sorbete negro. De no haberse esforzado por ser distinto, Nick hasta se habría sentido identificado con la actitud de la mujer y habría deseado hacer lo mismo, pero a cambio malgastaba su salud en el cigarrillo.

De pronto percibió que ella le había clavado la mirada en su perfil indiferente, entonces la miró. Lavinia lo observaba con los ojos de un ángel y la sonrisa de una diosa enamorada de un mortal.

—Sos muy apuesto —le dijo—. Creo que la palabra justa sería hermoso, aunque a los hombres no les guste que les digan eso.

La confesión lo ablandó involuntariamente y lo llevó a sonreír con ternura. Los ojos de hielo se habían hecho más cálidos, un poco nada más; el tiempo parecía no correr.

Horas después, Lavinia despertó. No se había dado cuenta cuándo se quedó dormida. El fuerte cuerpo de Nick estaba junto al suyo, pequeño y delicado en

comparación con el del hombre.

Estaba amaneciendo. Lo celeste grisáceo del cielo, tan parecido a los ojos de Nick, se reflejaba en su rostro juvenil y renovado. Lavinia lo observó dormir, cálido y relajado, hasta que el sueño volvió a vencerla y ella también se quedó dormida.

Cuando volvió a despertar, se halló sola en la cama. Una terrible sensación de desolación y miedo le recorrió el cuerpo. Se sentó alarmada.

—¿Nick? —preguntó.

El cuarto parecía estar vacío. Tenía baño, vestidor, cocina y recovecos, pero presentía que él ya no estaba allí, en ninguna parte donde ella pudiera volver a verlo.

—¿Nick? —repitió con voz temblorosa.

Lavinia tragó con fuerza antes de girar la cabeza en busca de quien le faltaba. Pero a cambio se encontró con dos largos papeles que sobresalían por debajo de la lámpara. Los tomó temblando.

Paradise, alcanzó a leer,

porque era lo que más destacaba del conjunto, antes de que las palabras de su amigo interrumpieran todo otro pensamiento.

¿Por casualidad no te dejó como recuerdo dos pasajes para el Paradise? Con eso dicen que suele agradecer a sus...

—Amantes —completó la frase que en la discoteca ninguno había querido completar.

Lavinia se cubrió el rostro con ambas manos y meció la cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué

se había permitido albergar la fantasía de que a Nick pudiera llegar a importarle algo de ella? Era una estúpida, una ilusa que todavía creía en cuentos de hadas.

Enojada consigo misma se puso de pie, se dio una ducha y se vistió. Pensó en dejar los pasajes en la mesa de noche, pero saber que eran lo último que a Nick lo había llevado a pensar en ella la impulsó a llevárselos. Acto seguido, reunió los trozos de su dignidad, los que habían quedado

desperdigados, como su ropa, por ese cuarto de hotel carísimo, y se encaminó al ascensor.

En el hall de entrada, se acercó al recepcionista y entregó la tarjeta magnética que servía para abrir la puerta de la habitación.

—¿Se le debe algo? — preguntó por cortesía. Dudaba que Nick la dejara pagar la cuenta a ella, eso habría sido el colmo, y además no tenía idea de con qué iba a pagar en caso de que así fuese.

—¿Deber? Claro que no

—respondió el muchacho con una semisonrisa—. El señor Hagen es prácticamente el dueño de esa habitación. Está reservada para él todo el mes.

Lavinia maldijo al empleado por soltar tanta información que seguro tenía prohibido dar. Si lo hacía era solo por burlarse de las amantes de Nick, las regaladas que se le ofrecían, como ella.

Lavinia sintió que le enterraban un puñal en una herida todavía abierta. Nick

solía llevar a ese cuarto una mujer distinta cada noche, y los demás se divertían viéndolas desfilar.

O

El domingo contó todo a Tamara.

—Te los regalo —dijo deslizando los dos boletos del Paradise hacia el lado de la mesa donde su amiga se encontraba sentada—. Tómalo como mi regalo de bodas: tu luna de miel. ¿Cómo la ves?

—De ninguna manera, Lavi —replicó Tamara, casi

ofendida—. Tenés que ir a ese viaje.

—¿Te volviste loca? — replicó la otra con una risa irónica—. ¿Para qué?

—¿Y si él está ahí? ¿Si no es una despedida, sino una invitación?

—No puedo ser tan ingenua dos veces, amiga — respondió Lavinia, resignada—. Los boletos para el crucero son una paga, y si fuera, estaría aceptándola.

—¿Y qué? ¿Cuántas mujeres lo hacen? —gritó Tamara. Lavinia enarcó las cejas, indignada.

—¿Vos lo harías? —
preguntó no sin cierta
molestia. Tamara encogió
los hombros huesudos.

—¿Por qué no? Olvídalo,
divertite. Después de todo,
cuando te fuiste a la cama
con él, sabías bien qué clase
de hombre era.

—¡Sí, sí, lo sabía! —
reconoció Lavinia, todavía
molesta con ella misma—.
Pero creí que quizás esta vez
fuera especial para él...
diferente.

—¡Ay, Lavi! —exclamó la
otra, risueña por la
ingenuidad de su amiga—.

No existen las mujeres especiales para ese tipo de hombres —como vio que el ánimo de Lavinia, lejos de mejorar, empeoraba, decidió acabar con los retos—. Tenés que ver el lado positivo del asunto, amiga —la consoló—. Al menos pudiste hacerlo... siempre creíste que no podrías, después de lo de Josué. Huiste de cada relación que tuviste ni bien tus novios se te insinuaron un poco más. ¡Y ahora te fuiste a la cama con un desconocido! ¡Es genial! Se nota que el tal

Nick te pegó fuerte. Como agregado, tenés en tus manos la posibilidad de una princesa. ¡Un crucero, Lavinia! —intentó poner algo de entusiasmo tomando las manos de su amiga por sobre la mesa—. ¡Es algo con lo que jamás habríamos siquiera soñado!

—No quiero poder hacerlo, ni quiero un crucero. Quiero que él me ame —replicó Lavinia con pesar. A Tamara se le estrujó el corazón.

—¿No pensás que es demasiado pronto? Apenas

tuvieron dos citas. Además, no podés hacer que alguien te ame, mucho menos un hombre como ese. Lo mejor que podés hacer es abordar ese barco y dejarte llevar.

—¿Vos me acompañarías?

—Tamara entreabrió los labios, muerta de ganas de dar el sí—. Sería tu despedida de soltera.

La morocha tragó con fuerza. Se moría por decir que sí, pero no podía aceptar. No tan cerca de la boda.

—Sabés que me encantaría acompañarte, pero no puedo,

amiga —respondió—. La boda está próxima y tengo que atender mi nuevo trabajo.

Lavinia asintió en silencio mientras suspiraba.

—Está bien —acabó por decir. De pronto se sentía valiente y poderosa, tanto que hasta se irguió orgullosa—. Después de todo, es una oportunidad única.

O

El lunes, Nick llegó al piso de su oficina con el mismo buen humor de siempre. Se acercó al escritorio de su

secretaria con una sonrisa y un papel en la mano. Era una de las hojas del bloc de notas del hotel que, como cada comienzo de semana, entregaba a su fiel Fi.

—Bloqueá este número, por favor —ordenó al pasar.

—Creí que traerías muchos más —bromeó la mujer. Los lunes, Filomena bloqueaba más de un número siempre, porque Nick se llevaba varias mujeres a la cama. El rió.

—Este fue un fin de semana poco convencional —admitió.

La mente de la secretaria se disparó con rapidez. ¿Qué mujer podía dejar agotado a Nick? Quizás pensando que la combinación de números podía decirle algo de la persona que era su dueña, los recordó mientras los marcaba en la máquina que servía para impedir llamadas entrantes de ciertos teléfonos. Si no se equivocaba, se trataba de una característica de La Boca.

A pesar de saber con claridad que Nick no se comunicaría con ella,

Lavinia aguardó su llamado todo el lunes, pero el teléfono jamás sonó.

Nick, por su parte, experimentaba una extraña sensación de indiferencia. Creyó que el sabor del triunfo por haber conseguido llevar a Lavinia a la cama sería mucho más dulce. Pensó que lo haría sentir vivo, como cada vez que se vengaba de una mujer con la ignorancia después de tener sexo, aunque tuviera bien en claro que a ellas no les dolía, porque tampoco se interesaban por él. A lo

sumo las afectaba en sus intenciones, porque muchas querían conquistarlo para quitarle otras cosas. Por eso él las conquistaba primero, les sacaba lo que él quería, y luego las bloqueaba. En este caso, hasta se sentía molesto, ninguna parte de su cuerpo experimentaba rasgo alguno de satisfacción.

Cuando el teléfono sonó el martes, Lavinia llegaba de averiguar en una agencia de turismo qué documentos necesitaba para abordar un crucero por las costas de Argentina, Uruguay y Brasil,

como explicaba el pasaje del Paradise. Corrió a atender, resultaba imposible no hacerse ilusiones, pero estas se desvanecieron ni bien descubrió que se trataba de una clienta para preguntarle cuánto le cobraba para pegar un cierre en una campera de lona.

Aunque lo negara, Lavinia esperó el llamado de Nick toda la semana. Trabajó enloquecidamente para reunir dinero, Tamara le prestó parte de lo que estaba ahorrando para su boda como reserva, y aunque

Lavinia se negó porque le parecía una locura que, con tantos apremios económicos que tenía, fuera a irse de viaje con gente para la que un sueldo de ella equivalía a una propina para un mozo, se dijo que tenía derecho a soñar. Nunca le pasaba nada bueno en la vida, ¿por qué desperdiciar una oportunidad que jamás se repetiría?

Pensó en llamar a Nick, y aunque se negó a hacerlo en un principio, acabó claudicando. Podían ser amigos. Sí, por qué no.

Después de todo, él jamás le había prometido nada más que lo que le había dado. Pero aunque probó llamar a su oficina a todas horas, nunca atendía nadie.

Nick se obligó a dejar de pensar en Lavinia llenándose de ocupaciones. Sin querer, su socio se la trajo a la memoria por todo cuando antes la había relegado.

—¡Nick! —exclamó Pablo desde la puerta de la oficina de su socio. Sin esperar respuesta, avanzó hasta el escritorio de su amigo, delante del que se sentó

bastante relajado—. Arregle algo por mi cuenta — anuncio—, para que no digas que siempre dependo de vos para las decisiones. ¿Te acordás que mañana llegan los empresarios de Tokio?

Nick se respaldó en el sillón de cuero con aire displicente. Jugaba con una lapicera.

—No podría olvidarlo ni aunque quisiera —bromeó.

—Bueno, en lugar de citarlos acá, lo hice en el puerto.

—¿En el puerto? —se

sorprendió Nick, que de pronto perdió toda posición serena—. Vos decís en un restaurante de Puerto Madero —esperanzó.

—Recordé tu consejo, ese de que para los negocios siempre es mejor tener al empresario de tu interés relajado, y les ofrecí pasajes para el *Paradise*. ¡Vieras lo felices que se pusieron!

—¿Que decís? —Nick se inclinó hacia adelante—. ¡Pablo! —exclamó al tiempo que dejaba caer la lapicera sobre el escritorio.

—¿Qué?

—Se supone que no debo estar en ese barco. No esta semana.

—Perdón, Nick. Creí que te gustaría la idea de hacer negocios y a la vez tomarte unas vacaciones.

—¡Mierda!

Nick se llevó las manos a la nuca. Tenía tres opciones: cancelar los pasajes de Lavinia, cancelar los de los japoneses, o ir y encomendarse a su buena suerte. Quizás a Lavinia no se le ocurriera aparecer después de todo. Pero de ser así, ¿para qué se habría

llevado los pasajes? Como recuerdo, pensó. Sí, podía ser.

No podía cancelar sus pasajes y que, si asistía al embarco, la rechazaran. No sería justo para ella ni para su propia conciencia. Quería que Lavinia se llevara algo de la fugaz relación que habían mantenido, que se llevara la paga, como hacían las otras. ¿Acaso no era eso lo que buscaban? Dinero para una cirugía estética, buen sexo, un viaje. Placer.

Suspender los pasajes de los japoneses tampoco era

una buena opción. Eso mostraría indecisión y debilidad, y era lo que menos quería aparentar frente a sus inversores.

Sería mejor confiarse a su buena suerte. Después de todo, lo más probable era que Lavinia jamás abordara ese barco.

Capítulo 9

TAMARA llegó con Héctor cuando Lavinia terminaba de alistar su valija en el comedor. La ayudaron a repasar la lista mental de objetos que se llevaría y luego la acompañaron hasta el puerto.

Allí debió completar unos formularios y adosarlos a la valija antes de dársela al encargado de llevarla a destino. Se despidió de los suyos y casi se le escapó una

lágrima. Estaba nerviosa, nunca había viajado.

—¡Adiós! —la saludó Héctor agitando la manito. Lavinia respondió del mismo modo, pero pronto giró sobre los talones para no mirarlo mientras se escurría una lágrima.

Entre una cosa y otra, se había pasado una hora. Mientras abordaba, le temblaban las piernas de miedo, pero a la vez de excitación. Presentía que esa sería una de las experiencias más enriquecedoras de su vida.

El barco era enorme, ni bien lo vio se acordó del Titanic. Claro, el *Paradise* lucía mucho más moderno, pero la película de Leonardo Di Caprio era lo más cerca que había estado alguna vez de un barco como ese.

El *Paradise* era un gigante blanco de porte soberbio y diseño extraordinario. Tenía ocho cubiertas públicas y capacidad para dos mil pasajeros. Lavinia se sentía minúscula al lado de su tamaño y majestuosidad, tanto que se impresionó.

Una vez dentro del

crucero, una señorita la acompañó hasta su camarote, que resultó ser una habitación externa con balcón, de las segundas de mejor calidad en todo el barco. Las primeras eran las suites externas con balcón.

El espacio no era tan amplio, pero allí entraban una cama doble, un sofá, un televisor y baño con ducha. Se sentó sobre la cama, sonriente.

No lo podía creer, se estaba embarcando a lugares que desconocía, en medio de un lujo que jamás habría

imaginado.

Todo estaba decorado en color blanco: la alfombra, los cortinados, el acolchado, las toallas y las sábanas. Parecía todo tan limpio, tan pulcro, que hasta ella se sintió una pequeña mancha en ese sitio perfecto.

Se puso de pie y dio una vuelta sobre sí misma. Casi podía sentirse una princesa. Luego volvió a sentarse sobre la cama para leer un folleto que encontró en la mesa de noche. Allí se explicaba todo lo que podría hacer en el barco: había tres

restaurantes, cinco bares, galería comercial, tres piscinas, dos jacuzzis, salón de belleza, discoteca, casino, centro deportivo, sala de juegos, capilla y cine. Dejó escapar una exclamación de asombro. Esa sí que era toda una ciudad flotante.

Encontró detalles del centro deportivo: había gimnasio, dos canchas de tenis, aros de baloncesto, simulador de golf y minigolf, pista de patinaje sobre hielo, pared de escalada, piscinas y plataforma para deportes

acuáticos, «entre otros», leyó. Esperaba que en esos «otros» entrara algún cielo-tierra o un saco de box.

—Oh, por Dios... — balbuceó. Amaba los deportes.

Continuó leyendo especificaciones técnicas que no comprendía, revisó los mapas y pensó en recorrer las que se llamaban áreas comunes para hallarse mejor en la ciudad flotante, como comenzó a llamar al *Paradise* desde que leyó todo lo que contenía.

De pronto la excitación

cedió lugar a la tristeza cuando recordó quién era el dueño de todo eso. Con razón era tan lindo, grande, llamativo y estaba tan bien decorado. Contaba en un folleto que había sido remodelado a nuevo cuando había pasado a formar parte de Hagen Enterprises y trasladado del Caribe a las costas de Buenos Aires.

Tragó con fuerza, esperanzada en relegar el recuerdo de aquella fantasía y en que traerían su equipaje pronto. Pensando en ello, y como no tenía idea de si le

dejaban su valija allí aunque ella no estuviese presente, prefirió quedarse a esperar. No podían tardar mucho más en devolverle sus escasas pertenencias.

Mientras Lavinia aguardaba en un camarote de mediana importancia que el buque zarpara hacia Punta del Este, Nick recibía en la zona vip de abordaje privado a los cuatro empresarios japoneses que estaban tan interesados en su brillante capacidad constructiva.

Nick y Pablo estrecharon las manos con los cuatro

hombres y luego, en un inglés bastante fluido, los invitaron a conocer el *Paradise*.

—Hasta ahora solo hacemos viajes por la costa nordeste de Argentina, Uruguay y Brasil — explicaba Nick a los hombres mientras les mostraba una de sus áreas favoritas, el casino—; pero en cuanto aquí se termine la temporada, lo moveré a una costa veraniega. Además estoy pensando seriamente en hacerlo llegar hasta el Caribe, incluso ya estamos

vendiendo esa oferta para este mismo año, aunque todavía estemos esperando unos últimos detalles burocráticos.

—¿Cree que resista? — preguntó uno de los japoneses.

—Estoy invirtiendo para hacerlo un barco más fuerte.

Mientras esperaba, Lavinia se preguntó si Nick abordaría ese barco y, en caso afirmativo, si ya lo habría hecho. Dudaba de que él viajara en el buque porque estaba segura de que no quería encontrarse con ella y

que tenía mucho trabajo que hacer. El Centro Médico, por ejemplo.

Se dio cuenta de que comenzaban la navegación por los ruidos y el leve movimiento que experimentó el barco. Todavía no le habían llevado su valija: *qué raro*, pensó. Entonces decidió dejar un cartel en la puerta avisando que tenían su permiso para dejarle el equipaje dentro de la habitación, y salió a recorrer el barco.

Dio vueltas dos horas. Conoció los espacios

compartidos desde afuera, sin entrar al casino o a la discoteca, tampoco a los bares y restaurantes. Espió, percibió cuál podía ser más caro y no se lamentó porque dependería del menú que se ofrecía para quienes no quisieran hacer uso de los servicios de comidas especiales. Tenía la posibilidad de estar allí, que no era poco.

La gente era muy distinta de la que ella solía ver en las calles. Eran personas de un nivel económico elevado: se notaba en sus prendas, en

sus movimientos. Eran personas con las que jamás habría imaginado compartir siquiera una conversación. Era imposible no admirar la posibilidad que tenían de pasar tiempo en sitios como ese barco cuantas veces quisieran..., cuando quisieran..., siempre... Todo le parecía maravilloso, un sueño hecho realidad.

Pablo no viajó con Nick y los empresarios. Alguien tenía que custodiar los intereses de Hagen y Asociados durante los días en que uno de los dos

estuviera afuera.

Una vez libre de los japoneses, que se habían quedado en las suites asignadas para cada uno, Nick pidió al capitán ver la lista de pasajeros. Mientras esperaban que la trajeran, hablaron del océano a esa altura del año y de las vicisitudes de la marea. Pocos minutos después, tenía entre las manos los nombres de las mil quinientas almas que justificaban una inversión tan grande.

«Dickinson, Lavinia»,

leyó. Y aunque disimuló muy bien su disgusto, varias groserías surcaron su mente. No tenía idea del motivo, dado que no era la primera vez que se cruzaría con una de sus amantes, incluso había compartido mesas donde había varias de ellas al mismo tiempo. No le preocupaba cruzarse con Lavinia. El problema era otro, que ella había aceptado su paga. Era todo lo que quería, tal como él había pensado: diversión, un hombre apuesto y riquezas, porque era igual que todas.

Lavinia regresó a su habitación, donde encontró una invitación que había sido dejada en la puerta. La recepción de bienvenida, que se realizaría en el salón de usos múltiples, comenzaba a las ocho de la noche.

Le pareció extraño que hubieran dejado una invitación y no su valija, y comenzó a sentirse preocupada. Investigó a quién tenía que dirigirse para consultar por sus pertenencias y cuando

encontró a la persona indicada, casi le rogó que le diera alguna información. La empleada, muy amable, llamó a tierra firme, confirmó sus sospechas y se las transmitió a Lavinia con pesar.

—Lo sentimos, pero su equipaje no está en el barco.

El rostro de Lavinia perdió el color.

—¿Cómo dice?

—Al parecer cometió algún error en el formulario de abordaje y quedó en tierra firme. Tiene otro equipaje que sí haya traído, ¿verdad?

También puede hacer uso de las tiendas de la galería. Es todo lo que puedo ofrecerle.

—¿«Hacer uso»? — balbuceó Lavinia—. ¿A qué se refiere con «hacer uso»?

La muchacha sonrió; estaba acostumbrada a que los turistas abordaran ese barco con mucho dinero en los bolsillos. Pero lo cierto era que Lavinia no podía darse el lujo de gastar en prendas que consumirían lo poco que llevaba para subsistir en las costas donde atracasen y para pagarse la bebida, que no estaba

incluida en el pasaje, si no quería terminar bebiendo agua de mar.

—Que puede comprarse lo que guste en las tiendas. Con placer la acompañaremos si necesita un asesor.

Lavinia se negó amablemente, pero tenía ganas de llorar y a la vez de reírsele en la cara. ¿Asesor? ¡No tenía dónde caerse muerta e iba a ir a las tiendas con un asesor! No podía gastar en ropa y lo único que llevaba era lo puesto: el jean, la camisa blanca y las sandalias al tono.

—No entiendo cómo pude haber cometido un error en el formulario —expresó.

—Eso es lo que me informaron desde tierra firme.

—¿Y no existe modo de que me lo hagan llegar al próximo puerto? Pagaría un envío de ser necesario —insistió. Le saldría mucho más barato un envío, aunque se quedara sin un centavo, que comprarse una sola de las prendas que se ofrecían en esas tiendas.

—El problema es que todavía no se ha descubierto

el destino de su valija —
respondió la mujer—. En
cuanto tengamos novedades,
se la haremos llegar por
nuestra cuenta. Si no
aparece, seguramente será
indemnizada.

—¿Cuándo será eso? —
preguntó Lavinia. Había
recuperado las esperanzas.

—Puede tardar un mes o
dos. El cheque le llegará a su
casa.

Lavinia asintió en silencio,
víctima de una tristeza que
le enturbió la mirada.
Resignación, eso es lo que
había aplicado siempre en su

vida. Era su modo de volver a empezar.

—Gracias —dijo antes de marcharse despacio.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía subsistir con lo que tenía puesto, tenía que ingeniárselas de alguna manera o regresar a casa desde el primer puerto que tocara el barco. ¿Podía salir siempre todo tan mal? ¿Por qué los hados se confabulaban en su contra y no le permitían disfrutar de nada en forma completa?

Caminó taciturna hasta su cuarto y se encerró allí al

menos media hora en la que se tomó la cabeza entre las manos y se arrepintió de haber aceptado el paseo, de haber creído como una ilusa que Nick podía hallarse abordo, de sentir que podía ingresar a un mundo donde ella no tenía cabida. Reconoció que la razón que más la había impulsado a aceptar ese pasaje era Nick, y volvió a sentirse una ingenua.

Pasado ese tiempo, sacudió la cabeza y se recordó que ella era una luchadora, siempre peleaba

hasta salir adelante y no podía claudicar ahora. Fue en ese momento cuando miró a su alrededor y descubrió lo que ya había notado: las cortinas, las sábanas, las toallas. Todo blanco.

Iba a cometer un delito, pero tampoco podía andar desnuda. Si allí había una máquina de coser, entonces estaba salvada.

Con nuevas esperanzas, caminó hasta el puesto de informes y se dirigió al empleado que allí aguardaba las consultas de los

pasajeros.

—Verá... tiene que haber en esta ciudad flotante una máquina de coser — arriesgó.

—Sí, claro —replicó el chico—. Si necesita que hagamos alguna reparación...

—No, no —lo interrumpió ella—. Ocorre que soy diseñadora de modas y acostumbro elaborar mi propia ropa del día según mi estado de ánimo.

Por suerte, él no se horrorizó. Acostumbraba escuchar muchas locuras de

la gente adinerada, ¿qué más daba la de una excéntrica diseñadora de modas?

—No traigo ropa — confesó Lavinia—. Solo telas. Pero extraviaron mi máquina de coser y no pienso comprar en las tiendas donde exhiben ropa de algunos competidores, pero no la mía.

Para decir aquello último, incluso se fingió ofendida. El muchacho arqueó las cejas, Lavinia supo exactamente lo que estaba pensando, porque era lo mismo que habría pensado

ella ante un reclamo tan frívolo, y se preparó para recibir una respuesta idéntica a su exigencia.

—Para utilizar la máquina, como se encuentra en una zona restringida para los pasajeros, necesitará un permiso por escrito del capitán.

Pensó que él la enviaría por donde vino, pero se sorprendió con el chico que, muy respetuoso y a pesar de no haber podido ocultar ciertas expresiones, le dio una posibilidad.

—Perfecto.

—Llamaré para saber si puede recibirla ahora.

Lavinia agradeció y esperó. Después de la breve conversación que el empleado llevó a cabo en voz muy baja por un teléfono blanco, este volvió a mirarla y le anunció:

—El capitán la espera en su despacho. Enseguida aparecerá un miembro de la tripulación que la escoltará hasta el lugar correcto.

Lavinia volvió a agradecer y esperó otra vez. El tripulante no tardó en llegar, le pidió con amabilidad que

lo acompañase y la condujo hacia un ascensor. Todos allí eran serviciales, respetuosos, cordiales.

Cuando el capitán autorizó el ingreso de la diseñadora, Lavinia sintió miedo. Una cosa era mentirle al empleado de informes; otra muy distinta, al capitán. Se aclaró la garganta y dio un paso adentro.

El hombre arqueó las cejas blancas. La mujer que esperaba ver en su despacho sin dudas no era ni remotamente parecida a esa que se le acercaba. Le

pareció de una belleza sublime, elevada, a la vez honesta y humilde.

—¿Es usted menor de edad? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Trae permiso de sus padres?

Lavinia rió con la broma, un poco más relajada.

—¡No soy menor de edad! —respondió.

—Debo confesar que cuando me hablaron de una diseñadora de modas con un capricho tan excéntrico no pude hacer menos que imaginarme a una mujer... adulta.

Lavinia no se ofendió por el comentario. De haber sido una diseñadora con ese capricho seguro se habría ofendido, pero ella no. Pensó incluso que podía decir la verdad al hombre y que este la ayudaría a recuperar su valija, pero se arrepintió porque no quería pasar vergüenza. No quería que él pensara que ella era una joven tan ignorante que no sabía completar un tonto formulario, y mucho menos que se enterase de cómo había llegado a ese barco. *Me acosté con el dueño*

nada más que una noche,
pensó amargamente. *Soy*
otra de sus «amiguitas» y la
número cien mil, quizás.
Mucho gusto. Ese
pensamiento la llevó a
sonreír con ironía.

—Siéntese, por favor —
pidió el hombre, que,
respetuoso, se había puesto
de pie para recibirla.

Lavinia obedeció. Por
suerte no tuvo necesidad de
explicarse porque él habló
por ella.

—No tengo problema de
que utilice la máquina de
coser de la lavandería, pero

le advierto que es un sitio bastante inhóspito para los pasajeros y que no puedo suspender al personal que trabaja en la zona mientras usted esté usando la máquina, de modo que habrá ruidos y vapores.

—No hay problema —sonrió Lavinia con sincero agradecimiento.

—En ese caso, le labraré el permiso ya mismo y solicitaré a uno de mis tripulantes que le indique el camino. Necesito saber su nombre y apellido.

—Lavinia —respondió

ella enseguida—. Lavinia Dickinson, capitán.

—¡Oh, qué nombre tan exclusivo! —expresó el hombre—. Debo confesarle que fue el que más me llamó la atención de la lista de pasajeros.

Lavinia sonrió con amabilidad.

Una vez que obtuvo el permiso y se despidió del capitán para ser escoltada a la lavandería por el tripulante, le pidió pasar primero por su camarote para buscar las telas. Tenía una hora para hacer de un

cortinado, un vestido de fiesta.

En la habitación acarició cada uno de los materiales, todos de alta calidad. Pensó que, si alguien descubría su delito, iban a hacerle pagar los objetos faltantes del cuarto, sin embargo creía que podría reponer las cortinas y la ropa de cama con otras que consiguiera en la lavandería. Después de todo, a Nick le costaba muy poco comprar un par de telas nuevas, mientras que a ella hacerlo podía demandarle quince días sin comida.

Consideró que también le vendría bien llevar las cintas rosadas que retenían las cortinas y se hizo con ellas antes de encaminarse a la cama en busca de su bolso de mano, lo único que le había quedado de su equipaje. Conforme con la selección realizada, siguió al tripulante por los pasillos internos del barco hasta la lavandería.

—Señoras —habló el muchacho a las empleadas que allí trabajaban—. Esta es Lavinia Dickinson, diseñadora de modas, y

utilizará la máquina de coser con autorización escrita del capitán.

Todas la saludaron con un ligero asentimiento y le despejaron enseguida la silla que estaba frente a la máquina de coser industrial, que hasta el momento había estado atestada de prendas por lavar.

El calor era agobiante. Las seis mujeres que allí trabajaban estaban acostumbradas a él, pero Lavinia, aunque alguna vez también había hecho trabajos de esfuerzo, no.

Mientras marcaba el contorno de la prenda con el lápiz delineador, se secó el sudor de la frente dos veces. Los sonidos eran estruendos antes que melodías, pero cuando se concentraba en la tarea de cortar y coser, se ignoraban con facilidad.

Después de una hora y media, gracias a que conocía de memoria sus medidas y a que en la lavandería había todo tipo de materiales para reparar las prendas de los pasajeros, había transformado una insulsa cortina blanca en un sencillo

pero hermoso vestido con detalles rosados en la cintura y en el borde de las mangas.

Hasta que se bañó, peinó y maquilló, pasó otra media hora. Por suerte en el bolso de mano llevaba todos los elementos de higiene personal que pudiera necesitar. Una vez lista, se calzó las sandalias blancas, las únicas que tenía, y se miró al espejo, conforme con lo que había creado.

Antes de irse, colocó en la puerta el cartel de «No molestar». Esperaba que con eso no hicieran la limpieza

en el camarote y ella pudiera conservar en secreto que lo vaciaría poco a poco. El último día de navegación, repondría todo, ya que tenía acceso a la lavandería.

Nick estudiaba el ambiente desde la puerta del salón con los ojos entrecerrados. Se disponía a llevarse la copa de champán a los labios cuando una voz interrumpió su ademán desde su espalda.

—Hola, Nick.

Aquella voz.

Nick volteó. Ni bien la vio, sus ojos resplandecieron

con un extraño temor que se esforzó por apagar antes de que ella se diera cuenta de las sensaciones que le producía.

Siempre de rojo. El cabello, los labios, el vestido, los zapatos. Si algo jamás cambiaría esa mujer era ese maldito color.

—¿Qué hacés acá, Patricia? —alcanzó a mascullar. Ella sonrió, frívola.

—Me enteré de que hace tiempo compraste este barco y quise conocerlo —explicó con desdén—. Fue muy

descortés de tu parte no invitarme al viaje inaugural.

—No tenés nada que hacer acá.

—Yo no vine por vos, Nickito —replicó ella con voz melodiosa—. Vine por tu barco, pero al parecer el destino nos jugó una buena pasada y nos volvió a reunir.

Nick entrecerró los ojos de hielo, que se habían convertido en fuego.

—A vos, no a mí —respondió cruel, casi despótico. Ella ignoró ese trato, como si no hubiera sido destinado a ella. Hasta

ahogó una risa.

—¿No me llevás a la fiesta? —interrogó divertida.

—¿No tenés a Horacio Lowenstein para que lo haga? —replicó él con socarronería. Ella soltó la misma risa estruendosa con la que acostumbraba atraer la atención de sus amigos, luego le enterró su mirada lujuriosa y respondió:

—Te tengo a vos.

Cuando Lavinia llegó al salón, el lunch ya estaba siendo servido. Si Nick había abordado, tenía que estar ahí, entre esa multitud

que se agolpaba para recibir el canapé de bienvenida, pero no conseguía hallarlo por ninguna parte. Se ponía en puntas de pie para ver por sobre las cabezas más altas, recorrió el lugar sin probar bocado —¡y vaya que tenía hambre!— hasta que el corazón se le detuvo.

Allí estaba él, en una ronda de hombres, llevando del brazo a una dama de cabello rojo. Alguien bastante mayor que ella, soberbia y altanera, con el porte de una emperatriz. Una mujer muy distinta, por

cierto, a aquellas con las que Nick salía en las revistas. Tenía el aspecto de ser una cualquiera, sí, pero allí mandaba ella.

Aunque la distancia le impedía ver a la mujer con claridad, solo por su porte Lavinia supo que no formaba parte de la colección de muñecas que Nick se llevaba a la cama y luego desechaba, como había hecho con ella. Tampoco se trataba de su esposa porque era soltero, lo decían todas las revistas.

Prefirió concentrarse en él,

tan apuesto y elegante en su esmoquin negro. Entonces se quedó ahí parada, en medio de la nada, mientras todos ya ocupaban sus sitios en las mesas. Nick estaba rodeado de japoneses que conversaban animosos con la mujer del cabello rojo y con él. Parecían antes mafiosos que empresarios, por eso Lavinia se preguntó en qué andaría metido Nick, e incluso llegó a temer por su vida.

¿Por qué temía, si él ni siquiera se acordaría de ella? Lavinia sabía que, para

Nick, ella había sido apenas una muñeca más para añadir a la colección.

El dolor le anudó el pecho y la obligó a salir del salón. Otra vez se arrepentía de haber abordado ese barco, de haber creído que Nick podía recordarla. Creyendo que se hallaba a salvo de su desazón en el pasillo, apoyó la espalda contra la pared y respiró.

—¿Se siente bien? —le preguntó un mozo que se acercaba a la puerta.

—Sí —respondió con seguridad. La pregunta y

haberse quedado quieta le sirvieron para ordenar sus pensamientos.

Había cambiado de idea: quería ver a Nick con su amante, su novia, o lo que fuese esa colorada. Quería verlo y asumir de una vez por todas que él jamás sería suyo. Entonces volvió a entrar a la sala.

Los vio sentados a la mesa en compañía del capitán y de los japoneses. La mujer permanecía junto a Nick, pero él no tenía contacto físico alguno con ella. A Lavinia le pareció extraño,

dado que había llegado a conocerlo aunque fuera un poco y sabía que le gustaba alardear de que estaba acompañado. Salvo que en realidad no lo estuviese... Todo en él era un misterio que Lavinia no creía poder resolver.

Durante la estadía de las personas en las mesas, un presentador nombró al capitán y también a Nick. Se refirieron a él como «el dueño de este paraíso», y cuando se puso de pie para que los pasajeros que aplaudían supieran que se

referían a él, la del cabello rojo se paró a su lado. Nick le susurró algo. Ella no se inmutó.

—Sentate —ordenó Nick entre dientes, con la voz tan baja que solo Patricia pudo escucharlo.

—Deberías agradecerme en público —replicó ella sin hacerle caso, con una sonrisa radiante—. Todo lo que tenés, lo tenés gracias a mí.

Nick se sentó antes que ella solo porque no quería compartir la gloria con nadie. La gloria era suya, como nada lo había sido en

la vida.

Poco después se hizo un brindis. Luego la gente se puso de pie y volvió a dispersarse por el salón. Lavinia pensó en regresar a su camarote con el orgullo mancillado, pero después se dijo que, si quería volver a sentirse digna, tenía que enfrentar a Nick y demostrarle que no le había importado su abandono. Sí, ese era el mejor modo de no quedar como una tonta, pensó. Pretender que ella era como las demás putas que él se llevaba al hotel.

Lavinia avanzó hacia su objetivo con paso decidido, pero una vez que se encontró lo suficientemente cerca como para hablarle a su espalda, enmudeció. La estridente risa de la mujer que lo acompañaba penetró en los oídos de Lavinia como su fuerte perfume importado lo hizo en su nariz. Todo en esa mujer, desde los colores que la cubrían hasta su voz, estaban diseñados para atraer la atención de todos.

Patricia destilaba poder y lujuria, altanería y descaro.

Nadie la pasaba por encima, nadie, y su fuerza de carácter doblegaba el acero como débil junco de campo.

Lavinia giro sobre los talones y desanduvo el camino que la había llevado hasta Nick para perderse entre la multitud y luego en el pasillo que conducía al ascensor y a su camarote. Mientras caminaba, pensaba que siempre le pasaba lo mismo. Luchaba por algo, llegaba a ello, y a punto de conseguirlo, se resignaba. Se sintió triste y tonta, como si se hubiera dejado engañar

por segunda vez en la vida, y así era: había sido víctima de su ingenuidad al creer que podría enfrentar a Nick.

Para dejar de pensar en él, se quedó en ropa interior y repasó qué luciría al día siguiente, cuando arribaran a Punta del Este, una ciudad de playa, como todas las que visitarían. No podía ir al mar sin traje de baño y tampoco podía comprar uno en un destino tan caro. Ni pensar en el barco.

Se humedeció los labios y para no sentirse decepcionada, pensó en la

ropa que sí podría confeccionar con el otro paño de las cortinas y con las sabanas. Decidió que fabricaría un pantalón corto y una musculosa con las sabanas.

Paso la mitad de la noche cosiendo en la lavandería. La mujer que cubría el turno noche se sentó a su lado y la ayudó con los retoques.

—¿Sos muy famosa? —le preguntó ingenuamente. Lavinia se sintió tan mal que frunció el ceño y no pudo mentir.

—A vos te voy a decir la

verdad —murmuró
cabizbaja, con los dedos
detenidos sobre la tela de la
sábana—. Soy modista, en
realidad. Mi tienda se
fundi6, dur6 lo que un
suspiro, y ya no tengo nada.
Mi sueño es ser diseñadora
de modas, pero al parecer
tendr6 que resignarme a
pegar cierres zurcir
pantalones rotos —se
encogió de hombros. No me
quejo. Me da de comer y
paga mis impuestos.
Digamos que me gan6 el
pasaje en este barco y decidí
darme un gusto una vez en

la vida, pero claro, no podía salir todo tan bien, y mi equipaje se perdió. Estoy prácticamente desnuda.

La mujer se quedó boquiabierta.

—¡Por Dios! —exclamó. Por suerte para Lavinia, no preguntó de dónde sacaba las telas para confeccionar las prendas, quizás pensaba que se las había dado el capitán junto con el permiso —. ¿Y cómo pensás ir a la playa?

—No voy a ir a la playa —negó Lavinia con la cabeza.

—Tenés que hacerlo, ¿Qué

harás si no? Todos los lugares en los que se detiene este barco tienen playa.

—Puedo conocer la ciudad, pasear por la arena y mojarme los pies en el agua.

—Hagamos una cosa — propuso la señora antes de ponerse de pie y hurgar en un canasto—. Elegí uno de estos —indicó—. Son trajes de baño que olvidan o abandonan las turistas.

—Oh, no, por favor, no — replicó Lavinia—. No quisiera meterte en problemas.

—De ninguna manera —

respondió ella—. Nadie los ha reclamado en meses. Vamos, elegí uno.

—No sé cómo agradecerte.

—No tenés que hacerlo.

Dale, elegí. Este será nuestro secretito.

Aunque Lavinia temió que la empleada se diera cuenta de que ella estaba destrozando su habitación poco a poco, su bondad la privó de arrepentirse de haberle dicho la verdad. Nadie se merecía una mentira allí, eran todos tan buenos que casi no parecían empleados de alguien tan

detestable como Nicolás
Hagen.

Capítulo 10

DURMIÓ apenas cuatro horas, cubierta solo por el acolchado que todavía no había utilizado para confeccionar nada.

Por la mañana arribaron a la ciudad de Punta del Este, que la sorprendió por su belleza arquitectónica. Los altos edificios tenían casi todos balcones que imitaban las olas del mar, del color turquesa de las aguas que formaban el océano.

Lavinia no conocía el mar. Verlo en toda su inmensidad y escuchar el sonido de las olas romper contra la arena le aceleró el pulso, la llevó a abrir los brazos y cerrar los ojos como había visto en una película, y a reír como si fuera una niña en una cinta de Disney.

Era maravilloso. El mar, su eternidad, lo que le susurraba al oído.

Cuando abrió los ojos después de un momento que de tan sencillo era sublime, se encontró con el infierno. La mujer que andaba con

Nick se paseaba por la playa con una bikini roja como el fuego mientras conversaba con una amiga.

Ahora que podía observarla mejor, Lavinia notó que su piel ostentaba un tostado que prometía ser duradero, posiblemente adquirido en las playas caribeñas todo el año. Era una mujer bella, mucho más generosa que ella en pechos y nalgas, de cuerpo escultural y temperamento de roble.

Estaba segura de que, al menos, tenía la edad de

Nick, y de que no era su amiguita de turno. No tenía pinta de serlo. Era poderosa y soberbia, tenía el aspecto de esas mujeres que siempre procuran complacerse a sí mismas antes que a otros, nada de lo que Nick podía buscar en una amante ocasional. O era su amiga, o era su novia. Esa idea le estrujó el estómago y le hizo pensar que jamás podría competir con ella. Nunca.

A la mañana siguiente, arribaron a Portobelo, Brasil, un lugar paradisíaco de Santa Catarina donde

Lavinia pudo ver que la mujer de rojo había cambiado de modelo de traje de baño, pero no de color. Ella, con su modesta bikini dorada prestada, se bañó en el mar y disfrutó del día entre sesiones de agua salada y caminatas por la isla.

Antes de partir buscó un teléfono y llamó a Héctor. Todo estaba bien, lo cual la dejó tranquila para abordar y diseñar una nueva prenda.

Esta vez echó mano del paño del cortinado que le quedaba y de dos accesorios

que conservaban las toallas del baño enrolladas. Eran unas arandelas doradas que imitaban un dibujo romano.

El producto que obtuvo después de pasar varias horas frente a la máquina de coser fue un vestido magnífico largo hasta la rodilla, blanco immaculado. Se ajustaba al cuerpo, los breteles se ataban al cuello y estaban decorados con los apliques dorados de las toallas. Había confeccionado un vestido con aire romano.

Se preguntó a dónde ir. Ya conocía buena parte del

barco, por eso se dijo que pasaría un rato en un sitio divertido y adecuado para su ropa. Entonces concurreó a la discoteca.

Se entraba por una puerta de vidrios opacos que abría un tripulante del barco. Lavinia le dio las buenas noches y entró humedeciéndose los labios.

¡Qué belleza!, pensó. Avanzó hasta la pista de baile y se quedó estancada allí, desde donde podía admirar el sitio completo, porque todavía casi no había gente. Todo estaba decorado

en color azul y turquesa. Unas líneas irregulares de luz cruzaban el techo, resultaba evidente que evocaban el mar. Los asientos celestes iluminados, sofás en rincones escondidos, barras de vidrio también con forma de ondas. El piso se hallaba surcado por líneas de color que brillaban con distinta intensidad. Estaba oscuro, pero el juego de luces permitía ver cuando los ojos se acostumbraban al ambiente, y a Lavinia le pareció una de las discotecas

más hermosas que jamás había visitado. Sin dudas Nick había invertido mucho de su tiempo en pensar ese lugar.

No esperaba encontrarlo ahí. No pensaba encontrarlo en ninguna parte después de la recepción en el salón, en realidad, porque no había vuelto a verlo desde entonces. Sin embargo, allí estaba él, hundido en un sillón besándose con una rubia platinada. Se preguntó si acaso podía ser tan descarado como para engañar a su novia en sus

narices, y concluyó en que no, de modo que la mujer de rojo debía de ser su amiga.

Lavinia se quedó de pie en medio de la pista de baile semivacía, retorciéndose las manos delante de la cadera como una niña curiosa. Él llevaba puesto el saco negro de un traje desabrochado, por eso se avistaba su camisa blanca, también desprendida en la parte superior. Se veía tan atractivo y la música electrónica combinaba con él a la perfección.

La cálida voz de Susana,

que entonaba la canción *Shivers* para Armin van Buuren, calló y cedió espacio al tintineo que presagiaba un estallido, un momento detenido en el tiempo.

La amante ocasional de Nick le besaba el cuello, sentada en la mesa ratona, en medio de sus piernas masculinas abiertas. Él mantuvo los ojos cerrados hasta que de pronto los abrió como si despertara de un sueño, como si hubiera sido llamado a hacerlo.

La música estalló. El

corazón de Lavinia estalló. El alma de Nick sufrió la sacudida.

Lavinia no dejaba de mirarlo envuelta en esa tela blanca que la luz negra hacía resplandecer entre la gente, cual escultura de una diosa romana. Le arrancó el aliento. Lo dejó vulnerable y al descubierto.

No esperaba verla en ese lugar, no la había encontrado hasta ahora y había llegado a olvidar que podría cruzarse con ella. Involuntariamente se avergonzó. Le pareció odioso que Lavinia viera lo

que él fingía. No se lo merecía.

Un golpe zarandeó a Lavinia y la obligó a distraer su atención hacia quien se la había llevado por delante.

—Lo siento —se disculpó el muchacho con acento extranjero. Saltaba al ritmo de la música. Lavinia sonrió en gesto de asentimiento.

Cuando volvió a mirar, Nick había regresado a lo suyo.

No tenía sentido continuar hipnotizada por su presencia en aquel sitio tan grande y lleno de recovecos. Podía

alejarse de donde él estuviera al alcance de su vista y tratar de disfrutar la noche ignorando su presencia. Por eso se dirigió a una de las barras y se sentó en una silla alta desde la cual no asistiera al triste espectáculo que él daba besándose y acariciándose con una pasajera.

Se estableció en el asiento en el que pasó unos minutos hasta que el barman se le acercó. Le tendió una copa llena de un líquido azul que combinaba con el decorado a la perfección.

—Yo no ordené nada —se apresuró a reponer Lavinia, temiendo que lo cargaran a una cuenta que le resultaría imposible pagar.

—El señor Hagen invita —aclaró el barman indicando con el dedo índice el sitio donde Nick todavía permanecía sentado.

Lavinia creyó que no vería a Nick desde allí, pero al parecer todo estaba tan bien planeado que todavía en ese recoveco tenía acceso al sitio donde él se encontraba sentado, porque desde cualquier parte se podía ver

todo. No supo qué hacer. Movida por su amabilidad de siempre, lo miró y le agradeció con un leve movimiento de la cabeza y una sonrisa tímida. El respondió de la misma manera, con un brazo sobre el hombro de la rubia, que lo miraba embelesada.

A pesar de haber dado las gracias como toda una cortesana, pensó en no llevarse el sorbete a los labios. Podía rechazar la invitación de ese modo sutil, todavía estaba a tiempo de rescatar su dignidad

mancillada, pero no fue capaz de hacerlo, así que bebió un trago.

Se sorprendió al descubrir que se trataba de la bebida que le había gustado cuando había ido con Nick al bar de Puerto Madero. Eso le hizo temblar las manos. ¿Podía él recordarlo? ¿Se acordaría de los gustos de todas sus amantes?

—¿Sola?

Lavinia giró la cabeza y pestañeó varias veces antes de dar crédito a lo que veía. Un hombre poco más grande que Nick la miraba con ojos

amables y humor simpático.

—Sola —replicó con sinceridad.

—¿Y no le gustaría a una mujer sola bailar con otro solitario?

Lavinia rió con la invitación y hasta se sintió halagada por el hombre, pero no estaba de ánimo para bailar.

—En realidad estoy esperando que me saque a bailar otra persona —confesó amargamente. Ojalá Nick la hubiera sacado a bailar, pero eso jamás sucedería.

El sujeto no se inmutó. Se quedó sentado a su lado, conversaron un buen rato y Lavinia llegó a olvidar que Nick compartía el mismo ambiente. Lo recordó cuando otros dos caballeros vinieron por su amigo y el hombre tuvo que retirarse. Querían ir al casino. Invitaron a Lavinia, pero ella prefirió dejar ese recorrido para otra ocasión.

Entonces se volvió hacia la pista de baile ahora recargada de bailarines y allí, del otro lado, volvió a divisar a Nick, ya no con la

rubia, sino rodeado de los japoneses. Parecía muy serio, nadie apostaría que hasta hacía un rato se había estado manoseando con una extraña que había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Lavinia suspiró. A decir verdad, deseaba bailar y se arrepentía de no haber aceptado la invitación del hombre que se había ido al casino. Pero deseaba bailar con Nick.

—¿Por qué esperar? — balbuceó.

Había escuchado a Tamara

decir varias veces, cuando no tenía novio, que a ella no le importaba sacar a bailar a un hombre y que siempre era divertido notar la expresión de sorpresa que les despertaba ver esa actitud en una mujer. Claro que, desde que ella era adolescente hasta ahora, las mujeres habían cambiado mucho, y ahora sacar a bailar a un hombre era algo muy común. Incluso Nick estaría acostumbrado a eso, pero tal vez no se esperara que fuese ella quien se atreviera a hacerlo.

Quizás fue el alcohol que había bebido, que aunque fuera poco siempre la animaba a hacer cosas que en todas sus facultades no se atrevería, o el impulso de sus propios sentimientos, pero de repente se halló de pie, caminando con paso lento hacia los sillones donde Nick y sus conocidos conversaban.

Nick no se percató de la presencia de Lavinia hasta que estuvo frente a él, con su luminoso vestido blanco encandilando a todos. Giró la cabeza para mirarla y en

sus ojos brilló por un instante la confusión. Quizás temía que ella le hiciera una escena frente a los japoneses, pero a Lavinia ni se le había cruzado por la cabeza algo como eso. No tenía nada que reclamar, porque Nick no le había prometido nada. Sin embargo, algo la llevaba a él, una atracción que a pesar de saber inconveniente, no podía evitar. La misma que a él lo había llevado a ella.

—¿Bailarías conmigo? — preguntó extendiéndole la mano. Conservaba una

sonrisa tímida en los labios. Ella jamás había sacado a bailar a nadie.

—Hola —alcanzó a soltar él. Lavinia amplió la curva en sus labios.

—Hola —replicó.

—Yo... no bailo.

Lavinia se puso seria y roja de repente. Se sentía tan tonta, tan humillada de nuevo, que le temblaron las piernas. Dejó caer la mano despacio. Él la expulsaba. Otra vez. ¿Cuándo se cansaría ella de exponerse a sus rechazos?

—Comprendo —dijo—.

Disculpá la molestia.

Se volvió sobre los talones tan rápido que temió por un momento coronar aquella escena con un tropezón. Por suerte eso no ocurrió. Dio un paso adelante para alejarse lo más rápido posible cuando la voz de Nick la detuvo.

—¡Lavinia! —gritó él.

Recordaba su nombre. ¡Se acordaba de ella! Lavinia se volvió de inmediato. Nick se había puesto de pie y se le acercaba para poder hablarle sin que los demás oyesen.

—De verdad estaría

encantado de bailar con vos —confesó—, pero yo no sé bailar.

Lavinia no tenía idea de si él le mentía —como había pensado en un primer momento—, si se había sentido culpable por haberla rechazado de modo tan brusco, o si en verdad deseaba bailar con ella.

Nick tampoco tenía idea de lo que estaba haciendo. Si lo sacaban a bailar, decía que no y las mujeres se volvían a veces haciéndole una mueca graciosa de enfado o como si nada

hubiera ocurrido. Lavinia era distinta. A Lavinia su rechazo sincero le había dolido.

Pero él no se le acercaba por culpa. Ni siquiera sabía por qué lo hacía, pero no estaba mintiendo.

—Está bien —replicó ella, cautelosa—. No tenés que darme explicaciones.

—Enseñame.

Lavinia se quedó congelada. No entendía nada.

—No quiero tu lástima, Nick —farfulló—. Prefiero un rechazo sincero que una

mentira piadosa. En serio.

—Enseñame —repitió él, muy sereno.

Lavinia percibió que Nick no mentía. Gozaba de la música, pero no se atrevía a moverse al ritmo de ella. Incluso, como prueba irrefutable de que era sincero, fue él quien esta vez le tendió la mano. Lavinia la miró humedeciéndose los labios.

—Está bien —concedió antes de tomarla.

El contacto volvió a ser abrumador; silencioso, pero intenso. Las manos unidas

no pasaban desapercibidas para ninguno de los dos.

—Vos dirás —indicó Nick, siempre de buen humor. Lavinia sonrió. Él le contagiaba su excelente estado de ánimo.

—Te gusta esta música, ¿cierto? —preguntó.

—Mucho —respondió él.

—Se nota. Eso es bueno. La base del baile es que al bailarín le guste la música, porque eso hace que la sienta. Si lo disfrutás, los pasos salen solos.

—Suena muy fácil, hacerlo es lo difícil —

bromeó Nick—. Lo cierto es que me da bastante vergüenza bailar.

Lavinia frunció el ceño. ¿Vergüenza? Si Nick no sentía vergüenza de nada.

—¿Vergüenza, vos? —se le escapó.

—A veces pienso que es un poco tonto.

—¿Bailar? —él asintió—. ¡Oh, pero qué lindo es ser tonto! —exclamó ella—. ¡Mirá cuán tonta soy!

Y a continuación dio algunos saltos al ritmo de *Sweet dreams*, La Bouche. Después alzó los brazos y

dio una vuelta dejando escapar un grito que, entre el sonido estridente de la música y las personas que allí se encontraban, pasó desapercibido. Nick soltó una risa tan sincera que le iluminó la cara.

—¿Me veo tonta? —lo interrogó Lavinia.

—Te ves maravillosa —replicó él. La admiraba.

—Mirá, tenés que hacer así.

Para mostrarle el paso, que de todos modos no era demasiado complicado, Lavinia se tomó de los

hombros de Nick, y él la tomó de la cintura. Por un momento olvidó las sensaciones que él le transmitía y quedó tan cerca de su cuerpo que estas volvieron a acosarla. El aroma de la piel masculina la envolvió hasta hacerle perder la razón. Por eso tembló entre sus brazos y lo miró con los ojos centelleantes.

Lo extrañaba, lo quería. Y se lo demostró con la mirada.

Nick pensó que tenía que romper esa cercanía con

urgencia. Entonces la soltó y comenzó a bailar. Pretendía hacer que ella se olvidara del contacto que habían mantenido, y de hecho lo consiguió. El motivo fue que, cuando quería, bailaba muy bien, casi parecía haber bailado música electrónica toda la vida y estar reprimiendo el ochenta por cien de todos los movimientos que podía llegar a hacer.

Lavinia se cruzó de brazos y dejó escapar una risita.

—Bailabas esta música cuando eras adolescente,

¿no? —arriesgó, intuitiva.
Nick se sintió descubierto,
por eso se detuvo.

—Aprendo rápido —se
excusó.

—¿Tan rápido? —ella
fruncía el ceño.

—Así es cuando uno tiene
buenos maestros —bromeó,
quieto. Lavinia rió.

—¡Creí que la eminencia
eras vos! —respondió—.
Solo que deberías asistir a
clase más seguido.

Nick soltó otra risa.

—¡Ah, bueno! ¿Quién te
mantiene tan bien
informada?

—No puedo decírtelo.

—Oh, sí, claro que podés.
Decímelo.

—Mmm... está bien —
Lavinia consideró que no
había nada de malo en
contarle que se había
encontrado con uno de sus
alumnos—. Creo que se
llamaba Tomás. Tomás, sí.

Nick lucía de buen humor,
atractivo y juvenil, siempre
acelerado; tenía una
personalidad arrolladora.
Entrecerró los ojos,
pensativo. Fue un gesto que
dejó a Lavinia sin cordura y
sin pudor.

Le dolió el corazón de tanto amor que albergaba dentro. Sentimientos que debía guardar porque Nick no quería que se los dieran. Y aun sabiendo todo eso, no puedo resistirse a sus impulsos.

Dio un paso adelante, se puso en puntas de pie y lo besó.

Cuando los labios de la mujer se asentaron sobre los suyos, todo el cuerpo de Nick se convirtió en roca. Si no lo hacía, acabaría destrozado, lo sabía, y jamás lo permitiría. Necesitaba que

el beso acabara, pero no quería.

A él también le dolió el corazón pensando que era un egoísta por sentirse a gusto con el beso. ¿Qué podía dar a una mujer como Lavinia, si no era dolor y amargura?

Por suerte o por desgracia, Lavinia pareció darse cuenta de lo que hacía muy pronto porque se despegó y se esforzó por apartarse. Egoísta como era, Nick se lo impidió tomándola de la cintura.

—Perdón —masculló ella, roja de vergüenza.

—No hay problema —
respondió él, que pretendía
tomarse el beso robado con
la naturalidad que siempre
fingía.

La reacción de Lavinia
había sido juvenil e
impulsiva, la de una mujer
enamorada. Y eso destrozó
sus planes.

No quería que Lavinia se
sintiera mal por lo que
acababa de hacer. De hecho
quería que se olvidara de él
porque era lo más
conveniente, sin embargo no
conseguía relegarla de una
buena vez. Si ella se le

acercaba, ahí estaba él dando respuesta. La cosa se le estaba yendo de las manos como se le iba de las manos el cuerpo de Lavinia, que dio un prudente paso atrás para alejarsele.

Entre tanto, Patricia entró al salón y buscó a Nick en los sillones.

Al ver a dos de los japoneses, se les acercó.

—Señores. ¿Y Nick? —preguntó.

—Bailando —respondió uno. Patricia rió con superioridad. Ella conocía todo de Nick. Todo.

—Eso no puede ser —
discutió, convencidísima—.
Nick no baila.

—¿No es aquel el señor
Hagen? —dijo el otro
japonés, señalando la pista.

Patricia se dio la vuelta
como en cámara lenta. La
imagen se le clavó en la
boca del estómago como una
flecha. ¿Quién era esa
chiquilla a la que Nick
miraba a los ojos con tanta
insistencia? ¿Qué pretendía
obtener?

Nick no apartaba los ojos
de Lavinia, y Lavinia se

daba cuenta de que él la estudiaba, de que las palabras se agolpaban en su cerebro, pero no se atrevía a decir nada.

—Habla —pidió—. ¿Qué pasa?

—No fui honesto con vos —acabó por decir Nick—. Y estoy arrepentido. Vos... no lo merecías.

Lavinia sintió que el aire la abandonaba. Una electricidad recorrió su columna y las preguntas se esparcieron por su mente como un huracán. Nick era tan complejo, tan extraño.

En un momento reía como el hombre más feliz del mundo y al otro la miraba con esos ojos cálidos de niño. Un instante la abandonaba sola en un cuarto de hotel y al otro le pedía disculpas.

—No hablemos de eso — decidió proponer y sonrió en busca de alivianar la carga del hombre. Se hacía evidente que llevaba una—. Empecemos de nuevo. Soy Lavinia Dickinson —dijo con un tono de voz sutil—. ¿Vos sos...?

—Nick.

Solo eso, un seudónimo

muy corto que casi parecía de otra lengua. Ni un nombre ni un apellido, apenas un sobrenombre, como si así él representara su yo escindido o deseara ser otra persona.

Nick parecía hipnotizado por Lavinia o por lo que ella obraba en él. Hasta que un destello rojo lo arrancó de la ensoñación y lo hizo girar la cabeza.

—¡Oh, hola, Nick! — exclamó Lavinia, ajena a los pensamientos del hombre—. ¿Qué puedo hacer por vos?

Nick volvió a mirarla con

intensidad abrumadora, tan veloz como el sonido.

—Me tengo que ir —dijo de repente. Sus ojos se tornaron fríos, su voz superficial—. Que te diviertas.

Después de decir eso, la abandonó como la había soltado en el bar y en el hotel. Como si jamás la hubiera tocado, como si deseara que ella no existiese. Lavinia lo vio volver con sus conocidos y creyendo que comprendía mejor la situación, se alejó.

—¿Terminaste la escenita

romántica con esa chiquilina? —preguntó Patricia con sorna cuando Nick se acercó a los japoneses, que se hallaban de pie en la misma ronda de conversación que ella.

Él la tomó del brazo sin condescendencia. Se lo apretó hasta casi dejarle una marca y le habló al oído.

—¿Y vos terminaste con Horacio Lowenstein?

Patricia dejó escapar una de sus risas histéricas y se soltó del apretón que Nick, consciente de que podía hacerle daño, ya había

aflojado.

—Fue encantador que te acostaras con su hija por despecho. Nunca nadie había hecho algo así por mí.

Nick apretó los dientes antes de mascullar:

—Nadie lo hizo, y mucho menos yo.

Y se encaminó a la puerta.

Capítulo 11

HABÍAN pasado siete días desde que emprendieran viaje. Nick jugaba al tenis por parejas. Como hacía muchos años, había formado equipo con Patricia y se enfrentaban a una amiga de ella y su amante de turno. Con un fuerte golpe a la pelota, Nick consiguió que el hombre contrario no pudiera seguirla y con eso ganaron el partido. Patricia se le acercó golpeteando la

raqueta con los dedos.

—Tan implacables como siempre —dijo en referencia a Nick y a ella misma, y sonrió a su amiga en gesto de triunfo. La exuberante morocha se frotaba el codo que se había golpeado por intentar salvar la pelota que no había logrado alcanzar su novio.

Nick estrechó la mano del hombre y se encaminó al interior del gimnasio mientras se pasaba la toalla que se había colgado al cuello por la frente. Pensaba dirigirse a la barra en busca

de una botella de agua fresca, pero se detuvo en medio del trayecto cuando la imagen de Lavinia lo dejó paralizado.

Ella vestía un atuendo deportivo gris y zapatillas blancas. Llevaba el cabello rubio sujeto en una cola de caballo alta y su piel había adquirido un color dorado por el sol de Brasil. Nick se sorprendió de que tuviera las manos vendadas y de que golpeara con profesionalismo un saco de box. Se olvidó por completo del agua que deseaba beber,

se cruzó de brazos y admiró la agilidad y destreza de los movimientos femeninos sin que Lavinia se diera cuenta de que estaba siendo observada.

—¿Venís? —lo interrumpió Patricia tomándolo del brazo. Sin emitir palabra, Nick la siguió fuera del recinto.

Lavinia no había vuelto a ver a Nick desde la noche en la discoteca. En ese tiempo notó que él no iba a la playa, aunque sí lo hacía la mujer de rojo. La llegada al destino principal, Salvador de Bahía,

la impulsó a comprarse un par de zapatillas y un conjunto deportivo gris porque los precios resultaban más accesibles. Además se hizo de recuerdos para Héctor y Tamara.

Había pasado la mañana recorriendo la ciudad y su casco histórico colonial. Después del almuerzo, decidió hacer algo de ejercicio antes de ir a la playa, donde había descubierto que le fascinaba estar. Lamentaba no tener una cámara de fotos para

mostrar a su hermano y a su mejor amiga el verdadero paraíso que la rodeaba.

Después de pelear con el saco de boxeo, se dio una ducha y fue a la playa. Volvió a tomar un baño al regresar y añadió detalles al primer vestido que había confeccionado para que pareciera un atuendo distinto.

En la lavandería, ya se había hecho amiga de todas las mujeres que allí trabajaban. Estas le contaron anécdotas de los viajes del *Paradise* y de su dueño, de

quien destacaron que pagaba sueldos muy altos y que era la persona más amable del mundo, en especial con los empleados de bajo rango, lo cual intrigó a Lavinia. Decían que se había ganado una millonada apostando en el póker y se había dado el gustito de comprar ese crucero. Sospechaban que había tenido que invertir más dinero del obtenido en el juego, pero fue la partida de cartas el motor para que decidiera comprarlo. El hecho de ganarse un buque en una jugada de naipes se

convirtió en un mito del *Paradise*. Cada barco teje sus propias historias.

Tras el cuento, Lavinia y las mujeres terminaron reflexionando acerca de por qué la vida parecía tan fácil para algunos y tan difícil para otros, como lo era para ella, y terminaron por acordar que existe el destino, sí, pero que todos somos capaces de modificarlo.

Cenó algo ligero y por la noche decidió volver a la playa donde había visto una especie de bar. Era en realidad una barra donde se

servían tragos y se escuchaba música hasta la madrugada, cosa que le apetecía hacer y podía permitírsela, ya que los precios, aunque estaban en reales, le parecieron bastante convenientes de acuerdo con el cambio.

No pensó que encontraría a Nick en ese lugar tan poco atractivo para un hombre como él por su ubicación y porque era, a decir verdad, precario. Pero allí estaba, besándose con una mujer de cabello negro, posiblemente traída del barco, con las

manos rodeando el rostro juvenil de la muchacha y la lengua en su boca.

Lavinia se sentó en el lado opuesto de la barra, desde donde podía verlos con claridad, aunque no lo hubiera deseado. Nick no se había percatado de su presencia. Acabó el beso, extrajo un cigarrillo del bolsillo del saco y lo colocó en la boca de la mujer. Se lo encendió. Ella pitó. Como no se lo devolvía, que era lo que Nick esperaba, le convidó otro. La mujer por fin entendió el mensaje

implícito en el acto y retiró el nuevo pitillo de la caja. Recién entonces colocó el que ya estaba encendido en labios de Nick, y él se mostró complacido.

Lavinia sintió asco. Asco por el modo en que Nick se conducía en la vida, por la actitud promiscua y prostibularia que buscaba en las mujeres, y pena por el amor que ella no podía desterrar de su corazón. ¿Qué podía atraerle de un hombre tan perverso y frívolo como ese que la había usado y desechado

como a tantas otras? La verdad, quizás. Lo que él callaba, lo que escondía.

Una voz un tanto excedida de alegría para lo que Lavinia acostumbraba escuchar la sobresaltó. Miró con cierta desconfianza al sujeto moreno que acababa de decirle «hola» en portugués, que de todos modos era muy parecido al castellano, y después sonrió. Dio respuesta. Él se sentó a su lado.

La voz suave, benéfica y femenina de Lavinia penetró en los oídos de Nick como

una lanza. Había sonado en lugar de la música, que en ese momento había terminado porque la canción brasilera daba lugar a otra. Ni bien alzó la vista y la vio allí sentada, entrando en conversación con un hombre de color, apretó el cigarrillo entre los dedos hasta que se le apagó.

Lavinia conversó con el extraño un largo rato. Se entendían muy bien, porque si había palabras que Lavinia o él no dominaban en el idioma del otro, se explicaban con gestos.

Algunos de ellos los llevaron a reír y a beber dos tragos más. Pasada una hora, él la invitó a dar una caminata por la playa y Lavinia aceptó.

Nick estuvo prendado más de ella, que no lo había mirado en toda la hora, que de la mujer que lo acompañaba, que bebió más de la cuenta. Cuando vio que Lavinia se ponía de pie y seguía al moreno hacia la oscuridad de la playa, deseó estrangularlo.

Lavinia era ingenua e inexperta, y él no podía

permitir que corriera peligro con aquel extraño. Estaba seguro de que ese moreno fuerte, de rasgos poderosos y brazos gruesos de músculos, quería tener sexo. Y ella sería su víctima.

Las copas de más, la confusión de la noche y la brisa del mar lo hicieron ponerse de pie.

—Nicky... —lo llamó la mujer que lo acompañaba. Se le corría la voz, parecía incluso algo adormecida de tanto que había tomado.

Nick no le prestó atención. Tenía los ojos grises

entrecerrados, fijos en las dos figuras que se alejaban camino a la costa. Cuando se los tragó la penumbra, la ira se apoderó de sus sentidos y los alcanzó de una corrida.

El moreno que caminaba junto a Lavinia volteó al sentir unos golpecitos en la espalda. No hizo tiempo a ver quién lo llamaba porque el puño de Nick aterrizó sobre su mandíbula haciéndolo trastabillar.

—¡Nick! —exclamó Lavinia. No solo estaba sorprendida, sino molesta, indignada.

El moreno se estableció dispuesto a devolver el golpe, pero Lavinia lo detuvo interponiéndose entre los dos.

—¿Quién es este idiota?
—interrogó el hombre en su idioma. Nadie le respondió.

Lavinia dio un paso más hacia Nick y lo enfrentó con toda la entereza de la que disponía.

—¿Qué estás haciendo? —
lo increpó.

—¡Y todavía lo preguntás!
—exclamó él. El aliento a alcohol y a cigarrillo hizo retroceder a Lavinia, que lo

miró con lástima.

—No te metas en mis asuntos —ordenó en un susurro furioso. —¿Qué no me meta? —rugió él—. ¿Acaso no te das cuenta de por qué te aleja de la vista de todos? ¡Sos tan ingenua!

—¡No! —gritó ella, volviendo a dar un paso adelante—. La ingenua no soy yo, sos vos. Un pobre idiota que piensa que todos los hombres son unos hijos de puta como él —Nick se quedó duro, perplejo—. Hacenos un favor —remató ella—: dejame en paz.

Entonces dio la espalda a Nick, tomó del brazo al moreno y comenzó a caminar en dirección a donde antes se dirigían. Nick se sintió furioso, por eso exclamó:

—¡Va a abusar de vos!

Lavinia detuvo su andar y se volvió hacia él con una mueca sarcástica.

—Ya fui abusada — replicó—. Por vos.

Tras soltar esas palabras, Lavinia giró sobre los talones y regresó junto al moreno, con quien se alejó rumbo a la penumbra.

Testigos de todo aquello, los ojos de Nick ardieron de odio.

«Un pobre idiota que piensa que todos los hombres son unos hijos de puta como él». «Dejame en paz». «Ya fui abusada. Por vos», recordó. Eso era él para Lavinia, en eso se había convertido. En un hijo de puta y en un violador. No del cuerpo, sino de la confianza, de los sueños, de las ilusiones de la mujer que no podía arrancar de su pensamiento.

Una risotada y un tirón a la

manga de su camisa lo devolvieron fuera de sus razonamientos. Su amante, cuyo nombre ni siquiera recordaba, reía a carcajadas luchando por mantenerse en pie siendo que los tacones se le hundían en la arena y que las copas de más le impedían conservar el equilibrio.

Nick la miró con desprecio y apartó el brazo de su contacto. Ella ni se inmutó. Siguió riendo incluso mientras él se alejaba y desandaba el camino hacia el *Paradise*.

Lavinia pasó un rato más

con su amigo, tomaron un café y luego se despidieron habiéndose dado la dirección y el teléfono de cada uno. Ella acabó sola en la playa desierta al amanecer, sentada frente a una inmensidad similar a la que había traído a Eneas hasta las costas del Lacio. Era tal la emoción que le producía y los sentimientos que le despertaba ese paraíso que se hizo una promesa.

—Volveré —se dijo—. Volveré algún día y ya no me sentiré sola.

Nick bebió otro trago. La noche que había pasado en vela se evidenciaba en su cabello enmarañado, en sus ojos rojos y en la posición encorvada de su columna, como si protegiera el vaso de whisky cual tesoro milenario.

Sentado a la barra del bar desierto del Paradise, pasaba un dedo por el borde del recipiente y pensaba en que necesitaba dormir, pero no quería hacerlo. Desde que había visto a Lavinia alejarse con el moreno, desde que sus palabras

habían calado tan hondo en su pecho, prefería la vigilia, porque dormir significaría dejar de recordarlas, y hacerlo lo revivía.

—Después de todo, no resultaste tan libertino como tenía entendido.

La voz de Patricia interrumpió sus cavilaciones. Nick no giró la cabeza, no se movió.

—No estoy de humor para tus provocaciones —respondió de mala gana, haciendo un esfuerzo porque no se le corrieran las palabras como a la mujer de

la playa que había aborrecido.

Patricia, con su vestido rojo escotado, soltó una risotada que a él le partió el cráneo. Le dolía la cabeza como si en su cerebro hubiera repicado un tambor toda la noche.

—¡Oh, Nick! —exclamó ella con sorna—. Estás tan tierno como siempre. ¿No te parece que ya bebiste mucho?

Nick alzó una ceja.

—Qué curioso. Te preocupás por mí ahora.

—Siempre lo hice.

—No mientras te revolcabas con Horacio Lowenstein.

La acusación no causó efecto alguno en Patricia. Para ella se trataba de una broma.

—Nicky, sos tan... —rió.

—¿Tan qué? —la interrumpió él apretando el puño. —¿Tan encantador! ¿Vas a dejar que este viaje acabe así? —ella deslizó un dedo por la barra. El dedo escaló el antebrazo desnudo del hombre, que tenía las mangas de la camisa dobladas hasta los codos, y

luego llegó hasta su mano, la que él retiró bruscamente—. ¿Me vas a dejar ir otra vez?

Nick giró la cabeza hacia ella y entrecerró los ojos para poder mirarla.

—¿Qué querés, Patricia? —interrogó—. ¿Qué buscás?

—Sé que todavía me amas como el primer día.

—¿Y eso qué?

—Entonces no me equivoco.

—Te pregunté qué querés —masculló él con voz dura, exigente.

—A vos.

—Lo tenés a Lowenstein.

—¡Pero Horacio no es lo mismo! —exclamó ella, muerta de risa—. Horacio es viejo y feo. Vos en cambio sos joven y me gustás mucho. Nick dejó escapar una sonrisa falta de ánimo.

—Qué pena que no te diste cuenta antes —replicó. Con todo lo que Dios sabía que le costaba, se puso de pie y abandonó el lugar que compartía con Patricia sin desearlo.

Ella lo vio alejarse con la certeza de que todavía tenía el poder de movilizarlo, pero él se le estaba resistiendo

bastante. No la había olvidado, sin embargo, una fuerza extraña lo privaba de entregarse a ella. ¿La vieja malnacida que lo cuidaba como si se tratara de su hijo? ¿Las amiguitas que tenía? No. No habían podido con ella antes, menos lo harían ahora. La razón tenía que ser otra mujer, otra persona.

O

—¿Y cuál es el camarote de la costurerita? —preguntó Patricia a la empleada de limpieza a la que le había sacado todos los demás

datos acerca de la rubia a la que Nick, como un bobo, se había quedado mirando mientras practicaba nada más falto de clase que boxeo. La misma con la que había bailado. Nick, que no bailaba. Nick, que no miraba realmente a nadie más que a ella.

—No lo sé, señora — respondió la empleada, cautelosa. Pero Patricia no era ninguna tonta.

—Lo que yo creo es que no me lo querés decir. Y no tenés idea de los problemas que eso te puede causar.

—No lo sé, se lo juro.

—¿Y quién lo sabe? —

insistió Patricia. La muchacha encogió los hombros.

—Quizás la recepción. Las domésticas de su sector, el capitán... —replicó. Patricia se cruzó de brazos en gesto amenazador.

—¿Y cómo se llama? —interrogó.

—Lavinia.

—¿Lavinia cuánto?

—Lavinia Dickinson.

—¿Y cómo sabés eso sin saber el camarote que le fue asignado?

—Ya le dije todo lo que conozco —respondió la joven, temerosa—. Le entregué a la chica su menú diario en el comedor y tuve que tacharla de la lista. En la lista figura el camarote, pero yo no lo recuerdo.

—No lo recordás, pero podés averiguarlo —la empleada tragó con fuerza. No hicieron falta palabras—. Lo vas a hacer.

Lavinia Dickinson, repitió Patricia en susurros. Ningún apellido reconocido, nada de importancia. Lo había presentado, pero

comprobarlo le demostraba que deshacerse de esa mujercita sería mucho más fácil de lo que pensaba. Sin dinero y sin familia que sirviera como respaldo, era muy fácil que una muchacha se viera desprestigiada ante un hombre como Nicolás.

O

Lavinia se despidió del lugar principal de destino sabiendo que por la tarde, poco después de mediodía, emprenderían el regreso. Todavía quedaban dos destinos más donde

detenerse a la vuelta, pero saber que el viaje había llegado a su punto máximo, del cual solo restaba el retorno, le anudó el alma.

Después de pasar por Buzios y Santos, la última noche en el *Paradise* llegó muy pronto. Demasiado rápido para Lavinia, que no volvería a vivir algo como eso nunca. Rearmó su vestido romano y huyó a su cuarto para darse un baño y prepararse para la cena. Pensaba comer y después ir al casino, que todavía no había conocido.

Se maquilló con esmero y dedicación. Peinó su cabello dorado y sonrió al espejo para sentir que estaba acompañada. Volver a casa no era tan malo, después de todo. Había dicho unas cuantas verdades a Nick y sabía que en algún punto, aunque fuera profundo y secreto, lo habían sorprendido. Volvería a ver a sus seres queridos, a las personas que de verdad se preocupaban por ella, y escaparía de la frivolidad y lo superficial de la riqueza. Ser pobre era duro, pero la

liberaba de falsedades e hipocresías.

En su barrio, si dos personas no se soportaban, no se saludaban. Entre los ricos, los saludos eran una especie de obligación social, aunque al dar vuelta la cara el otro hablara pestes de aquel al que le había sonreído. En su barrio, cuando dos muchachos de pandillas distintas se odiaban, se batían a duelo como los guapos de principios del siglo XX y después, quizás, hasta hacían las paces. Eso la

atemorizaba, a veces hasta acababan muertos o heridos de gravedad y temía que algún día Héctor también se sumara a esos actos cuasi mafiosos; pero los ricos también se batían a duelo, solo que no arriesgaban la vida en ello.

Dejó de filosofar y emprendió camino. Quería aprovechar el tiempo lo máximo posible.

En el casino, las luces llenaban el ambiente de color. El aroma era distinto de cualquier otro conocido, como así también los ruidos

que generaban las máquinas tragamonedas. Pasar junto a las damas y caballeros que jugaban en los distintos entretenimientos le aportó una cuota todavía más interesante al recorrido, porque los perfumes que despedían aquellos cuerpos eran uno más delicioso que el otro, y eso armonizaba cualquier paseo.

Nick ya había visto a Lavinia en su vestido de romana, como la noche de la discoteca, pero ella no se había dado cuenta. Él estaba de pie delante de la puerta

de los cuartos privados de póker, donde se había quedado quieto, admirándola.

—¿No piensa jugar el hombre más afortunado del mundo? —le preguntó un conocido colocando una mano sobre su hombro. Nick asintió con un leve movimiento de la cabeza, se volvió y se internó en el cuarto.

Lavinia suspiró. De pie entre las máquinas tragamonedas, levantó la vista hacia las mesas de póker y allí recordó el

cuento de las lavanderas, la historia de Nick y la compra de ese barco. Pensar que en ese lugar había nacido la idea que hoy la tenía en ese sitio. Nada era por casualidad, nada era tan malo. Entregarse a Nick había sido lo más maravilloso que le había pasado en la vida, y lo segundo eran los lugares que había conocido gracias a ese viaje, si no tenía en cuenta a su hermano y a su mejor amiga.

En eso pensaba: recordaba a su hermanito, imaginaba lo

que podía estar haciendo en ese preciso momento, cuando una bella mujer de vestido plateado invadió la sala. El universo entero pareció detenerse ante su interrupción descontrolada.

—¡Fue ella! —gritó señalando con el dedo.

Patricia se dio la vuelta y sonrió. Su cómplice había llegado.

Lavinia seguía ensimismada en la mesa de póker y los pensamientos acerca de su hermano.

—Señorita —la llamó un miembro de la tripulación.

Lavinia lo miró. Lo reconoció por el uniforme y por la cara: era el mismo que la había escoltado hasta el despacho del capitán y después a la lavandería. Entonces vio a la rubia que se le aproximaba fuera de sí.

—¡Fue ella! —volvió a gritar. Lavinia no entendía una palabra.

—¿Está segura? —interrogó el joven.

—Más que segura —replicó la dama antes de dirigirse a Lavinia, que fruncía el ceño presa de la confusión—. ¿En dónde lo

tenés, ladrona? ¡No disimules y devolvémelo!

Al darse cuenta de que no entendía palabra, Lavinia miró al tripulante.

—¿De qué habla?

—¡De mi anillo de diamantes, no te hagás la estúpida! —gritó la señorita.

Lavinia se puso roja como las luces de algunas tragamonedas. Si bien no tenía idea de lo que le hablaban, todos la miraban y eso la puso nerviosa.

—Acompáñenos, por favor —sugirió el tripulante.

Ante las miradas que no

dejaban de estudiarla — algunos incluso la miraban con desprecio, como si ya se hubiera probado que ella era una ladrona—, aceptó. Una vez en el pasillo, el tripulante continuó:

—Tendremos que registrar su camarote.

El solo pensar que pudieran entrar en su camarote y notar la ausencia de sábanas y cortinas revolvió el estómago a Lavinia. Todavía no había tenido oportunidad de reponerlas y no tendría modo de hacerlo antes de

que se inmiscuyeran en su cuarto. Pensaba conseguir lo faltante en el lavadero esa madrugada, porque solo quedaba una mujer de guardia.

—De ninguna manera — contestó—. No sé quién es esta mujer ni sé de qué habla.

—¡No te hagas la zonza! —replicó la otra. Tendría pocos años más que Lavinia—. ¡Devolveme lo que me robaste!

—Señorita Dickinson — intervino el hombre—. Todo se aclararía si nos permitiera

echar un vistazo a su habitación.

Lavinia suspiró. Estaba perdida. Sin dudas no encontrarían un anillo de diamantes porque ella no se había robado uno, pero sí descubrirían que había destruido las sábanas y las cortinas.

—Hagan lo que consideren necesario —
dimitió cabizbaja, con un hilo de voz. Estaba acostumbrada a que en la vida todo, absolutamente todo, le saliera mal, ¿por qué habría de pensar que la

travesura de vestirse con sábanas y cortinas podía salirle bien?

Transitaron los tres el camino hasta su camarote. En la puerta hallaron dos hombres más que hablaron con el tripulante de alto rango en secreto. Los dos hombres eran uno el gerente del crucero y el otro un cadete, además del tripulante que revisó el cartel de «No molestar». Lavinia lo había colgado en el picaporte exterior para que nadie entrara al cuarto ni siquiera a hacer la limpieza. Lo

acomodó en su lugar y abrió la puerta.

La devastación del cuarto dejó a todos con la boca abierta. Faltaban las cortinas, los ganchos, las cintas que permitían sujetarlas y eso daba la impresión de un cuarto vacío. Además, faltaban las sábanas: la cama estaba deshecha y el acolchado hecho un bollo en la punta.

Sin pedir permiso, como hubiera hecho de no haberse encontrado con semejante desconcierto, el gerente dio un paso adentro.

—¿Pero qué pasó acá?—
se preguntó en voz alta—.
¿Pasó un tornado y no nos
enteramos?

—Lo dudo —dijo la
altanera mujer que acusaba a
Lavinia de robo.

—Revisen —ordenó el
gerente.

—Lo lamentamos, señorita
Dickinson —se excusó el
tripulante, que se hacía
evidente había sentido pena
por ella. Lavinia conservaba
ese gesto taciturno en el
rostro y la cabeza gacha—.
Confiamos en que todo se
arregle pronto. Lo penoso es

que las cámaras de seguridad no hayan capturado nada, de lo contrario nos ahorraríamos todo este procedimiento.

—¿Es este? —el empleado alzaba un anillo que había recogido de la cómoda.

—Eso era de mi padre —explicó Lavinia. Ella siempre llevaba el anillo de bodas de su padre en su cajita de alhajas. En esa oportunidad, lo había dejado sobre la cómoda porque había vaciado el contenido de la caja donde este se hallaba en busca de un par

de aros.

—Eso es una baratija — replicó la mujer sobre la voz baja de Lavinia—. Dije que el mío era de diamantes.

Lavinia no se sintió herida por el comentario despectivo de la mujer, pero sí por la agresión hacia su padre. Estaba segura de que a él le había costado un buen sacrificio comprar algo que una ricachona que jamás había conocido el hambre osaba menospreciar. Sin embargo, se tragó el discreto insulto que acababan de proferirle y permaneció

callada.

—¡Ese es! —gritó la mujer antes de que el empleado de menor rango, que acababa de extraer el lujoso anillo de un cajón, pudiera hablar.

Lavinia alzó la cabeza de inmediato. Eso era imposible, ella jamás se había robado nada.

—¡Jamás lo había visto en mi vida! —reclamó—. ¡Eso no es mío!

—¡Claro que no es tuyo, ladrona barata! —le contestó la mujer con todas las ínfulas del mundo.

—Señorita Dickinson... —

comenzó a hablar el tripulante, pero la mujer lo interrumpió.

—¡No me extraña que me haya robado, teniendo en cuenta lo que hizo de este camarote! —soltó.

—¡Eso puedo explicarlo! —se defendió Lavinia.

—Entonces explíquenoslo, por favor —pidió el hombre, que conservaba la calma.

Lavinia tragó con fuerza. Calló.

—¿Qué pasó en este cuarto? —interrogó el gerente. Lavinia callaba. No se atrevió a hablar, sus ojos

se llenaron de angustia.

—¡Ya ven! —gritó la mujer.

—¿Qué está pasando?

Solo eso faltaba, pensó Lavinia. Nick. Todos se quedaron congelados ante su aparición.

Patricia pensaba hacer que Nick se enterase más tarde del delito que había cometido la costurerita, porque no se imaginó que ella estaría en el mismo lugar que él cuando la acusasen del robo. Le había salido mejor de lo que esperaba, porque Nick se

había dado cuenta del escándalo y los había seguido hasta el lugar mismo de los hechos. Por prudencia, ella no se movió. Si quería hacer creíble la mentira, tenía que fingirse interesada en el chisme, pero no demasiado involucrada en la acción.

—¡Esta ordinaria se robó mi anillo de diamantes! — exclamó la mujer en respuesta a la pregunta de Nick, sin miramientos de si él era el dueño del barco o un tripulante cualquiera.

En lugar de hablar,

Lavinia se cubrió el rostro con las manos e irrumpió en un llanto desconsolado. Le temblaban las manos y las piernas, era incapaz de reaccionar de otro modo ante la injusticia.

Nick se le acercó con intenciones de despejarle la cara, pero cuando dio un paso dentro del cuarto, se quedó congelado ante el desabastecimiento.

—¿Pero qué...? — preguntó con el ceño fruncido.

—Eso es lo que todos estamos esperando que la

señorita Dickinson explique —respondió el gerente. Nick se volvió hacia ella.

—Lavinia —le dijo en un tono muy suave.

—¡La conoce! —exclamó la víctima del robo—. ¿Cómo puedo esperar que reciba un castigo justo?

Nick miró a la mujer con irritación. No lo demostraba, pero le había provocado rechazo al maltratar a Lavinia, que todavía lloraba como una niña acusada de romper un jarroncito caro. Nadie merecía semejante trato, nadie. Y él odiaba a la

gente que se creía más que otros porque había tenido la suerte de nacer para ser servida. Le despertaban asco, repugnancia; pero sobraban en su mundo.

—La vi salir de mi camarote —explicó la mujer—. La seguí porque no vi que llevara uniforme de limpieza pero no pude alcanzarla. Luego descubrí que mi anillo había desaparecido y por eso la buscamos. Estaba en el casino, la muy descarada, gastándose el dinero que debe haber robado a tantos

en este barco.

Ella no había robado ni había jugado un solo centavo en el casino, pero al parecer ser pobre y haberse equivocado en un tonto formulario eran sinónimos de ser ladrona y merecer castigo.

—¿Qué hacía en el camarote de la señora, señorita Dickinson? — preguntó el gerente—. ¿Cómo explica que ninguna casa de ropa reconocida venda una sola prenda suya?

Se habían encargado de averiguarlo cuando pesó

sobre ella la acusación. Era lo que el gerente había comentado al tripulante de alto rango al oído ni bien habían llegado al cuarto.

—Díganos el nombre de una casa de ropa —pidió el tripulante, un poco más amable—. Una sola casa respetable que venda alguna de sus prendas.

Ese hombre sí parecía conservar cierta fe en ella. Fue eso lo que impulsó a Lavinia a ser honesta con él. Presa del llanto y los saltitos que daba por la congoja, articuló algunas palabras sin

descubrirse la cara.

—Puede preguntar a mis clientas —replicó. El sonido salía entre un hueco que dejaba la unión de sus dos manos frente a la cara—. Apenas coso cierres y algún que otro dobladillo. No soy más que una modista.

Nick sacudió la cabeza. Le pinchaba el corazón. No quería que Lavinia se sintiera descubierta y humillada, nadie mejor que él podía saber en carne propia lo que eso significaba. No quería sentir, pero ya era demasiado tarde

para impedirlo.

—Eso no es verdad —
replicó con voz poderosa—.
Es que todavía no
descubrieron tu talento.

—¿Perdón? —interrumpió
la víctima del robo—. Esta
costurerita me robó un anillo
de diamantes —recordó a
todos los presentes. Destacó
la palabra *costurerita*. Nick
entrecerró los ojos porque lo
había percibido y la habría
callado de una buena
indirecta, pero tenía que
guardarse las réplicas porque
era una pasajera y, ante todo,
tenía que conformarla.

—¿Y la habitación? —
continuó el gerente,
ofuscado—. ¿Qué pasó con
todo lo que falta en este
camarote?

—¡Basta! —Nick calló a
su empleado como no podía
enmudecer a la pasajera,
quizás por demás brusco—.
Lavinia —le habló con
suavidad, tomándola de los
antebrazos en un intento
porque se descubriera la
cara. Estaba seguro de que,
además de angustia, ella
sentía vergüenza—.
Explicámelo a mí.

Lavinia se descubrió el

rostro lentamente. Tenía la piel de los pómulos enrojecida y húmeda, y Nick se odiaba por desear secarla.

—Yo no fui... —alcanzó a balbucear ella.

—¡Ja! —se burló la mujer—. ¡«Yo no fui»! ¡Buena excusa!

—¿Cuán segura está de que fue ella? —insistió Nick sin mirar a la mujer a los ojos porque temía se diera cuenta de que la odiaba.

—¡La vi con mis propios ojos! Y el anillo fue hallado en su cajón. ¡Dígaselo! —ordenó al gerente—. Parece

mentira, la víctima es una y todos defienden a la ladrona.

—Lavinia —insistió Nick con suavidad—. ¿Podés explicar qué pasó en este cuarto? ¿Podés decirnos por qué el anillo estaba en tu poder?

Lavinia permanecía en silencio, angustiada.

—¡Dejarla aquí es una amenaza para todos! —gritó la dueña del anillo—. Voy a hacer saber esto a todos los medios de comunicación para que nadie más ponga un solo pie en este barco donde se premia a los ladrones. ¡Mi

marido es el dueño de un multimedio!

Nick negó con la cabeza. No le quedó más opción que llevar a cabo el plan más desagradable.

—Está bien —consintió—. Llévenla al cuarto de detención.

Lavinia le dirigió una mirada pétrea.

—¿No le consultamos la decisión al capitán? — indagó el tripulante.

—No será necesario — replicó Nick sin dejar de mirar a Lavinia. Se atrevía a sostenerle la mirada—. Lo

decidí yo.

Lavinia estalló.

—¡Sos una basura,
Nicolás! —gritó—. ¡Andate
a la mierda!

Y lo abofeteó. La
boxeadora le dio vuelta la
cara.

El empleado de menor
rango se aproximó para
detenerla, pero Nick se lo
impidió.

—Está bien —dijo alzando
una mano en gesto
preventivo. Que nadie tocara
a Lavinia. Nadie.

—¡Ya ven! —exclamó la
que había sido víctima del

robo—. ¡Ya ven lo que es capaz de hacer esta malcriada!

No hizo falta que los hombres detuvieran a Lavinia como la palabra lo indicaba. Al ver que se le acercaban, Lavinia caminó delante de ellos para dirigirse hacia donde quisieran llevarla.

—Trátenla con gentileza —advirtió Nick a los hombres.

—Se lo agradezco —le dijo la mujer, que pareció no oír aquella orden—. Tiene que hacerse justicia.

Nick no le prestó atención. Se había quedado mirando el cartel de «No molestar».

O

Una hora más tarde, Lavinia se acurrucaba sobre sí misma, con las rodillas pegadas al pecho, tratando de soportar el frío que en ese sitio apartado y solitario le calaba los huesos.

Jamás había vivido una humillación semejante, tanta mentira e injusticia la abrumaban, pero al menos había dejado de llorar. De pronto el tripulante que

siempre había conservado la fe en ella abrió la puerta y le dirigió la palabra.

—Acompáñeme, por favor —pidió. Lavinia alzó una ceja.

—¿Por qué? —se la notaba más fuerte e incluso con dejos de ironía—. ¿Piensan arrojarme a los tiburones?

El tripulante soltó una risita y la esperó para llevarla hasta el ascensor.

Una vez en el piso indicado, condujo a Lavinia por una serie de pasillos secretos hasta una zona

privada. Un corredor angosto al fondo del cual solo había una puerta blanca de doble hoja.

—¿A dónde me lleva? —interrogó ella, desconfiada,

—A nadar con delfines —respondió el hombre.

Capítulo 12

CUANDO NICK abrió la puerta, Lavinia intentó volverse, pero el tripulante se lo impidió.

—Gracias —dijo Nick antes de tomar a Lavinia del brazo para introducirla a la fuerza en la habitación.

Aunque ella se resistió, poco pudo hacer para liberarse de Nick y evitar que él la encerrara consigo en el camarote. Se dio cuenta de que ya no podría

huir al quedarse con la nariz pegada a la puerta blanca.

Nick se había establecido detrás de ella, aprisionándola entre su inmensidad y la madera.

—Si te suelto te sentás sin rechistar? —preguntó. Indignada, Lavinia replicó:

—Soy una ladrona, pero no soy tu prisionera.

—Ambos sabemos que no sos ninguna de las dos cosas —respondió él.

En su voz se adivinaban diversión y ternura. El primer matiz ofendió a Lavinia, por eso se dio la

vuelta. Quedaron frente a frente, tan cerca que podían respirarse. Ella sonrió, irónica.

—Al parecer ser humilde es sinónimo de ser deshonesto —masculló—. Pero a los que yo he visto sonreír e insultarse al darse la espalda es a ustedes, los ricos, no a mí. Dudo que hubieras acusado de ladrona a cualquiera de tus otras amiguitas.

—Así que te considerarás una más de mis... «amiguitas» —concluyó él, como si lo único que le

hubiera importado de todo lo que ella le decía fuera eso último. Hasta le costó repetir el término.

—¡Como si me hubieras tratado como a algo mejor! ¿Acaso no lo soy? —Lavinia lo desafiaba. Nick no respondió.

—Sentate.

—No. Llamá a tu robot y decile que me lleve de vuelta al cuarto de detención, donde debí haber estado siempre.

Nick soltó una risa enternecida.

—¡Ah, Lavinia! —

exclamó.

—Si no lo hacés, vuelvo por mis propios medios. Cualquier cosa va a ser mejor que seguir compartiendo un espacio con vos.

Nick no se inmutó. Se encogió de hombros y llenó los pulmones de aire.

—Me pareció mejor que te quedaras acá en lugar de en ese cuarto —explicó con sencillez.

—¡Pero qué amable! —ironizó ella—. Lástima que pensaste mal. Prefiero que me arrojen a los tiburones

antes que quedarme acá con el peor. Con tu permiso.

Volvió a darle la espalda para retirarse, pero él se lo impidió de nuevo apoyando una de sus pesadas manos sobre la puerta.

—Dame una oportunidad —pidió. Lavinia soltó una risita mordaz.

—¿Cuántas más? — pensaba que estaba cansada de darle oportunidades, de fingir que él podía ser bueno y justo.

—Las que sean necesarias —contestó Nick con serenidad—. ¿Te sentás?

Lavinia se cruzó de brazos mientras se volvía para mirarlo.

—¿Por qué? ¿En esa posición se puede juzgar mejor al acusado? —le espetó.

—Yo no te juzgo —respondió él en un susurro. Lavinia enarcó las cejas.

—¿Oh, de verdad? —ironizó—. Sin embargo me enviaste a... —iba a decir «detención», pero Nick la interrumpió, presintiéndolo.

—Eso lo hice porque tenía que callar a la pasajera. Siempre supe que no habías

robado nada —aseguró—. Pero si algo me muero por saber es qué hiciste con todo lo que desapareció del camarote.

El tono gracioso de Nick distendió a Lavinia, aunque un poco nada más.

—Eso no importa —replicó ella—. Podés cargarlo a mi cuenta si querés, porque esos objetos no van a volver.

—Contámelo, por favor, que me late el corazón como a un asesino de la ansiedad.

Lavinia notó el brillo divertido en los ojos de Nick

y no pudo evitar ablandar el ánimo un poco más. Bajó la cabeza, las mejillas se le tiñeron de rojo. Ya no sentía frío, sentía el calor del cuerpo de Nick pegado al suyo y un extraño orgullo.

—No me digas que no te diste cuenta —bromeó.

—¿De qué, por Díos?!

—Si vos pensaste la decoración de esos camarotes...

Nick se llevó una mano a la frente. Los dos se habían olvidado de si él trababa la puerta o no. La dejó caer enseguida.

—Lavinia... —fue una súplica de intriga que la hizo sonreír.

—Me extraña de vos, Nick, un hombre tan despierto. ¿Acaso no lo ves? Estoy vestida con tus cortinas.

Nick dio un paso atrás con el ceño fruncido. Lavinia alzó la cabeza y sonrió al notar que el hombre la estudiaba. Después, con expresión que evidenciaba que no le creía una palabra, él exclamó sonriente:

—¡No puede ser!

Lavinia rió y le ofreció un

sector de la tela.

—Tocalo —lo invitó.

Nick obedeció de inmediato. Cuando comprobó que se trataba de sus cortinas, dejó escapar una risa. Lavinia había transformado un par de cortinas en el vestido más hermoso que Nick había visto nunca, o al menos así le parecía cuando ella lo llevaba puesto. Se sintió orgulloso del talento y la capacidad de esa mujer para diseñar, para coser y para vestir.

—¡Lavinia! —exclamó

con asombro—. ¿Por qué vestías con las telas que encontraste en el camarote? ¿Y el equipo de gimnasia?

El equipo lo compré cuando llegamos a Salvador de Bahía, porque ahí salía todo más barato —confesó. A Nick se le estrujó el estómago al darse cuenta de algo que siempre había sabido, pero que no había tenido en cuenta a la hora de dejarle los pasajes: ella era pobre—. Tuve que vestirme con tus cortinas porque perdí mi valija.

—¿Qué?

La frase lo sacó de toda reflexión, su rostro perdió cualquier vestigio de broma o diversión. Parecía sentirse molesto, enojado.

—Que según me dijeron, me equivoqué en un número del formulario de carga... — se apresuró a aclarar Lavinia.

—¡Mierda! —la interrumpió él.

—¿Qué?

Nick negó con la cabeza, se pasó la mano por la nuca y se alejó hasta sentarse en el taburete que estaba a los pies de la cama. Casi parecía

él el acusado. Lavinia avanzó unos pasos hasta quedar frente a frente de nuevo; ella de pie, él sentado.

—¿Pensás explicarme? —exigió Lavinia con tono mohíno. Presentía que Nick estaba a punto de decir algo que odiaría.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se afligió él—. ¿Dormías sin sábanas y te resignabas a que nadie limpie tu cuarto por no decirme personalmente que los estúpidos de mis empleados habían perdido tu

bolso?

—¿Cómo iba a decirte eso? —replicó Lavinia, ofuscada—. No fueron tus empleados, fui yo, y vos me ibas a creer la idiota que no sabe completar un formulario. Me dio vergüenza, Nick, porque la gente que acostumbra viajar seguro sabe completar esos papeles, en cambio yo...

Nick se puso de pie y dio una vuelta por el cuarto. Después se volvió hacia Lavinia con expresión indescifrable.

—Es que no hubo

equivocación —confesó.

Lavinia soltó una risita, le parecía imposible.

—Ay, Nick, gracias, pero ya sé que soy bastante distraída —recalcó.

—No, Lavinia —insistió él, muy serio—. Si tuviéramos que vestir pasajeros por la cantidad de equipaje que perdemos, me fundiría. Lavinia entreabrió los labios, incapaz de creerse la verdad.

—Nick... —balbuceó. Él siguió hablando.

—La orden que tienen los empleados es poner la

excusa del error en el formulario para que nadie reclame que los vistamos en su travesía. Y así gastan en las tiendas. Igual a nadie le importa demasiado porque hacen un reclamo en otro papel y con suerte les hacemos llegar la valija al puerto siguiente.

—Pero yo lo que menos tengo es buena suerte y jamás encontraron la mía, ¿verdad? —lo interrumpió ella, todavía boquiabierta. Nick lució abrumado.

—Si no te la hicieron llegar, es porque no. No la

encontraron. Se produjo un instante de silencio en el que ambos se miraron: uno culposo, la otra enojada.

—Sos un hijo de puta — soltó Lavinia, aunque lo dijo con cierta gracia, sin poder cerrar la boca.

—Eso no es nuevo para mí, decime algo original — respondió él, recordando la cantidad de veces que había escuchado a Fi leerle los mensajes que sus amantes le dejaban cuando él todavía no había encontrado el modo de bloquear los números. «Nick, sos un hijo de puta».

«Hijo de puta, no quiero verte nunca más». «Me las vas a pagar, hijo de puta». E infinidad de cosas similares.

Lavinia se encogió de hombros. Nick le pedía algo más original.

—Hacerle creer a la gente que es estúpida para que no te reclamen que pagues por el error de tus empleados es de capitalista cobarde.

—Vas mejorando.

—Algún día lo vas a pagar. Nadie está exento de quedarse en pelotas.

Nick la miraba como si fuera un niño en penitencia y

tras el presagio se echó a reír. Lavinia perdió todo vestigio de seriedad y acabó riendo también. Lo que comenzó siendo una melodía suave se convirtió en carcajadas: más reía uno, más quería reír el otro. Hasta que acabaron derrotados los dos, arrojados de espaldas sobre la cama con los pies colgando al piso.

Se hizo un momento de silencio en el que procuraron volver a respirar.

—¿Vos enviaste diseñar el techo de este camarote? — preguntó Lavinia, reflexiva.

Era uno de esos momentos filosóficos que solo acontecen después de un largo y profundo episodio de risa apenas justificada.

—sí.

—Es precioso.

—Gracias.

Volvió a hacerse silencio.

—Nick.

—Mmm...

—¿Qué les ves?

Lavinia no lo preguntaba con resentimiento ni con envidia, sino como una psicóloga analizando un paciente. Nick no se alarmó. No entendía lo que le

sucedía, solo que una extraña sensación de familiaridad lo invadía ahora que había alcanzado cierta libertad con Lavinia. Sentía que podía confiar en ella, que tenía una amiga. Aunque él no quisiera tener verdaderas amigas, nada más «amiguitas», como Lavinia las llamaba, que eran algo muy distinto.

—Es que no lo entiendo, Nick —continuó ella sin esperar contestación. Después de todo, él no tenía demasiada idea de qué le estaba hablando y por eso no

podía responder—. De verdad me cuesta creer que siendo vos un hombre tan inteligente, brillante en todo, busques actitudes tan denigrantes en una mujer. Me niego a creerlo. ¡Sabés bien lo que quieren! Quizás una noche divertida, tu cara bonita o un viaje en tu barco. Y por eso lo pasan bien, porque hacés realidad sus deseos, pero vos... no puedo creer que de verdad vos lo pases bien, que sea eso lo que deseás.

Nick se sintió desnudo. Lavinia había expresado tan

bien y en tan pocas palabras a qué se había reducido su vida que se asustó. Suspiró. Lo cierto era que a pesar de todo deseaba responder, pero no lo hizo. O quizás sí.

—¿Sabés lo que me pasó una vez cuando era chico? —preguntó.

—Me encantaría saberlo —respondió ella con ánimo de seguir la conversación.

—Todos los veranos, mi mama armaba una Pelopincho para que me entretuviera con los amiguitos del barrio — Lavinia notó el matiz que

cobró la voz de Nick al nombrar a su madre. Fue un tono espesé nuevo en él, pero no emitió palabra al respecto porque no quería interrumpir el cuento—. No nos íbamos de vacaciones — aclaró Nick.

A Lavinia le pareció extraño ese hecho de las vacaciones y de que pileta fuera de lona, porque siempre pensó que los niños ricos paseaban todos los veranos y tenían piscinas de hormigón o de plástico, esas grandes hundidas en el césped, pero tal vez los

había prejuzgado.

—Una de esas tardes —
continuó él—, dos de mis
amigos me hundieron la
cabeza en el agua. Estaban
jugando, pero me
sumergieron tanto tiempo y
sin preparación previa que
casi me ahogué —Lavinia
enarco las cejas, sorprendida
—. Desde entonces le tengo
pavor al agua en grandes
cantidades, como en
piscinas, o el mar... por poco
no le temo al agua en el
jacuzzi también —bromeó.

Lavinia comprendió de
pronto por qué no había

visto a Nick en La playa, aunque no se hacía a la idea de que alguien que tenía terror al agua pudiera comprarse un barco.

—Te compraste un barco...
—reflexionó en voz alta.

—Es lo que se hace con los miedos respondió él—. Enfrentarlos.

—A mí me parece que no lo estás enfrentado en realidad, solo te acercás sin atreverte a tocarlo —replicó ella—. Lo enfrentarás si el barco se hunde, o si te animás a ir a la playa y nadar en el mar, que te

aseguro es precioso. Yo no lo conocía.

Como supo que Lavinia tenía razón pero no estaba preparado para reconocerlo, Nick se descalzó y se deslizó hacia atrás. Lavinia no se movió.

—Yo también tengo miedo —siguió hablando ella. Esperaba compartir parte de un secreto con él, después de haber notado que acababa de ponerlo en evidencia con algo que parecía ser muy profundo—. Al viento —para quitarle dramatismo al asunto,

también se descalzó y se deslizó hacia atrás, como antes había hecho él, que ya había recostado la cabeza sobre la almohada—. ¿Sugería que me compre un avión?

Nick soltó la risa que había estado esperando su turno para salir y la abrazó. Lo hizo sin que mediara el sexo de por medio, ni segundas intenciones, ni siquiera el deseo. Pasó el brazo por detrás del cuello de Lavinia y la atrajo hacia su costado porque ella era su amiga y porque creía

guardarle cierto afecto.

Lavinia sintió que el corazón le estallaba. ¡Él se veía tan atractivo cuando reía! Joven, abierto, renovado. Presintió que Nick no la consideraba una «amiguita» y eso la llevó a acurrucarse más contra su costado y a apoyar una mano sobre su pecho para sentirlo todavía más cerca. Se sintió honrada. No era amor de pareja lo que él parecía dispuesto a brindarle por el momento, pero que la considerara su amiga la llenó de dicha.

A Nick le costaba abrir su corazón. Ella lo sabía, como también sabía que aún no se abriría del todo, sino apenas un escaso milímetro. Él era capaz de mucho más que abrazar, relajarse y reír. Sin embargo, Lavinia no estaba segura de llegar a conocer esas capacidades alguna vez.

—Contame un sueño —le pidió—. Un sueño que tengas muy seguido.

—¿Un sueño de esos que se tienen despiertos, o un sueño dormido? —preguntó él para estar seguro. A Lavinia no le importó

mientras se tratara de un sueño de él.

—Cualquiera de los dos —
consintió.

—Hay uno que es el mismo en ambos casos —
explicó Nick. Su voz sonaba otra vez extraña, presa de cierta angustia y añoranza —. Sueño con la sonrisa de mi mamá cuando me alcanzaba una taza de chocolate bien caliente a mi cuarto mientras yo estudiaba. Esa sonrisa consigue templarme en los momentos más fríos, más oscuros.

Lavinia tragó con fuerza. Esperaba no ser tan débil de dejar escapar una lágrima, no quería que él sintiera que ella se había apenado. Pero Nick era quien le había transmitido esa tristeza, posiblemente porque él mismo la sentía. Lavinia volvió a esforzarse por quitarle dramatismo al asunto, pues su intención no era que él lo pasara mal con ella. Quería que de verdad lo pasara bien, no como estaba segura de que le ocurría con sus «amiguitas».

—Yo suelo soñar con la

historia —contó ella.

—¿Con la historia?

Repuesta del posible llanto, Lavinia se estableció sobre un codo y alzó la cabeza para ver a Nick a los ojos. Los de él brillaban; habían perdido ese velo de frialdad y distancia con que siempre los recubría.

Nick, el inalcanzable, era al fin un ser humano.

—Sueño con muchos sucesos históricos, pero resulta evidente que me obsesiona uno en particular —contó ella. Él lucía intrigado por saber cuál era,

y ella no lo hizo esperar—. El enfrentamiento entre Héctor y Aquiles —culminó. Nick enarcó las cejas, sorprendido—. Pero en mi sueño, Héctor es un enano.

Nick soltó la carcajada. Lavinia no pudo evitar hacerlo con él.

—¡Estoy loca, ya lo sé! — siguió—. Debe ser porque mi hermano insiste con que le cuente siempre esa misma historia y después termino asociando a Héctor el héroe con Héctor mi hermano.

—Sí que estás loca — replicó él—. ¿No soñaste

con el caballo de Troya también?

—No— contestó Lavinia seriamente—. Con eso no.

—Menos mal —se alivió él. Ella alzó las cejas, intrigada.

—¿Por qué? —preguntó. Nick sofocó una risa.

—Me parece que Homero o quien sea que haya escrito la *Iliada* se hubiera sentido muy ofendido de que le cambiaras el caballo por un burro. O por una vaca. ¿Te imaginas? Decí que sos un angelito, si no, ni yo te perdonaría semejante

sacrilegio.

Lavinia se echó a reír como si fuera el fin del mundo. De pronto, se puso muy seria.

—Yo no soy un ángel, Nick —confesó, abrumada por las nuevas sensaciones que él le producía Una vez, cuando tenía doce años, hasta le robé a un cieguito.

Nick enarcó las cejas, divertido.

—Eso sí que está muy mal —concluyó—. Qué sucio, yo nunca llegué a tal nivel de suciedad —bromeo. No conseguía imaginar a

Lavinia robándose nada, y si lo había hecho tan mal como mentir con su identidad, ya podía deducir cómo había terminado el asunto. Eso lo hizo reír.

—Le robé un pedacito de su torta —siguió confesando ella, compungida con el recuerdo—. ¡Pero estaba tan rica!

Nick se esforzó por acabar la risa y fingirse serio.

—Ah. Bueno, hubieras empezado por ahí —intervino—. Por un trozo de torta, yo habría hecho exactamente lo mismo. Me

encanta. Mataría por una en cualquier momento, y si es de chocolate, mejor.

Lavinia lo miro enarcando las cejas.

—¿En seno? interrogó. De las pocas cosas que sabía cocinar bien, una eran las tortas.

—No sabes cuan en serio hablo. Algún día, ya lo vas a ver.

Y después de esa promesa, acabaron jugándose bromas acerca de anécdotas y cosas mundanas hasta que Nick volvió a atraerla hacia sí y la besó en la frente. Eso

desarmó a Lavinia, y también a él, que no alcanzaba a comprender por qué actuaba del modo que se había esforzado por desterrar de sí.

O

—¿Qué quieres decir? — gritó Patricia a la empleada de limpieza. Era la misma a la que le había pagado para que escondiera el anillo de su cómplice en el camarote de Lavinia—. Si no está en el cuarto de detención, ¿dónde está?

—Según tengo entendido,

el señor Hagen pidió que la llevaran a su camarote.

—¿Adonde? —reclamó Patricia, como si la empleada no hubiera sido lo suficientemente clara o tuviera la culpa de sus errores. El problema era que ella misma no podía creer que, intentando separar a Nick de la costurerita, había terminado reuniéndolos en el mismo cuarto.

—A su camarote —repitió la otra, obediente, aunque sin darse cuenta de que revolvía así el puñal enterrado en el vientre de

Patricia.

O

—Siempre voy a estar acá para vos, Lavinia —le dijo Nick mientras se adormecían —. Siempre.

Lavinia sonrió. Todavía abrazados, se quedaron dormidos.

Al abrir los ojos, el fantasma del recuerdo de aquella mañana en el hotel alarmó a Lavinia. Ella pensaba que él ya no estaría a su lado, sin embargo, allí estaba, con los ojos abiertos, sonriendo mientras la veía

despertar.

—Cumpliste —balbuceó Lavinia. Recordaba que él le había prometido que estaría allí para ella siempre.

—Y siempre será así —le recordó él—. Somos amigos, ¿no? No sos una «amiguita», Lavinia, sos mi amiga. ¿Entendés la diferencia?

Lavinia presintió que aquellas palabras tenían un significado especial para Nick. El problema radicaba en que ella, que no quería ser su «amiguita», en el fondo tampoco se conformaba con ser su

amiga.

—Sí —respondió, tratando de contentarse con su confianza. Al menos Nick ya no la quería lejos, sino cerca, tan cerca como un amigo puede estar. Pero ser su amiga sin que él se abriera sin restricciones tampoco cabía en su lista de conformidades.

Nick rompió con toda seriedad o preocupación.

—Te invito a desayunar —propuso. Estaba de buen humor, pero de un modo extraño, no como Lavinia lo había visto antes. Ni

excitado, ni acelerado, ni con dobles intenciones.

—¿Acá en el camarote o afuera? —preguntó Lavinia.

—Afuera. A alguno de los bares donde nadie nos encuentre.

—Creo que conozco el sitio perfecto —indicó ella—. El bar de la multitud —rió—. Ahí no vi japoneses ni chicas de rojo —le guiñó el ojo.

A pesar de que percibió que Nick se había tensionado, Lavinia lo ignoró y le propuso encontrarse en el bar que

ofrecía el desayuno incluido en el pasaje en una hora.

Al llegar al comedor, encontró que él ya estaba allí. Nick la vio llegar con prendas que no habían sido confeccionadas con sus cortinas y se preguntó si esa ropa también la habría comprado en el viaje. Se sentía culpable por haber dejado a Lavinia los pasajes a un mundo al que no pertenecía y para el cual debió haber sacrificado varias cosas necesarias por culpa de su omisión. No entendía cómo había sido

tan estúpido de dejarle los pasajes sin facilidades para que pudiera utilizarlos. Pensaba que ella había tenido que sobrevivir con monedas entre el lujo y que habría creado en ella deseos frente a la riqueza de los otros, añoranzas que por culpa suya ahora sentía y jamás podría cumplir. Era el culpable de haber creado sueños en alguien y que estos fueran a convertirse en frustraciones. Excepto... excepto que él pudiera hacer algo para que ella cumpliera esos sueños. Había

comprobado que era verdaderamente buena diseñando, algo se podría hacer.

Se saludaron y tomaron asiento. El sol iluminaba parte de la mesa y el rostro de Nick. Lavinia llevaba puesta la ropa del día que habían abordado, pero como él no la había visto, no lo sabía.

Eran las siete. A las nueve el barco llegaba a destino y eso los separaría. Aquel pensamiento contrajo las facciones de Lavinia.

—Pensé que no ibas a

venir —confesó cabizbaja.

—¿Qué acordamos? —
replicó él.

—Que éramos amigos.

—Exacto. Y a uno le gusta
pasar tiempo con sus
amigos, ¿no?

Lavinia suspiró y sonrió en
gesto de asentimiento. Era
una sonrisa un tanto rígida,
opacada por un mal
presentimiento.

Nick no parecía el mismo.
Lucía relajado, amable y
gracioso. Ni siquiera había
fumado. Todo rastro de
aquel hombre egoísta y
libertino había desaparecido;

su postura, su tono de voz, su mirada habían cambiado. Las conversaciones se sucedían con naturalidad, sin que él evitara nada, aunque ella tampoco había vuelto a hacer preguntas. No parecía sentirse incómodo ni buscar oportunidades para incomodarla a ella o apabullarla con su personalidad arrasadora.

Nick, el verdadero Nick, la enamoraba todavía más que el otro.

—Nunca me hubiera dado cuenta de no haber sido por vos —le comentó él

mientras les servían el desayuno. Chocolate caliente, como a Nick le gustaba. Tras la conversación de la noche, Lavinia comprendía el motivo.

—¿De qué? —preguntó. Trataba de volver a la realidad y disfrutarla mientras durase.

—De que hacer ropa es arte.

Lavinia alzó las cejas, gratificada con su comentario.

—¿Vos creés?

—¡Te hubieras visto

vestida con mis cortinas! — exclamó él. Lavinia rió pero rápido volvió a ponerse muy seria.

—Si querés que pague las cortinas puedo...

—Me sobran cortinas —la interrumpió él. Miró la hora —. Es más, en este momento deben estar colgando las de reposición. Contame: ¿cómo puedo lucir diferente?

Nick sí era rápido y expeditivo. O si solo lo hacía para que ella dejara de lado el asunto del robo, Lavinia no lo supo. De cualquier modo, la actitud

consiguió hacerle olvidar lo triste que se sentía por tener que despedirse de ese viaje de ensueños y de él, y se relajó.

—En mi opinión, tenés muy buen gusto para la ropa —respondió tras beber un sorbo de chocolate.

—Sí, eso ya lo sé —contestó Nick, que se olvidaba de relegar la humildad cuando no era preciso hacerlo. Untaba una tostada con mermelada de frutilla, se comía una atrás de otra—. Pero no me refiero a saber elegir buena

ropa, sino a que la ropa me haga lucir diferente.

—¿Diferente cómo?

—Un poco más...
implacable —contó él.
Lavinia rió.

—¿Implacable?

—Sí, esa es la palabra —
asintió antes de introducirse
la tostada entera en la boca.
¡Cómo le gustaba la
comida!, tanto que ya casi
no parecía ese que
prácticamente no había
probado bocado en la cena
en el Hilton. Lavinia enarcó
las cejas.

—¿Todavía más? —

bromeó. Nick se puso serio.

—¿De verdad creés que parezco implacable? — preguntó con los ojos muy abiertos y la boca todavía llena.

Lavinia suspiró preguntándose cómo dar respuesta a esa pregunta, porque si alguien quería aparentar algo era porque disfrazaba su verdad, y si ella lo había creído implacable cuando en realidad no lo era, se debía a que Nick fingía muy bien.

—Si querés que te diga la verdad, creo que la ropa no

puede hacer lucir a alguien como no es, pero si creés que lo sos, puede colaborar.

—No entiendo del todo el punto —intervino Nick con el ceño fruncido. Tragó con fuerza lo que antes masticaba.

—Que me parece que te esforzás tanto por mostrarte implacable que todos nos creemos que lo sos, así que por ese lado no tenés de que preocuparte —lo consoló—. Lo peligroso sería que acabaras creyéndotelo vos, porque si lo hicieras, el falso Nick acabaría destrozando al

verdadero. Mataría tu verdadero ser.

Nick se la quedó mirando. Sus ojos parecían traspasarla, aunque ya no de modo lujurioso, sino por el simple hecho de que eran reflejo de sí mismo. Los ojos de Nick habían dejado atrás el velo oscuro que los recubría y eran ahora transparentes, como si estuviera permitiendo a Lavinia ver en su interior porque no se atrevía a soltar lo que llevaba dentro.

Él se dio cuenta de que Lavinia estaba entrando en

su corazón, por eso bajó la mirada, inventó una semisonrisa y se esforzó por sonar distendido.

—Me gusta el chocolate —dijo. Tenía la nariz que para Lavinia era tan perfecta dentro de la taza—. Esto no es chocolate, es agua sucia.

Lavinia rió y bebió, como él, un sorbo de «agua sucia».

—¿Me vas a contar cómo te hiciste ingeniero? —interrogó—. Los amigos se cuentan sus cosas, ¿no?

Nick no pareció ni remotamente incómodo como en la primera

oportunidad que ella le había formulado casi la misma pregunta, pero sí se hacía evidente que el tema no le traía buenos recuerdos.

—Estudié seis años en la Universidad de Buenos Aires —bromeó. Lavinialadeó la cabeza y se humedeció los labios a la vez que esbozaba una sonrisa comprensiva. Nick bajó la seductora mirada y agregó—. ¿Puedo contarte a cambio cómo me hice conocido?

Lavinia asintió. No quería obligarlo a nada y valoraba

que, aunque de manera implícita, él hubiera tenido la honestidad de darle a entender que no quería recordar cómo o porqué se había hecho ingeniero.

—Gané una licitación para un proyecto nacional —explicó—. Uno para construir un puente importante.

—Debe haber sido un gran orgullo para vos y para los tuyos —aventuró Lavinia. Nick no respondió, viró de tema como cuando ella había hablado de las cortinas, esta vez para

protegerse a sí mismo.

—Tengo un regalo para vos —anunció.

Lavinia sonrió. Su rostro se iluminó como afuera despuntaba el sol de la mañana. Hacía mucho tiempo que no recibía un regalo.

—¿Para mí? —Nick hurgó en el bolsillo del saco y de allí extrajo un papel. Ella lo leyó—. ¿Y esto?

No quiero que te bajes de este barco con esa ropa —explicó él—. Te debo una valija llena de prendas, ¿te olvidaste?

—Es la que utilicé para abordar... —explicó ella, todavía sorprenda por el valor del crédito en su favor para ser utilizado en las tiendas del *Paradise*—. Lo siento, Nick, no puedo aceptarlo.

Él estiro una mano para tomar la de la mujer. Los dedos de Lavinia temblaron. Ella lo miraba con los ojos verdes de diosa romana muy abiertos, asustada por lo fuerte que era el sentimiento que él le despertaba.

—Quiero que me perdones —argumentó Nick.

—¿Perdonarte? —ella se encogió de hombros—. ¿Por qué?

Nick bajó la mirada.

—Debí darme cuenta de que eras diferente.

Lavinia tragó con fuerza. ¿Acaso él quería decir que ella no era una de sus «amiguitas»?

—¿Diferente? —exigió saber—. ¿Diferente cómo?

—Sabés lo que quiero decir...

Había algo que impedía a Lavinia terminar de interpretar aquello que había pensado primero, y no

descansaría hasta saber qué era.

—¿Por qué soy diferente, Nick? —insistió. Él no tuvo más opción que explicar.

—Te dejé dos pasajes sobre la mesa de noche sin pensar en que para venir tendrías que dejar de trabajar, y además subsistir acá. En ese momento no recordé que eras...

Él se interrumpió. Percibió que los ojos de Lavinia se oscurecían, pero no alcanzaba a comprender la razón.

Ella sí: con que él le pedía

perdón y le obsequiaba ropa porque era pobre, no porque la quisiera, ni porque le importara de ella. Nick solo se preocupaba por él mismo, por su propio ego, porque se sentía culpable. Pero no iba a callarlo con dinero. No.

Retiró la mano que Nick le había tomado con prisa.

—¿Qué era qué? —se indignó—. ¿Pobre? Decilo. Soy diferente de tus amiguitas porque soy pobre.

Él se quedó congelado, como si su intención hubiera sido malinterpretada o sus palabras mal dichas. Pero en

lugar de aclararse, se enterró; casi parecía que lo hacía adrede.

—Se necesita una buena suma para venir aquí, más si perdieron tu...

—No te molestes en seguir hablando —le espetó ella al tiempo que alzaba una mano en gesto preventivo. A continuación rompió el vale en cuatro partes que luego arrojó sobre la mesa con desdén—. ¿Sabés qué? Podés conservar tu regalo y tus disculpas. Conozco personas mucho más pobres que yo, y no precisamente

por el dinero. Entre ellas, vos. Personas tan pobres que ni siquiera saben quiénes son. Con permiso.

Lavínía se puso de pie y, dolida como estaba, se alejó. Esperaba que Nick la llamase, que intentara disculparse por haberla herido, pero no se sorprendió de que él no lo hiciera. De hecho ella también le había pegado donde más dolía, solo que no lo sabía.

—Quiero ayudarte — escuchó que le hablaba Nick desde la mesa mientras la

veía alejarse—. De todas las formas que pueda hacerlo. Por favor, llámame si necesitas algo.

Aunque escuchó todo con mucha claridad, Lavinia no se volvió.

O

Patricia se acercó a Nick. Faltaba menos de media hora para que el barco atracara en el puerto de Buenos Aires y él se había internado a beber whisky en el bar desolado. Se veía tan apuesto con el reflejo del sol matinal dándole de lleno en

mitad de la cara que a Patricia se le aceleró el pulso.

—¿Pasaste un buen rato anoche con la costurerita? —preguntó con sorna. Nick se mordió el labio inferior y sonrió.

Cuando él giró la cabeza y alzó los ojos hacia ella, el deseo fue abrumador. Patricia apretó las piernas en su vano intento por traspasar aquella mirada azulada, pero solo chocó con el muro de hierro que Nick había construido adentro.

—Fue muy bajo, pero

esperable de vos —espetó él en relación con el robo del anillo—. No sé de qué telenovela lo sacaste, pero habría sido justo que lo televisaran.

—No sé de qué hablás —se defendió ella. Nick la miró de arriba abajo con desdén.

—Sí, sos completamente capaz —determinó tras estudiarla—. Lástima que te tornaste tan predecible. Lo que hiciste fue estúpido, infantil y perverso.

—No te entiendo, Nickito. Nick hizo a un lado el vaso

de whisky con un ademán violento. Se tornó amenazante cuando alzó el dedo para hablar a la mujer, aunque lo hizo en voz muy baja.

—Esto no tiene nada que ver con ella, así que déjala en paz.

—No sé de qué me habláaas —canturreó Patricia.

—No es por ella, ni es por vos —continuó él ignorando su intervención—. Es por mí.

Tras decir eso, Nick se puso de pie y la pasó por al

lado como si Patricia fuera apenas una sombra.

—Espero hayas disfrutado la travesía —se burló mientras se iba.

Patricia entrecerró los ojos. Todo el deseo que había experimentado hasta hacía un momento se había convertido en resentimiento.

Era imposible que él no la deseara. Había pasado más tiempo del habitual desde la última vez que se habían visto, sí, pero él mismo se lo había dicho: le era fiel hasta la muerte. Tenía que ser así.

Capítulo 13

FI alzó la cabeza cuando escuchó la puerta del ascensor. Vio llegar a Nick y aproximarse de buen humor hacia su escritorio.

—¡Nick! —exclamó la mujer, que ya se ponía de pie abriendo los brazos con gesto maternal—. ¿Cómo te fue?

Nick se acercó a ella y respondió al abrazo. Solían manifestarse ese tipo de afecto cuando nadie los veía.

—Todo salió muy bien, Fi, mejor de lo esperado — respondió él—. Habilita este número, por favor.

Nick tendió un papel con el membrete del *Paradise* a su secretaria y se internó en la oficina. El trabajo atrasado debía llegar al techo, porque Pablo no podía con todo mientras él estaba ausente.

Fi se sentó al escritorio y manipuló el aparato para dar de alta el número, acción que interrumpió cuando lo reconoció. Lo había bloqueado no hacía mucho

tiempo.

Suspiró. Resultaba evidente que por fin alguien real había llegado a la vida de Nick. Solo esperaba que no fuera como Patricia Colombo.

El recuerdo de esa mala mujer todavía le revolvía el estómago. Patricia había hecho lo imposible por separarla de Nick, alertada porque ella sabía muy bien qué clase de mujer era esa que había robado el corazón y la ilusión de su muchacho. Separarlos debía ser lo único que Patricia no había

conseguido de Nick, porque el resto... el resto Nick lo había dado todo.

O

La tarde que Nick conoció a Patricia el sol iluminaba la fachada del edificio gótico de la facultad con singular esplendor. El otoño todavía no había desnudado del todo los árboles, por eso algunas ramas con sus hojas se reflejaban como sombras en los ventanales y la pared. La calle ocultaba sus secretos con el ruido del tránsito posterior al mediodía.

Lo primero que llamó la atención de Nick fue el descapotable rojo que le pasó por al lado mientras él caminaba rumbo a la entrada. Era imposible que pasara desapercibido, al igual que la mujer que lo conducía. Ella llevaba lentes para el sol, el cabello de un color castaño rojizo suelto y abultado, los labios al tono de su coche en contraste con la piel fina y blanca. El reflejo del sol en aquel cabello, los destellos de la chapa del Peugeot y lo inalcanzable de la figura

celestial que lo conducía hechizaron a Nick, lo dejaron boquiabierto y dichoso. Le gustaba admirar la belleza en todas sus formas, por eso la siguió con la mirada hasta que el vehículo desapareció del alcance de su vista.

Por un momento había conseguido olvidarse incluso de que le tocaba exponer su trabajo en la clase del reconocido profesor Colombo. Solía ponerse nervioso cuando iba a ser evaluado, aunque siempre le fuera muy bien. Le gustaba

enseñar, era ayudante *ad honorem* de una de las cátedras de Estructuras del primer curso, pero resultaba bastante tímido para el pizarrón, por eso lo de él eran las clases que casi parecían particulares. Se reunía en pequeños grupos de trabajo y orientaba a todos los interesados en superarse. Enseñar lo hacía sentirse útil y le permitía dejar algo de sí en los demás. Ser profesor requería de cierta generosidad, porque el conocimiento era lo máspreciado que alguien

podía transmitir.

Eso no era de importancia cuando el alumno pasaba a ser él. Nunca había dejado de serlo, en realidad, y para eso faltaba al menos un año y medio. Estaba en su sexto año de Ingeniería Civil, pero era consciente de que no alcanzaría a rendir todos los exámenes finales a tiempo para terminar a fin de año.

Caminó hasta el aula que le correspondía, llegó antes que los demás, como deseaba, e instaló las láminas que había preparado para exponer en el frente.

Mientras esperaba la llegada de sus compañeros, repasó por centésima vez el punteo de ideas que había hecho para no olvidar nada de todo lo que quería decir en apenas veinte minutos, que eran los que el profesor Colombo disponía para que cada alumno concentrara las ideas, y repitió al menos una vez el comienzo de su exposición.

Calló cuando llegaron varios alumnos juntos. Solían reunirse en grupos para conversar o estudiar antes de la hora de clases,

por eso después llegaban en grandes grupos. Nick era más bien solitario, únicamente formaba equipo cuando tenían que preparar y entregar algún trabajo en conjunto, de lo contrario siempre se las arreglaba por su cuenta. Se llevaba bien con todos, pero no había hecho grandes amigos.

Cuando el profesor llegó, se puso de pie de inmediato, ya que hasta el momento había estado ocupando el asiento del escritorio. Saludó al hombre con un gesto hecho con la cabeza y esperó

a que todos se callaran para que Colombo le diera la orden de hablar.

—Muy bien —dijo el viejo ingeniero respaldándose en la silla—. ¿Qué preparó para hoy, Larrazábal?

Nick explicó una revisión de la teoría de Joukowski y sus aplicaciones en un problema constructivo concreto. Se disponía a avanzar con lo que había recopilado del libro de Prandtl y Tietjens, pero de pronto se le olvidó el vocabulario del español. Se quedó callado, con los ojos

fijos en la figura escultural que acababa de atravesar la puerta.

El señor Colombo, al igual que el resto de la clase, notó su dispersión, por eso todas las cabezas giraron hacia la entrada. Allí estaba Patricia, con sus jeans azules y su camisa roja, destilando belleza soberana. Nadie la miró más de un momento, pero para Nick el sol acababa de entrar por aquella vieja puerta y eso ameritaba el silencio.

—Perdón, no quería interrumpir —se excusó ella.

La voz resonó en los oídos del muchacho, que se ponía cada vez más nervioso por no poder continuar con su clase y porque todos sus compañeros ya se habían dado cuenta de que la culpable de aquella mudez repentina era Patricia Colombo.

El viejo profesor sentía adoración por su hija. Se hizo evidente porque la llamó con un gesto de su mano y le ofreció un asiento delante de todos.

—Esta es mi hija Patricia, egresada con honores de la

carrera de Ciencias Matemáticas.

Patricia sonrió y se meció suavemente, en apariencia avergonzada.

—Ay, papá... —masculló.

—Le pedí que se quedara en la cafetería, pero es ansiosa y vino a buscarme —agregó el hombre. Todos rieron—. Es suficiente, Larrazábal —determinó después respecto de Nick—. Estuvo muy bien. Demos paso al siguiente alumno porque parece que me voy a tener que ir temprano.

Al decir eso, miró a su hija

con una sonrisa No era extraño que el viejo señor Colombo se sintiera igual de hechizado que Nick respecto de la mujer, que era todo sensualidad y color.

El resto de la hora, Patricia bostezó cinco veces, estudió el techo del aula otras tantas más y acabó con la roja cabecita apoyada en el hombro de su padre. Poco después de que esto sucediera, el señor Colombo dio por terminada la clase y se retiró del brazo con su hija.

Cuatro horas más tarde,

después de cursar la segunda y última materia del día, Nick transitaba por el pasillo rumbo a las escaleras hasta que una poderosa voz lo detuvo en seco.

—Larrazábal —escuchó. Fue como un canto. Se dio la vuelta.

La alta y generosa figura de Patricia se le acercaba con sus largas piernas, dando un paso delante del otro para que su cadera se meciera con el compás de su movimiento. Nick se puso nervioso. El corazón le latía como si una tropilla se

agitara en su pecho rumbo al vientre y a la entrepierna, donde extrañas mariposas batían sus alas y le hacían transpirar la palma de las manos.

—Señorita Colombo —
asintió con respetuoso interés.

—Podés llamarme Patricia —exigió ella, que ya llegaba a él—. ¿Vos cómo te llamás?

—Nicolás. Pero todos me dicen Nick —respondió como si estuviera dando lección con el profesor. Ella sonrió.

—Me gusta tu nombre, Nicolás —determinó—. ¿A vos te gusta el mío?

Nick no tenía idea de a dónde llevaba esa pregunta, pero se esforzó por ser sincero y educado.

—Me gusta mucho, señorita Colombo —asintió.

—¡Patricia! —lo regañó ella mientras reía.

—Patricia —repuso él.

Patricia se lo quedó mirando. Nick no alcanzaba a entender sus intenciones, su silencio, pero lo comprendió cuando ella siguió hablando.

—Estoy segura de que estás pensando algo — insinuó—. Decime, Nicolás, ¿en qué estás pensando?

Nick tragó con fuerza. No podía decirle que ella le robaba las palabras, que cuando la tenía enfrente se maldecía por ser un nerd sin vida social al que solo le faltaban anteojos y una corbata de moño para corresponderse con su timidez. Un chico que nunca podría siquiera soñar con una mujer como ella.

—Estaba pensando en... — quería mentir. Tenía que

hacerlo, por eso iba a decirle algo acerca de su lección, o quizás se le cruzara algo de Joukowski antes que palabras adecuadas para una chica que le gustaba, pero no tuvo necesidad de decir nada. Patricia alzó una mano con la que fingió acomodarle el cuello de la camisa y sonrió mientras lo interrumpía:

—Estabas pensando en invitarme a salir, lo sé — dijo—. Acepto.

Paso por vos a las nueve. Decime tu dirección.

Nick no lo podía creer,

¡Patricia Colombo estaba interesada en él! Si bien le provocaba cierto miedo que ella fuera nada más ni nada menos que la hija de su profesor, la alegría del triunfo no le permitió pensar.

Por ese entonces, él tenía veintitrés años y ella veintiséis. Tres años de diferencia que hicieron mella en Nick, porque en ese momento no pensó en que podía sentirse avergonzado porque la chica que le gustaba viera la casa pobre en la que él vivía, ni en que

tendría que ir a trabajar para su padre si quería tener algo de dinero para pagarle a ella una Coca-Cola o, con suerte, la cena en algún restaurante. Solo le importaba conquistarla y suplir con su pasión juvenil cualquier otra falta.

Nick llegó a su casa en otro mundo. No le faltaba experiencia con chicas, pero todas habían sido menores que él y de su barrio. También se había involucrado con varias que había conocido en discotecas y bares, nada muy distinto

de lo que hacían los demás chicos de su edad. De todos modos, salía muy poco desde que había comenzado a cursar en la universidad.

—¡Hola, mamá! — exclamó ni bien entró al living, pero allí, en lugar de hallar a su madre, se encontró con Fi—. Hola, Fi —la saludó—. ¿Y mi mamá?

—Hola, Nick —respondió la mujer—. Está en la cocina.

—Gracias.

Todavía con el libro de Prandtl y Tietjens que había

sacado de la biblioteca en la mano, Nick buscó a su madre, a quien halló en la cocina. Se le acercó y la besó en la frente. La mujer de ojos grises como los de su hijo sonrió y lo abrazó por la cadera. Él dejó una mano apoyada sobre su hombro y se lo acarició mientras hablaban.

—No voy a cenar acá hoy —avisó—. Es una lástima porque lo que sea que estás preparando huele muy bien —siguió diciendo. Teresa sonrió.

—Gracias —respondió

mientras giraba la cabeza hacia él. Le dirigió una mirada llena de picardía—. ¿Qué te traes entre manos, mi amor?

Sabía que su hijo se había quedado sin amigos cuando había comenzado la universidad y que la gente que había conocido ahí no eran más que compañeros de clase con los que se llevaba muy bien, pero jamás se veían fuera de los trabajos que tenían que hacer juntos.

Él sonrió con orgullo. Tenía una sonrisa sensual y enigmática, de labios bien

formados y dientes muy blancos.

—Menos averigua Dios y perdona, ma —bromeó—. Vos me lo decías siempre cuando te preguntaba cómo venían los bebés al mundo con apenas cinco años.

Teresa rió con la respuesta. Fi, que los miraba enternecida desde la abertura que comunicaba la cocina con el living, también sonrió.

—Con los hijos, todo lo que digas podrá ser usado en tu contra —agregó. Los tres rieron. Después Nick se

apartó de su madre y le avisó algo más.

—Me voy a lo de Octavio.

—¿Ahora? —indagó la mujer.

—Sí, ya mismo. Puedo trabajar al menos dos horas antes de que cierren.

Ni bien escuchó a Nick subir las escaleras, Teresa transmitió su preocupación a su querida amiga Fi.

—Debe estar necesitando plata —se lamentó—. Si pudiera dársela y ahorrarle el mal trago con el padre, te juro que lo haría sin dudarlo.

Fi le sonrió, comprensiva.

Esta vez no tenía nada que agregar.

Nick llegó al gran piso de Constructora Larrazábal media hora después. Las oficinas estaban ubicadas en un edificio vidriado en pleno Microcentro. Allí esperaba encontrar el escritorio de la secretaria de Octavio ocupado, sin embargo lo halló vacío. Pensó que quizás Elizabeth y su padre podían estar muy ocupados con sus intimidades en la oficina del arquitecto, pero desechó la idea pronto. Ya no eran amantes, ¿qué

necesidad podían tener de andar haciendo el amor a escondidas en la oficina?, así que abrió la puerta.

Allí no estaba Elizabeth, sino su padre reunido con dos inversores.

—Perdón —se disculpó Nick. Hablaba con la voz cortada, parecía evitar la mayor cantidad posible de palabras—. Pensé que...

—¡Nicolás! —lo interrumpió su padre—. Ya que al fin decidiste aparecer, alcanzanos dos cafés y una soda sin gas —Nick asintió. Mientras se encaminaba al

bar de la oficina, escuchó que Octavio comentaba a los hombres—. Se le ocurre venir a verme cuando necesita algo. Es igual que la madre, no les gusta trabajar. ¡Qué le vamos a hacer! Los hijos no siempre son lo que uno quiere, ¿no? Sobre todo si los hacemos con la persona equivocada.

Lo dijo con desdén, con sorna. Los hombres rieron creyendo que era una broma. Quizás lo era, pero para Nick significaba el principio de lo que siempre sucedía cada vez que iba a ver a su

padre. Apretó la botella de soda para reventar los nervios y se dijo que estaba ahí por un fin mucho más importante que cualquier otra cosa, que tenía que soportar para obtener lo que necesitaba y salir corriendo de allí.

Alcanzó dos cafés y se quedó de pie al lado del escritorio, esperando nuevas instrucciones. Nadie le prestó mayor atención. No quería pensar que era como un alto florero vacío de vida, prefería creer que su padre al menos no le había pedido

que se retirara y le permitía escuchar los últimos diez minutos de su reunión de negocios.

Finalizado el encuentro, los hombres dieron la mano a su padre y también se la extendieron a él, quien las estrechó con esmero y amabilidad. Le hubiera gustado ser importante, pero solo era el florero.

Elizabeth entró justo cuando los dos hombres salían. Se sorprendió ingratamente al ver a Nick, él lo supo porque ella entró con una cara y ni bien lo vio

la cambió por otra, una mucho más amarga que la anterior.

—Nicolás —dijo a modo de saludo.

—Hola —respondió él.

Ella le habló a Octavio al oído, como si temiera que Nick pudiera escuchar los asuntos de trabajo de los que le hablaba y hacerles peligrar el negocio. Para no sentirse excluido, él se alejó unos pasos y se sentó en el sofá que estaba frente a una mesa ratona.

Elizabeth salió enseguida y cerró la puerta tras de sí.

Octavio se sentó a su escritorio y comenzó a revolver los papeles que ella le había dejado.

—¿Y qué haces acá, Nicolás? —demandó.

—Vine a trabajar —explicó él con sencillez. El hombre fingió una sonrisa.

—¿Ah, sí? —se burló—. ¿Y lo decís así sin más ni más? No me sirve que vengas cuando se te da la gana y a última hora, ¿sabés? —hubo silencio—. ¿Y por qué hoy?

—Porque sí.

—Porque sí no es una

respuesta, Nicolás. ¿Te manda tu madre por dinero? —silencio—. ¿Eh?

¿Cómo se le iba a ocurrir pensar que podía quedarse callado? Su padre indagaba y presionaba hasta que obtenía la respuesta que quería, y él nunca sabía escapar de ese mal rato.

—Tengo que hacer algo hoy —se esforzó por mantener sus secretos, su privacidad, lo que su madre respetaba, y eso que vivía con él, en cambio Octavio no.

—¿Y qué más podés tener

que hacer que no sea estudiar? —Lo increpó el hombre.

—Tengo que salir.

—¿Salir? —se burló—.

¿Por qué mejor no te quedas estudiando? Nick apretó los puños para soportar. Todo por veinticinco pesos.

—Porque siempre me quedo estudiando.

En ese momento, Elizabeth volvió a entrar en la oficina cargando otros papeles.

—¿Y con quién salís? —continuó hablando Octavio, sin importarle si su hijo

deseaba o no que su amante, ahora su concubina, supiera de sus asuntos. De hecho percibió que la mujer sofocaba una risa y dirigía una mirada cómplice a Octavio.

—Con una compañera de la facultad —mintió Nick entre dientes.

—¡Así que hoy salís con una chica! —exclamó el padre. Nick leyó su pensamiento: lo creía un debutante—. ¿Y qué dice tu madre al respecto?

Nick se preguntó qué importancia tenía lo que su

madre opinara acerca de su intimidad, como si a Octavio le hubiera importado alguna vez lo que Teresa opinara respecto de algo.

—Nada —respondió atragantándose con el grito de que ella lo respetaba, no como él.

Octavio siempre había tenido la costumbre de controlar. Nadie podía hacer las cosas mejor que él, nadie trabajaba más que él, y Nick se sentía terriblemente incómodo cada vez que tenía que compartir un espacio con ese hombre que

resultaba ser su padre, con su mujer o los hijos que ella tenía de otro matrimonio. Se sentía un sapo de otro pozo, una molestia, un estúpido. ¡Tanto necesitaba el dinero que no podía rebelársele! Tenía que seguir viéndole la cara, soportando sus preguntas, sus humillaciones.

—Bueno —dijo Octavio por fin—. Si querés trabajar, tuviste suerte: hoy tengo unos papeles que ordenar, pero no me sirve que aparezcas cuando quieras. Vení todos los días a las

nueve de la mañana en punto.

—No puedo —respondió Nick.

—¿Cómo que no podés? Si no tenés nada que hacer.

—Tengo que estudiar.

—Yo estudiaba y trabajaba, y así y todo me recibí de arquitecto con honores. Vamos, te muestro lo que quiero que hagas.

Nick volvió a sentarse en el sofá azul de dos cuerpos que estaba delante de la mesa ratona. Aunque prefería no pensar en la autoexigencia que siempre

se imponía a raíz de aquellos comentarios que desde niño había oído de boca de su padre, se le hacía imposible desterrarlos de su mente. Ya habían calado hondo en él y no tenía idea de cómo manejarlos. No sabía ser diferente.

Su padre le alcanzó una pila de hojas de papel vegetal.

—Ordénalos por grosor. Del más grueso al más fino. ¿Entendés?

Nick no respondió. Había estudiado casi seis años de Ingeniería Civil para

aprender a ordenar papeles del más grueso al más fino, eso era lo que su propio padre lo creía capaz de hacer.

—¿Y tu madre? —le preguntó Octavio desde el escritorio con aire despectivo—. ¿Ya fue a buscar trabajo?

—Mi mamá hace lo que puede —la excusó él. Octavio rió con sorna.

—A tu madre no le gusta el trabajo —volvió a reír—. Es una vaga.

Nick calló. Apretaba los dientes.

—¿Y siguen llegándole cuentas siderales de teléfono? —preguntó Octavio un momento más tarde.

—No —replicó él—. Así y todo, el dinero no alcanza.

—Lo que ustedes tienen que hacer es administrarlo mejor.

Nick levantó la cabeza y observó a su padre con media ciudad detrás de su figura, que se cernía omnipotente delante del ventanal. Era fácil hablar cuando se tenía todo y más también.

—¿Para qué compró tu madre un ventilador? — continuó Octavio Larrazábal con sus ataques. Nick abrió los ojos como dos monedas azules.

—¿Y vos cómo sabes? — se sorprendió.

—Porque me llamó pidiéndome dinero, ¿por qué podría ser? Ya les dije que no quiero que me molesten más para esos asuntos. Arréglenselas con lo que te doy porque quiero que sigas estudiando, o que vaya a trabajar.

—Ella va a trabajar —la

defendió Nick. De hecho estaba cansado de ver que su madre se iba a las ocho de la mañana, pasaba el día fregando, y volvía a las ocho de la noche solo para que él no tuviera que ir a trabajar y descuidar el estudio.

—Si quieren más dinero, aprendan a ganarlo — continuó Octavio sin interesarse por lo que Nick decía. Se interrumpió de golpe para lanzar un grito—. ¡Ese que estás poniendo en esa pila se ve desde acá más grueso que los otros! — hablaba del papel—. Poné

atención en lo que hacés,
Nicolás. Si no pones
atención jamás podrás ser un
buen arquitecto.

Nick suspiró.

—Estudio Ingeniería —
repuso.

—¡Mucho más fácil
todavía! Lo único que tienen
que hacer es calcular.

Cuando se hicieron las
ocho y Nick dijo que tenía
que irse, su padre abandono
la oficina solo para decir a
Elizabeth:

—Dale veinticinco pesos a
Nicolás —luego se dirigió a
Nick—. A ver si venís más

seguido.

Después de decir eso, cerró la puerta. Nick se aproximó al escritorio de la mujer y esperó. Esta se dignó a mirarlo rato después de sacar algunas cuentas. Contó perezosamente los billetes y los depositó sobre la mano extendida de Nick. Veinte pesos exactos.

—Mi papá dijo veinticinco —reclamó él en voz muy baja, respetuosa.

—¿No eran veinte? —preguntó ella con socarronería—. Dijo veinte.

—Dijo veinticinco —

repitió Nick entre dientes.

La mujer suspiró como si él fuera una molestia y hurgó en sus bolsillos en busca de cinco pesos más.

—Tomá —dijo entregándoselos—, pero no te creas que no le voy a preguntar qué dijo en realidad.

Nick no respondió más que para saludar y retirarse. Llegó a su casa con la dignidad pisoteada y se sentó a la mesa donde su madre y Fi ya comían la salsa que Teresa había preparado. Hablaban acerca

de algo que había sucedido a su madre en casa de una de las familias para las que trabajaba como empleada doméstica. Ambas mujeres trataban de ignorar el mal humor de Nick porque sabían cuál era la causa.

—Y me dijo que así no se planchaba —contaba Teresa.

—¿Eso te dijo? —se sorprendió Fi, que trabajaba de lo mismo que ella—. ¿Y vos qué le contestaste?

—Le dije que la empleada doméstica era yo y que sabía planchar muy bien. Y que me iba, no pienso trabajar

más ahí. Sabés que quería dejar esa casa donde siempre tenían algo que decir desde hace rato, pero nunca me había atrevido.

—El problema es que no querés trabajar —lanzó Nick con crueldad involuntaria. Su voz sonó fría, desencantada de la vida.

—¿Qué decís? —preguntó su madre. Una ráfaga de dolor surcó su mirada.

—Que buscás excusas para no trabajar, por eso te peleás con todo el mundo.

—Eso no es cierto, me dijo que no sabía...

—*Blah, blah, blah.*

—Nick —se entrometió Fi, que lo conocía desde que era un niño—. Creo que estás siendo injusto con tu mamá.

Nick se sintió indignado con la respuesta de esa vieja que se creía con autoridad para decirle a él lo que tenía que hacer en su propia casa.

—¿Y quién se preocupa por lo injustos que son todos conmigo, eh? —profirió antes de ponerse de pie y huir a su habitación.

La música electrónica se escuchó incluso hasta la

esquina hasta las nueve de la noche. El viejo centro musical plateado se apagó recién cuando Nick vio el descapotable rojo en la puerta de su casa. Entonces guardó los veinticinco pesos en el bolsillo del pantalón junto con el resto de dinero que le quedaba para viajar mes hasta la facultad, bajó las escaleras de una corrida y se acercó a su madre, que bordaba un mantel en el comedor.

—¡Pero qué lindo que está mi hijito! —exclamó ella al verlo con su pantalón de

vestir negro y su camisa color verde oliva. Se había peinado el cabello con gel y la piel olía a crema para después de afeitar y Pro Sport, una colonia de Avon que le gustaba.

Nick había olvidado la breve discusión que se había desarrollado durante la cena. Fi ya no estaba en casa y su madre también parecía haber olvidado el altercado, como siempre sucedía con las madres.

—Chau, mamá —la saludó el antes de darle el beso de siempre en la mejilla.

—Chau, mi vida. Tené mucho cuidado, por favor.

Nick asintió.

Volver a ver a Patricia le hizo olvidar todo lo vivido esa tarde y le reavivó el corazón, que comenzó a latir con fuerza una vez que subió al coche y la vio enfundada en su vestido rojo, con el cabello enmarcándole la cara. Sin embargo, algo en su expresión lo dejó intranquilo.

—¿Esta es tu casa? —interrogó ella disimulando un gesto de desaprobación. Nick se sintió incómodo.

—Estamos a punto de mudarnos —mintió. La mujer pareció relajarse ante la noticia.

Nick estaba nervioso. La penetrante mirada de Patricia lo perturbaba. Por suerte ella no tardó en conducir.

—¿A dónde vamos? —preguntó él. No podía confesarle que temía que no le alcanzara el dinero para pagar, moriría de vergüenza si le pasaba algo así. Ella dejó escapar una sonrisa indescifrable.

—No te preocupes por eso

—replicó.

Aunque la respuesta no lo consoló, guardó silencio.

Patricia condujo hasta un resto-bar de Puerto Madero. Dejó el auto en el estacionamiento que estaba enfrente, cruzaron la calle y caminaron hasta el lugar. El ambiente era oscuro y resacado, y la música sonaba a todo volumen. Patricia se acercó a una mesa. Sonreía.

—¡Hola! —exclamó a todos los que se hallaban allí sentados. Los demás respondieron del mismo modo.

Patricia pasó eternos minutos conversando con esa gente e ignorando a Nick, que se había cruzado de brazos detrás de ella y estudiaba el ambiente distraído. Ella reparó en él cuando se acordó que estaba a su lado y entonces se sentaron en una mesa.

Patricia bebía un trago tras otro. Él, por no ser menos, la imitó.

—¿Y qué hacen tus padres? —interrogó ella.

—Mi papá es arquitecto —respondió él. Al menos para eso le servía su padre, para

no tener que decir que su madre era sirvienta.

—¿Ah, sí? —ella entrecerró los ojos, especulativa—. ¿Y quién es?

—Octavio Larrazábal —respondió él—. Es un gran arquitecto.

—No lo conozco —replicó ella sin piedad—. ¿Construyó con mi papá alguna vez?

—No lo creo.

—Entonces no debe ser tan grande —lanzó la mujer. Enseguida percibió la angustia que su respuesta había traído a los hermosos

ojos grises de ese bombón desperdiciado y rió—. Es broma, tontito —dijo al tiempo que le rozaba la punta de la nariz con la uña larga y roja.

Esa noche, Nick gastó todo el dinero que llevaba, y aun así no le alcanzó para pagar. Se sintió avergonzado y poca cosa al no poder solventar el gasto de una cita, por eso decidió que alguna vez devolvería a Patricia todo cuanto no pudiera darle ahora. Quería darle todo.

Volvieron al coche.

Patricia condujo en dirección a la costanera. Estaba sería. Nick pensaba que se había ofendido porque no le había alcanzado el dinero para pagarle las bebidas, pero en realidad ella estaba molesta porque Nick ni siquiera la había besado.

Él quiso ser amable.

—Sos muy hermosa — dijo como si le hablara a un ángel.

Patricia estacionó el auto a la orilla del camino del río, donde muchas parejas se detenían para tener sexo.

Giró la cintura y se le aproximó.

—¿Ah, sí? —replicó. Se mordió el labio. Sonrió con lascivia—. ¿Te gusto?

Nick respiraba con agitación. Ya no sabía cómo contener su erección. Ella respiraba tan cerca de su boca que no tenía idea de por qué todavía no la besaba. Porque era la hija de su profesor, quizás. Porque la quería en serio.

—Mucho —dijo con honestidad. Y ya no se resistió.

Nick atrapó los carnosos

labios femeninos entre los suyos, transportando a Patricia al universo que añoraba. Ella no se quedó atrás. Rodeó el cuello de Nick con los dedos y pegó los senos a su pecho musculoso. Subía y bajaba para que el roce de la ropa le erizara los pezones.

Patricia estaba lejos de ser una inexperta. Nick tampoco lo era, pero respetaba el cuerpo de la mujer de su cita, tanto que apenas lo tocaba en partes que no la hicieran sentirse invadida. Ella, en cambio, palpaba el

torso masculino sin reparos, en toda su magnitud. Primero el pecho por sobre la tela de la camisa, después los hombros y la parte superior de la espalda. Luego deslizó los dedos por el muslo del muchacho, fue subiendo la mano hasta atrapar el cierre de sus pantalones. Apretó un poco antes de bajarlo para sentir lo que allí se escondía, sabía que así lo excitaba y ella se iba poniendo en forma.

Nick inspiró profundo a raíz de ese contacto. Mientras ella le bajaba la

cremallera, su fantasía se propagaba. Respiró a Patricia, su fuerte perfume, sus labios que se movían sobre los suyos y le humedecían la boca. El sabor del labial colorado, la textura de sus dientes. Eran sensaciones que turbaron á Nick, porque nunca había tenido relaciones con alguien tan osado, sino apenas con chicas que no eran vírgenes pero tampoco expertas.

Después del cierre, ella se dedicó al botón. Tras haberlo dominado, pasó los

dedos por debajo del bóxer y rodeó el miembro de su amante con toda la mano hasta dejarlo afuera de la protección que le ofrecía la ropa. Latía entre sus dedos y a ella se le hacía agua la boca. Al mismo tiempo, deslizó la otra mano por debajo de la camisa masculina. Rozó el vientre plano y el costado hasta alcanzar la espalda. Se abrazó a ella para pegar los senos al pecho del hombre de nuevo. Nick sintió los pezones erguidos de Patricia y ella emitió un quejido.

Se despegó de los labios de Nick para pasarle la lengua por la oreja. Luego agachó el rostro. El echó la cabeza atrás de solo imaginar lo que ella estaba a punto de hacer. Y... ¡oh, cuando lo hizo! Nunca se lo habían hecho así y se sentía como ser transportado. Patricia succionaba, mordía, apretaba. Y con ella Nick aprendió a contenerse, porque habría eyaculado en su boca de no haber tenido un buen control de sí mismo.

—No me importa, hazlo —sugirió ella con voz

seductora—. Hacelo.

—Adentro tuyo —replicó él.

—Hacelo...

Pero Nick no lo hizo, no se atrevió. Su deseo de protección y su tierna experiencia atrajeron a Patricia, que por lo general se acostaba con hombres muy versados en sexo. Se sintió una profesora.

Hurgó en su bolso y de él extrajo un preservativo. No hacía falta que se lo colocase. Nick sabía cómo hacerlo, pero ella no se lo permitió. Negó con la

cabeza cuando él quiso tomarlo entre las manos y se lo colocó ella. Luego pasó una de sus largas piernas por sobre las de Nick y se sentó a horcajadas sobre él. Ella no llevaba bombacha. ¡No llevaba ropa interior! Nick desvarió. Patricia lo miró a los ojos. En sus pupilas se dilataban el deseo y la perdición.

—¿No hay ningún lugar al que quieras llevarme, Nickito? —indagó, presa del deseo.

—Al altar —sonrió él, tan agitado como ella. Patricia

rió.

—Algo un poco más próximo.

Nick no respondió. Moría por llevarla al lugar que ella sugería, pero no le quedaba más dinero para ir a un hotel alojamiento ni podía invitarla a su casa porque no vivía solo.

—Te juro que quisiera — confesó—, con toda el alma, pero...

—Lo sé —lo interrumpió ella, próxima a él. Le acunaba el rostro afeitado entre las manos—, no tenés dónde caerte muerto —

concluyó—. ¡Pero sos tan lindo!

Y volvió a besarlo con tanta urgencia que todo terminó sucediendo en ese mismo sitio, a la orilla del río y entre otros automóviles donde ocurría lo mismo, con el tintineo musical de la copiosa lluvia que golpeaba el techo y las ventanillas.

Como el agua, Patricia se dejó caer para que el miembro de Nick se le enterrara hasta lo más profundo. Cuando alcanzó ese tope esperado, ella echó la cabeza atrás al tiempo que

dejaba escapar un gemido gutural, poderoso, y se abría el vestido para que sus pechos quedaran al descubierto.

Eran grandes, prominentes por las siliconas, y los pezones se habían erizado porque toda ella estaba muy caliente. Nick reaccionó. Los atrapó entre los labios, succionó con fuerza; apretaba los senos desde los costados para que se abultaran en el centro, y al parecer, cuanto más bruto se comportaba, a Patricia más la enardecía.

No supo cómo, pero pronto se encontró con los hombros al descubierto. Ella le había abierto la camisa y se la bajaba por los brazos, pero dejó las mangas a medio camino. Deslizó las manos hacia arriba y apretó con los dedos los hombros de Nick. El giró la cabeza hacia donde eso sucedía. Las uñas rojas se le enterraban en la carne y ¡oh, cuánto le dolía! Pero ese amor estaba destinado a doler y él así lo quería, porque dolor era todo lo que merecía; lo hacía sentir vivo.

Patricia se agitó convulsivamente con el hombre dentro de ella. Subía y bajaba mientras lo rasguñaba, lo apretaba, lo hería. Entonces Nick también la lastimó. Le apretó las nalgas desnudas y a ella eso también la hizo sentir renovada. Cuando él era bruto y duro, sentía que volaba.

—¡Cómo estás, mi vida...!
Dame más —exigió entre jadeos—. ¡Más duro!
Chúpame —le ofreció un pezón, se lo puso en la boca—. Dame duro, bien

adentro. ¡Dame!

Se movían con rapidez inusitada, con desenfreno. Y cuando el choque de los cuerpos se tornó brutal y extremo, todo se puso negro. Ella gritó, él gritó. Habían acabado.

Capítulo 14

CUANDO PATRICIA dejó a Nick en su casa, eran las cinco de la mañana.

Después de esa noche, él ya no pudo olvidarla. Trabajaba en la oficina de su padre todas las tardes, no gastaba un solo centavo en la facultad para ahorrarlo para el fin de semana y a veces descargaba en su madre la inferioridad que su padre le hacía sentir a él. Lo hacía sin darse cuenta, sin

poder controlarlo, porque no sabía canalizar tanto dolor de otro modo.

Así pasó un mes en el que Nick lo resistía todo por Patricia: las humillaciones de Octavio, las largas caminatas para ahorrar el dinero de transporte hacia la facultad, los mediodías sin comer para no invertir en un almuerzo que le restara un trago a Patricia el sábado a la noche.

Cuando iban al bar, hablaba con los amigos de su novia, se lo veía feliz y seguro de sí mismo; le

compraba regalos y flores. Como le había pasado pocas veces en la vida, sentía que flotaba en una nube.

La cuarta noche que hacían el amor en el automóvil —se veían solo los sábados—, él le dijo que la amaba. Ella lo miró al tiempo que saltaba sobre su miembro erguido para que se le hundiera más y más hasta llevarla al orgasmo.

—Lo importante es que te guste —replicó antes de enterrar la cara de Nick entre sus abultados pechos tostados.

Pasaron otro mes viéndose los sábados. Nick no se cansaba de hablar con todos de su hermosa novia y de explicar lo maravillosa que era la vida desde que Patricia había aparecido.

Una noche de viernes, dos de sus amigos de la universidad fueron al restobar de Puerto Madero y allí estaba Patricia Colombo, la famosa novia de Nick, besándose con un apuesto hombre de su edad.

Cuando quisieron contárselo a Nick, él los insultó. Les dijo que lo

envidiaban, que eran los peores amigos que jamás podría haber tenido y que su novia era una mujer intachable.

El sábado, ella lo plantó. El esperó tres horas bajo la lluvia en una esquina del centro, pero Patricia jamás apareció y no atendía el celular. El domingo la llamó por teléfono a su casa. La empleada le dijo que había salido. No la halló hasta el jueves.

—¿Qué querés, Nicolás?
—le preguntó ella de mala gana—. Me dijo Rosita que

me llamaste toda la semana.
¿No tenés nada que hacer?

—Me preocupé —
respondió él—. El sábado no
apareciste.

—No pude.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—No pude —repitió ella.
Con su tono de voz le hizo
saber que no pensaba darle
ningún tipo de explicación.

—¿Podemos vernos? —
insistió él con la voz tomada
por la angustia.

—¿Hoy? ¡Imposible!

—Quiero verte, te extraño.

—No actúes como un
adolescente, Nick —le

espetó ella—. Nos vemos el sábado.

Y colgó.

Que ella fuera tres años mayor a veces pesaba sobre Nick, porque Patricia lo trataba como a un inexperto, sensación que se acrecentaba porque él no era solvente. No tenía dinero, y el dinero tenía contenta a una mujer. Le demostraría que, aun sin riquezas, era todo un hombre.

El viernes fue a buscarla al bar al que ella concurría. Le compró flores y llevó el anillo que había pertenecido

a su abuela materna para ofrecerle un compromiso serio. Él era un hombre y ella tenía que darse cuenta.

El corazón se le aceleró al ver el descapotable en la puerta. Pensó que su novia podía estar con sus amigos, pero eso no le importó. Estaba seguro de lo que haría, y si Patricia lo rechazaba en público, bien valía la pena correr el riesgo. No lo rechazaría, ella lo amaba, y él confiaba en sí mismo.

Entró al lugar, el primero al que ella lo había llevado.

La oscuridad le impidió ver con claridad en un principio hasta que los ojos se acostumbraron a la penumbra y alcanzó a divisar su esbelto cuerpo cubierto de prendas rojas delante de la barra de bebidas.

El corazón se le paralizó. Ella estaba sentada junto a un hombre elegante y apuesto, visiblemente mayor que él. Se notaba en su traje y en su porte distinguido. Él tenía la mano en su cintura. Nick vio que ella sonrió y después se le echó encima

como una prostituta. Lo besó con ardor, con deseo insatisfecho, y luego volvió a su lugar para beber un trago.

Nick estaba congelado. De pronto se dio cuenta de que unos cuantos pares de ojos indiscretos se habían detenido en él, posiblemente porque lo habían visto con Patricia en otras oportunidades y ahora observaban su desengaño con curiosidad y hasta con algo de diversión.

Dejó el ramo de flores sobre una mesa vacía y se

acercó a ella. Tragó con fuerza el nudo de dolor que se le había formado en la garganta, buscaba así recomponerse antes de hablar, aunque no tenía idea de cómo podría hacerlo.

—Patricia —al final la voz le salió ahogada, como una súplica. Ella se dio la vuelta. El sujeto que la acompañaba no se dignó a hacer lo mismo.

—Nick —masculló la mujer con frialdad—. ¿Qué estás haciendo acá?

—Vine por vos —respondió él con la voz

marchita.

—Te dije que no actuaras como un adolescente, y eso es exactamente lo que hacés —le espetó ella con crueldad.

—Patricia...

Patricia no podía creerlo: ¡Nick estaba a punto de echarse a llorar, contenía el llanto! Resopló impaciente, tomó su bolso de mano y salió del bar. No quería que él la hiciera pasar vergüenza delante de sus amigos. Nick la siguió. Pensó que ella lo conduciría hasta su auto, pero no lo hizo. Tan solo se

sentó en un banco frente al río.

—Nick —le dijo cuando él se sentó a su lado—. Parece que no entendiste.

—¿Qué hacías, Patricia? —preguntó él, ignorando lo que ella le decía, preso de su dolor.

—Va a ser mejor que no volvamos a vernos.

Las palabras estrujaron el pecho de Nick, lo hicieron sentir desolado.

—Pero Patricia... —arguyo.

—Es lo mejor.

—Por favor, no lo hagas

—suplicó—. Te perdono. No importa lo que hayas hecho, yo te perdono.

Ella sofocó una risa de incredulidad. ¡Nick al borde del llanto! ¡Eso sí que era gracioso! Eso le pasaba por meterse con chiquitos.

—No estoy pidiéndote perdón, Nick —replicó, dura e inflexible.

El tono burlón de su voz hirió a Nick en lo más profundo. Le recordó las burlas y humillaciones que soportaba desde niño por parte de su padre. Cuando este le arrebatava los

cuadernos de las manos para controlar que hubiera hecho la tarea, por ejemplo, o cuando le decía que su madre era la peor mujer del mundo. Sí, esa misma que para él, en cambio, era su vida.

Sin embargo, ignoró todos esos pensamientos porque Patricia lo amaba, de ningún modo era como Octavio, y él le demostraría que sentía lo mismo por ella.

—No me dejes —suplicó. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Te amo.

—Eso no es suficiente,

Nicolás —respondió ella con los ojos fríos y la voz impaciente. En realidad le gustaba ver a Nick en ese estado, la hacía sentir fuerte y omnipotente, pero a la vez estaba apurada por volver con su nuevo novio—. ¿No te das cuenta? No sos hombre para mí —comenzó a enumerar con los dedos—. Todavía te falta recibirte, vivís con tu madre, dependes de tu padre para subsistir. ¡No puedo perder cinco años, que es lo que por lo menos te llevaría establecerte en una casita

mediocre, fornicando en mi auto! No soy una chiquilina para estar haciendo eso, sería bueno que lo entendieras. Sos vos el que debería pedirme disculpas por pretender hacerme perder el tiempo. Quiero un hombre independiente y solvente. Y vos sabes bien que no lo sos.

—Te lo prometo —se apresuró a decir él. Intentó tomarle las manos, pero ella las apartó—. Te prometo que lo voy a ser.

Patricia rió, irónica.

—¡Y cuándo será eso,

Nick?

Nick no podía responder. No tenía idea de cuándo podría convertirse en lo que ella esperaba ni si alcanzaría alguna vez el nivel de vicia que Patricia pretendía. Tampoco quería mentirle. Solo sabía que siempre había deseado ser solvente para no depender de Octavio y tenía muy en claro que haría todo lo que estuviera a su alcance para que ese objetivo se cumpliera.

—¡Te lo prometo!

Él lloraba. Patricia no lo resistió. Se puso de pie y se

aproximó al escalón que la internaría otra vez en el resto-bar.

—Basta, Nick —ordenó—. Dejemos la escenita acá. Deberías buscarte alguien de tu altura, en todo sentido. Adiós.

Nick no se movió. Observó a Patricia alejarse, esa figura de ensueños que lo abandonaba cuando él más la amaba.

Compró cerveza y bebió hasta no tener un solo centavo más. Después creyó que volver con semejante borrachera a su casa sería

una falta de respeto hacia su madre, entonces se quedó vagando. ¡Mi pobre madre!, pensó. Y volvió a llorar.

Caminó por las calles mareado, consternado por el dolor que ocasionaba la perdida. Se apoyó contra una pared creyendo que vomitaría —nunca se había embriagado—, pero a cambio acabó llorando de nuevo, preso de los recuerdos. Su mamá... Había sido tan injusto con ella. Le parecía verla en los baños, metiendo la mano en excusados ajenos para

subsistir.

—¡Miren! —exclamó una voz detrás de él—. ¡Llora una mariquita!

Los cuatro patoteros intentaron quitarle el pequeño trozo de dignidad que le quedaba, y él se rebeló. Golpeó su destino, su pobreza, su estúpida edad. La ira le dio fuerzas, pero cuatro eran más que uno ebrio, y acabó tendido en el piso, molido a patadas y sin el anillo de su abuela.

Todo le salía mal: su padre lo humillaba, su madre limpiaba mugre ajena para

subsistir, su novia era demasiado para él. Caminó hasta el muelle otra vez. Se sentó en el mismo banco en el que Patricia, su adorada novia, lo había dejado. Todo le daba vueltas. Entonces vomitó y luego se quedó dormido.

—¡Eh, nene! —una macana le hundió el atractivo y desmejorado rostro—. ¡Nene!

Nick abrió los ojos y alzó la cabeza. Un policía le hablaba desde su metro ochenta y cinco de estatura.

—Si no te vas, te llevo a la

comisaría. ¿Dónde vivís?

Nick se puso de pie sin dar respuesta y caminó rumbo a su casa. Ya había amanecido.

Hasta que llegó a destino se hicieron las diez de la mañana. Su madre lo esperaba en salto de cama, cruzada de brazos delante de la mesa del comedor.

—¿En dónde estabas? — fue lo primero que preguntó. Él quiso avanzar sin responder, pero ella elevó la voz, obligándolo a detenerse —. ¿En dónde estabas, Nick?

—Dejame en paz —
replicó él. Su madre, como
solo unas pocas veces en la
vida había hecho, le gritó.

—¡No te vas sin
responder! —reclamó—.
Mientras vivas bajo mi
techo, aquí no llegarás
borracho ni golpeado, ni a la
hora que se te ocurra, mucho
menos sin avisar. No me
dejarás con la palabra en la
boca ni darás respuestas de
adolescente irrespetuoso,
porque yo no te crié así.
¿Entendiste?

Nick, que se había
quedado quieto de pie

delante de la escalera con el primer grito, no respondió. Bajó la cabeza y recibió paciente la caricia que su madre le profirió en la nuca.

—Vení, sentate —pidió ella con la voz suave del arrepentimiento. No quería gritar a su hijo, pero era tanto el miedo que había sufrido por él que hasta se sentía capaz de darle una bofetada.

Nick obedeció. Se sentó a la mesa con más ganas de estar muerto que vivo y esperó a que su madre le volviera a hablar.

—Nunca habías hecho una cosa así —le dijo antes de secarse la nariz con un pañuelo—. ¿Cómo fue que te emborrachaste? Tenés olor a cerveza por todas partes.

—¿Cómo querés que no me emborrache, si nunca antes había tomado? —replicó él. En su voz se evidenciaban el dolor y la angustia de sentirse desolado —. Todos han tomado menos yo, el estúpido de Nicolás que durante la secundaria se la pasaba encerrado en su casa porque

nunca tenía un centavo para hacer otra cosa.

—No tiene nada de bueno tomar, Nick —quiso consolarlo su madre, pero él no se contentó con esa justificación.

—¡Nunca hice nada! — exclamó al tiempo que lloraba—. Nunca pude. Todos salían, todos bebían, todos hacían lo que querían menos yo. ¡Yo nunca pude hacer nada!

—Tenés toda la vida por delante...

—¡Pero mi vida está transcurriendo ahora y yo

estoy muerto!

Teresa lo abrazó. Su hijo no respondió al abrazo.

—No digas eso, hijito, por favor —replicó su madre, ahogada en lágrimas. Conocía el dolor de su hijo y lloraba no solo porque lo sentía igual que él, sino además porque no podía sanarlo—. Créeme, Nick —intentó—. Si pudiera te habría dado un mejor padre, también una mejor madre, pero esto soy yo y no puedo ser otra cosa.

—¡Ni siquiera puedo conquistar una buena chica!

—reclamó él, enojado con la vida—. Voy a terminar con una cualquiera salida de un barrio de mala muerte. ¡Ni siquiera eso! ¡Acabaré solo, sentado frente al fuego con vos!

Teresa suspiró y le tomó la mano mojada. Nick se limpiaba las lágrimas con los dedos.

—Nicky, sos un muchachito hermoso con toda una vida por delante.

—¡Me voy a arrojar abajo del tren! —exclamó él ignorando las palabras de su madre—. ¡Eso es lo que voy

a hacer! ¿Para qué quiero vivir si no tengo nada por qué luchar?

—Algún día conocerás a una buena mujer, tendrás hijos con ella y formarás tu propia familia, que no tiene por qué ser como la nuestra. Vos no sos Octavio y esa mujer no será como yo.

—Ya la conocí y no me quiere. No me quiere porque no tengo nada y mi madre no es más que una sirvienta. ¡Vos le limpias el culo a gente como ella!

Nick tembló con la fuerza del llanto y de la culpa.

Acababa de decir algo que no sentía, algo que no valía la pena decir porque hería a la persona que más amaba en el mundo. Pero él era malo, lo había heredado de Octavio, y no lo podía controlar.

—Perdón —balbuceó—. Perdóname, mamá, perdóname... —suplicó amontonando las palabras. Su madre le besó la cabeza e ignoró el daño que él le había causado por ayudarlo a sanar las heridas que por siempre tendría abiertas.

—Si esa mujer se

avergüenza de vos porque
sos pobre, entonces no es
una buena mujer y no te
quiere.

—¿Vos qué sabés? —se
ofendió él—. Patricia es la
mejor mujer del mundo, soy
yo el que no la merece.

—No digo que no lo sea,
pero...

—¡Pero soy yo el que no
tiene nada que ofrecerle! —
la interrumpió—. ¡Nada!

Su llanto desconsolado
abrió una profunda herida en
el interior de su madre, que
le apretó la cabeza contra su
vientre con desesperación.

Nick se hundió en su salto de cama de toalla, jaló las mangas de color violeta y susurró entre el llanto:

—Perdóname por todo, mamá —suplicó—. Perdóname. Te amo.

—Y yo te amo a vos, mi cielo —respondió Teresa y le besó el cabello enmarañado. Lo sostuvo así, contra su vientre, como si deseara protegerlo en su interior de nuevo, largo rato.

O

Una semana después, Teresa encontró la respuesta

a los dolores y afecciones físicas que la aquejaban desde hacía al menos tres meses. Tenía cáncer óseo.

A todo el dolor de su alma, Nick tuvo que sumar el hecho de que perdería a la única persona que lo había amado como él lo necesitaba, y asumir que se quedaría solo. Completamente solo.

Recordaba que alguna vez había dicho a su madre que pasaría su vida con ella como si eso fuera la peor cosa del mundo. Ahora no solo deseaba que eso

sucediese, sino que se sentía atormentado por la culpa de haberla herido con palabras vacías, con cosas que en realidad no sentía. Su madre había sido una víctima del resentimiento de su padre y luego del suyo. El, esclavo de sus frustraciones, había cargado en su madre su dolor sin comprender el de ella.

Teresa se había casado con Octavio enamorada, cuando los dos trabajaban en una fábrica. Mientras tanto, el hombre completó sus estudios y casi de inmediato

su excelente capacidad le permitió crecer en su carrera. Muy pronto su mujer pasó a ser un estorbo, insignificante para él con el primario apenas terminado, y la dejó encerrada en casa. Sin trabajo y sin amigas, Teresa se recluyó en su hogar para atender a su exitoso marido mientras él se revolcaba con Elizabeth, su secretaria, en la oficina.

Desde que se convirtió en un hombre de éxito, Octavio se tornó frío y despótico. Controlaba cada movimiento de Teresa; criaba a Nick,

que era un niño sensible como su madre, con dureza innecesaria, y relegaba a su familia en función de que se sintieran ínfimos frente a su grandeza.

Un buen día se cansó de fingir y se fue. Se fue reclamando la mitad de la casa y exigiendo que Teresa y su hijo se mudaran a una vivienda más pequeña, una que él había comprado entre las propiedades con las que negociaba. Teresa, que podía tener solo educación primaria pero era una mujer inteligente, pidió un

préstamo, pagó por un abogado y obtuvo el divorcio, la casa en San Telmo y una manutención que Octavio tendría que aportar hasta que Nick completara estudios universitarios. Por aquel entonces, él tenía siete años.

Constructora Larrazábal creció al punto que muy pronto el dinero que Octavio enviaba todos los meses para su hijo equivalió a la suma que pagaba por el seguro de su coche. No por eso y porque las cosas iban aumentando, incluso los

gastos escolares de Nick, pagó un centavo más. Entonces Teresa buscó empleo y acabó fregando casas.

—No vas a trabajar más —dijo Nick a su madre tras escuchar la trágica noticia de su enfermedad, aunque todavía no caía en la cuenta de lo que eso implicaría para su propia vida. Hacía tiempo que deseaba trabajar, pero ella no se lo permitía para que terminara sus estudios, que le consumían casi todo el día—. Y yo no voy a ir más a trabajar con Octavio

—agregó después—. Estoy harto de sus humillaciones. Pienso buscar otra cosa que nos permita vivir y a mí seguir estudiando.

—Tu padre quiere enseñarte el negocio — Teresa intentaba rescatar a su hijo del rencor. Si ella tenía que partir, quería dejarlo acompañado, no quería dejarlo solo.

—¿Clasificando papeles? —rió él con ironía. Se hizo un silencio que Nick rompió con un reclamo, con la desesperación de sentirse impotente—. ¡Todo esto es

una mierda, mamá! ¿Por qué tenías que enfermarte?

Nick habría luchado contra cualquiera que deseara dañar a su madre u obligarla a abandonarlo, ¿pero cómo luchar contra una enfermedad? ¿Cómo resignarse a que su vida se apagaba?

—Hijo... —continuó la mujer—. No vivas pidiendo explicaciones a la vida. No guardes rencor en tu corazón, porque eso amargará tus días.

—Ese es tu problema —reclamó Nick—. Con la

excusa de no guardar rencor a Octavio siempre lo justificás, lo perdonás y dejás que haga lo que quiera, incluso que me humille. Nunca fuiste capaz de defenderme.

—¿Qué querés que le diga? ¿Que sos un estudiante brillante, que serás un ingeniero mucho más capaz y exitoso que él algún día?

Nick no la miraba. Sonrió con ironía.

—No podés creer eso de mí —replicó—. Ni siquiera yo lo creo.

—Lo serás —su madre le

tomó la mano—. Yo sé que sí.

Trataron de vivir los últimos meses de vida de Teresa como si todo fuera a continuar. Solo hubo una acción cotidiana y en apariencia intrascendente que se convirtió en la más importante de sus vidas. Fue una tarde invernal de sol en la que Nick dibujaba una entrega sobre su escritorio y su madre entró, como de costumbre, con la humeante taza de chocolate caliente entre las manos. Estaba más delgada que nunca, pálida y

dolorida, pero todavía se levantaba de la cama. Todavía le llevaba la taza a su cuarto.

Nick giró la cabeza cuando se abrió la puerta. Teresa se olvidó de todo dolor y le sonrió, como siempre hacía porque no deseaba preocuparlo. Los labios de Nick temblaron, pestañeó con ligereza: su madre no volvería a entrar en su cuarto, el chocolate jamás volvería a saber igual que preparado con sus manos llenas de amor; tendría que conformarse con el que

preparara el empleado de una cafetería por un sueldo, o el que hiciera él, que solo albergaba dolor y maldad, por eso su infusión sabría amarga. Su madre ya no volvería a sonreírle desde la puerta ni a perdonarle todas sus injusticias; nadie lo haría porque solo ella lo amaba tanto como para eso, ni lo abrazarían para que el dolor fuera mermando hasta casi parecer que jamás había existido.

Se dio cuenta de que nunca volvería a tener todo eso porque su madre

moriría. Entonces se puso de pie y corrió a arrodillarse frente a ella, llorando como un niño.

—No me dejes, mamá, por favor —suplicó—. ¡No me dejes solo!

Teresa le acarició el cabello mojado. Nick se había duchado hacía un momento y olía a colonia barata, la única que podían comprar.

—Yo siempre voy a estar con vos —le prometió ella con entereza—. Siempre te sonreiré, orgullosa del maravilloso hombre que sos,

tal como estoy haciendo hoy. Eso es todo lo que debes llevar de mí en tu memoria. El resto debe ser solo futuro. El grandioso futuro que yo te voy a enviar desde el cielo.

Capítulo 15

NADIE cuidó mejor de Teresa en el último tramo de su vida que Filomena Rosales. Se habían conocido trabajando en un hotel en el que ambas eran mucamas. Al poco tiempo, Teresa había sido despedida por problemas en la columna, pero Fi permaneció en su vida como su gran amiga.

Limpiaba la casa, atendía a Teresa, preparaba la comida a Nick como una segunda

madre. Él trabajaba repartiendo pizzas de día y estudiaba de noche, había tenido que cambiar de turno y aun así debió dejar dos materias. Fue en ese último tiempo que Nick, como Fi tenía la edad de su madre y hacía tanto por ellos, le tomó un cariño especial, una devoción que llevaría en su corazón por siempre.

Cuando Teresa murió, Nick y Fi estuvieron más unidos que nunca. Abrazados, solos en medio del entierro y la desolación. Nick estaba indefenso, por

eso ella lo protegió, y él se dejó proteger. La vida estaba siendo muy dura con aquel muchachito que siempre había demostrado tener un alma demasiado sensible, demasiado profunda para un mundo vacío de amor y de confianza.

Pero el que parecía débil resultó ser bastante fuerte. Quizás fue la secreta promesa que su madre le hizo iluminada por el sol del invierno o que con cada dolor él se hacía más insensible, levantaba un muro más sólido para no

sufrir, pero no se dejó vencer. Continuó trabajando y fue uno de esos mediodías cuando encontró algo interesante en el diario que compraba Juan, el dueño de la pizzería.

El gobierno llamaba a licitación para construir un magnífico puente entre Buenos Aires y Colonia, y se ofrecían a cambio millones de pesos para quien presentara el proyecto ganador.

Se llevó la hoja del diario a casa. Esa noche, en la facultad, lo que menos hizo

fue prestar atención a la cátedra que se dictaba. Pensó todo el tiempo en el proyecto, en cómo se concursaría en una licitación sin tener una empresa reconocida y en cómo se firmaba un proyecto de construcción sin ser ingeniero o arquitecto.

A la mañana siguiente, Fi pasó a prepararle el desayuno, como de costumbre. A falta de esposo e hijos, ella lo tenía a él. Sentado a la mesa, Nick le pasó la hoja del periódico.

—Mirá esto —pidió

señalando el aviso—. ¿Qué opinás?

Fi leyó a grandes rasgos lo que decía y no le pareció algo posible.

—¿Pensás participar? —preguntó, preocupada porque Nick se llevara otra desilusión más en la dura vida que le había tocado en suerte. Pensó en qué habría dicho Teresa al respecto, pero como no lo supo con exactitud, prefirió decir lo que ella pensaba.

—Sí —asintió él. Fi suspiró. No quería desalentarlo, pero tampoco

podía permitir que se hiciera falsas ilusiones. Las probabilidades de que ganara el proyecto eran casi nulas, y temía que invirtiera tiempo y energías en algo que jamás daría los resultados esperados.

—Acá dice que es para empresas. Se supone que el dueño de una constructora está recibido —argumentó—. No quiero ser aguafiestas, Nick, pero me parece que deberías esperar a recibirte para...

—¿A recibirme? —la interrumpió él—. Eso no va

a ser posible en un año, por lo menos, me atrasé bastante respecto de lo que tenía planeado. Además, tengo la capacidad, lo sé —confiaba en sí mismo. Era la primera vez que Nick decía algo como eso—. Lo único que me falta es la puta firma.

Fi tragó con fuerza.

—¿La firma? —preguntó con voz temblorosa. Tenía miedo.

—El proyecto tiene que estar firmado por alguien titulado.

Nick parecía tan convencido de que podía

conseguirlo que ella no se atrevió a discutir más. Tal vez la loca idea se esfumara de su mente como se habían ido tantas otras.

Pero mientras conducía su motocicleta de regreso a la pizzería, Nick solo pensaba en un nombre: Pablo Díaz, su compañero de la primaria con quien se había cruzado un par de veces en eventos conjuntos de la Universidad y que se había recibido de arquitecto el año anterior.

Llegó a la pizzería, se quitó el casco y entró para dejar el dinero del último

pedido que había llevado. No alcanzó a atravesar del todo el umbral de la puerta que ya le dieron una nueva orden.

—Nick —habló el cajero—. Tenés que llevar un pedido a Avellaneda.

Nick miró su reloj pulsera: faltaba menos de un minuto para las tres. Aunque aceptar un pedido de último momento en un trabajo nuevo le otorgaría sin dudas el visto bueno de su empleador, sabía que en Provincia jamás lograría una buena propina. Además,

tenía algo muy importante que hacer, la revancha de su vida, y no pensaba fallar. — Ya me voy —respondió—. Dáselo a Mariano. Tengo algo importante que hacer.

Juan enarcó las pobladas cejas negras.

—¡Todavía no son las tres! —recriminó viendo a su repartidor alejarse. L Nick se detuvo en la puerta. Miró de nuevo el reloj pulsera, dejó pasar treinta segundos y replicó:

—Ahora sí.

Mientras la motocicleta avanzaba, Nick iba

pensando en qué diría a Pablo cuando este abriera la puerta. . Hola, pensó, ¿Te acordás de mí? Soy Nick, tu compañero de la primaria. Nos cruzamos un par de veces en eventos de la Universidad.

El barrio de Pablo era tranquilo y bonito. Su casa era una linda residencia con un jardín lleno de flores. Se notaba que allí había pasado la mano de un arquitecto. De un buen arquitecto con nociones de paisajismo, en realidad.

Dejó la moto junto a las

rejas que daban a la calle, se quitó el casco y tocó el timbre. Del interior de la casa salió una mujer que tendría poco menos edad que la que hubiera tenido su madre. Nick la recordaba de algunos cumpleaños que había pasado en esa casa, era la madre de Pablo.

—Hola —la saludó con la voz y un gesto de la mano—. ¿Me recuerda, señora Díaz? Soy Nicolás Larrazábal, fui compañero de su hijo en la primaria.

La mujer frunció el entrecejo.

—¿Nicolás? —preguntó.

—Sí. El hijo de Teresa.

—¡Ah, Nick! —exclamó

la mujer enseguida—.

¿Cómo no te reconocí antes?

¡Por Dios, qué grande y buen mozo estás!

Nick sonrió.

—Gracias, señora —
respondió, respetuoso—.

Estoy buscando a Pablo.

—Él no está en este momento, fue a ver el terreno de una amiga mía.

Va a proyectar su casa —
agregó con orgullo materno

—. No creo que tarde mucho, podés dejar la moto

en el jardín y esperarlo en el living, me encantaría saber de vos.

Karina era una mujer cordial y cariñosa. Lo hizo pasar, le sirvió una gaseosa como toda una madre y le preguntó por su vida.

—Me faltan dos materias para recibirme de ingeniero —contó él.

—¡Qué bien! —exclamó la mujer—. ¿Y tu mamá? Siempre me acuerdo de ella.

Nick bajó la cabeza y la mirada. Le pinchó el corazón, pero se esforzó por reponerse enseguida.

—Mi mamá falleció —
respondió. La mujer se
cubrió la boca con una
mano.

—¿Teresa falleció? —se
entristeció—. ¡Oh, Nick! Lo
siento tanto. Podés contar
con nosotros para lo que
necesites.

Nick volvió a mirarla.
Sonrió con cierta rigidez.

—Gracias —respondió—.
De verdad, se lo agradezco.

Pablo llegó media hora
después. No reconoció a
Nick y hasta lo saludó al
pasar, como si no hubiera
estado esperándolo a él y

fuera una visita de su madre.

—Este es Nick —señaló Karina para sacarlo de su error. Pablo había dejado una mano sobre el hombro de su madre, acción que trajo recuerdos a Nick—. ¿Te acordás de él?

—¿Nick? —se preguntó Pablo rascándose la cara.

—¡Nick, tu compañero de la primaria!

—¡Ah, Nick! —Pablo parecía tan amable como su madre—. ¿Cómo estás?

Extendió la mano para que Nick se la estrechara, y él así lo hizo. Karina se retiró

argumentando que los dejaba solos para que hablaran de sus cosas. Después de repetir que su madre había fallecido porque Pablo preguntó por ella y de explicar dos o tres cosas tontas acerca de su carrera universitaria, Nick fue al punto que de verdad le interesaba gracias a la pregunta de su compañero.

—Fue toda una sorpresa encontrarte en mi casa. ¿Qué te trae por acá?

Nick suspiró. Ahora venía lo difícil.

—Una propuesta —

respondió.

—¿No será relacionada con mi hermana, no? — bromeó el arquitecto. Nick rió.

—No. Se trata de una licitación. Una especie de concurso.

Al principio, Pablo juzgó la idea descabellada, pero con el correr de los minutos y con la energía que Nick depositaba en el proyecto, acabó por pensar que quizás no era tan loco, y accedió a ayudarlo.

Nick se ofrecía a proyectarlo todo y a requerir

solo su revisión y su firma. Pablo no dejaría que hiciera todo solo, pero tampoco prometió hacer mucho más que revisar y firmar. Prefería ocuparse de trabajos seguros, como la casa para la amiga de su madre, que de grandes ilusiones con pocas probabilidades de convertirse en realidad.

Firmar y hacerse responsable por un proyecto ideado por otro, para colmo, todavía estudiante, no era nada fácil. Requería confianza y trabajo, por eso prefería mantenerse cerca de

Nick mientras llevara adelante el proyecto que él debería firmar, aunque no aportara demasiado por falta de tiempo. Estaba haciendo sus primeros trabajos como arquitecto y eso requería atención si deseaba abrir su propio estudio algún día.

Fi, que tenía acceso a la casa de Nick, llegaba a las tres de la tarde para prepararle el almuerzo. Después, mientras él estaba en la universidad, limpiaba un poco la casa y lo esperaba con la cena lista. Él comía lo más rápido posible

y luego se encerraba en el altillo con la música electrónica a todo volumen y litros de chocolate caliente para diseñar su puente. A mediodía, con solo tres horas, a veces dos dormidas, se iba a trabajar a la pizzería, y así repartía sus días entre trabajo, estudio e ilusiones.

Los domingos se reunía con Pablo y le mostraba cómo iba quedando el proyecto. Le explicaba los cálculos, que era la parte más engorrosa porque si fallaba en algo la estructura no resistiría y Pablo acabaría

entre rejas. Claro que para eso primero tenían que ganar, y como Pablo pensaba que era imposible, no prestaba demasiada atención mientras Nick sonase tan convencido de que estaba haciendo todo bien. Él le aportaba algunas ideas respecto del diseño, y luego se despedían.

Fi no deseaba hacer caer a Nick en la realidad, pero temía que todas esas fantasías que él albergaba respecto de ese proyecto se desmoronasen si lo perdía, que era lo más seguro.

¿Cómo un estudiante de Ingeniería Civil podía superar a grandes constructoras con años en el mercado nacional e internacional? Los pesos pesados se presentarían y entre ellos Nick no era más que un pobre diablo que trabajaba en el altillo de su casa forrado de dibujos de un superhéroe que había inventado a los dieciséis años.

Los sábados los pasaba encorvado sobre el tablero que estaba en el altillo, planificando. Fi Se

alcanzaba chocolate bebible y galletitas varias veces al día, y lo observaba trabajar sin descanso, sin remisión. Parecía que el objetivo que él había encontrado para seguir viviendo eran esos cálculos, esos dibujos que trazaba y coloreaba como un niño entretenido.

El proyecto estuvo listo el último día de recepción de las presentaciones. Nick había pintado las vistas en acuarelas, tan maravillosas que parecían reales, tan bellas que hacían crecer el deseo de verlas realizadas.

Frente a trabajos preparados con programas informáticos, el suyo parecía primitivo y pobre, pero llevaba implícitas sus horas en vela, el arte que salía de sus manos, la muerte de su madre.

Fi fue la primera en mirar la presentación. Se le estrujó el corazón cuando notó que el trabajo sería entregado a nombre de Constructora Hagen y Asociados.

—Tu apellido legal, el primero y válido, no es Hagen —le indicó Fi—. Es Larrazábal. ¿No tendrás

problemas con eso?

—No soy Nicolás, ni soy Larrazábal —explicó Nick con voz serena pero implacable—. Soy Nick Hagen y le pienso hacer honor a quien me lo dio todo, no a él. Nada de él merece ser parte de mi gloria, ni siquiera su apellido.

Con «él» se refería a su padre. Fi lo sabía y por eso se sintió conmovida primero por el amor incondicional y profundo que Nick profesaba hacia su madre, y luego porque él sonaba más

firme y convencido que nunca. Se tenía tanta fe que la asustaba. No quería verlo caer, no quería que saliera lastimado.

Un mes después, Nick recibió un llamado. Su trabajo era finalista y tanto él como Pablo tenían que presentarse a una entrevista para defender su idea delante de los representantes gubernamentales.

Constructora Hagen y Asociados se oía como un vestido nuevo entre reconocidas figuras como Lowenstein y demás

apellidos importantes, y eso despertó el interés de todos.

Nick habló muchísimo más que Pablo. Él siempre había sido tímido para el pizarrón, hasta le costaba exponer trabajos en la universidad, pero delante de los miembros del gobierno, pareció todo un experto. Lo era. Tan seguro de sí mismo, tan inteligente, tan arrogante envuelto en esa belleza física que recubría su interior destrozado, que conquistó a todo el mundo.

Los felicitaron por su juventud e ímpetu y les

dijeron que conocerían la decisión en otro mes de espera. Todo eso estaba muy bien para Pablo, que se sentía realizado por el simple hecho de haber sido citado para algo tan importante, pero Nick era como una máquina imparable. Él no parecía siquiera contento por esas palabras. Era como si creyera que eso era lo mínimo que tenían que decirle, o peor, como si las palabras de esos extraños no valieran nada porque no salían de la boca que él

esperaba, que era la de su padre, y exigía mucho más. Nick quería ganar.

Un mes y medio después, obtuvieron la noticia de que el proyecto ganador era el suyo.

Fi no lo podía creer, Pablo no lo podía creer... Nick lo tomaba con tanta naturalidad que daba miedo. Para él, nada había pasado, nada cambiaba: no se sentía conforme con eso. Quería mucho más. Había encontrado algo con qué llenar el vacío de su alma, y no se detendría hasta que

estallara, hasta que muriera de tanto ambicionar, luchar, conseguir, volver a ambicionar, y todo sin un ápice de goce o de emoción, todo sin sentirse satisfecho nunca.

Octavio jamás se comunicó con él para felicitarlo. Nick tampoco lo esperaba, pero aunque no lo demostrase, no podía decir que no le hubiera importado. Su padre no solía participar en concursos ni licitaciones del gobierno, y tampoco hubiera ganado una. Su nombre jamás había sido tan

importante como el de Lowenstein o Colombo, que de pronto habían pasado a sonar pequeños frente al prodigio que representaba Nicolás Hagen. Un estudiante de Ingeniería Civil que adeudando todavía dos materias para obtener su título les había pasado el trapo a los grandes de la construcción. Nick era un competidor imparable, una eminencia. Nick era un riesgo inminente.

Le llovieron proyectos, y de los más importantes. Se vio obligado a contratar

personal, capataces, obreros, y cuando quiso darse cuenta, tenía el título de ingeniero en una mano y dinero a mares en la otra.

Lo primero que hizo fue asociarse con Pablo. La empresa era suya, pero su amigo de la infancia había pasado a ser parte del selecto círculo de escasas personas de su confianza. Fi era la otra, la primera. Él le exigió que abandonara su trabajo de mucama y la convirtió en su secretaria personal con un sueldo muy superior al de cualquier otra. Fi no se

animaba, le decía que no tenía secundario y que ella no sabía nada de números, empresas ni computadoras. Nick la obligó. Y aprendió rápido.

Para Nick existían dos clases de personas: las importantes y las demás. No ofrecía su amistad verdadera a nadie, no confiaba en nadie, no entregaba un solo sentimiento a ninguna persona que no fueran Fi o Pablo.

De día, la mujer era su secretaria; de mañana y de noche, era su segunda

madre. Iba a su casa, le preparaba el desayuno, se iban juntos a trabajar y regresaban juntos a casa, donde ella preparaba la cena.

De trabajar en el garaje de Pablo, pasaron a una oficina, luego a un piso, por último se quedaron con los cuatro últimos de un alto y lujoso edificio de Puerto Madero.

Cuando Patricia Colombo supo que Nick, aquel muchachito que había dejado escapar, se había convertido en el mejor partido que jamás había tenido, se odió. Pero pronto

recordó que él la había amado y que el amor no se pasaba tan rápido, razones que le sirvieron para serenarse. Solo tenía que reencontrarse con él. Volver a verlo tantear el terreno y echarse a la piscina si había agua. Bastaría con mirarlo a los ojos para saber si seguía siendo el chico sensiblero y profundo que había conocido. Si así era, sería muy fácil dominarlo.

Una noche, de buenas a primeras, apareció en la vida de Nick como si nada.

—Larrazábal —lo llamó

en medio del salón en el que se desarrollaba una fiesta, como lo había hecho una vez en el pasillo de la universidad.

Nick reconoció la voz enseguida y volteó para confirmar su sospecha. La figura de Patricia, poco cambiada desde la última vez que la había visto, aún lo cegaba. Tenía los labios un poco más gruesos, posiblemente se había puesto colágeno, y los ojos más rasgados, pero en esencia era ella, la misma de siempre.

—Patricia —replicó. Una sola mirada bastó para que ella supiera que él no la había olvidado.

—¿Tomamos un café en algún lugar un poco más privado?

Volver a verla despertó recuerdos de Nick, le trajo al corazón la sensación de que vivía en el pasado, de que su madre no estaba muerta. En busca de prolongar esa maravillosa secuencia atemporal, aceptó salir del salón, conducir hasta un bar y sentarse a una mesa con Patricia. Poco después,

estuvieron casados.

Nick creyó tenerlo todo: estaban el éxito laboral anhelado, la mujer que siempre había querido. Sin embargo, no se sentía satisfecho: ¿acaso ese era realmente el futuro que su madre le había prometido que le enviaría desde el cielo? Quizás la felicidad fuera algo que para él estaba negado, porque no sabía ser feliz. Luchaba, se desangraba, llegaba a la cima, le parecía nada. El angustiante círculo se repetía en cada aspecto de su vida,

sin descanso.

Desde el primer día que Fi encontró a Patricia en casa de su hijo postizo, supo que esa mujer no se traía nada bueno entre manos. Nick deseaba una boda pequeña, ella exigió una fiesta de lujo, y le fue concedida. Nick prefería seguir viviendo en su casa, pero Patricia exigió un piso en Puerto Madero, y le fue dado. Posiblemente pensaba que con la mudanza se sacaría a Fi de encima, pero no fue así.

—¿Cuándo le pensás decir a esa mujer que ya no hace

falta que venga todas las mañanas? —preguntó a Nick un día en la cama.

—Patricia... —Nick se negaba a mantener otra vez esa conversación.

—Decile que no la necesitamos más en este departamento.

Patricia no entendía que para Nick, Fi no era una sirvienta, no era una empleada.

—No puedo hacer eso y lo sabés.

—¿Por qué no? —se mofó ella—. ¡Sos tan débil que no podés decirle a una vieja que

deje de molestar!

—Le debo mucho a Fi, y la quiero.

—¡Ay, sí, Nick! — prosiguió ella con la burla —. Vos le debés lo que sos a medio mundo, sobre todo a mí.

Nick no respondió, pero tampoco le hizo caso. Fi continuó preparándoles el desayuno, yéndose con él a la oficina, encargándose de la limpieza de su casa. Con eso, la ira de Patricia creció al extremo de quedarse mirando fijamente a Fi, con gran odio. No alcanzaba a

entender por quéww si Nick era flexible y manipulable, todavía ella no había podido conseguir que se sacara a la vieja de encima.

Seis meses después del casamiento, Patricia se sintió aburrida. Siempre le ocurría en sus relaciones, que por esa misma razón no duraban más que unos pocos encuentros sexuales. Quiso viajar y viajó, mientras Nick resignaba sus deseos, si es que le quedaba alguno, por complacerla.

Fi sabía muy bien qué pasaba cada vez que Patricia

se iba de viaje sola, pero Nick prefería ignorarlo. Una vez había llegado a discutir con Fi por defender a Patricia, con lo cual la mujer comprendió que Nick no entraría en razones porque no quería reconocer que se había equivocado. Hasta que no viera a su esposa revolcándose con cualquiera, casi como le había sucedido aquella vez de joven, permanecería ciego y mudo.

Nick tuvo que aprender a luchar con sus competidores, sobre todo con Horacio Lowenstein, que solía jugar

malas pasadas con el objetivo de conseguir proyectos grandes y ejecutarlos. Había tomado recaudos con Nick desde que este le había arrebatado el puente siendo un novato; lo consideraba peligroso. Al mismo tiempo, Nick iba cambiando por Patricia: trabajaba sin cesar para darle el nivel de vida que ella esperaba, se había convenido en un cúmulo de tensión que canalizaba con su nueva adicción: el cigarrillo. Ni pensar en tener hijos.

Patricia adoraba la vida social, y entre sus viajes y la cantidad de horas que Nick pasaba trabajando, ya casi no compartían tiempo a solas. Fi se daba cuenta de que ella se lo sacaba de encima como si él le molestara o le impidiera hacer su vida, por eso lo evitaba fuera de la cama.

Patricia nunca hablaba de su vida juntos, nunca planeaban nada. Patricia vivía el mero presente, adoraba la belleza de su esposo y su desempeño sexual, podía decir que era

el mejor amante que había tenido nunca, sin darse cuenta de que la razón era que él creía amarla. Eso no le bastaba. Tal como Octavio Larrazábal, Patricia Colombo nunca estaba conforme con nada que Nick hiciera. Entonces Nick se esforzaba cada vez más por complacerla, soñando que ella sería feliz a su lado mientras ella solo era feliz en camas ajenas. Nick se exigía hasta ya no ser él mismo. Si se había convertido en una máquina desde el proyecto del puente,

ahora era un robot. Lucía preocupado y triste, fumaba todo el tiempo, vivía sujeto a los deseos y exigencias de Patricia. Pero así no estaba solo. El trabajo, los caprichos de su mujer y los vicios llenaban su vida vacía de propósitos, vacía de amor.

Fi había terminado por odiarla. En lugar de significar la redención para Nick, Patricia había sido su ruina, el nuevo Octavio cuando él había conseguido dejar al otro atrás. Para ella, todo lo que Nick hacía

estaba mal o incompleto.

Un fin de semana, Nick se fue de viaje de negocios. Pasó por su departamento para despedirse de su esposa, pero ella no estaba.

El destino le puso las cosas en claro cuando por una tormenta suspendieron el vuelo. Esperó una hora en el aeropuerto, donde le informaron que no habría despegues hasta el amanecer, y por eso regresó a casa para ganar unas horas de sueño.

Un silencio sombrío invadía el lugar. Nick pensó

que su esposa dormía, pero al llegar a la habitación matrimonial, se encontró con la ingrata sorpresa de que ella armaba una valija. Cuando él reparó en eso, Patricia salía del vestidor cargando unas prendas.

—¡Nick! —exclamó. Se hacía evidente que él la había encontrado haciendo algo que deseaba ocultarle.

Nick se apoyó en el marco de la puerta, de brazos cruzados.

—Mi vuelo se suspendió —explicó sucintamente.

—Ah —dijo ella en

respuesta, agitada y con el rostro contrito. Se había puesto nerviosa—. ¿Y hasta cuándo pensás quedarte? — preguntó después.

Nick, por primera vez en esos dos años y medio de matrimonio, sin contar los seis meses de preparativos, decidió no permanecer indiferente.

—¿Qué pasa, Patricia? — le preguntó acercándosele con paso lento y voz pausada—. ¿No se supone que una esposa enamorada debería recibirme contenta de que su esposo esté de

regreso antes de lo
esperado?

Ella se alejó de él dando un prudente paso atrás. Nick no volvió a acercársele. Se sentó en la cama.

—¿Qué pasa, Patricia? —
continuó—. ¿No sos feliz
conmigo?

—Estoy con alguien más
—soltó ella sin piedad, sin
miramientos. El puñal se
enterró en Nick y lo obligó a
bajar la mirada. Respiró
hondo para no cometer una
locura.

—¿Y lo amás? —preguntó
en voz muy baja. —Alguien

mucho mejor que vos — replicó ella. Nick alzó la mirada encendida de impotencia.

—No te pregunté si es mejor o peor que yo, te pregunté si lo amás —repitió cortante, peligroso.

—¡Basta, Nick! — exclamó ella, molesta—. Vos nunca me diste nada. Ni siquiera me diste el gusto de que esa vieja dejara de invadir nuestra intimidad.

—¿Te referís a Fi?

—¡Por supuesto que me refiero a Fi! —él fruncía el entrecejo. Ella aprovechaba

a lastimar y a deslizar el cierre de la valija por la corredera—. Sos tan patético. ¡Ni siquiera sabés bailar!

—Dejé de bailar porque cada vez que lo hacíamos te avergonzabas de mí —le recordó él con incredulidad. No podía creer que ella estuviera acusándolo de lo que había provocado.

—¡Tengo muchos motivos más para sentir vergüenza de vos! Nick ignoró ese comentario que solo pretendía desviar la conversación del tema

principal: el otro hombre.

—¿Y quién es? —
preguntó.

—¿Quién es quién? —ella
pretendía hacerse la
desentendida. Él no se lo
permitió.

—Tu amante. ¿Lo
conozco?

—Dejame en paz, Nicolás.

—¿Lo conozco? —repitió
él, tratando de conservar la
calma.

—Me voy.

Patricia recogió la valija e
intentó avanzar, pero Nick
se lo impidió colocándose
delante de su camino. Que lo

moviera, si podía.

—Eso ya lo noté —siguió—. ¿Pensabas dejarme así, a escondidas, evadiéndome como cuando éramos novios?

—Yo nunca te dije que era tu novia.

—Pero sí dijiste que eras mi esposa —le recordó antes de recordarse a sí mismo que no quería perderla. No podía—. Te amo, Patricia, te amo —aseguró con frialdad.

—Pero eso no es suficiente, ya te lo había dicho —replicó ella en tono soberbio—. Necesito un

hombre competente, Nick.

—Antes me dijiste que me dejabas porque necesitabas un hombre solvente —le recordó él—. Ahora lo soy, ¿cierto? También dijiste que querías un hombre independiente, ¿me vas a decir que no lo soy?

—Horacio lo es mucho más que vos.

—¿Horacio? —repitió él entrecerrando los ojos—. ¿Horacio Lowenstein?

—Me aburrís, Nick —espetó ella, siguiendo con sus actos de crueldad. Herir la hacía sentir viva, amada

—. Me aburrís mucho porque sos muy aburrido. Siempre serio, siempre trabajando como si no tuvieras empleados.

—Puedo perdonarte, Patricia —la interrumpió él ignorando todo lo que ella le decía. Sin embargo, no repitió las súplicas de hacía años. Habló con frialdad, como si estuviera cerrando un negocio—. Te perdono.

Eso la desesperó. Nick no suplicaba, pero le decía que la perdonaba. Ella no quería su perdón, quería... ¿qué quería en realidad? No lo

sabía con exactitud, pero sin dudas no un perdón, como si ella se hubiera equivocado.

—¡No te estoy pidiendo disculpas! —bramó—. Me voy.

—¿Querés dejarme? —interrogó Nick sin moverse un milímetro—. ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué me dejabas a hurtadillas?

Ella lo enfrentó.

—Porque sos peligroso, por eso —dijo—. Porque te ponés violento y te tengo miedo.

—¿Violento? —Nick fruncía el entrecejo. Era la

excusa más estúpida que ella jamás le había dado—. ¿Así que yo me pongo violento? Y decime, ¿cuándo pasó eso? ¿Cuándo te encontré besándote con ese tipo del bar hace años?

Patricia volvió a intentar esquivarlo para irse, y él otra vez se interpuso, sin tocarla.

—¡No te soporto, Nicolás! —gritó ella con odio feroz, como si fuera Nick quien le estaba haciendo el daño—. No soporto tu pasado, no soporto a tu niñera, no soporto la vergüenza que me hacés sentir. ¡Necesito un

hombre, no un nenito!

Nick inspiró hondo y tembló de impotencia. La habría matado, la habría matado para que fuera solo suya, para que lo amara, para que no lo dejase solo y abandonado como una vez lo había dejado su madre, pero a cambio solo se apartó del camino y se sentó sobre la cama que ya no compartirían como un peso muerto.

—Te amo, Patricia —le dijo con los ojos entrecerrados, buscando los de ella, secos como un

desierto—. Y te soy fiel hasta la muerte.

Patricia no respondió, ni siquiera se volvió para mirarlo, consolarlo o decirle nada. Salió de la habitación y pocos segundos después, Nick escuchó cerrarse la puerta de entrada.

Liberarse de golpe de la extrema presión a la que se había visto sometido en ese último tiempo causó estragos en Nick. Primero se sintió culpable, pero al recibir la citación de divorcio y ver aparecer las primeras fotografías de

Patricia y su peor competidor, Horacio Lowenstein, juntos en las revistas, un profundo rencor le invadió el alma. Había sido engañado dos veces —y quién sabía cuántas más— por una mujer, la misma por la cual no tenía ojos ni corazón para ninguna otra. Nick se había cerrado a los sentimientos, porque ese era el único modo que había encontrado para no sufrir.

Se construyó una vida como construía puentes y edificios, formó una coraza de hierro con increíble

rapidez. Y aunque sabía que la única capaz de vencerla siempre sería Patricia, poco a poco se resignó a dejarla ir.

A partir de entonces, Nick se demostraba que era un desgraciado, un cínico y un Don Juan con cuanta mujer parecida a Patricia se le cruzara por delante. Jamás había vuelto a tomar a ninguna en serio, todas eran iguales para él porque así las elegía: capaces de ser compradas. A fin de cuentas, no había mujer de esas que escogía que no buscara su

atractivo físico, su dinero o sexo.

En esos cinco años que habían estado divorciados, Patricia había vuelto a su cama algunas veces, todas con el objetivo de paliar el aburrimiento que experimentaba en el sexo con Horacio Lowenstein, su segundo esposo. Aunque Nick conocía estas razones y era consciente de que ella no lo amaba, accedía porque él se convencía de que sí la amaba a ella y por eso la necesitaba. El sexo con Patricia se sentía como

volver a respirar después de hacer vanos intentos por ingresar a los pulmones ínfimas partículas de aire.

En ese tiempo, Nick rara vez dormía en su casa, porque para dormir con sus mujeres utilizaba la habitación del hotel. Por eso Fi ya no iba con él a la oficina, tenía que hacerlo sola, y aunque el ritmo de vida acelerado y superficial que él llevaba la tenía preocupada, lo comprendía y prefería verlo de ese modo antes que sufriendo como lo había hecho por la perversa

y egoísta Patricia Colombo.

Nick quería amarla y le sería fiel hasta la muerte, tal como le había prometido, porque al decir eso Nick no hablaba de sexo. Hablaba de amor.

Capítulo 16

DESPUÉS del desembarco del *Paradise*, Nick esperó el llamado de Lavinia toda la semana. Su amiga se había sentido ofendida por la oferta de dinero en ropa y él no había sabido explicar sus intenciones, pero aun así creía que ella debía perdonarlo. Su madre siempre lo perdonaba, Fi lo perdonaba, ¿por qué no podía hacerlo también Lavinia?

Si bien estaba ocupadísimo con el trabajo atrasado, al igual que ella, no dejaba de pensar en esa mujer que sufría como antes lo había hecho él, solo que ahora él tenía la culpa.

Se había equivocado con Lavinia, no entendía cómo se le había ocurrido llevársela a la cama si ella no era como todas las demás, no sabía qué le había pasado para equivocarse tanto o para no haber podido contenerse. Ese era el problema, nunca otra mujer que no fuera Patricia había

despertado en él un sentimiento, un deseo irrefrenable de pasar tiempo con ella. Pero Patricia era la mujer de su vida, la que debía ocupar el sitio de esposa. Fi el de madre, Pablo el de su mejor amigo... Lavinia el de su selecta amiga. Le había ofrecido eso porque no la quería lejos, la necesitaba cerca porque ella le hacía bien, pero no podía darle más.

A pesar de los cálculos de Nick, Lavinia no llamó. Nick estuvo a punto de

marcar su número varias veces, pero en todas desistió. Él ya había hecho su parte, le había dicho a ella que eran amigos, mucho más de lo que cualquiera podía esperar oírle decir. Había abierto el círculo para alguien más después de haberlo mantenido cerrado durante muchos años, incluso le había confesado algunos secretos de su alma, aunque con cautela, con cierto hermetismo, porque sabía muy bien que abrir el corazón siempre hacía daño. Era ella quien tenía que

llamar, y si no lo hacía, estaría despreciando su amistad y su entrega, la valentía que había demostrado al confiarle algo.

A medida que pasaba el tiempo sin que Lavinia llamara, trató de convencerse de que no le importaba que lo hiciese. Hizo uso de su coraza protectora, tan efectiva con el resto del mundo, pero apenas alcanzó a cubrir con ella una porción del vacío que sentía al saberse traicionado de nuevo.

Además, culpable. Con Lavinia sí que había sido un desgraciado, y aunque siempre había creído que llevaba eso en los genes gracias a Octavio, por culpa de la parte que correspondía a su madre le resultaba imposible no reconocer que se había equivocado y que había herido a Lavinia injustamente.

Lavinia, por su parte, se había propuesto hacer a un lado a Nick y desterrarlo de su vida. Él no era un hombre para ella, jamás podría amar a nadie porque era frío,

insensible y carente de afecto. No era lo que había demostrado la noche que habían pasado en su camarote, pero era lo que él quería que todos creyeran, y si eso deseaba, ella le daría el gusto. No había sitio para ella en su vida desprejuiciada, en su cuerpo hermoso, en ese corazón de hielo, y Lavinia no quería migajas. No quería su lástima.

Dos días después de haber abandonado el *Paradise*, un empleado de un correo privado golpeó a la puerta de

su casa y le dejó su valija, la que habían perdido los empleados de Nick.

—Justo a tiempo — bromeó ella. El hombre se pensó que hablaba en serio.

Los días que siguieron al desembarco, Nick se transformó en un jefe ocupadísimo y en un profesor malhumorado, creído de que solo existía una razón por la cual Lavinia no lo llamaba, y esa razón era Tomás Achával, ese muchacho que le había hablado de él a Lavinia y que ahora intentaba fusionar

la moderna tecnología de un hospital con la historia y el arte de un edificio histórico de la ciudad.

—No —le dijo Nick crudamente—. En lugar de un hospital, parece un centro comercial. Si eso es lo que va a presentar, no me haga pasar vergüenza y mejor espere al cuatrimestre que viene a ver si se le aclara que esto es el último año, no un jardín de infantes. No me haga perder más tiempo. El que sigue.

Así, el muchacho pasaba sus noches dibujando

mientras Nick pensaba en Lavinia y hacía el amor con todas las mujeres que encontrara disponibles.

—No —le dijo la clase siguiente—. Ahora el centro comercial tiene una galería de arte. No le repetiré lo que ya le dije. El que sigue.

Tomás no logró comprender el ensañamiento de su profesor admirado hasta que a este se le escapó una indirecta.

—Su novia le debe haber recomendado eso que hizo en este punto —señaló el plano—. Es evidente que

ella nada sabe de circulaciones, porque si usted pone una columna ahí...

—¿Mi... novia? —indagó el muchacho, preocupado y confundido. Nick alzó la mirada. Que no pretendiera hacerse el desentendido con él, que para algo tenía más edad que todos esos crios.

—¿Cómo está ella? —sonrió con ironía—. ¿Le contó cómo lo pasó en mi crucero?

—¿Disculpe?

—Lavinia —pronunció Nick entre dientes—. Ella le

dio la idea de unificar historia y tecnología, ¿cierto?

—¿Lavinia? —repitió el chico, antes de defender—: ¡La idea es mía! Usted lo dijo: eso del arte y la razón. Porque yo lo escucho... Le presto atención.

—Siga trabajando, Achával —lo increpó Nick, creyendo que había confirmado sus sospechas—. No se piense que se obtiene un buen proyecto dedicándose a él apenas una hora por día.

El chico no debía dormir

desde hacía semanas, Nick lo sabía, pero no podía con su mal genio. Estaba exigente y crítico con todos, pero mucho más con Tomás y consigo mismo.

El miércoles de la tercer semana después del desembarco, Lavinia vio a Tomás saliendo de un McDonald's con dos o tres amigos. Lucía pálido y demacrado, como si se hubiera mantenido con ese tipo de comidas durante mucho tiempo.

—¡Tomás! —lo llamó.

Todos voltearon. El

aspecto de los otros no distaba demasiado del que tenía el muchacho, pero a él algo parecía atormentarlo de modo distinto.

—No quiero hablar con vos —le espetó el chico—, mucho menos que nos vean juntos.

Lavinia rió, sin poder creer lo que escuchaba.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué?

—¡Todavía lo preguntás! —exclamó él. Lavinia se rascó la cabeza. Sonreía.

—No te entiendo, en serio —replicó.

—Me va muy mal, Lavinia
—contestó el chico—, tengo
que ignorarte si no quiero
que me vaya mucho peor.

Lavinia no sabía qué
pensar. Se quedó seria y
preocupada.

—¿De qué hablás? —
preguntó—. Explicame algo
por lo menos, por favor.

Tomás suspiró. Se lo
notaba agotado.

—De Hagen, ¿de qué más
podría estar hablando?

—¿Qué hay con él?

—¡Vamos, Lavinia! No sé
qué le habrás dicho, pero me
está volviendo loco. Me está

matando. Cree que estamos saliendo, o algo, y está celoso al punto de echar por tierra todo lo que hago! — Tomás lucía, incluso, temeroso—. Nunca reprobé nada y no voy a hacerlo porque vos le hayas dicho que sos mi novia.

Las palabras sorprendieron a Lavinia al punto de hacerle entreabrir los labios.

—¿Cómo podés pensar que yo le dije algo como eso! —exclamó indignada.

—¿Y de dónde pudo haberlo sacado?

Lavinia no tenía idea de la

fuente de información que le había mentido a Nick respecto de su relación con su alumno, aunque no le interesaba en absoluto. Lo único que le importaba era ponerle los puntos a ese sádico malnacido.

—Tampoco podés creer que de verdad Nick está celoso de mí —concluyó—. Es orgulloso y cínico, nada más, y si merecés ser aprobado, Nick te va a aprobar. Te doy mi palabra.

O

El jueves por la mañana,

Lavinia entró al edificio de oficinas de Nick y se acercó a los empleados de seguridad que custodiaban la entrada.

—Buenos días —los saludó—. Voy al piso de Hagen y Asociados.

Vestía un original conjunto de pollera y saco azul marino, combinados con una camisa blanca y zapatos negros de tacón. Llevaba el cabello suelto como lluvia sobre los hombros y la espalda en cascada dorada. Su rostro bello y angelical estaba

maquillado con colores suaves, parecía que iba a una entrevista laboral, y esa era la intención. Sabía que de otro modo no conseguiría llegar a Nick.

—La recepción está en el piso dieciséis —indicó la mujer del dúo de seguridad.

Mientras tanto, Lavinia había observado el cartel que se cernía detrás de los empleados. En él estaba escrito que los últimos cuatro pisos correspondían a Constructora Hagen y Asociados, de modo que si en el primero de ellos se

encontraba la recepción, Nick, como todos los presidentes de algo, habría escogido el último, el de más difícil acceso y el de vista más llamativa. Era una deducción, quizás ni siquiera fuera real, pero valía la pena correr el riesgo.

Agradeció y se encaminó al ascensor. Marcó el número veinte aunque restaban dos más, seguro los correspondientes a pisos que no se alquilaban porque eran el salón de usos múltiples y la terraza, y esperó.

Cuando las puertas se

abrieron, se encontró con una vista indescriptible de la ciudad. Todo a su alrededor estaba vidriado, excepto la pared del frente, revestida en madera muy clara, y la de la izquierda, donde había dos puertas más que conducían a distintos salones de reuniones, o al menos eso decían los carteles de vidrio que los decoraban. Las luces no estaban encendidas, el sol que entraba por los ventanales bastaba para iluminar el escritorio en el que una mujer de al menos sesenta años escribía.

Fi alzó la mirada enseguida. La imagen de Lavinia la dejó dura por la sorpresa.

—¿Cómo llegó aquí? — preguntó—. Nadie me avisó que subiría.

—Lo sé —admitió ella—. Estoy buscando al señor Hagen. ¿Es este su sector?

—Tiene que anunciarse en recepción.

—Lo sé.

—¿Y lo hizo?

—Tanto usted como yo sabemos que de haberlo hecho, jamás habría llegado aquí —replicó Lavinia

apelando a la honestidad de la mujer. Mientras hablaba, había caminado hacia ella hasta detenerse frente a su escritorio—. Ahora, ¿cree que podría decir a Nick que aquí se encuentra Lavinia Dickinson y si por favor puede recibirme? Seré muy breve, se lo prometo, no le robaré mucho de su preciado tiempo.

—Entiendo —dijo Fi con aire comprensivo—. Usted es el... —y recitó su número de teléfono. Lo sabía de memoria. Lavinia se quedó atónita.

—S... sí—balbuceó con el ceño fruncido. Fi le respondió con una sonrisa serena.

—Enseguida le aviso. Tome asiento, por favor.

Fi comprendió con ese único vistazo que había echado a Lavinia, las razones por las cuales Nick había inhabilitado y luego habilitado su número. Ella no era como las demás. Era delicada, humilde, ni por casualidad rica como las otras. Sensible, profunda, testaruda igual que él, pero sin coraza.

Lavinia se sentó en los sillones que se hallaban cerca de las puertas que conducían a los salones de reuniones, en la pared opuesta a la vidriada que estaba detrás de la secretaria.

—Seños Hagen —escuchó Lavinia que la mujer decía al micrófono del teléfono—. Se encuentra aquí la señorita Dickinson y desea verlo.

Nick sintió que el corazón le daba un tumbo. Una alegría súbita e incontenible se apoderó de su rostro durante días rígido y ceñudo, que se relajó de repente. Sin

embargo, entrecerró los ojos y recordó que Lavinia lo había mantenido al margen durante tres eternas semanas. ¿Quién se creía para volver ahora como si nada hubiera sucedido?

—Decile que va a tener que esperar —respondió con el tono más frío y molesto que pudo encontrar, y cortó.

—Va a tener que esperar —repitió Fi, obediente.

—No hay problema —replicó Lavinia con una sonrisa amable, y se hizo silencio.

Nick deseaba ver a

Lavinia, le pinchaba la curiosidad por descubrir qué se traía ella entre manos, por saber para qué había reaparecido, y además tenía miedo de que se hartara de esperar y desapareciera. El deseo por salir a su encuentro picó dentro de él, pero lo enterró como se aplasta a una mosca. Ella lo había hecho esperar tres semanas, era justo que él se cobrara revancha haciéndola esperar también. Lástima que no podía dejar pasar semanas.

Mientras tanto, Lavinia

tomó una revista de arquitectura de las tantas que había en un mueble junto a los sillones y comenzó a hojearlas sin apuro. No era consciente de que Fi la observaba con detenimiento, sin poder quitarle los ojos de encima aunque intentara disimular moviendo las manos sobre los papeles.

¡Pero qué mujer peculiar!, pensaba la secretaria. Se acordaba de ella, de su voz y de su número: era la que había llamado para pedir disculpas a Nick. Se hallaba por completo concentrada en

la lectura y no airaba una sola gota de enojo o molestia porque Nick la hiciera esperar. Estaba segura de que él se lo hacía a propósito, no creía que tuviera haciendo algo tan importante como para no recibirla un momento, si ni siquiera estaba en una reunión o atendiendo un llamado telefónico. Al cabo de media hora, Fi estuvo a punto de entrar a regañar a Nick por el abuso que estaba cometiendo con aquella señorita, pero a cambio le habló primero a ella.

—Parece que está muy ocupado —comentó la secretaria.

—Así parece —respondió Lavinia esbozando una breve sonrisa de resignación. Una vez que había llegado hasta allí, nada la detendría hasta ver a Nick. Podía ser esa la única posibilidad que tuviera para hacerlo. No le importaba esperar, siempre que apareciera. Los siguientes diez minutos, Lavinia no despegó los ojos de la revista. De pronto, la puerta del estudio de Nick se abrió de par en par.

—Decile a Pablo que se comunique con Esteban para los detalles del proyecto de la calle Esmeralda —resonó su voz.

Fi le lanzó una mirada reprobatoria que Nick comprendió muy bien. Él no había salido para darle una orden que bien podía decirle por teléfono, sino para demostrar a esa pobre y hermosa muchacha que no tenía tiempo para ella. Nick se aclaró la garganta, incómodo por la mirada de Fi, y decidió voltear hacia los asientos.

—Ah —fingió indiferencia —. Seguí acá.

Lavinia se había puesto de pie y miraba a Nick con el objetivo de no perderlo de vista, ahora que él se había dignado a salir de su guarida.

—¿Necesitás que te espere un poco más? —preguntó con dulzura y hasta con comprensión. Sabía bien que Nick la estaba haciendo esperar a propósito, pero no le importó. Delante de él se daba cuenta de que jamás podría olvidarlo.

—¿Te tomará mucho

tiempo lo que viniste a hacer? —Lavinia se sorprendió de darse cuenta de que él ya no sonaba indiferente, sino molesto, quizás hasta dolido. ¡Y vaya que lo estaba! Él le abría su corazón y ella no le devolvía el gesto siquiera con un llamado.

Fi también se sorprendió por eso. Nick experimentaba un sentimiento frente a alguien del grupo de seres humanos que no le importaban, un sentimiento tan profundo que lo llevaba a fingirse indiferente cuando

se notaba con facilidad que solo se sentía herido. ¡Herido y enojado! No lo había visto enojado por algo en años.

—No —replicó la señorita que lo hería—. Es más, si nos entendemos rápido, puede tomar muy poco.

Nick asintió con dureza y le indicó el camino a su despacho. Lavinia lo siguió, y una vez que ella estuvo adentro, él cerró la puerta. Fi se quedó mirando el trozo de madera que le impedía seguir escuchando.

—Podés tomar asiento, si

querés —ofreció Nick de mal talante, aunque conservara siempre su caballerosidad innata.

—No va a hacer falta —replicó Lavinia del otro lado del escritorio—. Vine a aclarar algo solamente.

Ante la negativa de Lavinia, él se sentó y se cruzó de brazos.

—Así que querés que aclaremos algo —repitió—. Desaparecés casi un mes, ni siquiera me llamás, y resucitás una mañana sin más ni más para «aclarar algo».

Nick se maldijo internamente por ser tan estúpido. ¿Por qué le reclamaba, como si ella le importara? Tenía que controlarse, fingirse indiferente, de buen humor, como siempre lo ponían las insólitas recriminaciones de sus amantes. Pero Lavinia no le estaba recriminando nada, ni siquiera que la había hecho esperar adrede.

—Tampoco parecías demasiado interesado en que te llamase —replicó Lavinia con dignidad—. Las veces que te llamé antes, creí que

era un número bloqueado o algo por el estilo.

Nick entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. ¿Cómo ella no entendía la diferencia entre esas otras veces y la del barco? ¿Cómo no lo comprendía apropiadamente sin que él tuviera que explicarse?

—Te dije que éramos amigos —respondió entre dientes.

—Y yo no te lo dije, pero tu pena no me basta —respondió Lavinia con furia reprimida—. Si no te volví a llamar es por eso, no por

Tomás ni ninguna otra fantasía que seguro tejiste en tu retorcida mente de niño malcriado. Así que déjalo en paz —los ojos de Nick no eran de hielo, eran de fuego, ardían de ira por lo que Lavinia le espetaba a la cara y porque no podía ponerse de pie, atraparla entre los brazos, besarla y lanzarle él también todas las verdades que se le atragantaban en las mandíbulas apretadas—. ¿Qué clase de profesores, mezclando tus rollos personales y egoístas con el trabajo, arruinando la carrera

de un estudiante excelente? —continuó ella sin miedo ni piedad. ¿Qué piedad podía sentir por un déspota insensible que solo existía para trastocar la vida de la gente?—. No estoy saliendo con Tomás, Nick, ni siquiera somos amigos. Solo nos vimos una vez en una discoteca y ayer por la calle, pero el pobrecito no quería ni acercárseme por causa del león hambriento en el que te transformaste. Ya te lo dije una vez, te lo diré dos, pero no habrá tres: hacenos un favor a todos y dejame en

paz.

El dolor surcó los oscurecidos y entrecerrados ojos de Nick en cuanto ella se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida. Lo estaba dejando. Lo abandonaba. Nick se dijo que no iba a seguirla. No lo haría, ¡no! Ella no le importaba y era la perversa mujerzuela que osaba despreciar el regalo más valioso que él había dado a una mujer, después de a Patricia. Rechazaba su confianza, ignoraba su amistad, y eso era

imperdonable.

Sin embargo, quería gritar. ¿Pero qué gritaría? ¿Cómo iba a gritar que no tenía idea de lo que se agitaba en su pecho cada vez que la veía, o cuando ella, con su dignidad de hierro, le demostraba en sus ojos que lo amaba mientras con la voz le decía que era un desgraciado?

Lavinia abrió la puerta de la oficina, no se molestó en cerrarla y avanzó hasta el ascensor ante la atenta mirada de Fi, que no se perdió el instante en que ella

apretó el botón de llamada y se quedó allí de pie, esperando que el cubículo apareciera frente a sus ojos.

Tampoco se perdió el momento en que Nick salió de su refugio dando largas zancadas como una fiera enjaulada. Hipnotizado por su objetivo, pasó delante del escritorio de su secretaria hasta quedar detrás de Lavinia y asentar con fuerza descomunal la palma de la mano en la puerta plateada del ascensor.

—Te dije que éramos amigos —repitió entre

dientes, en susurros sin poder decir nada de todo cuanto se le cruzaba por la mente y por el corazón. Nick se había cerrado a la comunicación y a los sentimientos, y estos estaban haciendo estragos en él al aparecer así, de improviso, sin que se hallara preparado para enfrentarlos.

—Y después me dijiste que yo era diferente de tus otras amiguitas porque soy pobre —replicó Lavinia sin darse la vuelta—. Eso no se le dice a una amiga, Nick, ni se la contenta con un pasaje

en tu puto crucero, ni se calla tu corazón culpable con un poco de ropa de marca.

Fi abrió la boca como si estuviera a punto de comer, pero solo masticaba sorpresa y aire.

—Con que es eso — masculló él en voz tan baja que Fi no alcanzó a escucharlo—. Tenés que saber que me importa una mierda cuán pobre sos.

Nick hablaba tan bien de proyectos arquitectónicos frente a cientos de personas que nadie hubiera apostado a

que en ese momento no tenía idea de cómo darse a entender. No sabía explicar que no le había dado el vale por piedad ni porque intentara comprarla. No le había ofrecido su amistad porque se sintiera culpable ni porque quisiera solamente sexo de ella. ¡Pero también quería sexo de ella! ¡Por Dios, quería tantas cosas!

—No, claro. Todas las vaginas son iguales — replicó Lavinia sin importarle si la mujer mayor escuchaba ni si a Nick le interesaba o no lo que ella le

dijese.

La puerta del ascensor se abrió y Lavinia entró en el sin que a Nick le restaran fuerzas para moverse. Se quedó de pie delante de la abertura, suspenso, con la sangre hirviéndole en las venas y las palabras clavándosele como agujones en la garganta.

Lavinia no dimitió porque los ojos de Nick expresaran un tormento. Los había visto enterrados en el piso del ascensor cuando había tenido que darse la vuelta para presionar el botón que

la llevaría de regreso a la planta baja.

Ni bien la puerta se cerró, Lavinia se respaldó en el espejo y se cubrió la boca con las manos. Los ojos se le llenaron de lágrimas que no tardó en derramar. Amaba a Nick, ¡estaba enamorada! Por eso se sentía tan estúpida y tan asustada de tener que gritarle todas esas cosas, tanto que habría regresado solo para asegurarse de que en realidad no lo había herido. No lo hacía, ¿verdad? Si a Nick nada le importaba de

ella, ni de sus amantes, ni de la gente en general. Nick era duro, soberbio, malintencionado. ¿Que podían importarle sus groserías o sus insultos?

Nick se quedó de pie delante del ascensor ausente dos, tres minutos, hasta que se volvió y con la misma lentitud con la que había hecho ese movimiento se internó de nuevo en su despacho. Cerró la puerta tan despacio que no se escuchó el sonido del picaporte.

A solas, primero intentó

refugiarse en el resentimiento. ¿Quién se creía esa chiquilina para decirle a él lo que tenía que hacer o para juzgarlo como profesor y, lo peor, como persona? No era más que una caprichosa a quien le gustaba hacer que el deseara poseerla para luego alejarse sin darle nada a cambio.

Conforme pasaron las horas y llegó la noche, el resentimiento se opacó por el miedo. Miedo a que no se sentía de ánimo para ir de putas, ni para probar suerte con las ricachonas del bar, ni

para llenar el vacío de su existencia a costa del sexo.

Se fue a la cama, pero no pudo dormir. El insomnio lo consumió toda la madrugada, se vengó de él haciendo resonar una y otra vez las palabras de Lavinia, sus ojos heridos y amorosos, su voz digna y humilde.

«No, claro. Todas las vaginas son iguales». Lavinia pensaba que eso significaba ella para él: sexo, un pasatiempo que le había salido un poco más caro que los otros porque le había costado una oferta de

amistad.

¡Mierda! ¿Por qué la había lastimado tanto? ¿Por qué se había confundido con ella? ¿Por qué se lastimaba...? Si la necesitaba cerca, ¿por qué la alejaba?

No la había elegido, se recordó. Tan solo se le cruzó en el camino y no pudo controlar su sed de ella, mientras que a las demás las había escogido con serena voluntad.

Fumó una veintena de cigarrillos hasta que descubrió con pesar que no podía soportar que Lavinia

lo creyera un desgraciado. Jamás le había importado y hasta gozaba con que lo hicieran las demás, pero ella no. No quería ser para Lavinia un ser inescrupuloso y vacío, insensible, infiel, incapaz de amar a alguien. Un ser como Patricia, un ser como Octavio. Nick reconoció que eso era en lo que se había convertido y que Lavinia... Lavinia había sido su víctima, como él fue la de su esposa y su madre la de su padre. Entonces se sintió más muerto que vivo.

—¡Hey, Nick! —lo saludó

Fi cuando entró a la cocina con dos bolsas llenas de mercadería. Se había sorprendido tanto de que Nick amaneciera en su casa que le asentó una mano sobre la frente para comprobar que no tenía fiebre—. ¿Estás enfermo? —preguntó. Él negó con la cabeza mientras pitaba un cigarrillo. La respuesta era obvia, él nunca se enfermaba—. ¿Qué hacés acá? —continuó la mujer—. ¡Y fumando a esta hora de la mañana! —Fi le arrancó el cigarrillo de los labios y lo

tiró a la pileta de lavar los platos. Nick la observó desde la mesa, alzando solo los ojos porque la cabeza la tenía gacha. Ella se cruzó de brazos antes de continuar—. ¿Qué pasó?

—Nada —respondió él con un tono de voz bajo y pausado.

—Mmm... —dudó Fi—. Resulta evidente que tenés un grave problema con una rubia.

Nick sonrió, meneó la cabeza de un lado al otro y extrajo otro cigarrillo del paquete. Fi le golpeó, firme

pero dulce, la mano.

—¿Cuántos llevás fumados? —exigió saber—. Apuesto a que no dormiste en toda la noche.

—Es la costumbre —replicó él. Ella rió.

—Te prepararé el desayuno, como en los viejos tiempos. ¿Te acordás?

Nick sonrió.

Pasó el viernes en el trabajo y a lo largo del día se prometió que esa noche sí se iría de putas. No se le antojaba una prostituta, iba a probar suerte en el bar con alguna mujer que le

recordara que todas buscaban lo que él estaba dispuesto a dar. Sin embargo, llegada la noche, volvió a su casa, tal como había hecho el jueves. Esta vez, la falta de sueño del día anterior le jugó una buena pasada y pronto se quedó dormido.

El sábado lo pasó recorriendo obras y controlando proyectos hasta las seis de la tarde. Al regresar a casa encontró que Fi le había preparado el traje que luciría esa noche para la inauguración del Centro

Médico. No podía faltar, era el ingeniero que había construido esa maravilla que todos admirarían, con lo cual él mismo se sentiría admirado, pero con el traje en una mano y la honestidad en la otra, reconoció que no tenía ánimos de ir. Solían gustarle las reuniones sociales porque allí conocía mucha gente nueva, también muchas mujeres, y hablaba trivialidades con todo el mundo. La gente lo admiraba, le sonsacaba información, lo criticaba a sus espaldas. Y él los

observaba fingiéndose uno de ellos, pero sabiendo cuáles eran sus movimientos exactos.

Ese traje que yacía sobre el sillón de masaje de su cuarto representaba todo el mundo superficial y vacío que había construido a su alrededor, ese en el que él se sentía tan cómodo porque no le pedía nada verdadero a cambio, pero a la vez tan ausente. Lo conocía demasiado bien, mucho mejor que los demás que lo formaban, porque él había sido un observador hacía

mucho tiempo, en una época que se esforzaba por enterrar en la memoria. Eran esos tiempos, sin embargo, la única verdad que Nick portaba en su alma.

No quería volver al mundo superficial. Algo lo había reencontrado con su madre, con su sufrimiento a causa de su padre, con el estudiante tímido que había sido, y no quería dejarlo ir. ¿Quién era él? ¿Por qué no podía congeniar ambos mundos? ll

A las diez de la noche, yacía sobre su cama,

observando el cielorraso del cuarto. No había encendido la luz, todo lo que tenía era la claridad que entraba por la ventana aun a pesar de los cortinados cerrados. El humo del cigarrillo salió lento y perezoso de su boca, se extendió en una nube que le impidió ver la sombra de la lámpara del techo proyectada en lo blanco de la pintura.

Entonces se irguió como impulsado por una fuerza inagotable. Apagó el cigarrillo en el cenicero que siempre tenía al lado de la

cama, abarrotado de ceniza y colillas, y se dirigió al sillón. Tomó el traje envuelto en un nailon transparente, lo estudió un momento y lo dejó caer como si esas fueran las últimas prendas que usaría en el mundo.

Capítulo 17

LAVINIA agregó al dibujo de una odalisca unas telas más largas. Quería que sus trajes para la muestra del Instituto de Danzas tuvieran más movimiento y color para que se distinguieran de los demás y pensaba conseguirlo con añadidos originales. Pintaba los nuevos trazos de rojo cuando resonaron tres golpes a la puerta.

Apagó la música que

provenía bajita desde la radio y miró la hora. Las once de la noche. Se acercó con paso lento a la puerta, temiendo se tratase de un ladrón, que no eran escasos en el barrio.

—¿Quién es? —preguntó. Nadie respondía—. No es gracioso —reclamó—. Hable o llamo a la policía.

—Soy yo.

El rostro de Lavinia se convirtió en piedra. Se puso pálida Y le temblaron las piernas. La voz había sonado suave, serena, pacífica, pero era la voz de él. Todavía era

la voz de Nick. Entonces abrió la puerta de par en par.

Él tenía un antebrazo apoyado en el marco de la puerta y la frente sobre el dorso de la mano. Lavinia se encontró con su atractivo rostro levemente inclinado hacia abajo, pero los ojos alzados hacia arriba, estudiándola. Se había puesto su traje. ¡Nick llevaba el traje que ella había confeccionado con sus propias manos y un moño de esmoquin!

—Estaba saliendo para una reunión social pero tuve

un problema con un botón de tu saco —dijo al tiempo que extendía la mano libre con el botón en la palma—. Me preguntaba si podías coserlo y en pago aceptar que te lleve a la fiesta.

Lavinia no recordaba cómo se hacía para respirar. Tenía la boca entreabierta como un pez sin que el aire pudiera encontrar el camino hasta sus pulmones. De pronto él frunció el ceño, había pasado a lucir preocupado.

—¿Tenés algo que ponerte? —agregó con el

mismo tono de voz suave—. Porque si no tenés nada, entonces ninguno de los dos irá a una fiesta. Me quedaré acá, con vos. ¿Puedo pasar algo de tiempo con vos, Lavinia? Un poco... nada más.

Lavinia todavía estaba muda, con la boca entreabierta y los ojos como platos. Al fin pegó los labios y dejó escapar el último resto de aire que le quedaba.

—Sí —dijo—. Sí tengo —aclaró. De pronto se había olvidado el vocabulario, pero con una palabra

respondía ambas preguntas —. Pasá.

Nick no esperó que Lavinia insistiera. Entró al departamento y se quedó allí parado hasta que ella cerró la puerta, le puso llave y volvió a mirarlo a los ojos.

Mucho había cambiado. Para empezar, Nick ya no lucía acelerado, ni forzaba una mirada implacable. Tampoco pretendía llevarse el mundo por delante.

—Yo... —balbuceó ella sin saber bien qué decir—. ¿Tenés un momento?

—Estoy llegando bastante

tarde, pero sí, por supuesto que tengo un momento — replicó el—. Muchos momentos para vos.

Lavinia no entendía nada. Después de que lo había insultado y le había recriminado que era un mal profesor y un mal hombre, él venía a buscarla y le decía todas esas cosas sin un ápice de deseo sexual. O con mucho deseo sexual, pero sin que las palabras fueran algo superficial ni un versito armado para la conquista. Eran palabras reales, eran palabras salidas del corazón.

Por eso sonrió.

—Qué bueno —dijo. Casi al mismo tiempo se sintió abruptamente avergonzada —. Disculpa el desorden — se excusó al ver los dibujos y telas extendidos sobre la mesa, los retazos desperdigados por el piso.

—Vos porque no viste mi departamento —la consoló él—. Si no fuera por Fi, me taparía la basura. Me tapa en mi camioneta.

—¿Fi? —indagó Lavinia, todavía sin poder creer la conversación que mantenían. Él no le ocultaba nada.

—Fi, mi secretaria, la mujer que conociste en mi oficina.

—Ah, sí —asintió ella, conforme. Pero él no se quedó callado.

—En realidad ella es mucho más que mi secretaria —continuó—. Fi es una vieja amiga, una segunda madre para mí. Y la quiero mucho.

Lavinia asintió sin entender esa extraña confesión de Nick, como si él quisiera decírselo todo.

—Está bien —dijo sonriente—. Supongo que

eso es bueno para vos.

—Lo es.

Se hizo silencio, pero no por eso dejaron de mirarse. Lavinia leía tanto en esos ojos que sintió miedo, porque aunque reconocía que había mucho por decir, era más lo que se esforzaban por callar.

—Voy a cambiarme de ropa —anunció—. No te preocupes porque no soy de tardar demasiado.

—Qué bueno —replicó él—. Yo también soy muy rápido para todo, incluso para vestirme.

Lavinia sonrió
enternecida.

—Sí, resulta evidente —
dijo acerca de la velocidad
que siempre llevaba Nick,
que saltaba a la vista en
todo.

Él también sonrió. Sonrió
de verdad, sin reticencias,
sin temor de que una sonrisa
significara ceder ante las
intenciones desconocidas de
alguien, porque él creía
conocer las de Lavinia.
Lavinia era una persona de
su confianza.

Ella corrió a su habitación.
Había mentido, no tenía

vestidos de fiesta que pudieran hacer honor a una de la categoría a la que seguramente estaba pensando en llevarla Nick, pero podía echar mano del que se había confeccionado para el casamiento de Tamara.

Mientras Lavinia se vestía, peinaba y maquillaba, Nick dio una vuelta por el pequeño comedor desordenado. La mesa estaba llena de telas rojas y amarillas, lentejuelas, monedas, hilos y agujas. También había algunos

dibujos. De hecho descubrió que Lavinia dibujaba muy bien, si es que los había hecho ella. No le quedaron dudas cuando encontró los lápices de colores con los que pintaba.

Junto al teléfono había un portarretratos. Nick sonrió cuando vio su fotografía con una mujer y su tarjeta, ¿Cómo se llamaba esa chica? No lo recordaba, pero si algo le disgustó fue que Lavinia tuviera que verlo con una mujer de cuyo nombre él ni siquiera se acordaba, como souvenir de

la porquería que había sido. Que era. Que no quería ser.

Caminó junto a la pared hasta un maniquí donde había un vestido de novia todavía no terminado. Alguien se casaba. Después se sentó en la silla que antes había ocupado Lavinia.

Pensó por un momento que ella lo haría aguardar una hora o más en venganza porque él la había hecho esperar en su oficina el jueves, pero eso no ocurrió. Apenas veinte minutos después de haberse internado en la habitación,

salió envuelta en un maravilloso vestido largo color verde manzana, con el cabello recogido en una cola alta y el rostro maquillado con tonos suaves. Sentado como estaba, Nick estiró las piernas y cruzó los dedos detrás de la nuca.

Lavinia notó que él la devoraba con la mirada. Se humedeció los labios resecaos sin poder evitar ruborizarse. Asentó un bolso de mano del color del vestido sobre la mesa y de allí extrajo un brillo labial transparente y un espejo. Comenzó con la

tarea de pintarse los labios.

Nick sintió tanta satisfacción de verla hacer eso que el cuerpo se cobró la molestia. Tradujo el placer en una opresión en el pecho y un deseo desconocido de que aquella acción natural y cotidiana se repitiese incansables veces hasta que pudiera decir que ella era su familia, que nunca estaría solo.

Lavinia rozó un labio con el otro mientras cerraba el espejo y el labial. Nick había recuperado su buen humor, su picardía y su impaciencia,

pero de un modo diferente. Se echó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Así que tenés una boda —arriesgó.

—Ajá —respondió Lavinia mientras guardaba las cosas en su bolso—. Se casa mi mejor amiga.

—¿Y estoy invitado? —preguntó él—. Porque yo pienso invitarte a la nuestra.

Lavinia sonrió con la insinuación, pero no se dejó engañar. Nick era demasiado inestable, demasiado impredecible para pensar

que lo decía en serio. En un momento la hacía esperar cuarenta minutos fuera de su oficina como si ella no valiera nada y al otro le insinuaba que se casaría con ella. Lavinia lo miró con amor, pero sin un ápice de ilusiones.

Nick supo que ella no le creía y no la culpó. Sabía que no había dado muestras de seguridad antes y no podía pretender que ella olvidara todo lo anterior porque las daba ahora.

—¿Tenés el botón? —
pidió Lavinia con

amabilidad. Nick no dejaba de mirarla ni había soltado el botón en todo ese rato, porque abrió la mano y allí estaba.

Lavinia enhebró aguja e hilo y se arrodilló frente a él para hacer su trabajo. Nick la observaba con tanta intensidad que la puso nerviosa y la hizo pincharse un dedo. Después de dejar escapar un suave quejido, se llevó la herida a la boca. Nick le tomó la muñeca y acercó la delicada mano a sus labios, entre los que atrapó el dedo lastimado.

Lavinia tragó con fuerza. Le salía sangre. A Nick no pareció importarle. Lo que hacía era como una muestra de confianza o un mensaje que ella no alcanzaba a interpretar. Nick caminaba por los extremos, le gustaba ir siempre por el borde de una cornisa. Hablaba con los actos, se expresaba con la mirada, y a ella la atraía su juego.

—Me ponés nerviosa — confesó, roja como las telas que la esperaban para convertirse en trajes de bailarina.

—Quisiera ponerte nerviosa todo el tiempo— replicó él con los labios sucios de sangre. La sangre de Lavinia.

—¿Por qué? ¿Sos vampiro o algo por el estilo? — bromeó ella. Se sentía perturbada por los abruptos cambios de Nick, estremecida por su contacto.

—Quiero ponerte nerviosa para verte ruborizada — repuso él con soltura, hasta con naturalidad—. Se parece mucho a como lucís cuando hacemos el amor.

Lavinia sintió que se

deslizaba por un tobogán de sentimientos hasta tocar un fondo suave y mullido donde la esperaba Nick para recibirla entre los brazos. Si era correcto o no dejarse llevar y engañar por esos sentimientos de nuevo no lo supo, pero se sentía tan bien entrar en la fantasía de que él la amaba, que no pudo resistirse a la tentación y sucumbió ante el sueño. Se entregó al amor que albergaba por él en sus entrañas.

Se alzó para rodearle el cuello con los brazos y Nick

no dejó de responder ante su gesto. También la abrazó, le acarició el cabello con ternura y la besó en la coronilla.

—No quiero lastimarte, Lavinia —prometió—. Quiero darte razones para sonreír.

Durante el corto trayecto que hicieron en el automóvil de Nick que Lavinia desconocía, pues siempre lo había visto en la camioneta que él usaba para visitar las obras, se dejó llevar por la sensación de que flotaba en una nube.

Dejaron el coche en el estacionamiento y Nick la llevó abrazada de la cintura hasta el lugar donde se desarrollaría la fiesta: el nuevo Centro Médico. En el camino a pie le contó algunas cuestiones de la construcción y respondió a dos preguntas que Lavinia le formuló en relación con el diseño, curiosidades que solían atacar a cualquiera.

El interior del edificio era tan majestuoso como lo que se veía en la fachada. La fiesta se desarrollaba en el último piso, el que se

utilizaría para congresos y reuniones sociales. Ni bien los vio entrar, Pablo se abalanzó sobre ellos llevando del brazo a su esposa.

—¡Nick! —exclamó—. Te esperaba hace dos horas. ¿Pasó algo?

—No —respondió él—. Ya estamos acá. ¿Te acordás de Lavinia?

Lavinia sonrió ante la mirada confundida de Pablo.

—¿Margarita Farías? —le recordó ella sonriente. El hombre cayó en la cuenta muy rápido porque echó la

cabeza atrás y dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Ah! ¡La diseñadora! — exclamó. Los tres involucrados rieron.

Lavinia se dio cuenta de que muchas miradas reparaban en Nick, sobre todo de mujeres. Sin embargo, prefirió ignorar ese pensamiento. Esa noche, Nick era suyo, y aunque a la mañana siguiente volviera a sentirse como cualquiera de sus amiguitas, por esa vez quería vivir el momento.

—¡Hagen! —exclamó una

voz proveniente de su espalda.

Tanto Nick como Lavinia se dieron la vuelta para recibir a quien se les acercaba. Un hombre entrado en años avanzó hacia ellos hasta estrechar la mano que Nick le ofrecía amablemente.

—Doctor Dickinson — dijo— Le presento a mi novia.

El hombre miró a Lavinia y estrechó su mano, pero ella se había congelado.

—Un gusto —le dijo el médico, quien pronto la

soltó y pasó a mirar otra vez a Nick—. Tiene tan buen ojo para elegir novia como para la construcción.

Nick asintió con un movimiento de la cabeza y una sonrisa.

—Ella es mi pequeña luz al final del túnel —afirmó estrechándola más contra su costado.

El médico sonrió ante los enamorados y luego se alejó cuando otra persona lo llamó desde un rincón del cuarto.

Nick invitó a Lavinia a sentarse con él en unos sillones y le pasó otra vez la

mano por la cintura para mantenerla abrazada. La necesitaba cerca, necesitaba su contacto.

—¿Qué querés tomar? — le ofreció. El gris de sus ojos abrumaba, miraba a Lavinia como buscando que se le internara adentro.

—Lo que sea —respondió ella, dejándose abrumar.

Nick llamó al mozo con un gesto de la mano y tomó dos copas de champán de la bandeja. Después de que el joven se alejara, volvió a hablar.

—Espero no estés molesta

—dijo antes de beber un trago.

—¿Por qué habría de estarlo? —indagó ella.

—Porque te llamé mi novia.

Lavinia pestañeó en busca de ordenar sus sentimientos, alborotados como pocas veces los había notado antes.

—¿Y lo soy? —preguntó.

—Lo sos —aseguró él.

Lavinia sintió que el corazón se le llenaba de mariposas, le hacía cosquillas y la llevaba a sonreír. No podía borrar la curva de sus labios.

—En ese caso, no estoy enojada, estoy feliz —afirmó—. Nick —él, que hasta ese instante procuraba concentrarse en su copa, la miró a los ojos—. Te amo.

Nick la observó, callado entre el murmullo de la gente que hablaba trivialidades y de la música que allí no sonaba tan fuerte. Alzó una mano y acarició una mejilla a Lavinia, la veneraba.

—Sos la mujer más buena que conozco, Lavinia —respondió.

Ella comprendió la razón

por la cual Nick no podía dar respuesta a su confesión de amor a pesar de considerarla su novia y presentarla como tal delante de todos. Nick no la amaba. La necesitaba, pero eso no era lo mismo que amar. Aun así, no se atrevió a alejarse. Quizás algún día él descubriera que albergaba también ese sentimiento como acababa de descubrir que ella le era necesaria.

—Y te soy fiel hasta la muerte —agregó Nick de inmediato.

Una lágrima abandonó los

ojos de Lavinia y se deslizó por su mejilla rosada hasta llegar al dedo de Nick, que la escurrió con calma.

Él no hablaba de amor, hablaba de sexo, pero por algo se empezaba.

—Qué bueno —replicó ella, conformándose con lo que Nick pudiera darle. Ya no le valían el orgullo ni la dignidad porque lo amaba. ¡Oh, cuánto lo amaba! Y sin él simplemente se quedaría sin aire—. Porque yo también lo soy.

Nick miró la pista de baile. Quería hacer feliz a Lavinia

y para eso jamás le mentiría y haría siempre lo que sabía que a ella la reconfortaba. Podía suplir la falta de amor con el inmenso afecto que sentía por ella, con acciones que la mantuvieran flotando entre las nubes. No podía amarla, él ya había prometido eso a otra persona, a alguien que podía soportar un amor egoísta y duro como el suyo. Porque él era como su padre, y la gente como Octavio solo sabía herir.

—¿Bailamos? —le preguntó. A Lavinia le

gustaba bailar y él estaba dispuesto a darle todo para compensar la prohibición de retribuirle el amor que ella le daba.

—Creí que no bailabas — replicó Lavinia esforzándose por sonreír.

—Pero quiero bailar esta canción con vos —respondió él.

Lavinia sonrió y se dejó llevar a la improvisada pista de baile donde Nick la estrechó contra su pecho y la transportó al mundo que soñaba con los acordes de *If you leave me now*.

En el transcurso de la noche, todos se acercaron a saludar a Nick. Se hacía evidente que era reconocido en su ambiente y que a partir de ese día nadie tendría dudas de que Lavinia era su novia, porque así la había presentado ante todo el mundo.

Una fotografía coronó el momento, una que Nick no se negó a que le tomaran abrazado a Lavinia. Incluso pidió al fotógrafo mediático una copia que el hombre prometió hacerle llegar.

Nick tenía el mundo a sus

pies. Era tan apuesto, tenía una sonrisa tan encantadora y una mirada un sensual que Lavinia no alcanzaba a comprender cómo o porqué la había elegido a ella para esa velada y todas las demás que le había prometido ahora que era su novia.

Capítulo 18

SE retiraron de la fiesta a las cuatro y media de la madrugada. Una vez en el auto, Nick encendió el motor y comenzó a circular muy lento. Con la excusa de un paseo, extendía las horas junto a Lavinia.

—¿Cuál es el parentesco con el director del centro médico? —interrogó de golpe. La pregunta sacudió a Lavinia porque no estaba preparada para recibirla.

Nick lo noto y se disculpó por eso—. Perdón, no sabía que podía resultarte incomodo que te lo preguntara.

—No, no me resulta incómodo —se apresuró a reponer ella y suspiro. Es una historia muy larga. ¿Cómo te diste cuenta?

—Llevan el mismo apellido, aunque nunca se me hubiera ocurrido que el mundo es tan chico si no fuera porque hoy los vi juntos. Lo sentí los —respondió el y luego sonrió con serenidad—. Sabes que

voy a estar acá para escuchar si algún día necesitas hablar con alguien —ofreció para terminar la conversación.

—Es mi abuelo, creo. —dijo ella. La respuesta de Lavinia dejó a Nick enmudecido. Lo había tomado por sorpresa.

—¿Y así se saludan abuelo y nieta? —replicó.

—No le dijiste mi nombre ni mi apellido, no se dio cuenta de que era yo porque nunca antes me había visto, al menos siendo ya adulta.

—¿Cómo es eso? —después de haber preguntado

se arrepintió. El jamás soltaba prenda de nada acerca de su vida, era injusto que pretendiera que Lavinia lo hiciera—. Perdóname. No tiene que responder.

A ella no pareció importarle. Se hacía evidente que había sabido asumir sus traumas mucho mejor que él.

—Mi madre se casó con su hijo, que era profesor de Historia en su colegio. Se embarazó de mí, nací, y al poco tiempo mi padre fue asesinado. Trabajaba en un barrio peligroso.

Lavinia no se extendió contando a Nick lo que pensaba acerca de su madre, la historia con los demás novios que había tenido ni la confusa procedencia de su hermana, o el cuento de su hermano y Josué. Pero sus palabras habían calado hondo en Nick. Ella había tenido una vida difícil, y eso lo entristeció. No quería que sufriera, no quería que recordara tiempos en los que había sido infeliz, si es que alguna vez había conocido la felicidad.

De pronto se acordó del

viento y de las cortinas que se mecían en el hotel y ella lo obligó a cerrar antes de tener sexo.

—Tu madre... —susurró. Tenía miedo de la respuesta que Lavinia pudiera darle—. ¿Tuvo muchos novios después de tu padre?

Detuvo el auto. Ni siquiera se dio cuenta de que lo hizo en el mismo lugar donde había hecho el amor a Patricia por primera vez. Lavinia lo miró asustada. Él le pasó un brazo por detrás del apoyacabezas y esperó con el ceño fruncido a que

ella respondiera.

—¿Esta vez no me penas pedir disculpas por preguntar algo tan íntimo?

—interrogó Lavinia evidenciando el miedo a dar respuesta.

—No —replicó él con naturalidad—. Esto sí quiero que me lo respondas.

Lavinia bajo la mirada y se humedeció los labios.

—Se porque lo preguntas —replicó—. No llego a suceder, pero estuvo muy cerca —suspiro y alzo la cabeza con asombrosa fuerza de espíritu—. ¿Ya

podemos irnos?

Nick se había quedado callado, la miraba no con pena ni con miedo, sino con odio.

—Me gustaría hacerle daño —confesó entre dientes.

—A mí no —respondió ella con desencanto—. Ya se lo está haciendo solo.

—¿Todavía lo ves?

—No tengo más opción que hacerlo, es el padre de mi hermano.

Nick asintió en silencio. Era increíble como abriéndose a sus propios

sentimientos se conectaba con los de los demás ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que Lavinia había querido decirle cuando le pidió que cerrara la ventana para poder tener sexo? El tipo habría entrado por la ventana, estaba seguro. Hijo de puta.

Quería que Lavinia enterrara ese mal recuerdo. Deseara que fuera feliz, que amara el sexo, y sabía que con su experiencia podía ayudarla a hacerlo.

Volvió a salir al tránsito y se encamino de regreso a la zona de la que provenían,

como si no debieran haberla abandonado.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Lavinia. Nick le respondió sonriente.

—A ver las estrellas.

Lavinia comprendió que Nick la llevaba al hotel y no pudo evitar sentirse frustrada por eso. Lo amaba y tener sexo con él era como volver a respirar, por eso no se negaba, pero el hecho de que fueran a hacerlo en la misma cama que el compartía cada noche con una amante distinta no la hizo sentir bien. Así y todo, guardo

silencio y se entretuvo mirado por la ventanilla.

De pronto se dio cuenta que el aminoraba la marcha antes de llegar al destino que ella esperaba. Se había detenido delante de un precioso edificio de puerto madero. Lavinia lo miro de inmediato.

—¿En dónde estamos? — preguntó.

—En mi casa. —respondió Nick muy sereno.

Lavinia enmudeció. Había pensado que Nick la llevaría al hotel o a cualquier otra habitación alquilada, sin

embargo acababa de detener el coche frente al edificio en el que tenía su departamento. El lugar donde él vivía, donde conservaba todos sus secretos.

—Déjame imaginar que ninguna mujer vino acá nunca —pidió Lavinia con la cabeza gacha. Él le sujeto la barbilla y la obligo a mirarlo.

—No tienes que imaginar —le aseguró—. Es así.

Nick abrió la puerta del garaje con un botón que se apretaba desde el llavero y

luego entro el auto a su cubículo. Subieron al ascensor y permanecieron en silencio hasta que la puerta se abrió en el anteúltimo piso.

—Te gustan los sitios altos —reflexionó ella una vez en el recibidor.

—Sí —admitió el marcando en un panel la clave que daba acceso a su departamento.

El piso era tan exclusivo como el edificio en el que se encontraba ubicado. Estaba decorado en la gama del negro. Tanta oscuridad no

alentaba el corazón de nadie, mucho menos el de Nick, pero desde el ventanal del living se podía apreciar media ciudad, convirtiendo la casa en un sitio majestuoso.

—Está precioso —admitió Lavinia en voz alta.

—Gracias —replicó Nick retirándole el abrigo de los hombros—. ¿Qué quieres tomar?

Lavinia no tenía idea de que tenía que responder. Había bebido mucho.

—Sorpréndeme —bromeó encogiéndose de hombros.

Mientras Nick se alejaba hacia la cocina, ella avanzó un paso más. Paso la vista por los sillones negros de cuero, la mesa ratona, el vestido rojo. ¿Un vestido rojo?

Se aproximó al portarretratos con la respiración agitada, los músculos contraídos. Nick apareció con dos copas de vino tinto.

—¿Qué hace ella acá? —interrogó Lavinia arrodillada frente a la mesa ratona, con ambas manos junto a la imagen de la pelirroja que lo

acompañaba en el barco.

—Es mi esposa.

La naturalidad con la que Nick dejó escapar esas palabras indigno a Lavinia al punto que se puso de pie y lo enfrentó con el contraído y la mirada fulminante. Nick sonrió ante esa actitud de guerrera romana que ella había tomado, le pareció gloriosa.

—Perdón, quiero decir, mi ex —repuso. Estaba tan acostumbrado a pensar que Patricia tenía que ser su esposa porque él así lo había decidido que le costaba

hacerse a la idea de que se habían divorciado hacía cinco años.

Lavinia sintió que el mundo de ilusiones que había forjado en su mente se diluía con la fuerza de aquella revelación. De pronto comprendía muchas cosas, sobre todo que Nick sin dudas estaba atrapado en ese amor del pasado, pues acompañaba a la mujer en el barco Y todavía tenía su fotografía en el living de su casa.

—No sabía que fueras casado... —balbuceó

cabizbaja.

—Lo fui —repuso él, todavía con ambas copas entre las manos—. ¿Acaso eso cambia en algo lo que tenemos? Estoy solo ahora. Quiero decir, estoy con vos.

Lavinia volvió a mirarlo.

—Si estuvieras solo no estaría ella ahí —señaló la foto con la mano—. Si estuvieras conmigo, tampoco.

Nick asintió.

—Tenés razón —dijo. Luego dejó ambas copas sobre la mesa, tomó el portarretratos y lo miró con

desdén—. En realidad no sé porque sigue estando acá.

Con dos golpecitos obtuvo una punta de la foto, jalo de ella y la atrapo entre los dedos, dejando el cuadro vacío. Sin volver a mirar la imagen, la rompió en cuatro pedazos y los arrojó junto a las copas.

—¿Nos sentamos? — ofreció.

Lavinia no tenía idea de lo importante que resultaba para Nick haber roto aquella fotografía que lo había acompañado durante cinco largos años, por eso no le

basto aquella acción. Se había quedado molesta, triste y eso se notaba en su rostro adormecido. Eran las cinco y media de la madrugada y no había descansado desde la noche pasada.

Nick se sentó en el piso. Lavinia suspiro sin moverse. Él le tomo la mano.

—Lavinia... —le hablo con suavidad—, podemos desperdiciar nuestro tiempo distantes, pensando en el pasado, o perdonas mis errores y seguir con nuestras conversaciones. Te respeto y

si la imagen de mi ex mujer te hizo daño, te pido con sinceridad perdón.

Lavinia no lo miraba pero cometió el error de hacerlo cuando el termino de hablar. Era honesto, lo demostraba su mirada, lo decían sus gestos, ese rostro tan expresivo que él tenía. Sin embargo, lo que había dañado a Lavinia no era la imagen de la ex, pues quizás él no tenía pensado llevarla a ella a su casa cuando había salido y por eso no la había escondido, sino todo lo que el hecho de que esa colorada

estuviera todavía allí implicaba para Nick.

Él no la había olvidado. Posiblemente la amara y ella no hacía más que luchar contra el fantasma de la indiferencia de la otra. Lavinia no quería ser la segunda, pero tampoco quería perderlo.

—¿Me perdonas? —le preguntó Nick. Ella suspiró.

—No hace falta que me pidas perdón —resolvió. Nick no tenía la culpa de estar enamorado de otra y de que ella fuera tan débil como para ignorarlo.

—Entonces volvé a sonreír
—pidió él, regalándole a
cambio una sonrisa de niño
embelesado—. Por favor...

Lavinia obedeció, pero se
notaba que lo hacía sin
demasiado entusiasmo. Se
dejó caer frente a Nick
aunque evitó mirarlo.

Conversaron un rato
mientras Nick, distraído y
sin segundas intenciones,
jugaba con los trocitos De la
fotografía de Patricia.
Despacio los fue
transformando en
cuadraditos, luego en
bolitas, finalmente, en

ínfimas partículas blancas.

—¿Te gusta? —le indicó un rato después. Lavinia miró hacia donde señalaba. Le mostraba el ventanal.

—Me encanta —respondió con sinceridad.

Nick se volvió para mirarla y se acercó a su boca. Respiro sobre sus labios, los rozó con la lengua.

—Tengo una vista mucho más impactante desde mi habitación —sugirió, pero la insinuación no provocó en Lavinia lo que él esperaba. Ella contrajo las facciones,

se le entristeció la cara.

—Decime que no es eso todo lo que querés de mí, Nick —pidió con un susurro ahogado—. Por favor.

—Me muero por hacerte el amor —respondió el—. Aun así, pasaría todas las noches de mi vida en abstinencia solo por quedarme al lado tuyo.

Lavinia dejó escapar una risita sincera.

—No hace falta que mientas. Soy ingenua, pero no tanto como para creerme eso —recriminó. El no rio.

—No estoy mintiendo —

aseguró—. El sexo no es tan importante para mí.

—¡No me digas! —ironizó Lavinia enarcando las cejas.

—El sexo no es más que sexo —replicó él—. Apenas una descarga física que te satisface un momento. Hacer el amor es lo que de verdad importa.

—Entonces te pasarías en abstinencia de hacer el amor, pero no de tener sexo —jugó ella con las palabras.

—Ambas —replicó él—. ¿Sabes una cosa, Lavinia? Me aburro.

—¿Qué te aburrís? —ella

frunció el ceño.

—En la cama, con las mujeres —precisó el—. Con las mujeres que llevo a la cama, quiero decir —siguió aclarando. Lavinia suspiro.

—Oh. Gracias.

—No, con vos no —repuso el hombre con una sonrisa. Parecía a la vez un adulto y un niño travieso.

—Tampoco con tu mujer —recriminó Lavinia con rencor, pero enseguida se arrepintió de haber hablado de ese modo—. No. Perdóname —pidió—. No debí decir eso, me estoy

dejando llevar por...

—Los celos —sonrió él.

—¡No! —replicó ella.

Horrorizada.

—¡Si, estas celosa! Me encanta

Nick pensó que nunca lo habían celado. Ni patricia, ni nadie. No del modo en que lo hacía Lavinia, por amor. Eso lo enterneció al punto de que se arrepintió de haber dicho aquello acerca de la abstinencia y beso a Lavinia sin pedirle permiso ni esperar aprobación.

¿Cómo iba a pasar la vida entera a su lado sin hacerle

el amor? ¡Imposible! La iría convenciendo de a poco, para eso se había entrenado tanto, pero ella iba a ser suya siempre.

No fue necesario, Lavinia respondió al beso rodeándole la cara con las manos y entrelazando la lengua con la suya. Jugaban cálidas en el interior del uno y del otro.

El beso se prolongó en caricias. Nick enredo los dedos en el cabello largo de la mujer, le rozo la nuca y luego siguió la línea recta de su columna pasando una uña

junto al cierre del vestido. Lavinia tocaba el pecho masculino, pero la camisa se interponía entre ella y sus intenciones.

Esta vez no espero a que Nick le indicara lo que tenía que hacer, no le hizo falta porque se dejó llevar por lo que sentía ya sin temores ni fantasmas. Necesitaba volver a vivir.

Impulsada por esa premisa, se apropió de los botones mientras él hacía lo mismo con el cierre de su vestido. De pronto se arrepintió. Era una pena

despedirse de las prendas, que tan lindas sensaciones les brindaban y que servían para ganar nuevas experiencias. Para ello se detuvo y se despegó de los labios de Nick; quería atraer su atención. Consiguió su cometido, porque el dejó lo que hacía y la miro.

—Estás demasiado lindo —susurró ella con una sonrisa traviesa en los labios, acariciando el cuello de su camisa—. Dejémonos la ropa puesta.

Nick bajó la mirada encendida hacia los senos de

Lavinia, que asomaban tímidos por el escote recatado, y suspiró. Adoraba la idea de que las prendas funcionaran como barrera; la limitación impuesta de no poder quitárselas acrecentaría el deseo, pero a decir verdad también se moría por volver a verla desnuda. Aun así, aceptó la propuesta trayendo las manos al rostro de la mujer y rodeándolo con ellas para darle un beso apretado.

Lavinia gimió. La lengua de Nick era cálida y se movía perezosa dentro de su

boca. La lentitud del beso abrumó los sentidos de la mujer. Las manos de Nick se deslizaron de las mejillas femeninas al cuello, luego a la nuca. La apretó más contra su rostro y entonces el beso se tornó más exigente y posesivo, pero continuaba siendo suave. Ella se preguntó cómo en la naturaleza de un hombre podían convivir cualidades tan contradictorias. Comprendió al mismo tiempo que era gracias a ellas que se moría de deseo. Fue lo que la impulsó a

apoyar las manos en su cremallera.

Nick sonrió contra sus labios. Lavinia abrió los ojos y vio los del hombre brillar.

—Estás yendo rápido — murmuró él con regocijo, volviendo las manos a las mejillas de Lavinia. Estaban sonrojadas y en ellas latía el mismo deseo que ella se esforzaba por reprimir más abajo, donde todavía los separaba una fina tela de seda.

—Te extrañaba... —se atrevió a responder.

—Y yo a vos.

Nick la recostó sobre la alfombra. Lavinia se removió al tiempo que humedecía los labios. Pudo sentir en ellos el sabor de Nick, y eso le hizo faltar el aire. Que sus sabores se mezclaran le hacía palpar la carne.

El introdujo una mano por debajo de la tela verde agua, buscaba llegar a la ropa interior. Lo hizo arrastrando los dedos por la parte interna del muslo de Lavinia, castigándola con su lentitud. Ella se estremeció. La caricia se sentía a la vez

molesta y fabulosa, porque le hacía cosquillas pero la excitaba. Repercutía en su intimidad, y cuando las manos del hombre alcanzaron la prenda ansiada y la deslizaron por sus piernas rumbo a los pies, arqueó la columna y echó la cabeza atrás. Apretaba los párpados.

—No abras los ojos —le pidió Nick. Lavinia tembló. ¿Por qué? Se preguntó. ¿Por...?—. Tenés que prometérmelo —interrumpió el sus pensamientos mientras le flexionaba una pierna.

Incapaz de otra cosa con tal de que la dulce tortura siguiera su curso, Lavinia tragó con fuerza y respondió sin aliento.

—Te lo prometo.

Una caricia cálida y húmeda le puso la piel de gallina atrás de la rodilla, luego en la parte interna del muslo, allí por donde antes se había deslizado un dedo. No era una uña, no. Quería abrir los ojos, pero los apretaba con todas sus fuerzas porque había prometido hacerlo. Tampoco era una uña lo que ascendió

hasta perderse en el lugar donde la oscuridad prometía llenarse de luz.

Mientras la húmeda calidez se movía rápida y a veces lenta en cada rincón de aquella parte secreta de mujer, Lavinia no se daba cuenta de que gemía y se retorció, incapaz de contenerse más. Si Nick seguía jugando ese juego, ella ya no podría guardar su punto máximo de goce para él, como deseaba hacer.

Tiró del cabello que Nick tenía un poco más largo y desordenado en la coronilla.

Así lo apretó contra ese sitio que estaba brindándole tantas sensaciones — cosquillas, pinchazos, electricidad— y le pidió que siguiera con la magnífica tortura. Una mano se coló por la parte superior de su vestido, pero como era apretado los dedos no alcanzaron sitio deseado. ¿Cómo se le había ocurrido dejarse la ropa puesta? Había sido una idea muy estúpida. Pero Nick no se daba por vencido tan rápido como ella. No le importó más que complacerse y tiró

con impulso y rapidez la tela, pretendiendo rasgarla. Era buena, estaba bien cosida, sin dudas el vestido lo había hecho Lavinia porque no se rompió. Jaló con más fuerza. La tela se rajó y siguió rompiéndola. El hecho costó a Lavinia una marca roja en la espalda y un ardor que, lejos de herirla, la excito. Toda la situación era en realidad muy estimulante.

Cuando los dedos de Nick alcanzaron al fin sus pezones y los erizaron con movimientos circulares y

ligeros apretones, Lavinia se quejó. No resistía más presión.

—Vamos, hacelo —
murmuro él. Le dejaba el aliento sobre la sensible piel de su vulva—. Me va a gustar ver esto, hacelo para mí —y acelero las caricias con la lengua, con las manos, con los labios.

Las palabras terminaron de abrumar a Lavinia. Estallo en gemidos ahogados, se mordió el antebrazo para no gritar. Y después, agitada y temblorosa, entreabrió los ojos irritados de sentir.

Nick descansaba con la frente apoyada sobre su muslo. Tenía un brazo estirado y le acariciaba con esa mano el esternón, justo en ese momento pasaba por entre sus pechos en dirección al vientre. Los dedos bajaron despacio y se detuvieron en el ombligo, donde trazaron algunos círculos. Él también parecía cansado, y permanecieron los dos así incontables minutos.

De pronto Nick apareció por entre sus piernas, se asomó por sobre su pelvis.

Los ojos le brillaban y sonriera con cara de niño travieso.

—¿Te gusto? —preguntó —. ¿Lo hice bien?

Lavinia no pudo creer esa pregunta.

—Mmmm..., —masculló. Parecía adormecida—. Te pongo un ocho.

Nick frunció el ceño y se fingió enojado.

—Un ocho es una nota mediocre, señorita, a mí me gusta el diez.

—Ya sé que usted es muy autoexigente —bromeó ella —. Va a tener que seguir

practicando, Hagen —dijo. Él rio y se sentó en la posición del indio. Le brillaban los labios. Lavinia comenzó a limpiárselos con las manos. Olía raro. No quería imaginar cómo debía saber todo eso que él tenía en la boca—. ¿Por qué lo hiciste? —preguntó. Nick se encogió de hombros.

—La primera razón es que no tenía preservativos en este sector de la casa, y no quería decepcionarte —respondió. Ella continuaba secándole la boca con los dedos—. La segunda, se me

dio la gana. En conclusión.
Me encanto.

—Ahora te debo una —se
mofo ella bajando las
manos.

—No te preocupes, ahora
me pagas la deuda en la
habitación. Mira como me
dejaste.

Le tomo una mano y se la
llevo a su entrepierna.
Lavinia sonrió. No hacía
falta explicar con palabras
como lo había dejado. Él le
tomo el rostro entre las
manos y el beso en la boca.
Ahora ella descubría a que
sabía su propio cuerpo.

—Sos tan hermosa —le susurro sin soltarle la cara. La miraba embelesado—. No tener idea de lo linda que te pones en ese momento, cuando llegas al final. Se siente como una fantasía.

Lavinia bajo la mirada. Todavía le costaba acostumbrarse a las conversaciones en las que el sexo era sinónimo de intimidad y de confianza. Sonrió con las mejillas teñidas de rubor pero no se amilano. Ella también quería más.

—Entonces no perdamos

tiempo —se atrevió a decir—. A mí no me gusta deber nada a nadie.

Para levantarla del piso, Nick le rodeo la cintura. Lavinia rio porque los dedos de el se le enterraban en el costado, y ella era sensible a las cosquillas. Cuando estaba en situación, no se daba cuenta, pero ahora que su cuerpo había quedado más sensitivo, vibraba con cualquier estimulo.

Nick la dejo sobre la cama, apoyada sobre su lado izquierdo.

—No te muevas —ordenó

con voz suave, prometedora, Lavinia cerro los ojos. Ya había comprobado que cuando el daba una orden, se venía algo que la iba a dejar en las nubes.

De pronto sintió que terminaban de arrancarle literalmente el vestido. El sonido de la tela al desgarrarse fue tan sensual como su roce en la piel mientras abandonaba su cuerpo. Por unos segundos, se quedó sola en la cama, y el silencio envolvió el cuarto en penumbras.

—¿Nick? —interrogó sin

abrir los ojos.

La sorprendió un temblor en el colchón y luego toda la piel desnuda del hombre, que se pegó a su espalda. Una mano húmeda de sudor le atrapo los senos, los mismos que recibieron un ligero apretón cuando sirvieron de sustento para que Nick se arrimara más a ella. Percibió un gran signo de masculinidad duro y caliente entre las nalgas y con ello creció su necesidad de sentirlo adentro.

—Te quiero adentro mío
—se atrevió a demandar. No

se daba cuenta de lo que decía. Y aunque la imaginación de él voló, la hizo esperar. Fue mejor porque el deseo acrecentó.

Se sostuvo sobre un codo y apartó las manos de los senos de Lavinia para trasladarla por su costado.

—¿Te gusta eso? —le preguntó con voz serena. Pero cargada de placer.

—Mucho... —replicó Lavinia sonriente.

Comenzó en el hombro con dos dedos que se deslizaron hacia las costillas, luego a la cintura, y

acabaron en la cadera, donde la mano se aferró con fuerza, pero sin lastimarla. Mientras hacía eso, le besó el hombro y después la espalda. Lavinia vibró de lo receptivo que era su cuerpo ante esas caricias.

—¿Y esto? —siguió preguntando él. Abandonaba el silencio en su piel sensible y desnuda.

—Me encanta.

La mano de Nick hizo otra vez el recorrido, solo que de forma ascendiente, hasta atrapar los senos de Lavinia, jugó con los pezones

mientras le besaba el cuello hasta oírla respirar con agitación y sentirla temblar de ansiedad.

Como él también se quería dentro de Lavinia, se internó en ella sin tiempo que desperdiciar, aferrándose al pedido que su novia le había hecho momentos antes. Lavinia se quejó por la invasión, presa de un frenesí que jamás hubiera apostado que sería capaz de demostrar.

—¿Te gusta que seamos uno? —le preguntó el mientras se movía dentro de

ella—. Porque a mí me gusta muchísimo.

Lavinia ya no respondió, no podía hacerlo. Abrió los ojos, bajo un poco la cabeza y vio las manos de Nick apretándole el busto, que se hinchaba hacia arriba o hacia abajo según los movimientos que el hiciera. Viendo el acto, la fricción contra la piel sensible de sus pechos y pezones parecía sentirse más.

Comenzó a jadear. Adelante le dolía el vacío y por eso se llevó una mano allí, donde se produjo ella

misma placer mientras el golpeteo de sus nalgas contra la parte inferior del vientre masculino oficiaba de dulce castigo por detrás. La penetración era una fuerza magnética que la mecía primero despacio, luego tan rápido que la transporto enseguida adonde ansiaba llegar.

—Ah —gimió, pero una mano caliente le cubrió los labios buscando su lengua. Lavinia la acepto.

Después de acabar, se quedaron quietos; Nick dentro de ella, procurando

volver a respirar. Poco más tarde, el salió de su interior, se quitó el preservativo y se respaldó en la almohada con intención de atraer a Lavinia, pero ella ya giraba sobre sí misma para acurrucarse contra su costado. Nick pasó un brazo por sobre sus hombros y la apretó contra sí, tan cerca que podía respirarla.

Después de pagar su deuda, agotada, Lavinia se quedó dormida. Nick, en cambio, pasó largo rato mirando el techo del cuarto mientras fumaba un

cigarrillo y la mantenía abrazada sobre su costado.

¿Quién era él? ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Podía hacer feliz a una buena mujer, como había sido su madre, o acaso necesitaba de patricia, del odio que ella le brindaba y lo fuerte que le parecía, para no sentir temor de sí mismo? ¿Necesitaba que ella lo dominara para así estar seguro de que jamás la lastimaría como su padre había lastimado a Teresa?

Bajo la cabeza. Sintió que rosaba el dorado y suave cabello de su diosa romana

con el mentón y supo que no podía perderla.

Horas más tarde, Lavinia abrió los ojos con el temor de que Nick hubiera desaparecido. Pero no solo lo vio a su lado, todavía con un brazo debajo de su cabellera, sino que además se recordó que se encontraba en su casa y que no había sitio alguno donde el pudiera ir sin que ella lo notase.

Se veía tan juvenil cuando dormía, tan lindo. Lavinia alzó una mano y le acarició la nariz que tanto le gustaba. Nick reaccionó con un

gruñido al tiempo que sacudía la cara. Lavinia salto del susto y se echó a reír.

—¡Que malo! —bromeó.

Nick giro, hábil entre las sabanas y se estableció sobre Lavinia. Ella pensó que iba a hacerle el amor, pero a cambio la beso en la frente y le sonrió.

—Te invito a desayunar —le ofreció.

—No —respondió ella—. Yo te invito. Puedo ir a la cocina y preparar el chocolate que a vos te gusta tanto.

Nick asintió y le dejo libre.

Amaba el chocolate y sabía mucho mejor si se preparaba con amor, por eso acepto la oferta. Lavinia extrañó de inmediato el peso de aquel portentoso cuerpo sobre el suyo, pero se sentó en la cama sin emitir objeciones y busco a tientas algo que ponerse.

—Esa sí que es una hermosa vista... —comentó Nick admirando la espalda femenina desnuda. Tenía las manos detrás de la nuca y una sonrisa traviesa dibujada en los labios. Los ojos, como en esas últimas horas,

expresivos.

Lavinia giro la cabeza y le sonrió en gesto de agradecimiento. Pronto encontró la camisa de Nick y fue eso lo que se puso, además de la bombacha, aunque la prenda masculina le quedara bastante grande. Salió de la habitación y atravesó el living rumbo a la cocina.

Ella salto del susto. Fi salto del susto.

—Oh —concluyó la mujer—. También se encuentra aquí señorita Dickinson. En su oficina, en su

departamento... ya veo. Estas sí que son buenas noticias —Lavinia soltó una risa—. Siempre supe que el... —y recito su número de teléfono— sería el elegido.

Nick apareció por detrás de Lavinia con los pantalones como única prenda. Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo el mentón sobre su hombro. Sonreía, parecía otra persona. Y sus ojos brillaban cuando Lavinia apoyo sus manos sobre las de el para responder al abrazo.

—Veo que ya se

reencontraron —dijo—. De todos modos, creo que nunca las había presentado formalmente. Lavinia, esta es Fi. Fi, esta es Lavinia. Mi novia.

—Tu... novia... —masculló Fi, que no cabía en su asombro. Un miedo irracional surco su mente: solo esperaba que esa mujer no fuera como Patricia. No, no lo era, pero aquel sería un temor siempre latente hasta que probara lo contrario.

—Encantada de conocerte, Fi —sonrió Lavinia—. Nick no me hablo mucho de vos

porque en realidad no habla mucho de nadie, pero te ha nombrado —bromeó. Nick sonreía.

No. Esa mujer no era como Patricia. Fi rio sin restricción.

O

Nick apareció el lunes en la universidad. Tomás fue uno de los últimos en acercársele, tardo tanto que Nick llego a pensar que jamás se le aproximaría.

—Modifique la ubicación de los quirófanos —explicó el chico. Su voz evidenciaba

los nervios que sentía.

—Déjame ver —pidió Nick, que había vuelto a tutearlo, acortando la brecha entre ambos.

Tomas desplego un rollo de papel en la mesa y enseñó su creación con el miedo de que Nick volviera a mandarlo por donde había llegado. Pero el profesor había recuperado el buen humor y la simpatía de siempre.

—Está bien —admitió—. De todos modos, lo que habías hecho antes no estaba tan mal. Solo ten en cuenta

que el salón de exposición debe estar en un área por la que no circulen personas amargadas, ¿me entendiste?

—Sí.

—Lejos de emergencias, internación... tampoco lo puedes poner en administración.

—Lo sé.

—Está bien. Bastante bien. Y Achával —el chico, que había comenzado a enrollar el papel para retirarse, detuvo las manos sobre la hoja y lo miro—. Me comporte como un desgraciado. Perdóname.

Capítulo 19

MIENTRAS cosía monedas y lentejuelas a velocidad relámpago para recuperar el tiempo que no había destinado a su trabajo durante el fin de semana, Lavinia no dejaba de sonreír. Se pinchó el dedo al menos cinco veces y cada vez que se lo llevaba a la boca para apaciguar el ardor provocado por la aguja, se acordaba de Nick y de que él había hecho lo mismo para

demostrarle algo que ya no le importaba entender. Que él confiaba en ella, quizás, que la quería para siempre, que tal vez algún día la amara. Que ese amor estaba destinado a doler y él a sanar las heridas que le provocase. Ignoró esa última opción, no quería pensar en ello, no quería reconocer que si Nick amaba a otra persona, tarde o temprano ella tendría que dejarlo ir.

El sábado siguiente a la inauguración del Centro Médico, Nick pasó por Lavinia para llevarla a una

fiesta que se ofrecería en una discoteca. Una marca de ropa presentaba su nueva colección y él quería que ella fuera estableciendo contactos en ese mundo. Quería que pensara en diseñar de manera profesional. No se lo había dicho, pero él se encargaría de presentarle a la gente adecuada.

Mientras se alistaba, Lavinia lo espió desde la habitación. Él se había detenido frente al portarretratos con su imagen y manipulaba algo. Lavinia

se sintió avergonzada. No se acordaba de que había dejado allí su foto recortada de una revista, como toda una tonta.

—¿Qué hacés? —le preguntó al tiempo que se le acercaba.

—Magia —respondió Nick. Cuando ella llegó a su lado, notó que él arrugaba un papel.

—¿Qué es eso? —insistió.

—Un mal recuerdo.

Lavinia pasó la vista por la mesita del teléfono y allí lo vio: el portarretratos ya no lucía aquel recorte de

revista, sino la foto que el periodista Ies había tomado a ellos dos en el Centro Médico, esa en la cual Nick lucía el traje que ella había confeccionado. El corazón de Lavinia dio un tumbo y la impulsó a abrazarlo.

—¡Oh, Nick! —exclamó —. ¡Sos tan dulce!

Pasaron una noche divertida. Bailaron, hicieron mucha vida social, y sin que Lavinia siquiera se diera cuenta, Nick la introdujo en círculos de diseñadores profesionales y marcas de ropa. Ella estaba fascinada

con todo lo que veía, con las conversaciones que escuchaba y en las que se animaba a participar con entusiasmo. Nick sonreía orgulloso cada vez que notaba las miradas de aprobación de otros diseñadores respecto de las ideas de su novia y pensaba que en dos o tres encuentros más, acabarían ofreciéndole un trabajo. Estaba seguro de ello.

Lavinia amaneció en casa de Nick otra vez. Fi ya no se sorprendió de que la rubiecita apareciera por la

puerta de la cocina frotándose los ojos y además la saludó con familiaridad y placer.

Desde que era la novia de Nick, a Lavinia no le alcanzaba el tiempo para todos los trabajos que tenía que hacer. Si no pasaba la noche con él y luego el día durmiendo, pasaba el día pensando en él, con lo cual sus tareas se retrasaban. Coser un dobladillo, acción que normalmente le demandaba veinte minutos, podía llevarle incluso cuarenta y cinco. Suspiraba,

se quedaba mirando la nada —la nada no, los recuerdos con Nick— y marcaba su número en el teléfono sin descolgar el auricular, solo por sentirlo cerca.

Concurrieron juntos a la boda de Tamara. Como el viejo Mustang de su primo, que debía llevar a la novia a la iglesia, se averió, Nick acabó transportándola en su Audi. No fue lo único extraño que le sucedió en aquella fiesta, porque en la recepción que se llevó a cabo en un Club de Avellaneda, terminó jugando

al fútbol con los demás muchachos, como hacía mucho tiempo no lo hacía.

—¡Hey! —exclamó Tamara cuando las damas los descubrieron—. ¿Jugando un partido sin avisar a la hinchada? ¡Qué descortesía!

De ese modo, los hombres jóvenes de la fiesta y alguno que otro ya mayor terminaron haciendo «un picadito» como profesionales mientras las mujeres alentaban a uno y a otro equipo. Finalmente, el de Nick y el hermano menor

de Tunara ganó. Al finalizar, el niño se le acercó, él lo alzo en el aire y dieron juntos el grito de la victoria. Lavinia reía a carcajadas y tampoco se salvó de la alegría desmedida de los jugadores. Nick se le acercó, la tomó por la cintura, le dio un efusivo beso en los labios y justo en ese momento, alguien sacó una cámara.

—A ver, una foto del jugador estrella y su botinera —bromeó.

Lavinia se echó hacia atrás con un brazo estirado haciendo una broma y Nick

hizo una mueca divertida que completó su verdadero ser. La fotografía capturó ambos cuerpos y se apoderó de las dos almas.

El lunes por la tarde, Nick pasó por su departamento para avisarle que se iba de viaje. La llamó el martes y el miércoles desde el hotel, siempre a las once de la noche para asegurarse de que ella estuviera en casa esperando su llamado. No dejaba mensajes, odiaba los contestadores automáticos.

Él se mostraba natural y cariñoso, lo cual borró toda

sombra de temor de la mente de su novia. Lavinia podría haber pensado que, estando lejos, Nick iba a engañarla, o que, acostumbrado a cambiar de pareja sexual cada noche, haría lo mismo teniéndola o no teniéndola a ella. Sin embargo, creyó en lo que él le había prometido: que le era fiel y que la respetaba.

Y Nick así lo hacía. Guardaba todo su deseo y su ímpetu para Lavinia, porque cuando deseaba solo pensaba en ella, en su novia, a la que extrañaba como

pocas veces había extrañado a alguien. Tanto que comenzó a pensar el modo de convencerla de que lo acompañara en su próximo viaje.

No le interesaba regalarle joyas y perfumes, eso lo había hecho con otras. Quería pasar tiempo con ella, dar a Lavinia algo que ninguna podía obtener: partes de sí mismo.

El jueves Lavinia pasó por lo de su madre para visitar a Héctor y terminó por llevarse al niño a su casa, ya que el chico insistió en que

quería dormir con ella y Cristina no se negó a que lo hiciera.

Nick miró por décima vez su reloj pulsera. Había esperado en ese pasillo en penumbras una hora. De pronto, una vocecita rompió el silencio.

Pero yo lo quería en rojo. Decile que me lo cambie.

Nick giró la cabeza. Lavinia se ponía en cuclillas para estar a la altura del que debía ser su hermanito.

—Te dije que no, Héctor —le decía con voz maternal. Le acomodó el cuello de la

camisa—. El quiosquero no sabe de qué color viene el juguete del chocolate.

Se puso de pie. Nick la observaba con la espalda apoyada en la pared atestada de hongos de humedad, con la mirada divertida que siempre lo caracterizaba. Lavinia se sintió tan dichosa de verlo que una sonrisa radiante le invadió el rostro.

—¡Nick! ¡Volviste del viaje! —exclamó antes de correr hacia él.

—Vengo del aeropuerto, no veía la hora de verte.

Lavinia se puso en puntas

de pie para abrazarlo. Del mismo modo apasionado le besó toda la cara. Sin querer, le llenó el corazón de una emoción singular. Él se simuló aturdido y la hizo reír. Luego la besó en la boca.

—Lavi... —habló la vocecita a su lado, entonces Lavinia alzó a Héctor en brazos.

—Cotito, este es Nick —los presentó—. Mi novio.

—¿Tu novio? —interrogó el niño con el ceño fruncido.

—Aja —replicó ella antes de mirar a Nick—. Este es

mi hermano Héctor —
explicó. Casi no parecían
hermanos, no se parecían en
nada.

—¡Llevo el nombre de un
héroe de Troya! —exclamó
el niño al que le gustaba
añadir aquel comentario
cada vez que conocía a
alguien—. Mira lo que me
dio Lavi.

El chico sostuvo en alto
una moneda de cinco
centavos, que era el vuelto
que Lavinia le había
regalado de la compra del
chocolate.

—¿Me la prestás? —pidió

Nick. Héctor cedió su tesoro. Nick movió las manos hasta que la moneda desapareció. El rostro de Héctor se transformó en una mueca desconsolada.

—¿Dónde está? — preguntó.

—Creo haber visto algo por aquí... —replicó Nick mientras llevaba una mano a su maletín y extraía una rosa roja del compartimento exterior, abandonando allí la moneda.

El gesto paternal de Nick hizo sonreír a Lavinia, la dejó embelesada pensando

en lo diferente que él era respecto del hombre que había conocido.

Cuando Héctor vio que su moneda había dado como fruto una rosa, saltó de brazos de su hermana y miró al extraño como si este acabara de robarle.

—Para vos —dijo Nick a Lavinia. Ella sonrió y tomó la flor ilusionada.

—¡Oh, gracias! — exclamó.

—¿Y mi moneda? — reclamó Héctor, cruzado de brazos. Nick lo miró.

—Tu moneda se convirtió

en esa linda flor, pero a cambio puedes quedarte con esto.

Dio al niño un billete de diez pesos, lo que tenía en el bolsillo del saco, y lo dejó más que contento. Pero a Lavinia no.

—Dámelo, Héctor — ordenó. Luego miró a Nick con pesar—. Perdóname, pero es mucho para un nene tan chiquito.

El problema no era solo que Héctor fuera pequeño, sino cómo se ponía su padre por unos pocos pesos y lo que aquello significaría:

todos sabrían que ella tenía novio, averiguarían que era adinerado, y querrían sacar provecho. No estaba dispuesta a exponer a Nick a eso.

—¡No! —recriminó el niño—. ¡Es mi billete y no te lo pienso dar, estúpida!

Lavinia tembló. Bajó la cabeza, pálida y desmejorada primero por la vergüenza, después porque era la primera vez que su hermano repetía tan claramente algo que estaba acostumbrado a oír en su casa.

—Hey, amiguito —lo llamó Nick con simpatía—. Esa no es forma de tratar a una chica. Así nunca vas a conseguir novia.

Héctor no respondió porque quizás no entendió del todo el mensaje, pero se lo quedó mirando. Para él no había nada extraño en un grito o un insulto.

—Entremos —propuso Lavinia con la voz entrecortada.

Héctor se alejó unos pasos agitando su billete cual bandera de triunfo y Nick aprovechó a abrazar a

Lavinia, que había quedado de espaldas a él, de frente a la puerta. Le rodeó la cintura con los brazos, enterró la cara entre su cabello y le habló al oído para que olvidara el asunto de su hermano.

—No tenés idea de cuánto te extrañé —murmuró—. De cuánto te necesito.

Lavinia sonrió involuntariamente.

Consiguió encajar la llave en la cerradura con ayuda de las manos de Nick, que se movieron precisas y cálidas sobre la suya hasta abrir la

puerta.

Mientras preparaba la cena en la cocina, Lavinia se sentía culpable porque no hubiera querido que Nick y su hermano se conocieran. Héctor estaba perdiendo la inocencia, y Lavinia temía que la hiciera pasar otra vergüenza como la de la puerta. Por el otro lado, no quería sentirse avergonzada de su pequeño Cotito. Era un niño, no se daba cuenta de que algunas cosas no debían ser dichas, aprendía con el mal ejemplo que tenía en su casa.

A pesar de su miedo, todo se desarrolló con normalidad hasta el postre, cuando a ella se le ocurrió reclamar el billete de diez pesos a Héctor de nuevo.

—Cotito, ¿no te parece que con dos pesos sería suficiente?

—Es mío. Me lo dieron a mí, y vos me tenés envidia —replicó el niño.

—No es eso, Héctor. Es...

Lavinia se interrumpió de golpe. No podía seguir hablando sin poner en evidencia de dónde provenía, quién era su

familia y cuáles eran sus costumbres.

—¡Es que sos una cogotuda, eso es, como dice Helena! —le gritó Héctor—. ¡Una porquería!

—¡Basta, Héctor! —reclamó Lavinia—. Vos pensás que hablar así es divertido, pero no lo es. ¡Eso no es normal, ni es divertido, ni debe hacerse! Así no es la vida. No debe ser así.

—¡Sos una mierda! —exclamó el niño sin prestarle atención, como sucedía siempre en su casa, que nadie escuchaba a nadie y

cada uno decía lo suyo.

Lavinia lo calló de una cachetada. Una vez sí podía tolerar ese trato, dos no. Nick estaba mudo. Al instante, ella reaccionó y se cubrió la boca con ambas manos, horrorizada por lo que había hecho.

—¡Perdóname, Cotito! — exclamó—. Yo no quise hacer eso, ¡perdóname!

—Me quiero ir a mi casa, con mamá —reclamó el niño.

—¿Y todo lo que te estuve enseñando? —Lavinia estaba por llorar, Nick se

daba cuenta por su tono de voz suave y pausado—. Todo desperdiciado en unas semanas con ellos...

—¡Helena tiene razón! — reclamó el niño. Las lágrimas resbalaban de sus ojos oscuros y se deslizaban por la tersa piel de sus mejillas—. Te crees más que nosotros. Quiero ir a casa, con mamá —y comenzó a hacer un berrinche—. ¡Quiero ir a casa! ¡Quiero ir a casa!

—No es necesario que hagas eso —lo interrumpió Lavinia—. Puedo llevarte a

casa si me lo pedís como corresponde. Junta tus cosas.

Héctor corrió a la habitación. Nick se puso de pie.

—¿A dónde vas? —le preguntó Lavinia—. Por favor, quedate.

—Los llevo —respondió él, respetuoso de la situación.

—No, por favor —replicó ella. No quería que su madre viera el coche de Nick, sería todavía peor que dejarle saber que él le había regalado diez pesos a Héctor —. Te lo agradezco, pero

prefiero que me esperes acá. Si querés conservar tu auto, te conviene quedarte de este lado del Riachuelo.

—Prefiero conservar a mi novia.

La respuesta serena de Nick consiguió relajar un poco a Lavinia, aunque los ojos de la muchacha no dejaban de verse tristes y húmedos. ¿Qué más daba? Tampoco podía ocultar a Nick eternamente. Tomó el teléfono y marcó un número.

—Mamá —dijo—. Estoy llevando a Héctor a tu casa, quiere pasar la noche con

vos. Espéranos en la puerta, por favor.

Corto muy rápido.

El viaje se desarrolló en silencio. Cuando Nick detuvo el auto frente a los monoblocks, reconoció que era el lugar donde había ido a buscar a Lavinia según el dato de su vecino del negocio, pero no comentó nada al respecto. Vio a la madre de Lavinia recibir al niño a unos metros de la reja de entrada, en la puerta de uno de los edificios. Cristina observó con los ojos entrecerrados el coche caro

que acababa de dejar a su hijo e intentó divisar a quien lo conducía, lo cual no fue posible dado que los vidrios eran polarizados.

Una vez que Lavinia vio a Héctor con su madre, pidió a Nick que arrancara el auto. Regresaron en silencio. El estacionó en la puerta del edificio de Lavinia, pero no apagó el motor.

—¿Te vas? —le preguntó ella.

—Me tengo que ir —respondió él.

—Si estás horrorizado o algo, te ruego me lo digas.

—Lavinia —intentó interrumpirla Nick, pero Lavinia no se calló.

—Por favor, decime la verdad. ¡Escuchar esas cosas de boca de un niño! Debés pensar que soy una...

—Lavinia —consiguió callarla él. Ella lo miró—. Pienso que sos la mujer más luchadora que jamás haya visto.

Lavinia bajó la mirada. El corazón se le estrujó por las palabras de su novio.

—Lo decís para consolarme —argumentó.

—No, no lo digo para

consolarte —defendió Nick y apagó el motor del coche—. Lo digo porque es cierto.

Lavinia no quería, pero se echó a llorar.

—Le di una cachetada, Nick —recordó—. Nunca había hecho algo como eso. ¿Cómo pude hacerlo ahora? Soy una salvaje.

Nick le tomó la mano y se la apretó para que ella lo mirara.

—Lavinia.

—Yo no soy su madre, ella jamás le pegó, ¡y lo hice yo! Lo rescaté de esa casa cuando su padre hizo lo

mismo.

—¿Lo rescataste? —
indagó él, alertado por la
frase.

—Sí... —ella lucía casi
avergonzada. Bajaba la
mirada—. Vivió conmigo
estos dos últimos años hasta
que me obligaron a
devolverlo a mi familia.

Nick expresó el orgullo
que sintió por Lavinia con su
tono de voz.

—Te apuesto a que su
padre no hizo lo mismo —
dijo respecto del golpe.

—¡Sí! ¡Le había pegado!

—Sabrás que existen

distintos tipos de golpes —la corrigió Nick. Ella lo miró. Al fin se había callado y lo miraba con atención—. Mi padre nunca me pegó —continuó él—. Ni una bofetada, ni un chirlo, ni siquiera una palmada en la cabeza por hacer una travesura. No vivía conmigo.

Pero mi madre si lo hizo, muchas veces. La última fue cuando tenía doce años, ¡Doce! Y no era que me entregara a las drogas o a la bebida ni nada de eso, pero era insolente. Contestaba mal a veces, y ella no lo

merecía.

Lavinia lo miraba con ojos enternecidos, imaginando a ese Nick adolescente que contestaba mal a su madre y ahora recordaba esos momentos con cariño tan inmenso. Se notaba en la suavidad con la que se refería a la mujer, en el brillo que cobraba su mirada cuando hablaba de ella. Se hacía fácil deducir que ya no estaba a su lado.

—Lavinia, si nadie lo corrige en casa, alguien tiene que hacerlo afuera —
continuó Nick refiriéndose a

Héctor—. Ese nene tiene la suerte de tener una hermana que le dé un cachetazo por amor, y el día de mañana te recordará como yo recuerdo a mi mamá: como la persona que lo hizo todo por amor a mí.

Lavinia suspiró más serena y animada.

—Gracias, Nick —sonrió.

—Es la verdad. No hiciste nada malo, por el contrario...
—ella lo interrumpió.

—Gracias por confiar en mí —aclaró—. Por contarme tus cosas, sé que no es fácil para vos. Tenés que saber

que yo jamás traicionaría tu confianza.

Él se la quedó mirando. No se había dado cuenta de lo que hacía hasta que ella se lo hizo notar, porque confesarse con Lavinia se había convertido en algo natural. Aunque no se arrepintió, tampoco comentó nada al respecto y el corazón se le estrujó al pensar que Lavinia le estaba prometiéndole cuidar de sus secretos como él mismo lo hacía.

—Tengo que irme porque me espera Pablo para...

—Está bien —asintió ella—. Te voy a extrañar mucho.

Lo abrazó. Nick respondió de inmediato, pero pronto la soltó porque recordó algo.

—Tengo una cosa para vos —se estiró hacia el asiento de atrás y entregó a Lavinia un sobre marrón que ella se quedó mirando—. ¿No lo abrís ahora?

Lavinia alzó la vista y le sonrió. Luego se dedicó a abrir el sobre, del que extrajo tres revistas. Abrió la primera en la marca que Nick había dejado.

—¡Oh, por Dios! —
exclamó sin poder creer que
en una imagen se la veía con
un vestido blanco, de pie
junto a Nick en la entrada de
la discoteca. Leyó en voz
alta—. «El conocido
constructor Nicolás L.
Hagen con su novia, la
diseñadora Lavinia
Dickinson» —alzó los ojos
hacia Nick enseguida—.
¿Por qué dicen que soy
diseñadora?

—Porque eso les dije yo.

Lavinia se ruborizó y bajó
la mirada.

—Pero yo no soy

diseñadora, Nick —corrigió—. Nunca terminé la carrera. Apenas soy modista.

Él le alzó la cabeza tomándola de la barbilla.

—Pero sos la mejor modista del mundo, y la mejor modista del mundo merece ser diseñadora.

Lavinia meditó un instante las palabras, pero enseguida bajó la cabeza de nuevo y se encogió de hombros.

—Gracias, pero sé que no soy la mejor del mundo. Intento muchas cosas, y todas me salen mal —repuso—. Héctor vivió conmigo

desde que tenía dos años hasta no hace mucho tiempo. Fue porque una noche Josué lo golpeó y yo me lo llevé. Entonces lo denuncié por drogadicto y bebedor. No pasó más de unas horas en la cárcel, pero el antecedente y que ninguno tenía un trabajo fijo sirvieron para que el juez me diera la tenencia temporal.

—Fuiste muy valiente — Nick de verdad pensaba que Lavinia había sido muy fuerte para enfrentarse a su familia por el bien de su hermano.

—Sí, pero no sirvió de nada, solo empeoró las cosas —se lamentó ella—. Mi madre se casó con Josué para recuperar a Héctor, el juez se lo devolvió, y en unas pocas semanas él ya se acomodó a la vida con ellos, a las malas costumbres que mi madre adoptó al unirse a Josué y que creí Héctor no había interiorizado. Me equivoqué, tiene más sangre de ellos que mía. Tengo que aceptarlo: mi vida de sacrificio no puede resultar atractiva frente a una vida llena de facilidades y

diversiones, como la que llevan ellos. No podré rescatarlo, como no pude rescatar a Helena.

Nick suspiró. Habría deseado aliviar el dolor de Lavinia, la vida dura que le había tocado, sin embargo era consciente de que lo único que podía darle era un mejor presente y un futuro promisorio.

—Después está mi negocio en quiebra —siguió contando ella. El intervino.

—Eso fue tu culpa —Lavinia lo miró sorprendida, con las cejas enarcadas.

Nick no tardó en explicarse —. Vendías tus creaciones, ¿cierto?

—S... sí—dudó Lavinia.

No sabía lo que seguía.

—Sin estar al tanto de las tendencias, sin estudiar a la competencia. No mirabas revistas de diseño ni podías viajar a París o a Nueva York, capitales de la moda, para instruirte. ¿Me equivoco?

—Sabés que no tenía acceso a ninguna de esas cosas.

—Entonces, tal como pensé, diseñabas por

intuición. Lo hacés de manera extraordinaria, tus prendas tienen una calidad que evidencia una capacidad con la que cualquier diseñador estaría enloquecido —ella bajó la mirada de nuevo, dispuesta a discutir, pero él no se lo permitió—. Callate —dijo con el índice en alto. Lavinia se tragó una sonrisa mientras se secaba las lágrimas con la mano—. Sos fabulosa, pero apuntas demasiado bajo y pusiste un negocio como ese en pequeña escala y en el barrio equivocado —Lavinia

alzó los ojos hacia Nick, que parecía haber hecho un estudio de bienes y servicios formidable en muy poco tiempo—. Para vender diseños tuyos, primero deberías hacerlos en función de lo que demanda el mercado. Luego poner el negocio en un barrio donde las personas valoren las prendas exclusivas: Recoleta, Las Cañitas, Puerto Madero —le guiñó el ojo, porque era donde él vivía. Lavinia sonrió—. Y ponerlo en grande, siempre llamando la atención. La

gente tiene que pensar que si no entra a tu negocio, si compra en otro lado, es mediocre y no sirve para nada.

Lavinia rió porque ya se había dado cuenta de que Nick hacía todo así como le aconsejaba, a lo grande: sus construcciones, su crucero, su persona. Nick entraba a un sitio y jamás pasaba desapercibido; si no obtenía la atención de todo el mundo, no era Nick Hagen.

—Lo que tendrías que haber puesto en Avellaneda es algo que esa gente

necesita con urgencia —
siguió diciendo él.

—¿Y qué necesitan? —
interrogó Lavinia, curiosa.

—Algo que está en
extinción, pero siempre es
útil, y para lo que solo
quedan cuatro o cinco
personas en todo Buenos
Aires —bromeó—. En ese
local, deberías haber
colocado un inmenso cartel
que dijera «Hospital de la
ropa», o algo como eso.
«Reparo todo en prendas», y
esas cosas —por el rostro de
Lavinia, él se apresuró a
aclarar—. Ya sé, no es lo

que querías hacer, pero lo terminaste haciendo de todos modos y en pequeña escala, escondida en tu departamento.

—Sí —asintió Lavinia. Él tenía razón.

—Yo también hice cosas que no quería al principio. Trabajar en una pizzería, por ejemplo. «Lo de Juan», esa era.

—Querés decir que construiste el local —probó ella, incapaz de pensar otra cosa—. Sí, debió haber sido una construcción muy chica para vos y tus... costumbres

—casi rió por la expresión que acababa de utilizar respecto de que nada de lo que él hacía pasaba desapercibido.

—Repartía sus pizzas— aclaró Nick sin inmutarse.

Lavinia se lo quedó mirando, la sonrisa se le borró del rostro. Nick no parecía bromear, pero ella se había formado una imagen tan soberana de él que le pareció imposible que hablara en serio.

—Mi mamá estaba enferma y ya no podía trabajar —explicó él—.

Tampoco podíamos contar con mi padre, estaban divorciados. Me hubiera gustado trabajar antes, pero si lo hubiera hecho quizás jamás me habría recibido. Como en casi todo, mi madre siempre tuvo razón.

—Supongo entonces que no siempre fuiste...

—El típico único hijo rico y malcriado —completó él, sonriente—. Único hijo sí, malcriado un poco, pero rico no.

Ella también sonrió, pero con pesar. Bajó la cabeza.

—Te prejuqué y me

arrepiento. Me enojé con vos por lo mismo que yo estaba haciendo, fui muy injusta.

—Ya —la detuvo él alzando una mano—. No seas tan dura con vos misma, todos prejuzgamos. Mucho más si nos muestran una falsa imagen tan convincente.

Lavinia suspiró. Sabía que Nick callaba mucho más, que guardaba en su corazón dolores y pesares que, poco a poco, quizás se atreviera a confiar. Siempre que siguieran juntos, siempre que algún día la amara.

—Además, ese no era el punto —continuó Nick—. Si le das a la gente lo que necesita en grande, ese será el medio que te permita hacer lo que en realidad querés. Siempre pedí más, nunca aceptes menos.

Lavinia estaba embelesada con las palabras, ciertas y esclarecedoras, pero demasiado duras incluso para esos ojos que la observaban desde un abismo. Entonces masculló la única idea que el consejo le trajo a la mente:

—¿Para sangrar como

vos?

Nick la miró en silencio. Se puso rígido un momento, se sentía descubierto. Pensaba.

—Estás sangrando de todas maneras —concluyó. Y ella aceptó con entrega las palabras, porque nunca le habían dicho algo tan cercano a la verdad.

La sensación no duró mucho tiempo. Pronto él se esforzó por hacerla sonreír de nuevo dándole un apretado abrazo y un beso en la frente. Era cariñoso y expresivo, le gustaba

manifestarse a través del contacto físico.

—Prepárate para el sábado
—anunció con gesto travieso. Lavinia se apartó de él para mirarlo, intrigada
—. Nos vamos al teatro.

—¿Al teatro? ¿Por qué?

—Porque me entregan un premio.

—¡Un premio! —Lavinia sonrió y apoyó una mano en su pecho—. ¡Oh, Nick! ¡Estoy tan orgullosa de vos! ¿Es el primero? ¿Cuántos llevás ganados?

—Algo así como... cinco
—contó él sin un ápice de

orgullo o soberbia en la voz, ni siquiera con alegría. El reconocimiento que él de verdad esperaba, jamás llegaría, por lo tanto los demás le parecían insuficientes, pasaban desapercibidos—. Este será el sexto.

—Sos tan importante...

—Todos somos importantes —replicó él, otra vez con esa extraña humildad que demostraba cuando se trataba de aspectos positivos de su persona.

—No del modo en que lo

sos vos —contestó ella. Nick sonrió de costado, no se lo creía—. ¿Y por qué es el premio?

—Por algo que estuve desarrollando —contó él—. Ahora estoy con otra cosa, pero no puedo hablar de eso por ahora. Quizás tengamos otro premio que recibir.

Lavinia se entusiasmó de solo imaginarlo.

—¿Tiene algo que ver con los japoneses del *Paradise*? —aventuró—. Dejame decirte que parecían mafiosos antes que empresarios.

Nick sonrió.

—Tiene todo que ver con los japoneses. Ya te voy a contar muy pronto.

O

Mientras pensaba en cómo volver a ver a Nick, Patricia recorría las páginas de una revista de la farándula. De pronto, los ojos verdes de la costurerita se enterraron en los suyos con singular tesón. Era el que la colorada depositaba en la acción de mirar una y otra vez la misma página.

«El conocido constructor

Nicolás L. Hagen con su novia, la diseñadora Lavinia Dickinson».

—¡Diseñadora esa! — exclamó, respaldada en su cama.

Cerró la revista y la arrojó a la mesa de luz cuando la puerta del cuarto se abrió. Horacio entró; se sacó los zapatos y la corbata. Prosiguió después con la camisa.

—Deberías ir al gimnasio —le espetó su mujer, impía, descargando en él la frustración de que Nick se mostrara en público con una

nenita de barrio—. Tenés flacidez y el cuerpo de un viejo. No sé cómo pretendés gustarme si te cuelga la grasa por todas partes y ni siquiera te teñís el cabello. Nick, en cambio, tiene el cuerpo joven...

—Entonces te hubieras quedado con Hagen — replicó el hombre mientras se desprendía el pantalón.

Horacio estaba empezando a odiarlo.

—Ya no será posible —se vengó Patricia—. Se acuesta con tu hija —rió—. ¡Y todo porque me ama a mí!

Horacio lo odiaba.

Salió de la habitación, se internó en su estudio y desde allí hizo un llamado telefónico. Recibió otro a las dos horas.

—¿Que me tenés? — preguntó.

—Encontramos lo que buscaba, señor.

—Muy bien. En ese caso, nos veremos pronto.

Patricia no se sorprendió de que pocos días después su marido intentara compensar sus disfunciones sexuales dándole el dinero para una nueva cirugía y aceptando

que se llevara a cabo en el Centro Médico construido por Nick, tal como ella le había pedido. Claro que no le había dicho que esperaba volver a ver a su ex allí.

El último encuentro que había mantenido con Nick la había dejado más caprichosa y altanera que nunca. ¿Rechazarla Nicolás? Poco le importaba la presencia de Horacio. Nick volvería a ser suyo y cuando ella deseaba algo, lo obtenía como fuera.

O

—Mirá esto, Helena —

dijo una cuarentona antes de lanzarle a la castaña una revista sobre los muslos.

Helena dejó de pasarse el lápiz delineador por los ojos para reparar en lo que le había dado la mujer, que ya se sentaba en el tocador que estaba junto al de ella para maquillar su propio rostro.

—Página treinta y cuatro —indicó. Helena dio vuelta las páginas hasta dar con la indicada.

—¿Y esto? —preguntó.

—¿No es tu hermana?

—¡¿Dónde?!

Helena llegó a la

fotografía casi tan rápido como abrió la boca, sorprendida. Entrecerró los ojos y estudió mejor la imagen.

—Sí... no hay dudas, es Lavinia. ¿Y este quién es? ¿Será el novio?

—¡Y qué novio! — exclamó otra que se había detenido detrás de Helena, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla, para poder husmear a gusto.

—¿No sabés leer? —le preguntó la que había llevado la noticia—. Fíjate.

—«Noche de fiesta en...»

—¡Debajo de la foto, tonta! —la interrumpió la otra. Helena bajó la mirada.

—«El conocido constructor Nicolás L. Hagen con su novia, la diseñadora Lavinia Dickinson» —rió—.

¿Diseñadora? ¡Pero si mi hermana es una pobre modista que se pasa el día encorvada en la máquina de coser! Siempre se quiso hacer la diva, siempre. La odio, se cree mis que nosotros solo porque tuvo padre.

Ni bien esas palabras

abandonaron su boca, sintió el vacío de la ausencia. Lavinia... La quería, siempre la había admirado, y se merecía algo bueno en la vida tan dura que le había tocado en suerte, después de luchar y luchar en vano. Su hermana se había portado mal con ella, la había dejado sola, pero aunque demostrase lo contrario, en su interior no quería que aquella relación también resultara un fracaso. Si Lavinia estaba saliendo con alguien de tanto dinero, se metería en serios problemas.

No se molestó en terminar de delinearse los ojos ni pensó que estaba huyendo del lugar donde hacía poco menos de un mes le habían dado trabajo y que era mejor que la calle. Tenía que ir a casa.

Llegó para la hora de la cena. Como en un rápido vistazo no vio a Josué, hizo una pregunta.

—¿Vos sabes si Lavinia se está viendo con alguien?

Cristina se encogió de hombros al tiempo que llenaba el plato de Héctor.

—El otro día la trajo

alguien en un coche caro. ¿Por qué? —respondió—. ¿Pensás que anda en cosas raras? Por lo menos habrá sabido buscarse un lugar digno, no como vos.

La referencia a su trabajo no hizo efecto en Helena. Enojada como estaba, dejó caer la revista, que aterrizó sobre la mesa, abierta en la página treinta y cuatro. Su madre tenía que saber que Lavinia no era prostituta. Ni fina, ni de las otras.

—Así que ya lo sabías —masculló—. ¿Y pensás guardar el secreto o sacar

provecho? Porque si estás pensando en sacar provecho...

—¡Lavinia! —la interrumpió Cristina.

No le demandó demasiado tiempo notar que su hija mayor destacaba entre las fotografías. Vestía de blanco delante de un fondo negro con el logotipo de una marca de ropa, y estaba de pie junto a un hombre alto, grandote e indudablemente distinguido. Se dejó caer en la silla y leyó en voz alta.

—«El conocido constructor Nicolás L.

Hagen con su novia, la diseñadora Lavinia Dickinson». ¡Con que este es el del auto!

Josué salió del baño y le arrebató la revista de entre las manos. Helena se maldijo porque no se dio cuenta de que él podía estar ahí.

—¡Es el tipo que me dio los cien pesos! —gritó.

—¿Te dio cien pesos? —saltó Helena, molesta. Sus sospechas se confirmaban: todos sacaban provecho de Lavinia—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—¿Por qué no me lo dijiste? —se enojó Cristina—. Deberías habérmelos dado a mí. Después de todo, es el novio de *mi* hija —destaco el pronombre posesivo.

—¡Te lo dije, pero no me creíste! —se defendió Josué.

—¿Para qué podría darte el novio de Lavinia cien pesos a vos? —insistió Helena, preocupada. Con que hasta Josué ya estaba al tanto de todo y habían comenzado a sacarle dinero al rico. Josué se encogió de hombros.

—No sé.

—Decí mejor que estabas borracho y por eso no te acordás de nada —espetó la muchacha dejándose caer en el asiento.

—No provoques, Helena —la retó la madre. Helena apoyó las piernas sobre la mesa en un gesto involuntariamente sensual y se puso una papa frita en la boca. Estaba acostumbrada a ser así aunque esa no fuera ella en realidad.

—No sé quién se piensa que es este borracho inmundo —siguió diciendo

la del cabello castaño, aunque indecisa todavía sobre sus sentimientos. De pronto el rencor volvió a abrumarla. ¿Por qué Lavinia la había abandonado? ¿Por qué no se había percatado de lo que para ella significó «la noche trágica»?—. Y Lavinia, que se cree una princesita solo porque tuvo un padre como la gente — siguió diciendo, incomprendida.

—Callate la boca, Helena —volvió a retarla la madre.

—Es la verdad, siempre le dimos asco. Yo ni siquiera

conocí al padre que me hizo,
y el pobre de tu hijo, con
este borracho...

—¡Helena!

—Me voy a dormir, hoy
no tengo ganas de... —iba a
decir «trabajar», pero se
calló justo a tiempo.

Un rato más tarde, Josué
salió en busca de sus
amigos. Regresaba a casa
cuando alguien le dio unos
golpes en la espalda. Se
volvió a punto de dar una
trompada al aire. Solo Dios
sabía lo peligroso que era
circular por ese barrio a esa
hora de la madrugada y con

una borrachera a cuestas.

Como no se encontró con un malandrín, sino con dos tipos de traje y corbata que llevaban un auricular en el oído y un cable que se perdía por debajo del cuello de sus camisas blancas, se quedó quieto. Con esa gente no se jodía.

—Gervasio reclama lo que le debes, Pérez —indicó el sujeto, que conocía su apellido.

—Yo no le debo nada —respondió Josué de mal talante—. Que ni sueñe con que le pague un solo peso.

Josué sintió la punta del arma sobre sus costillas, el calor de la amenaza en las entrañas, casi como si ya le hubiera entrado la bala.

—Tenés un hijo, ¿no? Un tal... Héctor. No te gustaría que le pase nada, ¿cierto? — Josué se quedó mudo—. Te damos quince días para pagar toda la mercadería que te llevaste o sos boleta.

Capítulo 20

COMO todavía no había terminado de alistarse para ir al teatro, Lavinia pidió a Nick que la esperase en el comedor. Cuando salió del cuarto, lo halló hurgando en el bolsillo. Sabía que buscaba los cigarrillos, entonces se lo impidió

—No hagas eso —le rogó—. A vos te hace mal y a mí no me gusta besarte con olor a cigarrillo. ¿Me das permiso para prohibirte una

cosa, como hacen todas las novias? —Nick sonrió mientras asentía—. Te voy a prohibir fumar.

Nick se mordió el labio inferior, divertido y a la vez preocupado por no poder cumplir. Intentaría no fumar por lo menos cuando estaba con ella. La vio sacar algo del bolso. Era una tira de chicles verde que decía algo de la nicotina. Servían para dejar de fumar.

—Lo tenías todo planeado, ¿no? —le preguntó, risueño.

—Todo —respondió Lavinia con inocencia—. No

veía la hora de que sacaras un cigarrillo para darte el paquetito de chicles.

Nick rió y la besó enternecido. Luego se encaminaron al auto.

—¡Estoy tan excitada! — comentó ella mientras él conducía—. ¡Un premio! Yo nunca me gané nada, ni siquiera un sorteo o un trofeo por dibujos en la escuela —Nick solo sonrió—. Pero vos no te ves para nada excitado con este asunto, ¿es porque estás acostumbrado a ganar?

—No... —reflexionó él.

En realidad no tenía idea de lo que se sentía estar conforme con algo.

—Decime: la primera vez que recibiste un premio, ¿estabas excitado? Él se encogió de hombros.

—Nervioso, tal vez, excitado no. Cada vez que tengo que enfrentar un público siento que me muero.

—¿Vos? —Lavinia no lo podía creer. Él parecía siempre tan desenvuelto, tan simpático y cómodo cuando atraía la atención de todos.

—Sí, mirá —le dijo, y

asentó una mano sobre el antebrazo de ella para demostrárselo. Estaba helada y húmeda. Lavinia sonrió.

—No te preocupes, porque nadie se da cuenta.

Nick la miró, fugaz.

—Me alegro de que lo notes vos.

Lavinia se sintió halagada porque él valorase que ella fuera la única persona de todas las que se encontrarían en la sala que sabría lo que de verdad se agitaba en su interior, pero no pudo decir nada enseguida. Se había quedado pensando en otra

cosa.

—Es un logro tan importante, algo que muchos quieren pero pocos pueden alcanzar —agregó poco después—. ¿Por qué no te sentís excitado, feliz?

Nick se humedeció los labios y suspiró. No sabía dar respuesta a eso porque en realidad no tenía idea de por qué nada lo conformaba. Lavinia ni se imaginaba lo desesperante que resultaba jamás sentirse realizado con nada, ansiar siempre más y que cuando lo ansiado llegaba, se asemejase a nada.

—No lo sé —concluyó. Lavinia le acarició la mejilla con ternura. Como se había detenido por un semáforo en rojo, él la miró.

—¿Cuándo pensás parar? —ella le sonreía como un ángel caído del cielo para aliviar su pena—. ¿Hasta dónde pensás seguir?

Un bocinazo acabó con la filosofía. El semáforo se había puesto en verde y debían haber avanzado hacía un momento, solo que el conductor que los seguía no tenía paciencia.

Lavinia sabía que ella

estaba de paso, que no era más que un escalón en la vida de Nick, porque él quería más, siempre más, y la inmovilidad lo acobardaba. Nick era inestable, exigente hasta el hartazgo, un luchador de convicciones muy peculiares. Si una mujer podría haberlo retenido, esa era su ex esposa, Lavinia lo sabía muy bien y eso la destrozaba.

—Te amo, Nick —susurró mirándose las manos. Las uñas pintadas con la francesita que tanto trabajo

le había costado hacer solo para que Nick la viera bonita y delicada.

Como de costumbre, él no respondió, pero Lavinia no sabía el huracán que se desataba en el interior de Nick cada vez que ella decía esas palabras y él se quedaba mudo. ¿Podía ella resistir su silencio? ¿Hasta cuándo? Esperaba pudiera hacerlo durante mucho, mucho tiempo que pasaría a su lado aunque fuera en silencio.

—¿Te acordás de los japoneses del barco?

Lavinia lo supo: Nick

pretendía pagarle la falta de amor contándole un secreto. Daba una cosa por otra como si fueran lo mismo, y ella se lo permitía solo porque lo amaba y no quería perderlo. Sabía que Nick se iría. Lo sabía y eso la desesperaba porque no podía abrir su corazón. No podía mandar sobre sus sentimientos.

—Sí —replicó con obediencia. Quería gritarle que no podía vivir sin amor y condenarlo a él a vivir sin amar, pero a cambio apenas susurraba asintiendo la

propuesta de cambiar amor por secretos.

—Invierten en un proyecto que estoy desarrollando en un lugar secreto —continuó él.

Nick parecía más entusiasmado porque investigaba una novedad que porque fuera a recibir un premio por algo ya conseguido. Nick hacía eso: luchaba y luchaba hasta que llegaba a un punto que luego le parecía nada, y solo le restaba seguir luchando. A Lavinia no le hubiera extrañado que al descubrir

eso que buscaba en aquel lugar secreto al que se refería, se sintiera indiferente, después de haber buscado tanto.

—Si lo consigo, mi nombre va a pasar a la historia —siguió él ante la dispersa mirada de Lavinia, que se fingía interesada en el asunto aunque lo que en realidad hacía era aguantar el llanto—. Busco que mi sistema resista cualquier terremoto, y entonces estará listo. Bonito, resistente y barato.

Lavinia asintió con calma.

¿Cuánto estaba dispuesta a resistir? ¿Cuánto estaba dispuesta a dar?

Después de la velada, creyó que ya se había repuesto del mal trago. Se había entretenido viendo a Nick subir al escenario, recibir el premio, agradecerlo. Hasta la había saludado desde el palco. Pensaba en ya no decir a Nick que lo amaba, y entonces se ahorraría el dolor, pero se le escapaba del alma, como sucedió esa noche mientras hacían el amor.

Comenzaron en el ascensor, apenas con un beso. Nick le preguntó cómo había estado y si se lo había notado nervioso, ella le dijo que era el hombre más lindo del mundo y lo besó. Pretendió alejarse, pero él no se lo permitió. Puso una mano detrás de su cabeza, la pegó contra su boca e irrumpió en la de ella con su lengua, que esta vez no se movía lenta sino posesiva en la deliciosa cavidad de la mujer. Lavinia se puso en puntas de pie y colocó los brazos alrededor de su

cuello. Él aprovechó la acción de su novia para rodearle la cintura y arrojarla contra la pared espejada del cubículo. Amortiguó el golpe con su propia mano y luego arrimó la espalda de Lavinia despacio.

Dejó una mano apoyada en el espejo. El frío del elemento contrastaba con el intenso calor que despedía su cuerpo y causaba una excitante sensación de electricidad en la espalda desnuda de Lavinia, al descubierto por el escote

trasero del vestido. Nick utilizó la mano libre para rodear un pecho de Lavinia por sobre la tela de su ropa. Ella gimió. En ese momento, él abrió los ojos.

Vio el rostro enrojecido de su novia, que tenía los ojos cerrados, y el reflejo de ellos dos. Eso desató su fantasía, era tan apasionante que quiso compartirlo.

Giró a Lavinia entre los brazos para dejarla de espaldas a él y de frente al espejo. Le rodeó la cintura con un brazo y le pegó el trasero a su entrepierna.

Bajó una mano y la arrastró desde la rodilla femenina hacia el muslo, levantando así el vestido, que se enroscaba a medida que subía. Lavinia sintió que los dedos le quemaban la piel sensible de la pierna. Como todo había sucedido tan rápido, todavía lucía confundida, entonces él se explicó.

—Mirá —le susurró al oído—. ¿No te gusta vernos?

Lavinia abrió los ojos. La imagen le llenó las retinas: ellos dos con las mejillas encendidas de placer, las

pupilas bañadas de pasión. Tragó con fuerza, los labios le temblaron. Nick no esperó respuesta, la leyó en los ojos de Lavinia, por eso siguió estimulándolos.

Ella se aferró al pasamanos que dividía el espejo en dos mitades y entreabrió los labios hinchados y rojos mientras él se apretaba más contra sus nalgas rodeándole los senos. Era la imagen más excitante que Lavinia había visto nunca: un brazo rodeándole la cintura y una mano que, de su pierna, había pasado a

friccionarle un pecho por sobre el vestido. Los dedos se deslizaron por debajo de la tela y le robaron un pezón, que se estremeció por el contacto. Desde allí partió una corriente eléctrica que repercutió en su sexo.

—Páralo... —musitó ella. Respiraba con agitación. Sentía latir el deseo de Nick en sus nalgas y se le anulaba la razón—. Detenlo.

Se refería al elevador. Pero Nick no hizo tiempo a estirar una mano hacia la botonera que se oyó un ruido suave que indicaba la detención.

Los dos se dieron la vuelta como niños atrapados haciendo una travesura. Nick se despegó de ella, le pasó un brazo por sobre los hombros y fingió su mejor cara de aburrido. A Lavinia no le resultaba tan fácil engañar; con las mejillas rojas y el rostro surcado por el deseo insatisfecho, lo único que atinó a hacer fue acomodarse el vestido y luego bajar la cabeza, rogando que nadie se diera cuenta de lo que acababa de suceder allí dentro.

El matrimonio,

correctísimo, de esos que estás cerca de las bodas de oro, vestía de gala.

—Buenas noches —saludó el caballero.

—Buenas noches —replicó Nick con una respetuosa inclinación de la cabeza.

—Es una noche calurosa, ¿cierto? —comentó el señor de frac en relación con el clima, típica conversación de ascensor compartido con extraños. Lavinia se esforzó por contener la risa, pero un sonido áspero escapó de su garganta. La pareja la miró

extrañada. Nick sufrió el mismo inconveniente.

—Ni que lo diga — contestó, muriéndose por dentro. Lavinia se echó a reír. Ya sin poder contenerse, él la imitó. Los viejitos de categoría los miraron como a dos locos, y hasta dieron un paso al costado pretendiendo alejarse de ellos.

Descendieron en el piso de Nick, todavía riéndose del asunto. Sin embargo, ni bien las puertas del elevador se cerraron, él le despegó los pies del piso y la arrastró

contra la pared, amortiguando de nuevo el golpe con el brazo.

Se besaron como dos adolescentes apurados. Nick la alzó sobre su cadera y ella enredó las piernas alrededor de él. El vestido, que tenía un largo tajo en la pierna derecha, se le enroscó en la cadera. La frialdad de la pared le erizó la espalda, como antes lo había hecho el espejo. Levantó los brazos, Nick pasó las manos por detrás de ellos, fue bajándolas, le desprendió el cierre del vestido y luego,

como no salía por la cabeza con facilidad, lo rasgó. Un grito de éxtasis surgió de los labios de Lavinia. Todo en una fracción de segundo.

—¿Me vas a arrancar todos los vestidos que tenga? —interrogó ella fingiéndose molesta. Parecía dormida, pero estaba demasiado excitada. Y por Dios que adoraba que él le rompiera la ropa.

—Todos. Total los arreglás vos, y si no te hacés otro. Me gusta arrancarte los vestidos —contestó él con tono seductor. Lavinia rió.

Era imposible no reír con Nick.

Volvieron a abrazarse y a besarse con pasión desenfrenada. Lavinia deslizó los dedos por el cuello de Nick hasta dar con el moño del esmoquin, del que se deshizo sin ver. Lo arrojó al piso. El avanzó unos pasos llevándola consigo hasta la puerta, donde digitó unos números en un panel, también sin mirar, mientras las lenguas se entrelazaban en las bocas, y la madera se abrió.

Al tiempo que avanzaban

contra la pared besándose, ella, prendida a la cadera masculina, buscó a tientas los botones de la camisa y comenzó a desprenderlos sin tiempo que perder. No llegó a los que se escondían dentro del pantalón. Pasó las manos por el pecho desnudo del hombre, apartó las mangas para que dejaran al descubierto los hombros y los besó. Mordió la piel y eso lo hizo emitir un quejido de exaltación.

—Perdón —masculló ella antes de pasarle la lengua insistentes veces donde

pensó que lo había herido.

—No es dolor, es lujuria
—explicó él sin dar mayores
vueltas, y la arrastró consigo
hasta otra pared, cada vez
más cerca del cuarto—.
Dame más de eso. Me gusta.

Lavinia le tomó el rostro
entre las manos, lo apretó y
le mordió los labios. Le
encantaba hacerlo. Presionó
más las piernas alrededor de
la cadera masculina para
sentir la dureza de su
miembro en la zona erógena
de ella, lo que la hizo gemir
de placer. Nick se apartó sin
soltarla. Echó una mirada

encendida al cuerpo que tenía delante de los ojos: la piel blanca resplandecía y el sector buscado se ocultaba debajo de un sostén negro de encaje bordó.

Atrapó un pecho con una mano y frotó el pezón por sobre la tela del corpiño; eso la hizo humedecer. Mientras tanto besó los labios que, rojos y entreabiertos, procuraban un poco de aire entre tanta pasión. Escabulló un pulgar entre la piel y la taza del corpiño para liberar un pezón y besarlo con la lengua. Ella tembló ante la

calidez de la caricia, cerró los ojos y echó la cabeza atrás emitiendo un sonido ahogado desde la garganta. Nick extrajo el otro pecho, los dos se abultaban fuera del corpiño. Luego llevó las manos a las nalgas de Lavinia y, sosteniéndola contra su cadera, hizo el trayecto más largo: la llevó a la habitación.

La depositó sobre la cama con suavidad pero con urgencia. Se desprendió los pantalones mientras ella hurgaba en el cajón de la mesa de luz. Halló la caja de

condones cerrada y se rompió una uña por tenerla lista para cuando él, completamente desnudo, le deslizó la bombacha por las piernas.

—Segundos afuera — bromeó con la boxeadora mientras se deshacía también del sostén. Lavinia rió, presa de un deseo abrumador que le recorría el cuerpo como pequeñas serpientes, mientras deslizaba el preservativo por el miembro de su amante. Luego abrió los brazos y Nick se refugió entre ellos.

La penetró de una sola vez, rápido y firme. Le estiró los brazos y se los colocó por sobre el cabello, que se desparramaba en la almohada y en el edredón negro. Lavinia echó la cabeza atrás. Sentía las manos calientes de Nick cerrarse en sus muñecas, apretarlas hasta casi hacerle perder la sensibilidad en los dedos. Qué bueno era todo eso, qué increíble. Él sabía exactamente qué, cómo y dónde hacer para que ella se olvidara del mundo. La embestía con tanta fuerza

que le hacía temblar las piernas.

Abrió los párpados. Él la miraba. Y fueron los ojos de ambos los que gritaron antes que sus gargantas la recta final de aquel encuentro.

—Me embrujaste —le dijo Nick besándola. Todavía no abandonaba el cubículo estrecho que lo retenía.

Lavinia no respondió con palabras. Le mordió los labios, le besó las mejillas y le lamió el lóbulo de la oreja. Eso los puso a tono de nuevo, las embestidas se reiniciaron y no mermaron

hasta que otra vez abrieron los ojos y en silencio gritaron por segunda vez que habían acabado.

—Sos maravillosa, Lavinia —le dijo Nick sobre su cuerpo, besándole el cuello, sin salir de su interior. La rapidez había dado paso ahora a una lentitud dolorosa—. La más hermosa de todas —luego la besó en los labios y le preguntó, todavía sobre ellos —. ¿Sabes por qué no te llamás *Helena*?

—¿Porque no soy la más hermosa del reino, después

de todo? —arriesgó ella divertida, con los brazos alrededor del cuello de su novio.

—Lo sos. Pero definitivamente los romanos fueron un imperio mucho más importante que el griego—replicó Nick jugando a deslizar un dedo por el interior del brazo de Lavinia, todavía en alto. Ella sonrió.

—Pero sin los griegos, los romanos no habríamos crecido en varios aspectos de nuestra cultura—dijo. Nick asintió.

—Es cierto, pero la ley natural es que el alumno supere al maestro.

—Eso sí que es verdad — concedió ella—. ¿Querés que te demuestre cuánto te supero? —bromeó. Nick se lo tomó en serio, era una promesa demasiado tentadora como para resistirse.

—Me encantaría.

Lavinia puso las manos sobre los hombros de Nick y lo impulsó hacia atrás. El obedeció. Gruñó al salir de ella, pero el malestar pasó muy rápido: enseguida tuvo

que respetar otra orden. Lavinia lo hizo invertir posiciones. Nick quedó con la espalda sobre el colchón, y ella sobre sus piernas. Le arañó el pecho. Percibió que él se tensaba de nuevo debajo de su cuerpo y la miraba como drogado por sus encantos, entonces le hizo una promesa:

—Si te ponés así por esto, no sabés lo que te va a pasar con lo que te voy a hacer...

El miembro se hinchó más. Y ella se sintió fuerte: tenía el poder de poner a Nick en estado de coma.

Fue desliziándose hacia atrás lentamente, mientras besaba y lamia el torso masculino. Mordió aquí y allá; escuchaba los sonidos que se escapaban de la garganta de Nick cada vez que hacía eso, la respiración que se le agitaba, y así se iba poniendo otra vez en circunstancia ella también.

Cuando llegó al sitio deseado, quitó el preservativo, lo dejó caer en la alfombra y sucumbió víctima de la duda. No sabía qué hacer, cómo gustar. Y también pensó que volvería

a probar sabores extraños. Pero no había sido tan malo la otra vez, de modo que solo limpió la zona con las manos y con esas ideas en mente, ejerció cierta presión en la base y comenzó. Una, dos, tres veces, cada vez más al fondo de la garganta, más rápido, porque así se lo exigían los gruñidos que él dejaba salir. Tanto hizo que sintió arcadas y Nick la detuvo tirándole con suavidad el cabello. No aguantaría mucho más tiempo sin acabar y no quería hacerlo dentro de su

boca.

Lavinia alzó los ojos. Escondida entre las piernas del hombre, lo miró con una mejilla todavía rellena y él sonrió. Sostenía un preservativo nuevo con la mano libre y en sus ojos destelló una luz extraña. Fue el instante preciso en que a Nick se le cruzó por la mente una pregunta. ¿Qué tenía de distinto el sexo que experimentaba con Lavinia, si ya lo había hecho prácticamente todo con otras? Porque a decir verdad, nunca se había sentido tan

excitado y feliz como con ella. La posición sexual más tradicional del mundo con Lavinia era mejor que la más placentera y rebuscada con otras, incluso con Patricia.

Para evitar que él se ausentara del acto, Lavinia se puso de rodillas sobre la cama dispuesta a respetar su pedido mientras Nick se colocaba el condón. Luego la tomó de la cadera y la hizo sentarse sobre él. Lavinia se deslizó hacia abajo, internándolo en ella. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Desde allí podía

manejar el ritmo y además se hacía mucho más cómodo porque Nick le acariciaba los senos todo el tiempo, y a veces deslizaba una mano por todo su torso y su cadera hasta atraparle una nalga. Iba lento, luego rápido, de nuevo lento, hasta que sin salir de su interior él la abrazó y la giró para dejarle la espalda sobre el edredón desordenado.

Se impulsó más adentro tomándose del respaldo de la cama. Les estaba costando llegar al clímax porque no habían respirado entre una

relación y otra, e iban ya por la tercera. Nick la besó en los labios, la miró con la pregunta latiendo en las pupilas y entonces gritaron juntos el tercer orgasmo.

Lavinia le tomó el rostro entre las manos, lo miró y le dijo la verdad que escondían sus pupilas.

—Te amo, Nick. Te amo.

Lo abrazó de inmediato, no quería que él viera el brillo de sus lágrimas. El no obtener respuesta era algo esperado, pero aun así ¡cuánto dolía!

Horas más tarde, mientras

amanecía y el sol se filtraba por el enorme ventanal del cuarto, Lavinia abrió los ojos. No estaba sola, los de Nick la observaban desde un abismo.

¿Por qué no puedo amarte, Lavinia?, se preguntaba. ¿Por qué no puedo reconocer que te amo?

—Decime lo que estás pensando —pidió ella enseguida. Nick se humedeció los labios.

—En que sos hermosa...
—fingió una sonrisa.

—No es verdad —replicó ella con calma—. Pensabas:

«¿Por qué no puedo amarte, Lavinia? ¿Por qué si sos tan hermosa?». ».

Nick no quería verla a los ojos, no quería reconocer que ella estaba a punto de llorar por su culpa, por eso la estrechó contra su pecho y la besó en la sien. Tenía a la mejor mujer del mundo entre sus brazos y su corazón se cerraba a ella como a todo lo que alguna vez le había hecho bien en la vida. Era egoísta e insensato, la estaba haciendo perder el tiempo a su lado, ¡pero no podía dejarla ir! La

necesitaba como a la respiración misma.

Lavinia se despidió de Nick antes de que Fi llegara a su departamento. Él tenía un mal presentimiento, pero se esforzó por ocultarlo. Lavinia estaba seria, triste, suspiraba.

—¿Te llevo al aeropuerto?
—ofreció él. No quería separarse de Lavinia y estaba dispuesto a acompañarla a recibir a Tamara, que llegaba de su luna de miel, para pasar más tiempo con ella.

—No es necesario —

respondió Lavinia sin perder la seriedad que la recubría —. Voy hasta su casa y su primo me lleva con él en su coche.

No era enojo, no era maldad. Era frustración, pena y dolor.

Nick se odiaba. No quería que Lavinia perdiera todo su brillo, su alegría, por su culpa. No insistió en acompañarla, quizás ella necesitara un tiempo a solas y luego todo volviera a la normalidad, al menos a la que él le imponía. Cuando vio llegar a Fi, se esforzó

por fingir que todo estaba en orden con una sonrisa falsa. La mujer los halló en la puerta del edificio.

—¿Te vas? —preguntó a Lavinia.

—Sí —replicó ésta sin poder sonreír como Nick hacía.

—Ya ves, Fi —bromeó él con rostro exageradamente compungido—. Mi novia me deja solo todo el domingo.

—Perdóname —se disculpó Lavinia con sinceridad—. Mi mejor amiga llega de luna de miel y quiero ir a recibirla.

—Eso está muy bien —
coincidió Fi.

—Chau, Fi —la saludó
Lavinia. Se dieron un beso.

—Chau.

Fi la observó alejarse y
luego se volvió hacia Nick.
Él también miraba a Lavinia
desde un sitio apartado del
mundo, donde solo existían
él y sus enmarañados
sentimientos.

—Definitivamente sos el
hombre más afortunado del
mundo —comentó Fi como
al pasar, percibiendo que
algo sucedía. Pensaba que
Nick había hecho una mala

trastada a Lavinia y apostaba que ella no lo merecía.

—Es hermosa —concluyó él.

—Y te ama —repuso la mujer—. Eso es lo importante.

A Nick no le hacía falta que Fi le dijera que Lavinia lo amaba. Su segunda madre tampoco se daba cuenta del impacto que ese comentario tenía en él en un momento como ese.

O

Lavinia se reencontró con Tamara. En el hogar recién

estrenado, los cuentos de los novios le hicieron olvidar por un rato el dolor que albergaba en su conciencia. Sin embargo, al regresar a casa, una singular sensación de soledad se abatió sobre ella como polvillo se desperdigaba por los muebles. Probó suerte deshaciéndose de él por sobre el desorden que siempre la caracterizaba, pero el dolor continuaba instalado en su pecho, la seguía como una sombra.

Acabó sentada a la mesa del comedor, pensando en

que no daban las cinco de la tarde y ella ya estaba sola en casa, y Nick solo en su departamento. Hubiera querido correr a él, pasar lo que quedaba del día a su lado, pero se contuvo. ¿Hasta cuándo haría el papel de tonta, de la que no se daba cuenta de que desperdiciaba su amor y la vida al lado de un hombre que no la amaba? Nick era honesto, tal como le había prometido, y ni siquiera procuraba mentirle respecto de su amor. No le respondía cuando ella le decía que lo

amaba. Que lo hubiera hecho sin sentirlo habría sido peor, se consoló. Sin embargo, ¡cuánto daba por una mentira!

Tenía que ir desprendiéndose de Nick y lo sabía. Tenía que abandonar el amor absurdo que albergaba en su corazón, que latía desenfrenado cada vez que lo veía. Tenía que desterrarlo de su mente, por eso no lo llamó, e intentaría no hacerlo mientras le restaran fuerzas para resistirse a sus propios sentimientos. Hablar... no

podía. Sabía que con solo tenerlo enfrente acabaría rindiéndose a su corazón enamorado, y así se convertiría en un ser egoísta. ¿Hasta cuándo lo haría a él vivir sin amar?

La mañana del lunes la pasó recorriendo comercios, tratando de dejar prendas en consignación. Solo en uno le tomaron dos blusas: en una feria americana, como si sus prendas hubieran sido usadas. Se sentía tan triste por su mala suerte sentimental y profesional que ni siquiera almorzó.

Además, no tenía nada para comer y no había cobrado sus últimos trabajos. La gente estaba a fin de mes, y si tenían que deberle a alguien, era a la modista.

Lavinia suspiró y se encorvó sobre la máquina de coser para terminar más trabajos y verificar si tenía la dicha de que esas personas le pagaran, así podría comprar algo para la cena. Estaba cansada y de mal humor como para soportar que golpearan a la puerta. Aun así, cuando la oyó, se levantó y preguntó quién

era.

—¡Héctor! —exclamó la voz de Josué del otro lado.

Josué jamás había pisado su casa. Si se atrevía a ir allí era porque pasaba algo grave. Lavinia abrió sin dudar.

El grandote olía a alcohol y a mugre. Lavinia apretó las manos e intentó mantenerse en su sitio para que él no pudiera entrar, pero ni bien le fue posible, Josué puso un pie adentro y empujó a Lavinia hacia atrás.

—Decime qué pasó con

Héctor y andate ya mismo —indicó ella sin perder su centro.

—Tenés solo dos formas de hacerlo, pero de una u otra manera lo vas a tener que hacer.

—No entiendo de qué hablas —lo interrumpió ella—. Si no viniste por Héctor, retirate ya mismo.

—Por las buenas o por las malas —continuó él, ignorando su orden.

—Salí de mi casa, Josué —replicó Lavinia—. ¡Ahora!

Josué se lanzó contra ella,

pero no la tocó. Se detuvo a un paso. Lavinia se hizo hacia atrás para no respirar su aire viciado.

—Necesito plata. Tenés que darme mil pesos — reclamó él mostrándose peligroso—. Nadie más puede.

Lavinia entrecerró los ojos.

—¿Qué te pasa? —le espetó—. Sacáselos a Helena y a mi madre, como has hecho siempre. Ni siquiera te da vergüenza que tu hijo te vea así, que siga tu mal ejemplo.

—Me vas a dar los mil pesos —él sonaba amenazante, pero Lavinia no le tenía miedo.

—No tengo —se defendió—. Estaba cosiendo para cenar, ni siquiera almorcé.

—Pedíselo a tu novio. Si sale con vos en las revistas, es porque es adinerado.

Lavinia entreabrió los labios. ¡Lo sabía! ¡Sabía que el ser públicamente novia de Nick traería problemas!

—¿Quién te creés que sos? —enfrentó al moreno—. ¿Por qué pensás que podés venir y reclamar el dinero de

alguien a quien ni siquiera conocés solo porque olés a alcohol y te drogás y por eso las personas de bien te consideran peligroso? Yo no te tengo miedo, y por mí te podés morir antes que quitarle a Nick un solo centavo para tus vicios.

—No me voy a morir — replicó Josué alzando una navaja—. Antes te voy a matar —amenazó, pero Lavinia no se acobardó.

—Matame —lo desafió.

—Sacale la plata al tal Hagen.

—Antes muerta.

Después de una intensa mirada, Josué guardó la navaja y se encaminó a la puerta ignorando aquella respuesta.

—Tenés una semana —sentenció—. O podés ir despidiéndote de tu noviecito.

—Ya no salgo con Nick —le informó ella, pero Josué volvió a ignorarla.

—De lo contrario, podés ir eligiendo con quién compartir la tumba: con Helena o con Hagen.

Ni bien Josué cerró la puerta tras su inmensa y

odiosa figura, Lavinia se llevó las manos al pecho y se apoyó en la pared, incapaz de contener la agitación que la devoraba. Casi no podía respirar.

Josué se había tornado peligroso y macabro, la había amenazado con matar a su hermana o a su novio. Quién sabía qué deudas tenía y por qué el dinero que Cristina o Helena pudieran darle ya no le alcanzaba. Necesitaba más, y Lavinia, a través de Nick, era la mejor opción.

No podía permitirlo.

Siempre había sabido que en cuanto su familia se enterase de que ella tenía un novio económicamente acomodado, las cosas se complicarían todavía más de lo que ya lo estaban. Sumado a que Nick no la amaba, el círculo cerraba perfecto. Debía dejarlo ir.

Ya no pudo trabajar. Cuando el teléfono sonó a las once, supo que se trataba de Nick, pero no se atrevió a contestar. De hacerlo, acabaría claudicando, por eso se armó de valor, se tapó los oídos como si con eso

pudiera dejar de oír la campanilla del teléfono, y esperó. Como odiaba los contestadores automáticos, él no habló. Lavinia lo agradeció porque de lo contrario no sabía cómo iba a hacer para no levantar el tubo y decirle que lo amaba.

Nick merecía una despedida, pero ella no podía dársela. No debía verlo de nuevo.

El martes la situación fue la misma: Lavinia pasó la mañana entera en la cama, dando vueltas como lo había hecho toda la noche. El

teléfono sonó varias veces, pero decidió no responder. Intentó coser a máquina. No pudo.

A las once de la noche el teléfono volvió a sonar. Lavinia no respondió. Al segundo llamado, saltó el contestador.

—Lavinia —dijo la voz de Nick. La piel de Lavinia se erizó al escucharlo, todo su cuerpo temblaba de impotencia. Se sentía inútil ante las amenazas de Josué y ante el desamor de quien la llamaba—. Lavinia, soy yo, Nick. Sabés que no me gusta

hablar con las máquinas, por favor, ¿me atendés? —hizo una pausa—. Lavinia... Está bien, llamame en cuanto puedas, me tenés preocupado. ¿Me dejás que te regale un celular? Por favor. De haberlo hecho ya, te habría propuesto esto antes: tengo que viajar y quería que esta vez nos fuéramos junt...

Un silbido acabó con la grabación. El tiempo se había terminado. Lavinia se arrojó sobre el teléfono siguiendo el impulso de llamar a Nick, pero se

contuvo. Con la cabeza apoyada sobre los brazos extendidos, venció el deseo de volver a él, de regresar a la vida.

Por la noche, Nick pasó por casa de Lavinia camino al aeropuerto. Ella, aun sabiendo que él estaba del otro lado de la puerta, se limitó a sollozar con el oído pegado a la madera, presintiendo los pasos del hombre, que iban y venían a lo largo del corredor. Antes de irse, él deslizó un papel por debajo de la puerta.

«Te extraño, estoy

preocupado por vos. Tengo que viajar, voy a estar tres días en Río Negro. Te llamo esta noche», leyó. Debajo había anotado un número de teléfono y el nombre de un hotel, sin dudas donde se hospedaría.

Lavinia suspiró. Él era tan sincero que casi no parecía el hombre que había conocido.

Los dos días siguientes tampoco respondió llamados telefónicos, excepto cuando alguna de sus clientas hablaba a la contestadora. Entre esos llamados, resonó

la voz de Fi.

—Lavinia, soy Fi. Nick me está volviendo loca, está preocupado porque dice que no respondés sus llamados y él no podía suspender su viaje. Me pidió que te avisara que te va a llamar hoy a las once de la noche y que si no atendés se vuelve hoy mismo de ya sabés dónde y tira la puerta abajo, así que será mejor que respondas. Así es como me lo dijo, y sabés que tengo un arte para repetir lo que me dicen. Adiós, espero estés bien. Hablame para dejarme

tranquila.

Cuando el teléfono sonó a las once, Lavinia no tuvo más opción que atender. Para eso se cubrió de un aire de indiferencia, tan falso como el hecho de que Nick no le importaba en absoluto.

—¡Por Dios! —exclamó él ni bien ella respondió el llamado—. Me tenías preocupado, ¿por qué no respondías, en dónde estabas?

—Por ahí —replicó ella lo más breve posible.

—¿«Por ahí»? ¿Estás bien?

—Muy bien —después de decir eso, Lavinia hizo silencio. Escuchó respirar a Nick, casi parecía atemorizado.

—¿Pasa algo?

—Estoy ocupada, Nick, nada más —respondió ella, escasa de paciencia. Pensaba que, de seguir hablando, ya no podría sostener la farsa.

—Estás enojada —repuso Nick con voz paciente—. ¿Es porque me fui? Te juro que intenté comunicarme, pero no lo conseguí. ¡Si hasta le hablé al contestador por vos! Sabés que odio eso

—pretendía sonar divertido, hacer reír a Lavinia o al menos arrancarle un comentario gracioso, pero ella se mantuvo en silencio. El vacío del otro lado de la línea era frustrante para él —. ¿Lavinia?

—Te dije que estoy ocupada, Nick —repitió ella de mal modo.

—Vuelvo el viernes. ¿Te paso a buscar?

—No te molestes, tengo un compromiso.

Nick se preguntaba qué la traería a ella tan cortante y nerviosa, pero podía intuirlo.

Él tenía un pasado y jamás podría borrarlo. Quizás alguna mujer había reaparecido, o alguien había dicho a Lavinia que él continuaba llevando una vida que había abandonado. ¡Por Dios que había abandonado todo por ella!, porque no lo necesitaba. No necesitaba nada más que a Lavinia.

—El sábado, entonces — intentó—. Decime a qué hora estás libre y yo...

—No estoy libre el sábado —lo interrumpió Lavinia—. No vengas. Te dije que

tengo un compromiso y no te pienso decir cuál es.

—No iba a preguntar.

—Saludos, Nick. Buena suerte.

Después de cortar el llamado, Lavinia estalló en llanto. Solo Dios sabía cuánto amaba a ese hombre, pero por un lado, no estaba dispuesta a ser el premio consuelo de un novio enamorado de otra. Por el otro, no podía condenarlo a una vida sin amar. Por último, Josué lo tenía en la mira, y Lavinia no quería exponer a Nick a las

perversas acciones de su familia.

Nick no volvió a llamar hasta el viernes por la noche, aunque no lo hizo a las once, sino a las ocho. Se había dado cuenta de que si llamaba en un horario inesperado, era más probable que ella respondiese.

—¿Tenés un mejor día hoy? —dijo ni bien escuchó la voz de Lavinia, triste y apagada, del otro lado de la línea.

—Te dije que tenía un compromiso hoy viernes por

la noche —replicó ella, tan dura como le fue posible—. ¿Llamas para controlar que sea cierto? No todos mentimos tan bien como vos, Nicolás.

Que ella dijera su nombre completo le provocó una sensación tan desagradable que él también estuvo a punto de ponerse muy serio, casi como cuando se había ofendido con aquellos primeros llamados que había hecho a Lavinia. Sin embargo, logró vencer todo disgusto y se reconoció culpable del vacío de su

ángel. Lavinia era buena y no actuaría de ese modo si no se debía a que él la había defraudado.

—¿Qué pasa, Lavinia? — preguntó con la voz ahogada —. ¿Qué hice? ¿Qué hice mal esta vez?

Lavinia se sintió morir. Pensó en decirle la verdad, en que él no había hecho nada malo porque amar a otra persona no significaba ser perverso y que Josué la presionaba, pero guardó silencio. No podía decir todas esas cosas, no lo resistiría.

—Estoy ocupada, Nick —
argumentó.

—Comprendo —
respondió él—. No te
molesto más.

—Gracias.

Lavinia cortó primero. Ya no tenía lágrimas que llorar, pero a cambio podía destrozar su espalda encorvada frente a la máquina de coser, y así lo hizo. Toda la madrugada.

Nick pensó en hacer algo de su vida, no quería pasar la noche solo. Sin embargo, no tenía ganas de salir, no sin Lavinia. ¿Qué iba a hacer en

un bar o en una discoteca, si no tenía interés en nadie más que en su novia? Además, le era fiel. Tan fiel que no sentía ánimo de notar si alguien lo provocaba, ni deseos de provocar. Tampoco deseaba otro cuerpo que no fuera el de ella.

Josué inundó el contestador de Lavinia con mensajes escalofriantes, pero ella en ningún momento pensó en traicionar a Nick pidiéndole dinero para Josué. El marido de su madre estaba loco si pensaba

que lo haría.

Cuando Fi llegó el sábado por la mañana a casa de Nick, se sorprendió de no hallar a Lavinia con él. Se había quedado a dormir algunos viernes y todos los sábados.

—¿Y Lavinia? —preguntó mientras servía dos tazas de café—. Te peleaste.

—Ella tenía un mal día —explicó él con voz serena.

—¿Y vos tuviste algo que ver?

Nick alzó la mirada. Se hacía evidente que Fi lo estaba acusando y que no

creía ni por casualidad que Lavinia pudiera haberse enojado sin que él fuera la causa.

—No —respondió sucintamente—. No que me haya dado cuenta.

Fi asentó la cola en el borde de la mesada y se cruzó de brazos.

—Nick. Esa chica es buena.

—Ya lo sé, Fi —él fruncía el ceño. La mujer sonrió y le acarició el cabello que, sin gel, le caía en algunos mechones sobre la frente. Siempre lo llevaba corto y

prolijo, pero en ese momento no era más que una maraña sin forma que le otorgaba un aire sensual involuntario.

—Toma el café —dijo extendiéndole una taza—. Yo voy a ordenar tu habitación.

—No tenés que hacer eso —pidió él—. Sentate.

—Quiero hacerlo. Y después te preparo chocolate.

Los ojos de Nick brillaron. Sonrió. No hubo modo de impedir a Fi hacer lo que se proponía.

El sábado, Nick resistió la soledad a fuerza de trabajo atrasado y café. Evitó el cigarrillo con los chicles que Lavinia le había comprado. El domingo, esperanzado en que ella se hubiera mejorado de ánimo, fue a su departamento.

—¿Quién es? —preguntó Lavinia de mal modo, pensando que se trataba de Josué. Si cumplía con el plazo establecido, regresaría por el dinero el lunes, y ya no la encontraría desprevenida, pero si se había adelantado, tampoco.

—Nick.

Ante la voz, el cuerpo de Lavinia, débil de soportarlo todo con gran esfuerzo, tembló.

—Estoy ocupada, Nick — bramó. Él se dio cuenta de que la voz de Lavinia no sonaba como de costumbre, parecía haber llorado o estar enferma. Gracias a ello creyó darse cuenta de la razón por la cual ella se negaba a verlo. ¿Pero acaso podía ocultarse solo por una gripe? Prefirió pensar que era así.

—¿Tres veces la misma

excusa? —bromeó—. Me parece que estás perdiendo originalidad.

—Andate, de verdad estoy ocupada.

—Y enferma —sonrió él en respuesta—. Ahora entiendo por qué no querías verme. No te preocupes, no tengo miedo, yo nunca me enfermo. ¿Lavinia? —ella se había alejado. Él lo supo y no pudo resistirlo. La incertidumbre llegaría hasta ese punto, no más.

La puerta se abrió de una patada, con tanta fuerza que la cerradura se rompió y la

madera golpeó contra la pared. Lavinia, que lavaba un pañuelo en la pileta de la cocina, saltó del susto y volteó para el momento en el que Nick se le acercaba sin remisión.

—¡No! —exclamó—. ¿Qué parte no entendés de que ya no quiero verte?

Nick la sujetó de los brazos y la sacudió. Toda esa reacción no le parecía normal, ni siquiera posible.

—¿Qué hice? —indagó—. ¿Qué te dijeron que hice?

Pensaba que alguien podía haberle mentado, haberle

dicho que él la engañaba o que lo habían visto con otra mujer. No sabía qué pensar.

—¡No quiero volver a verte! —reclamó ella en un grito de furia y de impotencia.

Nick no le gritó, no la zamarreó ni le dijo nada, solamente la abrazó. La apretó contra su pecho y le besó la frente.

—Tenes fiebre —anunció en susurros.

—Ya no me servís —le espetó ella con crueldad—. Me aburríste. ¿Qué te pasa? —ironizó—. ¿Te creés que

esos el único que puede aburrirse de sus amantes y deshacerse de ellas como de un par de medias?

Nick la ignoró. Lo herían sus palabras, pero las perdonaría. Las perdonaba solo porque la necesitaba para seguir viviendo. No, eso no era amor, se repitió. Pero tampoco supo decir de qué se trataba entonces.

—Dejame que cuide de vos —le pidió. Lavinia sintió que se desgarraba de dolor.

—Nicolás, no me tomás en serio —replicó, pero le

tembló la voz.

Ahí estaba ese maldito nombre. Para Nick sonaba tan frío, tan duro y distante... Odiaba que lo llamaran así, en cambio cuando la gente, aunque fuera un extraño, lo llamaba «Nick», él se sentía querido. Ese malestar no se transmitió en su voz siempre serena, siempre lejos de sus emociones.

—Sentate —pidió.

—No. ¡Te vas!

—Estás enferma —repitió él hurgando en el bolsillo del saco. Buscaba su teléfono—, no es bueno que estés sola.

Deja que llame a Fi y suspenda todo. Me quedo acá con vos. Te voy a cuidar, te voy a hacer sentir mejor.

Lavinia lo empujó hacia atrás. No le restaban fuerzas, pero consiguió que él se apartara por sí mismo. Respiraba con agitación y se tomaba de la mesada para no darse por vencida.

—Hablo en serio — aseguró—. Acá se termina todo, Nick. No te quiero.

Él la observaba en silencio.

—¿Eso es lo que querés?

—preguntó indignado—.

¿Es tu última palabra?

—Es mi última palabra.

Nick bajó la cabeza y apretó los párpados antes de abrirlos de nuevo. Le echó una última mirada, luego se volvió hacia la puerta y caminó unos pasos hasta la salida. Se volvió en el umbral y entrecerró los ojos de fuego.

—Nunca te traicioné. Lo sabés, ¿no? —preguntó. A Lavinia no le bastó el corazón para mentir. Ella pocas veces mentía, y cuando lo hacía, todo salía

mal.

—Sí —confesó con los ojos húmedos.

—Y con vos fui lo mejor que puedo ser, di lo mejor de mí —continuó—. Creo que al menos no merecía que pretendieras terminar con lo que teníamos ignorándome. ¿Acaso te di la impresión de ser un hombre con el cual no podías sincerarte?

—No... —la respuesta de Lavinia fue casi imperceptible, la dijo en un tono bajo y pausado, en un susurro. Se sentía malagradecida y cruel.

—Entonces quiero que me digas una sola cosa. ¿Por qué? Quiero decir, por qué me dejás —aclaró—. ¿Hay algo que quieras decirme?

Lavinia apretaba los labios. No podía decir la mitad de lo que sucedía, pero sí lo que se agitaba en su propio corazón. Alzó la cara y dejó que una lágrima abandonara sus ojos verdes.

—Vos no me amás —replicó ahogada—. ¿Querés que describa cómo veo yo esta relación? Aquí yo no soy más que una adolescente junto a la radio, y vos el

gran cantante.

Nick sintió que las palabras abrían una herida cerrada a la fuerza en su alma y en su memoria. Octavio había hecho lo mismo que Lavinia describía con Teresa, y él moriría si hacía eso a su novia.

—¿Eso te hice sentir? — preguntó tembloroso. Casi parecía capaz de llorar—. Quizás al principio, pero cuando de verdad me conociste... ¿eso es lo que soy?

Lavinia tragó con fuerza, incapaz de dar una

respuesta. La verdad era que Nick no la amaba y que su familia quería aprovecharse de él, nada más. El resto eran invenciones basadas en asuntos que, tal como Nick anunciaba, solo se habían dado al principio.

Sabía que él estaba siendo honesto, quizás demasiado. Podía sentir su dolor, y aunque desconocía la causa, era consciente de que ella se lo estaba provocando.

—No me amás, Nick —le recordó—. ¿Me amás? — Nick apretó los puños y tragó con fuerza, pero

guardaba silencio—. ¿Me amás? —repitió Lavinia con un restó de voz. Nick bajó la mirada. Ella se volvió de espaldas—. Andate, por favor. No tenemos nada más que hablar.

Lavinia escuchó cerrarse la puerta del comedor y pensó que ese era el último día de su vida, al menos de la que había conocido en compañía de Nick. No estaba dispuesta a exponerlo a los caprichos de su familia, ni ella se resignaba a pasar la vida junto a alguien sin amor. Si Nick no la amaba

pero ella sí lo amaba a él,
era mejor dejarlo libre, que
pudiera luchar por la mujer
que de verdad quería y
entonces... entonces ser
feliz. Él lo merecía. Lo
necesitaba.

Capítulo 21

YA era lunes. Lavinia no quería abandonar su casa, pero era consciente de que si no se medicaba, la fiebre iba a seguir subiendo. Se enfermaba demasiado seguido para ser verano, pensó. Sin dudas las necesidades económicas, el trabajo constante y la tristeza por Nick la estaban consumiendo más rápido de lo esperado.

Se abrigó más de la cuenta

para la época del año en la que se encontraban, recogió el último trabajo que había terminado y salió de su casa rumbo a la de su denta.

Se secó la nariz con el pañuelo. Como no fue suficiente, sopló, y aun así no pudo respirar con normalidad. Tocó el timbre. La mujer abrió la puerta con gesto adusto. Se hacía evidente que la visita de Lavinia le molestaba.

—Disculpe —le dijo ella esforzándose por hablar sin interrumpirse por la falta de aire y el dolor de garganta

—. Quedó en pasar a buscar su prenda el sábado y como no vino...

—Iré más tarde —replicó la mujer.

—Es que no puedo esperar hasta más tarde —contestó Lavinia—. Disculpe, pero por hacer este trabajo que usted me pidió para el sábado dejé de hacer otros, y si no cobro, no puedo comprar una medicación. ¿Será posible que le entregue mi trabajo a cambio del dinero?

La mujer resopló, recogió la bolsa de mal modo y se

metió en la casa. Lavinia suspiró y se abrazó para darse calor. No hacía frío, pero a ella le parecía que estaban en pleno invierno. Tiritaba y apenas podía mantenerse en pie.

La denta tardó eternos minutos en volver a salir, como si Lavinia fuera la molestia, como si la estuviera ofendiendo con acercarle la prenda reparada y reclamarle el dinero como si ella no fuera a pagar.

Lavinia se sentía avergonzada de tener que exponer su situación para

cobrar, parecía mendigar en lugar de estar trabajando. Cuando Héctor vivía con ella, mendigaba a quien fuera necesario para llenarle la panza, ofrecerle agua, luz y gas, pero ahora que estaba sola podía dejar de hacerlo. De no ser porque estaba enferma y porque si no se curaba no podía seguir trabajando, no habría pedido nada. Tampoco estaba de ánimo para hacerlo, solo quería echarse en la cama y llorar.

Con los veinte pesos que acababa de cobrar entre las

manos, caminó rumbo a la farmacia que estaba cerca de su casa. Transitaba por una calle del barrio hasta que un automóvil se detuvo a su lado y se abrió una puerta. No hizo tiempo a mirar de qué se trataba el asunto que un par de brazos fuertes la tomó de la cintura, la alzó en el aire y la introdujo en el coche.

Lavinia pensó enseguida en los sujetos que presionaban a Josué. Era el día que el marido de su madre había dispuesto como límite y estaba segura de

que, para sacárselos de encima, el muy cobarde les habría dicho que ella les pagaría. Quizás hasta les había hablado de su novio rico y de todas las fantasías que él tejía en su mente respecto de ese asunto.

El novio rico que no la amaba.

Solo eso le faltaba, que un par de mafiosos la secuestrara y pretendiera sacarle lo poco que tenía, es decir, los veinte pesos que acababa de cobrar.

La subieron a un vehículo negro de vidrios polarizados.

Aunque sentía miedo, no lo demostraba. Podía intentar una defensa, pero no le vio sentido a hacerlo. Se sentía tan mal que no le restaban fuerzas y además era mejor parecer entregada que hacerse la valiente porque quizás así la dejarían en paz pronto. Esperaba le cubrieran el rostro para impedirle ver al narcotraficante, sin embargo eso no ocurrió. Las puertas del BMW de asientos de cuero se trabaron y Lavinia dudó si mirar o no al sujeto que presentía a su izquierda.

Finalmente, la ansiedad por saber fue más fuerte que el miedo y giró la cabeza.

Se trataba de un tipo vestido con un traje tan exclusivo como los de Nick. Aunque tenía apariencia joven, su cabello era entrecano y en su rostro despuntaban algunas líneas de expresión. Supo que era judío porque llevaba una kipá. Muy extraño, para ser un mafioso.

—No tengo más que estos veinte pesos que pensaba usar para comprarme un remedio para las anginas —

dijo Lavinia con pesar. Se le notaba en la voz que estaba enferma, que ya no aguantaba más. Alzó el billete y se lo enseñó—. Todo lo que Josué le haya dicho es mentira. No tengo un novio rico ni puedo pagar sus deudas. Lamento que se haya tomado tantas molestias conmigo.

Horacio Lowenstein alzó sus pobladas cejas entrecanas y se cruzó de brazos. Su chofer ya hacía andar el automóvil. Estiró un brazo y golpeó la ventana de madera que los separaba.

—Rogelio —dijo cuando esta se abrió—. Paré primero en una farmacia.

Nick no dejaba de pensar en Lavinia. Aunque un cliente había llegado con una buena propuesta a primera hora de la mañana, él no había prestado demasiada atención. Era consciente de que Lavinia tenía todo el derecho del mundo de dejarlo si él no podía decirle que la amaba. ¡Tenía razón, por Dios, pero deseaba retenerla a su lado así, en el silencio, sin que ella esperara nada a cambio!

¿Por qué las mujeres como Lavinia no podían vivir sin que su pareja les dijera que las amaba? ¿Por qué él no podía decirlo?

A mucha gente le era fácil fingir, se decían «te amo» como «llueve» o «hace frío», aunque eso no les despertara un solo sentimiento. Qué sencillo hubiera sido poder hacer lo mismo con Lavinia, pero él no era capaz. Las palabras no abandonaban su boca si no echaban raíces en su alma. Además, ella se habría dado cuenta de que mentía y

de todos modos lo habría abandonado, porque Lavinia tampoco era de esas tantas personas capaces de fingir toda la vida por conformismo. ¿Acaso lo era él? No, con ella no.

Podía dejar pasar un tiempo y luego intentar volver con ella. Sí, eso sería apropiado para que los dos ordenaran sus emociones.

Mientras él se debatía entre desarrollar ese interesante proyecto que acababan de ofrecerle en Emiratos Árabes Unidos y sus alborotados

sentimientos, Fi abrió la puerta de la oficina sin golpear y avanzó hasta su escritorio. Nick alzó la cabeza de inmediato. Su secretaria lucía preocupada al momento de asentar un sobre de papel madera sobre su escritorio.

—Respondé la línea uno y abrí ese sobre —indicó.

Nick no estaba de ánimo para hablar con clientes demandantes ni para soportar resultados de inspecciones.

—Ahora no puedo —respondió falto de ánimo—.

¿Es muy urgente?

—Es Uyardo desde ya sabes dónde —respondió la mujer—. Respondé su llamado antes de ver eso — señaló el sobre—. Y permanecé tranquilo, estas cosas pasan.

Fi salió por donde había entrado antes de que Nick respondiera el llamado.

—Los japoneses se bajaron del proyecto, Nick —indicó la voz del otro lado de la línea—. ¿Ya viste el sobre? —por el silencio, dedujo que no—. Abrilo. Y no desesperes.

—¿Me viste alguna vez desesperado? —replicó Nick con cierta gracia.

—Supongo que esta será la primera vez.

Dentro del sobre halló una revista de diseño en la que su asistente en Bolivia había señalado una página con un marcador. Nick abrió donde se especificaba y leyó el título de la nota con discreta inquietud.

«Una empresa que resiste a todo», leyó. El copete rezaba: «Constructora Lowenstein lanzará al mercado un nuevo y

revolucionario sistema
constructivo».

—Hijo de puta —masculló Nick—. No quiero pensar que es el mío.

—Se nos adelantó, Nick —exclamó la voz en el teléfono—. Y los japoneses ya no quieren invertir en algo que les traerá pérdidas.

Nick no se dejó avasallar por la información. A pesar del creciente odio que experimentaba por Lowenstein, serenó sus ánimos y suspiró.

—Está bien, Uyardo —replicó—. Ya se me ocurrirá

algo. Vos seguí como veníamos hasta ahora, no detengas nada.

Incluso antes de cortar la comunicación, Nick sintió que su teléfono celular vibraba en su saco. Pocas personas tenían acceso a ese número: Pablo, Fi, Patricia y Lavinia. Pensando que era ella, lo extrajo del bolsillo y miró la pantalla. Número restringido. Podía ser Lavinia desde un teléfono público o desde uno prestado. Atendió sin dudar.

—Para este momento ya

deben haberte llegado las buenas noticias —dijo la reconocible voz de Horacio Lowenstein del otro lado de la línea—. Quiero que sepas que como vos jodés a mi hija y a mi esposa, del mismo modo yo jodo tus negocios y a tu novia. Si todavía tenés dudas, podés venir al Hyatt. Estaré entrando con ella en... — miró su reloj pulsera— quince minutos.

Nick se quedó helado, con las palabras atragantadas. *Antes de ser tu esposa era la mía, pensó en relación con*

Patricia, vos me la quitaste primero, ahora asumí las consecuencias. Pero en lugar de eso, si tenía que elegir una sola cosa para hacerle saber a su enemigo antes de que el llamado acabase, era que no se atreviera a meterse con Lavinia. Eso fue lo que le salió del corazón.

—Si ponés un solo dedo encima a Lavinia...

Lowenstein cortó. No le dio tiempo siquiera a entender qué era ese misterioso «setenta y cuatro» que le pareció escuchar detrás de la voz del

hombre cuando le hablaba.

Horacio alzó su número con el celular todavía en la otra mano y se acercó a la empleada de la farmacia, sorteando el tumulto de gente que se agolpaba frente al mostrador.

Antes de subir otra vez al coche, preguntó al chofer si Lavinia había traído problemas, pero este le dijo que no, que ella no había intentado romper las puertas trabadas o golpear las ventanillas para que alguien la ayudara desde el exterior. Parecía tomarse las cosas

con una calma que asustaba. Al parecer ya se había dado cuenta de que él no era peligroso y de que no venían a cobrarle ninguna deuda, como había dejado notar al principio.

Horacio no pudo con su genio y sintió lástima. Pensó que la novia de un hijo de puta como Nicolás Hagen viviría en un palacete de Las Cañitas y que sería tan o más perversa que su propia esposa, pero a cambio se había encontrado con una modista que habitaba un barrio humilde y peligroso,

tanto como para que se pensara que la estaban secuestrando unos mafiosos.

En el interior del auto, Lavinia esperaba.

—Usted no viene por Josué, ¿cierto? —interrogó al verlo ocupar su asiento.

—En absoluto —replicó Horacio amablemente—. No tengo idea de quién es Josué, ni siquiera lo conozco.

—No se preocupe —respondió Lavinia—, no se pierde nada.

Horacio rió. La actitud relajada del hombre consiguió ablandar un poco

más a Lavinia, que va se había serenado cuando su secuestrador bajó a la farmacia para comprarle las medicinas en persona y encima no aceptó sus veinte pesos a cambio.

Horacio sintió lastima de arruinar la relación de Hagen con esa muchachita. No por ese pedazo de ególatra desalmado» sino por ella. Aunque, por otra parte estaba seguro de que le hacía un favor. Cualquiera que estaba cerca de Hagen era víctima de su egocentrismo. Eso lo

impulsó a seguir adelante y no llevarla al hospital o a su casa.

—¿A dónde nos dirigimos? —interrogó Lavinia a continuación.

—A un hotel —Horacio percibió la alarma en la muchacha porque encogió las piernas, por eso se apresuró a reponer—. No se preocupe, soy casado.

Lavinia enarcó las cejas.

—No creo que esa sea una garantía de nada —replicó.

—Para mí sí.

—¿Y qué le hace pensar que voy a entrar a un hotel

con usted? —preguntó ella con toda razón. Horacio suspiró. Se lo notaba abatido, triste, melancólico.

—Que su novio la engaña con mi esposa, quizás —respondió.

Lavinia bajó la mirada. Nick no la engañaba, no, él le había dicho que le era sexualmente fiel hasta la muerte mientras permanecieran juntos. Hacía apenas unas horas que lo había dejado, ¿podía acaso haberse acostado con una mujer casada y que su esposo se diera cuenta y

armara toda esa trastada para él en tan poco tiempo? Era imposible. Nick tenía que haberse acostado con esa mujer mucho antes de que ella lo dejara, quizás antes de ser su novio. Pero si había dejado de ver a la mujer de ese que ahora le parecía un pobre hombre destrozado por el amor no correspondido que sentía por su esposa, ¿qué sentido tendría que el marido tratara de darle una lección llevándose a su novia a un hotel?

Lavinia sintió asco por

Nick y pena por ese sujeto que pretendía asociarse a ella por despecho y por desesperación. Lo primero que pensó fue en negarse a la oferta porque a pesar de todo, amaba a ese déspota que había sido su novio y no quería hacerle daño, ni siquiera en su orgullo machista, pero dudó. Dudó porque quería deshacerse de él cuanto antes, arrancarlo de su corazón y darle una lección por todas las vidas que con su accionar Nick había arruinado, como la de ese sujeto que se presentaba

ante ella ahora.

—¿Con quién tengo el gusto? —preguntó alzando una ceja. El hombre extendió una mano.

—Oh, lo lamento, qué descortés que soy —se disculpó—. Horacio Lowenstein.

Ella sonrió y estrechó la mano que él le ofrecía.

—Lavinia Dickinson —se presentó.

—Sí... lo sé —dijo él—. No puedo creer que teniendo a su lado a una mujer como usted el idiota de Hagen todavía insistiera en

acostarse con la mía —
Horacio percibió el dolor
que sus palabras provocaban
en Lavinia, por eso calló—.
Discúlpeme de nuevo,
señorita Dickinson —
expresó respetuoso—, pero
él no merece su amor ni su
pena.

—¿Y su esposa sí merece
la suya?—replicó Lavinia.
Horacio suspiro.

—Tampoco.

—Entonces comprenderá
que nada se puede hacer
contra los sentimientos —
repuso ella con serena
resignación—. Uno lucha y

lucha pero ahí están, nos carcomen el alma y el cerebro.

Horacio asintió.

—¿Qué dice, señorita Dickinson? —indagó una vez que el coche se había detenido en la puerta del hotel—. ¿Acepta que pasemos unas dos horas conversando en un cuarto de hotel? No tenemos que hablar de esta situación, podemos conversar acerca de la vida, de lo que nos guste.

Lavinia suspiró, indecisa. Pensaba que Nick se sentiría

herido si sabía que ella se había internado en un hotel con otro hombre, lo cual sin dudas ocurriría. De lo contrario, ¿para qué querría ese sujeto entrar con ella al hotel y pasar allí dos horas, lo que pudiera durar una aventura? Era consciente de que Nick pasaría a verla como a una trepadora, como a las demás amantes que había tenido, y que eso destrozaría su imagen. ¿Qué importancia tema?, pensó. Nick no la amaba y si la veía entrar a un hotel con otro hombre solo sufriría en su

orgullo, no en sus sentimientos. Aun así, no resultaba suficiente. No quería herir a Nick ni en su orgullo ni en ninguna otra forma posible, de modo que haría lo que el tal Lowenstein le pedía solo por una razón valedera.

—Y dígame, señor Lowenstein. ¿Cree que esto podrá retener a su esposa a su lado? Porque si lo hace solo por vengarse de Nick...

—No —replicó él antes de que ella pudiera terminar la idea que expresaba. Bajó la mirada para confesar lo

demás—. Si le dijera que aun con lo perversa que ella es yo la amo... usted... ¿me creería?

¿Cómo no creerle, si a ella le ocurría lo mismo? El sentirse identificada con ese hombre la impulsó a tomarle la mano.

—Entonces lo hacemos —
consintió.

Nick merecía una lección, pensó Lavinia. No podía andar por la vida de la gente destrozando matrimonios como si fueran piezas de ajedrez. Sabía que elegía bien a sus amantes y según

las palabras del tal Horacio Lowenstein, su mujer era merecedora de un patán como Hagen, sin embargo, había un hombre detrás, un hombre que sufría por el engaño de su esposa tanto como ella por el desamor de Nick.

Nick vio a los ocupantes del vehículo porque la luz del sol los traslucía a través del vidrio polarizado. Apretó el volante tratando de sofocar el dolor que lo iba ahogando y esperó. Podía no ser Lavinia, podía ser una mujer parecida, porque ella

jamás lo engañaría con su peor enemigo.

Los vio descender del auto. Horacio rodeó la cintura de quien lo acompañaba. No cabía duda: era ella, con su rubio y largo cabello sujeto en una cola, con las delicadas prendas que confeccionaba rozando la mano de otro hombre, el peor con el que podía haberlo engañado.

¿Cómo era posible que todas las mujeres que le importaban acabaran engañándolo con Horacio Lowenstein? ¿Por qué él no

merecía más que traición y desprecio? No valía la pena comportarse bien con las mujeres porque todas eran iguales. Todas eran como Patricia y Lavinia.

Reparó en la bolsa de la farmacia, en las figuras que de espaldas se escurrían por la entrada del Hyatt. Se quedó allí, agazapado en su coche, hasta pasados al menos diez minutos de que entraran al hotel.

Quería asegurarse de que no se trataba de una entrada y salida ficticia, aunque lo dudaba. ¿Por qué podía

Lavinia hacer algo como eso? Ella lo había engañado sin pudor y sin lástima, tal como había hecho Patricia. Ahora comprendía por qué la distancia repentina, por qué la ausencia de explicaciones, y comprendió que la hubiera matado para que no lo abandonase, que moriría al no ser capaz de matarla.

En la habitación del hotel la cama estaba hecha y jamás se desarmó. Lavinia y Horacio se sentaron a una mesa donde había fruta y champán, pero aunque el

hombre sirvió ambas copas, ninguno de los dos bebió. Pasaron un rato así, en silencio, hasta que decidieron hablar al unísono. La coincidencia los hizo reír.

—Usted primero —le dijo él.

—Le cedo el honor —replicó Lavinia con la misma amabilidad.

—Las damas primero —bromeó el hombre. Ella asintió agradecida.

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó entonces.

—¿Qué cosa?

—Lo de su esposa.

Horacio pareció triste. Suspiro, miró el cielorraso echando la cabeza atrás y después volvió a mirar a Lavinia.

—No lo descubrí, pero lo sé —contestó. Tema los ojos cansados.

—No entiendo. Si no lo descubrió, ¿qué le hace pensar que es la amante de Nick?

Ahora ambos lucían preocupados, taciturnos, asociados por una misma causa: el amor a un ser indiferente a ellos.

—Si se lo dijera, Lavinia,

moriría —replicó él—. Usted está enamorada de Hagen, se nota en su mirada cuando algo hace referencia a él.

Lavinia disintió.

—Que esté enamorada no significa que no tenga bien en claro quién es Nick —replicó. Horacio enarcó las cejas.

—¿Y quién es Nick? —indagó.

—Un hombre atado a su pasado —explicó ella con sinceridad—. Conserva fotografías de su ex esposa en su departamento, eso

debería dejarlo tranquilo respecto de la suya. Nick no tiene ojos para nadie más que su ex mujer —bajó la mirada—. Por ella él no tiene corazón siquiera para mí.

Lavinia no tenía idea de la destrucción moral que sus palabras producían en el hombre, que no pensaba decirle que la ex mujer de Nick a la que ella se refería no era más que su propia esposa. Nada de ese dolor se evidenció en sus facciones contraídas.

—¿Y quién es Nick para

usted? —interrogó ella a continuación.

—Un idiota —replicó él devolviéndole la honestidad—. No puedo entender cómo teniendo a una mujer como usted insiste con la mía, que es mala y egoísta; perversa como pocas.

—Le agradezco la cortesía —respondió Lavinia con una sonrisa—. Permítame decirle que su esposa también es una idiota. Desperdiciar el amor de un hombre como usted...

—Patricia es lo más lejano a una idiota —repuso él.

—No, además de idiota es... —Lavinia se interrumpió. No quería herir a Horacio todavía más. Decirle que su mujer era una puta habría sido lo mismo que decir que Nick era un perverso.

—¿Qué es? —interrogó el hombre, pero Lavinia no se atrevió a responder.

—Olvídelo, señor Lowenstein —pidió—. Ahora dígame eso que iba a decirme cuando me cedió el turno de habla.

Horacio sonrió con pesar.

—Iba a ofrecerle un vaso

de agua para que pueda tomar los remedios. Espero haber comprado lo que corresponde para la fiebre y para las anginas.

Lavinia le devolvió la sonrisa.

—Se lo agradezco.

Las dos horas se extendieron porque se sentaron uno a cada lado de la cama, encendieron el televisor y vieron juntos Cumbres borrascosas en su versión de 1939. Coincidieron en que ambos eran expertos conocedores de esa película y gracias a

ello pudieron discutir escenas y hacer comentarios respecto de la trama sin rozarse un cabello y casi sin siquiera arrugar el cobertor.

Acabada la sesión de cine, Horacio llevó a Lavinia hasta su casa y la despidió en el interior del auto.

—¡Cómo Hagen puede no amar a un ángel como vos!
—exclamó el hombre tomándole las manos.

—Del mismo modo que usted no podría —replicó ella con pesar—, porque ama a otra. No se preocupe, señor Lowenstein, estoy

segura de que su esposa comprobará que Nick apenas tiene corazón para su ex mujer y regresará a sus brazos. Se lo garantizo.

Horacio suspiró. De cumplirse lo que Lavinia presagiaba, ambos perderían a sus personas amadas, pero no se lo dijo por piedad o por temor.

Se despidieron y Lavinia entró a su departamento. Por suerte no había rastros de Josué. Repuesta momentáneamente gracias a la medicación que Horacio Lowenstein le había

comprado, se sentó delante de la máquina de coser y siguió trabajando para intentar cobrar algo más que los veinte pesos que tenía. Mientras daba puntadas recordaba el encuentro que habían mantenido. Se sentía orgullosa de lo adulta que había sido respecto del dolor de jamás tener a Nick y de su solidaridad con aquel hombre que tan bien la había tratado. Casi tanto como la trataba el que ella amaría hasta que sus fuerzas se lo permitiesen.

O

Nick trabajó encerrado en su oficina hasta tarde. Parecía una máquina imparable y Fi pensaba que se debía al disgusto que se había llevado con su proyecto secreto. Era un lunes abrumador en el que se había dado cuenta de que su confianza había sido traicionada por segunda vez en su vida. Lowenstein también le había robado su proyecto, pero de un enemigo era lo esperado, incluso podía esperarlo de Patricia, en cambio de

Lavinia...

Trató de concentrarse en el proyecto de los Emiratos Árabes Unidos, que le otorgaría mayor riqueza y renombre. Era un buen salto para su compañía y para su apellido, que era el de su madre. Desconectó el teléfono y pidió a Fi que no lo interrumpiera por nada del mundo. Trazó dibujos a mano alzada probando si sus ideas eran lo suficientemente buenas como para aceptar el proyecto, pero nada lo conformaba. Cuando acabó dándose por vencido, lo

rodeaba un cúmulo de papeles abollados alrededor de su silla. Anocheceía y ni siquiera se había molestado en cerrar las cortinas del ventanal. Un ventanal más grande que el que su padre tenía detrás cuando él lo visitaba en su oficina, por el que se podía ver media ciudad.

Lavinia... Lavinia lo había traicionado de un modo mucho más cruel que Patricia. Lo había estafado, porque cuando Patricia se había ido con Lowenstein, este solo era su competencia,

en cambio ahora era su enemigo. Preso de ese rencor, corrió al bar.

Aunque pasó varios semáforos en rojo, como si su vida no valiera nada, el camino se le hizo interminable. Tenía entre manos las graves pérdidas económicas producidas por el robo de su invento y quizás Lavinia había colaborado también con eso. Sin embargo, ese problema le importaba muy poco frente al vacío espiritual que volvía a abrirse en su interior al saber que Lavinia

era la amante de quien le había robado a su esposa, que todo había terminado, y que cada vez que confiaba el alma a alguien acababa herido.

En el bar eligió un rincón oscuro y oculto de miradas indiscretas, pero desde donde la música sonaba a volumen muy alto y podía ver el salón y la puerta de entrada.

—¡Señor Hagen! — exclamó el camarero acercándole un menú—. Tanto tiempo.

—No hace falta —lo

rechazó él—. Empiezo con un whisky doble.

Tal como anunció, Nick comenzó con un whisky doble, pero conforme fueron pasando las horas, una variada cantidad de tragos desfiló por sus manos y por su boca. Escudriñó largo rato a las mujeres del salón. Algunas lo miraban, otras se hacían las interesantes, pero ninguna lo conformaba. A las dos de la madrugada, hizo un llamado telefónico.

—Roberto.

—¡Señor Hagen! —replicó la voz en el teléfono—.

Tanto tiempo sin saber de usted.

—Quiero que me envíes una mujer al bar —la voz de Nick sonaba distorsionada por el dolor y la bebida que había consumido, más de lo que podía soportar—. Pero escúchame bien —ordenó—. Tiene que ser rubia, preferentemente la quiero de ojos verdes. No, tiene que tener los ojos verdes. Delgada y blanca. Muy blanca. También vestida de blanco.

—Sí, creo que puedo cumplir con eso —indicó el

regente del prostíbulo de categoría al que Nick llamaba cada tanto.

—La quiero dulce e inocente —siguió diciendo Nick—. Delicada, cándida y joven.

—Un ángel —bromeó el otro.

—Una puta —repuso él con el tono áspero de los desengañados. No había ángeles entre las mujeres. No había mujeres después de Lavinia.

Cortó. Como su mente continuaba pensando en Lavinia, y el dolor, en lugar

de desaparecer, se hacía cada vez más fuerte, pidió otros dos tragos hasta que el mareo y las náuseas lo dejaron con la frente apoyada en una mano y el codo sobre la rodilla. Pasó un rato así, internado en su propio mundo, hasta que presintió algo. Entonces se irguió despacio, como se movía desde que estaba ebrio, y en ese instante un estridente color rojo lo cegó. Su mirada se encontró con Patricia, que le sonreía de piernas cruzadas, sentada en la mesa ratona.

—Sabía que te encontraría en este bar —dijo con gesto triunfal.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó él con voz áspera.

—Ah, vine a reconstruir mi tabique nasal —replicó ella con desdén—. ¿O te referís al bar?

—Ya dijiste qué venías a hacer al bar.

—¿Y qué dije, Nick? —interrogó ella cual maestra de escuela seduciéndolo.

—Que viniste a buscarme —arriesgó él. Ella negó con el dedo a la vez que chasqueaba la lengua y

movía la cabeza en gesto negativo.

—Que supiera que te encontraría acá no quiere decir que haya venido por vos —se le rió en la cara—. ¡A y, Nick! Cambiaste, sí, por un momento creí que mucho, pero en el fondo sos el mismo de siempre —se acercó a su boca—. Un niño. Pero me gustás. ¡Dios, me gustás mucho!

Aturdido como estaba, Nick apretó las mejillas de Patricia entre los dedos hasta arrugarle la boca y le asestó un beso sobre los dientes.

Inundó la cavidad femenina con su lengua húmeda de alcohol y de lágrimas que no dejaba caer, que le oprimían el pecho como dagas, pero siempre a escondidas. Patricia respondió al beso con pasión y desenfreno. Así le gustaba Nick, mucho más que antes. Así era como a ella le divertía.

De pronto él la soltó. Giró la cabeza bruscamente y vomitó. Patricia hizo una mueca de asco, pero no se movió de la mesa ratona que le servía como asiento. Una rubia de cabello largo

vestida con un pantalón blanco y una remera roja se les acercó.

—¿Señor H? —preguntó. Nick alzó la cabeza y estudió a la prostituta con desencanto.

—Dije que la quería vestida de blanco —espetó.

—Tengo la *colaless* al tono —indicó la muchacha con voz libidinosa. Patricia soltó una sonora carcajada que sobrepasó el nivel de la música, que en ese momento estallaba al ritmo de *Insomnia*.

Nick comprobó que ni

siquiera con dinero podía comprar una belleza pura y digna como la de Lavinia. Observó que la muchacha se sentaba a su lado en el sillón, y de haber podido se habría alejado de ella como de un fantasma.

—Así que vamos a hacer un trío —comentó la chica viendo a Patricia—. Eso no me lo avisaron.

—¿Cómo crees? —se burló la otra con el tono más despectivo que encontró a su alcance. ¡Venir a confundirla con otra prostituta!

—Bésame —ordenó Nick. La joven, obediente, le hizo el gusto. Para eso la habían contratado. Una vez que se separaron, se pasó las manos por los labios.

—Qué gusto raro —masculló—. ¿Qué es?

—Un nuevo licor —respondió Nick sin hacer referencia al vómito. Patricia soltó otra carcajada. Con esa maldad, inusual en él, Nick le pareció mucho más atractivo que nunca.

Media hora después, él tuvo a la rubia en el cuarto del hotel y solo se preocupó

por arrojarla sobre la cama. Resultaba evidente que había bebido de más, pero ella, acostumbrada a su labor, permaneció en su lugar. Nick se quitó el saco del traje y lo arrojó sobre una silla. Después se estableció sobre el cuerpo delgado y pálido de la prostituta, tan distinto del que había perdido. Comenzó por besarle el cuello y mientras hacía eso le presionó con fuerza un seno. Ella emitió un suave quejido. El aflojó la mano. Podía controlar su odio, se

dijo. Tenía que hacerlo, la mujer no era culpable de nada.

Todo se descontroló cuando ella le introdujo los dedos dentro del pantalón y pretendió manipular sus genitales. Que quisiera masturbarlo rompió con la fantasía que Nick pretendía crear en su mente turbada, entonces la odió. No era cándida ni inexperta, era una puta. Él había dicho la palabra al teléfono, pero claramente había pedido todo lo contrario. ¿Qué pretendía que le enviaran de

un centro de consortes?

Se apartó de ella violentamente.

—¿Qué hacés? —la regañó—. Dije que te quería inexperta.

—Puedo ser lo que quieras —intentó conformarlo ella, pero Nick no se dejó engañar.

—No —dijo—. Esa actitud también es de puta —masculló y se puso de pie tambaleándose. La chica rió—. ¿De qué te reís? —le gritó él—. ¡Contestá! —ella lució confundida. Frunció el ceño, temerosa. A Nick no le

importó, tampoco se había dado cuenta del efecto que causaba en la muchacha—. ¿Qué sos, la más barata?

Ofendida, la chica se puso de pie y recogió su ropa. El cliente se había puesto violento y temía que la cosa se complicara.

—Estás loco —le espetó con ira contenida.

—¿Y vos? —le preguntó él dejándose caer sentado sobre la orilla de la cama—. ¿Te gusta hacerlo con cualquiera? ¿Te creés bonita por eso? ¿Te creés mujer?

—¡Soy una mujer, hijo de

puta! —bramó ella colocándose torpemente los pantalones. Nick soltó una carcajada de esas que siempre se le escapaban a Patricia.

—Vos sos una puta — replicó con voz poderosa—. Pu-ta. Y no valés nada. Te usan y te desechan como a un preservativo. ¿Te gusta sentirte eso, una basura?

—Andate a la mierda —lo insultó ella antes de salir por la puerta lo más rápido que pudo.

Nick la vio desaparecer, vio la puerta cerrarse con un

golpe seco y los recuerdos volver. No había modo de arrancarlos de su mente, no existía medio para desterrarlos de su corazón.

Se miró las manos sudorosas. Temblaban al igual que sus labios; los ojos enrojecidos, cansados de contener el llanto. Tragó con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta y descubrió que le costaba respirar.

—Perdón —susurró sabiéndose un monstruo, aunque era consciente de que la prostituta ya no lo oía

—. Perdóname, por favor...
Vos no tenés la culpa.

Con buena suerte consiguió llegar a la recepción del hotel y hablar al recepcionista.

—Encuentre a alguien que me lleve a casa, por favor — pidió.

Entró a su departamento a los tumbos. Al pasar junto a la barra del living, recogió la botella de vodka y se internó en su habitación.

Fi lo presentía. Le bastó abrir la puerta del departamento de Nick para

sentir el olor a encierro que impregnaba la casa y el calor del verano anclado en las paredes. El sol se filtraba por las ventanas cerradas, por eso todo estaba en penumbras. El olor y la temperatura se hacían insoportables, crecían a medida que avanzaba hacia el cuarto.

Tal como había pensado, allí estaba Nick, tendido en la cama. El aire acondicionado no estaba encendido, sin embargo se había cubierto con las sábanas, la frazada y el

cobertor de invierno hasta pasar la cabeza, como un cadáver en el infierno. El calor resultaba agobiante, él lo producía. Fi se sentó a su lado, sabía que estaba despierto.

—¿Estás enfermo? — preguntó, aunque conocía la respuesta. Él nunca se enfermaba—. ¿Por qué no fuiste a trabajar? Plantaste al señor Ferreira. Gracias a Dios el viejo te adora y esperaría por vos hasta el fin del mundo —no obtenía respuesta—. Nick —intentó descubrirle el rostro, pero él

sujetaba con fuerza su escondite—. ¿Estás enfermo? Háblame, por favor.

Fi fingió que se había cansado de tironear de las frazadas y aflojó la tensión. Al percibir que Nick había hecho lo mismo del otro lado, jaló con fuerza y lo descubrió bañado en lágrimas, acurrucado como un niño, tembloroso y destruido. Al verlo así el corazón se le anudó, la pena le estrujó la garganta.

—¿Qué pasa, hijito? —le preguntó con infinita ternura

al tiempo que le acariciaba el cabello corto. Nick lloraba hundido en un mundo de pesares, en su verdadero mundo, tal como una vez lo había visto llorar por su madre—. Decime lo que te pasa, por favor —suplicó.

—Andate, Fi —respondió él. Casi no parecía su voz.

—No, no me pienso ir hasta que me digas qué te tiene así hoy.

—Quiero estar como siempre —pidió él—. Solo.

—¿Te sentís solo? —interrogó ella—. Sé que no soy mucho, pero estoy acá,

con vos.

—No me quieren, Fi —se quejó él—. Ni siquiera ella me quiere.

—¿Ella? ¿Patricia? —por la inmovilidad de Nick, Fi supo de inmediato que el problema no era esa mujer, entonces arriesgó—: ¿Lavinia?

Nick no fue consciente de que se largó a llorar todavía con mayor vigor. Extendió un brazo hacia el costado de la cama y pretendió asir la botella de vodka que había dejado allí, pero Fi se lo impidió.

—Te quiere, Nick —
afirmó—. Yo sé que te
quiere —él insistía para
tomar la botella—. ¡Deja
eso, por favor!

Nick apartó a la mujer con
suavidad pero con
determinación y se sentó en
el borde de la cama. Estaba
en calzoncillos, hasta
parecía temblar de frío
cuando allí hacía un calor de
mil demonios. Se cubrió el
rostro con las manos.

—¡Él me robó otra vez! —
gritó antes de volver a hablar
en susurros—. No puedo
contra él como no puedo

contra nadie. Ellas lo prefieren, ellas me rechazan.

—¿De qué estás hablando, mi cielo?

—¡De Lowenstein!

Fi soltó una risa suave y amarga.

—¡Ah, Nick! —exclamó—. Dudo mucho que Lavinia pueda engañarte con Lowenstein como lo hizo Patricia. ¿De dónde sacaste eso?

—Los vi... —masculló él—. Los vi con mis propios ojos.

Fi enarcó las cejas.

—Sería una tonta si hiciera

algo así.

—Es mi culpa —aseguró él.

—¿Tu culpa? —repitió la mujer—. ¿Por qué podría ser tu culpa?

—¡Porque soy un mediocre, por eso! —afirmó—. Porque no soy nada, porque no sé dar amor...

—¿Qué decís? —lo regañó ella con una mano sobre su hombro. Sentía tanto dolor por Nick que podía echarse a llorar también—. Nunca vi a alguien amar tanto como a vos.

—Soy un mediocre, Fi —

repetió él tratando de respirar —. Mediocre para estudiar, mediocre para trabajar, mediocre para vivir...

—Estás loco, ¿lo sabías?
—le espetó la mujer, enérgica—. ¿No ves todo lo que conseguiste, todo lo que es tuyo?

Nick se pasó el transpirado dorso de la mano por la nariz y volvió a dejarla caer sobre su pierna como una parte muerta de su cuerpo.

—No tengo nada... —lloró—. Yo no soy nadie...

—Eso no es verdad —lo corrigió Fi—. Y todo lo

hiciste con tus propias manos, con tu inteligencia y tu fuerza de espíritu.

—No soy nada —se lamentó él—. No sé hacer nada bien.

—Eso no es cierto —insistió ella—. Todos estamos tan orgullosos de vos...

Nick alzó una ceja casi sin fuerzas, sin esperanzas.

—¿Y quiénes son todos? —ironizó al tiempo que levantaba la cabeza. Su mirada causó escalofríos a Fi. Él tenía los iris grises azulados por el llanto, el

rostro mojado de sudor y agua que resbalaba de sus hermosos ojos, se deslizaba por sus mejillas y acababa en el vacío—. ¿Vos? ¿Mi mamá? ¡Mi mamá! — exclamó al tiempo que volvía a esconder el rostro entre las manos—. ¡Quiero a mi mamá, Fi! ¡Quiero a mi mamá conmigo! ¡Lo que daría por poder abrazarla! ¿Por qué me dejó solo? ¿Por qué le hice tanto daño?

Fi lo estrechó entre los brazos como al hijo que jamás había tenido. Lo besó en la cabeza y lo protegió

con su amor hasta que sintió que podía hablar sin estallar en llanto.

—No digas que le hiciste daño —reclamó llena de dolor. A ella también le costaba recordar a su amiga sin sufrir su falta—. Fuiste la felicidad de su vida y merecés encontrar la tuya, porque sos hermoso. No sabés lo bien que tu madre me hablaba de vos. Te amaba y por eso sé que sanará tu alma desde dondequiera que esté. Fuiste un hijo excepcional y tenés el corazón más grande y

sensible que yo jamás haya visto.

Hacía mucho tiempo que Fi no lo encontraba tan deprimido. Aunque solía tener altibajos anímicos y episodios de llanto, la última vez que lo había visto en tanto desconsuelo había sido cuando su madre había muerto. Porque cuando Nick sufría, se acordaba de todas sus penas juntas.

A eso de las dos de la tarde logró convencerlo de que dejara la cama y se sentara a la mesa de la cocina. Le preparó un

sándwich, pero él no probó bocado. Le partía el alma verlo allí sentado, con la mirada enrojecida y extraviada en la mesa, el bello rostro cubierto de una tristeza profunda e inagotable.

—Ni siquiera él me quiere —comentó en susurros. Fi, de pie con la cola apoyada en la orilla de la mesada y los brazos cruzados delante del pecho, supo que ahora Nick pensaba en Octavio.

—Te quiere, Nick —replicó—. A su manera, pero te quiere.

—¡Qué manera de querer!
—ironizó él. Después la miró—. ¿Será que yo también solo sé querer así?

—Vos no sos como él — intentó convencerlo la mujer —. En relación con Octavio, tenés que pensar que no todos tienen la misma capacidad de querer.

—No es casualidad que nadie tenga esa capacidad para quererme a mí.

—Yo te amo, Nick — respondió Fi, casi molesta por la negación de Nick—. Pablo te quiere, tus alumnos te admiran, todos te quieren.

Tu madre te amó.

Él alzó un dedo y dejó de mirarla.

—No es lo mismo admirar que querer, ni querer que amar —repuso antes de humedecerse los labios enrojecidos—. Es mi propio padre y no me quiere.

—¿Y porque él supuestamente no te quiere nadie puede hacerlo?

—Yo no tengo la capacidad de hacerme querer.

—¡Ah, Nick! —reclamó ella con ímpetu y se acercó a la mesa, donde apoyó ambas

manos para hablarle cara a cara—. ¿Pensás que yo no te quiero?

—No.

—¿Entonces?

Nick tragó con fuerza. La miró. Los ojos cargados de largas y gruesas pestañas volvieron a llenársele de lágrimas.

—Pienso que algún día también me vas a faltar vos —dijo—. Y entonces me quedaré todavía más solo.

El corazón de Fi volvió a estrujarse, le humedeció los ojos y la impulsó a abrazarlo. Él se prendió a la

cadera de la mujer para ocultar su rostro mojado.

—Siempre habrá alguien para quererte, Nick, siempre —le prometió Fi.

—Si yo no puedo amar, ¿cómo alguien puede amarme a mí? Solo mi madre y vos... ni siquiera yo mismo me quiero.

—No digas eso, Nicky, yo no soy lo único que tenés. Tenés una vida, ¿te olvidás? Tenés amigos, clientes, mujeres... —Nick dejó escapar un sonido parecido a una risa de burla. Fi comprendió lo que él

pensaba enseguida—. Ya lo sé, sé que ninguna es la que querés, pero no siempre en la vida obtenemos lo que deseamos.

—Yo no obtengo nada.

—Creo que no valorás todo lo que has conseguido, que es más de lo que cualquiera se atrevería a soñar.

—¡No lo quiero!

Fi ya lo sabía. Nada de todo lo que Nick tenía lo llenaba por completo, ninguna de esas cosas podía sanar un corazón que venía sufriendo y padeciendo

desde que era muy chiquito. Por eso no pudo responderle más que dándole un beso en la cabeza y con más caricias.

—¿Qué hice mal, Fi? —le preguntó él—. ¿En qué me convertí?

—Este es un mundo cruel y mucha de la gente que lo habita es perversa, Nick. Vos no hiciste nada malo, absolutamente nada. Y sos bueno y hermoso.

Nadie apostaría jamás que Nick había pasado el martes en su casa, con la sensación de que había muerto en vida y con su secretaria como

única compañía. Como alguien lo había visto en el bar, todos pensaron que su noche de juerga le había costado el martes y él se esforzó porque ese pensamiento se reprodujese. Nadie apostaría nunca que Nick, el gracioso, el desenfadado y exitoso empresario, entraba a veces en esos estados depresivos de los que le demandaba bastante tiempo salir. Solo Fi conocía esa verdad y las que se ensañaban con él cuando el ruido se debilitaba y el silencio lo abatía.

¿Quién soy?, se preguntó
antes de quedarse dormido.

Nadie.

Capítulo 22

A pesar de que la parte más grave del episodio disminuyó el martes por la noche, la búsqueda de respuestas no cedió. Nick todavía se preguntaba en qué había fallado, cómo había podido dejarse engañar por una mujer otra vez. Primero Patricia, ahora Lavinia. Ninguna valía la pena. Sin embargo, aunque intentara dejar de sentir, pensaba todo el tiempo en ella, en lo

buena actriz que había sido, en lo estúpido que había sido él.

Lavinia era mucho peor que Patricia, pensaba Nick, porque al menos su ex mujer no ocultaba su verdadera personalidad. Se mostraba tal cual era, no le importaba ir de una cama a la otra y no fingía que era buena y cándida. Era simplemente una puta.

Ese pensamiento le heló la sangre. Patricia era su esposa, él le había prometido amarla para siempre y se estaba dejando engañar por

una mentirosa como Lavinia. ¡Y él, que la había creído una víctima de su egocentrismo y resentimiento!

No se podía confiar en las personas. La gente era perversa y se valía de las debilidades de los otros para prevalecer, por eso había que mostrarse siempre firme, siempre soberbio y feliz. Como Octavio y Patricia, que conocían sus puntos débiles para humillarlo, ahora Lavinia tenía el mismo poder, y él se arrepentía de haber sido tan

tonto de otorgárselo. Era su culpa, su entera culpa, pero aun así no alcanzaba a explicarse cómo o por qué ella lo había traicionado. Solo se tenía a sí mismo.

Su madre le había aconsejado que no pidiera tantas explicaciones a la vida, pero en este caso... en este caso las necesitaba.

Se refugió en el trabajo. Confirmó su participación en la construcción del parque de diversiones sobre hielo en los Emiratos Árabes Unidos y esa chispa encendió un instante de

olvido en él, aunque duró lo que un suspiro. Todos se daban cuenta de que Nick andaba en otro mundo: estaba triste, se le notaba en la cara y en la liviandad de sus movimientos. Casi parecía que había muerto alguien.

O

El miércoles por la mañana, Lavinia gastó los veinte pesos que le habían quedado de las medicinas que pagó Horacio Lowenstein en hilo y puntilla para un trabajo. Por

la tarde visitó la feria americana para ver si habían vendido sus blusas, pero la noticia fue negativa. Entonces recorrió algunos locales más, en los que hasta se negaron a recibirla.

¿Cómo iba a progresar alguien si ni siquiera le daban una brecha de dónde renacer? Si Nick había sido repartidor de pizza y ahora era un gran constructor, debía existir una manera. Quizás se tratara de que Nick apuntaba alto sin importarle cuánto le costase llegar a la cima. En cambio

ella volaba bajo, jamás se había propuesto alcanzar la cumbre de la montaña, porque su resignación por la base del cerro siempre prevalecía.

Lavinia descubrió que estaba pensando de nuevo en Nick y se maldijo por hacerlo. Él no la había molestado más, tal como ella le había exigido. Posiblemente ya hubiera visto las pruebas de que andaba con Lowenstein y la odiase por eso, además de porque ella había acabado con su orgullo de ser el que

siempre dejaba a las mujeres. En venganza por eso y para demostrarse que él seguía teniendo el poder, estaba segura de que se había ido de putas. Ahí quedaba todo lo fiel que Nick podía ser.

Pero aun a pesar de todas esas cuestiones, a veces se arrepentía de haberlo dejado. Lavinia suspiró, relegando aquel sentimiento. No podía vivir sin amor y no era justo que Nick viviera sin amar. Que volviera a las putas o a su ex mujer, pensaba. Si en realidad lo amaba, dejarlo ir

era lo mejor que podía hacer por él.

Se ocupaba de agrandar la cintura de un pantalón. Volvió a pincharse el dedo, como le sucedía desde que pasaba el tiempo pensando en Nick, y se lo llevó a la boca. El sabor de la sangre le recordó la noche en que él había ido a buscarla, y casi se le escapó una lágrima. No tenía que llorar, se dijo. Había tomado la decisión correcta. ¿Hasta cuándo iba a condenar a Nick a vivir en su fantasía de princesa de cuento de hadas?

Se dispuso a seguir cosiendo, pero el teléfono interrumpió su tarea.

—¿Con Lavinia Dickinson? —preguntó una voz—. ¿Usted dejó un curriculum como taller de costura hace más o menos un año? —Lavinia tragó con fuerza. Se había puesto nerviosa.

—S... sí —balbuceó.

Por aquel entonces trabajaba con Tamara, ahora tendría que hacerlo sola, pero solo Dios sabía que lo intentaría porque necesitaba un trabajo más estable. Las

fábricas que enviaban material a los talleres de costura no lo eran, la cantidad de trabajo que tuviera dependía de la época del año y de lo que hicieran los demás talleres. Cuando buscaban a alguien nuevo generalmente era para un trabajo temporario porque los de siempre no daban abasto con la producción que necesitaban, pero aun así era una gran oportunidad. Si veían lo bien que ella trabajaba, si era puntual en la entrega y prolija, esto es, que no tenían que devolverle

nada porque quedaran
inconformes con la
confección, podía
convertirse en un taller real,
en uno de los que la marca
preferiera.

—Queremos que haga una
muestra de trabajo. ¿Podrá
enviar a alguien a recogerla
y entregarla para mañana?
Se le abonarían las diez
camisas que haga.

Lavinia asintió. Quiso
ocultar su entusiasmo, pero
le fue imposible. Dijo que ya
enviaría a alguien a buscar
los materiales y que llevaría
de regreso las prendas al día

siguiente. Le indicaron por quién preguntar y ella salió corriendo. ¿A quién iba a enviar, si su taller de costura era unipersonal?

Regresó a casa con la esperanza depositada en las diez camisas femeninas que debía confeccionar como muestra para el día siguiente, ordenadas por una de las marcas más importantes del país.

Permaneció en la mesa del comedor cortando las telas hasta que sintió hambre. Se le ocurrió mirar el reloj de pared y descubrió que eran

las diez y media de la noche y no había comprado nada para comer. Fue a la heladera, sobre la cual tenía su latita con algunos billetes que había comenzado a guardar para pagar el alquiler, pero al contar el dinero descubrió que no le alcanzaba para nada. Sin negocios abiertos a esa hora donde poder comprar aunque fuera una golosina y mucho menos poder pedir comida afuera, revolvió las alacenas. Entre latas de tomates y una botella de aceite con los que no podría

hacer mucho, encontró una caja de cereales abierta que había vencido el día anterior. Había quedado allí de cuando Héctor vivía con ella, pero desde que estaba sola se las arreglaba con cualquier cosa. A veces se saltaba una comida, pero por correr a buscar las camisas tampoco había almorzado y sentía hambre. Se las arreglaría con las Zucaritas.

Mientras comía uno que otro cereal azucarado, recortaba y armaba las camisas. A las once de la noche, resonaron fuertes

golpes a la puerta. Lavinia alzó la cabeza hacia el reloj y de inmediato sintió un destello de luz en su interior que se opacó por un intenso temor. Primero pensó en Nick, pero aunque ese horario se había convertido en algo significativo para ellos, él no golpeaba de forma tan violenta. Josué se había atrasado en ir a buscar el dinero, Lavinia había llegado a pensar que quizás hasta estuviese muerto, y aunque le apenaba porque era un ser humano que merecía una oportunidad

como todos, no podía negar que muchos de los problemas de su familia se hubieran resuelto si él desaparecía de sus vidas.

Con miedo y con precaución se acercó a la puerta, donde resonaban nuevos golpes. Tal como se había prometido, esta vez Josué no la encontraría desprevenida, por eso se preparó mentalmente para la defensa.

—¿Quién es? —preguntó.

No pudo reaccionar. Un golpe sobrehumano abrió la puerta de un sacudón,

arrojándola hacia atrás. Se dio cuenta de que había cerrado los ojos porque de pronto los abrió y todo lo que vio fue la puerta cerrada como fondo del rostro feroz de Nick. Al parecer él la había tomado por la cintura para que no se cayera por la fuerza del golpe y la velocidad del movimiento con que la arrastró hasta dejarla contra la pared. Como cuando hacían el amor, había amortiguado el golpe con su antebrazo para no lastimarla.

Parecía que iba a matarla y

Lavinia no se defendió, pero a cambio él habló con un tono de voz tan rígido que casi parecía otro hombre.

—Te pregunté si había algo para decirme, Lavinia, y no lo hiciste —le espetó tan cerca de su rostro que podían respirarse, tan cerca de sus labios que apenas se atrevía a mirarlos. Hablaba con esa voz fuerte, poderosa y ronca que a veces escapaba de su alma enardecida.

—Nick —intentó hablar ella, pero él no se lo permitió. Terminó de

acorrallarla entre la pared y su pesado cuerpo y la apretó contra su pecho, como si deseara introducirla en su interior para que no se escapara, para que no se fuera de su vida como antes su cabello se escurría por sus dedos.

—¿Por qué pretendías dejarme como ella, sin decirme que me engañabas a la cara? —reclamó con voz ahogada—. ¿Acaso es eso lo que yo provocho en ustedes, engaño y silencio? ¿Eso es lo que merezco?

Lavinia no tenía idea de

qué le hablaba Nick. Posiblemente hubiera recibido las pruebas de Lowenstein. Sí, tenía que ser eso lo que lo traía tan irreflexivo, pero no llegaba a comprender lo de la otra mujer.

—Nick, no estás escuchando —intentó, pero otra vez él la interrumpió.

—No, vos me vas a escuchar a mí. Sos una cobarde y una mentirosa. Jamás lo hubiera pensado de vos.

—Escúchame, por favor —suplicó ella con ojos

angustiados. Nunca había visto a Nick un desencajado, tan herido. ¿Tanto valía su orgullo? ¿Tanto valía su hombría?

—¡No! —gritó él en respuesta. El poder innato de su voz hizo temblar a Lavinia—. Y si te lo preguntás, sí, estoy herido.

—¡En tu orgullo! —replicó ella en un grito de enfado.

—¡En mis sentimientos! —le recriminó él.

—No puede herir tus sentimientos alguien a quien no amas. Solo hiere tu

orgullo, pero sos tan soberbio que ya ni siquiera notas la diferencia.

Nick ignoró todo eso. Lo ignoró porque no iba a responder lo que ella quería.

—¿Por qué con él? — preguntó a cambio en susurros—. ¿Por qué si es viejo y desleal y se roba las mujeres de otros? ¡Quizás hasta le vendiste mi proyecto!

—¿Qué? —ahora sí estaba completamente perdida en las insinuaciones del hombre—. ¡Estás fabulando!

—¿Que estoy fabulando?

—le preguntó él acercándose peligrosamente a su boca. Los ojos se le habían transformado en dos hoyos profundos por los que se vislumbraba el alma turbada y sola—. ¿No me vas a preguntar cómo supe que me engañabas?

—Si escucharas, sabrías por qué no lo hago —replicó ella, aunque cada palabra de Nick la hacía echarse un paso más atrás de decirle la verdad. ¿Tenía sentido sanarle el orgullo herido? No, que aprendiera la lección de que no todo

respondía a sus caprichos.

—No hay nada más que hablar, Lavinia, ya estás muerta para mí. Nick se volvió hacia la puerta. Se iba. Lavinia pensó que debía dejarlo ir y, de ser por las palabras que él había articulado, lo habría hecho, pero sus ojos se lo impidieron. Lo tomó del brazo intentando retenerlo. Él se volvió violentamente.

—¡No me toques! — bramó. La sensación que le había producido la actitud de Lavinia al pretender retenerlo había sido tan

intensa que temía no poder controlarla, por eso volvió a arrinconarla contra la pared, y ella se dejó arrinconar—. ¡Me mentiste! —recriminó.

—Sos orgulloso y engreído —comenzó ella. Él la interrumpió.

—¡Y vos una cualquiera! ¡Hasta te dejás comprar los remedios! ¿Qué más te compró Horacio Lowenstein? ¿Así es como te paga? ¡Pedile más, Lavinia! ¡Vos valés mucho más que unos remedios y un rato en un hotel de lujo!

Eso no se lo iba a permitir.

Lavinia sabía muy bien la diferencia entre ser una cualquiera, como eran las amantes de ese que la acusaba, y ser una prostituta, como era su hermana. Sabía la diferencia entre ser estúpida y estar desesperada. ¡Y por Dios que sabía la diferencia entre ser honesta y ser desvergonzada!

—Te creés que soy como tus amiguitas —murmuró para sí con enfado, mirando los zapatos brillosos y caros de Nick. De lo contrario, tenía que darle una bofetada.

—¡Me traicionaste! —la

acusó él.

Lavinia elevó la mirada. En sus pestañas tiritaban las lágrimas. Le temblaban las piernas y una palidez mortal se había apoderado de su rostro. A pesar de todo, alzó un dedo con entereza y replicó:

—Pasé la mañana intentando vender una prenda y cené cereal vencido. No creo que sepas lo que es la dignidad, pero antes de traicionarte, preferiría estar muerta.

Fueron las únicas palabras que de verdad Nick se

permitió escuchar. Entonces una catarata de sentimientos se apoderó de su interior estreñado y congelado: piedad, cariño, confusión. Habría deseado ser tan fuerte como para vencer sus barreras y estrechar a Lavinia entre los brazos, pedirle perdón por lo idiota que había sido e ignorar las pruebas que la condenaban, rezando para que ella lo perdonase. Hubiera deseado no ser tan estúpido como para negarse a amarla.

¿Por qué a ella la castigaba por su engaño, si a Patricia

había tratado de contentarla en todos sus caprichos? ¿Por qué a Lavinia la enfrentaba como si esperase cambiarle los pensamientos y las acciones de una sacudida? Como con los niños, quería que solo besarla y abrazarla sirviera para que ella lo amara incondicionalmente, para que le perdonase todos sus errores y no lo dejara solo, que no lo abandonase.

Lavinia se había quedado floja entre sus brazos, que la sostenían entre la pared y su pecho. Nick respiraba con agitación sobre la frente de

Lavinia, ambos en silencio, hasta que le asestó algo parecido a un beso en ese sector donde su aire se mezclaba con el aroma del exquisito cabello rubio. Quizás solo la rozó con los labios, pero se sintió como un beso. Lo había sido.

—Perdóname, soy un bruto —masculló en voz muy baja. Quería hablar más, pero no podía hacerlo, tenía un nudo en la garganta. ¿Por qué nunca hablaba en el momento indicado, por qué no podía soltar todas las cosas que sentía? Alzó una

mano, pero apenas le rozó el cabello, no se atrevió a tocarla—. Por favor, decime que no te lastimé, jamás me lo perdonaría —se arrepintió de habérselo pedido. No sabía si la había herido físicamente, pero no le cabía duda de que lo hacía en su espíritu—. Discúlpame — agregó antes de alejarse hacia la salida.

Nick la soltó de manera tan repentina que Lavinia no tuvo tiempo de restablecerse. Le temblaron las piernas y se tomó de la pared para no caer. Ni bien

Nick desapareció del otro lado de la abertura, ella estalló en llanto.

Permaneció sentada en el piso, abrazada a las rodillas largo rato, hasta que golpearon a la puerta. Estaba harta de que en ese edificio entrara y saliera gente como si fuera la vía pública, pero si ni siquiera había timbre, ¿cómo no iban a entrar?

—¿Quién es? —preguntó, falta de todo ánimo.

—Su pedido.

A Lavinia le sonó sospechoso. Ella no había ordenado nada y todavía

tenía miedo de que Josué pasara a cobrar la deuda que ella no tenía.

—Yo no ordené nada — replicó de mal modo.

—Juan me advirtió que usted diría eso —respondió la voz del otro lado de la puerta—, pero es suya.

El solo escuchar el nombre de Juan le sirvió a Lavinia para saber de dónde venía todo aquello. Abrió la puerta y se encontró con un repartidor muy joven que le dedicó una sonrisa. Así que alguna vez, Nick se había parecido a ese chico.

Repartía las pizzas de Juan.

—¿Cuánto se le debe? —
preguntó ella.

—Nada —contestó el
muchacho—. Ya está paga.

Lavinia se debatió entre aceptar la pizza o rechazarla. Según Nick, que Horacio Lowenstein le hubiera comprado sus medicinas para las anginas era un modo de pagarle por ser su amante. Siguiendo esa hipótesis, aceptar la pizza sería tomar la paga que Nick le daba, lo cual va había hecho con los pasajes del Paradise. Con razón a él no

le costaba trabajo pensar que ella se vendía por unos remedios. Eso decían las palabras, pero también estaban sus ojos, y en ellos la pizza era un modo de protegerla, de cuidarla, y no una paga. Rechazarla podría volver a herirlo, si es que alguna vez lo había hecho, así que la aceptó.

Agradeció, se despidió del muchacho y cerró la puerta. Lavinia no sabía qué pensar, si Nick la odiaba, como había demostrado, o al menos la quería; si había hecho bien en dejarlo o si

siempre lo añoraría.
Resultaba evidente que él no
iba a volver. Ese era el final.
O

Nick hizo un nuevo intento por volver a gozar del sexo con una prostituta, que era lo más fácil de conseguir y desechar, pero no se atrevió a llamar al sitio de siempre y desconfiaba de otros. Se había comportado tan mal con esa pobre chica que le habían mandado, que merecía convertirse en un cliente indeseado.

Fue al bar, pero la verdad

era que tenía cara de velatorio y en cuanto empezó a ver figuras conocidas, prefirió volver al auto. No tenía sentido forzar las cosas, debía regresar a casa y llorar si quería llorar romper si quería romper. Fingir una personalidad se le estaba haciendo cada vez más difícil.

Con el pasar de los días, sin embargo, pudo componer algo de su personaje y volvió a ser el que todos conocían: vanidoso, seguro de sí mismo, siempre de buen

humor, un conquistador infalible. En un tiempo, los números para bloquear volvieron a aparecer. El viernes uno, el lunes tres.

Aun así, nada lo conformaba. Si antes se había contentado con esa vida, era porque sentía que en ella se escondía algún propósito, que era demostrar al mundo y demostrarse a sí mismo que era igual que Octavio, o que él también podía ser Patricia. Quizás que podía ser lo que ella esperaba, o que podía hacer lo que a él le hacían, aunque

no lo había conseguido con nadie más que con Lavinia. No le daba el alma para conquistar buenas mujeres y abandonarlas, por eso se la pasaba con putas y prostitutas, que bien sabía eran dos cosas distintas. Las primeras eran la mayoría de las veces ricas o aspirantes a ricas, en cambio las segundas por lo general no tenían otra opción. Podían ser madres, hijas, hermanas cariñosas que vendían su cuerpo y por eso las trataba mejor que a las otras, aunque no le daba la maldad

para tratar mal a nadie. Todas se iban contentas de su cama porque era generoso, gentil y experto.

Tenía que hacer algo de su vida, algo distinto, algo que aparentara volver a llenarla. ¿Qué podía ser eso que le hacía falta? Pensó en Lavinia, pensó en otro salto laboral muy grande, pensó en Horacio Lowenstein. Si podía arrebatarse a Patricia, quizás... quizás se sintiera realizado.

Tomó su teléfono celular y marcó un número.

—Nick —le respondieron

del otro lado. La mujer había leído su nombre en la pantalla de su teléfono.

—Te espero en nuestro resto-bar a las diez.

Sonaba sereno, especulativo, casi parecía a punto de cerrar un negocio. Con la misma parquedad se puso el saco y salió de la oficina.

No miró el reloj e igual supo que ya habían pasado las diez, sin embargo, todavía estaba solo. Había bebido apenas un whisky sin hielo y observaba el entorno con los ojos entrecerrados.

Hacía mucho tiempo que no iba a ese lugar, quedaba cerca del bar al que asistía con frecuencia, pero no eran lo mismo. En este todo olía a Patricia, en cambio en el otro todo olía a él.

Primero sintió un perfume muy fuerte y luego un cosquilleo en la nuca. Enseguida un par de manos le cubrió los ojos. No alcanzaba a ver las uñas rojas y largas, las pulseras de oro que pendían de las muñecas, pero sabía por el aroma y por el tacto que se trataba de Patricia.

—¿Quién soy? —preguntó la voz femenina desde su espalda.

Nick tomó las manos que le cubrían los ojos, esos dedos llenos de anillos dorados, y las apartó de su cara. Patricia rió y se sentó en el sofá, a su lado. El vestido rojo que llevaba puesto era escotado y tenía un tajo que le dejaba media pierna al descubierto. Casi parecía una bailarina de tango antes que una esposa, pero esa era ella y al menos no lo ocultaba como Lavinia.

—¡Qué lástima! —
exclamó la mujer con
divertimiento. Nick
permanecía muy serio, tanto
como cuando había sido su
esposo y su novio, como
cuando lo había conocido en
la universidad. Peor. Con
ella ya no era ingenuo ni
inexperto ni cariñoso.

—¿Qué cosa? —preguntó
él sin perder la calma.

—Que no estés ebrio —
respondió Patricia, ligera de
palabras. Luego se inclinó
hacia adelante para hablarle
en susurros, con toda
intención de mostrarle más

de sus senos desnudos debajo de la tela roja del vestido—. Te ponés mucho más interesante cuando estás borracho.

—¡Patricia! —exclamó una voz femenina que correspondía a un cuerpo que ya se les acercaba—. Hola, Nick —continuó diciendo la mujer, aunque no le prestó a él mayor atención que una mirada fugaz. Después la rubia se sentó sobre la mesa ratona y comenzó a hablar con su amiga pelirroja. Mantenían una conversación liviana.

Nick hurgó en un bolsillo y extrajo un cigarrillo. La última vez que había fumado como un condenado había sido la noche que Lavinia lo había engañado con Lowenstein. Lowenstein... se las pagaría.

Fumó hasta que la amiga de Patricia se alejó, entonces apagó el cigarrillo y le habló a ella de mal talante.

—¿Tenés que atraerlas? — se quejó—. ¿Todavía faltan muchas más?

Patricia lo miró como si él le estuviera planteando que mañana se acababa el

mundo.

—¿Qué te pasa, Nick? —
le espetó con el ceño y la
boca fruncidos—. Si querías
estar solo, no me hubieras
invitado.

—Pensé que iba a estar
con vos, no con tu séquito de
amigas —respondió él para
sorpresa de Patricia.

La trataba mal. ¡Nick le
hablaba como a una
cualquiera! Dudaba hiciera
lo mismo con sus amiguitas.
Tenía que ponerle los puntos
pronto.

Se irguió en el asiento y se
acarició el tabique nasal

insinuándosele.

—¿Te gusta mi nariz? — preguntó, divertida. Nick se encogió de hombros. Si tenía que decir la verdad, no notaba diferencia alguna con la que había tenido. No tenía por qué mentir.

—Es la misma de siempre —respondió.

—¡Nick! —se ofendió ella, siempre en broma—. ¡Me costó dos mil dólares!

—¿A vos o a Horacio? — espetó él con los ojos entrecerrados.

Putísimo Horacio Lowenstein. Ella rió a

carcajadas y se le echó encima como una puta.

—¡Ay, mi amante celoso! —bromeó antes de besarle a Nick la punta de la nariz tan bonita—. Me gusta, me gusta que me celes, que me deseés. ¿Me deseás, Nick?

Ella meneó los hombros. Nick se humedeció los labios.

—Me gusta esta canción —dijo. Se refería a *Mysterious times*, entonada con la suave voz de Tina Cousins, que sonaba a todo volumen.

—¿No me invitás con

nada? —preguntó ella con desdén. No se tomó a mal la ausencia de respuesta de Nick respecto de si la deseaba. Estaba con él y no solo sabía que la deseaba, sino además que la amaba, que él nunca dejaría de ser suyo.

—Pedí lo que quieras —respondió Nick sin ganas de distraer su atención en Patricia, prefería escuchar la música. Podía pagarle una bebida, si ella quería.

Patricia se quedó con la boca abierta en una enorme O. A Nick se le cruzó por la

mente la idea de que con esa expresión se parecía a una muñeca amante de goma, razón por la que se le formaron dos hoyuelos sobre las comisuras de los labios, señal de que evitaba la risa.

—¿Para esto me llamaste?
—reclamó ella seria, pero enseguida recuperó el tono chabacano—. Me parece que estás de mal humor y eso solo se quita de una manera... —se le insinuó no solo con palabras, sino también con el cuerpo, porque lo pegó tanto al de él que casi parecían uno—. ¿Te

quito el mal humor, Nicolás?
—ofreció.

Nick la miraba con sus ojos grises entrecerrados. De pronto vio los de Patricia, y en ellos, su pasado. El cuerpo de su esposa había cambiado, quién sabe en cuántas camas había dormido, pero no por eso dejaba de ser esa mujer que él había poseído cuando todavía era casi un adolescente. Aun así, no podía sentir amor. Nick no experimentaba más que indiferencia, y eso se sentía angustioso. Pensó que con

ella volvería a sentir algo. Pensó que con ella volvería a sentirse, por lo menos, encaminado en algo, aunque fuera al odio. Se había equivocado.

Alzó una mano hacia el empolvado rostro y se acercó a los labios pintados de rojo. Casi parecía devorar a la mujer con la mirada, pero lo que él buscaba no era a ella, sino su pasado, por eso hurgaba en esos ojos vacíos. Nada quedaba en él de ese muchacho al que Patricia lograba acelerarle el corazón, nada de ella se lo

ablandaba, no se despertaba una sola fibra de su cuerpo.

A pesar de eso, la besó. La besó apretándole la boca con furia desmedida. La lengua se movió en el interior de ella con violencia, sin cuidado ni mucho menos amor. Trataba mejor a las putas. Trataba mejor a las damas del prostíbulo. Trataba mejor a su auto.

Patricia merecía ese trato, que era el mismo que él se daba a sí mismo, porque ahora los dos correspondían al mismo mundo de frialdad y desencanto en el que Nick

había sumido su vida desde que ella lo había dejado.

Con el mismo desenfreno, acabaron en la habitación del hotel, donde hicieron el amor. Nick había adquirido una experiencia extraordinaria; si se la habían dado todas las amantes que había tenido, Patricia les estaba agradecida. Solo había una que le preocupaba, una a la que todavía quería aplastar como a una mosca, y esa era la costurerita. Presentía que Nick la recordaba, no había sido para él como las otras,

aunque tampoco llegaba a significar tanto como ella. Por eso dedujo que lo mejor para conseguir ese objetivo era recuperarlo. Sí, se quedaría con Nick y la costurerita los vería felices y juntos en todas las revistas.

Sonrió con ese pensamiento. Nick, aunque acababan de mantener relaciones y la tenía todavía desnuda a su lado, en la cama del hotel, no le prestaba la más mínima atención. Ni siquiera la abrazaba. Tampoco le había dicho que la amaba cuando

se había derramado en el preservativo, como cada vez que se veían después del divorcio. El trataba de fingirse desaprensivo, pero cuando tocaba el cielo con las manos, acababa por confesar. Esta vez no confesó, pero el sentimiento estaba ahí, intacto. Tenía que estarlo, pensaba Patricia. Ella se ocuparía de que el hielo en que se había convertido su Nick volviera a derretirse.

Pasaron el domingo juntos. Tuvieron sexo y fueron de compras. Por la noche Nick

la llevó hasta su casa en el auto, esperanzado en que Horacio Lowenstein los viera por la ventana o que al menos el custodio de su barrio privado le informara que él había sido quien llevara a su esposa hasta el country.

No hizo falta. En efecto, Horacio observó a Patricia descender del automóvil de Nicolás Hagen con actitud felina, incluso besarlo en los labios antes de bajarse, y pensó que ese tipo sí que era un estúpido.

Podía ser muy atractivo,

joven y fuerte como lo describía Patricia, pero era un pelotudo. ¡Haber tenido a una mujer como Lavinia y pretender todavía a la harpía que lo había abandonado!

Patricia entró a la habitación marital rato después, pero Horacio no le dijo nada. Reclamó sus derechos de esposo, a lo que ella respondió con menos deseo que de costumbre, que desde hacía un buen tiempo siempre era poco.

El lunes por la mañana, cerca de mediodía, Fi se paralizó con la figura que

descendió del ascensor en la oficina.

—¿Está Nick? —interrogó Patricia sin siquiera saludar. Percibía que Fi la miraba como si del cubículo metálico se hubiera escapado el mismísimo demonio, pero no le importó. Cuanto más la odiara esa vieja estúpida sería mejor. Patricia vivía de eso, vivía de actuar con indiferencia frente a los otros.

Fi se moría por decirle que Nick no estaba y que lo dejara en paz, pero sabía que

Teresa no lo hubiera hecho porque respetaba la intimidad de su hijo, y por eso tampoco lo hizo ella. Lo pensó: ¡lo único que faltaba para tornar los días de Nick todavía más amargos! ¡Patricia Colombo!

—Patricia —fue todo lo que pudo balbucear, a secas y con los ojos entrecerrados.

Justo en ese momento, la puerta de la oficina de Nick se abrió. Del interior del cuarto salían él y otro hombre al que le estrechó la mano.

—Fi —dijo mientras tanto

—. Reservá una cita para el señor Latif para este miércoles.

Nick reparó en Patricia una vez que el sujeto ya se había encaminado al ascensor. No emitió palabra, tan solo la miró con las manos en los bolsillos, preguntándose quién se creía ella para invadir su piso de esa forma, pero guardó silencio. Se acordó de pronto de que estaba interesado en recuperarla.

—Te invito a almorzar — dijo ella sin esperar que él hablara. Siempre hacía lo

mismo, no perdía la costumbre. Nick, beneficiado por esa actitud, aceptó.

Después del almuerzo, regresó a la oficina solo. Patricia recorrió comercios, se compró una camisa roja y después regresó al country. Al llegar a casa, se encontró a Horacio sentado en el borde de la cama, casi del mismo modo en que había visto por última vez a Nick cuando todavía era su marido.

—¿De dónde venís? — preguntó el hombre.

—¿De dónde creés? —lo burló ella alzando la bolsa que contenía la camisa, en cuyo frente se veía el logotipo de la marca.

—No soy adivino —replicó Horacio, agotado.

—¿No sabés leer? Estuve en el shopping —Patricia dejó caer la bolsa sobre el tocador para sacar la prenda. Pretendía ignorar a su marido, quien a pesar de su desdén, no se dio por vencido.

—¿Y de dónde más venís? —preguntó. Patricia dejó lo que hacía, se cruzó de

brazos y lo miró. En sus ojos brillaban la soberbia y la burla.

—De almorzar con Nick.

Horacio la conocía. Sabía que no tenía escrúpulos, sin embargo cuando había sido su amante, se había cuidado de Nick, hasta había pretendido dejarlo sin que él lo notara. En cambio ahora, con él, no tenía ningún reparo en decirle lo que hacía, en hacerse llevar hasta su casa en el coche de su amante, que resultaba ser su ex marido. ¿Tan estúpido lo consideraba ella? ¿Tan poco

hombre?

Quería golpearla, darle su merecido, pero hacer eso a una mujer, por más perversa que esta fuese, no era de hombre.

—Nos vamos a la casa de Estados Unidos esta noche —anunció poniéndose de pie—. Armá tus valijas.

—No puedo irme, Horacio, todavía tengo dos visitas pendientes a mi cirujano —replicó ella sin dar importancia a la orden. Horacio pretendía salir del cuarto, pero se detuvo ante las palabras de su esposa.

¡Todavía lo era, maldición!
¡Era su esposa!

—¿Y cuántas a Nicolás Hagen? —replicó con voz marchita.

—Las que considere convenientes.

Horacio se volvió hacia ella como un toro furioso, pero no la tocó.

—¡Qué puta que sos! —exclamó. Las palabras le dolieron más a él, un hombre adulto y necesitado de afecto, que a ella.

—Y vos qué estúpido —lanzó Patricia sin piedad al tiempo que se adelantaba un

paso hacia él—. Ya estás viejo, Horacio.

—Creí que habías dejado a Nick porque era un niño — le espetó él—, ahora me engañas a mí porque soy un viejo. ¿Qué querés, Patricia? ¿Qué buscás?

—Descubrí que los niños son mucho más atractivos y poderosos que los ancianos —se burló ella. Hasta sonreía—. Además vos... vos ya ni siquiera me satisfacés —un dolor profundo surcó la mirada de Horacio Lowenstein. Luego vio a su esposa volverse

hacia la cama y recoger el control remoto del aire acondicionado—. Andate solo a Estados Unidos, Horacio —dijo ella indiferente—. Yo me quedo en Buenos Aires.

—Como prefieras —asintió él, y abandonó el cuarto.

—Nick —dijo Fi a su jefe por el intercomunicador—. Es Javier Gonzaga desde la línea uno.

Fi sabía muy bien para qué llamaba Gonzaga porque este se lo había explicado, y depositaba sus esperanzas en

que el suceso sirviera para que Nick se alejara de Patricia Colombo. El respondió al llamado desde su oficina.

—¡Nick! —exclamó el sujeto con aire alegre. Contrastaba con el de su interlocutor—. Te molesto porque estuve tratando de comunicarme con tu novia, la diseñadora, pero no puedo dar con ella. Quizás me dieron mal el número. Estoy interesado en una idea que dijo al pasar, algo sobre unos pantalones que no viene al caso explicar, y

quería hacerle una oferta. ¿Sabés si ya está diseñando para alguna marca o si es independiente?

Nick enarcó las cejas. No habían hecho falta dos ni tres encuentros para que Lavinia comenzara a recibir ofertas de trabajo, había bastado con uno. *Lavinia*, repitió en su mente. Se apretó los párpados con los dedos, suspiró y tuvo que admitir lo más triste.

—Ya no estoy viéndome con la diseñadora — reconoció con pesar.

—¡Oh, cuánto lo lamento!

—dijo el otro solo por cortesía, pues Nick sabía que le interesaba resolver su propio problema, que en ese momento era ubicar a Lavinia, y no la situación sentimental de su interlocutor. Lo comprobó cuando el hombre siguió hablando—. ¿Podrías confirmarme si este es su número?

Nick no necesitó buscar en la agenda para saber que ese era el teléfono de Lavinia. Lo que no entendía era por qué no podían ubicarla ahí. Aunque no quería hacerlo,

se preocupó.

—¿Podrías darme su dirección, o ubicarla por mí, por favor? —pidió Javier—. De verdad es una oferta que no creo le interese rechazar.

Nick sabía cuánto necesitaba Lavinia un trabajo estable en el que no tuviera que ser modista, sino diseñadora. Además, se había propuesto en el *Paradise* ayudarla de todas las formas posibles, como a él lo habían ayudado Fi y Pablo. Pedir a Javier que fuera a casa de Lavinia la pondría en evidencia

respecto de que en realidad solo había trabajado como modista y había intentado vender sus diseños sin éxito.

Suspiró otra vez. No quería enfrentarse a Lavinia de nuevo, pero tampoco podía rechazar a Javier, evitar darle la dirección y que ella perdiera una oportunidad tan importante. Tendría que dimitir.

—Sí, está bien —dijo muy sereno, como nunca antes lo había percibido Javier—. Yo le voy a dar tu número. Si a ella le interesa recibir ofertas, se pondrá en

contacto con vos —agregó para dar más importancia a Lavinia.

Por experiencia propia, Nick sabía que era mejor hacerse desear que correr con desesperación a un trabajo nuevo. Cuanto más importante parecía el candidato, más le ofrecían para retenerlo y más se convencían de que no podían dejarlo escapar, y él quería que a Lavinia le ofrecieran todo.

Javier agradeció y cortó el llamado. Nick pensó en transmitir la tarea a Fi, que

ella llamara a Lavinia y le diera el número de Javier. Sin embargo, algo en su interior lo llevó a ponerse de pie y recoger el saco del respaldo de la silla.

Quería estar cerca de Lavinia, la necesitaba. No iba a verla, se dijo, tan solo le dejaría una nota por debajo de la puerta y se contentaría con saber que ella estaba o había estado del otro lado. Pero si Javier no había podido ubicarla, ¿cómo saber que ella seguía allí? ¿Y si se había mudado? ¿Qué pasaría si el papel que

él dejaba jamás llegaba a sus manos?

Aun sabiéndose infantil, lo escribió de todos modos. Un escueto «Javier Gonzaga tiene una oferta de trabajo para vos. Llámalo al...», y el número de teléfono. Lo llevó consigo por si era necesario y salió de la oficina.

O

El tiro le peinó el cabello pegado al cráneo. Ni bien se dio cuenta de lo que había sucedido, Josué se agachó. Eso no lo privaba del calor de las balas si a sus

perseguidores se les ocurría dispararle de nuevo, pero al menos entendía lo que venía a continuación. No sabía si era mejor estar al tanto de que querían matarlo o no, porque eso lo hacía temblar, pero fue un alivio cuando, en lugar de disparar, alguien lo tomó de la camisa y lo levantó de un tirón.

—Seguimos esperando la paga —espetó el sujeto con tono peligroso.

—Ya mismo se las llevo, estaba pasando a cobrar —mintió Josué.

—¿Semanas después del

día acordado? —replicó el hombre—. Ya te dimos demasiada sogá.

—Si quieren cobrar, me van a tener que dejar ir.

El que lo tenía agarrado del cuello de la camisa miró al otro, que asintió con la cabeza y en silencio. Entonces se volvió hacia Josué y masculló:

—Si mañana no hacés la entrega en la plaza, te vamos a dejar como un colador.

Lo soltaron. Josué se cuadró de hombros, metió la mano en el bolsillo y respiró aliviado. Había llevado la

navaja.

Capítulo 23

ERAN apenas las tres de la tarde y Lavinia ya volvía a casa después de entregar sus trabajos. Había comprendido que la gente era una gran montaña que jamás iba a ella, que era la parte del dicho que decía «Mahoma», sobre todo cuando se trataba de retirar un trabajo y pagarlo, así que Mahoma iba a la montaña.

Regresó a su edificio con cincuenta pesos y la alegría

de que, al día siguiente, la marca de camisas le daría un modelo para confeccionar uno de cada talle en cinco días. Se dio cuenta de que la estaban tomando como confeccionadora de modelos de prueba para luego, tal vez, darle la producción. Estaba feliz: quizás las cosas al fin se encaminaran y pudiera decir que había cambiado su suerte.

La sensación duró poco tiempo. Ni bien entró a casa, se encontró con Josué, que jugaba con su navaja sentado a la mesa. Primero

dio un salto del susto, pero enseguida se repuso y no pensó ni por un instante en acobardarse.

—¿Cómo...? —se interrumpió. Iba a preguntarle cómo había entrado, pero descubrió que poco le importaba eso. Solo que él se retirase—. Andate ya mismo —ordenó sin cerrar la puerta—. Y la próxima vez que te encuentre invadiendo mi propiedad privada, llamo a la policía. Sabés que lo hago.

Josué se puso de pie,

fingía que iba a irse, pero al quedar junto a Lavinia cerró la puerta de una patada y le inmovilizó las manos dejándola entre la pared y su inmenso cuerpo. Se sentía muy distinto al de Nick, pensó Lavinia, y al hacerlo odiosos recuerdos se agolparon en su mente. No era la primera vez que Josué la cubría con ese horrible pecho y ese gastado olor a alcohol. Sintió que podía matarlo, pero se contuvo muy bien de no hacer movimientos.

—¿Me preparaste la

platita? —preguntó él colocándole la navaja cerca de la cara—. ¿Se la pediste a tu noviecito rico?

Lavinia respiraba con agitación, pero no se mostraba temerosa.

—Ya te dije que no salgo más con Nick —expresó con dolor en la voz—. Y si lo hiciera, tampoco permitiría que él pagara tus deudas.

Tampoco lo haré yo, así que podés irte por donde llegaste.

—Antes te mato.

—Es decisión tuya si querés irte dejando un cadáver que te condene a veinte años de cárcel — espetó ella, inflexible—. No tengo plata y si la tuviera, ni pienses que te la daría. Es hora de que te hagas cargo de tus errores.

Josué comprendió que con amenazas de muerte no obtendría nada de Lavinia. Ella había descubierto que él era un cobarde cuando era una adolescente, no podía

pretender que ahora pensara lo contrario. Se estaba quedando sin armas en su favor, carecía de poder, y eso lo hizo sentir desesperado.

Bajó la navaja despacio, con el rostro rígido y las manos blandas.

—Si no les pago, me matan —confesó—. También a Héctor. Lavinia suspiró. Todavía le daba asco sentir el cuerpo de Josué tan cerca del suyo, pero la honestidad que él de pronto demostraba la ablandó un poco. Habían

amenazado a Héctor y odiaba a Josué por hacer peligrar la vida de su hermano, pero él acababa de sincerarse y supo que tenía que demostrarle que así era mejor, que con la verdad se conseguían las cosas y no con amenazas o maltratos.

Tragó con fuerza a la vez que meditaba qué hacer. Jamás pensaría en Nick como fuente de dinero, solo sabía que ella no disponía de la cantidad que necesitaba Josué. Ni siquiera se acercaba a esa suma.

—Yo no tengo ese dinero,

Josué —confesó con voz ahogada. Hubiera deseado tenerlo para demostrarle que, si le pedía las cosas de buena manera y con la verdad, ella lo ayudaba, pero lo cierto era que no podía hacerlo—. Ni siquiera pagué la cuenta del teléfono, con lo que me hace falta para trabajar, y me suspendieron la línea.

El alzó los negros ojos hacia ella. Parecía decepcionado, nervioso.

—¡Pedíselo a tu novio rico! —bramó.

—Te estoy diciendo que

ya no veo a Nick —insistió Lavinia.

—Decime entonces por qué todavía tenés su fotografía con vos junto al teléfono —señaló en dirección al sitio al que se refería con la navaja.

Lavinia pasó la vista por la imagen de manera fugaz, vencida por el dolor que le producía recordar aquella época, pensar que ella conservaba la imagen de Nick como Nick conservaba la de su ex esposa.

Tragó con fuerza y bajó la

mirada.

—Eso es cosa mía —
masculló.

—¡Quiero la plata! —
exclamó él. Algo en su
mirada había cambiado, en
su voz, en sus movimientos.
Las drogas comenzaban a
hacer su efecto y se hacía
evidente que muy pronto
Josué no respondería por sus
actos.

—Por favor, Josué —le
rogó ella, que estaba
comprimida por el peso del
cuerpo del hombre y la
pared—. Alejate un poco.

Busquemos una solución que no requiera a nadie más que a nosotros dos.

—Yo tengo la solución — replicó él violentamente—. Yo te voy a dar la solución.

Volvió a alzar la navaja, pero su intención ya no era matarla, no por el momento. Lavinia lo supo cuando una mano del hombre se deslizó por su pierna, sobre el vaquero, rumbo al cierre de los pantalones.

Entonces reaccionó. Los atroces recuerdos del intento de abuso que Josué había cometido en su contra en su

adolescencia fueron más fuertes que su cordura y la hicieron responder al nuevo ataque. Por aquel entonces no estaba capacitada para defenderse, pero sí lo estaba ahora, y jamás le permitiría volver a tocarla.

Alzó la rodilla impulsándose hacia adelante gracias a la pared. Su rótula impactó en la ingle de Josué y lo obligó a echarse atrás tomándose los testículos con las manos. Entonces volvió a atacar. Le golpeó los oídos con la palma de las manos y luego atacó la garganta de su

agresor con el antebrazo. El paso siguiente era arrojarlo al piso utilizando la fuerza del cuerpo del oponente, pero esa parte le salió mal. No era lo mismo practicar defensa personal con compañeros de clase que con un atacante verdadero, y que la rutina se desarmara le hizo perder el equilibrio.

Josué alzó la navaja sin un punto certero de ataque, solo por defenderse, y la hoja le cortó a Lavinia la palma de la mano. El dolor no se hizo sentir enseguida, por lo cual pudo continuar con la

defensa. Además, el estado psicológico en el que se encontraba no le permitía pensar en nada más que en sus recuerdos y en quien se los provocaba.

—¡Era una nena! —gritó desencajada, sin recordar que con ello desperdiciaba energías para su ataque—. ¡Era una nena, hijo de puta! ¡Enfermo! ¡No me vas a hacer lo mismo ahora! ¡Antes te mato!

No le importó que el atacante no hubiera caído. Lanzó un golpe de puño a la cara de Josué y otra patada a

sus genitales. El hombre se dobló en dos y estiró los brazos hacia adelante, lo cual permitió a Lavinia colocarse de espaldas, tomar la muñeca del hombre y hacerle soltar la navaja. Con el mismo movimiento logró pasar el brazo por sobre su hombro y doblárselo. No consiguió quebrarlo porque estaba nerviosa y así perdía precisión, pero por el quejido que emitió Josué supo que le había dolido. Giró sobre los talones, le pegó con el puño en la nariz, le pateó el estómago y

finalmente le dio tal golpe en la nuca con el antebrazo que Josué cayó tendido a sus pies, inconsciente.

Lavinia dio un paso atrás aturdida, temblando como un papel al viento. Un sudor copioso le recorría el rostro pálido bañado en lágrimas.

—Josué... —balbuceó con la voz ahogada. No obtuvo respuesta. Se cubrió la cara con las manos.

¿Y si había muerto? ¿Qué pasaba si lo había matado? Un secreto terror se apoderó de ella al punto que dio un grito, abrió la puerta y corrió

por el pasillo con tanta mala suerte que casi tropezó en el intento de fuga. Se sostuvo de la pared para mantenerse en pie y siguió.

Bajó las escaleras sin mirar al frente, presa del miedo a ser culpable. Llegando a la planta baja chocó contra un cuerpo alto y fuerte que la sostuvo de los brazos y acabó de rodillas con ella cuando se debilitó, amortiguando su caída con su resistencia.

—¡Ayúdeme! —gritó Lavinia desencajada—. ¡Ayúdeme, por favor!

Nick se quedó helado. Ella tenía una mancha de sangre en el rostro, pero no se lo veía herido. Entonces bajó la mirada en busca del sitio donde Lavinia podía haber sido lastimada y se encontró con su mano. La alzó en el aire, observó el corte. La sangre bulló en sus venas.

—Hijo de puta —masculló furioso, con esa voz poderosa que a veces manaba de su garganta. Pensó enseguida en el padre del hermano de Lavinia. ¿En quién más podía pensar?—. Lo voy a matar.

Lavinia alzó la mirada. ¿Qué hacía Nick ahí? ¿Cómo ella no se había dado cuenta de que era él quien la sostenía por los brazos?

No tuvo tiempo de formular una hipótesis para esas preguntas porque Nick se puso de pie y subió las escaleras de dos en dos, tan rápido que ella tuvo que correr para alcanzarlo. Al llegar a su piso, vio que desaparecía en el interior de su departamento.

—¡No, Nick! —le gritó ella cuando llegó adentro—. ¡Ya lo maté yo! —estaba

desesperada, tan asustada que parecía al borde de un ataque de nervios—. ¡Lo maté! —gritó—. ¡Maté a un hombre, al padre de mi hermano!

Nick pateó la navaja y se arrodilló junto al supuesto cadáver que yacía boca abajo junto a la mesa del comedor. Lo giró sin delicadeza alguna y asentó dos dedos sobre una vena del cuello. Puso el oído sobre la nariz.

Los instantes que él tardó en hacer eso parecieron eternos, el tiempo se

suspendió en aquellas acciones, hasta Lavinia dejó de respirar.

Entonces vio que Nick se puso de pie, meditó algo un breve segundo y luego lanzó una patada al cuerpo. Le dio en el vientre. Otra patada más en los testículos.

Nick lo reconoció. Era el tipo que le había pedido plata en Avellaneda, ese al que le había dado cien pesos. De haber sabido a quién se enfrentaba, lo habría destrozado en aquel momento. Sentía tanta

bronca que si el maldito no estaba muerto, era capaz de matarlo él.

—¡No hagas eso! —bramó Lavinia, otra vez cubriéndose la cara.

Nick pareció reaccionar y recordar que ella se hallaba allí, esperando noticias del muerto. Entonces se dio la vuelta y la tomó por los brazos para sacudirla.

—No está muerto, Lavinia, tranquila —le habló con voz tan tensa que casi no parecía él. Se hacía evidente que esperaba serenarla, pero que por

dentro estaba tan o más furioso que ella.

—¡Lo maté! —insistió Lavinia.

—Te digo que no está muerto —repitió Nick con voz poderosa—. Te lo juro.

Las piernas de Lavinia perdieron su fuerza y volvió a caer de rodillas, como en la escalera, donde se había encontrado con Nick. Él se dejó caer a su lado y la estrechó contra su pecho, buscando contenerla. Aliviado porque ella estaba a salvo, la besó en la cabeza.

—Hay que llamar a la

policía —anunció. Casi al mismo tiempo hurgó en el bolsillo del saco, extrajo el teléfono celular y marcó el número sin soltar a la mujer que lloraba, débil y temerosa, entre sus brazos.

Antes de que llegara la policía, Nick llamó a Fi y le anunció que no creía regresar a la oficina esa tarde. En efecto, no lo hizo porque llevó a Lavinia a la comisaría para declarar. Tras haber terminado, les indicaron que debían sentarse en un banco en un pasillo desolado y esperar la

declaración de Josué.

Lavinia suspiró. Se miró la mano que le había vendado la médica de la ambulancia y pensó en lo que acababan de pasar. Tenía a Nick a su lado, no sabía explicar por qué él había ido a su edificio y tampoco se atrevía a preguntárselo. No se olvidaba de cómo habían acabado la última vez que se habían visto.

Se sobresaltó cuando él se movió. Fue para colocarle el saco de su traje sobre los hombros. En ese momento Lavinia se dio cuenta de que

había estado temblando.

Nick no sabía si Lavinia tiritaba de frío o de nervios, pero hizo lo que creyó conveniente para prevenirla de esas sensaciones que la aquejaban. Hubiera querido abrazarla, pero no se atrevió. Presentía que ella no temblaba de frío, porque allí hacía calor, sino presa de lo que había sucedido.

—¿Te duele? —le preguntó respecto de la mano. Sonaba preocupado y no podía dejar de estarlo. Lo que la había escuchado

relatar a la policía acerca de Josué, el modo en que este la había amenazado y cómo ella se había defendido lo habían dejado asombrado.

—Un poco —reconoció Lavinia sin ánimos de sonar débil o quejumbrosa.

Nick se puso de pie y pretendió alejarse, pero ella lo detuvo.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—A pedirles algún analgésico para el dolor —respondió él.

—No, está bien —se apresuró a indicar Lavinia

—. Gracias.

—¿Estás segura?

Lavinia asintió y Nick volvió a tomar asiento. Entonces se produjo un breve silencio que resultó incómodo para los dos. Nick lo rompió con una pregunta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Lavinia, que hasta ese momento estudiaba la pared, lo miró.

—¿El asunto de Josué? — preguntó. Nick asintió en silencio—. Porque no. No tenía por qué involucrarte.

Nick no dio respuesta. Él

tampoco sabía explicar por qué hubiera preferido que ella lo involucrara y no que lo hiciera a un lado.

—¿Pensás que si pagáramos su deuda aprendería la lección? —interrogó. Lavinia lo miró con sus ojos verdes muy abiertos; había algo que no entendía.

—¿«Pagáramos»? —repitió.

—Sí —asintió él—. Ya sabés, darle el dinero y que salde su deuda para que tu hermano no corra peligro. ¿Creés que Josué aprendería

y no volvería a meterse con gente tan pesada?

Lavinia inspiró profundo antes de volver a hablar. Los pensamientos se agolpaban en su mente sin una dirección precisa.

—Primero, no creo que pagar la deuda solucione algo a largo plazo, Josué jamás aprende. Segundo, no entiendo por qué te referís a pagarla en plural. En caso de que alguien pague la deuda de Josué, lo haré yo.

Nick no quería ser duro con ella, pero comprendió que debía serlo si deseaba

resolver ese problema.

—¿Con qué? —preguntó. Lavinia lo miró como si acabara de acusarla de un crimen.

—¿Perdón?

—No creo que esos tipos se tomen tantas molestias por cien pesos roñosos, yo creo que Josué les debe mucho más —replicó Nick—. Si no me equivoco, dijiste mil. Mi pregunta es de dónde los vas a sacar.

Lavinia suspiró. Dejó de mirarlo.

—Un préstamo —dijo a

modo reflexivo. Era la idea que se le había ocurrido cuando Josué la tenía aprisionada contra la pared.

—¿Y sucumbir a los intereses abusivos que suelen cobrar? —se entrometió Nick—. ¿Por qué no te hago yo el préstamo, sin intereses?

Lavinia le dedicó una sonrisa falta de gracia.

—Primero, porque eso me ataría a vos —explicó—. Segundo, porque no quiero tu caridad. Aprecio tu preocupación, pero no tenés que hacer nada por mí. Me

las arreglaré sola, como lo hice siempre.

Nick pensó enseguida en Horacio Lowenstein. Quizás Lavinia estuviera pensando en pedirle a él el dinero, después de todo, era su amante.

¿A quién quería engañar? Lavinia tenía menos probabilidades de haberlo engañado con Lowenstein que él de ser perfecto en la seguridad e higiene de sus obras. Entonces, ¿qué hacía entrando a un hotel con su enemigo?

—¿Me vas a explicar por

qué entraste a un hotel con Horacio Lowenstein? — preguntó con tono pétreo. Lavinia se sorprendió por el abrupto cambio de conversación, sobre todo porque se hacía imposible seguir el hilo de los pensamientos de Nick.

—Intenté hacerlo, pero no me dejaste, ¿te acordás? — respondió ella sin intenciones de venganza.

—¿Necesitabas que hiciera silencio para hablar?

—Necesitaba que estuvieras dispuesto a escuchar.

Nick miró hacia otra parte. Él no era un hombre celoso, ¡oh, no! Primero Tomás, después Horacio... ¿quién más sería víctima de sus odiosos pensamientos?

—No pasó absolutamente nada en esa habitación, Nick —continuó ella al notar la repentina ausencia mental del hombre.

—Entonces entraste a una habitación con él —Nick sentía que le ardían los ojos y las mejillas. Un calor súbito le recorría el cuerpo.

—Por supuesto —indicó Lavinia a continuación—.

¿A qué se va a un hotel?
Teníamos que entrar.

—Y te acostaste con él —
Nick fulminaba la pared con
la mirada.

—No, eso no. Bueno, sí,
pero no.

Ahora la fulminaba a ella.

—No se le paró —lanzó
con los dientes apretados.

—¡Nick! —lo regañó
Lavinia con un grito
ahogado—. ¿Cómo puedes
pensar que dormiría con
Horacio Lowenstein?

—No digo que hayan
dormido precisamente... —
replicó él, irónico.

—¡Lo que sea! Primero nos sentamos a la mesa y él sirvió dos copas de champán, pero ni siquiera la probamos.

Nick volvió a mirar la pared.

—Claro, debía estar muy apurado por llevarte a la cama antes de que se le pasara el efecto del Viagra.

Lavinia soltó una carcajada.

—¡No lo puedo creer! — exclamó—. Ya ni siquiera tomo como un insulto que seas tan engreído.

—¿Engreído yo? —

respondió él volviendo a mirarla—. ¿En esto?

—Nick. Con Horacio vimos *Cumbres borrascosas* y resultó que los dos sabíamos bastante del tema, entonces pasamos conversando más de dos horas.

A Nick le revolvió el estómago que ella lo llamara «Horacio».

—¿Dos horas conversando de una estúpida película? — no sabía si dar crédito a lo que oía.

—Y del libro —aclaró Lavinia—. A ver, decime,

¿quién lo escribió? —lo puso a prueba.

—¿Es también un libro?

—¿Cuál de las hermanas Bronté? —intentó orientarlo ella, pero no hubo caso.

—¿Encima había más de una?

Lavinia rió pero enseguida volvió a ponerse seria, casi parecía una maestra a punto de dar un sermón a un niño con mala conducta.

—Mirá, Nick, creo que deberías dejar de ser un hipócrita y reconocer tus propios errores —dijo amargamente—. No culpes a

Horacio por lo que vos mismo provocaste.

Nick la miraba con el ceño fruncido, sus bellos ojos entrecerrados.

—¿Lo que *yo* provoqué?
—repitió destacando el pronombre.

—Si te acostás con mujeres casadas, tenés que aprender a vivir con las consecuencias.

Ninguno supo a cuál de los dos dolieron más esas palabras porque el celular de Nick interrumpió la conversación. Él sacó el teléfono del bolsillo y miró

la pantalla. Era Patricia. No quería responder, pero se obligó a hacerlo porque las palabras de Lavinia lo habían dejado molesto, lastimado, aunque no lo demostrara en una sola fibra de su cuerpo.

—Hola.

Lavinia se sorprendió de que esa fuera la voz de Nick. ¿A quién atendía con un tono tan duro?

—Estoy en la comisaría. No importa por qué.

Hablaba muy poco, con la voz gélida.

—Sí, puedo darte la dirección, pero no quiero que vengas —se hizo una pausa—. Sé que si te la doy vas a venir.

¿Qué más daba?, pensó después. Que Lavinia conociera la joyita que Horacio Lowenstein tenía como esposa.

—Está bien.

Acabó por dar la dirección y cortó sin siquiera saludar. Lavinia sabía que Nick no trataba así a sus amantes. A ella, que había sido una, la había tratado con suavidad, presentía que hacía lo

mismo con las otras porque así se percibía en el aire.

Nick se arrepintió de inmediato. ¿Qué ganaba con acercarse a Patricia y a Lavinia? Solo hacer más vulnerable a la segunda frente a la primera. Entonces marcó un número.

—No vengas —dijo otra vez sin saludar—. Ya me voy.

Cortó. Lavinia no emitía palabra, miraba hacia otra parte, pero se hacía evidente que Nick no estaba de ánimo para que lo persiguieran y que, además, mentía, porque

no sabían cuánto tiempo más tendrían que pasar ahí. ¿Qué pretendía él, enfrentarla a ella con su amante de turno como ella lo había enfrentado a él con el supuesto amante suyo? Era obvio que Nick no le había creído una palabra y se pensaba que ella era la amante de Lowenstein. Nick vivía en ese mundo, pensaba que todas las personas eran como él y que...

—Te creo —Nick dijo eso e interrumpió todo pensamiento de Lavinia, que lo miró con los ojos muy

abiertos, sorprendida por esas palabras que escapaban de su boca—. Tenés el corazón tan grande que sos capaz de ayudar a Lowenstein a recuperar a su... esposa —indicó él—. Aunque eso signifique traicionarme a mí.

Nick se refería a que, ayudando a Lowenstein a conservar a Patricia, Lavinia estaba obrando en su contra, porque primero Patricia había sido su esposa y porque eso le daría las de ganar al otro. Ni siquiera le interesaba hablar del asunto

de su proyecto secreto, porque en su interior jamás había sospechado de Lavinia, aunque le hubiera dicho lo contrario a la cara.

Lavinia iba a pedirle una explicación, pero en ese momento un policía se les acercó y les anunció que podían retirarse. Nick se puso de pie primero, preguntó qué sucedería con Josué y le informaron que pasaría unas horas más en la comisaria. Estaba seguro de que querían sacarle información sobre el tipo al que le debía dinero. No

emitió palabra al respecto y avanzo hacia la salida.

En la puerta del edificio, se detuvo para dejar pasar a Lavinia. En lugar de hacerlo, ella se lo quedó mirando, intrigada por la conversación truncada que acababan de mantener.

Nick se quedó prendado del verde de sus ojos, le parecía que en ellos se extendía un campo que lo conducía a un lugar incierto, al futuro soñado.

Lavinia supo que él estaba a punto de hablar. Iba a invitarla a tomar un

chocolate o algo, porque entreabrió los labios y no precisamente para colocar un cigarrillo entre ellos. Sin embargo no pudo hacerlo porque alguien interrumpió sus cavilaciones.

—Nick.

Nick giró la cabeza con brusquedad. Se quedó perplejo, se había olvidado por completo de que Patricia podía aparecer en cualquier momento.

—Estaba cerca y vine a buscarte —explicó ella ante su asombro.

Los ojos del hombre se

tornaron fríos, displicentes. Lavinia se dio cuenta y temió aquella mirada. El cuerpo de Patricia padeció un sacudón. No había rastro alguno de veneración o sentimientos en el hombre que hasta no hacía mucho tiempo estaba loco por ella, y eso solo podía deberse a una razón.

Patricia miró enseguida a esa razón, que era la costurerita en quien había reparado desde que cruzaba la calle en dirección a la comisaría. Notó que el dolor atravesaba las pupilas verdes

de la chica, y se aprovechó de eso para salir triunfante del silencioso altercado que se le presentaba.

Se tomó del brazo de Nick y fingió una sonrisa que igual dejó al descubierto el descontento que se esforzaba por ocultar. La costurerita llevaba el saco de su marido sobre los hombros y eso terminó de enfadarla.

—¿No nos vas a presentar? —reclamó a Nick. También pretendía fingir que el asunto le importaba muy poco, pero se notaba a simple vista que

eso no era cierto.

Lavinia sentía que podía echarse a llorar en cualquier momento, pero resistía y lo ocultaba. Nick había vuelto con su ex mujer, la de las fotos que conservaba en su departamento, la del barco, y eso la destrozaba por dentro. Sabía que lo había perdido.

Por un momento se arrepintió de haberlo dejado. Si ella hubiera soportado en silencio y se hubiera conformado con su cariño, quizás él no habría vuelto a buscar a su esposa. Pero enseguida pensó que no

podía engañarse más. Tarde o temprano, Nick habría vuelto con su mujer, y si de ese modo era feliz, ella tenía que aceptarlo, porque solo así se amaba de verdad. Tal vez algún día otro hombre se cruzara por su vida y fuera ella la que permaneciera en silencio cuando ese otro le dijera que la amaba. Recién entonces podría comprender en carne propia lo que significaba sentirse como Nick.

A pesar de que Patricia era la que hablaba, Nick no la miró. Sus ojos estaban

enterrados en Lavinia, como si todavía quisiera invitarla a alguna parte o hacer de cuenta que nadie interrumpía su conversación.

—Ella es mi ex mujer — dijo para darle el gusto a la que le apretaba el brazo como si de ese modo buscara evitar que él se le escabullera. El cuerpo de Nick no se iba, pero su alma vagaba muy lejos de Patricia, solo que ella no lo reconocía.

Patricia apretaba las manos alrededor del brazo de Nick porque sentía odio y

resentimiento. Él la había presentado ante la costurerita como su ex mujer, siendo que antes siempre la llamaba «mi esposa», incluso cuando ya estaban divorciados. Por otra parte, no la había nombrado a la otra, y Patricia sabía muy bien que se debía a que la estaba protegiendo de ella. La ventaja era que la costurerita desconocía esas intenciones, se notaba en que todo lo que Nick decía le parecía a ella una daga que se le enterraba en el pecho.

Patricia sabía que estaba perdiendo a Nick y no tenía idea de qué debía hacer para retenerlo.

Lavinia, al ver que Nick ni siquiera deseaba que su ex mujer supiera que ella era su amiga, tal como él la había proclamado en el barco, comprendió que estaba de más en ese encuentro y se despidió.

—Me voy —dijo extendiéndole el saco que él tomó sin apuro—. Gracias por todo, Nick. Estoy en deuda con vos.

Nick se adelantó un paso

para que ella no se fuese, aunque Patricia seguía sujetándolo. El apretón fue insignificante como intento de que él no se moviera.

—Dejá que te lleve hasta tu casa —pidió. Lavinia no entendía nada, en un momento la omitía en la presentación y al otro le ofrecía llevarla hasta su casa aún en contra de la mirada que en ese momento le lanzaba su celosa mujer. Lavinia se esforzó por sonar tan amable y distante como él, aunque el tono rígido de la voz de Nick fuera

imposible de imitar.

—Voy a estar bien, no te preocupes —replicó.

—Él no se preocupa, querida —repuso su esposa con aires de superioridad—, solo trata de ser cortés — luego miró a Nick—. Vamos, querido —pidió—. Le dije al chofer que se llevara el coche.

Nick no se había dignado a mirarla en toda la conversación. Se quedó callado, viendo cómo Lavinia se sorprendía por la respuesta de Patricia e intentaba ocultarlo en una

sonrisa rígida. Se notaba en sus pupilas que estallaría de dolor en cualquier momento, y él se sintió morir.

Lavinia se volvió y comenzó a caminar rumbo a su casa. Nick habría plantado a Patricia por seguir a Lavinia, se habría olvidado del mundo por llevarla hasta su departamento, acostarla en su cama, desnudarla, besarle los labios mientras le susurraba que... que la amaba no, que le haría el amor. Quería anunciarle lo que iba a pasar para... para

que se sonrojara y le demostrara que lo amaba tanto como él necesitaba que lo hiciera.

—Vamos, Nick —insistió Patricia. Nick no había escuchado que la mujer ya le había pedido lo mismo hacía un momento.

Como siempre: cuando quería hablar, se quedaba callado; cuando quería correr, se quedaba quieto.

Se dio la vuelta y fue hasta el auto sin mediar palabra con Patricia. Ni siquiera por cortesía esperó a que ella caminara adelante o a la par

de él. Nick hacía lo que quería y eso a Patricia la mataba.

Sentado en el auto, puso el motor en marcha, pero no movió el vehículo de lugar.

—¡Pobre muchacha! — comentó Patricia sin medir su odio—. Tiene menos clase que tus prostitutas.

Pero con pesar se dio cuenta de que Nick no le prestaba el más mínimo de atención, ni siquiera la había escuchado. Se había quedado mirando el cuerpo de Lavinia hacerse pequeño y luego desaparecer en el

espejo retrovisor.

O

Las noches en la comisaría siempre eran duras. Josué había dormido en una celda cuando la engreída de Lavinia lo había denunciado por drogadicto, y había pasado otra porque la princesita lo había molido a palos. No tenía idea de cómo iba a pagar su deuda ni de cómo iba a salvarse de las balas, y tampoco se preocupó. Prefería mirar televisión del otro lado de la mesa al que se encontraba

Helena, con el control remoto reparado en la mano y los pies alzados a una silla. Cristina había salido a hacer los mandados con Héctor. Josué se adormecía sobre la mesa hasta que resonaron unos golpes a la puerta.

Allí vivían delincuentes, pero como no se robaban entre ellos, se podía confiar en la gente. Esa fue la razón por la cual Josué abrió la puerta sin preguntar quién la golpeaba. Craso error.

Nick se le echó encima como una fiera y lo estrujó contra la pared. Antes de

hablar miró hacia el costado, donde Helena todavía estaba sentada con los pies sobre la silla, pero con la mirada marrón clavada en los dos hombres. La boca entreabierta, el chicle suspendido sobre su lengua.

—No te muevas —ordenó. La chica se encogió de hombros, indiferente.

—Ni lo pensé.

Por ella podían matar a Josué que le hacían un favor. Lo que en cambio le había acelerado el pulso era ver en persona al novio o ex novio de su hermana, lo que fuere.

Era mucho más atractivo, fuerte y poderoso de lo que se veía en las revistas, y además no terna reparos en echarse encima de un tipo grandote y morrudo como Josué. Es más, lo había dejado contra la pared como si fuera una pluma. Resultaba evidente que Josué era puro tamaño, pero no tenía nada de coraje y muy poca fuerza. La bebida y las drogas se la habrían consumido toda.

Los ojos de Nick brillaban de tan oscuros y azules cuando volvió a mirar al

moreno. Quería matarlo, lo habría asesinado con sus propias manos para vengar lo terrible que había sido ese hombre con Lavinia, pero supo que hacer eso no sería más que condenarse a sí mismo y salvar a su oponente de la vida miserable que llevaba. A él solo le interesaba proteger lo máspreciado.

—¿Ya pagaste tu deuda?
—le preguntó con rudeza. Cuando hablaba así, la voz se le volvía ronca y poderosa, y conseguía hacer temblar a todo el mundo. El

hombre agitó la cabeza en gesto negativo—. Yo la pago —anunció Nick a continuación. Josué esbozó una sonrisa, ¡ese tipo sí que era una bendición! Cada vez que aparecía era para resolverle un problema. Sin embargo, la sonrisa se le borró del rostro ni bien Nick le apretó la garganta con el antebrazo y volvió a hablar con tono y gesto amenazador—. No te rías —le ordenó—. No te pienso dar el dinero a vos. Y más te vale mantener a esa gente fuera de la vida de Lavinia,

porque si volvés a ponerla en riesgo a ella o a cualquiera de su familia que nada tiene que ver con tus asuntos, yo mismo me encargo de que esos tipos te vuelen la cabeza, lo voy a arreglar con ellos. No quiero que te acerques a Lavinia nunca más. Te le acercás, y te fusilan. Ahora decime dónde puedo encontrarlos.

Helena estaba absorta en lo que veía, pero no se atrevía a moverse ni quería hacerlo, porque así habría arruinado un momento sublime para ella, como lo

era ese. Sentía que algo había cambiado en su interior: no todas las personas eran tan distintas a ella, quizás el novio de su hermana se le pareciera más de lo que hubiera imaginado. Sintió que al fin había encontrado un espejo en el cual su verdadero ser se reflejaba.

Josué escupió una dirección y Nick lo soltó con tanta brutalidad que el otro se tambaleó tras la partida. Helena vio salir a Nick de la casa dejando la puerta abierta y sonrió. Sonrió de

verdad, sin mueca sensual ni fingimiento. Amaba a ese hombre.

O

Lavinia trataba de seguir con su trabajo. Tenía que hacer las camisas para la marca de ropa porque eso podía señalar su inicio como taller de costura y aportarle un ingreso un poco más amplio y seguro que los clientes particulares. Como la mano lastimada retrasaba su trabajo, pidió ayuda a Jamara, que acudió ni bien se liberó de sus tareas.

—No estas como siempre, Lavi —comentó la morocha mientras recortaba un molde. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió Lavinia, ocupada en la máquina de coser.

—Dale, decime que te pasa, ¿no confías en mí?

—Claro que confío en vos, Tamí, es que no quiero hablar de nada.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación. Lavinia, que había quedado temerosa de que los traficantes la buscaran tras lo acontecido

con Josué, pensó que podía tratarse de ellos y tembló involuntariamente. Tamara se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Lavinia? preguntó asustada.

Al parecer quien se hallaba del otro lado de la puerta también pensó en el miedo que Lavinia podía sentir, por eso habló.

—Lavinia, soy yo, Nick. ¿Estás allí?

—¡Ah, entiendo! —rió Tamara.— ¿Tendré que dejarlos solos? —bromeó.

Lavinia no le había contado todavía que había

roto con Nick. Tamara estaba muy ocupada con su nueva vida de mujer casada y se veían poco. Miro a su amiga con desencanto.

—No digas nada, Tami, por favor pidió al tiempo que se ponía de pie para dirigirse a la puerta. Aunque la otra no entendió el motivo del pedido, acepto.

Lavinia abrió con el rostro contrito. La expresión de Nick no era muy distinta.

—¿Como esta? — preguntó. Lavinia no había abierto la puerta del todo, como si no deseara que el

viera el interior de su departamento. Lo mantenía a distancia.

—B... bien—. Tampoco había contado a Tamara lo acontecido el día anterior, le había dicho que el corte de la mano se lo había hecho con un plato en la cocina, le pareció lo mejor para preservar la seguridad de su amiga. Rogaba a Nick no se lo escapara nada que la pusiera en evidencia.

—¿Cómo estás de la mano?—continuó preguntando él.

—Bien—respondió ella.

Nick asintió.

—Con todo ayer me olvidé de la razón por la cual había venido —explicó con sencillez—. Javier Gonzaga, uno de los responsables de una marca que conociste en una fiesta, tiene una oferta de trabajo para vos — Lavinia entreabrió los labios, sorprendida—. Le dije que lo llamarías si te interesaba recibir alguna.

Extendió hacia ella el papel que había escrito en su oficina el día anterior y Lavinia lo recogió. Estaba confundida y desconfiaba.

—Si tuviste algo que ver con esta oferta... —comenzó.

—Te juro que no —la interrumpió él—. Cuando te llevé a la fiesta sí quise presentarte a todas esas personas, pero a Javier lo conquistaste por tu cuenta.

Lavinia tomó una honda bocanada de aire, sin poder creer la posibilidad que Nick acababa de colocar entre sus manos.

—¿Por qué no respondés el teléfono? —le preguntó él enseguida. Lavinia no quiso decirle que no había podido

pagarlo.

—Estoy sin línea —
explicó muy breve.

—¿Querés que llame a
reparaciones?

—No, está bien, ya lo hice.

Nick asintió. Apretó los
labios antes de hablar.

—¿Todavía no aceptás que
te regale un celular? —
preguntó. Lavinia suspiró. Si
no se lo había aceptado
antes, cuando jugaban a ser
novios, ahora menos que
nunca.

—No —replicó.

Nick no quería irse, pero
tampoco se atrevía a pedir a

Lavinia que lo dejara pasar. Comprendiendo que ella no lo haría, le dijo adiós y desanduvo el camino hacia la escalera. En su corazón esperaba que ella lo llamase, pero a cambio solo escuchó cerrarse la puerta.

No podía culparla. Él había vuelto con Patricia.

—¿Esa es la manera en que se saludan y se hablan dos novios? —preguntó Tamara cruzada de brazos delante de la máquina de coser. Lavinia bajó la mirada.

—Ya no somos novios —

resumió con dolor.

—¡Con que eso era lo que te pasaba y no pensabas decírmelo!

—Por favor, Tamara, no estoy lista para soportar que te ofendas.

—¿Qué pasó? ¿Te engañó?

—No.

—¿Entonces por qué te dejó?

—No me dejas, yo lo dejé. Ahora hablemos de otra cosa, por favor.

—¿Que vos lo dejaste? ¡Porque te engañó!

—No. Nick no me engañó.

Ahora basta. Hablame de vos.

Fi se sentía desesperar cada vez que Patricia Colombo cruzaba la puerta del ascensor. Pensaba que Nick había vuelto a ser el perrito de esa perversa mujerzuela, que le daba todos los gustos y la trataba como un sirviente a la reina.

Arrogante, altanera y soberbia, Patricia pasaba por alto a Fi como a una estatua. Y Fi, aunque se moría por

soltarle unas cuantas verdades a la cara, callaba por amor a Nick. Si habló fue solo porque él la obligó a hacerlo con la novedad que le hizo saber cuando ella le alcanzó unos papeles.

—Quiero que hoy cenes en casa, Fi —le dijo al tiempo que estudiaba lo que ella acababa de entregarle.

—¿Festejamos algo? —preguntó la mujer, risueña. —Patricia viene a cenar hoy.

La sonrisa de Fi se borró como si le hubieran asestado una cachetada. Hasta ese

momento, Patricia no había pisado el departamento de Nick, ese que una noche había abandonado.

—Es hora de que ustedes dos se den una oportunidad —siguió él, todavía ocupado en hablar y en manipular las carpetas.

—No hay tregua, Nick —replicó la secretaria. Él se sorprendió, porque alzó los ojos hacia ella y casi por milagro solo se concentró en lo que hablaban.

—Necesito que hagan las paces —explicó sucintamente, como si se

tratará de las cláusulas de un contrato—. Dentro de poco pienso pedir a Patricia que vuelva a vivir conmigo y...

—¿Qué? —Fi acababa de elevar la voz. Nick era un estúpido. ¡Tan inteligente y tan idiota!

—Lo que escuchaste. Es mi esposa y voy a recuperarla.

—No es tu esposa —le espetó Fi. A Nick no pareció importarle.

—Por eso mismo, tiene que volver a serlo.

—No cuentes conmigo para eso —Fi sonaba en verdad enojada. Nick nunca la había escuchado de esa manera.

—¿Por qué decís eso?

—Porque no seré más el testigo silencioso de tu decadencia. Sabés que sos mi vida y que te amo, pero si querés destruirte, vas a tener que hacerlo solo.

Nick se quedó perplejo con la respuesta; callado por primera vez en mucho

tiempo.

—No seas tan dura, por favor —pidió en voz muy baja.

—No esperes que yo vuelva a pisar tu casa mientras esa perversa tenga puesto un solo pie en ella —siguió Fi, ignorando su súplica.

—¡Eso es injusto! —reclamó él respaldándose en el asiento.

—¿Injusto?

—Me obligás a elegir entre ella o vos.

—Claro que no te pido que elijas —lo corrigió Fi, ofuscada—. No te estoy ofreciendo ninguna opción. ¡Llévala a vivir con vos! ¡Llévala!

—A costa de que salgas de mi vida.

—Seguiré trabajando para vos, pero solo como tu secretaria. No quiero pisar tu casa mientras ella la pise, nunca más.

—Sos mi segunda madre, no podés hacerme esto — Nick sonaba desanimado, y lo estaba, porque nada salía como lo había planeado.

—Ya no —replicó la mujer con los ojos húmedos. Nick sintió que el pecho se le cerraba.

—¿Qué decís? — balbuceó. No podía creer que Fi le dijera aquello, era impensado.

—Una buena madre jamás permitiría que su hijo se

destruya la vida, y yo no tengo las agallas para impedirlo —replicó ella con pesar—. ¿Y Lavinia? ¿Qué hay de ella?

Nick prefirió cerrar los oídos al nombre y congelar la palabra cuando él mismo la pronunciase.

—Lavinia se fue —le recordó a su secretaria.

—¡Vos la dejaste ir!

—Patricia es mi esposa, tiene que serlo —defendió Nick en un intento

desesperado por convencerse él mismo de eso que decía.

—¡No me vas a hacer creer esa mentira a mí! —le gritó la mujer—. O me vas a hacer pensar que lo que dice la gente es verdad.

—¿Y qué dice la gente? —replicó él entre dientes.

—Que sos un engreído orgulloso. ¿Qué querés, Nick? ¿Demostrarle a Lowenstein que podés recuperar a su amante, como una vez le demostraste a Octavio que podías ser mucho más que él? Nick

tragó con fuerza.

—Estás hiriéndome, Fi —
masculló. Lucía
desorientado, no podía
manejar el dolor, nunca
había sabido hacerlo.

—¿En verdad creés que
aún amas a Patricia? ¿Creés
poder amar a una mujer
como esa después de haber
conocido a Lavinia?

—Parece que Lavinia
fuera tu hija, no yo —
concluyó él—. Basta —
indicó después inclinándose
hacia adelante—. No tolero
esto.

—Porque no podés

tolerarte a vos mismo —le espetó la mujer sin pestañear—. ¡Date el gusto! ¡Conocé a Patricia una vez más!

Tras soltar esas palabras, Fi giró sobre los talones y salió de la oficina sin mirar atrás.

Capítulo 24

LAVINIA respondió el teléfono que había podido pagar gracias al trabajo de las camisas con un grisín en la boca. Había llamado al tal Javier Gonzaga y este la esperaba para la entrevista de trabajo en una hora. Estaba entusiasmada y nerviosa.

—¿Lavinia? —dijo la voz del otro lado. Sonaba angustiada, presa del llanto, y consiguió alarmarla.

—¿Mamá?

—Necesito que me ayudes. ¿Podes ayudarme?

—S... sí —titubeó primero, por la entrevista y por la sorpresa—. ¡Sí! —agregó después. Lavinia estaba asustada: jamás su madre había tenido una actitud semejante—. ¿Qué necesitás?

—Necesito que vengas.

—¿Ahora? Estaba saliendo a un encuentro muy importante. ¿Pasó algo con Héctor?

—No —replicó su madre compungida y también algo

temerosa—. Cuando vengas, golpea cinco veces de forma pausada para saber que sos vos.

Lavinia tembló. Tenía miedo de que los que reclamaban el dinero a Josué hubieran invadido su casa y asustado a su familia. ¿Y si su madre la hacía ir porque ellos estaban adentro y la ofrecían a ella como carnada, porque era la única que, insistían, podía pagar? ¿Era su madre capaz de tanto?

Si esa no era la razón de su urgencia, quizás se hallase

asustada porque la habían amenazado y de verdad estuviese buscando su ayuda. Lavinia no había pedido el préstamo porque quería ver qué pasaba con la entrevista de trabajo y con la confección de camisas para la marca importante, pero en ese momento en que oía a su madre tan angustiada por primera vez en la vida, se arrepintió de no haberlo hecho. Con el préstamo, la deuda ya habría sido saldada y nada de eso estaría pasando. Tendría que suspender la entrevista.

—Está bien, mamá. Paso por tu casa en un momento —consintió.

Después de cortar, llamó a Javier y se disculpó porque no podría asistir a la cita. Tenía miedo de que ya no la quisieran para el trabajo, de que la consideraran irresponsable, pero a Javier no pareció importarle. Casi parecía esperar que Lavinia suspendiera el encuentro. Lo que ella no sabía era que la gente importante solía suspender citas y hacerse desear por los empleadores y que Nick ya había allanado

ese terreno. Ella no se consideraba alguien importante y desconocía esa tradición. El asunto la benefició sin querer, como la beneficiaban tantos otros en ese último tiempo, aunque ella los creyera producto de su mala suerte.

Lavinia llegó a casa de su madre y respetó el código de los golpes a la puerta por seguridad. Aun a pesar de eso, la voz de Cristina preguntó quién era con tono desagradable y Lavinia se apresuró a identificarse.

La mujer abrió apurada.

Lavinia supo enseguida lo que había pasado porque no hacía falta nada más que mirar el rostro y los brazos de su madre para notarlo. Tenía la mejilla roja e hinchada, moretones en los brazos y debajo del ojo izquierdo.

—Sabés que no ocurre muy seguido... —trató de justificarse Cristina aún antes de que Lavinia dijera «hola».

—Pero ocurre, y no debería —la corrigió la hija—. ¿Hasta cuándo, mamá? ¿Hasta cuándo pensás

soportar esto?

Cristina bajó la mirada.

—Hasta ahora.

Lavinia le alzó el rostro sosteniéndole la barbilla. Estudió el golpe más notorio e insultó a Josué entre dientes.

—¿Por qué te hizo esto?

—interrogó pensando en los maleantes que lo perseguían —. Quería que le dieras plata, ¿no?

Cristina negó en silencio.

—Estaba enojado — explicó—. Tu novio... —se interrumpió. Lavinia soltó el aire que llevaba en los

pulmones.

—¡Pero por qué no me creen que ya no tengo novio! —exclamó—. De hecho creo que jamás lo tuve. Jamás lo tuve en realidad, no —reflexionó con tristeza. Si Nick no la amaba, Nick no había sido suyo.

—Entonces explícame por qué dice Helena que es un dios en la Tierra, que amenazó a Josué como todo un valiente, que lo arrojó contra la pared con tanta

fuerza que Josué apenas parecía una plumita y todas esas cosas —soltó Cristina—. ¡No hizo más que hablarme de tu Nick en una hora!

—¡Eso es imposible! —clamó Lavinia hasta conteniendo la risa—. Nick jamás haría una cosa así.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo sé. Él no es así. Él se pasa la vida detrás de un escritorio dando órdenes, sacando cuentas, trazando líneas en papeles. Nick no amenaza gente, no

se molesta en hacer algo por alguien que ni siquiera le importa. Y, sobre todo, no pertenece a nuestro mundo.

Cristina la miraba con las cejas enarcadas. Helena había aparecido con las botas hasta la rodilla, la minifalda y el corsé por la puerta del cuarto y se cruzaba de brazos apoyada en la pared. Mascaba chicle con la boca abierta.

—Tu novio entró como una tromba por esa misma puerta que acabas de atravesar vos —contó—, arrojó a Josué contra esa

pared —señaló— y le dijo que iba a pagar su deuda. Quizás vos sepas de qué estaba hablando.

Lavinia se puso pálida. En el silencio, Helena hizo un globo de chicle y este reventó haciendo saltar a todos, menos a ella.

—Nick elijo que... pagaría su... deuda —masculló Lavinia. Nadie más que Nick, Josué y ella sabían acerca de eso, Helena no inventaba.

Y también le dijo que si volvía a ponernos a cualquiera de nosotros en

peligro, o que si volvía a acercarse a vos, lo iba a mandar a matar.

—¡Imposible! —exclamó Lavinia—. ¡Ese no era Nick! Debés haberte equivocado.

Helena entrecerró los ojos. Odiaba que la tomaran por estúpida, porque no tonta un solo pelo de tonta.

—Yo creo que vos no tenes ni idea de quién es tu Nick —replicó orgullosa. Lavinia se vio derrotada por su hermana y por sus prontos interrogantes, por eso calló.

—¿Cuál es el punto de

discutir eso ahora? —dijo—. No permitiré que pague ninguna deuda y punto.

Al parecer ya es tarde para que hagas eso —contestó Helena muy rápido—. Por algo Josué vino un enojado, se sintió lo que es, un cobarde, y se la agarró con la única persona que todavía le cede el poder. Es una mierda de hombre un hijo de puta. Ni mis... —se interrumpió antes de decir un inapropiado «clientes»—. Ni mis amigos tratan así a una mujer —la arregló.

—Helena... —balbuceo

Cristina, cabizbaja.

—¿Para qué me llamaste mamá? —preguntó Lavinia presintiendo que su madre se guardaba algo más.

—No quiero que vuelva a entrar a casa —dijo. Enseguida miró a su hija de nuevo—. Hasta que se reponga.

Lavinia pensaba por qué su madre no alejaba a Josué de su vida para siempre y no lo calló.

—No entiendo cómo podés querer a un hombre como ese —reclamó. Cristina fruncía el ceño,

pesarosa.

—Josué es un buen hombre —aseguró—. Y sí, yo lo quiero, pero si estuviera recuperado, ya no tendríamos que vivir así.

Lavinia asintió. Qué podía reclamar ella a su madre, si también estaba enamorada de un hombre indeseable, aunque en otros sentidos. Un tipo mujeriego, que andaba con esposas de otros hombres, que rompía familias y que encima no soltaba un sentimiento ni aunque estuvieran a punto de fusilarlo.

Pero pretendía protegerla de Josué....

No podía pensar en eso ahora.

—¿Qué querés que haga?
—preguntó a su madre.

—Ahora se fue de vuelta a tomar con sus amigos —
contó Cristina—, pero cuando vuelva, no le permitiré entrar a la casa. Helena me ayudó a poner su ropa en bolsas y pienso echarlo. No me sentiría segura sin que estuvieras conmigo.

Lavinia se sintió conmovida. No podía creer

que su madre al fin hubiera reaccionado respecto de Josué, que le impusiera como requisito su recuperación si quería volver a ver a su familia.

—Perdóname —lloriqueó Cristina cabizbaja—. Si yo hubiera sabido que Josué era así, me hubiera quedado sola con ustedes dos.

Lavinia sabía muy bien que Josué ya se había emborrachado varias veces antes de que Cristina decidiera irse a vivir con él y pensaba que eso debería haberle servido a su madre

como muestra de su futuro, pero calló. No quería desperdiciar la posibilidad de que Cristina hubiera abierto los ojos y finalmente estuviera decidida a poner fin a la situación que habían sufrido tantos años.

—Tu padre era tan diferente... —continuó Cristina con un nudo en la garganta. Helena escuchaba sin alarmarse, en la misma posición que había adoptado al salir del cuarto. Podía pasar horas como una estatua. Lavinia, en cambio, no podía creer lo que oía.

Cristina sonrió con melancolía—. Él me trataba bien y me enseñó tantas cosas... Cuando lo conocí, lo admiré desde el primer momento.

Los ojos de Lavinia se llenaron de lágrimas.

—Nunca me habías dicho todas esas cosas —susurró emocionada. Su madre se encogió de hombros.

—¿Qué sentido hubiera tenido? —lloraba—. ¿Para qué te lo iba a decir, para que lo extrañaras tanto como yo? Cuando me lo quitaron, pensé que mi vida se había

terminado.

—Pero te fuiste —le recordó Lavinia—. No tardaste en salir de noche, en...

—Era joven —replicó Cristina—. Sabés que me casé con tu padre a los diecinueve años, y cuando tenía tu edad, ya estaba viuda. Sentí que mi vida se había terminado. Lo amaba tanto... Todas mis ilusiones murieron ese día en que supe que me lo habían arrebatado, tan joven, tan fuerte, tan hermoso...

Lavinia se cubrió la boca

con las manos. Su corazón no alcanzaba a experimentar tantas emociones.

—Mamá... —balbuceó. Cristina continuó hablando acongojada.

—Pasé mucho tiempo triste, ni siquiera te miraba porque tus ojos me recordaban los suyos —contó—. Imagínate lo que se siente perder a la persona que más amás en el mundo, con ella se van tu vida, tus ilusiones, tu juventud.

Los labios de Lavinia temblaron. Nick no era suyo y lo sabía, pero solo pensar

que pudiera morir la aterraba. No. Hasta ese momento jamás había comprendido a su madre, ni ella se había hecho comprender.

—Pero después mi madre, mi hermana y mis amigas me obligaron a salir adelante —siguió diciendo la mujer—. Estabas vos, yo era joven y debía darte un padre. Lo malo fue que, después de tu padre, siempre me enamoré de las personas equivocadas —Cristina sonrió. Parecía necesitada de recordar—. Le gustaba coleccionar cosas —

dijo pensando en Carlos—. Tenía muchos, muchos libros, amaba la lectura. Siempre leíamos juntos... Leíamos la *Eneida*, por eso cuando naciste quisimos que te llamaras Lavinia. Fue el primer libro que leí en mi vida. ¡Qué diferente habría sido todo si no me lo hubieran matado!

Helena no se sentía celosa de las noticias que se estaba ganando su hermana, aunque ella jamás pudiera tenerlas. Su padre había sido un amor fugaz de Cristina y ni siquiera sabía quién era. O al

menos eso decía ella.

—Lo voy a extrañar hasta mi último día —acabó diciendo Cristina, presa del llanto.

Lavinia se inclinó hacia ella y la estrechó entre los brazos. Cristina respondió a su contacto.

—Lo siento, mamá —se disculpó Lavinia enseguida, al tiempo que se secaba las lágrimas que le rodaban por las mejillas con la mano—. Si hubiera sabido todo esto antes...

Helena jamás lloraba y no quería hacerlo, por eso miró

hacia otra parte que no fueran su hermana y su madre y pensó en algo que no fuera aquella escena, pero las tres estaban conmovidas.

El ambiente se rompió cuando se movió el picaporte y, como Cristina había puesto llave, la puerta no se abrió. Las tres miraron la cerradura, la madre con miedo, las dos hijas con valor. Casi parecían dos guerreras: una de falda azul hasta la rodilla y la otra de minifalda negra que apenas le tapaba la cola.

—¿Le vas a decir que se

vaya, Lavinia? —preguntó la madre refiriéndose a Josué. Lavinia se dio la vuelta.

—No —dijo—. Lo vas a hacer vos. Nadie más puede ponerle fin a esto —Cristina asintió en silencio, sabía que Lavinia tenía razón—. Todo va a salir bien, mamá —intentó tranquilizarla la hija—. Helena y yo estaremos en la habitación, pendientes de todo.

—Entretengan a Héctor —pidió Cristina, de repente preocupada antes por su hijo que por ella misma—. Sería

muy duro para él si escuchara algo.

—Quedate tranquila por eso —prometió Lavinia mientras su hermana, que parecía misteriosamente dispuesta a hacerle caso, abría la puerta de la habitación.

Cuando Lavinia entró al cuarto, Héctor abrió los brazos.

—¡Lavi! —exclamó. Al parecer se había olvidado de cómo habían terminado la última vez que se habían visto. Así funcionaba la mente de los niños,

desechaban lo malo y atesoraban lo bueno. Lavinia hubiera deseado poder hacer lo mismo con los últimos encuentros que había mantenido con Nick.

Los gritos de Josué no se hicieron esperar. Cristina, en cambio, no gritaba. Apenas alcanzaba a oírse que le pedía que se fuera, que se llevara sus cosas y regresara cuando estuviera recuperado.

—Esta es tu familia y te queremos —decía ella—, pero no así. ¡Así no!

Esa casa había sido

comprada con el dinero que el seguro de vida pagó por la muerte de Carlos, el padre de Lavinia. A Josué no le correspondía nada y nada se iba a llevar más que sus pocas cosas.

Cuando se oyó un golpe, Lavinia fue la primera en salir, pero Helena no se quedó atrás. Mientras la primera enfrentó a Josué, la otra se aproximó a su madre para revisarle el nuevo golpe. Josué alzó el puño hacia Lavinia, pero no se atrevió a dejarlo caer. Ella lo enfrentaba con las manos en

la cadera, ella lo había molido a palos.

—¡A mí no me golpeás!
—le recriminó a la cara—. Hacés lo que dice mi madre o llamo a la policía. O mejor llamo a Nick para que te haga matar, como te prometió. Buscá ayuda, Josué —ordenó después—. Si querés volver a esta casa, vas a tener que hacerlo sano.

Josué bajó el brazo con el que amenazaba a Lavinia, de mal grado recogió la bolsa de residuos con sus escasas prendas de vestir, se dio la vuelta y se marchó. Cristina

lloraba, abrazada por
Helena. Lavinia se volvió.

—Cambiaremos la
cerradura —determinó.

O

Fi conservaba la distancia que había impuesto entre Nick y ella a rajatablas. Solo iba a trabajar a la oficina y le dirigía la palabra únicamente en lo que refería a los negocios.

Nick tenía el coraje de hacerse el ofendido y practicar con Fi la misma indiferencia que ella fingía con él. Su departamento era

un alboroto, en una semana se había transformado en un desorden descomunal que apenas pudo acomodar un poco la empleada doméstica que le enviaron de una agencia a la que se vio obligado a llamar. Él se había prometido que jamás contrataría una, pero de no haberlo hecho, la mugre lo habría tapado. A decir verdad, era bastante desordenado, siempre lo había sido, y no quería mucamas porque se acordaba de su madre y de su tonta ideología de que era

injusto que algunos nacieran para servir y otros para mandar.

Se maldecía por ser tan estúpidamente profundo. Para él era importante que las cosas fueran hechas con amor: el desayuno, el acondicionamiento de la ropa, la limpieza. Pensaba, como un tonto, que el amor que se depositaba en las acciones se llevaba en el alma al beber el chocolate matutino, ponerse la ropa, aspirar el aroma de una casa limpia. Ahora el chocolate lo preparaba una máquina, la

ropa la acondicionaba un lavadero y la casa la limpiaba una mucama muy bien paga que no quería tener. Y aunque deseaba conformarse con todas esas cosas, no podía evitar que le faltara algo.

Fi ocultaba su preocupación a Nick, pero la sentía en el alma. Buscaba la manera de que él reaccionara respecto de Patricia, que la desechara de una vez como había hecho con tantas amantes a lo largo de esos años. No quería pensar que él era tan idiota

como para entregarse a una promesa que había hecho y que ya no tenía ningún valor, porque había dejado de sentirla.

Fue una tarde que, buscando esa luz que iluminara la vida de su hijo postizo, llamó a Lavinia.

—¡Fi! —la recibió ella con sorpresa y alegría—. ¡Qué bueno oír tu voz!

Fi no sonaba igual de feliz que Lavinia, aunque estuviera contenta de volver a hablar con ella. La muchachita siempre lograba transmitirle algo de paz.

—¿Estás ocupada? —
preguntó, taciturna.

—No —contó Lavinia—. Acabo de llegar de una entrevista de trabajo —dijo—. ¡Estoy tan feliz! ¡Quieren que trabaje como diseñadora! Nick me pasó el dato; de aceptar trabajaría para Javier Gonzaga, ¿lo conocés?

—Sí.

Fi estaba triste, silenciosa.

—¿Qué te pasa, Fi? —
indagó Lavinia—. ¿Estás bien?

—La verdad es que no —
respondió la mujer sin

ánimo de nada, y consiguió así preocupar a Lavinia.

—¿Qué pasa? —dijo mientras acercaba una silla hasta el teléfono con el pie, luego se dejó caer en ella.

—Es Nick.

—¿Qué pasa con Nick?

—Me tiene muy preocupada.

—¿Está bien? ¿Le pasa algo?

—Vos sos la única que puede ayudarlo.

Lavinia se llevó una mano al pecho, con los ojos muy abiertos.

—¿Yo? —replicó.

—Solo vos podés rescatarlo, Lavinia.

La urgencia y la desesperación con la que hablaba Fi consiguieron alarmar todavía más a Lavinia. Así y todo, no tenía idea de lo que la mujer diría.

—¿De qué podría rescatar yo a Nick? —preguntó.

—De Patricia Colombo.

—Su amante —Lavinia recordaba que Horacio Lowenstein había nombrado a una tal Patricia, la había definido como su esposa.

—¿Amante? —replicó Fi —. ¿Qué amante? ¡Su ex

esposa!

—La de Horacio Lowenstein —respondió Lavinia, muy convencida de lo que decía.

—La de Nick.

Lavinia entreabrió los labios, fruncía el ceño y ya no respiraba. No podía ser cierto, debía de haber dos Patricias, después de todo no era el nombre más extraño del mundo, no se llamaban «Lavinia».

—Entiendo —dijo—. Las dos se llaman Patricia.

—¿Quiénes dos? —Fi tampoco entendía una

palabra.

—La de Nick y la de Lowenstein—repuso Lavinia. Fi negó con la cabeza.

—Lavinia, no entiendo nada —dijo—. Patricia Colombo es una sola, y casó con los dos.

—¿Qué decís? —se sobresaltó Lavinia—. ¿Es bígama?

—Lavinia... —una sensación de alarma invadió el interior de Fi. Quizás Nick había sido tan estúpido que ni siquiera le había dicho a su novia que alguna

vez había estado casado—. ¿Nick no te había dicho que era divorciado?

—S... sí... —balbuceó Lavinia. Eso serenó a la mujer. Al parecer su hijo no era tan idiota, después de todo.

—No sé qué te habrá contado Nick, pero mejor comienzo desde el principio —resolvió—. Nick no siempre fue el que conociste.

—Sí, eso ya lo sé —la interrumpió Lavinia un momento. Había soltado la cartera al lado de la silla.

—Nick era un jovencito

estudioso, responsable,
tímido.

—¿Tímido Nick? —se rió
ella.

—Más de lo que podrías
imaginar —replicó Fi muy
seria. No se molestó porque
Lavinia no le creyera de
entrada lo que le contaba; no
era para menos, después de
lo que aparentaba Nick—.
Había sufrido mucho por el
divorcio de sus padres,
incluso había padecido antes
de que, gracias a Dios,
Octavio Larrazábal los
abandonara a él y a Teresa,
su madre. Porque el primer

apellido de Nick, por el que se lo conoció casi toda su vida, no es Hagen, que era el apellido de Teresa, es Larrazábal. Octavio fue siempre su pesadilla, su sombra opresora.

Lavinia tembló. Apretaba tanto el tubo del teléfono que parecía a punto de quebrarlo en dos. Nick no abreviaba un segundo nombre con la L, sino un apellido. Comenzaba a comprender... Cuando se sabían ciertas cosas, todo se hacía tan claro.

«Arquitecto. Mi padre era

arquitecto», le había dicho el con la voz apagada, con la mirada oscura, cuando ella le hacía preguntas sin tener idea de lo que estas agitaban en su interior.

—Nick era tan sensible que... —comenzó Fi—. Aún lo es —repuso con amargura en la voz. Lavinia tragó con fuerza un nudo de dolor—. Es tan sensible que siempre ha sufrido demasiado. Si ahora lo ves de esta manera, imagínate lo que era cuando apenas comenzaba a ser un muchacho. No sabía esconder sus emociones, no

sabía manejar sus sentimientos. Y en medio de todo ese maremoto, apareció ella: Patricia Colombo, la hija de su profesor más admirado. ¡Si vieras cómo la amaba, Lavinia! Había depositado todas sus ilusiones en esa relación.

Lavinia se humedeció los labios. No quería oír lo que ya sabía, que Nick amaba con locura a otra persona. Nick era ese niño inestable, de emociones fluctuantes, que era a la vez capaz de hacer las locuras más grandes por amor, las que

los adultos no se atreverían a hacer. No quería saber todo lo que había hecho por Patricia Colombo, no quería pensar que esa harpía lo había herido.

—Sé que te duele, Lavinia—siguió diciendo Fi presintiendo las emociones de Lavinia por su silencio—, pero tenés que escuchar. Patricia jugó un tiempo a ser la novia de Nick. Él lo hacía todo por ella, hasta trabajó para Octavio, su padre, con el daño que eso le causaba. Todo por ganar algo de dinero para ella. Teresa y yo

éramos empleadas domésticas, Nick no tenía un centavo para pagarle los gustos a esa descarada, y ella no supo valorar todo lo que él hacía para satisfacerla. Es más, cuando lo dejó le dijo que él era muy poca cosa para ella.

—Pobre Nick... — reflexionó Lavinia en voz alta. No había querido decir eso, pero le había salido del alma.

—Octavio lo humilló hasta el hartazgo —continuó Fi—. Sé que si Nick sabe que te estoy contando esto se va a

enfurecer conmigo, así que por favor consévalo en secreto.

—Fi...

—¿Sí?

—No quiero que me cuentes cosas que él no me diría —pidió Lavinia entristecida—. Si Nick quiere seguir siendo para mí el amante descarado, simpático y febril que muestra a todo el mundo, lo aceptaré antes que saber quién es en realidad por otra boca. Será mejor que dejemos de lado esta conversación.

—Lavinia... —Fi casi suplicaba—. No hacía falta que Nick te dijera todas estas cosas porque él había vuelto a ser él mismo mientras estaba con vos. No hacían falta palabras.

Lavinia apenas alcanzó a tomar un poco de aire. Las aseveraciones de Fi la dejaron débil y temblorosa. Nick no había sido él mismo con ella, no lo era con nadie. ¿Por qué esa mujer le estaba diciendo eso?

—Reía y conversaba. ¡Bailaba con vos, Lavinia! —clamó Fi con entusiasmo

—. Había dejado de hacerlo por culpa de las demandas de Patricia. Pero eso sucedió cuando fue su esposa. Lo presionó tanto con todo que Nick acabó destruido. Fumaba, no dormía, no vivía por conformarla.

—Creo que me perdí de algo... —la interrumpió Lavinia.

—Sí, claro, desordené la información —explicó Fi.

—Me dijiste que Patricia fue su novia y que lo había dejado.

—Así fue —asintió la mujer—. Al poco tiempo

Teresa descubrió que estaba enferma y... falleció —la voz se le tornó sombría—. ¡Nick sufrió tanto por eso!, su madre lo era todo para él, la persona que más amaba en el mundo.

«Ese nene tiene la suerte de tener una hermana que le dé un cachetazo por amor, y el día de mañana te recordará como yo recuerdo a mi mamá: como la persona que lo hizo todo por amor a mí», le había dicho él.

«Sueño con la sonrisa de mi mamá cuando me alcanzaba una taza de

chocolate bien caliente a mi cuarto mientras yo estudiaba. Esa sonrisa consigue templarme en los momentos más fríos, más oscuros», le había contado.

¡Nick sí se había abierto con ella, aun antes de proclamarla su novia!

Lavinia comenzó a llorar sin poder ocultar el llanto.

—Lo siento, Lavinia —se disculpó Fi en el mismo estado—. No quiero hacerte daño, pero necesitas saber todo esto. Fue después de la muerte de su madre cuando Nick comenzó a cambiar. De

pronto tenía fe en sí mismo, o eso aparentaba, conquistaba a todos con su buen humor, su aspecto físico, su charlatanería. Si algo no pudo dejar de ser, es inteligente. ¡Es una luz para todo! Pero se finge frívolo, superficial, despreocupado. Soy testigo de que, si triunfa en los negocios, es porque realmente trabaja. Nadie tan estúpido puede crecer tanto. Lo cierto es que su primer logro como ingeniero te lo debe haber contado a medias, pero al menos te lo habrá insinuado.

—Sí —asintió Lavinia, casi sin voz—. Sí lo hizo.

—Lo obtuvo incluso antes de graduarse. Pablo lo ayudó con su firma, porque ya estaba recibido. ¿Te das cuenta? Si en algo tiene razón la gente es en que es una eminencia.

—Sí, yo también lo pienso —acotó Lavinia un poco más serena. Sonreía.

—Entonces Patricia tuvo la maldita idea de volver —siguió Fi. Su resentimiento hacia esa mujer se hacía evidente en su voz—. Se sintió atraída por un

guerrero, un ave fénix, y todo ese poder que Nick emanaba de pronto la hechizó. El, que soñaba con formar una familia...

—¿Nick una familia...? —susurró Lavinia sin poder creer lo que escuchaba y repetía.

—...la aceptó. La aceptó porque al tenerla con él pensaba que volvía al pasado, pero solo arruinó su vida. Se casó con ella, pero como era de esperarse, al poco tiempo Patricia se aburrió y entonces se buscó amantes. Entre ellos

apareció

Horacio

Lowenstein.

—¡Horacio Lowenstein!

—exclamó Lavinia al tiempo que saltaba de la silla.

«Tenes el corazón tan grande que sos capaz de ayudar a Lowenstein a recuperar a su... esposa. Aunque eso signifique traicionarme a mí», le había dicho Nick. Ella lo había acusado de acostarse con una mujer casada, de destrozar una familia y él... él solo trataba de recuperar lo que había sido suyo, esa

odiosa colorada que lo tomaba del brazo en el barco y a la salida de la comisaría. Lowenstein era el que había destrozado su familia imaginaria, y ni siquiera había tenido el valor de decírselo a ella en más de dos horas que habían pasado juntos en el hotel. Lowenstein y esa horrible mujer habían sido una ruina para Nick, después de que él hubiera superado otras.

Lavinia estuvo a punto de romper algo. ¡La odiaba! ¡Patricia Colombo había engañado a su Nick, lo había

hecho sufrir! La habría matado.

—Nick le dio todo — siguió diciendo Fi—. Sé que quería tratar a su esposa como Octavio no había hecho con su madre, que quería demostrarse a sí mismo que no era como él. Pero Patricia no se lo permitió, por el contrario, fue el nuevo Octavio en la vida de Nick cuando él al fin se había deshecho del otro. Transformó las ilusiones y principios de Nick en debilidad, y cuando se aburrió de eso también,

entonces se fue con su amante. Se divorció de Nick y se casó con Horacio Lowenstein, que hasta el momento no había sido más que una competencia laboral de Nick, como cualquier otra—Fi se tomó un momento para respirar—. Patricia es un demonio, por algo viste de rojo.

Lavinia hubiera reído de aquella afirmación, pero no pudo soltar palabra. Sus pensamientos iban y venían en todas direcciones.

—Patricia destruye todo buen hombre que se cruza en

su camino —aseguró Fi.

—Nick tampoco es un cachorrito —espetó Lavinia haciendo uso de su extraña convicción.

—No lo es —afirmó Fi—. Está lejos de ser un cachorrito, gracias a Dios. Pero vos no conocés toda la verdad, ni siquiera te la imaginas, y yo no sé si pueda decirla en este momento. Todavía queda más que no conocés de él.

A Lavinia no le quedaba duda de que así era, pero el saber que en realidad él sí se había abierto con ella,

aunque no hubiera podido interpretarlo, la consoló.

—Creo que sí me había dicho todas esas cosas después de todo —concluyó con voz pausada—, pero lo hace de forma tan velada que se hace difícil llegar hasta el final.

—No me extraña —asintió Fi—. En el fondo está aterrado de amar. Nick no había vuelto a confiar en ninguna otra mujer, ni tampoco se había relacionado más con chicas como vos.

—¿Con chicas como yo?

—Mujeres dignas de ser amadas.

Lavinia suspiró. Sabía el rumbo que tomaba la conversación y no deseaba oírlo.

—Realmente aprecio lo que me decís, Fi, pero...

—¡Te lo suplico! —la interrumpió la mujer sin ocultar su desesperación—. Nick necesita a un ángel como vos.

—Pero ama al demonio —se interpuso Lavinia—, y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Te lo ruego, Lavinia...

Si reaparecieras en su vida...

—¿Y condenar la mía al lado de un hombre que me hará el amor pensando en otra? —reclamó Lavinia. Le dolían el pecho y el alma al pronunciar esas palabras, pero no iba a engañarse con eufemismos—. Lo siento, pero me quiero más que para acabar de ese modo.

—Ese es el problema, que Nick no se quiere ni un poquito —reflexionó Fi amargamente—. Tiene la autoestima pisoteada, incluso diría que se odia. De lo contrario no seguiría

pretendiendo convencerse de que ama a esa harpía.

—¡Es que la ama, Fi! — replicó Lavinia ofuscada.

—Nick está encaprichado —aseguró la mujer—, eso no es amor.

—Pues mientras esté enamorado, encaprichado o lo que sea con otra, por mí puede arder en su propio infierno —sonó dura. Era dolor, no resentimiento—. Perdóname —agregó enseguida para compensar lo anterior—. Entiendo tu preocupación, pero no hay nada que yo pueda hacer.

Quiero seguir en contacto con vos, podemos ser amigas, pero no hablemos más de Nick. Por favor.

Fi suspiró. No era lo que ella esperaba, pero debió conformarse con eso. Comprendía a Lavinia y su determinación.

Capítulo 25

A pesar de la conversación que había mantenido con Lavinia y de la paz que esa jovencita le había transmitido, Fi no podía quedarse tranquila. Así y todo, disimulaba su creciente preocupación delante de Nick y se mostraba seria y distante. Solo hablaban de asuntos de trabajo y cuando él trataba de hablarle de su distanciamiento, con todo el

dolor del alma Fi le preguntaba si se le ofrecía algo más, él claudicaba en su intento de comunicarse con ella, y acababan separándose de nuevo.

Nick creía haber superado el hecho de que su padre se olvidara de llamarlo cada tres de marzo para su cumpleaños cuando él todavía esperaba su llamado, lo cual sucedió hasta sus veinte años. Sin embargo, ahora que cumplía treinta y cuatro y estaba distanciado de Fi, lo recordó. Por otra parte pensaba que la mujer

no soportaría ignorar esa fecha y entonces tendría oportunidad de reconciliarse con ella, pero fue llegar a la oficina y darse cuenta de que esta vez, Fi no lo perdonaría.

Después de una noche de viernes muy agitada, ese sábado Nick bajó del ascensor y se encontró con que Fi ya estaba sentada a su escritorio. El no solía trabajar en la oficina los fines de semana, pero como tenían varios asuntos atrasados, habían acordado hacerlo. En otras oportunidades, ella había ido

a su casa, le había preparado un desayuno especial, lo había acompañado y luego hasta se había molestado en sorprenderlo con una torta en el trabajo. Siempre de chocolate y mouse, como a él le gustaba. Nada de eso se concretó ese día.

Él pasó por delante de su escritorio, todavía pensando que podía obtener algo más que un saludo, lo cual tampoco sucedió.

—Hola, Fi —intentó. Ella no levantó la vista de sus papeles.

—Hola —respondió por

mera educación.

Fi hubiera deseado saltar de la silla, abrazar a Nick y llenarlo de besos mientras le entonaba el feliz cumpleaños, pero resistió estoicamente los embates de sus sentimientos. Quería que Patricia fuera la única que quizás, si sus demás actividades vacías se lo permitían, deseara un feliz cumpleaños a Nick, y que entonces él se diera cuenta de si ese único saludo era el que necesitaba.

Decepcionado por la actitud de Fi pero incapaz de

dar el brazo a torcer, Nick encendió el primer cigarrillo a las nueve de la mañana. Consuelo de tontos. Necesitaba relajarse para poder pensar con claridad y resistir a todas las obligaciones. Casi no dormía porque tenía insomnio, fumaba más de veinte cigarrillos por día y no abandonaba la noche. Si no podía dormir, como no quería pensar, terminaba en el bar.

Para las diez y media, llevaba fumados cinco cigarrillos, había discutido

con un sindicalista y tenía más ganas de estar en el bar que de trabajar. En la oficina no dejaba de pensar en que era su cumpleaños y Fi ni siquiera lo había saludado, en que Patricia no hacía más que salir de compras y en que Lavinia lo mantenía inquieto. ¿Por qué todavía tenía que acordarse de ella? ¿Por qué no podía desecharla y focalizarse en sus objetivos? ¿Pero cuáles eran esos objetivos en realidad, si todo lo que hacía era recordarla?

Tenía calor, pero no se

sacaba el saco. Se dio cuenta incluso de que algunas gotas de sudor le recorrían la frente y de que le estaba costando respirar, sin embargo, no abría la ventana. No porque no quisiera, sino porque no se daba cuenta de que tenía los sentidos embotados. No lo supo hasta que su oficina dio vueltas a su alrededor al punto de que le pareció que podía vomitar.

Todo ese malestar tenía que pasar. Tenía que pasar, sí. No era más que el recuerdo de las noches de

insomnio.

Pero empeoró.

Después de que le doliera el cuello, una especie de electricidad se extendió por su brazo izquierdo. Estiró la mano rápido, dobló los dedos varias veces pensando que se trataba de un calambre, pero tampoco sirvió. Pensó que había apretado el puño demasiado fuerte, que jamás le había dolido nada, que el aire se negaba a entrar en sus pulmones, que el dolor se hacía insoportable. Y entonces lo sintió: el peso de

una inmensa grúa en su pecho, como un tornillo que le provocaba una opresión y le impedía moverse o respirar.

No, eso no era nada conocido, no podía ser normal. Sintió miedo, un terror como jamás había experimentado, y la desesperación de morir sin haber encontrado esa luz que le había sido prometida. Había sido su culpa. Sí, todo era su culpa.

Se estaba dando por vencido. Él nunca hacía eso, peleaba hasta el final sin

importar nada; las cosas jamás debían dejarse a la mitad y siempre era mejor saber hasta dónde se podía llegar, cuál era el final del túnel, y no la incertidumbre.

Con fuerzas brotadas de esos pensamientos, consiguió hacer llegar la mano al intercomunicador y presionar el botón que lo conectaba con su secretaria. Fi recibió el llamado.

—¿Sí? —preguntó. Esperaba la orden que le daría su jefe, pero no obtuvo respuesta—. ¿Nick? —insistió. Quizás él se había

equivocado de botón. Pero ¿por qué no hablaba? ¿Por qué no cortaba la comunicación?—. ¿Nick?

Se levantó de la silla y casi corrió hasta la oficina, presintiendo algo. Intuición de madre, quizás. Cuando abrió la puerta y lo vio tendido sobre el escritorio, rodeado del extraño silencio que invadía la oficina, supo que no estaba dormido, ni llorando, mucho menos haciéndole una broma.

O

El aire del Centro Médico

se cortaba con cuchillos. Fi caminaba de un extremo al otro del pasillo, iba y venía desde la puerta de la sala de emergencias hasta la que comunicaba con una sala de espera inútil. Ella no podía sentarse a esperar. Ni bien vio aparecer un médico, corrió hacia él.

—Por favor, dígame que está bien —suplicó con los nervios de punta, los ojos húmedos y la respiración agitada.

—Fue un pre-infarto.

Fi se llevó ambas manos a la boca, luego las dejó caer

bruscamente para interrumpir. No se dio cuenta de que, por supuesto, el médico no iba a dejar la frase solo en ese anuncio.

—¡Pero es demasiado joven! —exclamó.

—No hay edad para estas cosas, señora —replicó el hombre—. Quédese tranquila. Estamos tratando de estabilizarlo y de evaluar el alcance de los daños.

Fi sabía por conocimiento popular que era más difícil que un hombre joven resistiera un pre-infarto o un infarto que un anciano, y si

todavía estaban tratando de estabilizarlo, eso quería decir que el peligro no había pasado.

El médico siguió su camino. El miedo recorrió cada centímetro del cuerpo de la mujer. Fi tragó con fuerza y se preguntó qué debía hacer. Sin dudarlo se encaminó al teléfono público y marcó un número.

—Hola —respondió la voz a los gritos. Fi intentó hablar, pero se hacía imposible. Lavinia también se dio cuenta—. No oigo —dijo—. Espere que bajo el

volumen de la música, por favor.

Fi sintió que Lavinia se alejaba. La música acabó y ella regresó al teléfono.

—Ahora sí —dijo—. Hable.

—Lavinia, soy yo, Fi.

—¡Ah, hola, Fi! —la recibió la muchacha, siempre amable, dándole la bienvenida—. ¿Cómo estás?

Fi no podía responder a esa pregunta.

—Lavinia, escúchame...

La voz de Fi logró alarmar a Lavinia, la hizo fruncir el ceño y tomar una inspiración

profunda.

—¿Algo está mal? —
inquirió con voz temblorosa.

—Es Nick.

—¿Qué pasa con Nick?

—Está en el Centro
Médico que conocés.

Lavinia sintió que su mundo se desmoronaba, casi cayó al piso de miedo porque supo por la voz de Fi que Nick no estaba en un centro médico por un dedo magullado, ni él habría ido por algo tan simple. Nick nunca se enfermaba.

—¿Chocó? —arriesgó lo primero que se le vino a la

mente. Lo había visto conducir y sabía que cuando manejaba iba rápido, hacía maniobras temerarias y parecía atender varios asuntos a la vez, con lo cual podía haberse accidentado.

Fi se esforzó por sonar tranquila, pero aun así no pudo esconder su temor.

—Tuvo un pre-infarto.

Lavinia abandonó todo cuanto estaba haciendo y, tal como estaba, se largó a correr por las calles húmedas. La lluvia la atrapó cuando bajó del colectivo.

Llegó al Centro Médico

empapada y temblando de nervios. El cabello le caía pesado sobre la espalda y algunos mechones rubios se le adherían al rostro compungido. Tenía la remera blanca pegada al pecho, los pantalones deportivos pesados y las zapatillas emitían un *splash splash* estremecedor. Se aferró al mostrador de la recepción para no caerse redonda al piso de la preocupación.

—Busco a Nicolás Hagen
—alcanzó a explicar.

—¿Es un paciente

internado? —le preguntaron en respuesta.

—No sé, pero fue una emergencia.

El muchacho ingresó los datos a la computadora. Los instantes que tardó en brindar alguna información se hicieron eternos para Lavinia, que estiraba la cabeza en un vano intento por interpretar algo de lo que se reproducía en el monitor.

—Está en la sala de estabilización —le comunicaron al fin.

—¿Y dónde es eso? —

preguntó ella.

—No puede pasar, tiene que esperar aquí —le ordenó el muchacho en respuesta a su pedido.

—Pero eso no puede ser, su... su madre está con él —dijo sin pensar en quién era Fi en realidad—. Tengo que saber algo más.

—Disculpe, pero deberá esperar aquí —insistió él.

—¡No voy a esperar! —replicó Lavinia, que a la vez pensó en utilizar la única arma disponible—. Llame al doctor Dickinson, es el

director de este lugar —dijo—. Y es mi abuelo. Estoy segura de que él me permitirá pasar.

—Señorita...

—¿Qué? ¿También se niega a llamar a mi abuelo? El chico miró a su compañero. Este asintió con la cabeza, entonces tomó el teléfono.

—Tome asiento, por favor —pidió a Lavinia. Aunque ella quería escuchar qué decía el joven, obedeció.

Mientras el chico se comunicaba con el director de la clínica, Fi apareció.

Vio a Lavinia sentada en una de las sillas de la sala de espera, chorreando agua y con el maquillaje corrido por las mejillas, y el corazón se le encogió. Esa muchacha sí que amaba a Nick. ¡Ella de verdad lo quería!

—Lavinia —dijo una vez que llegó a su lado. Lavinia se puso de pie de inmediato, hasta ese momento había estado tan metida en sus pensamientos que no había notado la presencia de Fi.

—¿Ya te dijeron algo más?

—Consiguieron

estabilizarlo.

El anuncio de Fi serenó un poco a Lavinia, aunque no se llevó su temor. —¡Pero tiene apenas treinta y tres años! —exclamó, incapaz de creer que un hombre tan joven pudiera estar sufriendo un pre-infarto.

—Treinta y cuatro —
repuso Fi cabizbaja. Se sentía terrible por no haber hecho nada por Nick ese día, por haberlo ignorado. Lavinia frunció el ceño, entonces se vio obligada a hacer una aclaración—. Hoy es su cumpleaños.

En ese momento, el doctor Carlos Dickinson se aproximó a ellas después de que su empleado de recepción señalara en dirección a la mujer que lo buscaba.

—Aquella joven dice ser su nieta —le había explicado.

—Señoras. ¿Me buscaban? —preguntó una vez junto a Lavinia y a Fi. Su mirada estudiaba a la muchacha, que acababa de llevarse una sorpresa. Lavinia se había olvidado por completo de que había dicho ser la nieta

de ese hombre y ahora tendría que responder ante su error.

—Disculpe, fui yo — explicó Lavinia—. Pero ya no es necesario, le agradezco su pronta respuesta. Él fruncía el ceño.

—¿Nos conocemos? — preguntó—. ¡Oh, sí! — repuso enseguida—. Nos conocimos en la inauguración de este lugar, ¿cómo olvidarla? Es la novia de nuestro ingeniero.

—Sí —asumió Lavinia sin ánimos de explicar al

médico los pormenores de su relación con Nick—. Nos vimos en la inauguración — agregó.

—No me digan que el señor Hagen ha requerido de nuestros servicios.

—Está en la sala de estabilización. Sufrió un pre-infarto —explicó Fi, atrapada por la posibilidad de que el mismo director del Centro Médico se hiciera cargo de Nick. Fue lo que el hombre ofreció.

—¡Dios santo! Me ocuparé yo mismo de él. La

conversación se interrumpió cuando una voz se interpuso, ignorando todas las otras.

—¿Qué pasa acá? —

Patricia reclamaba. No preguntaba, no se preocupaba: exigía—.

Llegué a la oficina y una empleada me dijo que se habían llevado a Nick en una ambulancia y no sé cuántas cosas más. ¡Es un nenito, siempre llamando la atención! ¿Qué le pasó ahora?

—¿Y quién es esta simpática señora? —ironizó el doctor. Patricia, altanera,

se dignó a mirarlo.

—La esposa.

Lavinia bajó la mirada. No solo sentía que le enterraban un puñal, y sino que, además, temblaba de ira. Ahora que podía estudiar a la tal Patricia Colombo de cerca, notaba la gruesa capa de maquillaje que recubría su rostro, lo avejentada que tenía la cara operada, cuánto se esforzaba porque su cuerpo pareciera firme, y supo que todo eso no era más que una máscara. Esa mujer solo tenía un cuerpo, no tenía alma. Era un envase

vacío.

Se preguntó cómo podía entrar despotricando en contra de Nick como si se lo hubieran llevado en una ambulancia porque tenía una uña rota, y casi se sintió capaz de darle unos cuantos golpes, como Había hecho con Josué. Añoraba un saco de box.

—Pero cómo... — balbuceó el doctor Dickinson, sin entender una palabra. Nicolás Hagen tenía esposa y novia. Bueno, podía ser, aunque la que tenía pinta de esposa era la

que vestía de blanco y de amante la que vestía de rojo, no al revés.

—Tuvo un pre-infarto — replicó Fi. Se notaba en su tono de voz y en su mirada que acusaba abiertamente a Patricia del mal que Nick había padecido, pero esta ni se dio por aludida.

—¿Y cómo no me llamaste? —le espetó—. ¡Enterarme por una empleada mientras ella ya está aquí! —señaló a Lavinia sin volverse, la costurerita no valiera siquiera una mirada—. ¿Vos

la llamaste?

—Sí —respondió la secretaria.

—¿Y qué te hizo pensar que ella era necesaria?

—Lavinia... —comenzó a responder Fi, pero su frase fue truncada por el médico, que había enterrado los ojos verdes en Lavinia.

—Lavinia... —masculló —. ¿De verdad sos vos?

Lavinia todavía no se había atrevido a alzar la cabeza.

—Sí, soy yo —replicó.

—¡Por Dios santo, cuánto creciste! —exclamó el

doctor—. ¡Cómo dudar de que sos vos! Si sos... sos su fiel retrato.

Nadie más que el médico y Lavinia entendieron que se refería a su padre.

—No pertenecemos a esta conversación, Filomena — intervino Patricia sin escrúpulos—. Indicame dónde puedo hallar a Nick, a ver si se deja de jueguitos y me puedo ir a mi casa.

—¿Quién mierda te creés que sos? —comenzó Lavinia, que ya se iba encima de Patricia con los puños apretados a los

costados del cuerpo, incapaz de contenerse, pero el médico interrumpió esa acción.

—Establezcamos prioridades —dijo. Buscaba romper con la pelea que intuía venir—. Primero visitaré al señor Hagen y después quiero hablar con vos, Lavinia. Así que, por favor, no te vayas.

El doctor Dickinson se encaminó al pasillo y Patricia lo siguió, pero antes de avanzar más allá de Fi, se detuvo y la miró.

—Vos también podés irte

—le ordenó—. Tampoco sos necesaria aquí.

Lavinia tenía la boca abierta, no podía cerrarla. Fi se estableció a su lado para ver, como ella, el odioso cuerpo de Patricia alejarse detrás del doctor Dickinson.

—¿Ves lo que te digo? —le habló al oído—. Es una harpía. La odio. ¡La odio!

—Solo me molesta que maltrate a Nick —dijo Lavinia con resignación—. Por lo demás, tiene razón.

Fi la miró sin poder creer lo que escuchaba.

—¿En qué tiene razón? —

preguntó.

—Yo no tengo nada que hacer acá —Lavinia pensaba que tenía que asumir esa verdad indiscutible.

—¿Y vas a darle el gusto? Yo no pienso irme.

—Porque vos sos como una madre para Nick. ¿En cambio yo que soy?

—¿Qué decís? Nick te adora.

—Andá, Fi —la instó Lavinia, temiendo lo que esa mujer pudiera hacer a Nick teniéndolo solo para ella. Él no estaba en condiciones de soportar sus embates—. Yo

espero acá. Ya viste que el médico es un familiar lejano que no había visto por años y me pidió que lo espere.

—¿Estás segura? —Fi dudaba.

—Sí —sonrió Lavinia—. Manténeme informada.

Fi se alejó. Ni bien Lavinia la vio atravesar la puerta que conducía al pasillo por el que antes se habían internado Carlos Dickinson padre y Patricia, no esperó. Regresó a casa.

Patricia odiaba los problemas, odiaba perder el tiempo en un hospital. No se

había pre-infartado Horacio Lowenstein, que tenía veintiséis años más que Nick, y venía a hacerlo él.

Lo primero que inquirió Patricia fue si ese inconveniente en su corazón le produciría algún tipo de disfunción sexual. Lo preguntó sin reparos, sin tapujos, pero al menos lo hizo a espaldas de Nick.

—De ninguna manera —le explicó el médico—. Absolutamente nada. Si todo sale como esperamos, podrá hacer vida normal. Eso sí: lejos del cigarrillo y, de ser

posible, del alcohol.

Qué demonios le importaba a ella. Si Nick iba a seguir haciéndole el amor tan bien como lo hacía hasta ese momento, un cigarrillo y un par de copas no podían hacerle daño.

Al día siguiente, Lavinia no salió de casa esperando el llamado de Fi, que no ocurrió hasta esa tarde.

—Te fuiste —le reclamó la mujer—. ¿Por qué?

—Ya te lo dije, Fi — Lavinia sonaba agotada, no había dormido en toda la noche por temor—. Decime

cómo está Nick.

—Como si nada hubiera pasado —largó la mujer.

Lavinia sintió que se desmoronaba. Había pasado tantas horas de tensión, pensando en él sin poder estar a su lado, que el alivio la dejaba ahora débil y temblorosa.

—Los médicos dicen que salió del episodio prácticamente ileso y que podrá hacer vida normal pronto, pero el doctor Dickinson todavía quiere controlarlo, por eso no lo deja ir a casa todavía. Eso sí:

le hicieron una amenaza colectiva respecto del cigarrillo, la noche y el alcohol.

Lavinia se había puesto a llorar. El miedo que había atravesado todas esas horas la había dejado sensible, todavía pensando en que Nick podía irse y ella se moriría si él le llegaba a faltar.

—¡Esa bruja! —exclamó Fi ante el silencio de Lavinia—. Si pudiera dar a Nick una caja de cigarrillos en plena habitación de la clínica, se la daría.

—No quiero saber de ellos, Fi —pidió Lavinia con pesar—. Me duele mucho, por favor... no me digas nada. Solo quiero saber sobre la salud de Nick, nada más. Yo deseo que él sea feliz, tan feliz que ni siquiera se acuerde de mí. Nunca más.

Por piedad, Fi evitó decirle que Patricia no podía hacer feliz a nadie. Si Lavinia no quería oír nada acerca de esa mujer, tendría que respetar su decisión. Entonces le dio su número de teléfono personal y le pidió que por

cualquier necesidad no dudara en llamarla. Lavinia se lo agradeció.

Por la noche, no pudo cenar. Hacía más de veinticuatro horas que no probaba bocado y tampoco sentía que pudiera hacerlo en algunas horas más. Había acordado con Javier Gonzaga que haría algunas muestras de trabajo para enseñarle sus ideas, pero tampoco podía concentrarse en ellas.

Necesitaba ver a Nick, aunque fuera una última vez, por eso acudió al Centro

Médico, a donde llegó cerca de las once. El recepcionista de internación le informó que el horario de visita había terminado a las siete. Ante esa respuesta, Lavinia, que se había hecho una experta usurpadora de identidades, le dijo que era el relevo de quien lo había acompañado hasta ese momento y que venía a cuidarlo toda la noche.

—Su esposa... —indagó. Le había dolido tanto decir eso que casi estuvo a punto de salir corriendo y olvidarse del rol que se

había propuesto desempeñar —. ¿Se encuentra con él?

Quería saber si Patricia estaba en el cuarto, porque en ese caso no podría ver a Nick.

—Me avisó que salía un momento —replicó el guardia—. Ella tiene el pase, pero está bien, puede pasar y que luego se lo entregue arriba cuando vuelva a subir, pero no podrán permanecer las dos en el cuarto.

Era perfecto, justo lo que necesitaba. Se iría antes de que Patricia volviera.

—Entendido.

El hombre le dijo el número de habitación y ella subió de dos en dos las escaleras, para hacer más rápido.

Antes de avanzar espió el pasillo desde la sala de espera del sector de cardiología, en caso de que Patricia hubiera subido sin que el guardia se hubiera dado cuenta. Estaba vacío. Avanzó hasta la habitación correspondiente y abrió un poco más la puerta, que estaba entornada. Nick dormía, y al verlo, ya no

resistió el impulso de entrar.

Se escurrió como una sombra hasta la silla que había junto a la cama y se dejó caer allí. Colocó los brazos sobre el colchón y escondió el rostro entre ellos, incapaz de evitar el llanto.

—Oh, cuánto lo siento, Nick... —susurró, consciente de que él no podía escucharla.

¿Pero qué estaba haciendo? Él no había muerto, estaba más vivo que nunca y en cuanto saliera de allí seguro desearía dejar de

perder el tiempo y recuperar su vida junto a su esposa. Entonces para ella, Nick moriría en ese cuarto, en ese preciso instante.

Alzó la cabeza y se lo quedó mirando. Se veía tan atractivo y joven cuando dormía, tan capaz de amar, porque en esos momentos parecía que su inocencia nunca se había perdido, que su alma seguía habitando su cuerpo hermoso.

—Un día te vas a despertar a su lado —vaticinó con una sonrisa de tristeza y de amor en los labios—. Serás muy,

muy anciano, y pensarás viéndola yacer en tu cama: «Aquella chiquilla de nombre extraño... ¡cuánto me amaba!».

Ese era el fin, esa era su despedida. Hasta que un haz de luz artificial la cegó y la hizo alejarse de Nick como si con solo estar sentada a su lado pecara. Giró la cabeza y se encontró con Patricia destilando ira por los ojos.

Lavinia corrió hacia la puerta, no le quedaba más opción que acercarse al demonio para salir del cuarto. Patricia se apartó

para darle paso, ¡claro que deseaba que Lavinia se retirase! La costurerita la pasó por al lado pretendiendo ocultar sus lágrimas. ¡Quién se creía para aparecer por ahí! ¡Quién se creía para llorar por Nick!

—¡Hey, chiquita! —la llamó. Lavinia se detuvo en seco. ¿Qué debía hacer? Sin dudas lo más apropiado era irse, agachar la cabeza y marcharse como lo haría cualquiera que en la vida de Nick no fuese nadie, como ella, pero se volvió—. ¿Qué

te pensás que estás haciendo?

Todo el valor y la fuerza perdidos volvieron de pronto al cuerpo de Lavinia. Desanduvo los pocos pasos que la habían alejado de la mujer y la estudió con asco y con lástima. ¿Cómo Nick podía estar enamorado de ese ser vacío e inescrupuloso? Si antes le había parecido una mujer sublime, altanera e imponente, ahora no le parecía más que una egoísta malcriada.

Meneó la cabeza con

resignación y se volvió. No le encontró sentido a gastar una sola palabra en alguien tan frívolo y estúpido.

—¡No te atrevas a darme la espalda, mocosita! — bramó la otra con esplendor.

Lavinia se detuvo de nuevo. ¿Irse? ¿Irse sin decirle nada? ¡¿Por qué?!

En apenas tres pasos volvió a estar frente a la pelirroja.

—¿Qué querés preguntar? —le soltó a la cara.

—No voy a preguntarte nada —replicó la otra, pretendiendo sonar

amenazante—. Te voy a advertir. No te interpongas en mi camino —Lavinia se le rió en la cara. De verdad, sin fingimientos. Y Patricia no pudo soportarlo. ¡Ella era la que se reía! ¡Ella se reía de Nick, no una costurera de ella!—. ¿De qué te reís, estúpida?

—De que me tenés miedo —respondió Lavinia gozándola.

Esa respuesta fue la peor que Patricia podría haber escuchado. ¿Miedo ella? ¿Miedo de una costurera? Soltó una de sus falsas y

estruendosas carcajadas,
esas que utilizaba para atraer
la atención de sus amistades.

—Escúchame bien,
trepadora —quiso seguir
hablando.

—¿Trepadora yo? —
Lavinia no se molestaba en
dejar de sonreír.

—¡Sos una completa
ingenua si pensás que Nick
puede estar verdaderamente
interesado en vos! —
pretendió herir a Lavinia—.
Te faltan años y experiencia,
nena. Él te dejó, ¿lo podés
entender? ¿O sos tan
ignorante que no podés

entender eso?

Lavinia enarcó las cejas. Se mordía los labios para no reírsele en la cara.

—¿Qué Nick me dejó? — ya no pudo aguantar la risa —. ¡Si yo lo dejé a él!

La furia se esparció por Patricia como una serpiente que la iba envenenando. ¡Nadie más que ella había dejado a Nick, por eso él la amaba! Se adelantó un paso y se pegó al cuerpo de su oponente, que era unos cuantos centímetros más baja que ella.

—No te metas en mi

camino, costurerita, porque te las vas a ver conmigo. ¿Escuchaste? —amenazó. Lavinia fruncía el ceño, divertida. ¡Se sentía milagroso! No tenía miedo, no se sentía inferior a Patricia, ni siquiera le provocaba dolor, solo pena. Una pena inmensa por ella.

—Sos patética —se le escapó. La otra montaba más y más en cólera. No entendía cómo era posible que esa chiquilla no estuviera temblando de miedo.

—¿Qué te atrevés a decirme? —clamó.

—Que sos una tonta —
Lavinia de verdad pensaba
que Patricia lo era.
¡Desperdiciar el amor puro
de Nick!

—Seré una tonta, pero él
es mío. Y vos... —la señaló
con el dedo, la miró de la
cabeza a los pies—. Vos no
sos más que una pobre
costurera que tarde o
temprano se dará cuenta de
que no tiene un ápice de
posibilidad con Nick. Nick
jamás se interesaría por una
mujer como vos.

—No, claro —asintió
Lavinia, llena de paz—.

Porque a Nick le gustan las putas —sonrió para agregar con un tono musical—: Como vos.

Acabada la contienda por su parte, se dio la vuelta y transitó el pasillo sin atender los reclamos que hacía la otra, sin prestarle el más mínimo de atención. Sus oídos se habían cerrado a aquellas palabras vacías y se sentía tan bien en tanto tiempo que la sonrisa no se le borró de la cara hasta que llegó a casa y llamó por teléfono a Fi.

—Y entonces me dijo que

yo no tenía ni una sola probabilidad con Nick — contó. Hacía quince minutos que hablaba de Patricia, se había olvidado por completo de que había exigido a Fi que no lo hicieran nunca más.

—¿Y qué le respondiste?
—Fi estaba más que interesada en el asunto que Lavinia le contaba con tanto entusiasmo. Por eso le resultaba imposible disimular su asombro y curiosidad.

—Le dije que eso era algo obvio, porque a Nick le

gustan las putas.

—¡Oh, mi Dios, Lavinia!

—exclamó la mujer, boquiabierta—. ¡Estuviste genial! ¿Y qué te respondió?

—Ah, no sé —se encogió de hombros Lavinia, indiferente—. Me alejé tan muerta de risa que no escuché nada más —suspiró—. Ay, Fi, creo que tenés razón. Nick no puede estar enamorado de esa cosa —la expresión dio risa a la mujer.

—Te lo dije, Lavinia, te lo dije.

—El problema es que me niego a que Nick sea un

trofeo de guerra —agregó Lavinia muy seria—. Además, él solo está interesado en uno de los bandos, y ese no soy yo.

Después la conversación se trasladó a una deuda que Nick había pagado por ella y que Lavinia deseaba retribuirle. Evitó aclarar a Fi de qué se trataba el asunto completo, y, muy en su sitio, la mujer tampoco preguntó.

—Va a ser mejor que te olvides de eso —sugirió a Lavinia—. Nick jamás permitiría que le devuelvas dinero de una deuda que él

quiso pagarte.

Lavinia no estaba dispuesta a resignarse y pensó en hacerle llegar el dinero en cuanto pudiera, del modo que fuese. Sin embargo, desistió poco después, pensando que sería mejor dejar las cosas como estaban. Después de todo, él ya no tendría que pagarle más deudas, porque jamás volverían a verse y no quería darle motivos para hacerlo, por ejemplo, devolviéndole la plata que él ya había invertido en ella. Después de todo, estaba acostumbrada a

la resignación. Pocas veces en la vida había obtenido lo que deseaba. Era mejor hacer borrón y cuenta nueva.

Además de prohibirle fumar y beber más de la cuenta, los médicos le indicaron rehabilitación y le recomendaron que se tomara unas vacaciones, pero Nick se negó y pidió que en el trabajo nadie hiciera referencia alguna a lo sucedido. El primer día que volvió a la oficina, sus empleados le hicieron un convite de bienvenida en el que él se mostró, como

nunca antes, avergonzado. Lo cierto era que se creía tan fuerte que la vergüenza la sentía por haber estado enfermo y porque nunca le había gustado ser el centro de atención en nada que le rindiera algún tipo de reconocimiento. No quería que se hiciera referencia a su accidente, pretendía que todos hicieran de cuenta que eso nunca había sucedido.

Sin embargo, cuando escapó del gentío, cerró la puerta de su oficina y se sentó solo al escritorio, no pudo dejar de pensar en que,

en efecto, esa mañana podría haber asistido a un banquete también, pero desde el cielo. Un convite porque él había muerto y todos acompañaban a sus seres queridos, que no eran más que dos. Tres, se corrigió. Fi, Pablo y... ¿Patricia? No podía tener en cuenta a Lavinia, ella ya no era parte de su vida.

¿A quién quería engañar? No pensaba en nadie más que en Lavinia y se pasaba el tiempo tratando de enterrar su recuerdo, repitiéndose que esa historia

era una más del montón que tenía en su pasado y que debía encontrar el rumbo. Cuánto más ahora que no estaba muerto.

Pasó alrededor de media hora en silencio, quieto, con las manos sobre el escritorio y la espalda pegada al respaldo del alto asiento de cuero. No se daba cuenta de que los minutos corrían en el reloj a menor velocidad de la que vagaban sus pensamientos.

Reconoció que había llegado a un punto de su vida en el que parecía

tenerlo todo: éxito laboral, una segunda madre excepcional, un socio que valía oro. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de todas esas cosas que eran suyas? Además, la coronación de esas magníficas circunstancias era que había recuperado a su novia de la adolescencia, su primera relación en serio, su ex esposa...

—Mierda.

Nick se tomó la cabeza entre las manos. No podía siquiera pensar «la mujer que amo» cuando se

acordaba de Patricia.

Suspiró y volvió a echarse hacia atrás. Ahora las manos pendían flojas sobre sus piernas. ¿Qué estaba haciendo de su vida? ¿Qué curso tomaría ahora que había nacido de nuevo?

«La quiero», se repitió. «Quiero tener a Patricia, es lo que añoré todos estos años, lo que esperaba, poder quitársela a Lowenstein como él me la quitó primero». Tragó con fuerza, volvió a suspirar.

Estaba embobado ahí, en el asiento, sin poder

concentrarse en nada más que en sí mismo.

Todo eso sonaba a paraíso, pero aun así no conseguía encontrar estabilidad, no hallaba la calma. Todavía no había goce ni espíritu en lo que hacía, todo era una rutina, una costumbre, una necesidad de llenar el vacío que aún sentía en el alma.

Apretó los ojos para no pensar, no quería hacerlo. Apretó los ojos y los recuerdos, se concentró en el presente y en lo que el destino le ofrecía, y así logró armar algo parecido a una

vida. Lo entusiasmaba más el proyecto en los Emiratos Árabes Unidos que el matrimonio con Patricia, pero ella representaba lo que siempre había deseado recuperar. El pasado.

Se resignó a que él nunca iba a experimentar más que presiones e indiferencia respecto de todo. Si algunas cosas habían encendido su corazón de hielo en la adultez eran el proyecto del puente, alguna que otra construcción cuando ya era un ingeniero reconocido, Fi y las memorias de su madre.

Pero nada igualaba la sonrisa de Lavinia.

Lavinia...

Sonrió. Sonrió con su recuerdo y se apresuró a alejarlo para no extrañar. No tenía posibilidades con ella, tenía que dejarla ir.

Él nunca tendría una vida que de verdad le pareciera excitante, viviría de apariencias, porque así había nacido. Octavio tampoco la tenía, estaba seguro de ello. Pero otros sí podían tenerla, aquellos que se atrevían a ser. Pablo, por ejemplo. Su socio estaba casado y hacía

años que no podía irse de vacaciones con su esposa porque siempre ocurría algo que lo retenía en Buenos Aires, Nick se sintió culpable por eso: como él no tenía una vida, los demás también relegaban la suya. Se prometió que eso ya no sucedería o hizo algunos planes. No para él, sino para su socio. Pablo se merecía un descanso.

Ese día, todos notaron distinto a Nick. No corría, casi no habla, no fumó un solo cigarrillo.

Nick no toma idea de que

hacer con su vida, pero a cambio sabía muy bien qué hacer con la de Pablo, Visitó su oficina esa misma tarde.

—Nick! —exclamó el hombre, que sacaba la cabeza de la computadora, solo para atenderlo a él—. ¿Estás bien?

Al parecer no habían entendido que no quería que se hiciera referencia a lo que había pasado, pensó Nick, pero la razón de la pregunta de Pablo no era que pensara todo el tiempo en el pre-infarto, Pablo pensaba en que jamás había visto un

Nick tan sereno como ese.

Muy bien repite el haciéndose de una silla para sentarse.

—Estaba modificando el techo del salón para que... ¿cómo se llama?

Nick parecía un poco ausente.

—¿Quién?

—El chico nuevo que está en la computadora número tres.

—Brian.

—¡Ese mismo, Brian! — retomó Pablo su anuncio—. Para que Brian lo pase en Autocad.

—¿Qué cosa? —preguntó Nick enseguida. Pablo alzó las cejas.

—¿Distraído vos? —bromeó—. ¿Pero se te arruinó el cerebro o el corazón?

Nick no pudo evitar reír. Cuando iban a la primaria, Pablo había sido una porquería. Lo cargaba, lo molestaba, había llegado a dejarle moretones en las rodillas al hacerle una traba mientras corría por un pasillo de la escuela. Nick ya no se acordaba de eso, porque si bien él era el *nerd*

y su compañero el canchero del colegio, los dos eran excelentes profesionales ahora, eran realmente buenos en lo que hacían, y se llevaban excelente.

—Es que no vine para que habláramos de trabajo —explicó. Siempre que se veían con Pablo terminaban hablando de proyectos y de la compañía—. Vine a darte algo.

—¿Mi despido? —volvió a burlarse el hombre.

Nick solo sonrió mientras hurgaba en el bolsillo interno del saco y extraía de

allí dos boletos blancos.

—Quiero que Juliana y vos se vayan de viaje por su aniversario.

Pablo enarcó las cejas, sorprendido.

—¡Oh, no, Nick! — exclamó—. No pienso dejarte solo ahora, después de...

—¿Qué te dije? —lo advirtió Nick apuntándolo con un dedo. Pablo tragó con fuerza.

—Sé que no querés que se haga referencia alguna a tu salud, pero es imposible no pensar en eso —confesó—.

No puedo dejarte solo cuando más me necesitás.

—Te equivocás —replicó Nick—. Estuviste ahí cuando yo más te necesitaba y si no fuera por vos, hoy yo no estaría acá. ¿Te olvidás quién firmó el proyecto de ese puente?

—¡Ah, por favor! —exclamó el otro—. Los dos sabemos que no moví un dedo hasta que vi la carta que nos habían mandado. Todo lo hiciste vos.

—Pero vos firmaste, Pablo, confiaste en mí más de lo que yo confiaba en mí

mismo —confesó Nick tan serio que abrumaba con esa mirada profunda, sincera, abierta. Pablo no lo podía creer—. Eso no lo hizo otra persona, lo hiciste vos. Ni siquiera lo habría hecho mi padre.

Pablo se quedó un momento en silencio.

—Te lo agradezco —dijo—. Gracias, Nick.

—Yo debo darte las gracias —se puso de pie y dejó los pasajes del *Paradise* sobre el escritorio. Decidió quitar algo de dramatismo a la situación, por eso sonrió

—. A ver si aprovechan el viaje y me dan un ahijadito.

Pablo rió.

Nick había encaminado la vida matrimonial de Pablo, ahora tenía que encaminar la suya. Citó a Patricia en el resto-bar al que solían acudir y la esperó.

Ella entró radiante como siempre, saludando gente a diestra y siniestra. Gente, gente y más gente, hasta que llegó a él y se sentó en el sillón. No fue suficiente. Agitó la mano para saludar a otra persona más que no era Nick.

—¡Holaaa! —canturreó hacia su amiga.

—Patricia —masculló él. La voz serena, la mirada profunda. Ella le dedicó apenas un instante de su atención antes de volverse hacia las mesas de nuevo.

—¿Qué?

—Estoy acá.

—¡Ah, Nick! —se quejó Patricia, al fin viendo hacia él—. ¿Por qué siempre estás tan serio? —dijo apretándole la barbilla. Nick apartó la cara con suavidad.

—Quiero hablarte y vos no haces más que saludar gente

—explicó.

—Recién me siento, Nicolás —argumentó ella—. Pedí al camarero una botella del mejor champán que tengan.

Nick obedeció. Bebieron una copa mientras Patricia criticaba a una de las mujeres que había saludado.

—Acaba de entrar Loreley —le anunció Nick, irónico—. ¿No pensás saludarla también?

Patricia, como de costumbre, no entendió el sarcasmo. Nick antes pensaba que se hacía la

tonta, ahora se daba cuenta de que jamás había comprendido en realidad lo que era una ironía porque no se hacía la tonta: lo era.

—¿Estás loco? —se ofendió—. ¿No viste lo gorda que se puso? Si la saludo, los demás van a pensar que yo me puedo poner igual.

Nick no creía esa respuesta. Pero ella siempre las había dado, ¿por qué recién ahora le sonaban tan... estúpidas?

—¿Qué importa lo que piense la gente? —replicó.

—¿Que qué importa? —
repitió ella, como si no
hubiera entendido la
pregunta.

—¿Por qué podría
importarte?

—Porque nadie interesante
se me acercaría con ella al
lado mío por eso —protestó
Patricia de mal humor. En
realidad le estaba costando
interpretar y seguir a Nick.
Estaba acostumbrada a
conducir la conversación—.
¿Qué opinas de mi nueva
nariz? —preguntó
acariciándose el tabique
nasal. Intentaría recuperar

las riendas de la conversación. A Nick le sonó a un *deja vú*.

—Ya me lo preguntaste antes y te dije que no noto la diferencia —respondió indiferente.

—¿Y si me hiciera una cirugía en las lolas? — Patricia se mordió el labio inferior y acarició, sugestiva, la parte de su pecho que el escotado vestido rojo dejaba al descubierto—. ¿Qué dirías?

Nick suspiró. El aire viciado del lugar ya no se sentía ameno como antes.

—Que están muy bien como son —dijo—. Aunque hubiera sido mejor que te los dejaras como eran al natural.

—¿No me regalarías eso, Nickito? —preguntó ella con tono falsamente ingenuo, ignorando la aseveración de Nick.

—Sabés que te obsequiaría todo lo que quieras —respondió él—. El dinero no es lo importante.

—Esa es la parte que más me gusta de vos —contestó ella, omitiendo el asunto del dinero y su importancia. Le acarició a él la punta de la

nariz—. Que me amás.

Nick no respondió. Bebió de un solo trago el resto de champán de su copa y recargó fuerzas para lo que seguía.

—Patricia.

—Mmm...

—Sería apropiado que volvieras a vivir conmigo.

—¡Ahí está Sabrina! —gritó ella, fuera de contexto, y comenzó a agitar la mano a la mujer con una enorme sonrisa en gesto de saludo.

Nick observó su rostro refulgente de maquillaje, su sonrisa de plástico, su

cabello de Barbie, y sintió hastío. Esa era la actitud petulante de una mujer que se creía una diva y en cambio era... era una pobre ilusa.

—Te estoy hablando, Patricia —dijo en un susurro que la música no consiguió apagar.

—Ella se hizo los pómulos —continuaba diciendo la pelirroja respecto de la otra, preocupada todavía por las cirugías estéticas.

—Patricia.

—Mmm... Servime más champán —agitó la copa en

el aire sin mirarlo. Nick no se movió. Continuaba hablando con ese tono de voz pausado y sereno, entrecerrando los ojos como un apostador frente a las cartas.

—¿Vas a volver conmigo?

—Claro, Nickito! —rió ella—. Pronto me habré mudado a tu casa.

—Quiero tener hijos — agregó él. Sabía que eso molestaría a Patricia.

Lo decía a propósito, para estudiar su reacción, para saber hasta dónde podía llegar. Pero si tenía que

decir la verdad, no lo sentía, al menos no con ella. No quería hijos de Patricia, Dios lo librara de atarse de alguna forma a esa mujer o de traer vida al mundo gracias a ese vientre. Hasta le resultaba ridículo imaginar que algo tan importante los uniera.

—¡Ah, Nick! —exclamó ella, sonriente—. ¡Ya tenías que arruinarlo todo!

—¿Por qué? —preguntó él entrecerrando los ojos—. ¿Por qué lo arruinaría?

—Porque eso ya no va a ser posible, me ligué las trompas —Nick se quedó

callado, no emitió gesto alguno, no sintió nada. La confesión de Patricia lo dejó indiferente. ¿Por qué no sentía dolor, por qué no se amargaba? Porque no quería hijos de ella. Porque no le importaba. Su expresión no cambió—. No iba a deformarme, Nick — continuó diciendo Patricia, como si él le hubiera pedido alguna explicación—. ¡Eso ni lo sueñes! —volvió a rozarle la punta de la nariz con la uña—. Divertite, tontito —aconsejó.

Patricia metió las manos

en el bolsillo del saco de Nick y extrajo los cigarrillos que él todavía compraba. Sacó uno del paquete, se lo metió en la boca, lo encendió y dio una pitada. Miraba ausente el tumulto del otro lado del humo que escapaba por sus labios rojos.

—Sí... —murmuró—. Pronto me mudaré a tu casa...

Nick no se interesó por saber qué era lo que se le había cruzado a Patricia por la mente en ese momento para decir que se mudaría a

su casa. Tampoco por saber qué beneficios podría darle él que no le diera Horacio Lowenstein. Juventud, sin dudas. Buen sexo. Todo de ella le resultaba indiferente.

Capítulo 26

—OFICINA HAGEN —
respondió la voz de Fi, tan cordial como siempre.

—Hola —la saludó un hombre—. Habla el doctor Dickinson. ¿Me recuerda?

—¡Sí, claro! —replicó Fi con alegría—. ¿Cómo se encuentra? ¿Necesita hablar con Nicolás?

—No en realidad —el hombre hizo una pausa. Fi supo que le costaba decir lo que seguía—. Me

preguntaba si usted podría darme el número de Lavinia.

Lavinia no reconoció la voz de quien le hablaba hasta que el sujeto se identificó.

—Soy el doctor Dickinson, Lavinia —dijo el hombre. De inmediato ella sintió un cosquilleo en la boca del estómago—. Me preguntaba, si no estás ocupada, claro, si quisieras... almorzar conmigo. Me gustaría que habláramos, me gustaría saber de vos.

De hecho en ese momento tenía la mesa llena de

dibujos a medio hacer en los que trataba de encontrar los diseños justos para llevar a Javier Gonzaga, pero no podía negarse de nuevo a la invitación. No había esperado al doctor cuando se lo había pedido en el Centro Médico porque no resistía sentirse completamente ajena a la vida de Nick, pero en su interior también albergaba cierto rencor hacia el médico.

No entendía por qué él y su esposa no habían vuelto a verla desde que su padre había fallecido, por qué no

la habían visitado en casa de su abuela materna o por qué no la habían ayudado a salir del infierno en el que se consumía su vida cuando era adolescente. Los Dickinson se habían desentendido de ella, y no estaba segura de perdonarlos por haberlo hecho.

A pesar de esa sensación que siempre le anudaba el vientre, aceptó. Quedaron en verse en la recepción del Centro Médico y hacia allí partió, dejando todo a un lado para reencontrarse con su abuelo.

En la recepción ya la esperaban, porque ni bien dijo quién era y a quien buscaba, la condujeron por un pasillo interno hasta la oficina del director, que era el doctor Carlos Dickinson. El médico se puso de pie para recibirla y se estrecharon las manos antes de tomar asiento. Lavinia notaba que él la estudiaba ensimismado en ella y hasta le pareció notar un brillo de melancolía en su mirada.

—Espero no hayas estado ocupada —le dijo—. Quizás me precipité un poco para

que vinieras, pero no veía la hora de que pudiéramos hablar. ¿Cómo está tu madre?

—Bien —se limitó a responder Lavinia, pensando que había hecho a un lado algo tan importante como la posibilidad de cambiar rotundamente de vida para encontrarse con el médico.

—Supe que tenes otro hermano.

—Así es —no respondía demasiado, casi parecía no querer hablar—. ¿Cómo lo supo?

—Tutéame y llamame

Carlos, por favor —pidió él—. Mi hermana Alicia se encontró con tu madre por la calle hace por lo menos un año.

—Ah.

—Quiero que me cuentes de vos. ¿Qué es de tu vida? ¿Por qué no me dijiste quién eras la noche de la fiesta?

La puerta se abrió tras dos ligeros golpes, impidiendo a Lavinia contestar. Un hombre menor pero muy parecido a Carlos padre entró.

—¡Fernando! —exclamó este. Lavinia giró la cabeza

para ver de quién se trataba. Su abuelo la señaló—. Esta es Lavinia, ¿te acordás de ella? La hija de Carlos —se refería a su hijo—. Este es tu tío, Lavinia, el hermano de tu padre.

—Lavinia... —dejó escapar el otro médico aproximándose a ella para estrecharle la mano.

—¿Venís a almorzar con nosotros? —preguntó Carlos.

—En este momento estaba yendo al quirófano para una cirugía —se excusó el otro; su mirada prendada de la

muchacha, que era el calco de su hermano fallecido—. Pero me encantaría que pudiéramos reunirnos en otro momento.

Lavinia asintió en silencio. Padre e hijo intercambiaron dos o tres palabras acerca de un paciente, que era para lo que Fernando había entrado a la oficina, y luego este se retiró.

Carlos llevó a Lavinia a almorzar al comedor del personal de la clínica, donde se sirvieron el menú general y se sentaron.

—Contame, Lavinia —le

pidió él—. ¿Estudiaste?
¿Tenés una profesión?

—Hice la secundaria —
contó ella. Le hubiera
gustado terminar su carrera
de Diseño, pero eso no había
sido posible porque nadie
podía pagar sus estudios y,
cuando pudo haberlo hecho
ella, se hizo cargo de su
hermano.

—¿Tenés trabajo? —
Carlos parecía preocupado.

—Soy modista —dijo ella
—. Pero estoy concursando
para un trabajo como
diseñadora —su mirada se
iluminó. Se hacía evidente

que guardaba una gran ilusión.

—¡Eso es genial! — exclamó el doctor—. Nadie cosecha los frutos de su ingenio en tiempo inmediato —agregó. *Excepto Nick*, pensó Lavinia, pero eso no lo expresó—. ¿No pensaste en ser médica?

—Soy demasiado impresionable.

—¡Oh! —exclamó el doctor con mirada indescifrable—. ¡Tal como tu padre!

A Lavinia le llenaba el alma que le dijeran eso, que

le hablaran de su padre. No había sabido nada de él hasta esos días en los que todos parecían necesitados de contarle cosas, de hacer comparaciones.

—Me gustaría que vinieras a comer a casa algún día —siguió él—. A tu abuela le encantará verte. Podés traer al ingeniero.

El corazón de Lavinia dejó de latir con fuerza a causa de su padre y le pinchó por motivo de Nick. Bajó la cabeza al instante.

—Ya no salgo con Nick —explicó sucintamente.

—¡Qué pena! —replicó el médico—. Hacían una pareja estupenda.

Lavinia alzó la mirada y fingió una sonrisa. No tenía ganas de sonreír.

—Gracias —replicó por ser amable.

De pronto el hombre lució apesadumbrado, tenso y algo triste. Bajó la mirada y se esforzó por expresarse.

—Si no volvimos a verte fue porque tu madre se mudó y sufrimos tanto la pérdida de tu padre que...

—No hacen falta explicaciones —repuso

Lavinia cuando percibió que los ojos de su abuelo se humedecían—. Ya habrá tiempo para eso, porque acepto la invitación que me propusiste —sonrió como un ángel y colmó así de dicha el corazón turbado del hombre.

El encuentro terminó cuando el doctor recibió un radio llamado en el que le pedían que se presentara con urgencia en terapia intensiva.

Pidió perdón a Lavinia por tener que suspender el almuerzo, ella le dijo que no se preocupara por la

interrupción y se despidieron.

Mientras eso sucedía, ella pensó en pedirle explicaciones por el abandono, en recriminarle veladamente los años que habían pasado, en apariencias despreocupados por ella, sin embargo, no habló. No encontró el sentido de pedir razones cuando la vida les presentaba una nueva oportunidad, ¿para qué vivir pendientes del pasado? Se habían desenchado, ahora volvían a reunirse, eso era lo que importaba.

Acabó con el almuerzo, como le había pedido su abuelo que hiciera, y después, ya que estaba en el centro, dio una vuelta por Alem en dirección a Retiro.

—¡Hágalos ponerse el casco, Arturo! —bramó Nick un poco en serio, otro poco en broma, señalando en dirección a un capataz. Normalmente Pablo se encargaba de visitar la mitad de las obras mientras él hacía la otra parte y el arduo trabajo de escritorio, pero en ausencia de su socio, ahora todo recaía en sus manos—.

No queremos que nos pase con esta obra lo que nos viene pasando con todas — agregó en voz baja—. Inspecciones. Son nuestra pesadilla.

—Entendido, señor Hagen —asintió el hombre.

Los obreros de Nick solían ser gente que estaba feliz con su trabajo, porque a Nick le gustaba tenerlos contentos. Excepto algunos sindicalistas que, de acuerdo con lo que Nick pensaba, siempre sembraban la semilla de la discordia, sus empleados no renegaban de

sus condiciones de contratación, que eran muy buenas. Además, los jefes no eran inalcanzables, se mantenían cerca y en contacto con ellos, conversaban y hasta bromeaban juntos, y eso les aportaba más confianza. Jamás habían recibido un trato diferente porque eran obreros y no ingenieros o arquitectos, ni se habían sentido relegados.

Nick le palmeó el hombro y le dio las gracias.

—Por eso confío en usted —le dijo. Le gustaba hacer

sentir a sus empleados importantes, porque lo eran, sin ellos nada funcionaría—. Nos vemos mañana.

El sonido de una perforadora interrumpió la conversación que, de todos modos, ya se había dado por terminada. Entonces Nick alzó una mano en el aire en gesto de saludo y el obrero respondió del mismo modo antes de volver al trabajo. Tal como su jefe le había indicado, se puso el casco amarillo para dar el ejemplo a sus compañeros.

Nick cruzó la calle hasta la

plaza Roma. Se internó por uno de los caminos para acortar la distancia entre él y su auto, que había quedado en un estacionamiento por la avenida Eduardo Madero, y mientras pensaba en la obra que visitaría la hora siguiente, el destino intervino otra vez en sus planes.

Lavinia alzó la cabeza como por un designio. Tembló de pies a cabeza cuando a escasos metros de distancia, vio parado a Nick. Tragó con fuerza, las manos se le transformaron en puños

apretados y sudorosos a los costados del cuerpo. El no dejaba entrever sus emociones, pero había sufrido el mismo sobresalto que Lavinia. Casi parecía que se habían encontrado con un fantasma y no con una ex pareja.

Fue él quien desechó rápido esas sensaciones que lo habían dejado paralizado y se aproximó. Nick siempre había sido más veloz, para él ocultar las emociones resultaba mucho más sencillo que para ella porque estaba acostumbrado a

hacerlo.

Aunque pudo moverse, no pudo hablar. Estaba cerca de Lavinia, pero mudo. Aquel sentimiento era demasiado fuerte, muy difícil de dominar: lo llenaba por completo. Teniéndola cerca, no podía existir el vacío, parecía que jamás hubiera existido.

—Hola —alcanzó a pronunciar en voz baja y pausada.

—Hola —respondió Lavinia. Se hacía evidente que su respiración estaba agitada, que el corazón le

latía tan rápido que todavía temblaba.

Las miradas se hallaron después de una ardua búsqueda. Lavinia se sorprendió de que en ningún momento el gris azulado de los ojos de Nick pretendió ocultarle nada.

—¿Cómo estás? — preguntó él. Lavinia se dio cuenta de que su voz también sonaba transparente, distinta.

—B... bien —replicó—. Acabo de verme con Carlos. El doctor Dickinson — corrigió. Nick sonrió. En su

rostro había paz, había descanso.

—Eso es muy bueno — reflexionó—. Yo vengo de visitar una obra.

Lavinia se forzó a sonreír.

—Supongo que eso es bueno también —dijo. Nick la notaba falta de ánimo, y se sintió culpable.

—¿Cómo te fue con lo de Javier? —indagó.

Nick era un buen amigo, pensó Lavinia. Nada más. Pero al menos la pregunta le recordó que la vida le ofrecía algo por primera vez en muchos años y que tenía

motivos para seguir adelante, para disfrutar.

—Bien —respondió. Ahora sonreía de verdad—. Quedamos en que presentaría algunos modelos y él me dirá si podemos incluirlos en su colección o si requieren alguna modificación. De elegirlos, me compraría los modelos y quizás hasta me dejaría trabajando para él. ¿No es genial? Gracias, Nick. Te debo eso —se interrumpió. Se puso seria de pronto—. Y otras cosas más... —dijo recordando el asunto de

Josué.

Nick también sonrió. Lavinia pensaba que se veía tan apuesto con el juego de luces y sombras de los árboles dándole de lleno en la cara, los hoyuelos que se le formaban sobre la boca cuando sonreía y la mirada risueña, que sintió que podía robarle un beso, como en la pista de baile del *Paradise*. Pero se contuvo. Se limitó porque Nick ya no le pertenecía. Jamás lo había hecho, en realidad.

—No me debés nada — replicó él—. Soy yo el que

te debe demasiado —siguió diciendo con aire melancólico. Tuvo que tomar una honda inspiración antes de continuar—. Lo siento, Lavinia, de verdad.

Lavinia frunció el ceño. ¡Que él no se atreviera a pedirle disculpas!

—¿Por qué? —preguntó. Se enterraba ella misma la daga.

—Patricia y yo...

—Cállate, por favor —lo interrumpió alzando una mano en gesto preventivo. Pensó que volvería a sentirse ofendida, como cuando

había entendido que él le obsequiaba ropa para callar su conciencia culpable, pero a cambio solo pudo sentir amor. Un amor inmenso que era tan generoso como para dejarlo ir—. No tenes que pedirme perdón por eso — asumió—. Está bien. Tanta gente pasa por la vida buscando y buscando algo que jamás encontrará... — Nick suspiró; llena su mirada de esa blanca criatura que le robaba el corazón—. Vos lograste hallarlo y nada debe importarte más que

conservar eso que todos buscan pero pocos pueden encontrar: la felicidad. Si ella es tu felicidad, sos en verdad muy afortunado, como todos dicen. Y no podés dejarla pasar.

Lavinia volvía a sonreír sin tapujos, sin temores ni falsas esperanzas. Sonreía de verdad y él, abrumado por su generosidad, sentía que podía elevarla en el aire, dar vueltas con ella en medio de la plaza y gritarle todo lo que guardaba dentro. Habría sido lindo, pero lo hizo a medias.

—Sos tan buena, Lavinia...
—expresó con admiración
—. La más buena de todas.

—Pero eso no es suficiente, Nick —lo interrumpió ella, compasiva—. No se puede pasar la vida al lado de alguien solo porque es una buena persona. La vida es tan corta... —pensaba en su padre, pensaba en ella misma—. Si tenés la suerte de haber llenado tu espíritu con ella, no podés dejarla ir. No importa lo que digan los demás, no importa quién esté en tu contra, tan solo

vivilo. Vivilo.

—Sos mi... amiga.

Nick no podía hablar. Se había quedado sin palabras, como el día en que la había conocido, viendo en esos ojos verdes solamente futuro. ¿Podía acaso vivir sin el pasado? ¿Dónde lo encontraría si no era en Patricia?

Muchos pensamientos surcaron la mente de Nick en ese breve instante. Y él se estremeció pensando que, cuando muriera, todos ellos se perderían en el silencio: una tiendita que se llamaba

Ensueños extraviada en la inmensidad del mundo, lo nerviosa que Lavinia se ponía mientras le mentía, el temblor de sus dedos cuando le tomaba las medidas. No eran más que pequeños puntos en la eternidad del tiempo, pero para él significaban el universo.

Sonrió embelesado con los recuerdos, que eran el presente que todavía podía asir con solo estirar una mano.

—Gracias —dijo a cambio, inmóvil.

Como ella no quería que él

notara sus lágrimas, bajó la cabeza. Por eso apenas pudo ver que un zapato brillante y negro se le acercaba; lo demás la tomó por sorpresa. Fueron los brazos de Nick, que la rodearon y la apretaron contra el firme torso masculino.

Nick percibió que Lavinia temblaba, sin dudas experimentaba las mismas sensaciones que él, y también otras que jamás diría, que morirían en su silencio.

¡Jamás, jamás podré ser tu amiga!, clamaba el corazón

de Lavinia, pero a cambio se limpió la nariz con la mano que le había quedado pegada a la cara y murmuró:

—Siempre voy a estar para vos. Siempre —se notaba en su voz que lloraba. No habría querido que eso sucediese, pero tampoco podía evitarlo.

Nick cerró los ojos para sentir con mayor plenitud cómo su alma retornaba al cuerpo, la calidez de Lavinia se la devolvía. ¿Cómo vivir sin esa llama? ¿Cómo apagar algo que le quemaba por dentro?

Lavinia temió no poder irse nunca más de aquellos brazos que debían acunar a otra, por eso se apartó de él, y Nick permitió que lo hiciera.

—Te deseo lo mejor, Nick, de verdad —dijo ella secándose las mejillas.

—Y yo a vos, Lavinia —replicó él—. Te lo merecés y sé que lo conseguirás.

Ella agradeció con un ligero asentimiento.

—Me tengo que ir —anunció—. Adiós.

Nick descubrió que si ella no lo hacía, él jamás se

hubiese despedido. ¿Qué pretendía, pasar la eternidad ahí, estancado en medio de una plaza, como si ese fuera el único instante de todo su tiempo?

—Adiós —devolvió la cortesía con las manos en los bolsillos y no

Se molestó en moverse mientras Lavinia daba unos pasos atrás.

Ella alzó la mano en gesto de saludo y él respondió de la misma manera. Entonces Lavinia se volvió y comenzó a caminar con prisa en busca de huir de su mirada.

«Llamame», susurró.
«Lámame, por favor, decí
mi nombre», soñó. «Decí mi
nombre...»

Nick sintió una urgencia,
una llamada interior que lo
hizo dar un paso al frente.
Abrió la boca, iba a
nombrarla, pero se contuvo.

Lavinia desandaba los
pasos que la habían
conducido hacia él, iba en
dirección contraria a la que
debía llevar. Resultaba
evidente que deseaba
escapar de la fuente de daño,
y Nick sabía que era él
porque, al estar herido, solo

podía herir. Era involuntario, no lo hacía a conciencia.

Bajó la cabeza. No podía seguir siendo tan cruel y egoísta con Lavinia, que no era más que una víctima de sus vaivenes emocionales, de sus fallidos intentos por volver a ser quien era.

Descubrió con pesar que eso jamás sucedería, nunca volvería a ser él mismo. El tiempo había pasado y ni siquiera Patricia podría devolverle su pasado. Entonces la dejó ir. Dejó que Lavinia se alejara como se alejaban los pájaros en el

cielo presagiando una tormenta y el futuro se perdía entre las sombras de los árboles.

Esa noche se había citado con Patricia y después ella se iba a mudar a su departamento, aprovechado la ausencia de Horacio Lowenstein. Iba a dejarlo como había pretendido dejarlo a él. Volvería a ser su esposa, como siempre debió haber sido.

Tal como habían convenido, a las nueve estuvo en el resto-bar. En lugar de ir a beber, habían

acordado una cena. Nick pensó que, dadas las circunstancias de reconciliación marital, se trataría de un encuentro íntimo, pero fue llegar al bar y descubrir que todas esas hipótesis no eran más que falsos conceptos que siempre había albergado respecto de Patricia. Que era una mujer hecha y derecha, que era la mejor mujer del mundo. ¡La mejor mujer del mundo! Patricia no era nada más que un pequeño punto en la inmensidad de su universo, un punto oscuro y

siniestro, antes que
luminoso.

No le molestó la actitud de la mujer, sino el hecho de verse obligado a pasar largas horas rodeado de gente que no aportaba nada a su vida, gente que en realidad aborrecía.

Ella estaba sentada a la mesa, rodeada de su gran cantidad de amigos entre los que hablaba y se reía y se llevaba un trozo de carne a la boca. Era grotesca, era hipócrita, era mala, pensó Nick, pero aun así avanzó. Seguiría hasta el final, hasta

tocar fondo, hasta las últimas consecuencias, porque la caída hacia el abismo era el único modo en que Nick sabía ascender con más fuerza después, como el ave fénix que siempre había sido. Solo descendiendo al infierno se alcanzaba el cielo.

Ocupó la silla que estaba junto a la de Patricia, que había estado esperándolo.

—Hola —masculló con desagrado a los demás integrantes de la larga mesa. Algunos respondieron con una inclinación de la cabeza,

otros ni se molestaron en notar su llegada.

—Llegaste tarde —le reclamó ella.

—Dijimos a las nueve.

—Te mandé un mensaje de texto para que estuvieras a las ocho y media —Nick no contestó. No había mirado el celular en toda la tarde—. Gracias que pude reservarte un lugar. Apúrate a ordenar, que ya deben estar por traer nuestros pedidos.

Nick no se negó a ordenar, pero sí a cruzar palabra con los demás invitados. Si le

preguntaban algo, que de igual manera nunca era demasiado elaborado, se limitaba a responder con monosílabos y a cortar con la conversación lo antes posible.

—Cambiá la cara ya mismo —le ordenó Patricia por lo bajo—. ¿Qué te pasa?

Nick la miró incrédulo, asqueado. Patricia solo se preocupaba por quedar bien con sus amigos, no por lo que él estuviera sintiendo, por lo que él deseara, y Nick estaba harto de ceder e ignorar. Hacía tiempo se

daba cuenta de que ya no soportaba a Patricia, pero el hartazgo era toda una novedad.

—Pensé que estaríamos solos —masculló entre dientes.

—¿Cuál es el problema?
—respondió ella, como si nada—. Son nuestros amigos.

—No —la interrumpió Nick entrecerrando los ojos, que le ardían por el aire viciado—. No son mis amigos, Patricia, son los tuyos. ¿Y sabes qué? En realidad no quiero estar acá

—se dispuso a levantarse del asiento al tiempo que recogía su saco del respaldo de la silla—. Me voy a casa —anunció.

Patricia se había quedado boquiabierta, sorprendida. No tenía idea de cómo controlar a Nick. Al parecer las técnicas de siempre ya no servían, y ella no sabía hacer nada más que herir. Después de conquistar con el cuerpo, sabía retener con humillaciones, pero no podía aplicar esa técnica delante de sus amigos.

Tomó a Nick del antebrazo

para detenerlo.

—No quiero irme todavía
—le espetó.

—No te pedí que te fueras
—replicó él—. Solo te avisé
que me voy.

Como algunos amigos
habían comenzado a
murmurar y ya los miraban
de reojo, Patricia fingió una
sonrisa y soltó el brazo de
Nick, quien sin esperar un
segundo ni despedirse, se
aproximó a la puerta.

—¡Esperame en el hotel,
amor! —alcanzó a gritar ella
antes de que él se alejara lo
suficiente como para no

escucharla.

Nick la oyó, pero no se volvió para asegurarle nada. La esperaría en el hotel solo si tenía ganas. Patricia no quería ir a casa, quería ir a la impersonal habitación de un hotel porque no le interesaba una familia, ni el amor, ni él. Patricia perseguía sus propios intereses, que no eran de ninguna manera los suyos.

En el automóvil, pensó en ir a casa como había planeado, pero quería saber hasta dónde podía llegar, cuánto más podía descender

si ya vagaba en el infierno desde hacía años. Ir al hotel sería un modo de ponerse a prueba, de indagar cuánto desamor podía soportar, cuánto era capaz de relegar solo por derrotar a Lowenstein.

Ni bien abrió la puerta del cuarto, el aroma a las telas limpias y a cortinas recién planchadas le recordó la pureza que podía encontrar en un solo lugar, ese que se llamaba Lavinia.

«¿Acaso no lo ves? Estoy vestida con tus cortinas», le había dicho ella. El poder

que tenía el recuerdo lo hizo sonreír. Con la espalda apoyada en la puerta hurgó en el bolsillo del saco en busca de un cigarrillo, pero se acordó de otra cosa que lo previno de seguir revolviendo entre las llaves del auto y el encendedor. «A vos te hace mal y a mí no me gusta besarte con olor a cigarrillo». Volvió a sonreír como un tonto, como un enamorado, y dejó ese bolsillo en paz para buscar algo en el otro.

De allí extrajo un paquete de chicles para dejar de

fumar, abrió uno de los envoltorios mientras caminaba hacia la cama y se introdujo la goma de mascar en la boca. Se sentó sobre el colchón, alzó los pies y se respaldó con las manos detrás de la nuca. Se sentía en paz, como si volviera a ser un niño y en su mente se imprimieran solo buenos recuerdos.

Hizo un globo que le cubrió la boca, quería ver cuán grande podía hacerlo, si conservaba esa facultad de su infancia que lo hacía ganar los campeonatos entre

sus vecinitos.

«Deja de comer chicle, que se te pega en los dientes y cuando te dormís con él en la boca lo perdés y después lo tengo que remover del pijama yo», solía regañarlo su madre. El chicle era una golosina barata, por eso se la pasaba con uno en la boca a falta de chocolates o alfajores. ¡Esos sí que eran recuerdos maravillosos!

En su departamento, Lavinia dibujaba una blusa con extraños cortes en las mangas. Quería terminar cuanto antes los diseños con

el estilo que le había solicitado Javier y confeccionar las prendas para que fueran evaluadas. Lo hacía en compañía de la radio, que aunque presentaba la misma programación musical que la noche anterior, porque era automática, siempre le gustaba. Disfrutaba los clásicos de los ochenta. Interrumpió su tarea para atender el teléfono, y resultó que era Fi.

—¿Estabas ocupada? —le preguntó. Lavinia se encogió de hombros.

—No sé qué responderte porque estaba ocupada, pero no es algo urgente —dijo—. No me lo pidieron para una fecha en especial, hasta pareciera que me dieron todo el tiempo del mundo para hacerlo, pero soy yo la que quiere terminarlo rápido y dejar de vivir en esta incertidumbre. ¿Te acordás de los diseños que me pidió Javier Gonzaga? —no esperó respuesta—. Bueno, los estaba dibujando.

—¿Dibujás? —se sorprendió Fi.

—Sí, claro, se necesita

para el diseño de indumentaria —asintió Lavinia sonriente—. No es por ser soberbia, pero lo hago bastante bien.

—¡Qué maravilla! —exclamó la otra en respuesta—. Nick también dibuja muy bien. De hecho dibujar era su pasatiempo favorito en la adolescencia.

—¿Ah, sí? —Lavinia se sintió dichosa de que no se le escapara una lágrima ni una sonrisa melancólica al hablar de Nick, sino que experimentaba una extraña satisfacción. No sabía por

qué—. ¿Y qué dibujaba? —
se interesó.

—Historietas.

—¿Historietas?!

—¡Y sí que lo hacía bien!

—alabó Fi—. Sin dudas su
mejor creación, una de las
más complejas, fue el Señor
H.

—¿El Señor H? —rió
Lavinia.

—¿No te suena de nada?

—bromeó la mujer—.
Siempre supe que era un
álgter ego de él mismo —de
pronto la voz de Fi se tornó
triste, sombría—. Tengo
miedo por Nick, esa es la

verdad —confesó.

—Pero yo lo vi muy bien —contó Lavinia—. Me cruce con él hoy en la plaza Roma, me dijo que venía de verificar una obra. Lo vi tranquilo, detenido en el tiempo, como nunca lo había visto antes. Hasta parecía en paz.

Lavinia escuchó que Fi tomaba aire por la boca.

—Nick es muy... inestable —explicó la mujer. Lavinia presintió que había dudado sobre qué palabra utilizar porque estaba escondiendo algo.

—Eso ya lo sé —
respondió.

—No, no lo sabés —
aseguró la secretaria—. Nick
sufrió mucho, no es como
vos pensás.

—¿Y qué sabés cómo lo
pienso yo?

—Estoy segura de que no
lo pensás de este modo.

Se produjo un instante de
silencio. Desde sus primeras
conversaciones telefónicas
había sabido que Fi se
guardaba algo, pero no
imaginaba qué. Es que con
Nick nunca se sabía qué
pensar, eso era parte de su

misterio, de su magia.

—Decímelo ya, por favor —pidió.

—Nick... sufre a veces de estados depresivos.

Lavinia dejó escapar una risita de incredulidad.

—¿Nick depresivo? —repitió—. No, eso no puede ser.

—Pasa de la euforia al llanto como podemos cambiar de canal un televisor. Creeme cuando te digo que nada es lo que parece, que Patricia Colombo lo único que puede hacer por él es devolverlo a

las sombras de las que vos lo habías sacado. Rescatalo, Lavinia —suplicó—. Salvalo.

—Yo no puedo hacer eso, Fi —le contestó ella, triste pero entera—. Nadie puede hacerlo. Solo Nick puede rescatarse a sí mismo.

O

Patricia entró a la habitación del hotel dos horas después de que Nick la abandonara en el restaurante. Se quitó el abrigo de cuero rojo, lo arrojó en el sofá junto con su

bolso y se quedó de pie delante de la cama. Observó a Nick ahí sentado, con la mirada perdida en un rincón del cuarto, y se deslizó hacia él como una serpiente.

—¿Qué masticás? —le preguntó, sugestiva. Como toda respuesta, Nick hizo un globo que le explotó sobre los labios—. No pretenderás pasármelo como un adolescente, ¿no? Tiralo a la basura —ordenó.

Nick giró la cabeza y escupió el chicle hacia un costado de la cama. Su boca volvió a llenarse, esta vez de

la lengua de Patricia, que lo besó con ahínco.

—Hagamos el amor — sugirió sin apartarse de los labios masculinos—. Puede que esas extraordinarias habilidades que tenés en la cama me hagan olvidar un poquito lo que me hiciste en el restaurante —insinuó a la vez que deslizaba una mano por el muslo de Nick, cubierto por el pantalón de vestir. Él no la miró.

—Yo no te hice nada — dijo.

—Eso me pasa por tratar con criaturas.

Nick no iba a responder. De haber querido, tampoco habría podido hacerlo porque Patricia le dio otro beso apretado y caluroso, uno con el que reclamaba todo lo que él alguna vez le había dado.

—Besame —le ordenó ella,

¿Acaso no lo estaba haciendo?, pensó Nick. No, no lo hacía. Estaba disperso, en otro mundo, con la boca floja y la lengua quieta, y Patricia se daba cuenta. Sin embargo, él no se esforzó por modificar esa situación.

En pocos minutos se encontró desnudo sobre el cuerpo de Patricia, colocándose un preservativo como si fuera un ser inerte. Ella no podía quedar embarazada, pero él se prevenía de otras enfermedades. Siempre usaba condón, siempre.

Nick no la miraba a ella, veía la nada sobre la mesa de luz y en esa nada se dibujaba el rostro de Lavinia. No, de ninguna manera estaba su alma en esa situación, ni siquiera su mente, apenas su cuerpo,

que respondía a instintos básicos pero no a la voluntad.

Patricia ya no le exigió que la besara, ni siquiera que la mirase. Nick siguió el curso de la situación con la vista extraviada en su propio mundo y hasta dejó de moverse por un momento sin darse cuenta. Lo supo solo porque ella le apretó el brazo y le exigió:

—Móvete, Nicolás. ¿Qué pasa? ¿El pre-infarto te dejó débil?

Entonces Nick se movió. Sin pasión, sin goce, sin

espíritu. Por fin se detuvo cuando escuchó que ella había terminado de gritar. Nick no llegó a atravesar barrera alguna de placer. Ese rato que tuvo sexo con Patricia fue como prestarle el cuerpo a una dama para que se entretuviese. Lo había pasado millones de veces mejor con las prostitutas.

Del mismo modo disperso salió del interior de la mujer y se respaldó de nuevo en la cama. Se sacó el preservativo vacío y después volvió a quedarse así, quieto y entretenido con su nada,

que para él lo era todo.

Lavinia sonreía cuando él la abrazaba. Lavinia tenía cosquillas en todo el cuerpo. Lavinia soñaba que Héctor, el héroe, era un enano.

Nick sonrió. La sonrisa se convirtió en una suave música que abandonó su garganta en medio del silencio.

—¿De qué te reís? —le espetó la molesta voz de Patricia. Nick no le prestó atención.

Lavinia se pintaba los labios con brillitos. Lavinia le tenía miedo al viento. A

Lavinia no le gustaba el dentífrico blanco.

Nick se preguntó qué estaba haciendo de su vida, malgastando el tiempo al lado de una mujer a la que no amaba. Pensó en qué iba a ser de él al lado de Patricia, infeliz hasta que ella lo abandonase de nuevo.

Volvía a convivir con esa mujer. ¿Y después qué?, se preguntó. ¿Qué había después de esa cima? Más indiferencia. Más dolor. ¿Cuánto más podía descender? ¿Cuánto más podía soportar? ¿Acaso

hacía falta? ¿No era ese el final, no era ese el infierno en su grado más profundo?

—Lo pasaba mejor con mi marido —rió Patricia, interrumpiendo sus pensamientos. Reía sola.

—¿Qué? —Nick de verdad no la había escuchado, le hizo la pregunta solo por amabilidad. Tampoco era cuestión de que un ser humano le hablara y él lo pasara por alto, su madre no lo había criado para ser así de maleducado. Patricia soltó una carcajada.

—Mmm... —gimió—.

Que sos fuerte, firme y atractivo —dijo—. Y que es increíble la experiencia que adquiriste mofándote de esas chiquilinas. ¡Me hiciste volar!

¿Volar? ¿Ese sexo vacío y ausente hacía volar a Patricia? Nick no respondió.

—Y que lo pasaba mejor con mi marido es lo que le dije a Horacio antes de dejarlo —continuó diciendo ella. Volvió a reír con un mido espasmódico—. Perdió sus dotes de buen amante, se convirtió en un viejo

puritano siendo que antes hasta le gustaba que se la... —se interrumpió para hacer un gesto con las manos—. Vos sabés. Hasta le entregué mi culo. Imaginate, ¡ahora a veces ni siquiera lograba mantener su penecito de pie para penetrarme por adelante!

Nick sintió asco. Imaginó el motivo por el cual aquel hombre había perdido hasta la capacidad de mantener una erección: las exigencias y demandas de Patricia. Ella lo habría torturado tanto con sus reclamos de alcoba que

él habría llegado a tal extremo de tensión y miedo de no satisfacerla que la concentración lo habría abandonado por completo, como a él lo habían abandonado una vez las ganas de bailar. La había sacado barata.

Además, ahora podía ver con claridad que ella no tenía escrúpulos y que, por lo visto, era también egoísta y perniciosa. No tenía reparos en hablar con él de su intimidad con Horacio Lowenstein, no se preguntaba si le dolía o si

quería que ella le contara esas cosas, como si nada hubiera pasado, como si ir y venir de una cama a la otra fuera lo más normal del mundo. Y, para colmo, abandonando a los amantes destrozados. Patricia solo se ocupaba de ella misma y los demás podían morir sin obtener de ella una sola gota de atención verdadera, ni una sola actitud honesta.

Podía ver todo con tanta claridad que se atemorizaba de haber elegido vivir engañado tantos años, todo porque eso era más fácil que

arriesgar los sentimientos. Todo porque se había olvidado de que, por más que se esforzase por fingirse diferente, siempre sería ese niño adulto que no tuvo infancia al que le gustaban el sexo como manifestación del alma, la comida casera y el amor. De convicciones profundas, con una visión filosófica de la vida y anhelante de recibir y dar afecto.

Patricia no le despertaba ira, ni ilusiones, ni mucho menos cariño. Ya ni siquiera la quería para vengarse de

Lowenstein, que ahora no le parecía más que otra víctima, otro Nick.

Y descubrió que todavía era joven. Supo que estaba vivo.

¿Quién era él?

Un actor. Una fantasía. El peor enemigo de sí mismo.

¿Qué era su vida?

Una obra de teatro que había llegado a su fin. Había caído el telón.

Sin decir una palabra, se incorporó. Revolvió las sábanas hasta dar con su bóxer negro. Una vez que lo tuvo puesto volvió a sentarse

a la orilla de la cama para ponerse los pantalones. Patricia se cruzó de brazos.

—¿A dónde vas? —interrogó con voz feroz.

—A casa —respondió él. Las palabras habían sonado bruscas, duras, con esa voz ronca que a veces se le escapaba de adentro.

—¡Ah, no, Nick! —reclamó Patricia y luego dio una orden—. Yo no me quiero ir todavía. Nos vamos más tarde.

—No dije que nos fuéramos a ir —repuso él calzándose los zapatos, sin

perder una gota de paciencia —. Dije que me voy.

Se puso de pie para prenderse el pantalón. Patricia saltó de la cama, arrancó las sábanas blancas y con ellas se cubrió su desnudez, que por primera vez la incomodaba.

—¿Qué decís? —bramó.

—Lo que oís —replicó él buscando la camisa—. Que me voy, Patricia. Me voy.

—¡No podés irte! —gritó la mujer.

—¿Por qué no? —Nick ya se prendía los primeros botones.

—Porque tenés que irte conmigo.

—Que tengo que irme con vos... —repitió él. No podía creer la ingenuidad de esa mujer.

—¡Volvemos a vivir juntos! —reclamó ella con un grito. Nick no perdió la calma.

—Ya no.

Como él se alejaba, Patricia cambió de sector en la cama y quedó sentada en la orilla trasera del colchón.

—¿Cómo que ya no? —bramó colérica.

—Ya no, Patricia —

respondió el de pie delante de ella—. No quiero vivir con vos —soltó con naturalidad—. No te amo.

Las palabras retumbaron en lo oídos de Patricia como el repiquetear de un tambor errático.

—¡Pero yo ya abandone a Horacio! —dijo—. ¡Tengo mis valijas en otra habitación de este mismo hotel!

—Ese es tu problema —respondió Nick, indiferente.

—¿Cuál es el jueguito? —ella comenzaba a sonar hiriente, pretenciosa, pero a

Nick ya no lo afectaba—. Sentate —ordenó.

—Me voy.

Nick se colocó el saco sobre un hombro. Patricia cayó presa de su altanería y de la única verdad que, de todas las que se desvelaban, alcanzaba a comprender: Nick no se había acostado con Catalina Lowenstein por ella, pero si acababa de acostarse con ella por Lavinia Dickinson.

—Creí que habías cambiado, que te habías hecho hombre, Nicolás —comenzó con sus insultos.

Sabía que Nick odiaba su nombre completo y creyó que odiaba sentirse vulnerable como el niño que, en efecto, era, por eso le decía esas cosas. Pero con ello no hizo más que dar otra patética muestra de su desesperación por ver su capricho burlado.

—No me importa, Patricia —le respondió él—. No me importa no haber cambiado, ¡si nunca quise hacerlo!

—¡No sos más que el mismo perdedor de siempre! —ella siguió destilando veneno—. ¡Un niño incapaz

de satisfacer a una mujer!
¡El hijo de una sirvienta que solo puede tener contenta a una costurera de la misma calaña que su madre! — Patricia soltó una carcajada. Nick se iba hacia la puerta —. ¡Pobre niño que no fue amado!

Él se volvió sin prisa ni dolor, sereno como nunca antes.

—No me llames —pidió en un tono de voz bajo y pausado—. Voy a bloquear tus números.

La puerta se cerró sin que Patricia pudiera reaccionar.

Nick la ignoraba. Nick le había dicho que no la amaba, Nick la abandonaba. Nick se acercó al mostrador de la recepción del hotel y habló al empleado.

—Puede disponer de mi habitación —anunció—. No la tomaré más.

—¿Algún problema con el hotel, señor? —se preocupó el joven.

—Ninguno —explicó Nick con la misma amabilidad que los empleados del hotel siempre habían mostrado hacia él—. Es un lugar excelente, tan solo no la

quiero más. Puede cobrarse los gastos producidos hasta esta noche. Si la salida se produce mañana después del horario dispuesto por ustedes para el abandono del cuarto, esos gastos ya no correrán por mi cuenta.

Patricia no se movió de la habitación. Nick volvería. Tenía que hacerlo, no toleraría perderla. Pero eso no ocurrió. Despertó a mediodía, sola como se había dormido, y comprendió entonces que ya no tenía a Nick, pero todavía le quedaba Horacio.

Se dirigió a la habitación donde había dejado sus valijas y luego se encaminó a la planta baja para salir del hotel. Se aproximaba a la puerta de salida cuando alguien la llamó y tuvo que volverse.

—¿Qué pasa? —interrogó, altiva. Enseguida visualizó el papel que le extendía el conserje.

—Su cuenta.

¡Cómo era posible! ¡Nick ni siquiera había pagado la cuenta de las habitaciones! Extrajo sus tarjetas de crédito y entregó la primera,

la dorada. El sistema no la aceptó. Entregó las otras tres que tenía, pero ninguna funcionó. Le pareció extraño. ¡Solo eso le faltaba, que Horacio las hubiera cancelado! Terminó pagando con el único efectivo del que disponía.

Llegó a la casa del country de Pilar cargando las valijas que el taxista no se molestó en recoger. Buscó la llave de su casa, la metió en la cerradura, pero no daba la vuelta. Pensó que se había equivocado de llave, miró las otras dos que pendían del

aro plateado, pero no, todo estaba en orden, esa era la que abría la puerta de entrada.

Probó otra vez. Nada. Tocó el timbre.

Pensaba que se encontraría con Norma, la mucama, pero fue Horacio quien la recibió sin pestañear. No se esperaba que él estuviera allí, pensó que se hallaba en su casa de Estados Unidos.

—¿Qué estás haciendo acá? —bramó ella. Todavía sentía que tenía derecho a regañar, exigir y manipular.

—Eso es lo que me

pregunto yo respecto de vos
—espetó Horacio sin piedad.

—¿Cambiaste la
cerradura?

—Por supuesto que
cambié la cerradura. ¿Qué
pensabas, que ibas a entrar y
salir de mi casa como entrás
y salís de camas ajenas?
Olvídate, Patricia. Ya te
denuncié por abandono de
hogar y no podés volver.
¿Qué pasó, Hagen se burló
de vos y tampoco te quiere
más?

Patricia ardió de ira.

—¡Viejo de mierda! —
exclamó.

—¡Putá! —replicó él, y le cerró la puerta en la cara. Si Hagen la había dejado también, ese era su día de suerte.

Patricia se quedó anonadada, en silencio.

—Horacio... —masculló con voz dulce, suave—. Cariño...

No obtuvo respuesta.

Capítulo 27

EL domingo, a pesar de haber negado su asistencia al encuentro que habían organizado sus alumnos egresados de la universidad, Nick se encontró conduciendo su automóvil rumbo a la casa quinta donde le habían indicado que se reunirían.

Sorprendió a todos con su llegada y los chicos lo sorprendieron a él, porque ni bien dos o tres de ellos lo

vieron acercarse por el camino de tierra después de haber dejado el coche a cierta distancia, corrieron a saludarlo. Casi todos los profesores invitados habían aceptado el encuentro, él había sido uno de los pocos en decir que no concurriría, y fue el único en deshacer esa palabra.

Nick había comprendido que nada en la vida era estático, nada era predecible ni debía ser tan categórico. La ingeniería no siempre servía para el corazón. La combinación perfecta era

razón y arte, él mismo lo había asegurado, razón y pasión.

—¡Qué bueno que haya venido! —exclamó uno de los alumnos que se le había acercado.

Nick le devolvió la amabilidad con una sonrisa. Lo quería. Quería a sus alumnos, hasta ese día no se había dado cuenta.

—Mira, mamá —habló una chica al oído de su madre—. Ese que ves ahí era mi profesor de Estructuras.

La madre alzó ambas

cejas.

—Mmm... ¡Qué lindo! —
exclamó.

—¡Mamá! —la regañó la
hija.

—Decime que vos nunca
lo pensaste.

La hija rió antes de hacer
su propia confesión.

—Todo el tiempo.

Muchos Alumnos se
acercaron a Nick con sus
padres, querían que lo
conocieran. Nick casi no
parecía el mismo que había
sido para ellos todo el curso,
se mostraba tímido y

retraído ante los halagos que todos le proferían, humilde, callado.

Entre esos chicos y sus familias, también quería acercarse Tomás junto a su padre, pero Nick no le dio tiempo porque fue él quien se aproximó a ellos.

—Achával —lo llamó a su espalda. El chico volteó, pálido de nervios.

—S... Señor Hagen —murmuró. Luego abrió la ronda para que su familia viera a Nick—. Papá, este es mi profesor de Estructuras, el Ingeniero Nicolás Hagen.

El padre de Tomás, un sujeto alto y fuerte, extendió la mano hacia Nick, quien la estrechó.

—Es un orgullo para nosotros que un hombre como usted haya sido profesor de nuestro hijo — manifestó con genuino agradecimiento—. Él nos habló mucho de usted.

Nick miró de inmediato a Tomás, que se moría de vergüenza por lo que le parecía una metida de pata de su padre. Claro que no tenía idea de la dimensión que esas palabras habían

cobrado para su profesor.

Nick se quedó callado, estudiando los ojos de Achával. No lo había sabido hasta ese instante, pero sin dudas la vida de Tomás tampoco había sido fácil. Se hacía evidente que provenía de una familia que habría hecho mucho sacrificio para que él estudiara, y eso lo desarmó.

Ese chico lo admiraba, lo supo enseguida, y se preguntó cómo se le habían pasado por alto tantas miradas iguales que había recibido a lo largo de su

carrera.

«Porque yo lo escucho... Le presto atención», recordó que le había dicho Tomás. Un extraño en representación de muchos otros que le habían expresado pensamientos similares. Otros alumnos, los repartidores de la pizzería de Juan, los miembros del gobierno cuando presentó su proyecto del puente, colegas, clientes.

Le pareció la gloria. Había esperado escuchar esas palabras de boca de su padre treinta y cuatro años, sin

darse cuenta de que a falta de un admirador, tenía cientos. Ese tipo de halagos tenían el mismo o más valor si partían desde la honestidad que llevaba a un desconocido a manifestar semejantes sentimientos hacia otro extraño que si partían de la boca de alguien que nunca lo había valorado. Quizás él jamás había formado siquiera parte de los deseos de su padre.

Y con la única razón de la mirada y las palabras de aquel alumno, Nick perdonó.

«No vivas pidiendo

explicaciones a la vida. No guardes rencor en tu corazón, porque eso amargaré tus días», recordó. Como en todo, su madre había tenido razón. Podía perdonar a Octavio por no haber sabido comunicarse, por no haberlo deseado. Podía hacerlo él.

¿Qué ejemplo daba a sus alumnos, que eran como sus hijos postizos? ¿Qué ejemplo les daría a partir de ahora?

—El orgullo es mío — replicó al padre de Tomás, y le dio al chico una palmada

en el hombro, como habría hecho con un hijo suyo—. Estoy seguro de que será un arquitecto brillante porque fue un alumno excelente.

Oír que su profesor más admirado decía eso de él y el hecho de que el pecho de su padre se hinchiera de orgullo, emocionó a Tomás, que en ese momento no pudo evitar sonreír, todavía un poco colorado.

—Mi hijo es arquitecto... —comentó el padre del chico con orgullo—. Y yo apenas soy un obrero.

Nick le sonrió.

—¡Y qué arquitecto! —
exclamó—. Es más, tengo
una oferta laboral para él —
soltó, ahora muy serio. Ya
había pensado antes en esa
idea, pero se le ocurrió que
ese era el momento indicado
para hacérsela saber. Tomás
no cabía en su asombro y
tampoco su padre—. Claro
que todo dependerá de su
interés en trabajar conmigo.

Nick decía «trabajar
conmigo», nunca «trabajar
para mí». Además pensaba
que podía ayudar a otros,
como alguna vez habían
hecho Fi y Pablo con él.

—Sí... —contestó Tomás con la voz atrapada en un sueño. Nick supo que el chico no podía hablar, no porque no tuviera nada que decir, sino porque estaba tan emocionado que se le había olvidado el vocabulario.

—En ese caso, llámame mañana —indicó entregándole una tarjeta—. O cuando estés disponible. Mi secretaria te asignará una entrevista.

—Gracias —dijo el padre.

—Oh, sí, gracias, señor Hagen —replicaron la madre y Tomás casi al unísono.

—No tienen que darme las gracias —respondió Nick—. Su hijo se lo supo ganar.

Después de decir eso, se alejó. Aunque pronto fue incluido en otra rueda de conversación, no pudo dejar de abstraerse de aquella realidad, todavía prendado de la otra.

Tomás y su padre miraban la tarjeta que él acababa de entregarles y leían sus datos con la boca un poco abierta, con los ojos todavía redondos y mojados.

—Tengo trabajo, papá —supo que Tomás decía. El

padre, henchido de orgullo, le dio un abrazo.

La satisfacción que experimentó Nick ante esa escena lo dejó perplejo, acobardado. Hacía tiempo que no se sentía de ese modo.

Nick descubrió que no todos los padres eran como el suyo, que él no tenía que ser como Octavio, que podía ser feliz si llevaba esa felicidad a otros padres y a otros hijos cuya relación fuese distinta de la que él había tenido con su padre. Este jamás lo había abrazado

ni se había sentido orgulloso de él. Nunca le había dicho una sola palabra de aliento o de admiración, sin embargo, ya no le hacían falta. No todos los muchachos sufrían lo mismo que él, y eso le bastaba. Sus hijos no sufrirían lo mismo que él, y eso lo complacía.

¿Cómo no abrazar a una criatura con los ojos verdes de Lavinia, o a una nenita con su cabello rubio? ¿Cómo no imaginarse llevándolo o llevándola sobre los hombros a recorrer la casa linda y grande que

les compraría? ¿Cómo no imaginarse dando una merecida reprimenda a un adolescente que en lugar de estudiar matemáticas se la pasara jugando a la pelota?

¿Cómo no querer hijos con Lavinia, si ella le llenaba el alma de esa felicidad que jamás pensó que le estaba destinada? Él, el que no podía o no sabía ser feliz, ahora se sentía dichoso solo con observar el abrazo de un hijo y un padre mientras en su mente se tejía la fantasía de dar un abrazo propio. No como hijo, sino como padre.

—¿Piensa aceptar la cátedra en el posgrado, señor Hagen? —le preguntó una de las jovencitas que lo rodeaban.

—Sí, supongo que sí —respondió Nick abandonando sus pensamientos—. Solo porque se trata de superestructuras, porque bien saben que jamás podría haber enseñado algo relacionado con seguridad e higiene.

Los chicos rieron con la broma tan típica de su profesor; todos sabían de los

resultados desastrosos que arrojaban las inspecciones que hacían a sus obras. Por más esfuerzo que él pusiera en hacerlo bien, había algo que lo ataba a esa desgracia eterna que era la seguridad en el trabajo, aunque jamás ningún empleado suyo hubiera sufrido un rasguño. Quizás no lo hacía tan mal, después de todo. Quizás los inspectores a veces se la agarraban con su punto débil.

—En ese caso, nos vamos a volver a ver —expresó uno de los chicos que lo

rodeaban—. No pensábamos cursar esa materia si usted no tomaba esa cátedra.

Nick se lo quedó mirando. No podía creer que tanto reconocimiento siempre hubiera estado ahí y él lo hubiera pasado por alto. Atreverse a aceptarlo lo llenaba de orgullo, lo hacía sentir vivo. Él transmitía saberes, pero sentía que estaba en deuda con sus alumnos, porque estos le habían dado mucho más. Le otorgaban paz, energía, felicidad. Cuando estaba frente a la clase, era fiel a sí

mismo.

Se hacía evidente que no solo era bueno para construir, sino también para enseñar, siempre lo había sido. De chico aprendía algo en la escuela y ya quería explicárselo a su madre, que siempre lo escuchaba atenta y amorosa.

«Cuando sea grande, te voy a llevar a dar una vuelta en uno de estos», le había prometido Nick señalando un lindo barco que había pegado en la carpeta de Ciencias Naturales. Tenía que explicar cómo flotaba en

el agua. Ella le había revuelto el cabello y le había sonreído.

Él siempre la llevaba a dar una vuelta en su barco. La llevaba en el alma.

O

En la cocina de Cristina, Lavinia batía huevos en una cubeta mientras su madre untaba una tartera.

—¿Me vas a contar qué pasó con el ingeniero ese con el que salías en las revistas? —preguntó la mujer.

—Ya no salgo con él, te lo

dije —respondió Lavinia después de dudar.

—¿Fue por Josué? —interrogó Cristina a continuación—. Si fue por Josué, Lavinia, no deberías...

—No —se apresuró a responder ella. Su madre parecía dispuesta a enfrentar otra vez a ese mal hombre porque ella volviera con Nick, eso la sorprendió—. No fue por Josué —explicó—. Lo que pasó con él me hizo tomar la determinación más rápido, pero la verdad es que yo ya sabía que iba a tener que dejar a Nick. ¿Ya

está bien de batido? —
pretendió cambiar de
conversación inclinando la
cubeta hacia su madre.

—Falta un poco más —
dijo la mujer—. ¿Te
engañó?

—No.

—Quiérase o no, fue
mejor que lo dejaras.

Lavinia dejó quieta la
cuchara y la miró.

—¿Por qué lo decís? —se
interesó. Cristina se encogió
de hombros.

—Los hombres como esos
tienen una sola intención
con las mujeres como

nosotras —aseguró Cristina mientras hacía la manteca a un lado y asentaba la fuente sobre la mesada—. Los ricos se burlan de las muchachas pobres.

Lavinia alcanzó a vislumbrar la raíz de muchos prejuicios injustos que había sostenido hacia Nick y pensó que quizás esos mismos pensamientos eran los que no le habían permitido comprenderlo a pesar de lo veladas que siempre resultaban sus confesiones. De todos modos, no podía culpar de

ello a su madre. Desde pequeña se había criado en un barrio en el que los ricos se veían como seres de otro planeta.

—No —respondió con seguridad, haciendo alarde de una envidiable convicción. Se sentía tranquila, segura—. Se burlaba de muchas mujeres, pero de mí no. Nick elegía muy bien con quien dormir, yo fui un accidente en sus cálculos, algo que se escapó de su control, pero por suerte para él, ya terminó. No hablemos más, por favor.

¿Vuelco la mezcla en el molde?

Cristina la respetó.

—No —respondió. Hablaba de la masa—. El secreto de que mis bizcochuelos salgan tan altos es que siempre los bato un poco más. Me lo enseñó tu abuela.

O

El lunes, Nick entró a la oficina temprano y saludó a Fi con una sonrisa radiante. La mujer lo notó de inmediato. No era para menos, nunca lo había visto

así desde que era un chico.

—¿Pero qué te tiene de tan buen humor esta mañana? —preguntó. Se hacía evidente que Nick presentaba un buen humor sincero, no como el que mostraba desde hacía tanto tiempo.

—Muchas cosas —generalizó él—. Entre ellas, que estoy a punto de cumplir un pequeño sueño a una de las personas más importantes de mi vida.

Si algo privó a Fi de mascullar un insulto pensando en que la persona

a la que se refería Nick era Patricia, fue el hecho de que, de haber sido así, presentía que él no habría lucido tan transparente. Se notaba en el aire que Nick se sentía satisfecho.

Fi tragó con fuerza, lo que arrancó otra sonrisa a su jefe quien, a diferencia de ella, hablaba como el hombre más tranquilo del mundo.

—Me refiero a vos — aclaró tras haberle leído la mente.

—¡Oh! —se sorprendió Fi con una mano en el pecho, tanto por la apertura con la

que Nick le manifestaba un sentimiento como por la intriga. ¿Cuál podía ser ese sueño de ella que él ansiaba cumplir, si ya la había mandado decenas de veces al crucero y otros viajes?

Nick no la hizo esperar para decírselo. Extrajo del bolsillo un papel y lo asentó sobre el escritorio.

—Bloquea estos números, por favor. Serán los últimos que bloques en tu vida —se alejó antes de que Fi pudiera leer el papel que le había entregado—. Que lo disfrutes.

Al encontrarse con los teléfonos de Patricia, Fi se sintió tan feliz que gritó entre risas. De verdad acababa de cumplir un sueño.

Desde ese momento en adelante, la mañana se presentó agitada. Con Pablo recién llegado de su segunda luna de miel y la promesa de que había tomado en cuenta el pedido de Nick acerca de un ahijado, las cosas podrían haberse aliviado un poco, pero eso no sucedió.

En primera instancia, porque Uyardo volvió a

llamar a Nick para pasarle el parte de ciertos avances en su proyecto. Aunque continuaba trabajando, se lo notaba desanimado. Sabía que si el proyecto se cancelaba, se perdía un gran trabajo, pero no servía para mentir, y menos a Nick, que siempre había sido tan buen empleador.

—No entiendo para qué seguimos con esto si Lowenstein ya debe estar planeando la presentación oficial de nuestra idea, pero con su marca —dijo a modo de lamento.

—No me voy a retirar —le respondió Nick—. Jamás lo hice en ninguna cosa que me haya propuesto en la vida, y tampoco lo pienso hacer ahora. Llegaremos hasta el final, cueste lo que cueste. Uyardo no se sentía tan entusiasmado como él.

—Sé que nos enviás todo lo que podés, pero sin el dinero de los japoneses la cosa se hace cuesta arriba —replicó.

—No importa cuánto tiempo nos lleve —le recordó Nick—. Y si Lowenstein sale al mercado

con la que había sido nuestra idea, ya se me ocurrirá algo más que nos diferencie, algo que nos haga mejores. No quiero que pienses en esas cosas, seguí adelante como veníamos que yo me ocupo de lo demás.

Uyardo no sonó tan convencido ni optimista como Nick, pero asintió.

—Está bien, sí. Se hará lo que digas. Sos el jefe, ¿no? Nick entrecerró los ojos. Se preguntaba si convenía remover algo ya enterrado en el pasado, pero le pareció que si deseaba cerrar un

círculo, tenía que hacerlo por completo, sin dejar grietas. De modo que decidió corroborar sus sospechas.

—Decime una cosa —pidió—. Cuando los japoneses se comunicaron con vos para anunciarte que se retiraban del proyecto, ¿no te dijeron nada más?

—¿Algo que no te hayan dicho cuando te llamaron a vos? —quiso aclarar el hombre, confundido. —Sí, algo más, lo que sea.

—N... no —dudó Uyardo. Nick casi podía ver cómo se

encogía de hombros del otro lado de la línea.

—Algo acerca de cómo pudo haberse filtrado nuestra información —explicó Nick para limitar las posibilidades—. Tengo una sospecha y...

—¡Ah, sí, eso sí! —lo interrumpió el otro—. Me dijeron que les pareció muy deshonesto de tu parte no haberles advertido que la mujer con la que conversaban tenía algo que ver con Lowenstein.

—La mujer con la que... conversaban —repitió Nick, sacudido por la

confirmación de su sospecha, pero no asombrado. No entendía cómo no se había interesado por esa información antes.

—Sí, «la que vestía siempre de rojo» —Uyardo repitió la información que le habían dicho los japoneses y luego guardó silencio.

Nick tampoco habló. Siempre lo supo en su interior: Lavinia posiblemente no hablara inglés y para comunicarse con los japoneses era necesario hacerlo. Por eso desde el primer momento

había sospechado de Patricia. Era ella quien más cerca estaba de Lowenstein y quien podía gozar arruinando un negocio ajeno; si arruinaba vidas, ¡qué más daba un negocio! Lo arruinaría solo por sentirse poderosa, solo por diversión. Pero que los estúpidos de los japoneses no hubieran sabido guardar un secreto corporativo se le hacía imposible. Excepto, claro, que Patricia... se hubiera acostado con alguno de ellos.

Nick rió. ¡Qué puta!,

pensó después. Y esa fue la última vez que Patricia Colombo se cruzó por su mente fuera de su voluntad.

Una hora más tarde, recibió otro llamado que le anunció Fi. Era de Ernesto Echegaray, el responsable de una marca de ropa que pisaba fuerte en el mercado local.

—Me preguntaba si pudiera contactarme con su novia, la diseñadora —explicó el hombre—. Nos gustó el modelo que lució en la fiesta en la que nos vimos y queremos ver más material

de ella.

Una sonrisa luminosa embelleció el rostro juvenil de Nick. Asintió en silencio antes de responder.

—En este momento se encuentra en un viaje de negocios —mintió. A medias—. Pero nos vamos a reencontrar pronto. En cuanto la vea, le doy su número.

—Vamos a estar agradecidos.

Después de tomar nota del número del sujeto, Nick se respaldó en el asiento, puso los brazos detrás de la nuca

y con una sonrisa vaga en los labios supo que era tiempo de dar el siguiente paso. ¿Qué estaba esperando? Tendría que acostumbrarse a una esposa muy solicitada en el ambiente de la moda y que dejara desperdigados por la casa retazos de tela, tijeras, alfileres. Arte. Arte puro en una vida rígida y racional como la de un ingeniero.

La pareja perfecta, pensó.

Fi dio dos golpecitos a la puerta y entró a la oficina de Nick sin esperar su permiso. Estaba apresurada. Se acercó

al escritorio con dos carpetas marrones y un papel amarillo, esos en los que tomaba nota de los mensajes que dejaba la gente cuyo llamado no accedía a su jefe.

—Este es el contrato de los Emiratos —comenzó a explicar al tiempo que asentaba la primera carpeta sobre el escritorio—. Dice Gregorio que lo revises y le anotes qué agregados o modificaciones requerís —Gregorio Hurtado era el abogado que se ocupaba de esos asuntos. Nick solo escuchó el nombre, porque

al resto no le prestó nada de atención.

—Fi —dijo.

—Esta otra carpeta contiene... —siguió ella, pero él la interrumpió de nuevo.

—¡Fi!

Ella por fin se calló y lo miró, expectante.

—¿Qué? —preguntó.

—Necesito que me ayudes.

La serenidad de Nick abrumó a la secretaria. A él le brillaban los ojos, no se le borraba la sonrisa de la cara. Sin embargo, el tema

Patricia Colombo todavía lograba atemorizar a la mujer. Terna miedo de que su jefe se hubiera arrepentido de bloquear los números de esa harpía y que el ida y vuelta entre ellos volviera a empezar. Siempre empezaba.

—Nick... —comenzó a hablar. Iba a excusarse si el asunto se trataba de Patricia, con quien Nick iba y venía todo el tiempo, pero él la interrumpió otra vez. No quería que Fi sufriera incertidumbre, por eso soltó las palabras como le

vinieron a la mente, con naturalidad, sin cálculos ni premeditación.

—Quiero a Lavinia conmigo.

El corazón de Fi dio un salto. Abrió la boca sorprendida y al fin respiró.

—¡Claro, Nick! —replicó. Arrojó la carpeta marrón y el papel amarillo sobre el escritorio sin prestar demasiada atención, solo podía mirar a Nick, que en ese momento sacaba los brazos de detrás de la nuca y se incorporaba en el asiento —. Vos dirás —continuó. Él

todavía sonreía.

—Quiero que consigas un espacio en todos los diarios —indico apresurado—.

También quiero un contrato con las páginas de Internet más importantes para que aparezca un mensaje cuando carguen sus direcciones. Y llama al letrista; cuando lo ubiques, pásame el llamado.

—¿Vas a pintar las paredes? —reía Fi.

—Algo mucho mejor —prometió él—. También necesito que me contactes con radios y canales de televisión. Todos los que

puedas conseguir.

—¡Nick! —gritó ella. Él se inquietó.

—¿Qué? —preguntó todavía con ese tono tranquilo pero definitivo; fruncía el ceño preocupado —. ¿Creés que sea demasiado exagerado?

—¿Por qué no solo comprás un lindo ramo de flores y vas hasta su casa?

Nick volvió a relajarse y sonreír, esta vez con incredulidad. ¿Cómo Fi iba a sugerir algo tan insustancial?

—Porque eso sería muy poco —argumentó—.

Demasiado ordinario, no señalaría diferencia alguna con otras personas, no nos definiría.

—Y... —sugirió Fi con entusiasmo.

—Y porque sabés que a mí me gusta hacer todo a lo grande. Y porque Lavinia es especial —la mirada de Nick se iluminó, también su sonrisa—. Es importante y yo me porté muy mal con ella. No puedo comenzar a resarcir todo ese daño con apenas un ramo de flores.

—Y... —insistió Fi con los nervios de punta. Nick soltó

la carcajada que se aguantaba desde que había dicho eso de que Lavinia era especial, momento en el que el rostro de Fi se había transformado en una mueca de reclamo.

—Está bien —consintió—. Supongo que, después de todo, siempre te enterás primero de todas mis cosas —dijo recordando el proyecto del puente. Después agregó las palabras esperadas sin siquiera pestañear, iluminado su rostro por una sonrisa radiante—. Y porque la

amo, Fi —dijo con un tono juvenil, completamente renovado—. La amo más que a nada en el mundo.

—¡Oh, Nick! —exclamó ella con alegría desmedida. Si no le hubieran dolido las rodillas por la edad, habría dado un salto—. ¡Ese es mi muchacho!

—Ni siquiera tenés miedo de que me rechace —bromeó él. Ya no sentía el temor de esforzarse para acabar indiferente ante el triunfo. Presentía que, de obtener a Lavinia de vuelta, su vida jamás volvería a ser

la misma. Era ella, estaba seguro. Era ella ese futuro que le había sido prometido, la interminable felicidad predestinada.

—¡Claro que no! — exclamó Fi, segura como nunca antes lo había estado de nada—. Lavinia te ama.

—Y además sabés que no me detendré por nada del mundo —le recordó él—, que siempre llego hasta las últimas consecuencias aunque me desangre en el intento, ¿cierto? Fi serenó su espíritu, que saltaba en lugar de sus piernas, y asintió.

—Supongo que sos un luchador después de todo —dijo—. Solo que tenes una forma muy extraña de luchar —Nick le sonrió como gesto de asentimiento—. Yo me encargo de todo —aseguró ella, feliz.

—Está bien, la radio y la televisión te las dejo a vos, del resto me ocuparé personalmente cuando consigas comunicarme con sus encargados —decidió para tener todo bajo control—. Quiero que a las once de la noche, todas las noches, aparezca en el pie de la

pantalla de todos los canales de televisión que podamos conseguir y que digan en la radio un mensaje que yo te voy a dar. Para los periódicos y las páginas de Internet, pensé algo mejor. ¿Podrás explicarles eso? Deciles que les voy a pagar lo que sea.

—Claro, Nick —dijo ella—. Sabés que yo también consigo lo que sea.

—Por algo sos mi mano derecha —le recordó Nick en su afán por hacer sentir importante a cada persona que lo rodeaba, porque en

realidad lo eran—. Ahora decime, ¿qué era eso otro que me traías?

Fi miró la carpeta y el papel amarillo con indiferencia.

—Ah, frente a lo que acabás de decir, no tienen importancia —replicó.

—No importa, decímelo.

—Lo de la carpeta es la autorización para el nuevo trayecto del *Paradise*, que por fin llegó para dentro de tres semanas.

Era una gran noticia. Una noticia que no podía llegar en mejor momento.

—¿Y el papel amarillo? —
interrogó él. Si se trataba de
otra noticia como la del
barco, estaba en uno de sus
días de suerte.

—Un mensaje.

—¿De quién?

—De Horacio Lowenstein.

O

Nick entró en el casino, se
dirigió al empleado de
seguridad que le había sido
indicado y se presentó, tal
como habían acordado.
Después de que el hombre se
comunicara por transmisor
con alguien, un sujeto de

traje apareció para escoltarlo al cuartito escondido en el fondo. Un sitio oscuro, impregnado de olor a cigarrillo, apenas iluminado por el foco de una lámpara de pie.

Horacio Lowenstein lo esperaba sentado a la mesa octogonal en la que había jugado y perdido todo más de un hombre. Ellos también tenían una parada que disputar y varios asuntos sobre los que contender.

Lowenstein se puso de pie para recibirlo. Los contrastes entre ambos se hacían

evidentes, sobre todo en cuanto a la edad. Nick avanzó hasta la silla que estaba frente a la que ocupaba su enemigo y apenas lo saludó con un leve movimiento de la cabeza. Ninguna expresión permitía adivinar un sentimiento en su rostro magnífico. Los ojos de hierro de Nick permanecían entrecerrados, ocultando sus pensamientos.

Después de que Lowenstein también respondiera con una inclinación de la cabeza, procedieron a tomar asiento.

El dilema de quién diría la primera palabra tardó en resolverse. Ambos se estudiaban en silencio, como dos duelistas midiéndose en el perímetro. Un guardaespaldas que les proveía el casino vigilaba la silenciosa contienda, de pie junto a la puerta cerrada.

—Es justo que yo inicie esta conversación, dado que lo he citado—decidió hablar Lowenstein—. Fue una coincidencia muy conveniente que tuviéramos este amigo en común para que nos prestara este

espacio.

Se refería al gerente de aquel lugar de juego, quien había cedido un sitio neutral para el encuentro.

—Sí, lo fue —asintió Nick con la voz dura, midiendo cada palabra. Se produjo otro instante de silencio, porque Lowenstein también medía las suyas.

—Nos debemos una conversación —dijo por fin—. Y yo le debo una disculpa.

Nick parpadeó. Estudió la expresión de su contrincante, tan sincero

como jamás hubiera apostado que podía ser. ¿Acaso pensaba disculparse por haberle quitado a su esposa? Nick siempre había pensado que si alguna vez Horacio hacía eso se sentiría furioso, pero como Patricia le importaba un carajo, le resultó indiferente.

—Puede seguir con su proyecto —continuó diciendo Horacio. Respondía así la duda de Nick sin que este la hubiera manifestado. Quizás había cometido el error de que se trasluciera en sus ojos—. Sigue siendo

secreto.

—¿Disculpe? —intervino Nick cuando le pareció que el otro se callaría. No le iba a permitir que dejara una confesión abierta, apenas insinuada.

—Lo que salió en las revistas no fue más que una farsa —explico Horacio con sinceridad. Nick no lo demostraba, pero no podía creerlo—, Una fachada para la prensa. ¡Mierda, Hagen! Usted sí que es todo un misterio, tiene tan bien escondido ese sistema suyo que jamás pude acceder a un

solo dato al respecto. Por eso me valí de la ingenuidad de su esposa —pronuncio con un dejo de desesperanza que no pasó desapercibido para Nick.

—La suya —repuso él muy firme, casi parecía que si alguien intentaba adosarle de nuevo a Patricia podría renunciar antes a la vida. Lowenstein enarcó las cejas oscuras, asombrado por esa falta de interés de Nick en Patricia Colombo.

—Yo se la quité primero —reconoció.

—En ese caso, yo también

le debo una disculpa —soltó Nick sin pensar si hacía bien o no en confesarse como estaba haciendo el otro—. Yo se la quité sin una razón valedera. Si la amé alguna vez fue a mis veinte años, después ya no.

Lowenstein dejó escapar una sonrisa indescifrable. Sacó un cigarrillo de un paquete importado y ofreció uno a Nick.

—No, gracias —contestó este. Lowenstein se tomó su tiempo para responder la disculpa de Hagen. Encendió el cigarrillo y dio

una pitada.

—Los dos sabemos que Patricia va y viene sola — dijo con aire melancólico—. Pero algo de lo que ha dicho es cierto: si yo se la quité, fue porque la amaba.

Algo se rompió en Nick, un mito que lo había mantenido alerta todos esos años. Comprobaba, como había sospechado hacía poco tiempo, que Lowenstein no era lo que él había creído en un principio, cuando el rencor por haber perdido a Patricia le nublabla la razón. Ese fragmento

resquebrajado se transmitió en su mirada; en ella se rompía también un trozo de ese hielo que la revestía.

—Ella volverá a usted — lo consoló—. Yo ya no la quiero más, y se lo dejé muy en claro.

Lowenstein dejó escapar una risa muda.

—Ya volvió —contó—. ¿Pero de qué me sirve que regrese a mí solo porque usted ya no la quiere? Para que esté a mi lado por comodidad, yo tampoco la quiero, aunque la ame — Patricia pasaba de una boca

a la otra como iba y venía de las camas, como lo que siempre había sido, como lo que acababa siendo para todos los hombres: nada más que un objeto. Horacio se encogió de hombros—. ¿Qué importancia tiene? — dijo—. Estoy viejo y ya no tengo que dar vueltas en busca de una mujer que me quiera. Me dedicaré a mis hijos, a los que por ella había descuidado, comenzaré a pedir un nieto...

Nick ya no entrecerraba los ojos por desconfianza, sino por empatía.

Lowenstein estaba pasando, gracias a Patricia, por lo que él ya había superado. El hombre que hasta ese momento había creído su peor enemigo acababa de confesarse, y él no sentía satisfacción alguna por eso, ni tampoco indiferencia. Se sentía agradecido. Tanto que, con cuanto le costaba, resquebrajó otro trozo de su propio hielo. Se inclinó levemente hacia adelante como gesto de confianza.

—No se dé por vencido, Lowenstein —sugirió con tono bajo y pausado—. Su

vida no está acabada. Yo también me creí muerto durante muchos años.

—¡Pero vos sos joven! — exclamó Horacio con honesta indignación, como si el ser joven no diera derecho a uno a sentirse muerto. Ninguno de los dos reparó en que lo había tuteado, como si con ello hiciera caso de la confianza que Nick le demostraba con sus palabras.

—A veces no nos sentimos jóvenes en nuestro interior —repuso Nick con la certeza de que él mismo lo había

padecido. Luego inspiró hondo y se largó a hablar desde el corazón—. La mayoría de las veces no mostramos quienes en verdad somos. A la larga nos convertimos en personajes y representamos la obra de teatro de otra persona, creyendo que somos fuertes. Pero solo estamos vacíos y ansiamos llenarnos de nosotros mismos. Nada se extraña más que el alma cuando la hemos dejado de lado. No sea estúpido como he sido yo; no deje morir la suya.

Lowenstein enarcó las cejas, sorprendido por los sentimientos que las palabras de Hagen le despertaban y por lo profundo que él le parecía. Se preguntaba dónde había quedado el soltero mujeriego y vicioso que creía que había sido. El hijo de puta de los negocios, el idiota engreído de las fiestas. Esas ideas sobre Nick se esfumaron en su mente, casi parecía que jamás habían existido, el mito se había roto. Entonces descubrió que sí había valido la pena tener un

enemigo como ese.

—Usted es inteligente — iba a comenzar un discurso, pero lo interrumpió para contar una anécdota—. Qué curioso, Patricia me dijo que usted era muchas cosas, pero al parecer jamás se percató de eso. Que usted era atractivo, joven, fuerte, poderoso y no sé cuántas cosas más, pero de su inteligencia, ni noticias. Por algo será —Nick sofocó una risa ante la referencia a una Patricia vacía y poco avispada, capaz para las matemáticas pero inútil para

la vida. Demostró que el comentario le había hecho gracia curvando sus labios —. Volviendo al punto, siendo usted tan listo, no entiendo por qué continúa comportándose como un idiota. Con todo respeto, tal como usted me llamó estúpido —repuso enseguida. Nick frunció el ceño.

—Creo que no lo comprendo —murmuró. No se sentía ofendido ni insultado, alcanzaba a distinguir una cuota de recriminación en lo que

Lowenstein le decía, casi parecía que lo regañaba como un padre.

—Le hablo de Lavinia, Hagen —se esforzó por aclarar Horacio. Nick respiró aliviado—. Sepa que esa entrada al hotel con ella también fue una mentira mía.

—Ya lo sé —asintió Nick, todavía cabizbajo.

—¡Qué mujer! —reflexionó Horacio sin prestar atención a lo que Nick le decía—. Si una muchacha así se hubiera enamorado de mí, yo jamás

la dejaría ir.

De solo recordar a Lavinia, Nick sonrió. Bajó la cabeza para ocultar el brillo que tomaba su mirada cada vez que se acordaba de ella, lo vulnerable que se volvía cuando la imaginaba, y replicó:

—No se preocupe. Yo tampoco la voy a dejar ir.

Lowenstein asintió en silencio, a punto de sonreír, mueca que disimuló muy bien. Nick alzó la cabeza y le extendió una mano.

—Fue un buen encuentro —concluyó. Lowenstein

estrechó la mano que él le ofrecía con firmeza, la apretó fuerte.

—Así lo creo también — asintió.

Horacio pensó que estaba estrechando la mano que había toqueteado a su hija y por un instante sintió el impulso de echárselo en cara a Hagen. Sin embargo, el deseo se diluyó muy pronto. Hagen no era lo que había pensado, y casi podía afirmar que era una lástima que su hija tampoco fuese una muchacha muy seriecita que digamos. De haberlo

vido, hasta le habría gustado que su yerno fuera como el hombre del que se despedía.

Mientras duraba el apretón de manos, Nick pensó en la hija de Lowenstein. Catalina, así se llamaba, y él le había hecho el amor en dos oportunidades. Pensó en pedir disculpas al padre por eso, pero guardó silencio. Tampoco había abusado de ella, Catalina no era ninguna santa y lo había pasado muy bien. Además, él no había conocido su verdadera identidad hasta que ya se habían besado y se

correspondían para el sexo. Por añadidura, de haber podido elegir un suegro, no le hubiera disgustado que fuese como Lowenstein.

Capítulo 28

TAMARA se sentó en el sofá, junto a su marido. Dobló las rodillas, alzó los pies y se acurrucó en su costado con la cabeza apoyada sobre su pecho. Siempre veían juntos la tira de las once, que a veces empezaba a las once y cuarto. Todavía no terminaba el programa de juegos anterior al que esperaban cuando, debajo y en letra pequeña, apareció

algo que llamó la atención de la mujer al punto de hacerla bajar los pies del sofá e inclinarse hacia adelante para leer mejor.

—«Quiero que el mundo entero sepa que sueño con vos de noche y de día, dormido o despierto. Quiero que el mundo sepa que sos mi luz al final del túnel, ¿te acordás de eso? Quiero que el mundo sepa que no hay vida sin vos, que vivo para amarte. Señor H» —leyó en susurros. Luego miró a su marido—. ¡Oh, por Dios! ¿Qué fue eso? ¿Qué

romántico! —exclamó con ensoñación. Suspiró. Llevaba en el rostro la excitación que las palabras le habían producido—. ¿Serías capaz de hacer una cosa así por mí?

—Si tuviera el dinero que debe estar invirtiendo ese tipo en publicar ese mensaje, haría lo que fuera por vos... —respondió—. Menos eso.

Tamara lo golpeó con suavidad en el pecho mientras reía con su broma y después se recostó sobre su hombro.

Pero ella no fue la única

que notó los mensajes. Millones de personas se hicieron fanáticas del misterioso Señor H con el que suspiraban, soñaban, se divertían; adictas a sus mensajes de amor.

«Soy tu Eneas y vengo del mar para llevarte lejos, al reino donde las mariposas susurran y no existe el viento, dispuesto a derrotar a cualquier Turno que se atreva a hacerte pensar que no nacimos para estar juntos».

«Vos das los puntos y yo las líneas, y con ellas vamos

trazando la vida que nos espera al final de la cuesta, en la cima donde el sol nace para disecar las espinas y sanar las heridas que estas puedan habernos ocasionado. Esas que, en comparación con nuestra felicidad, tendrán que consolarse con haber sido nada más que rasguños».

«No existen las tinieblas cuando estás, pura y llena de luz, a mi lado. No existe la soledad cuando tu alma me acompaña, porque contigo estoy en el paraíso y una sola mirada tuya tiene el

poder de aniquilar la muerte».

Circulaban todos esos mensajes por radios, páginas de Internet, periódicos, publicidades, pasacalles y canales de televisión, todos firmados por el misterioso Señor H a quien ya hasta le dedicaban columnas en los programas porque era toda una curiosidad.

Las mujeres lo amaban, los hombres lo admiraban, algunos esposos lo hubieran asesinado. ¡Desnudar así los sentimientos, para cualquiera, para todo el

mundo, solo porque una mujer lo hacía sentir fuerte! Esos gestos ponían a las demás mujeres exigentes.

Lavinia, ocupada como estaba con la confección de camisas para la marca que finalmente había contratado su taller para el trabajo y con los diseños que ya había comenzado a coser para Javier, ni tiempo tenía de encender el viejo televisor que ocupaba espacio en su living. Apenas escuchaba la radio, pero no prestaba mucha atención y siempre a la noche oía la programación

automática.

Una de esas largas jornadas de trabajo, se cansó de las mismas canciones de siempre y decidió que podía destinar un minuto de su ocupada vida a cambiar el dial. Se puso de pie, llegó a la radio y movió la perilla.

«No existen las tinieblas cuando estás...», se escuchó al pasar, pero siguió cambiando. «El poder de aniquilar la muerte», escuchó por otro lado, pero seguía moviendo la perilla hasta dar con una canción que deseara escuchar.

Al detenerse en la emisora que pasaba música electrónica, supo con claridad que nunca le había atraído ese tipo de música, pero se la quedaba oyendo solo porque así sentía a Nick un poco más cerca.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que lo había visto. Se preguntó qué sería de su vida, si ya estaría planeando su segunda boda con Patricia, y el corazón se le estrujó un momento.

«No existen las tinieblas...» interrumpió la

canción, pero Lavinia ya había apagado la radio en busca de olvido.

Del mismo modo, uno de esos días había pasado debajo de un pasacalles en el que se leía un simpático: «Te espera un encuentro con la fortuna, diosa romana. No te resistas. Señor H», pero ella no lo había visto. Iba pensando en lo difícil que le estaba resultando conseguir la puntilla que buscaba para el pantalón diseñado para Javier.

A las seis de la mañana, después de haber pasado la

noche sin dormir por trabajar en las camisas, supo que sola jamás daría abasto con todo lo que tenía que terminar esa semana.

—¿Tami? —llamó a su amiga.

—¡Lavinia! —la recibió esta, feliz—. Justo estaba por ir a la cafetería.

Cuando había cerrado *Ensueños*, Tamara había conseguido trabajo como camarera. A Lavinia le avergonzaba ofrecerle de nuevo trabajo con ella, siendo que tenía tanta mala suerte y cualquiera de esos

golpes de fortuna que al parecer había recibido podía durar lo que un suspiro. Pero, como se sentía agradecida y en deuda con su amiga, quería que esta supiera que la primera persona en la que pensaba cuando las cosas iban mejor, era en ella.

—Lo imaginaba, sé que tu turno comienza temprano — respondió Lavinia antes de tomar aire para decir lo más lindo y a la vez más difícil —, Me da vergüenza, Tamara, y miedo, pero quería preguntarte algo.

—¡Ay, amiga! —exclamó la otra—. No me hagas poner nerviosa. ¿Qué pasó?

—No es algo malo —sonrió Lavinia—. Es muy bueno, en realidad.

—¡Soltalo rápido entonces! —reclamó Tamara.

—¿Te acordás de las muestras que me ayudaste a coser cuando tenía la mano lastimada?

—Claro.

—Finalmente me dieron el trabajo para ese modelo de camisa.

—¡Oh, es genial! —

Tamara saltó literalmente de alegría.

—Eso no es todo.

—¿Todavía hay más?

—Un representante de una marca de ropa reconocida me pidió muestras de diseños creados por mí sobre la base de lo que quiere para su próxima colección.

—¿Es broma o te fumaste algo?

Lavinia rió con la expresión de asombro de Tamara.

—Al parecer algo me sale bien después de mucho tiempo —reflexionó—. No

sé si los dioses que me castigaban vaya a saber por qué pecado de mis antepasados se quedaron dormidos o fueron derrotados por... algo más fuerte —siguió. Tamara no entendió nada de la referencia que Lavinia hizo al pecado de hybris griego, a ese algo más fuerte que era Nick y a otros conceptos que poco importaban para esa conversación—. En fin, sé que lo que pueda ofrecerte no será algo fijo, va me conoces, no sabemos en qué momento Poseidón o Eolo

se pueden enojar y tirarme todo por la borda, pero quería que supieras que pienso en vos como mi primera empleada. Como mi socia para el taller —se corrigió—, o colaboradora para el diseño.

—¡Oh, amiga! —se enterneció Tamara, que era tan dulce como Lavinia—. Me pone muy feliz que comience a irte tan bien, te lo merecés. Y me encantaría trabajar para vos. No puedo renunciar tan rápido a mi nuevo trabajo...

—Ya lo sé, lo sé —se

apresuró a reponer Lavinia.

—...pero si necesitas mi ayuda, en mis horas libres puedo ir a tu casa a coser, a cortar, o lo que necesites.

Lavinia sonrió con agradecimiento.

—Me vendría muy bien una ayudita esta semana — asintió—. Sola no puedo terminar con todo.

—Claro, ahí estaré — prometió Tamara—. ¡Todo porque mi amiga se convierta en la Carolina Herrera de Buenos Aires! — bromeó. Lavinia rió y se despidieron.

Al terminar el desayuno, Tamara soltó la taza, que se tambaleó sobre el plato al haber sido abandonada en el aire. Luego recogió su bolso, besó a su marido y se fue.

Pasó una hora desde que llegó al trabajo hasta que se levantó de una mesa el abuelito que siempre desayunaba en ese lugar y secuestraba todos los diarios. Recogió el material, colgó cada ejemplar en el exhibidor y se quedó con el Clarín para hojearlo mientras no la llamara algún cliente.

Pasó páginas y páginas hasta dar sin querer con algo que le arrancó una sonrisa. Otra vez el Señor H dejaba un mensaje, solo que esta vez, a diferencia de las anteriores, ocupaba una página entera del diario, como una publicidad de un supermercado. El fondo negro, las letras blancas y un excelente dibujo en el que se apreciaba un superhéroe de ojos azules y traje oscuro, componían la página. En el pecho, una H.

«El tiempo se agota, pero lo haré eterno. Nunca me

rindo y no me detendré hasta que vuelvas a mí, aunque la próxima vez tenga que ocupar todo el diario o una hora entera de televisión», leyó Tamara. Soltó una risita.

«Apareciste en mi vida con la sonrisa de un ángel después de que los demonios me habían consumido en el infierno. Me hiciste revivir, me devolviste la luz, y todavía tengo el descaro de pedirte algo más: otra oportunidad, la de hacerte la mujer más feliz del reino — va sos la más hermosa,

aunque la mitología diga lo contrario —porque estoy seguro de que el lugar al que perteneces es a mi lado, no importa dónde».

—¡Oooh! —suspiró Tamara con el codo apoyado en el mostrador y la barbilla sobre la mano. Ya la habían llamado con gestos de dos mesas, pero ella se había abstraído del mundo.

«No me alcanzará la vida para compensarte tanto, pero si me perdonas, estaré en el puerto de Río de Janeiro el sábado a las seis de la tarde para que juntos...»

Los labios de Tamara se abrieron tanto que casi parecía que nunca se iban a cerrar. Se quitó el delantal que formaba parte del uniforme, sujetó el diario contra el pecho y anunció a los gritos:

—¡Me tengo que ir!
¡Cubríme, María! ¡Tengo que salir corriendo!

Todos se la quedaron mirando.

—¡Lavinia! —gritaba Tamara dando golpes a la puerta—. ¡Abre rápido, boluda!

Lavinia abrió la puerta

desencajada. Su amiga nunca la había insultado, pensó que le ocurría algo grave.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando la tuvo delante, apretándole los brazos contra el cuerpo.

—¡Tenés que leer esto! — Tamara avanzó con pasos largos y ágiles hasta la mesa. Lavinia la siguió lenta, con los ojos muy abiertos, sin entender nada—. Te sugiero que te sientes —indicó su amiga—. O te vas a caer redonda al piso.

Ahora era Lavinia la que

tenía la boca entreabierta. Todavía aturdida por la velocidad que llevaba su mejor amiga, se sentó a la mesa y la otra hizo lo mismo frente a ella.

—¿Sabes quién creo que es el misterioso Señor H? —preguntó Tamara con la voz velada en el misterio y el asombro. Lavinia frunció el ceño.

—¿Quién? —interrogó con el entrecejo fruncido. No tenía idea de qué le estaba hablando su amiga, pero el seudónimo le heló la sangre. Según Fi, era el que

Nick usaba en un superhéroe que había creado cuando era adolescente—. ¿No deberías estar en la cafetería? ¿No...?

—¡Silencio! —le gritó Tamara—. ¿En serio no viste ni oíste nada sobre el Señor H? ¿No hay mujer en este país que no esté hablando de él!

Lavinia tragó con fuerza. Todavía no tenía idea de lo que le hablaba Tamara, pero que hubiera repetido el seudónimo no le dejaba dudas respecto de que no había escuchado mal ni se trataba de una fantasía:

Tamara había pronunciado bien clarito y dos veces «Señor H».

—¿No leíste ninguno de sus mensajes? ¿No escuchaste nada? —siguió preguntando Tamara. Lavinia negó con la cabeza —. ¡Ay, eran un hermosos, tan románticos! Creo que descubrí su identidad. Y no sé por qué me parece que vos la vas a descubrir también...

Extendió el Clarín y lo abrió en la página treinta y nueve. Lo primero que Lavinia vio fue el dibujo,

que la dejó paralizada.

—¡Leé! —la instó su amiga.

Lavinia tragó con fuerza, pero se le había formado un nudo en la garganta tan cerrado que le dolió. No sabía de qué iba todo eso, pero presentía algo grande. Demasiado para lo que podría siquiera soñar.

Alzó, temblorosa, una mano y acarició la figura de capa y antifaz que con los brazos en la cadera exhibía sus poderes ante el mundo. Después volvió los ojos hacia las letras.

—«El tiempo se agota, pero lo haré eterno. Nunca me rindo y no me detendré hasta que vuelvas a mí, aunque la próxima vez tenga que ocupar todo el diario o una hora entera de televisión» —leyó en susurros. Se le hacía difícil hablar, respirar y leer con los ojos nublados de lágrimas.

—¡Seguí! —la instó Tamara ante el silencio.

—«Apareciste en mi vida con la sonrisa de un ángel después de que los demonios me habían consumido en el

infierno» —Lavinia se humedeció los labios, por su mejilla rodaba una lágrima —. «Me hiciste revivir, me devolviste la luz, y todavía tengo el descaro de pedirte algo más: otra oportunidad» —se cubrió la boca con una mano, de su garganta estrangulada escapó un sollozo—, «la de hacerte la mujer más feliz del reino — ya sos la más hermosa, aunque la mitología diga lo contrario» —Lavinia rió entre lágrimas—, «porque estoy seguro de que el lugar al que pertenecés es a mi

lado, no importa dónde». Oh, Dios mío... —masculló. De solo pensar que Nick desnudaba su interior al mundo por ella se sintió amada, aunque él se esforzara por negarlo, ocultarlo o lo que sea que pretendiera hacer con sus sentimientos, y quería salir corriendo hacia él sin importar nada.

—¡Leé, Lavinia, leé! —reclamó Tamara.

—No puedo seguir... —lloró acongojada—. No puedo...

—¡Seguí!

Con la voz transformada por el llanto e intercalando palabras con sollozos, Lavinia siguió leyendo para su amiga y para ella misma.

—«No me alcanzará la vida para compensarte tanto, pero si me perdonás, estaré en el puerto de Río de Janeiro el sábado a las seis de la tarde para que juntos...» —alzó la mirada, se pasó el dorso de la mano por la nariz mojada, volvió al papel—. «...para que juntos, Lavinia mía, no contemplemos, sino que vayamos hasta las estrellas,

donde prometo llevarte cada vez que alces la mirada y sean mis ojos los que te admiren. Te amo con el cuerpo y con el alma, más de lo que alguna vez creí que era capaz de amar. Señor H».

Lavinia volvió a alzar la mirada enrojecida y húmeda hacia su amiga, incapaz de creer lo que acababan de pronunciar sus labios. Temblaba de emoción. Dos sencillas palabras resonaban en su mente por sobre las otras, que también eran maravillosas, y no se

cansaban de retumbar: «Te amo». «Te amo». Era la primera vez que se enteraba abiertamente de que Nick la amaba, y sucedía por escrito. ¡Vaya forma de enterarse!

—¿Para mí? —interrogó llevándose una mano al pecho.

—¡Y todavía lo preguntás! —replicó su amiga, fuera de sí—. Tenés que ir, Lavinia —la instó tomándola de las muñecas—. ¡Tenés que llegar a donde te va a estar esperando!

—No puedo —respondió Lavinia con pesar—. Eso es

muy lejos, necesitaría un pasaje de avión. Y si es por lo que pienso, él tenía pensado hacer llegar su crucero hasta el Caribe. Yo no tengo visas, ni siquiera un pasaporte, y según lo que dice el diario, la partida es en tres días. ¡Tres días! Decime cómo hago para conseguir todas esas cosas en tan poco tiempo y sin plata. Necesito plata para pasaporte, visas, un pasaje de avión.

—Empeñamos ese televisor viejo y feo que tenés siempre apagado y la

radio —Lavinia se sintió un poco ofendida por el pobre televisor y sabía cuánto le costaría deshacerse de la radio, pero tampoco vio muchos objetos más que pudiese empeñar ni otras formas de conseguir dinero —. Yo te doy lo poco que me quedó de la boda...

—Oh, no, eso no —replicó Lavinia—. Me sentiría muy mal de...

—¿De qué? —la interrumpió la otra—. ¡Si me lo vas a devolver! Algunos golpes a la puerta interrumpieron la

conversación. Como Lavinia estaba inmóvil por el llanto, que solo había mermado un poco desde que comenzara, Tamara fue quien abrió la puerta. Helena entró con las botas rojas de tacón, la minifalda negra, el corsé también rojo. Llevaba el cabello suelto y abultado, los ojos más bellos que nunca. No dijo nada. Solo asentó unos cuantos billetes arrugados sobre la mesa y se quedó mirando a su hermana, que en lugar de correr, estaba detenida.

—¿Qué estás esperando?

—le espetó. Lavinia miraba los billetes, congelada.

—¿De qué hablas? — alcanzó a murmurar. j

—¡De Nick! —reclamó la otra—. ¿Qué estás esperando? ¡Casi parece que no te hubieras dado cuenta hasta esta mañana de que esos mensajes del famoso Señor H eran para vos!

—P... pero... —balbuceó Lavinia.

—Ahí tenés —su hermana señaló el dinero—. Seguro lo que te retenía era la plata, pero ahora no. Comprate un pasaje a Río de Janeiro o

algo que te lleve a donde dice que te va a estar esperando.

—No puedo —contestó Lavinia—. ¿De dónde sacaste ese dinero? ¿Cómo...?

—Son mis ahorros —replicó Helena—. No te ibas a creer que le daba todo a Josué —agregó orgullosa—. Mamá también aportó lo poco que tenía —rió—. Y Héctor.

—¿Héctor? —Lavinia alzó la cabeza, incapaz de pensar siquiera en aceptar ese dinero que su hermana le

ofrecía. Helena rió.

—Sí, tenía diez pesos escondidos en un zapato viejo, pero no dudó en sacarlos cuando comentamos con mamá que seguro dejabas pasar la oportunidad porque no tenés dónde caerte muerta —dijo con ternura incierta en ella, novedosa para Lavinia, que no la había conocido nunca de ese modo. Ella también sonrió. Seguro esos eran los diez pesos que le había dado Nick.

—No puedo aceptarlo —dijo—. No puedo. Mejor lo

llamo por teléfono y listo.

Helena apoyó las manos sobre la mesa. Las pulseras plásticas que se ponía chocaron contra la fórmica; con eso hizo ruido a propósito, pretendía parecer peligrosa. Apuntó a Lavinia con un dedo índice largo y decorado por un anillo con una enorme piedra azul.

—¿Estás loca? —reclamó —. Él se desvive para hacer de su reconciliación algo especial y vos estás pensando en arruinarlo con algo tan ordinario como un llamado telefónico —se

ofuscó—. Además, quiero ese cuñado. Si no me traés a ese cuñado, no te pienso dejar salir con otro.

—Helena... —suplicó Lavinia.

—¡Tiene un crucero! —exclamó la otra alzando las manos en gesto impaciente—. ¿Creés que no te permitirá devolverme los pocos pesos que ahora te estoy prestando?

Lavinia frunció el ceño. Se daba cuenta de que su hermana no hacía referencia al crucero o al dinero de Nick por interés propio, sino

para tranquilizarla a ella respecto del préstamo que no se atrevía a tomar. Aun así, no tenía idea de cómo Helena había llegado a esa información.

—¿Y vos cómo sabés eso?

—indagó preocupada.

—¡Todo el mundo lo sabe!

—replicó Helena—. Internet es un barullo de información, Lavinia, deberías actualizarte un poquito. Ni teléfono celular tenés, ¡vivís en las cavernas, con esa tele vieja que hasta debe ser en blanco y negro!

Lavinia miró su pobre y

vapuleado televisor de catorce pulgadas contra el que todos parecían habérsela agarrado ese día y hasta se sintió culpable de haber pensado en empeñarlo. Se humedeció los labios y volvió a mirar a su hermana porque esta seguía hablando.

—Invadió todas las páginas de Internet importantes con esos mensajes para vos —contó. Lavinia abrió la boca sorprendida, tenía el ceño fruncido.

—¿También en Internet? —exclamó.

—En todas partes —contó Helena. Tamara asentía con la cabeza. Comenzó a enumerar con los dedos—. He visto sus mensajes en Internet, en televisión, en diarios, revistas, pasacalles, carteles publicitarios, colectivos... ¡y hasta escuché que leían algo suyo en la radio!

Lavinia no lo podía creer. Ahora resultaba que todo el mundo estaba al tanto de los mensajes de Nick, menos ella.

—¿Y si no es para mí? —temió.

—¡Ah, sí, porque en nuestro país sobran las Lavinia! —ironizó Helena.

Lavinia tragó con fuerza. Se limpió las mejillas húmedas con las manos y tomó aire para serenar su corazón alborotado. Luego se tomó la frente con las manos.

—Está loco —susurró mientras negaba con la cabeza—. Se volvió loco.

—Loco de amor por vos —repuso Tamara con una sonrisa. Lavinia suspiró.

—Está bien —dijo—. Tengo que hacerlo, debo

arriesgarme, ¿no? El que no arriesga, no gana.

Tamara y Helena gritaron y saltaron de alegría.

O

Agotado el dinero del que disponía, Patricia supo que ya no podía vivir en un hotel de lujo y decidió ir a casa de su hermano, que había mudado a Neuquén la constructora que alguna vez había liderado su padre en Buenos Aires. A Patricia también le pertenecía parte de esa herencia, pero nunca se había acordado de ella

porque tenía otros sitios mejores donde conseguir dinero: su marido y sus amantes.

Había visto los mensajes que invadían los medios de comunicación, esos que su ex marido le dedicaba a la costurera. Cada vez que aparecía uno sentía que podía reventar de rabia. Pero no hacía nada. Lo único que le importaba era volver a salir en las revistas, del brazo de alguien importante, resguardada en la fantasía de que Nick iba a buscar toda imagen en la que ella

apareciera para seguirle los pasos. Todavía quería engañarse pensando que él la extrañaba, aunque muy dentro de sí supiera que eso no era cierto.

La noche de su llegada a casa de su hermano, un viejo amigo de la familia cayó a cenar. A Patricia ni siquiera le gustaba, pero no quería sentir que vivía de la caridad de su hermano y que habitaba una casa en la que no tenía ningún poder, donde su cuñada la miraba con recelo y sus sobrinos no le llevaban el apunte. Una

casa donde ella era un cuadro molesto que decoraba para mal una pared.

Quería salir de allí y ese hombre podía ser su puerta de escape. Por eso aprovechó una breve ausencia del resto de los integrantes de la mesa para estirar una pierna y acariciar con el pie la del hombre, que la miró sin sobresalto.

—¿Querés que te muestre el jardín? —ofreció Patricia, pero lo que en realidad hacía era ofrecerse ella misma. El hombre retiró la pierna y la

silla un poco más atrás, cuestión que ella no lo rozara.

—Me gustan las mujeres más jóvenes —replicó sin piedad—. Lo lamento, pero usted ya está un poco vieja para estas cosas, ¿no le parece? Alguien tiene que hacérselo notar si no se da cuenta por sí misma.

Patricia abrió desmesuradamente los ojos y la boca, eso era lo peor que alguien podía haberle dicho. Se disponía a contestar, pero haberlo hecho habría significado

ponerse en evidencia, ya que los demás habían retornado y se servían el postre que ella no iba a comer. Había sido herida en su ego, en lo más profundo.

Capítulo 29

LAVINIA tenía tres días para resolver la mayor cantidad de trámites que pudiera y para terminar el trabajo de las camisas, por eso concurrió a hacerse el pasaporte el mismo día que había decidido viajar. Para que se lo tramitaran como exprés, tuvo que pagar la mitad de lo que habían recaudado entre todos los que la habían ayudado a reunir dinero para el viaje.

Supo que no le alcanzaría para el pasaje de avión porque tenía que tomar un vuelo directo y salía más caro que los que hacían escalas. Así podía llegar en tres horas, en cambio si tomaba uno con escalas, le demandaría entre seis y ocho. Si salía antes, no llegaría a tiempo el pasaporte. Todo era una complicación, pero confiaba en que iría resolviéndolas poco a poco.

Necesitaba más dinero, así que probó suerte en una casa de empeños. Para ello

recogió todas las prendas que tenía confeccionadas, las que le quedaban de cuando las había exhibido en *Ensueños* y algunas propias que ya no usaba, y las llevó a la dirección correspondiente. Allí le dijeron de muy mala gana que ellos no aceptaban ropa a cambio de darle el préstamo.

Entonces regresó a casa y se aproximó al televisor.

—Lo siento tanto —le hablaba—. Te prometo que te voy a rescatar pronto.

—Estás loca, ¿sabías? —la

increpó su hermana, mascando chicle de brazos cruzados, con la cadera apoyada en la pared—. Le hablás a un televisor — Lavinia la miró por sobre el hombro, sin ocultar su molestia. Que su hermana se atreviera a impedirle despedirse de su querido aparato, el que había comprado en una tienda de usados cuando se había mudado, le anudó el corazón. Estaba tan nerviosa que lloraba por cualquier cosa. Helena descruzó los brazos y avanzó hacia ella

— No me extraña que con una novia así de loca, a mi lindo cuñadito también le falten un par de jugadores. Por lo menos dos debe tener en el banco de suplentes.

Iba a hacerse del televisor, pero Lavinia la detuvo, incapaz de reír con la broma. Tenía los ojos húmedos.

—Quiero darte las gracias, Helena —dijo—. Yo nunca pensé que vos fueras a...

—¿A ayudarte? — completó la hermana. Lavinia se encogió de hombros sin atreverse a dar respuesta. Helena rió—. Es

que yo también quiero viajar en el crucero de tu novio, y para eso tengo que hacer que se sigan viendo —bromeó para no responder con la verdad. Tampoco era mentira que quisiera ganarse el viaje, pero no era la razón que la movía a hacer todo lo que estaba haciendo.

Lavinia rió y permitió que ella la ayudara a cargar la radio y el televisor. No obtuvieron mucho con ambos empeños, pero eso y el dinero reunido antes alcanzaría para el pasaje y para que a Lavinia le

quedara un resto por las dudas.

Helena la acompañó también a la agencia de turismo. Lavinia explicó que necesitaba un pasaje directo a Río de Janeiro y que tenía que ser para el sábado, siempre que le permitiera llegar al puerto a las tres de la tarde. Pensaba que con tres horas entre su llegada y la partida del barco sería suficiente para dirigirse al puerto, completar los trámites y abordar. Necesitaba la mayor cantidad posible de horas en

Buenos Aires para dar tiempo a que le llegara el pasaporte. De las visas tendría que olvidarse porque no le alcanzaba el dinero, el tiempo ni la información disponible para conseguirlas. Lo que más le importaba era llegar a Río de Janeiro.

Tras introducir los datos en la computadora, la empleada le anunció que disponía de un vuelo para el sábado a las doce del mediodía, era el que partía permitiéndole llegar a horario y otorgándole a su vez mayor cantidad de

tiempo para recibir el pasaporte. Lavinia accedió a reservar un espacio en ese vuelo. Para ello dijo su nombre y apellido.

—Ah, no —se retractó la mujer de pronto. Alzaba sus cejas marrones—. Disculpe, no sé por qué primero me apareció una cosa y ahora otra —tocaba el monitor—. Ese vuelo está completo. Todos los pasajes para ese día están agotados.

El alma de Lavinia se estremeció. ¿Y ahora qué haría? Si no estaba en casa hasta último momento, no

recibiría el pasaporte. ¿Cómo viajaría sin él? No podría salir del país limítrofe, con suerte la dejarían pasar a buscar a Nick en el barco, porque si llegaban a solicitarle la documentación para permitirle abordar, estaba perdida. Habría llegado a Río de Janeiro para nada.

Tendría que renunciar, como a tantas cosas en la vida, solo que esta era la más importante que jamás había resignado. De pronto la mujer volvió a enarcar las cejas.

—Ah —pronunció ese sonido muy rápido—. Pero usted ya tiene una reservación en ese vuelo.

Lavinia frunció el ceño. De pronto el corazón le latió de nuevo.

—Imposible —replicó—. Yo no reservé nada. Helena le pegó en la pierna para que se callara. ¡Su hermana no podía ser más tonta de tan honesta que era! La empleada de la agencia rió. Se escuchó el ruido del globo de chicle reventar en los labios de Helena.

—Al parecer estaba

pensando en viajar mucho —dijo la señora—, porque de hecho tiene una reserva en la primera clase de cada vuelo hacia Río de Janeiro de todas las aerolíneas desde hace una semana hasta el sábado.

Lavinia casi se resbaló del asiento.

—¿Qué? —balbuceó al borde de un desmayo. Helena se inclinó hacia adelante.

—¿Puede imprimirle el pasaje o un comprobante, algo? —pidió muy rápido, con los ojos avispados. De

no haber sido por ella, Lavinia habría salido del negocio sin poder articular palabra, no se habría dado cuenta de pedir el comprobante de su pasaje.

—Sí, claro —respondió la vendedora amablemente.

—Sepa disculpar —le dijo Helena—. Mi hermana no tiene ni la menor idea de quién es su novio —sonreía a la vez que mascaba el chicle.

En cualquier otra oportunidad, Lavinia la habría regañado con la mirada por hacerla quedar

mal frente a la gente, pero no lo hizo. No podía moverse, se había quedado con los ojos fijos en el borde del escritorio y las manos laxas sobre las piernas.

Todo era para ella. Ya no había dudas, Nick estaba haciendo lo imposible para recuperarla, incluso enfrentarse a sus dioses enemigos. Eso la hizo temblar. La dejó muda, quieta, emocionada hasta las lágrimas. Un mortal que se creía tan omnipotente como para desafiar el mismísimo destino no podía ser otro

loco pagado de sí mismo más que Nick.

De no haber sido por Helena, no se habría llevado el pasaje ni se habría levantado del asiento de la agencia. Del mismo modo silencioso y abstraído del mundo caminó hasta su casa, escoltada por su hermana, que la tomaba del brazo.

—Cambiá la cara —le ordenó Helena—. En lugar de que vas a encontrarte con el amor de tu vida parece que hubiera muerto alguien.

Es que había muerto alguien, pensó Lavinia. El

Nick que había conocido. Tenía miedo, estaba nerviosa, todo iba tan rápido que le parecía una locura. Rápido como se movía el antiguo y el nuevo Nick.

Llamó a Javier y se excusó de nuevo por no poder cumplir más rápido con lo programado; le pidió disculpas más veces de las que le hubiera parecido apropiado pedir en cualquier otra ocasión. Él la comprendió, solo que le hizo la advertencia de que no podía esperar más de un mes porque quería lanzar esa

colección para el verano siguiente.

Lavinia trabajó sin descanso para terminar las camisas y aun con ayuda de Tamara no pudo adelantar todo lo que necesitaba. Fue entonces cuando apareció Cristina y también se puso a trabajar. Era buena cosiendo, descubrió Lavinia. Quizás sí tenía algo de su madre, después de todo, y era esa capacidad. Hasta pensó en ofrecerle trabajo si crecía como taller de costura.

Helena también se puso manos a la obra. Ella no era

nada buena con la máquina, pero sirvió para pegar botones.

—No sé cómo les voy a pagar esto —decía Lavinia mientras planchaba y acomodaba las camisas que llevaría a la marca al día siguiente.

—Somos nosotras las que estamos en deuda con vos —replicó Helena. Cristina se había quedado callada.

Tanto trabajaron que el día del viaje llegó pronto. Lavinia armó un bolso sencillo, con pocas prendas y elementos de higiene.

Pensaba que podría llevárselo consigo para evitar una posible pérdida.

Si algo la tenía nerviosa era que el pasaporte no llegaba. A las diez y media de la mañana, decidió ir por él.

En la oficina le dijeron que no estaba listo, que había sido procesado como una solicitud normal.

—Señora —volvió a explicar Lavinia—. Yo pagué por un trámite exprés. Fíjese en este papelito que ustedes mismos me dieron —mostraba al borde del

llanto.

—A ver —se entrometió Helena—. Busque, por favor. Solo busque. Quizás ahí le dice que lo procesaron como un trámite normal pero igual se hizo exprés, como debía ser.

—Si aquí dice que se tramitó como normal, deberá esperar los treinta días que tarda en llegar a su casa —replicó la mujer, inflexible.

—Haga lo que dice mi hermana —rogó Lavinia—. Por favor.

Helena hizo de su boca un inmenso círculo. Se quitó las

gafas para el sol solo porque sin ellas podría ver mejor a su víctima, que andaba de traje entre los empleados, controlando.

—¡Iujuuu, Franciscoooo!
—clamó alzando un brazo, con un tono de voz fingido. Lavinia la miró con el ceño arrugado igual que el hombre, que corrió hacia ella.

—Por favor, acá no — suplicó—. ¡Silencio!

Helena le sonrió. Se conocían. No hacía falta precisar de dónde.

—Yo me callo con gusto,

pero ¿podrías hacernos un favorcito?

En menos de media hora, Lavinia tuvo su pasaporte en la mano. Había estado guardado en un armario erróneo.

Aunque la cosa se ponía fea, después se arreglaba. Casi parecía que dos fuerzas se oponían en un plano que ella no podía controlar, dirimiendo si le correspondía o no llegar hasta Nick.

Leandro, el primo de Tamara, las esperaba afuera para llevarlas al aeropuerto,

solo que su viejo Mustang no quería arrancar.

—¡Parece mentira! — exclamó dando una patada a la cubierta—. ¡Cada vez que tenemos que hacer algo importante esta chatarra nos deja a pata! —se quejó. Tal como había sucedido para el casamiento de Tamara.

Lavinia lo sabía: todo le salía mal, y todavía faltaba más. Justo ese tenía que ser un día de mala suerte.

Nerviosa y triste como estaba, se resignó a su destino.

—Esto no tiene ningún

sentido, Helena —dijo cabizbaja—. Faltan menos de ocho horas para la partida del Paradise y yo todavía estoy acá, varada en Buenos Aires.

Tamara, que también estaba allí, se le aproximó.

—Déjate de pavadas y tomemos un colectivo — propuso.

—El aeropuerto es trasmano y no llegaríamos a tiempo.

—Tomate un taxi con la plata del pasaje hasta Río — sugirió Helena—. Después de todo, no tuviste que

gastarlo. Nosotras te acompañamos y nos volvemos en tren o en colectivo.

¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Todavía había esperanzas, todavía quedaban armas para luchar. Y las cosas volvían a resolverse en un abrir y cerrar de ojos.

Lavinia corrió a hacer lo que su hermana le había sugerido, pero fue Helena la que consiguió detener un coche, porque a Lavinia todos la pasaban por alto. ¿Quién no iba a parar con lo

atractiva que era su hermana y con la forma en que se vestía? Las tres subieron junto con el bolso y pidieron al taxista llegar al aeropuerto de Ezeiza lo más rápido posible. Leandro las saludó agitando la mano junto a su Mustang.

Con todo, llegaron a las once y media. Lavinia corrió para presentarse en partidas, donde aprobaron su pasaje, pero no su bolso.

—Eso tiene que despacharlo —le dijeron.

—¡No! —reclamó ella y abrazó con más fuerza su

pequeño tesoro—. El bolso viene conmigo o ninguno viaja.

—En ese caso, ninguno sube al avión —contestó el empleado.

—Dale, Lavinia, dejá que lo lleven —sugirió Tamara.

—No puede ocurrir la misma desgracia dos veces, ¿no? —acotó Helena, que ya estaba al tanto del cuento de la pérdida de la valija y los vestidos hechos de cortinas.

—A mí sí —respondió Lavinia.

—Pero esta vez no... —intentó convencerla Helena

—. Tomá. Te presto la cartera. Poné acá los papeles, la plata, las cosas básicas, bah.

Apresurada, Helena vació la cartera, gran misterio femenino, en las manos de Tamara, que iba guardando todo en los bolsillos. De ella cayó un labial rojo, varios billetes arrugados, un paquete de pañuelos descartables, toallitas higiénicas para bebé — ¿toallitas higiénicas para bebé?, se preguntó Lavinia con el ceño fruncido—, la cédula de identidad,

monedas, una tirita de chicles, un alfiler de gancho, un tampón, pastillas anticonceptivas y tres preservativos. Uno aterrizó sobre los pies de Lavinia. Las tres se agacharon para recogerlo al mismo tiempo, pero Helena se hizo con la presa.

Con la misma velocidad, pasaron los documentos, el dinero y otras cosas de Lavinia a la cartera de Helena, y con el ánimo de su hermana y su mejor amiga, Lavinia accedió a despachar el bolso. Lo hizo con recelo,

abrazó el objeto el mayor tiempo posible y lo dejó en la cinta como velándolo.

Una vez que el bultito rojo desapareció de su vista, se dedicó a abrazar a Helena y a Tamara y a escuchar los consejos de último momento que le brindaron.

—Mucho cuidado en esa ciudad que casi no conocés —dijo Tamara.

—Tomate un taxi hasta el puerto —acotó Helena.

—No te preocupes por nada, disfrutá el viaje, las tensiones, el reencuentro —soñó su amiga. Ella le

tomaba una mano y Helena la otra.

—Quedate con los chicles —agregó Helena poniéndole la tirita verde en la mano—. Dicen que en los aviones se tapan los oídos y es bueno masticar y tragar saliva para paliarlo. Y lo más importante: traeme algo lindo de recuerdo.

Lavinia solo asentía con la cabeza y ahora también se aferraba a la tira de chicles como hacía un rato al bolso.

—¡Vamos, andate! —exclamó Tamara—. ¡Chau!

—Chau —respondió

Lavinia, todavía aturdida por la velocidad que llevaba todo y por lo poco que había dormido en esos tres días.

—¡Adiós! —la saludó Helena, sonriente, viéndola alejarse.

Pasó el control de seguridad. La atraparon en migraciones.

—¿Señorita Dickinson? —le preguntó un militar. Lavinia enarcó las cejas.

—S... sí... —asintió con miedo.

—Nos va a tener que acompañar.

La sentaron en un cuartito

y le hicieron todo tipo de preguntas.

—¿Por qué había reservado todos esos vuelos?

—¿Por qué insistía en llevar la maleta con usted en el avión?

—¿Por qué su pasaporte no tiene más de tres días?

—No lo tome a mal, señorita Dickinson. Lo hacemos para proteger su propia seguridad y la de los pasajeros.

Ella miraba alternadamente a cada hombre, pálida y confundida. Allí hacía tanto

frío que temblaba. Quizás eran los nervios, no se daba cuenta, porque los demás parecían bastante acalorados.

Tendría que haber llamado a Nick hacía tres días y dejarse de joder. No hacerle caso a Helena y aunque su reconciliación fuera la más ordinaria del mundo, no arriesgarse a que jamás existiera. Debió haberlo pensado antes, dado su cúmulo de mala suerte.

—Tengo que abordar ese avión —dijo—. Me espera un crucero en Río de Janeiro

y...

—¿Se va a un crucero? —
se entrometió otro,
señalándola con el dedo.

Lavinia sabía que estaba desaliñada y eso le jugaba en contra para que le creyeran. No se había puesto más que un jean y una remera, el maquillaje debía habersele corrido por el sudor y las lágrimas retenidas, y con el ajetreo del pasaporte y el taxi debía tener el pelo como una escoba, pero tampoco era esa justificación para que se pensaran que ella era una especie de terrorista.

—Nos preguntamos con qué ingresos pudo usted haber reservado un pasaje en la primera clase de todos los aviones con destino a Río de Janeiro de toda la semana.

—Yo no lo hice —replicó Lavinia, pero no acabó de hablar que un sujeto de traje entró al cuarto trayendo su bolsito rojo.

—Encontramos su equipaje —anunció.

Lavinia miró su reloj pulsera. El vuelo partía en cinco minutos.

—Voy a perder el avión —dijo—, y de verdad tengo

que estar en Río de Janeiro a más tardar a las cinco de la tarde.

Uno de los tipos de traje se cruzó de brazos.

—¿Y por qué tanto apuro?

—preguntó, especulativo.

Lavinia no lo podía creer. Quería gritar, quería golpear a alguien, pero a cambio estaba laxa y pálida en la silla. Resignación. Eso era lo que siempre había tenido respecto de todo, y tendría que aplicarlo también en esto. Había visto los mensajes de Nick gracias a su hermana, que había hecho

una buena recopilación de casi todos. Había llorado y reído con lo que Nick le había escrito, pero por sobre todas las cosas se había dado cuenta de que sí tenían que estar juntos. Ahora pensaba, en cambio, que no había ángel alguno que pudiera contra su infortunio, y que quizás el destino los quisiera separados.

Miró el reloj: las doce. Bajó la cabeza, resignada. Había perdido el vuelo.

—Aquí no hay nada más que ropa, toallitas femeninas, desodorante... —

enumeró el que, ahora Lavinia lo notaba, había revisado su bolso. Y no tenía reparos en desnudar su intimidad, la ponía en evidencia enfrente de todos.

—Bueno, al parecer va a llegar al crucero —agregó otro. Lavinia pensó que se estaba burlando de ella, pero lo peor fue descubrir que lo decía en serio.

Cuando la liberaron, eran las doce y media. El próximo vuelo salía a las dos, con suerte podría llegar a Río de Janeiro a las cinco. Cargaron su bolso con las

maletas del otro avión y la hicieron esperar hasta que le permitieron abordar.

Lavinia miraba hacia todas partes. Solo le faltaba que otra cosa más se interpusiera en su camino. De todos modos no iba entusiasmada, no avanzaba por el pasillo largo y cerrado con el corazón emocionado, sino cansada y taciturna. Casi no había dormido ni comido en tres días, había suspendido otra vez la gran oportunidad de su vida en el terreno económico, y todo por seguir una ilusión que se

diluía con cada segundo que corría en el reloj.

El viaje en avión no presentó mayores complicaciones, excepto que los oídos se le taparon y acabó poniéndose en la boca tres chicles de los que le había dado Helena. Luego llegaron las turbulencias. Por momentos el avión se agitaba como una coctelera y en otros se deslizaba por el cielo como agua por un tobogán. Durante los movimientos, Lavinia se aferraba con fuerza al apoyabrazos y pensaba que

odiaba con el alma volar, que no quería hacerlo nunca más. Casi parecía al borde de desmayarse, pero no. Resistía todo hasta que la máquina se suspendía serena en el cielo de la tarde y entonces la experiencia ya no le parecía tan odiosa.

Llevaba la carterita de Helena con el dinero y los documentos. Ni siquiera tenía otros menesteres personales, ¿qué era eso? Se sentía extraña, desolada, como si en lugar de irse a otro país estuviera yendo a hacer un mandado al

almacén de la esquina.

Por suerte el viaje no se extendió más de esas tres horas. En el Aeropuerto Internacional de Galeao, Lavinia corrió a la cinta de equipaje y esperó. Y esperó, y esperó, y esperó, pero, como no podía ser de otra manera, su querido bolsito rojo jamás apareció.

Miró su reloj pulsera. No tenía tiempo de tratar de entenderse con una empleada que hablaba portugués para terminar firmando un formulario de reclamo sin promesa de

hallar lo que buscaba. No valía la pena perder el tiempo con eso cuando eran las cinco y media de la tarde.

De modo que, como acostumbraba hacer en la vida, resignó el bolso rojo en función de no resignar a Nick. Si ella no se presentaba, él sentiría que lo había despreciado, que lo rechazaba, y ella no podía permitirse eso. Era tan tarde que él seguramente ya pensaba que no aparecería.

Pasó bien por migraciones y por la aduana, no llevaba nada que revisar ni equipaje

que declarar, pero debió completar un formulario y eso también le llevó tiempo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta mientras corría hacia la salida, aferrada a la cartera como si en ella se le fuera la vida.

No podía ser que ya no pasara nada. Esperaba lo siguiente, sabía que vendría, y en lugar de resignar, comenzó a prepararse para el próximo infortunio.

El gentío se agolpaba con maletas, carritos, sombreros estrambóticos y caras de

feliz cumpleaños mientras Lavinia sabía que su rostro no debía reflejar más que agotamiento físico extremo y una innecesaria sensación de levedad.

Afuera, los taxis partían uno tras otro llevando a los pasajeros. Hizo señas con las manos y hasta con una pierna, pero, como era de esperar, ninguno la recogía a ella. De pronto, de la nada, uno al que ella ni siquiera había visto se detuvo a su lado y le abrió la puerta. Lavinia sonrió. Un dios que sin dudas no era el suyo

acababa de colocarle un taxi a su servicio, pero en cuanto adelantó un pie, otra se interpuso y pretendió arrebatarse el tesoro tan preciado. Lavinia entrecerró los ojos.

—Ni lo sueñes — masculló. Y arrancó a la rubia descarada que ya se subía al auto.

—¡Loca! —gritó la mujer en perfecto castellano cuando quedó parada en medio de la gente, viendo el coche arrancar—.

¡Desquiciada!

Lavinia no le prestó mayor

atención. Eran las cinco y cuarenta de la tarde y todavía le faltaba un trayecto de al menos treinta minutos para llegar al *Paradise*. Entre transporte y papeleo, arribaría tarde. Muy tarde. Pero no se permitió pensar en eso.

—Señor —habló el tripulante a espaldas Nick. Todavía con las manos en la baranda del balcón, él se dio la vuelta.

Llevaba puesto un traje color crema y una camisa blanca sin corbata. Con el

rostro iluminado por el sol veraniego y la mirada tan serena como el espíritu, escuchó un poco abstraído lo que el tripulante tenía para decir.

—Ya es hora de partir — anunció—. Los pasajeros están comenzando a inquietarse. ¿Zarpamos?

Nick volvió a mirar el muelle con los ojos entrecerrados.

—No —replicó con extraordinaria seguridad—. Ella vendrá, estoy seguro. Esperaremos.

El taxi no avanzaba, se babia quedado estancado en medio de una avenida. El taxista le dio un par de explicaciones en portugués, pero Lavinia entendió poco y nada. Por la patente, se dio cuenta de que un automóvil de turistas argentinos se había detenido un poco más adelante, entonces pidió al hombre que la esperase y se bajé del coche para acercarse al otro.

En cuanto entabló diálogo con las personas del Fiat gris, Lavinia les preguntó si sabían a que se debía la

tardanza y si el puerto se hallaba demasiado lejos. Le informaron que estaban reparando la calle, por eso las demoras, y que el puerto estaba relativamente cerca. Le indicaron cómo llegar gracias a un mapa que llevaban en la guantera y ella agradeció, deseándoles buenas vacaciones.

Regresó al taxi, pagó su viaje con los pocos reales que había cambiado antes de salir de Buenos Aires y agradeció al conductor, dispuesta a correr hasta su destino. Tantos años de

practicar deportes debían de servirte para algo.

Nada era tan fácil. De pronto y sin que el sol desapareciera, cayeron grandes y pesadas gotas de lluvia.

Solo eso le faltaba, ser víctima del clima tropical y mojarse hasta la médula. Pero en lugar de llorar por su patética situación, Lavinia rió. Rió con ganas; no tenía ropa de repuesto, ni siquiera pasajes de regreso a Buenos Aires, y si no conseguía dar con Nick, se quedaría varada en un país

desconocido, entre extraños, con gente que hablaba en otro idioma y sin una sola persona que la rescatase. Sin embargo, ya no se sentía triste, ni nerviosa, ni tenía miedo.

¿Qué más daba? ¿Por qué tenía que resignarse siempre? ¿Por qué no podía hacer como Nick y llegar hasta las últimas consecuencias, hasta donde cayera rendida no por la resignación, sino por la muerte, aunque se desangrara lentamente en el intento? Podía renunciar a

todo, menos a él.

Entonces descubrió que la lluvia lavaba sus pensamientos, que lo único a lo que tenía que resignarse era a su mala suerte, y a que la batalla entre dioses se desarrollara en el cielo.

«No son los eventos, sino como los tomes, lo que señala un buen o un mal día», le había dicho Nick. Eran unas de las primeras palabras que él le había dedicado y Lavinia alcanzaba a comprenderlas recién ahora.

Reír de su mala suerte fue

lo más hermoso que le pudo pasar entre tanta injusticia y la impulsó a seguir adelante.

Llegaría hasta las últimas consecuencias. Hasta el final.

Arribó al puerto hecha un trapo mojado y, como no podía ser de otra manera, ni bien puso pie bajo techo, dejó de llover. Dentro del recinto, se dirigió al empleado de abordaje y allí le explicó, agitada, sin aliento, que tenía una reserva en el *Paradise*, pero que no disponía de los

pasajes. Cuando ella le dijo su nombre, él ni siquiera introdujo sus datos en la computadora. Respondió con la sonrisa amable característica de los lugareños que se dirigiera a migraciones con el papel que él le extendería.

—¿Algún equipaje que despachar? —preguntó con la misma sonrisa complaciente. Lavinia se la devolvió.

—No traigo equipaje —respondió. El asintió en silencio y le indicó con la mano la dirección de

migraciones.

Lavinia se preguntaba qué seguiría. Quizás algún terrorista famoso llevaba su nombre y la detenían por eso. O tal vez la vieran tan desaliñada que creyeran que iba a tomar un crucero por asalto. Nada de eso sucedió. Por milagro, todo parecía haberse detenido, como si su dios vengativo se hubiera tomado un descanso o un ángel lo hubiera amordazado. Se sentía como cuando le cubrían la boca a alguien para que no pudiera hablar.

El trámite fue muy rápido, pero aun así como tenía miedo de que el barco se alejara sin ella, corrió. Con tanta mala suerte que pisó mal, se torció un tobillo, cayó de boca al piso y le dolió hasta el alma. La remera blanca, del color que para ella y para Nick resultaría significativo, dando el toque final de desprolijidad a su imagen.

Golpeó el piso con la mano, sentía bronca y ganas de destrozar algo, pero para no romperse un hueso, lo cual era bastante probable

dada la racha que traía, siguió caminando.

Como ascenso al barco, solo quedaba la plataforma que no conducía al interior del buque, sino más arriba, por eso era larga y empinada. Lavinia se sintió aliviada de verla y apuró el paso hasta que se detuvo paralizada. Se reencontraba con el hermoso e inmenso crucero, pero solo con sus características físicas, porque ese no era el *Paradise*.

El alma se le cayó a los pies. ¿Cómo podían existir

dos barcos gemelos? ¿Cómo podía un barco idéntico al *Paradise* llamarse...?

Abrió la boca, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Lavinia. El crucero se llamaba *Lavinia*. Lo decían las letras negras que manchaban su immaculada blancura.

Se largó a llorar. Temblaba y se cubría la boca con las manos para no gritar. Eso no era cierto, no podía ser real. Tantos sentimientos al descubierto la dejaron indefensa.

Avanzó hasta el pie de la

plataforma ascendente, donde volvió a quedarse paralizada. Conducía a una cima que era un balcón terraza decorado con guirnaldas y flores blancas. De pie, con las manos en la baranda y una sonrisa perezosa en los labios, estaba Nick. Tan apuesto que la dejó sin aliento, tan sereno que parecía nunca haber dudado de que ella iría a su encuentro.

El cielo, de un vivo azul, se cernía sobre él y lo hacía parte de una pintura, la de un héroe mitológico. De hecho

Nick no había llegado en avión hasta Río de Janeiro, sino en ese mismo barco, todo para cumplir su promesa de ser el Eneas que rescatara a Lavinia del Lacio. La guerra de la que Eneas provenía, ya la había peleado, y había durado muchos años.

Parecía que jamás hubiera llovido. El sol lo iluminaba por completo, brillaba como una inmensa bola de fuego suspendido sobre su cabeza y no se cubrió porque él se moviera hacia un costado, donde la baranda estaba

abierta para permitir el acceso al balcón, con intención de esperarla.

No podía sentirse más satisfecho, más amado. Después de luchar y desangrarse, allí estaba la cima, una que jamás podría resultarle indiferente. Sentía que el alma se elevaba, volaba lejos del pasado y se abría al futuro. El corazón le latía como nunca antes lo había percibido. Había mucho más que ambicionar, pero el logro que tenía ante sus ojos llenaría su vida para siempre. Solo faltaba que

Lavinia también ascendiera al cielo.

Lavinia sentía que el pecho le iba a estallar. No podía ser más feliz. No podía sentirse más afortunada. Avanzó un paso y para dar el otro se tambaleó a causa del dolor en su tobillo. Al verla, una ternura inusitada invadió el interior de Nick, que sonrió ante la imagen. Lavinia estaba empapada, con la remera blanca sucia, el cabello enmarañado y, además, renqueaba. La imaginación del hombre no

alcanzaba a precisar las vicisitudes por las que ella habría pasado solo para reencontrarse con él en el barco.

No podía ser más feliz. No podía amar más.

Quería protegerla, cuidarla, hacerle olvidar todo lo malo y jamás permitir que algo la hiciera llorar de nuevo, ni siquiera él. Por eso abrió los brazos para recibirla sin poder borrar la sonrisa de su rostro la mirada ilusionada.

En medio de la empinada plataforma, Lavinia creyó

que caería redonda al piso. No le restaban fuerzas, sin embargo escalaba, no perdía de vista su objetivo bañado de sol y avanzaba aunque le temblaran las piernas y el pie le impidiera caminar con soltura. Cada vez faltaba menos, el camino se acortaba y finalmente, después de haber alargado los últimos pasos, llegó a la cima.

Nick la atrapó entre los brazos, la pegó a su pecho y la apretó con fuerza, Lavinia se echó a llorar, incapaz de retener las lágrimas, que

eran la muestra de la explosión de emociones que experimentaba. Entre esos brazos no se sentía agotada, ni temerosa, ni sola. Todo cansancio había desaparecido dando paso a una energía desconocida.

Nick cerró los ojos, preso de la intensidad del amor que sentía, de la mezcla de sentimientos que se agitaban en su interior como luciérnagas y le humedecían la mirada.

—Sabía que vendrías —le dijo con alivio.

—Perdón por llegar tarde

—se disculpó ella, todavía contra su pecho. Mis hados no me permitían el avance.

Nick abrió los ojos y dejó escapar la risa.

—No te preocupes —la consoló—. Mi diosa es mucho más fuerte y puede contra todos.

Lavinia entendió que Nick se refería a su madre y se hubiera dejado vencer otra vez por el llanto de no haber sido porque escuchó que la pasarela se movía, Se despegó de Nick con urgencia. Alzó los ojos húmedos hacia él, que no le

liberaba la cintura.

—No puedo abandonar el puerto —anunció con pesar. En la mirada de Nick había tanto amor y tanta ternura que Lavinia se sintió capaz de echarse a llorar de nuevo.

—¿Por qué no? —pregunto él, sin preocupación alguna.

—No tengo visas, no me dio el tiempo para eso —contestó Lavinia con la voz ahogada. Apenas tengo esto...

Alzo la mano temblorosa y mostró a Nick el pasaporte, el documento de identidad y

otros registros que correspondían a migraciones y a la maleta que habían perdido en el aeropuerto. Todos esos papeles estaban arrugados, y la palma de la mano raspada por la caída cuando se le había doblado el tobillo.

Nick bajó la mirada, estudió rápidamente lo que Lavinia le mostraba y volvió a ella con serenidad.

—Perdón —se disculpó—. No podía ayudarte con eso —se refería a las visas; trámites que debían realizarse personalmente y

que, de haber podido, también habría arreglado por ella, solo para facilitarle la llegada—. De todos modos, no tenés que preocuparte — continuó—. No en todos los lugares a los que vamos piden que presentes una visa.

—Ah... —replicó Lavinia, sorprendida. Miró sus papeles en la mano todavía extendida y luego volvió a mirarlo a él—. ¿Y vos sí tenés todos los permisos en regla? —indagó. Parecía asombrada, incapaz de creer que Nick la sostenía todavía

entre sus brazos.

—Sí —respondió él con sinceridad—. Pero eso no importa —agregó enseguida—. Llegaremos tan lejos como podamos, pero siempre juntos. Me quedaré con vos en el último puerto al que podamos acceder sin una visa.

—¿Y después? —preguntó ella. Nick sonrió.

—Y después volvemos a empezar. Conseguimos las visas que necesites para la próxima vez, porque habrá una próxima, y en esa oportunidad, llegaremos

todavía más lejos. Así hasta que volvamos a empezar muchas veces, cada una impulsándonos con más fuerza, hasta que alcancemos las estrellas.

Lavinia sonrió embelesada, incapaz de creer lo que vivía. Le parecía un sueño y tenía miedo de que no fuera real. Nick lo notó, por eso bajó un poco la cabeza y se aproximó al rostro de Lavinia para respirarla. No podía dejar de mirarla, no podía quedarse callado.

—Sabés que no soy bueno

para hablar de lo que siento
—dijo.

—No importa —le interrumpió ella—. Lo has escrito todo y además, sos bueno con los actos. Mirá todo lo que hiciste —indicó despegando los brazos del cuerpo—. Eso es lo que importa.

—Ahora que quiero hablar, no me dejás. —bromeó él. Lavinia soltó una risita entre lágrimas—. Y es que con vos no me puedo quedar callado —siguió diciendo. Luego su mirada, que ya era de por sí

profunda, se transformó, dando paso a la más abrumadora de las caricias sin tacto que ella jamás había experimentado—. Lavinia... sos el futuro grandioso que me prometió mi madre —Lavinia volvió a llorar. Él besó sus lágrimas —. No quiero que llores, ni siquiera de felicidad. Quiero que me perdones, quiero que me escuches que para mí sos la persona más especial y hermosa del mundo. No imaginás lo que te extrañé, lo que me costó esperar hasta hoy para que este día,

el primero del resto de tu vida, sea completamente distinto al de cualquier otro mortal —ella sonrió entre lágrimas. Nick le tomó el rostro entre las manos sin dejar de mirarla con esos ojos grises que devoraban el universo—. Quiero que sepas que me encantan tus ojos, tu madurez, tu dignidad. Que quiero pasar el resto de mis días con vos, que no imagino hijos míos que no sean los tuyos. Pero todo eso no te basta. Y tampoco es suficiente para mí.

—Lo es todo, Nick... —
habló ella, ahogada de
emoción.

—No, no lo es —
respondió él—. No es nada
sin que a todo eso le agregue
que te amo. Te amo,
Lavinia, como jamás creí
que sería capaz de amar.

Lavinia tembló. Pensó que
con haberlo leído resultaba
suficiente, pero en cuanto
escuchó a Nick pronunciar
esas palabras, supo que eso
no era cierto. Oírlo de sus
labios se sentía como
música, como un
encantamiento. Saber que él

se entregaba a ella en cuerpo y alma, que le confiaba su interior y sus hondos sentimientos, la dejó débil y abrumada.

—Oh, Nick... —balbuceó. Ahora era ella la que no sabía pronunciar palabra—. Decilo otra vez, por favor —pidió—. Una vez más.

—Muchas veces más —repuso él—. Te lo pienso decir a toda hora, todos los días. Te llamaré por teléfono desde la oficina para decírtelo. Te lo dejaré escrito en mensajes por toda la casa, te lo diré al

despertar, al dormirme, al morir.

—Decilo ahora... —pidió ella—. De nuevo.

Lavinia había cerrado los ojos. Como Nick le apretó ligeramente la cara, ella los volvió a abrir. Él quería que sus miradas se encontrasen para pronunciar esas palabras.

—Te amo —repitió—. Te amo, te amo, te amo...

Lo dijo tantas veces que Lavinia le dio un beso para callarlo. Después él la alzó en vilo y la cargó hasta el cuarto para que no caminara

dolorida. Un tripulante se acercaba al balcón para cerrar la puerta: el *Lavinia* zarpaba de la costa.

Capítulo 30

NICK dejó a Lavinia sobre la cama. Aunque quería llamar al médico por teléfono para que revisara su pie herido, no pudo apartarse de su lado. Ella temblaba de emoción cada vez que él la miraba, porque la observaba con tanta intensidad que la hacía sentir grande y pequeña a la vez, le hacía temblar el alma.

—Perdón —se disculpó tocando el bello traje claro

de Nick—. Lo ensucié.

Nick echó una mirada fugaz al traje sucio y húmedo, y luego volvió a Lavinia sonriente.

—No tiene importancia aseguró—. Con una esposa diseñadora poco me importa perder un traje —Lavinia sonrió. Él, en cambio, se puso muy serio—. Sé que la primera vez que te dije que te invitaría a nuestra boda no me creíste. Espero lo hagas ahora. No quise ser prescriptivo y sé que no te gusta hacer las cosas a las corridas, pero ya sabes... no

puedo con mi genio. Quizás no pueda cambiar eso y espero me perdonen si no puedo.

Lavinia se dio cuenta de que Nick estaba a punto de decir algo importante.

—Yo no quiero que cambies —le recordó—. Te amo así como sos.

Nick sonrió, la intriga mataba a Lavinia, pero ella se mantuvo en silencio, con los ojos muy abiertos, tratando de respirar.

—Era una sorpresa, pero la estoy arruinando —se lamentó él cabizbajo—.

Pensaba preguntar primero. No ahora, sino en un mes, más o menos, habiendo preparado algo que no te haga dudar de la respuesta. Lavinia tragó con fuerza. Se había olvidado el vocabulario.

—Yo nunca podría dudar de esa respuesta —comentó como al pasar.

—¡Agh! —rugió Nick—. ¿Pero por qué soy tan estúpido?

—No sos estúpido —repuso ella acariciándole la cara. El volvió a mirarla.

—Había pensado en

llevarte a una mañana de campo, a un lugar donde estuviéramos solos —contó con ensoñación—. Iba a escribir con flores que te amo, e iba a hacer que un avión a chorro imprimiera mi pregunta en el cielo.

Lavinia tembló. Sí, Nick hablaba en serio. Era capaz de hacer eso y mucho más. Se humedeció los labios reseco, se estrujó una mano con la otra. Nick frunció el ceño.

—Todos clichés, ¿no? —interrogó—. Debí haber pensado algo mejor, más

original. Algo digno de vos.

—Es perfecto —replicó Lavinia con voz ahogada—. Así, tal como lo estás haciendo ahora —sonrió emocionada. Nick le devolvió la sonrisa.

—Ya nos reservé el turno para dentro de seis semanas —anunció él viendo el acolchado blanco bajo sus manos—. Si también querés que lo hagamos por iglesia, dejo que tomes vos la decisión. A mí me basta con el símbolo.

Lavinia frunció el ceño y suspiró. El cuerpo se le llenó

de cosquillas.

—Nick... —balbuceó.

—Ah, sí, la pregunta —
reaccionó Nick—. Es que
todavía no había pensado
algo lindo para hacerla, y si
la hago ahora solo voy a
decir lo primero que me
venga a la mente. ¿No
importa?

Lavinia no había
murmurado su nombre para
oír la pregunta, ¿qué podía
importarle la estúpida
pregunta, si él ya se lo
estaba diciendo todo con sus
palabras?, sino porque se le
escapaba por el amor que la

invadía. Igual escuchó en silencio cuando los ojos de Nick volvieron a abrumarla.

—Lavinia... —comenzó él—. Quiero cambiar de departamento —el discurso parecía toda una incoherencia, pero tenía su lógica. Lavinia la descubrió cuando Nick siguió hablando—. Pero no quiero hacerlo solo, quiero que loelijamos y lo decoremos juntos. Quiero que juntoselijamos muchas cosas. Y que cuando compremos otro coche, me ayudes a lavarlo. Así como estás ahora, con

una remera blanca puesta, toda mojada, pegada a tu piel mientras yo me muero por mandar el auto a la mierda y hacerte el amor entre el barro. ¡Oh, sí, eso me gustaría! —Lavinia no pudo evitar reír con los ojos llenos de lágrimas—. Que un perro corra entre tus piernas y vos le salpiques la cara —sonrió él con ensoñación y se estableció sobre ella. Las piernas de Lavinia quedaron entre las del hombre, que estaban abiertas—. Ese día haremos nuestro primer niño. No

vuelvas a llorar —pidió al ver que Lavinia lagrimeaba—. No llores, si no estoy diciendo más que incoherencias.

—No quiero que calcules nada —le dijo ella—. Seguí. Seguí hablando con lo primero que te salga.

Él sonrió. Asintió y siguió diciendo todo lo que se le cruzaba por la mente.

—Quiero darte todo, que nunca te falte nada, mucho menos amor y sueños. Quiero que tengamos hijos que se parezcan a los dos, y que la gente nos pregunte

siempre «para cuándo el hermanito» —Lavinia rió embelesada—. Quiero llegar a viejo y despertar viéndote yacer a mi lado mientras piense: «Lavinia, mi esposa de nombre extraño... ¡cuánto la amo!».

Lavinia entreabrió los labios para poder respirar. ¡Con que él la había escuchado! Nick sabía que ella lo había visitado en el sanatorio. Eso la hizo llorar.

—Oh, Nick... —murmuró.

—Te necesito, Lavinia. Te amo y no quiero que tus hados te separen de mí

nunca, por eso tengo que mantenerte muy cerca — continuó él. Ella rió—. ¿Querés ser la madre de mis hijos, la diseñadora de todos mis trajes, la víctima de mis abrazos, la tumba junto a mi tumba? Lavinia... ¿querés ser mi esposa?

—¡Con todo mi corazón! —respondió ella sin reparos, sin más que sentimientos que dejó entrever en su mirada y en el abrazo que dio a Nick ni bien terminó de hablar.

La habitación se iluminó con la luz que solo la sonrisa

de Lavinia y su felicidad podían otorgar, y Nick resplandeció entre esas emociones.

Después de revisar el pie de Lavinia, el médico le sugirió que se diera un baño —¡como si ella no se hubiera dado cuenta de que necesitaba uno!—, se colocara hielo e hiciera reposo por unas horas para bajar la hinchazón que se había apoderado del tobillo. Le dejó unos analgésicos y se fue.

Nick no le permitió levantarse de la cama hasta

que tuvo la bañera lista y aun así la llevó en sus brazos hasta el baño.

—¿Tenés hambre? —le preguntó. Había tantas cuestiones urgentes que atender respecto de Lavinia que no sabía por cuál comenzar primero.

—Sí —respondió Lavinia con sinceridad. Él ya la dejaba sobre la tapa del retrete para que se quitara la ropa—. Estos tres días hice todo tan rápido que hasta parecía un clon tuyo —bromeó. Nick rió.

—Mientras te desvestís y

te metes en la bañera, yo voy a pedir algo rico para comer —anunció—. ¿Te parece bien que pida que lo traigan en media hora?

—Sí, está bien.

Aun estando separados, Nick y Lavinia tenían los mismos pensamientos. Todo era nuevo y excitante para ellos, pero no dejaba de resultar extraño. Esos eran los primeros pasos que daban en una vida juntos, a partir de entonces descubrirían más aspectos del otro, más secretos. Podrían ser ellos mismos.

Cuando Nick regresó al baño, lo hizo descalzo y sin camisa. Lavinia se sintió un poco avergonzada porque estaba desnuda en la bañera y Nick era tan lindo que se puso colorada. Se sentía como la primera vez que lo había visto. Rió cubriéndose los pechos con un brazo mientras encogía las piernas. A Nick le pareció un acto tan inocente y ella tan maravillosa que acabó en el agua antes de lo esperado, sin pantalón y también sin calzoncillos.

Sobre Lavinia, sonrió, la

besó lentamente en la boca y murmuró:

—Por suerte se me ocurrió decirles que trajeran la comida en una hora.

Lavinia rió. Recibió las caricias de los labios de Nick sobre los suyos, lo rodeo con los brazos y después se quedó quieta.

—Prometeme que esto es real —pidió, seria y temerosa—. Prométeme que...

—Que este es un sueño del que nunca vamos a despertar —la interrumpió él, leyendo sus pensamientos, esclavo

de la misma preocupación —. Te lo prometo. Ahora vos prometeme que nunca me faltarás.

Lavinia se apretó contra Nick viéndolo a los ojos. Podía sentir su deseo pugnando por unirse a su cuerpo y no se atrevió a retroceder. Lo necesitaba tanto como él a ella.

—Te lo prometo —dijo con un nudo en la garganta, el mismo que se desarmó cuando Nick entró en ella, cerró los ojos y dejó caer una lágrima. Lavinia la secó con el dedo.

Primera embestida dentro de su cuerpo.

—Yo nunca te voy a faltar —le dijo ella, también con los ojos húmedos—. Porque te amo.

Segunda embestida dentro de su cuerpo.

—Perdóname, Lavinia. Yo sé que te hice mucho daño.

Tercera embestida dentro de su cuerpo.

—Yo sé que sos una persona compleja, pero tenés que saber que también sos maravilloso —le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla—. ¿Me

entendiste? Tenes que valorarte porque sos hermoso, no me alcanzarían los adjetivos para describirte, cualquiera se quedaría corto, y te amo. Con todos esos contrastes, sos la persona más fascinante que jamás haya conocido.

Cuarta...

—Estoy roto, loco, destruido. Pero vos... —la miraba como a nadie más en el mundo, y con los ojos todavía húmedos sonrió—. Vos sos mi salvación. Con vos soy feliz y sé que no es

algo pasajero. Por fin me siento yo mismo de nuevo y no sé si sea capaz, pero todo lo que quiero es hacerte sentir tan completa como me siento yo estando con vos.

Quinta...

—Si vos me amás, si los dos nos amamos como somos, no hay dificultades que valgan. Yo también soy feliz al lado tuyo. Vos sos mi felicidad.

Sexta.

—Te amo —susurró él.

—Te amo —replicó ella.

—Lavinia... Hermosa... — siguió diciendo Nick. Alzó

una mano, le sujetó la cara para mirarla a los ojos y tembló—. Te voy a hacer el amor.

El anuncio la hizo estremecer. Sabía la diferencia abismal que existía para Nick entre tener sexo y hacer el amor, y supo que en ese acto él le entregaría su alma. Y ella estaba dispuesta a darle también la suya, como siempre había deseado hacer.

Lo primero que hizo Nick fue salir de su interior y deslizarse hacia el otro lado

de la bañera. Al parecer su concepto de hacer el amor iba mucho más allá de una penetración porque estiró una pierna y le impidió a ella moverse para ir hacia él. Se respaldó en la pared de loza, Lavinia hizo lo mismo, y pronto comprendió que lo que experimentarían estaba más allá de la razón.

En principio, la mirada. Nick le enterró sus ojos de cielo oscuro en los suyos e inspiró profundo. Se parecía a la primera vez que habían tenido sexo, pero ahora la observaba con mucha más

intensidad. Ya no admiraba su cuerpo desnudo, sino su interior, y tan insistente era en lo que hacía que a Lavinia se le agitó la respiración y le pareció que él se le internaba dentro como ella se introducía en él.

Nick entrecerró los ojos, preso del deseo, pero no dejó de mirarla. Tragó con fuerza y se tensionó. Los dos iban respirando cada vez con mayor agitación. Sentían el deseo latir en sus entrañas y se preguntaban hasta cuándo podrían aguantar, si

convenía ponerle fin.

Él no quiso hacerlo. Encogió una pierna y luego volvió a deslizarse por el fondo de la bañera hasta dar con los pliegues vaginales de Lavinia, donde un pie comenzó a investigar la zona hasta hacerla gemir. Ella cerró los ojos y echó la cabeza atrás, pero como Nick continuaba mirándola, no quiso romper con ese otro medio de excitación que tanto bien le hacía y se enderezó enseguida.

El dedo gordo se inmiscuyó por su cavidad un

momento, luego salió y dibujó círculos alrededor de su clítoris. Ella tembló de ansiedad y cerró los ojos un momento, pero los abrió de nuevo para no acabar con el contacto visual. Se humedeció los labios, se mordió el inferior. En el silencio solo se escuchaba el sonido de su respiración y la de su amante, que gozaba con solo verla a ella en estado de éxtasis.

El secreto radicaba no solo en lo físico, sino en el juego mental. La mirada de Nick era tan intensa, se hacía

evidente que él disfrutaba tanto de verla al borde del abismo, que Lavinia se lo imaginaba sobre ella, dentro de ella, besándola compulsivamente, y eso la desató. Se olvidó de mirar y echó la cabeza atrás con los ojos cerrados. Apretó los labios, fue presa de las sensaciones, latigazos que le surcaban el cuerpo, y se llevó una mano al pezón. Estimularse y ser estimulada le arrebató un grito de placer que sucumbió ante el poder del orgasmo.

No tuvo tiempo de

reaccionar. Aun antes de traer la cabeza hacia adelante Nick la cubrió con su cuerpo y le abrió más las piernas. Lavinia pudo sentir el miembro erguido rozándole la intimidad, pero él no se impulsó dentro de ella. Sonrió.

—Ahora me vas a hacer el amor —anunció con voz gutural, esforzándose por no sonar tan agitado como se encontraba.

Estiró un brazo sin dejar de mirarla y recogió un jabón líquido que descansaba en el borde de la

tina. Los ojos de Lavinia se habían irritado y no se atrevía a decir palabra, salvo a dar suaves quejidos de excitación, marcados por la intriga de qué venía después. Quería tocarlo, era una sensación tan irresistible que la deleitaba. Pasó los dedos por el hombro de Nick y luego los llevó hacia atrás, donde los músculos de su espalda se tensionaban y distendían porque él se llenaba la palma de jabón.

Nick frotó una mano con la otra y luego asentó ambas sobre los pechos de Lavinia,

los que acunó deleitándose en su suavidad. El frío elemento contrastó con el calor del agua y el del cuerpo de la mujer, haciéndola estremecer. La mirada de Nick se dirigió, como antes lo habían hecho sus manos, hacia los senos femeninos. Los dedos resbalaban por los pezones gracias al jabón, y Lavinia gozaba de las cosquillas electrizantes que eso le producía. Entonces también quiso apoderarse del pecho masculino y trajo las manos hacia adelante.

Rodeó la cadera de Nick con las piernas para apretar los sexos. Aunque él no se resistió, tampoco se unió a Lavinia todavía. Mientras sus manos continuaban estimulando los pezones, los labios se asentaron sobre la tersa piel de la mejilla femenina, enrojecida por el calor del agua y del placer. Del mismo modo hicieron su camino hacia la boca, donde los recibió la húmeda lengua de Lavinia.

Ella lo empujó adentro. El entró solo un poco.

—No, todavía no —

masculló, incapaz de resistir más, pero aún lo hacía.

Entonces la sujetó por la cadera y giró con ella en brazos hasta quedar respaldado en la loza y Lavinia sobre su cuerpo. Ella le dio la espalda y se sentó sobre sus piernas. El agua se mecía por el veloz movimiento de los cuerpos emitiendo un sonido que evocaba las olas del mar mecidas por el viento.

Lavinia esperaba que Nick la sentara sobre su miembro, pero él no lo hizo. Le atrapó el cabello en un puño a la

altura de la nuca y deslizó los dedos de la otra mano desde su cabeza hacia las puntas. Abrió el puño para dejar pasar los dedos que se escurrieron muy rápido entre el pelo empapado.

—Me gusta peinar-te — susurró—. Me gusta tu pelo.

Luego de hablar, la besó detrás de la oreja, le hizo cosquillas con la respiración. Lavinia tragó con fuerza e, incapaz de resistirse más, se elevó colocando ambas manos en el borde de la tina y lo internó en ella, con tanta ansiedad que les quedó poco

tiempo para pensar en algo más.

Ella se movía hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo, con lentitud, gozando del espacio que quedaba entre una y otra acción. Poco a poco, fue cobrando velocidad y ganando placer. Un antebrazo de Nick le cubrió los pechos, dos dedos le atraparon un pezón, y los de la otra mano le estimularon el clítoris. Ella entreabrió los labios, presa del frenesí, y entre el agua, el jabón y la loza acabaron gritando a la

vez que habían alcanzado el climax.

—Te amo —le susurró Nick al oído agitado, mientras le acariciaba el vientre.

—Y yo te amo a vos —respondió ella sin aliento, con los ojos cerrados y la cabeza echada levemente hacia atrás. El cabello que a él unto le gustaba caía como lluvia sobre el hombro masculino y se perdía en su espalda.

Permanecieron quietos un momento, tratando de recuperar el aire. Después

Lavinia se recostó en su pecho y él le pasó un brazo por sobre los hombros. Se sentía tan en paz, tan protegida, que incluso le pareció que se estaba quedando dormida. Las caricias que los labios de Nick le proferían en la frente le provocaban el sueño.

Abrió los ojos recién cuando escuchó que golpeaban a la puerta. Sin dudas se trataba del servicio al cuarto.

—¿Podés salir de la bañera sola? —le preguntó él antes de apartarse de ella,

preocupado por su tobillo. Lavinia le sonrió y le dio un beso rápido en la mejilla como gesto afirmativo.

Nick se envolvió en una salida de baño blanca y fue a buscar la comida. Agradeció a su empleado y cuando se volvió con la bandeja, casi se le cayó de entre las manos. Tragó con fuerza.

—Me siento un poco vestido —bromeó.

Lavinia se había quedado de pie en la entrada del baño, con un hombro apoyado en el marco de la puerta y de brazos cruzados.

Completamente desnuda.

—Pónete a tono —siguió ella con la broma. El enarcó las cejas, con su rostro siempre tan expresivo.

—¿En dónde quedó mi chica vergonzosa, esa que encogía las piernas en la bañera? —se mofó. Lavinia rió.

—Se fue —respondió avanzando hacia la mesa. Se sentó así como estaba—. ¿Qué estás esperando? ¡Me muero de hambre!

¡Wow! Si así iba a ser su vida a partir de ese momento, de tan buen

humor, tan llena de sexo y de libertad, Nick se sentía en el paraíso. Lo demostró con una sonrisa de niño travieso y el brillo peculiar que cobraba su mirada cuando se ilusionaba con algo.

Lavinia lo notó al instante. Se daba cuenta de que lo conocía tan bien —era una de las pocas y afortunadas personas que realmente lo conocían en el mundo, si no la única que lo conocía tanto — que presentía un matrimonio excelente: con un sujeto complicado, difícil de contener, pero el más

lindo del mundo, en todos los sentidos en que una persona podía serlo.

El dejó la bandeja sobre la mesa y se desprendió la bata.

—Me da vergüenza — bromeó con tono falsamente lastimero antes de dejarla caer al piso. Lavinia rió. Después vio aterrizar la bata a los pies de su dueño y a este sentarse frente a ella. El suspiró. No se le borraba la sonrisa de la cara, y hasta abrió los brazos antes de hablar—. ¡Esto sí que es vida! —exclamó viéndose

desnudos y viendo la comida: gula y lujuria, dos de sus pasiones más profundas.

Lavinia atacó su presa de pollo. Nick, en cambio, se había quedado inmóvil. Cuando ella alzó la vista, lo encontró con otra mirada y otro aspecto. Lucía desilusionado, miraba la bandeja de comida como a una cuna vacía.

—¿Qué? —Le pregunto ella con la boca llena.

—Mi torta.

—¿Qué pasa con la torta?

—Que no me la trajeron

—Lavinia enarco las cejas. No fuera a ser cosa que todo eso de que el mataría por una porción de torta fuera cierto y ella estuviera a punto de verlo. De Nick podía esperar cualquier cosa, siempre sería impredecible, pero presentía que con ello se iba a divertir muchísimo —. Yo encargué torta de chocolate para el postre, pero no está aquí. ¡Debería despedir a ese empleado!

Lavinia se echó a reír con tanta ternura que se olvidó del hambre que hasta el momento le había hecho

crujir la pansa. Se puso de pie, se sentó a horcajadas sobre las piernas de Nick y apoyó una mano en cada uno de sus hombros.

—No te preocupes —le dijo besándole la nariz que a ella tanto le gustaba—. Yo soy tu postre.

El semblante de Nick cambió, se tornó ingenuo y divertido; los ojos muy abiertos.

—¡Qué lindo! —exclamó—. Así es muy fácil olvidarse de cualquier problema.

Lavinia lo besó en la boca

para que se callara.

—¿Me estás callando? —
le preguntó él, leyendo sus
intenciones.

—Hablás mucho —le dijo
ella en broma, rozándole los
labios con los suyos. La
caricia los estaba poniendo a
punto a ambos.

—¡Pero si tengo
problemas para
comunicarme!

Lavinia no pudo contener
la risa, ni él el deseo. Volvió
a besarla, los labios de
ambos se encontraron en una
caricia irreflexiva, y las
manos del hombre se

deslizaron por el torso desnudo que lo aprisionaba contra la silla.

—Quiero besarte toda —le dijo.

—Y yo quiero tus besos —replicó ella. Él ya le ocupaba la boca con la suya.

Nick la instó a levantarse tomándola de la cadera y a que se dejara caer de nuevo sobre él, esta vez donde sus cuerpos podían hacerse uno. Las manos de Lavinia se movieron imprecisas por la espalda masculina, por su pecho y vientre desnudos, hasta llegar a donde los dos

se encontraban unidos. Tocar esa fusión hizo gemir a Lavinia, y a él lo encendió su gemido. La alzó cubriéndole las nalgas con las manos y la llevó hasta la cama, donde la depositó procurando no alejarse demasiado de su cuerpo.

—¿Todavía querés la torta? —lo provocó ella, sonriente, mientras encogía las piernas como planteándole un desafío: Nick debía elegir entre ella o el dulce.

—La torta va a tener que esperar —replicó él, que la

elegiría por sobre cualquier otra cosa del mundo—. En este momento estoy ocupado con otro tipo de tentación, aunque algún día podríamos fusionar ambas —soñó despierto—. Pasarte chocolate por acá —le acarició el lado interno del brazo—, por aquí —le acarició la pierna—. Y acá —le lamió el ombligo.

Ella rió y volvió a atraerlo hacia sí tomándolo de la cabeza. De pronto sintió que el fuego de una mano de Nick le acariciaba la piel del vientre, avanzaba hacia

arriba pero nunca llegaba a donde ella quería. Él iba despacio, como prometiéndole algo, y fue ese juego el que despertó sus fantasías. De imaginar el instante en que esos dedos le rozaran el busto se sintió poseída.

Pero la mano se apartó sin tocarle nada. A cambio subió de golpe hasta su rostro y se asentó sobre sus labios, los que dos dedos intrépidos abrieron y acariciaron. Abrió los párpados. Nick la estaba viendo, y en sus ojos se

reflejaba tanto amor y deseo que una electricidad le surcó el vientre estremecido. Esos dedos la quemaban como fuego y para apagarlo les dio un beso. Acabaron en su boca, caldeados con su lengua.

Él bajó la cabeza y recorrió con sus labios cada parte del cuerpo que adoraba. Primero el cuello, donde la punta de su lengua dio algunos toques entre caricias con los labios. Lavinia se estremeció, se arqueó hacia él y su sexo rozó la pierna de Nick,

haciéndolos soñar a ambos.

Como el roce accidental resultó tan estimulante, él le ofreció a ella la rodilla para que se frotara todo lo que quisiera, y Lavinia así lo hizo. Mientras tanto, los besos bajaron del cuello al pecho y del pecho pasaron por entre su busto rumbo al vientre, donde se detuvieron un momento. Para poder bajar más, Nick tuvo que retirar la rodilla, pero a cambio le regaló una caricia de su lengua en el clítoris.

Lavinia se aferró al cabello que él llevaba apenas un

poco más largo que el resto en la coronilla, presa del frenesí. Le temblaban las piernas de aguantar y el vientre de sentir.

Enredó una pierna en la de Nick para atraerlo hacia arriba. El obedeció, pero no entró en ella. Con medio cuerpo sobre Lavinia y la otra mitad a un costado, acarició la piel tersa de la mujer desde el hombro hasta la cadera, pasando por el brazo y la cintura. Volvió a llevar la mano arriba para acunarle un seno sin tocar el pezón. Besó el otro

procurando tampoco rozar ese lugar, frotó el rostro por allí sin llegar más lejos. Eran todas insinuaciones que mantenían a Lavinia húmeda y expectante. Además, exigente, porque le tomó el brazo y lo tiró hacia su lado. Quería sentirlo sobre ella y también adentro.

Nick obedeció sin dudar, él tampoco resistía más. Se estableció sobre Lavinia y se internó en su cuerpo despacio, disfrutando cada milímetro del sitio que lo recibía, mientras le tomaba una mano por sobre la

almohada. Los dedos se enredaron igual que las piernas, se apretaron los unos con los otros al tiempo que las bocas se encontraban en un beso.

Lavinia lo amaba y él la amaba a ella. Lavinia lo hacía sentir vivo y derramarse en su interior era como regalarle todo lo que llevaba dentro. Lo había conservado intacto para ella.

—Pensar que vas a llevar un anillo mío en ese dedo —murmuró él sobre sus labios acariciándole el anular. Lavinia sonrió. No dejaban

de moverse, no podían respirar.

—Y vos uno mío... — jadeó Lavinia.

Casi al mismo tiempo le cubrió las nalgas con las manos para apretarlo contra su sexo, todo cuanto pudieran para sentirse uno. Juntos decidieron en silencio que querían ver la amalgama que formaban sus cuerpos, por eso bajaron la cabeza y Nick se despegó un poco. Así podían observarse y expresar cuánto les gustaba eso que veían.

—Te amo —dejó escapar

él casi sin aliento.

—Te amo —replicó Lavinia acariciándole una mejilla—. Te amo mucho.

Nick rompió la imagen pegándose de nuevo al torso de Lavinia. Buscó su boca, se dieron un beso húmedo y luego se miraron. Sus cuerpos se agitaban cada vez con más violencia, la cadera de ella se elevaba mientras él la embestía y el mundo alrededor se esfumaba. Se sostuvieron la mirada. Era hermoso, era una fantasía, y entre la excitación y el sueño, llegaron finalmente a

las estrellas, como tantas veces se habían prometido.

No aparecieron por la recepción de bienvenida. Lavinia despertó dos o tres veces en la noche. Las dos primeras, encontró a Nick dormido; la tercera lo halló contemplándola.

—Casi pensé que nunca nos encontraríamos —dijo él con una sonrisa y un brazo debajo del cuello de Lavinia—. Desperté dos veces mientras dormías.

—También yo —sonrió ella—. ¿Y para qué querías que me despertara? —

interrogó, juguetona, pensando que él quería hacerle el amor de nuevo. Pero Nick tragó con fuerza y volvió a dedicarle una sonrisa serena antes de responder con voz ronca.

—Para decirte que te amo.

Pasaron el día siguiente encerrados en el camarote. No podían dejar de contemplarse, no alcanzaban los actos para demostrarse cuánto se amaban. Tampoco las palabras, que escapaban de la boca de Nick a cada rato. Hacían el amor sin protección, sin pensar en

nada más que en estar
unidos.

—Lavinia —le dijo él en
una de esas oportunidades,
mientras le besaba el vientre
desnudo—. Quiero un hijo
tuyo.

Lavinia sintió que el alma
se le inundaba de dicha. El
cuerpo ya no era capaz de
soportar más de esas
sensaciones.

—Y yo uno tuyo —replicó
con la voz ahogada—. Te
amo.

Después del mediodía
siguiente, llegaron al primer
destino, Salvador de Bahía.

Lavinia había contado a Nick lo sucedido con su bolso, toda la odisea que había atravesado para llegar al crucero, y por eso Nick le dio como primer regalo una bikini blanca. Hubiera querido regalarle mucho más, deseaba darle todo, pero iría poco a poco. Tenían todo el tiempo del mundo para estar juntos.

Lavinia pensó que Nick le hacía probarse la bikini para acompañarla a la piscina del crucero mientras él leía un diario en una reposera, pero cuando salió del baño se lo

encontró a él también vestido para el agua. Ella no pensaba pedirle que fueran a la playa porque sabía que a Nick no le gustaba el mar, ni siquiera las piscinas, pero no hizo falta que dijera nada. El la sorprendió arrojándole una toalla que Lavinia atrapó en el aire.

—¿Nos vamos? —le preguntó Nick con aire risueño.

—¿A dónde?

—A que me enseñes a nadar contra corriente.

Nick nunca se había bañado en el mar. No lo

había conocido mientras era chico y cuando fue grande, ya le tenía miedo, pero con Lavinia ni se acordó de su temor. Era tan cálida el agua, tan sereno su color y se sentía tan fuerte junto a ella, sabiendo que era capaz de dar la vida para protegerla de todo, que lo disfrutó como hacía mucho tiempo no disfrutaba de nada que no fuera su diseñadora. Hasta fue él quien terminó sacando a Lavinia del agua, cargándola como a una novia.

Por la tarde, se quedaron

dormidos. Cuando Lavinia despertó, anocheecía. El cuarto estaba vacío, pero Nick le había dejado una nota sobre la mesa de luz.

«Estoy resolviendo un problema en una obra de Buenos Aires, pero te paso a buscar a las diez para la cena», leyó. Le extrañó que Nick no le escribiera un «te amo», pero se imaginó que habría escrito la nota a las apuradas y con eso su corazón se consoló. Miró el reloj despertador que estaba junto a la lámpara. Eran las nueve y media, tenía que

apurarse si quería estar lista a tiempo. Había dormido más de cuatro horas, Nick la dejaba agotada.

Fue sentarse en la cama y echarse a reír. Nick no solo le había dejado un magnífico vestido negro sobre un sillón y, debajo, un par de zapatos de tacón, sino que además había llenado el cuarto de notitas.

Lavinia se levantó de un salto, feliz, y leyó una por una. Todas decían «te amo»: en el borde de la cama, en la pared, en la puerta del baño, sobre el vestido, sobre los

zapatos, en las paredes, en la ventana...

Nick pasó por ella a la hora prometida, y Lavinia estuvo lista para recibirlo con un beso y un abrazo.

—¡Te extrañé tanto! — exclamó él—. Casi parecía que esos llamados no me iban a dejar tranquilo —se quejó alzándola en el aire—. Te amo —le susurró sobre los labios—. Te amo, no quiero alejarme de vos.

Cada vez que pronunciaba esas palabras sentía que su alma se liberaba, que todo era posible. Y Lavinia que

volaba cuando las oía.

—¡Te amo! —respondió ella con la misma ansiedad—. ¡Yo tampoco quiero alejarme de vos!

Nick la dejó sobre la cama. De no haber sido porque ella ya estaba vestida, y tan hermosa, le habría hecho el amor de nuevo.

—Estás preciosa, ¡qué lindo vestido! —susurró—. No te sienta como tus propios diseños, pero es un comienzo —Lavinia creyó que Nick bromeaba, por eso rió, pero él hablaba muy en serio—. Muy lindo para

rasgarlo, pero primero pensé en invitarte a cenar y al casino. Más tarde te lo arranco —le susurró al oído. Lavinia se estremeció solo de escucharlo.

—Es lo que más quiero —respondió, feliz.

Él recordaba que el paseo que Lavinia había pretendido dar en el casino de su crucero se había interrumpido por la acusación de robo, por eso pensaba en llevarla allí primero. Nick quería cumplir todos sus deseos sin que ella tuviera que

manifestarlos, quería conocerlos con solo mirarla a los ojos.

Cenaron en el restaurante más fino del crucero. Sin embargo, los dos eran muy sencillos. Lavinia había terminado de comer, pero Nick parecía nunca acabar. Tenía que reponer energías de tantas que invertía haciendo el amor.

—¿Eso lo vas a comer? —preguntó señalando con el tenedor un trozo de salmón rosado que Lavinia había dejado en el plato.

—No —replicó ella.

—Dámelo a mí.

Nick agachó un poco la cabeza y solo moviendo los ojos miró hacia ambos lados de la mesa para comprobar que nadie viera el traspaso. Lavinia lo imitó.

—Ahora —le ordenó ella en un susurro, como dos cómplices de un asalto. Entonces él pinchó con el tenedor y en un rápido movimiento tuvo la víctima en su plato. No le dio tiempo a nada, enseguida cortó y volvió a comer.

Lavinia rió. Sentía tanta ternura, tanto amor, que

escapaba por sus ojos, su piel y su voz. Nick alzó la mirada hacia ella y le sonrió con cierta inocencia. Se le arrugaba la frente. Lavinia le acarició una mejilla.

—Te amo —le dijo todavía riéndose. Él le tomó la mano y le besó los nudillos.

—Yo te amo a vos —respondió. El camarero los interrumpió.

—¿Necesita algo más, señor? —interrogó. Nick lo miró como si nada. Echó un rápido vistazo a los objetos de la mesa y finalmente

replicó:

—Sí. Sirva más vino a mi esposa, por favor.

Lo dijo con tanta naturalidad que a Lavinia le estalló el corazón.

Después de la cena, acabaron en la ruleta. Nick hablaba con un hombre que lo había entretenido mientras Lavinia perdía y perdía apostando siempre al ocho. Tenía que salir en algún momento, la suerte no podía esquivarla tanto.

Un par de manos fuertes y cálidas se cerraron sobre su cintura. Lavinia se

estremeció con el contacto, el calor que se expandió por sus mejillas la obligó a sonreír.

—Sos una completa perdedora —le susurró Nick al oído. Lavinia rió.

—Pero me gané al hombre más hermoso del mundo, en todos los sentidos —replicó—. Eso me convierte en una afortunada.

Nick le besó el hombro al descubierto, le quitó dos fichas de la mano y las arrojó sobre el límite entre el nueve y el seis. Luego besó a Lavinia en la cabeza

mientras volvía a abrazarla para que la espalda femenina se recostara sobre su torso.

—No tenés que apostar a los plenos hasta haberte hecho de cierto capital —le explicó Nick. Al parecer su buena fortuna no dependía solo de la suerte, sino también de estrategia. Claro, él era muy racional y sensible a la vez, pensaba en todo—. Primero apostás de a dos, a los colores, a las decenas...

Antes de que el *croupier* echara a correr la bola, Lavinia se apresuró a mover

su apuesta. La retiró del ocho y la compartió entre el treinta y cinco y el treinta y seis.

—¿Así? —preguntó. Nick negó con la cabeza.

—No —respondió Nick—. Esos números son demasiado altos, no siento que vayan a salir.

—¡No va más! —clamó la voz. La ruleta giró. La suerte se echó a correr—. ¡Colorado el nueve!

—¡Ganaste! —exclamó Lavinia hacia Nick. Él sonrió, falto de pudor.

Se retiraron las fichas del

tablero y se abrieron de nuevo las apuestas. Lavinia se estiró y depositó una ficha entre el veinticinco y el veintiséis.

—¿Y, oráculo? — preguntó a continuación—. ¿Cuál va a salir ahora?

—No sé cuál —respondió Nick entrecerrando los ojos —, pero presiento que será un rojo.

—¡Yo aposté a un rojo! — exclamó ella.

—Un rojo que de ninguna manera será ese.

Lavinia fingió un berrinche y él la besó en la

mejilla.

—¿Ya te dije que te amo?

—le preguntó al oído.

—No —mintió ella—.

Creí que jamás lo dirías.

—Te amo.

—Colorado el catorce —
cantó el *croupier*.

Lavinia se mordió el labio y rió. Era una perdedora, sí, pero había ganado la felicidad.

A las ocho, el buque había abandonado el puerto para adentrarse otra vez en el océano y recorrer así la distancia que los separaba del siguiente punto, que era

Fortaleza. Ya casi amanecía y en el balcón del camarote, Lavinia contemplaba el horizonte donde despuntaban unas líneas amarillas y otras rosadas. Estaba sentada en una reposera de madera, abrigada por el acolchado de la cama. No habían dormido en toda la noche.

Nick se le acercó vestido solo con los pantalones y la levantó del asiento para ocuparlo él y dejarla a ella sobre sus piernas, rodeada y protegida por sus brazos. Lavinia se acurrucó contra

su pecho, pero no dejó de mirar el cielo.

—Estamos contemplando el amanecer —susurró conmovida. No solo había regresado a ese lugar de ensueños, tal como se había prometido a sí misma, sino que, además, ya no se sentía sola. Estaba con Nick, estaban completamente enamorados. No podía pedir más a una vida que con eso, le había dado todo.

Poco tiempo después, se encontró en la cama, cubierta por el cuerpo y los besos de su futuro esposo,

tan feliz que ni siquiera se percató de que la puerta del balcón había quedado abierta y las cortinas blancas se mecían con serena voluntad, impulsadas por la suave brisa del mar y almendradas por el brillo del sol.

El único testigo de todo aquello, siempre sería el viento.

Fin

Sobre la autora

Anabella Franco (a veces bajo el seudónimo Anna Karine) es escritora de novela romántica y docente de Literatura nacida en Quilmes, Buenos Aires, Argentina. Estudió Letras y Corrección Literaria, y comenzó a escribir a temprana edad, lo cual se convirtió luego en su profesión. Leyó su primera novela romántica a los

quince años y eso la enamoró del género.

Se desempeñó como jurado en diversos concursos literarios y como coordinadora de talleres en escritura. Ganó varios certámenes de cuento y publicó su primer relato en 2005. Desde entonces han visto la luz muchas publicaciones en antologías hasta que en 2011 se publicó su primer libro.

Su última novela, "Malas intenciones", fue lanzada al mercado en 2012 por Ediciones B Argentina.

Table of Contents

ANABELLA FRANCO

Sinopsis

Nada más que una noche

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30